

CUENTOS REUNIDOS

Saul Bellow

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Lectulandia

Durante más de sesenta años, Saul Bellow ensanchó, con hilarantes observaciones sobre la vida y las personas, la sensibilidad de sus lectores, su imaginación y sus corazones. Presentamos ahora un volumen con todos sus relatos. Ricos, precisos, variados, exuberantes, sus cuentos despliegan la brillantez estilística y emocional que caracteriza a este maestro de la narrativa. Estos *Cuentos reunidos* son un tesoro para sus seguidores de siempre y, a la vez, una manera excelente de adentrarse en la obra del maestro Saul Bellow.

Lectulandia

Saul Bellow

Cuentos reunidos

ePub r1.0

mandius 30.10.14

Título original: *Collected Stories*
Saul Bellow, 2001
Traducción: Beatriz Ruiz Arrabal

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Beena Kamlani, que amablemente
se enfrenta a mí en el buen sentido.
Su autor, con respeto y agradecimiento.

SAUL BELLOW

Prólogo

Ayer mi marido y yo llevamos a nuestra hija de un año, Naomi Rose, a dar un paseo por el barrio. Hacía un frío feroz, el tiempo estaba lo que los meteorólogos de por aquí llaman, no sé por qué, «borrascoso».

Huyendo del viento helado nos refugiamos en la librería Brookline Booksmith. Hay que decir que, cuando Saul se mete en una librería, lo más seguro es que pase ahí un buen rato, de modo que saqué a Rosie de su traje de nieve y traté de distraerla con la cubierta de *Ravelstein*. «¿Quién es éste, Naomi Rose? ¿Quién es este hombre de la foto?» Y ella, volviéndose para señalar a Saul, me contestó con esa vocecita cantarina que se oía en toda la tienda: «Papá, papá, papá». Papá estaba envuelto en tejido polar hasta los ojos, pero sacó la cara para dedicarle una maravillosa sonrisa.

Esta mañana, mientras me dispongo a escribir, me imagino a Rosie la lectora, dentro de un par de décadas. Cuando Rosie esté en condiciones de leer los libros de Saul, ¿qué recuerdos de papá quedarán encima de su escritorio? ¿Necesita ayuda la memoria? ¿Le mostrará alguien un retrato exacto de su padre trabajando? Entonces me digo a mí misma: ¿por qué no empezar con este prólogo? Yo podría decir algo para Rosie y para los cientos de lectores que nunca lo verán sentado en su estudio trabajando: así es como se hizo todo.

Yo he gozado del privilegio de la proximidad. Yo estaba allí, por ejemplo, cuando nació «El contacto Bella Rosa».

Empezó de una manera de lo más inocente. En la primera semana de mayo de 1988 nos dirigíamos hacia Vermont procedentes de Chicago, e hicimos una parada en Filadelfia, donde Saul tenía que dar una conferencia. La conferencia llevaba por título «Un escritor judío en América», para la Jewish Publications Society. En las semanas que precedieron a esta charla, y durante el resto del mes —durante el camino en coche de Filadelfia a Vermont; mientras explorábamos Dartmouth, donde fue a dar una serie de conferencias; después en Vermont; mientras nos peleábamos con las moscas en el jardín—, nuestra conversación no versó de otra cosa más que del destino de los judíos en el siglo xx. Por aquel entonces, Saul se dedicaba a las revisiones finales de «El robo», y forcejeaba con *Un caso de amor*, novela que nunca terminaría. Mientras tanto, esperaba a ver si «El robo» había sido aceptado por *The New Yorker*. Tanto el *Esquire* como el *Atlantic Monthly* ya habían decidido que la historia era demasiado larga. A Saul no le sentaba bien quedarse solo pegado al teléfono. Todas las mañanas a la hora del desayuno me entretenía con juegos de palabras o con posibles temas para historias, y a menudo al bajar las escaleras me contaba que había soñado con un nuevo modo de comenzar *Un caso de amor*. ¿Por qué no presentar a un excéntrico pianista parisino que enseñase a la heroína lo que significaba el amor? Mientras tanto leíamos y volvíamos a leer las galeradas de «El robo». Normalmente, Saul revisa casi siempre en el último momento. El final no estaba bien: demasiadas ideas, poco movimiento. Él lo retocaba durante el día y yo lo pasaba a máquina por las noches. A mediados de mayo nos avisaron de que también *The New Yorker* había rechazado la historia, pero Saul estaba demasiado ocupado como para dejarse desanimar. Reflexionaba profundamente sobre lo que iba a hacer a continuación, y el tiempo no ayudaba mucho. Aquí tengo que aclarar que Saul es muy sensible a los cambios de tiempo. Un cielo azul y despejado —como por ejemplo los de finales de mayo y principios de junio— siempre lo ha animado. Pero en aquella primavera de 1988 no dejó de llover ni un día. Saul solía encender un fuego en la cocina, se

tomaba su café y después se arrastraba hasta su estudio por el césped infestado de moscas. No estaba escribiendo, según me dijo; se encerraba allí para «rumiar». Y añadió: «Así es como siempre he hecho las cosas. Hay que separarse de editores, abogados, editoriales. Se dejan a un lado las preocupaciones y se pone uno a rumiar».

Nuestros amigos y vecinos de Vermont, Herb y Libby Hillman, con intención de levantarnos el ánimo, nos invitaron a cenar. Mientras saboreábamos el delicioso pan casero y el pollo asado de Libby, la conversación volvió al problema judío, y Saul introdujo una idea que habíamos estado debatiendo desde la conferencia de Filadelfia. ¿Deberían sentir los judíos vergüenza por el Holocausto? ¿Es especialmente malo ser la víctima? Yo me oponía a esta opinión con rotundidad. Mientras esperábamos el postre nos enzarzamos en la discusión. El color del chocolate nos anunciaba que se acercaba el somnoliento fin de la velada. Dejamos a un lado los temas serios para dedicarnos a los chistes y bromas. No obstante, cuando nos preparábamos para salir, nuestro anfitrión, químico jubilado especializado en las pinturas caseras, empezó a contar la historia de uno de sus colegas. Este hombre, que ahora se moría de cáncer después de haber estado toda una vida expuesto a las toxinas, había sido uno de los refugiados europeos de principios de los cuarenta. Lo confieso: mientras con mi cuchara raspaba los últimos restos del chocolate, mi mente estaba ya pensando en la lluvia y en el resbaladizo camino a casa. No estaba prestando toda la atención que hubiera podido.

El 24 de mayo: el primer día bueno de la primavera. Cuando Saul vino a comer después de pasar la mañana en el estudio, tenía en la mirada ese brillo que siempre presagiaba algún anuncio: «He empezado algo nuevo. De momento no quiero hablar de ello». Al día siguiente, mientras nos dirigíamos a Brattleboro para hacer la compra, me contó un poco más: «Aún no he encontrado una forma que pueda darle a la nueva historia, pero se basa en lo que Herb nos contó anoche». ¿Recordaba yo los detalles? No, pero afortunadamente Saul sí los recordaba: un refugiado es hecho prisionero por los fascistas italianos, pero antes, dándose cuenta de que pronto lo van a detener, le ha escrito al empresario de Broadway Billy Rose, como le aconsejó un amigo. (En la historia, tal y como la escribió Saul más tarde, el héroe no recurre de esta manera a Billy Rose; en realidad, ni siquiera ha oído hablar de él.) Mientras él espera en su celda, alguien traza un misterioso plan. Le dicen que a determinada hora de determinada noche alguien dejará abierta la puerta de su celda. Alguien se encontrará con él en la calle que hay detrás de la prisión y le indicará que lo envía Billy Rose. Le darán dinero e instrucciones sobre la ciudad a la que tiene que dirigirse hasta que aparezca el próximo contacto. Todo sucede como estaba planeado, y con ayuda de estos emisarios nuestro héroe consigue huir a Estados Unidos. Una vez allí, le niegan la entrada por las cuotas, pero consigue llegar a Cuba. Años después, cuando vuelve a Estados Unidos, trata de ponerse en contacto con Billy Rose para darle las gracias en persona. Pero, al parecer, Rose, que ha ayudado a muchas personas, no quiere tener contacto con ninguno de los refugiados que ha salvado, quizá por miedo a que traten de vivir a costa de él indefinidamente. Nuestro héroe queda muy sorprendido por el frío recibimiento que le da Billy.

Éste era el esquema de la historia, tal y como me lo contó Saul aquel día que íbamos a la ciudad. Ya no era la historia del amigo de Herb, sino la de un personaje —Harry Fonstein— o Harry el Superviviente, como lo llamaría Saul más tarde, inspirándose en la *Canción del sueño* de John Berryman (dedicada a Saul) sobre Henry el Superviviente. Resultó que Saul sabía muchas cosas de Billy Rose. En su época de Greenwich Village había conocido a Bernie Wolfe, que escribía los libros de Rose. Un personaje del estilo de Wolfe podría haber sido el intermediario entre Rose y el

protagonista. Wolfe había sido un hombre muy brillante, muy espabilado y extraño que se interesaba de manera poco usual por los habitantes de Nueva York y sus oscuras motivaciones. Un hombre así tendría puntos en común con el personaje de Fonstein. Saul me contó también una historia sobre una visita que había hecho al apartamento de Wolfe en el Village en la que vio a una mujer vieja y decrepita limpiando el apartamento. Cuando Saul ya se marchaba, Wolfe se volvió hacia él y le dijo: «Esa señora es mi madre». Hasta entonces no la había presentado ni le había prestado la más mínima atención. ¿Por qué confesar entonces? Bueno, en aquella época la gente tenía sus propias ideas sobre lo que significaba ser abierto, añadió Saul. Valoraban mucho sus peculiaridades. Por aquel entonces se preocupaban mucho por la salud mental. Menudo contraste proporcionaría un retrato de la América del trabajo con respecto a la sombría gravedad de las historias europeas.

Saul también había visto a Billy Rose en Jerusalén. ¿Qué aspecto tenía?, le pregunté. «Bueno, era pequeño, judío; podría haber sido guapo de no ser por las líneas de tensión que le marcaban el rostro. Tenía un aspecto tenso, ansioso, insatisfecho.» Cuando llegamos a la ciudad, Saul sacó de la biblioteca un libro sobre Billy Rose. No logramos conseguir más información sobre Wolfe.

Al día siguiente el sol volvió a brillar, y cuando Saul volvió de su trabajo lo único que dijo fue: «Ya se me ha ocurrido la forma de escribir la historia».

El 29 de mayo fuimos juntos al estudio y Saul me leyó las primeras páginas, escritas a mano en un amarillento papel rayado. Lo que más me sorprendió al principio fue con cuánto interés había escuchado el relato de Herb. Saul se acordaba de que el protagonista estaba en Italia cuando lo encarcelaron. En Roma consiguió un empleo de conserje en un hotel. Gracias a su talento para los idiomas y a los documentos falsos que llevaba, tenía tanta libertad de movimientos que incluso se había atrevido a asistir a una reunión en la que apareció Hitler. Y otras cosas por el estilo. Yo siempre he presumido de la atención que presto a las cosas. Saul me llama «la genio». Pero esta vez no me importó tanto haber estado menos alerta: Saul se había encontrado plenamente presente. Cuando está pensando en una historia, su capacidad de escucha y absorción de detalles aumenta exponencialmente. Entonces me di cuenta de que un escritor no necesita estar atento todo el tiempo. De hecho —que me perdone Henry James— el ser alguien a quien «no se le escapa nada» es demasiado difícil. El escritor permanece callado, rumia, se queda en un rincón. Sin embargo, desde el momento en que se interesa por una historia, todo cambia. De pronto, como dice Saul, el escritor tiene «antenas por todas partes».

De una historia contada después de la cena surgió una maravillosa hebra de seda, y en los días y semanas sucesivos observé cómo Saul entretejía acontecimientos, accidentes, memoria y pensamiento —lo que había leído, hablado, y sus sueños— hasta llegar a formar el tapiz oriental de un relato: «El contacto Bella Rosa». No obstante, esta mezcla de elementos tiene muy poco que ver con la realidad o con la autobiografía. Es una utilización de material humano tan excepcional y extraña... E incluso si tuviera cada una de las hebras que pasaron a formar parte de la obra, o pudiera describir el proceso por el cual cada una de ellas fue cardada, teñida, tejida y anudada, aún me quedaría mucho para acercarme al secreto de su composición.

Saul ya había decidido que la historia tendría dos personajes principales: no solo Fonstein, el judío europeo que consiguió escapar, sino también un judío norteamericano. Quería que el lector apreciase la diferencia de tono entre las vidas de ambos hombres. Podía depender de su propia experiencia y sus recuerdos sobre Wolfe para el norteamericano, pero ¿quién podía ser el modelo para el europeo? El 2 de junio, Saul me contó una larga historia sobre el sobrino de su madrastra. El invierno anterior le había llegado la noticia de que ese sobrino estaba muerto, y le había angustiado

el hecho de que esa muerte se había producido algún tiempo antes, sin que él lo hubiera sabido. En una época le había tomado mucho cariño a este joven refugiado serio que gustaba de jugar al ajedrez. Se habían buscado mutuamente en las aburridas reuniones que organizaba su madrastra los domingos. ¿De qué sirve decir que te sientes muy cercano a una persona, se preguntaba Saul, cuando te das cuenta de que esto depende solo de unos pocos retazos de memoria sobre esa persona? De estas reflexiones surgió la idea del «almacén de buenas intenciones» que tenía Saul. Una persona ocupa un lugar en tu vida, tiene un significado especial. No eres capaz de decir en qué consiste exactamente, pero has conectado de algún modo con ella. Esta persona ha pasado a formar parte de tu vida. Pasa el tiempo, no ves a la persona, no sabes lo que ha sido de ella, que tú sepas podría incluso haber muerto, y sin embargo te aferras a la idea de la importancia de esa persona. Menudo disgusto cuando descubres que esos recuerdos han pasado a sustituir a esa persona «almacenada».

Gran parte de nuestra conversación sobre los judíos versó sobre los recuerdos. A veces se trataba de los recuerdos de Saul sobre esta tardía llegada de inmigrantes con su sonoro acento polaco, su talento para los idiomas y su don de negocios, que son los que darían sabor al personaje europeo, Harry Fonstein. El narrador norteamericano de «El contacto Bella Rosa» se entera de la muerte de Fonstein del mismo modo que Saul se enteró de la muerte del sobrino de su madrastra.

Cuando los retazos de vida empiezan a introducirse en una obra, siempre hay algo mágico en la manera en que se elevan del pasado reciente (o lejano) para ser amasados y moldeados y transformados con sutileza en narrativa. Saul tuvo realmente una pesadilla como la que despierta a su narrador. Describió lo que sentía al verse abrumado por los temores nocturnos, encontrarse en ese pozo y no tener fuerzas para salir de él. También él tenía una madrastra que se peinaba con la raya al medio y hacía un strudel delicioso. Además, durante la época de las conferencias en Filadelfia, habíamos visitado una gran mansión muy parecida a aquella en la que el narrador de Saul se encuentra tan extraño. ¡Hay tantas cosas que se cuelan en un relato! La siguiente me encantó: el europeo, Harry Fonstein, le cuenta al norteamericano cómo sufrió por su madre, a la que había enterrado en Ravena, hablándole de su aversión por un matiz concreto del color gris. Éste era el color de la mortaja con que había enterrado a su madre. En nuestra habitación de hotel de Filadelfia, Saul y yo habíamos estado hablando de la manera en que algunos colores impresionan a las personas. Él me había contado que a su madre la habían enterrado con una mortaja gris azulada.

Ser testigo de cómo estos detalles se introducen dentro de la novela no se parece en absoluto a la introducción de los hechos reales. Cuidado, biógrafos: Saul trabaja con una varita mágica, no con unas tijeras. No se trata de un coleccionista de hechos. Es más acertado imaginarse a una especie de Próspero en plena acción. O pintar a Saul a su salida del estudio: un niño pequeño con su cartera del colegio y su fruta.

Muchas mañanas nos entretenemos. Que espere el trabajo. Damos una vuelta por el jardín para ver las nuevas flores. En este mes de junio tenemos una anémona blanca de la que Saul está especialmente orgulloso (nunca hemos tenido una igual). Las enormes amapolas anaranjadas están en flor, las peonías florecerán este año a tiempo para el cumpleaños de Saul, y ya ha salido un cosmos de un púrpura brillante. Nos quedamos extasiados ante una atrevida y rechoncha serpiente que se pavonea entre las aguileñas salvajes. «El mundo entero es como un gran helado para ella», dice Saul riendo mientras desaparece por la puerta de su estudio.

Hay que asumir todo ágilmente, con soltura, o no asumirlo en absoluto. No se puede leer algo escrito por Saul sin apreciar la risa que yace oculta detrás de cada palabra. Siempre ha sido muy

jugueteón. Ahora también es firme y sobrio. Está también la cuestión del gusto. A veces toma un detalle porque le da el sabor adecuado al relato (como lo de Charlus y el teléfono en la mansión del narrador, a pesar del anacronismo). Generalmente Saul evita los enigmas y las adivinanzas. Los amantes de los juegos de palabras deben dirigirse más bien a Joyce o Nabokov para disfrutar del sobrio placer de resolver un anagrama. En vez de eso, la obra de Saul se distingue por su brío de tipo stendhaliano: ligereza, capricho, risa. Quizá puede parecer extraño que hable de risa al referirme a lo que podría ser uno de los temas más serios tratados por Saul con respecto a este siglo, pero «Bella Rosa» no fue concebida con rabia. Todo lo que en aquella época conmovió profundamente a Saul está reflejado en el relato y, a pesar de su gravedad, constituyó una fuente de energía y en última instancia de placer. En aquella época nos levantábamos a menudo antes del amanecer: hablábamos de la historia, de sus recuerdos de Nueva Jersey o de Greenwich Village, y muchas veces de la historia de los judíos. Pero quizá porque en aquel entonces empezábamos a ser amantes, mis recuerdos de aquella primavera son muy claros. Saul estaba escribiendo este libro poderoso, incluso horrible, con intenso ardor y alegría, aprovechando al máximo sus colores más brillantes.

Esto no quiere decir que la escritura fuera siempre fácil ni que no tuviera interrupciones. Para principios de junio, Saul había empezado a convertir las amarillentas páginas en un manuscrito. Recuerdo haber oído el sonido de la máquina de escribir una mañana y sentir la emoción de que se estaba cumpliendo lo que había anunciado durante el desayuno: «Me parece que esto está saliendo bien». Estaba trabajando dentro de casa, y, cuando le llevé su té, me quedé un momento a su lado mientras escuchaba otra salva de tecleado en la máquina. Saul busca sus palabras con las teclas de su Remington. Revisa los textos a medida que los va pasando a la máquina, de modo que a un momento de silencio le sigue una explosión de ritmo. Le encanta tomarse su taza de té caliente con una rodaja de limón flotando encima. Es la bebida adecuada para un judío europeo en un día nublado, como comentó Saul por primera vez cuando visitó los vacíos barrios judíos de las ciudades polacas. El limón representa al sol; el azúcar y la cafeína proporcionan el impulso necesario cuando remite la fuerza del café matinal. Cómo se las estaba arreglando para escribir me parecía bastante misterioso, ya que no quería que le evitase las distracciones. Y no había habido pocas: una visita de un vecino; las llamadas telefónicas de un agente, un abogado y un amigo (siempre era fácil adivinar por las carcajadas que estaba hablando con Allan Bloom). Después de cada una de estas interrupciones, la puerta del estudio se cerraba y volvía a empezar el maravilloso tac tac tac de la máquina de escribir. Una semana antes del 10 de junio, día de su cumpleaños, Saul me leyó la primera docena de páginas de su historia. Por aquel entonces, el relato de la huida de Fonstein de la prisión italiana me hizo contener el aliento, y nunca ha dejado de producirme ese mismo efecto. El narrador era un anciano que contaba una historia que a su vez le había contado Fonstein años antes.

Aunque Saul estaba agotado, se dedicaba a escribir a toda máquina para tener terminado lo más posible antes de que nos fuéramos a París y Roma a mediados del mes. ¿Qué? ¿Europa? Íbamos a ver a Bloom en París, y en Italia le habían otorgado a Saul el premio Scanno. Los detalles del mismo (una bolsa de monedas de oro y una estancia en una cabaña de caza en la remota región de Abruzzi) tenían demasiado sabor de aventura como para poder resistirse. Saul nunca lo lleva bien cuando está muy cansado y se empieza a sentir mal. Siguió dando paseos en bicicleta, cortando leña, quitando rocas enormes del jardín y transportando troncos para encender el fuego. Yo estaba convencida de que aquel año era un año de mala suerte. Tropezó mientras cortaba la maleza y se llenó la cara de rasguños; se había hecho un corte en la espinilla en una caída de la bicicleta; tenía los ojos rojos y un

día le sangró la nariz. Por supuesto, aquel día no dejó de trabajar, y se limitó a reclinarsse en el fotón del estudio cada vez que empezaba a sangrar, para levantarse y arrastrarse hasta la máquina para escribir otro párrafo. Como no se presentó a la hora de comer, le llevé un bocado y lo encontré tecleando con energía, con la cara y la camiseta cubiertas de sangre. Para Saul, escribir equivale a hacer aeróbic. Transpira y se va quitando capas de ropa. Cuando está especialmente concentrado, mueve de manera extraña el ojo izquierdo y emite un sonido que es un cruce entre el jadeo del corredor de fondo y un silbido entrecortado: «Pesados suspiros de respiración forzada».

El cumpleaños de Saul (al menos durante los catorce años que lo he celebrado con él) resulta ser siempre, con respecto al tiempo, el tipo de día ideal para trabajar: cielo azul, un sol espléndido, altas presiones. Pero ese día se escribe. Tengo que decir que para Saul no hay días libres. Ni vacaciones ni fiestas. El cumpleaños es un día normal: la oportunidad para escribir un par de páginas más. Sin embargo, aquel día en concreto estaba de muy buen humor. Iban a venir algunos familiares, y a petición suya yo estaba preparando un pastel de chocolate con coco.

Un ligero respiro del trabajo siempre es señal de que la maquinaria mental está funcionando bien. Dos días después, Saul volvió del estudio para anunciar: «He vuelto a empezar la historia desde cero. Ya ves, a veces es más fuerte que uno». Durante la cena lo presioné un poco para que me contara el nuevo comienzo. Fue muy comunicativo: había demasiadas ideas apiladas al principio, era demasiado esperar que el lector digiriese tanto de una sola vez. Todo lo del judío norteamericano frente al europeo. Esto debería desdoblarse gradualmente. En realidad, el tema de la historia es la memoria y la fe. No existe religión sin recuerdos. Los judíos recordamos lo que nos dijeron en el Sinaí; en el Seder recordamos el éxodo; en el Yizkor recordamos a un padre o una madre. Se nos dice que no olvidemos a los patriarcas; nos decimos a nosotros mismos «Si te olvido, Jerusalén...». Y estamos recordándole constantemente a Dios que no olvide su Alianza con nosotros. En esto consiste ser el «pueblo elegido». Nos han elegido para que seamos los adivinadores de Dios. Todo ello, lo que nos une, es nuestra historia, y somos un pueblo porque recordamos.

A continuación, Saul me dijo que su narrador estaba empezando a cobrar vida. Había decidido no ponerle nombre. Este anciano, al que llamaremos X, está empezando a perder la memoria. Un día va por la calle tarareando «Mientras bajaba por el...» y no recuerda el nombre del río. Esto lo atormenta, ha perdido una palabra, hasta el punto de que se atreve a abordar a un transeúnte, a hacer lo que sea para recuperar la palabra (esto le pasó de hecho a Saul durante el invierno que pasamos en Chicago, cuando volvía del dentista, y no descansó hasta que recordó la palabra «Suwanee»). El narrador no puede permitirse que pase mucho tiempo porque, como explica Saul, toda su vida ha dependido de la memoria. Él será el fundador de un instituto —el Instituto Mnemosyne— en el que se ayuda a los hombres de negocios que necesitan mejorar su memoria. Con objeto de presentar una imagen coherente, se propone recordar la vida de Fonstein, escribir una memoria acerca de este refugiado europeo.

Durante los dos días siguientes nos dedicamos a un ensayo sobre la idea que tenía Nietzsche de la voluntad de poder, que según Saul era fundamental para componer la parte estadounidense de la historia. El «nihilismo de piedra» de que habla Nietzsche ha degenerado, según Saul, en un «nihilismo de sordidez». Parece ser que ahora la voluntad de poder genera energía creativa. El Hollywood de Billy Rose, el Las Vegas del hijo jugador de Fonstein, el caos de la vida norteamericana actual, ¿son lo mejor que tenemos en materia de creación? Quizá el narrador de «El contacto Bella Rosa» tiene la intención de acabar con la idea de que la vida humana se ha convertido

en un caos sin sentido con respecto a la memoria, lo que equivale a decir fe.

Aquella primavera que había empezado con frío y lluvia terminó con una ola de calor. El 13 de junio teníamos treinta y cinco grados, y de camino al estanque al mediodía me encontré a Saul, que iba en la misma dirección, apartando las hierbas a su paso. Cuando nos hallamos delante del agua le pregunté:

—¿Has pasado una buena mañana?

—Sí. He empezado algo nuevo.

—¿Cómo?

—Ahora me encuentro mucho mejor, estoy escribiendo algo que tenía intención de escribir.

Completamente desnudos (sí, Rosie, hubo un tiempo en que tus padres fueron jóvenes y alocados), nos dispusimos a darnos el primer baño de la temporada. Saul se tiró el primero al agua. Después, mientras nos secábamos al sol sobre las rocas, Saul me preguntó: «¿Quieres que te lea un poco?». Yo no sé lo que esperaba. Con probabilidad un nuevo comienzo de «Bella Rosa». Pero, cuando abrió el cuaderno que había llevado hasta el estanque, empezó a leer los primeros miles de palabras de algo *completamente* nuevo: lo que sería al final *Marbles*, novela que lleva reescribiendo cerca de una década y que hasta ahora nunca ha completado.

Cuando pienso en Saul trabajando, me viene a la mente la imagen de un malabarista: unas bolas luminosas transportadas por el aire, cada una de un color distinto, en contraste con un cielo azul, que se mantienen en alto por la infinita habilidad de un mago, que está al mismo tiempo relajado, de humor irónico y concentrado. Denle un teléfono, pregúntenle algo sobre la cena o invítenlo a dar un paseo y seguirá con sus bolas. Si uno es consciente de que están ahí, y camina detrás de él, podrá incluso verlas por encima de su cabeza.

JANIS BELLOW

Introducción

1

A la larga, a todo escritor se lo califica de «escritor hermoso», igual que, a la larga, todas las flores son bellas. Cualquier prosa que se eleve por encima de la más ordinaria es aplaudida; y todos los días se corona a «estilistas» de reinos cada vez más pequeños. En medio de toda esta relatividad, es fácil dar por sentadas las inmensas capacidades estilísticas de Saul Bellow, quien, junto a Faulkner, es el más importante prosista estadounidense.

Una vez más, a muchos escritores se les llama «importantes»; la palabra aparece por todas partes, su cultivo es industrial. En el caso de Bellow, «importante» significa abundante, preciso, variado, rico y enérgico de manera importante. Significa una prosa que registra la alegría de la vida: la alegre libertad arrolladora de sus frases atrevidas y no aseguradas. Estas cualidades están presentes en las historias cortas de Bellow tan plenamente como en sus novelas. Cualquier página de esta selección contiene una prosa de raíces augustas, llena de herencia (los ritmos de Melville y Whitman, Lawrence y Joyce, y, detrás de ellos, Shakespeare). Esta prosa a veces cae en cascada de adjetivos que se vierten (en «El viejo sistema», el río es descrito como poseedor de una fuerza «ondulada, verde, negruzca, vidriosa»), y en otras partes hiere con su agudeza metafórica («su calvicie era total, como una purga»). Controlando estos distintos modos de expresión, se encuentra una inteligencia firme, que siempre tiende a la ironía cómica y metafísica (como en la descripción de Behrens, el florista de «Algo por lo que recordarme»: «En medio de las flores, él era el único que no tenía color: algo así como el precio que pagaba por ser humano»).

Bellow es un gran retratista de la forma humana, comparable a Dickens en el rápido esbozo de gárgolas al minuto; todos recordamos a Valentine Gersbach en *Herzog*, con su pierna de palo «que se doblaba y estiraba con gracia como un gondolero». En estas historias, que por su forma han de ser más rápidas que las novelas, Bellow es incluso más resuelto y compacto. En «¿Qué tal día has pasado?» nos encontramos con Víctor Wulpy, el gran crítico y teórico del arte, que está despeinado y «llevaba los pantalones caídos»: «Por la manera en que todo el rostro se dilataba cuando hablaba con énfasis, uno reconocía que en el fondo era una especie de tirano del pensamiento». Y en «Primos», la prima Riva: «Yo recordaba a Riva como una mujer de cuerpo entero, pelo oscuro, lozana y de piernas rectas. Ahora toda la geometría de su figura había cambiado. Las rodillas se le habían venido abajo como el gato de un automóvil, hasta alcanzar una postura de diamante». En «La bandeja de plata», papá, que se pelea con su hijo por el suelo y de pronto se queda completamente quieto: «Tenía los ojos desorbitados y la boca abierta, huraña. Como un pez grande». En «Él siempre metiendo la pata», el profesor Kippenberg es un gran sabio con cejas pobladas, «como gusanos del Árbol del Bien y del Mal»; en «Zetland», Max Zetland tiene «una hendidura negra en la barbilla», «imposible de afeitar», y a McKern, el borracho al que lleva a casa el joven protagonista de «Algo por lo que recordarme», nos lo presentan echado desnudo en un sofá: «Le eché un vistazo a McKern, que había tirado el abrigo y se había quitado los calzoncillos. La cara como si estuviera perdida, la corta nariz apuntando bruscamente los signos de vida en la garganta, el aspecto roto del cuello, el pelo negro en

la barriga, el corto cilindro entre las piernas terminado en una espiral de piel floja, el brillo blanco de las espinillas, la trágica expresión de los pies».

¿Qué función tienen estas exuberantes y al mismo tiempo concisas descripciones? En primer lugar, el disfrute puro y simple de leerlas. La descripción de las pobladas cejas del profesor Kippenberg como gusanos del Árbol del Bien y del Mal no es solo un chiste muy bueno; cuando nos reímos, apreciamos al mismo tiempo una especie de ingenio cuya mejor definición es decir que es metafísico. Nos deleitamos con el ondulante proceso de invención por el que se combinan unos elementos aparentemente incompatibles —unas cejas, unos gusanos y el Edén; o unas caderas de mujer y un gato de coche—. De este modo, aunque después de leer a Bellow nos queda la impresión de que la mayoría de los novelistas no se preocupan en realidad por prestar la suficiente atención a las formas y marcas de la gente, sus retratos no existen simplemente como una forma de realismo. Se nos invita no solo a ver el parecido con la vida real de los personajes de Bellow, sino también a compartir el disfrute de la creación, el disfrute del autor al *hacer* que tengan ese aspecto. Esto no es solo el aspecto de la gente. Se trata también de esculturas en las que entramos gracias a la fuerza burlona y lúdica del artista. En «Memorias de Mosby», por ejemplo, en unas pocas líneas se describe a un pianista checo que toca a Schonberg: «Aquel hombre, con su calvicie muscular, trabajaba muy duro sobre las teclas»; ya sabemos el aspecto que tiene. Pero entonces Bellow añade que «los músculos de su frente que se alejaban en protesta contra su *tabula rasa*: el cráneo pelado». De pronto hemos entrado en el mundo de lo surrealista, el reino del fuego. Qué extraño y qué cómico, la idea de que los músculos de la frente del hombre se rebelan de algún modo contra el vacío, la vacuidad, la *tabula rasa* de su cabeza calva. Pero, por supuesto, Bellow también nos hace ver la forma humana, abre nuestros sentidos y disciplina nuestras sensibilidades, como Flaubert le dijo a Maupassant que debería hacer el buen escritor: «En todo hay una parte que está sin explorar —dijo Flaubert—, porque estamos acostumbrados a usar los ojos solo en asociación con la memoria de lo que antes de nosotros han pensado otros del objeto que estamos mirando. Hasta lo más pequeño tiene dentro algo desconocido». Bellow expone esta cualidad desconocida, ya sea por la fuerza del ingenio metafórico (caderas como el gato de un coche) o al señalar, con una ternura inesperada, lo que nos hemos acostumbrado a pasar por alto: el «brillo blanco de las espinillas» del pobre McKern mientras yace en la cama, o la cabeza calva de papá, tal y como la recuerda su hijo en «La bandeja de plata»: tenía «el cráneo bañado en sudor: más gotas que cabellos».

Y en estas historias ver es importante, nos pide algo. Muchas de ellas están narradas por hombres que recuerdan experiencias de la infancia, o al menos épocas más jóvenes, y hacen uso del recuerdo visual para conjurar personajes y héroes que para ellos están llenos de vida. El detalle físico, descrito con exactitud, es la cantera de la memoria y se defiende moralmente por sí solo: es la manera en que devolvemos los muertos a la vida, les damos una segunda vida en nuestras mentes. De hecho, estos recuerdos se convierten, por la fuerza de la evocación, en la primera vida de nuevo y empiezan a empujarnos como hacen en efecto los vivos. En «Primos», el narrador acepta intervenir en el proceso judicial de un pariente porque los recuerdos de su familia ejercen sobre él una presión: «Lo hice por el tic del primo Metzger. Por las tres capas del helado napolitano. Por el furioso crecimiento hacia arriba del pelo teñido de la prima Shana y por las ávidas venas que tenía en las sienes y en medio de la frente. Por la fuerza con que avanzaban sus pies desnudos mientras pasaba la mapa por el suelo y extendía las páginas del *Tribune* por encima».

La forma en que Bellow ve a sus personajes también nos dice algo sobre su ser más profundo. En

su mundo de ficción no abundan los motivos para las acciones de la gente; como todos los novelistas, Bellow no es un psicólogo en profundidad, sino que, en vez de eso, sus personajes son más bien almas que se han apoderado de un cuerpo, esencias desplegadas. Sus cuerpos son sus confesiones, su camuflaje moral, defectuoso y desconchado: tienen los cuerpos que merecen. Víctor Wulpy, tirano del pensamiento, tiene una cabeza grande y tirana; Max Zetland, un padre desaprobador y posesivo, tiene en la barbilla una hendidura que no se puede afeitar, y cuando fuma «contiene el humo de sus cigarrillos». Es quizá por esta razón por lo que rara vez se encuentra en Bellow una descripción de alguien joven; hasta sus personajes de mediana edad parecen viejos. Porque en cierto modo él vuelve viejos a todos sus personajes, porque los viejos llevan sin remedio sus esencias reflejadas en sus viejos cuerpos, tienen más experiencia de la lucha moral. En «El viejo sistema», el cuerpo de la tía Rose está casi literalmente comido por la historia: «Tenía un amplio busto, anchas caderas y unos muslos a la antigua con esas formas extrañas que ahora pertenecen a la historia».

Como Dickens, y en cierto sentido como Tolstói o Proust, Bellow ve a los humanos como encarnaciones de una sola esencia o ley dominante del ser, y hace repetidas referencias a las esencias de sus personajes, con el método del leitmotiv. Como, en *Anna Karenina*, Stive Oblonski tiene siempre una sonrisa en los labios, y Anna el paso ligero y Lenin el paso grave, cada uno de ellos atributos que acompañan a un temperamento particular, así Max Zetland tiene su hendidura desaprobadora, y Sorella, en «El contacto Bella Rosa», su enérgica obesidad, etcétera. En *Seize the day*, que es probablemente la mejor de las obras cortas de Bellow, Tommy Wilhelm ve a las grandes masas caminar por Nueva York y parece ver «en cada rostro el refinamiento de un motivo o esencia particular: yo trabajo, yo gasto, yo lucho, yo imagino, yo amo, yo me aferro, yo retengo, yo entrego, yo envidia, yo deseo, yo desprecio, yo muero, yo me escondo, yo quiero».

Bellow ha escrito que cuando leemos «a los mejores novelistas de los siglos XIX y XX, pronto nos damos cuenta de que tratan de diversos modos de establecer una definición de la naturaleza humana», y su propio trabajo, su propia forma de ver los tipos humanos esenciales, puede añadirse a ese gran proyecto.

2

Las historias de Bellow parecen dividirse en dos tipos: las historias largas, de límites holgados, que al leerlas dan la impresión de que iniciaron su vida como novelas (como «Primos»), y los cuentos cortos, casi clásicos, que a menudo relatan los acontecimientos de un solo día («Algo por lo que recordarme», «La bandeja de plata», «Buscando al señor Green»). Sin embargo, en ambos tipos de historia, actúa el mismo tipo de prosa narrativa, una prosa que tiende a recordar acontecimientos lejanos y a convertirse en una versión del monólogo interior. Así, el narrador sin nombre de «Zetland» recuerda a Max Zetland, el padre de su amigo:

Max Zetland era un hombre musculoso que pesaba casi cien kilos, pero aquello eran solo escenas: no había ningún peligro. Como de costumbre, a la mañana siguiente, de pie en su cuarto de baño, se afeitaba minuciosamente con su Gillette de latón, se acicalaba su censorado rostro y se aplastaba el cabello como un ejecutivo americano, con dos cepillos militares. Después, al estilo ruso, se bebía su té a través de un terrón de azúcar, hojeando el

Tribune, y se marchaba a su puesto en el Loop, más o menos *in Ordnung*. Un día normal. Al bajar las escaleras de la parte de atrás, que eran un camino más corto para el El, miraba por la ventana del primer piso a sus ortodoxos padres en la cocina. El abuelo se rociaba la barbada boca con un atomizador, pues tenía asma. La abuela hacía dulce de cáscaras de naranja. Las cáscaras se secaban durante todo el invierno en los radiadores de vapor. Los dulces se guardaban en cajas de zapatos y se servían con el té.

Sentado en el E1, Max Zetland se humedecía el dedo con la lengua para pasar las páginas del grueso periódico [...] Las estaciones del E1 estaban cubiertas por tejadillos de lata que semejaban pagodas. A cada persona que subía por las escaleras le anunciaban el compuesto vegetal de Lidia Pinkham. La pérdida de hierro hacía palidecer a las jovencitas. El propio Max Zetland tenía el rostro blanquecino, los carrillos blancos, era un ruso sarcástico, pero pasablemente agradable, el que entraba en el palacio de las mercancías de la avenida Wabash...

El narrador, que no tiene relación con Max Zetland, escribe sobre él como si él mismo hubiera estado allí, como si recordara la escena diaria, y utiliza un estilo de escritura que Joyce perfeccionó en *Ulises*: un revoltillo de distintos detalles que se recuerdan, una prosa llena de vida que siembra impresiones con una velocidad irregular, en la que la perspectiva sigue expandiéndose y contrayéndose, como hace la memoria; en un momento vemos al abuelo en un gesto de dinamismo, rociándose la barbada boca con un atomizador, y en el siguiente se nos dice que la abuela hacía dulces de cáscaras de naranjas y que esas cáscaras pasaban todo el invierno secándose en los radiadores. En un momento vemos los anuncios del compuesto vegetal de Lidia Pinkham, y al siguiente vemos a Max entrando en su lugar de trabajo. La prosa evoluciona entre distintas temporalidades, entre lo inmediato y lo tradicional, lo nuevo y lo antiguo. El narrador de «Algo por lo que recordarme» escribe que en casa, dentro del edificio, vivían «por Una norma arcaica; fuera, la vida misma». La prosa de Bellow evoluciona de manera similar, entre lo «arcaico» o tradicional y la inmediata «vida misma».

Los detalles en Bellow parecen modernos porque muy a menudo se trata de la impresión que se recuerda del detalle, filtrada a través de una conciencia; y sin embargo sus detalles siguen teniendo una solidez nada moderna. A riesgo de sonar apocalíptico, uno podría decir que Bellow aplazó el realismo para una generación, la generación que vino después de la Segunda Guerra Mundial, que mantuvo su cuello alejado de la guillotina de lo posmoderno; y lo hizo reviviendo el realismo tradicional con técnicas vanguardistas. Su prosa es densamente «realista», y sin embargo resulta difícil encontrar en ella alguna de las convenciones usuales del realismo o incluso del relato. Sus personajes no salen de una casa y entran en otras —más bien son barridos, por así decir, de una escena del recuerdo a otra— y no mantienen conversaciones obviamente «dramáticas». Es casi imposible encontrar en estas historias oraciones del tipo «Dejó el vaso encima de la mesa y salió de la habitación». Estas historias son a la vez tradicionales y muy poco tradicionales, al mismo tiempo «arcaicas» y radicales. Es curioso, pero el monólogo interior, a pesar de toda su reputación como gran acelerador de la descripción, en realidad hace más lento el realismo, le pide que se detenga en pequeños detalles y brillos, que dé la vuelta y haga círculos. El monólogo interior es en realidad aliado de la historia corta, de la anécdota y el fragmento, y no es sorprendente que el monólogo interior y la historia corta aparezcan con fuerza en la literatura más o menos al mismo tiempo, hacia

3

«En casa, dentro del edificio, por una norma arcaica; fuera, la vida misma»: este es el eje en que se basan muchas de estas historias, tanto en el plano de la cambiante prosa como en el plano más amplio del significado. Para la mayoría de los héroes y narradores de estas historias, Chicago, donde reina «la vida misma», existe como tormento pero también como aguijón. Chicago es norteamericana, moderna; la vida en casa es, como para Max Zetland, tradicional y «arcaica», respetable y judía con recuerdos y costumbres de la vida rusa. (Bellow estuvo a punto de nacer en Rusia, por supuesto; su padre emigró desde allí a Lachine, Quebec, en 1913, y Bellow vino al mundo en junio de 1915.) En estos relatos, Bellow vuelve una y otra vez a la ciudad de su infancia, la mole industrial, superpoblada, donde el E1 «parecía el puente de los elegidos sobre la condenación de los barrios bajos», una ciudad que es a un tiempo brutal y poética, «azul por el invierno, marrón por el atardecer, cristalizada por el hielo». Chicago, esa aglomeración de fantasías humanas: el protagonista de «Buscando al señor Green» se da cuenta de que la ciudad representa un acuerdo colectivo de la voluntad, que debe ser reconocido y registrado de manera tan exacta y lírica como los humanos que abarrotan los recuerdos de esos personajes. Pero Chicago también es un reino de confusión y vulgaridad, un lugar enemigo para la vida de la mente y la adecuada expansión de la imaginación. El narrador de «Zetland» rememora que él y el joven Zetland (el hijo de Max) se leían el uno al otro poemas de Keats mientras remaban en el lago de la ciudad: «En Chicago se podían obtener libros. En los años veinte la biblioteca pública tenía muchas sucursales a lo largo de las líneas de tranvía. En verano, bajo las paletas de goma del ventilador, que no dejaban de girar, los niños y niñas leían en aquellas sillas duras. Los tranvías carmesí se balanceaban y traqueteaban en los raíles. En 1929 el país se fue a la ruina. En el estanque público, mientras remábamos, nos leíamos a Keats el uno al otro mientras las algas aprisionaban los remos».

«Mientras las algas aprisionaban los remos»: Chicago siempre amenaza con enredar al personaje bellowiano, como también lo hace su familia, para sofocarlo. En estas historias, los personajes de Bellow se sienten tentados repetidas veces por visiones de fuga: a veces es mística, a veces religiosa, y muchas veces platónica (en el sentido de que el mundo real, el mundo de Chicago, no se siente como real sino solo como un lugar en el que el alma está en exilio, un lugar de meras apariencias). Woody, en «La bandeja de plata», está imbuido con «la secreta certeza de que el fin de esta tierra era ser colmada de bien. Saturada incluso». Se sienta a escuchar religiosamente todas las campanas de Chicago que suenan los domingos. Y sin embargo la historia que recuerda es un relato de vergonzoso robo y trampa, una historia plenamente profana. El narrador de «Él siempre metiendo la pata» se siente atraído por visiones de Swedenborg, y por la idea de que «el Espíritu Divino» se ha «retirado en nuestro tiempo del mundo externo y visible». Sin embargo, este relato viene envuelto en una carta de disculpa y confesión a una mujer pacífica que él insultó una vez de manera cruel. El narrador de «Primos» admite que «nunca he abandonado el hábito de referir todas esas observaciones verdaderamente importantes a esa conciencia o alma original», y aquí hace referencia a la idea platónica de que el hombre tiene un alma original de la que ha sido exiliado, y para volver a la cual debe encontrar el camino. Pero, una vez más, lo que suscita sus revelaciones es

completamente profano: un vergonzoso proceso ante los tribunales en el que está implicado un primo no muy honrado.

El argumento de Bellow, si esa palabra no suena demasiado impuesta, parece ser que una visión puramente religiosa o intelectual —una inteligencia teórica— carece de peso, y es incluso peligrosa sin los datos humanos que proporcionan tanto una ciudad como Chicago como las estrategias y culpas ordinarias de familiares y amigos. Zetland, a quien, según nos dicen, «no le interesaban mucho los fenómenos de superficie», abandona el pensamiento puro de la lógica analítica cuando se muda a Nueva York y lee a Melville. Víctor Wulpy puede ser un gran crítico de arte, pero es incapaz de decirle a Katrina, su amante, que la ama, incluso a pesar de que es eso lo que ella más desea oír. Y le toca a un charlatán productor de películas de ciencia ficción, Larry Wrangel, señalar correctamente los dolorosos límites de la mente sabelotodo de Víctor.

Todos los personajes de Bellow ansían hacer algo de sus vidas en el sentido religioso, y sin embargo esta ansia no se registra como algo solemne o religioso: se señala de manera cómica. Nuestra confusión metafísica, y nuestros intentos torpes y furiosos de hacer que estas nubes den lluvia, están cargados de patetismo ridículo en su obra. A este respecto, Bellow es quizá más tierno y sugerente en su encantadora historia «Algo por lo que recordarme». El narrador, ya viejo, recuerda un solo día de su adolescencia, en el Chicago de la Depresión. Él era un chico soñador con ideas religiosas y místicas de un carácter claramente platónico: «¿Dónde está el mundo del que viene la forma humana?», pregunta retóricamente. En su trabajo de repartidor de flores por la ciudad, siempre suele llevar consigo sus textos filosóficos o místicos. En el día que recuerda, se convierte en víctima de una jugarreta cruel. Una mujer le atrae hasta su dormitorio, y una vez allí huye dejándolo desnudo. Le toca entonces volver a su casa, a una hora de distancia atravesando el helado Chicago, a una casa en la que su madre está moribunda y su severo padre lo espera, con «una furia ciega, al estilo del Antiguo Testamento»: «En casa, dentro, la norma arcaica; fuera, la vida misma».

El chico recibe ropas del camarero del barrio y se gana el billete de tranvía a casa aceptando acompañar de vuelta a su apartamento a uno de los habituales del bar, un borracho llamado McKern. Una vez allí, el muchacho acuesta al borracho y prepara la cena para las dos hijas pequeñas y sin madre de McKern: cocina chuletas de cerdo, mientras la grasa le salpica las manos y llena el pequeño apartamento de humo de cerdo. «Toda mi crianza se sublevó con horror, la garganta llena, las tripas revueltas», nos cuenta. Pero lo hace. Por fin, el muchacho consigue llegar a su casa, donde su padre, como él esperaba, le pega. Con sus ropas también ha perdido su preciado libro, también se lo han tirado por la ventana. Pero, reflexiona él, volverá a comprarlo, con dinero robado a su madre. «Yo sabía dónde escondía mi madre sus ahorros. Como yo miraba todos los libros, había encontrado el dinero en su *mahzov*, el libro de oraciones para las fiestas principales, para los días más señalados.»

En este fragmento hay ironía oculta. Obligado a robar por las horriblemente profanas confusiones de aquel día («la vida misma», en efecto), el chico tomará ese dinero para comprar más libros místicos y sagrados, libros que sin duda le enseñarán religiosa o filosóficamente que esta vida, la vida que él lleva, ¡no es la vida real! ¿Y por qué sabe el chico cuál es el escondite de su madre? Porque él mira «todos los libros». Su amor por los libros, su idealismo, ¡son los motivos por los que sabe cómo llevar a cabo la mundana acción de robar! ¿Y de dónde roba ese dinero? De un texto sagrado («la norma arcaica», en efecto). De manera que, entonces, piensa el lector, ¿quién puede decir que esta vida, la vida que nuestro narrador nos ha estado contando de manera tan gráfica, con todas sus situaciones embarazosas y vulgares de Chicago, no es real? No solo es real, sino que

también es religiosa a su manera —porque el día que acaba de vivir, dolorosamente, también ha sido de algún modo un día de sobrecogimiento y respeto, en el que ha aprendido mucho—, una gran fiesta profana, completada con el sacrificio de quemar el cerdo *goyish*. Podría decirse que todas estas hermosas historias nos echan a la cara, como un torbellino ardiente, las interrogantes profanas y las religiosas: ¿cuáles son nuestros días de sobrecogimiento y reflexión? Y ¿cómo los reconoceremos?

JAMES WOOD

Cuentos reunidos

A orillas del St. Lawrence

¿El Rob Rexler que yo conozco?

Sí, Rexler, el hombre que escribió todos esos libros sobre el teatro y el cine en la Alemania de la Weimar, el autor de *Berlín de la posguerra* y del controvertido estudio sobre Bertolt Brecht. Ahora es bastante mayor y, al parecer, aunque nadie lo diría al leer su obra, está físicamente disminuido, no discapacitado, solo un poco lisiado en la adolescencia debido a la parálisis infantil. Cuando uno lee eso se imagina a un hombre alto, y su figura baja y encorvada constituye una sorpresa. Uno no se espera que el autor de esas frases tan agudas tenga el cuello inclinado, la mandíbula larga y la espalda hecha un nudo. Pero esto solo son pequeños detalles, y en cuanto empiezas a hablar con él te olvidas de sus discapacidades.

Como Nueva York ha sido su hogar durante medio siglo, uno supone que nació en el East Side o en Brooklyn, pero de hecho es canadiense. Nació en Lachine, Quebec, un lugar improbable para un historiador que ha escrito tanto sobre el Berlín cosmopolita, el nihilismo, la decadencia, el marxismo y el nacionalsocialismo, y que describió las trincheras de la Primera Guerra Mundial como «sándwiches humanos» servidos por los líderes de las grandes potencias.

Sí, nació en Lachine de padres procedentes de Kiev. Su infancia se dividió entre Lachine y Montreal. Y justo ahora, después de haber pasado una enfermedad casi mortal, sintió el extraño deseo o necesidad de volver a ver Lachine. Por esta razón aceptó una invitación de la Universidad McGill para dar una serie de conferencias a pesar de que su interés por Bertolt Brecht era cada vez menor (y su antipatía por él cada vez mayor). A pesar de estar cansado de Brecht y de su marxismo —estalinismo—, de algún modo seguía apegándose a él. Podría haber cancelado el viaje. Seguía convaleciente y débil. Le había escrito a su contacto en la universidad: «He estado jugando a la rayuela con la muerte, y como soy un viejo solo tengo que prever las sillas de ruedas que me llevarán desde la ventanilla de los billetes hasta la puerta de embarque. ¿Podrá venir alguien a buscarme a Dorval?».

Contaba también con que un chófer lo llevaría a Lachine. Le pidió que aparcase la limusina enfrente del lugar en que nació. La calle estaba vacía. La pequeña casa de ladrillo era la única que quedaba de pie. En las manzanas que la rodeaban todos los edificios habían sido derruidos. Le dijo al chófer: «Voy a dar un paseo hasta el río. ¿Podrá esperarme alrededor de una hora?». Ya esperaba, con razón, que pronto se cansarían sus piernas y que las vacías calles se volverían frías. A finales de octubre ya era casi invierno por aquellos pagos. Rexler llevaba puesto el loden en forma de capa de color verde oscuro que se había comprado en Salzburgo.

Al principio no encontró nada familiar. Era un sitio en el que no esperaba coincidir con nadie. Le sorprendió lo grande y rápido que era el St. Lawrence. Cuando niño te veías atrapado por aquellas calles de mala muerte. Ahora el río se había abierto, y también el cielo, cubierto de unas largas y estáticas nubes otoñales. Los rápidos eran blancos, el agua daba tumbos por encima de las rocas. El viejo almacén de la bahía del Hudson lo habían transformado en centro comunitario. Enfrente, en un marco lúgubre de barro y mugre, había una estrecha iglesia provinciana de piedra. ¿No había antes un convento por allí cerca? Él no lo buscó. Río abajo, en la orilla más lejana, divisó Caughnawaga, la reserva india. Según Parkman, un gran grupo de mohawk de Caughnawaga, tras recorrer cientos de kilómetros con raquetas en los pies, había sorprendido y masacrado a los colonos de Deerfield, Massachusetts, durante las guerras entre los franceses y los indios. ¿No eran mohawk esos indios? No

se acordaba. Le parecía que eran uno de los grupos de iroqueses. Por esta razón ya no sabía si su lugar de nacimiento estaba en la Séptima o en la Octava Avenida. Habían desaparecido demasiados puntos de referencia. La diminuta sinagoga era ahora una tienda de muebles. En las calles no había ni mujeres ni niños. Los obreros inmigrantes de la Dominion Bridge Company vivieron en un tiempo en aquellas casas apretujadas con aquel estrecho patio delantero (el terreno debía de ser caro) en que, más de sesenta años antes, la madre de Rexler lo había envuelto bien atado en su chal para cavar la nieve con la pala negra del hornillo. Se veía la amplia superficie del río: había estado allí todo el tiempo, detrás de las panaderías y de las tiendas de salchichas, de las cocinas y de los dormitorios.

Junto al canal de Lachine, donde el agua «estancada» de las esclusas estaba quieta y verde, empezaron a tomar forma varias de las razones para el retorno de Rexler. Cuando le preguntaban cómo se sentía —y solo hacía dos meses que los médicos lo habían liberado; el especialista le había dicho: «Tenías los pulmones vacíos. Yo no habría apostado ni un centavo por tu vida»—, Rexler respondía: «Yo no tengo resistencia. Si gasto un poco de energía ya no tengo ni fuerzas para atarme los zapatos».

Pero, entonces, ¿para qué había hecho este viaje tan agotador? ¿Sentimentalismo, nostalgia? ¿Deseaba quizá recordar cómo su madre, muda de afecto, lo había envuelto en paños de lana y lo había enviado a quitar la nieve con una pequeña pala? No, Rexler no era así en absoluto. Era un hombre duro. Era esa misma dureza la que lo había acercado muchos años antes a Bertolt Brecht. Nostalgia, subjetividad, introspección: todo eso pertenecía a la casilla de la autocompasión. No estaba encontrando una respuesta. A su edad el aplazamiento de la muerte solo podía ser corto. Era extraño que el ladrillo y el estuco que habían encerrado a los obreros de la Compañía Ucraniociliana, y también a los de la francocanadiense Dominion Bridge, los aislase también del St. Lawrence en su camino de platino hacia el Atlántico Norte. Solo el haber vuelto a ver sus casitas habría merecido el agotador viaje, el desgaste de los aeropuertos y el calvario menor de la charla que debe soportar el conferenciante de visita.

En todo caso, él veía la muerte como un campo magnético en el que todo ser vivo debe entrar. Estaba preparado para ello. Había pensado incluso que desde que estuvo inconsciente bajo el respirador durante un mes entero, lo mismo le daba haber muerto en el hospital y evitar más problemas. Y sin embargo aquí estaba, en su *ciudad natal*. El personal de cuidados intensivos le había advertido de que las pantallas electrónicas que vigilaban su corazón habían dejado por fin de emitir gráficos, garabatos y símbolos y que se habían ido a pique, pues solo salían signos de interrogación. Aquella habría sido la vía entre la inconsciencia y la no consciencia, con todas las máquinas confundidas. Pero aún no había llegado su hora, y en ese momento este inválido informativo estaba allí de pie en Monkey Park junto a las compuertas sombreadas de verde otoñal de la tierra amontonada preguntándose si por todo esto valía la pena gastar su limitada energía.

*La cocinera se llamaba Rosie.
Era de Montreal.
Era camarera en la barca de un aserradero
en Lachine, en el Gran Canal.*

Más de una vez, Rexler había pensado en abrir una oficina para ayudar a las desconcertadas personas que solo recordaban una estrofa de una balada o canción. Por veinticinco dólares les proporcionaría el texto completo.

Recordaba que, cuando había una barcaza en las compuertas, los habitantes de Lachine, desempleados que holgazaneaban o pasaban el rato, charlaban y bromeaban con la tripulación. Él mismo había estado aquí, agitando el brazo y sonriendo ante las bromas. Por aquel entonces su cuerpo de niño estaba limpio. Cómo se notan estas cosas: él aún era normal durante las últimas vacaciones que pasó en su infancia en Lachine. Hacia finales de aquel verano contrajo la polio y su cuerpo se retorció como un árbol viejo. Después, la adolescencia lo convirtió en un gimnasta tullido cuyo esqueleto era el aparato con el que trabajaba como un acróbata en sus ensayos. Así era como te castigaba la realidad por tu inocencia. Te convertía en crustáceo. Pero en sus primeros años, hasta el final de los años veinte, su cuerpo aún estaba bien formado y terso. Más tarde la cabeza se le fue poniendo pesada, la mandíbula se le alargó y sus patillas se convirtieron en gruesos pilares. Pero él se había esforzado mucho por alejarse de la anormalidad, de la apariencia y hábitos de un tullido. Sus grandes ojos eran afables, caminaba con una viril cojera, con todo su peso apoyado sobre el pie izquierdo. «No soy personalmente responsable por cómo me ha tratado la vida», era su declaración tácita.

Así, más o menos, era Rexler, el último de una tribu que había atravesado el Atlántico a principios de siglo para establecerse en un limitado espacio en las calles que ponían freno al río. Vivían entre franceses, indios, sicilianos y ucranianos.

Su tía Rozzy, que lo quería mucho, a menudo lo rescataba en julio de la pocilga de la calle St. Dominick de Montreal. A sus primos mayores de Lachine, que ya eran adultos, y todos tenían rostros enérgicos y graciosos, parecía gustarles su compañía. «Llévate al niño», solía decir la tía cuando los enviaba a hacer algún recado.

Él se paseaba por todo Lachine en sus coches y camiones.

Estos recuerdos eran muy detallados, en ellos no había nada borroso. Por tanto, Rexler sabía que debía de haberlos recordado muchas veces a lo largo de los años. Una y otra vez veía a los primos, plenamente maduros a los veinte años, o incluso a los dieciséis años. El mayor, el primo Ezra, era agente de seguros. Le seguía Albert, estudiante de derecho en McGill. Después iba Matty, menos duro que sus hermanos mayores. La menor era Reba. Tenía el olor que tienen a menudo las chicas corpulentas, o eso creía Rexler, un característico perfume sexy. Si vamos a eso, eran todos sexy. A excepción, por supuesto, de los padres. Pero tanto, Ezra como Albert, e incluso Matty, combinaban sus trabajos con citas femeninas. Bromeaban sobre ello en los portales. A veces se llamaba Vadja, otras veces Nadine. Ezra, que era tan serio con los negocios, la compraventa de terrenos —lo de los seguros era una actividad suplementaria—, se reía después de hacer arrancar el Ford con la manivela, y decía mientras saltaba en el asiento: «¿Qué te ha parecido esa, Robbie?». Y, con aire picarón, sorprendía a Rexler pellizcándolo en el muslo. Ezra tenía una agradable cara curtida. De color era oscuro, como su padre, y tenía arrugas verticales debajo de las orejas; un viejo médico de campo lo había curado de la hinchazón causada por haber bebido leche de una vaca tuberculosa. Pero hasta las cicatrices eran agradables a la vista. Ezra tenía una forma brusca de despejarse la nariz resoplando. Apretaba los pedales del Ford. Su aliento era viril, un poco salado, o quizá agrio. Comparado con Rexler era mucho mayor, más un tío que un primo. Y cuando se quedaba silencioso, pensando en sus negocios, no había lugar para la risa. Apretaba sus blancos dientes y lo embargaba una especie de gravedad. Entonces no era momento de contar chistes yídish, ni de dobles sentidos en hebreo. Era un hombre determinado a hacer algo. A su muerte dejó un patrimonio de millones.

Rexler nunca había visitado su tumba ni las de los demás. Todos ellos yacían juntos en algún

lugar de una ladera: ¿podía ser Westmount, o era Outremont? Ezra y Albert se pelearon cuando murió Reba. Ezra había estado de viaje y Albert la enterró en algún lugar remoto. «Quiero que mis muertos estén juntos.» Ezra estaba furioso ante lo que consideraba una falta de respeto con los padres. Al recordar este detalle, Rexler hizo un gesto con su tullida espalda, se encogió de hombros para liberarse de la piedad. Aquello no era su estilo. Pero, entonces, ¿por qué lo recordaba con tanto detalle?

Un día de junio había cruzado en coche con Albert las vías del Grand Trunk donde los padres poseían algunos terrenos que alquilaban. No llevaban allí más de quince años y no conocían ni veinte palabras del idioma, pero compraron terrenos. Solo la familia más cercana sabía de este hecho. Eran muy reservados. A la edad que tenía Rexler —siete u ocho años— él no lo habría entendido. Sin embargo, cuando estaba presente eran cautelosos. Como consecuencia, llegó a entenderlo. Un reto así seguro que lo provocaría.

El primo Albert lo desconcertaba con su astuta y pícara mirada. Para las mujeres tenía un ojo lascivo. Y en McGill había adquirido los modos británicos. Decía: «Por Júpiter». También decía: «Magnífico». Joe Cohen, diputado de Ottawa, había elegido a Albert para que fuese su ayudante. Esto lo formó. Con el tiempo se convirtió en socio de la firma de Cohen. Dejará de decir: «Por Júpiter» y en su lugar dirá: «¿Qué pasa?», era la profecía del tío Ezra. Pero Ezra tenía sus propios aires. Por ejemplo, el de ser el primero de los hermanos. Unos miles de años de gravedad arcaica se posaban sobre él. La ventaja de vivir en la remota Lachine consistía en que podía improvisar libremente citas del Antiguo Testamento.

Pues bien, Rexler estaba en el segundo Ford de la familia con Albert en el lado más alejado de las vías, en dirección a Dorval, y Albert aparcó enfrente de una gran casa. Tenía un porche blanco y espacioso, pilares redondos y un columpio colgado de cadenas.

—Tengo que entrar —dijo Albert—. Tardaré un momento.

—¿Largo?

—Todo lo largo que haga falta.

—¿Puedo salir y dar un paseo?

—Preferiría que te quedases dentro del auto.

Entró y, tal y como lo recordaba Rexler, la espera fue interminable. El sol se filtraba por entre las hojas de junio. La oscura vinca crecía en todos los lugares sombríos y unas jóvenes entraban y salían del amplio porche. Caminaban del brazo o se sentaban juntas en el columpio o en unas sillas blancas de madera. Rexler se desplazó hasta el asiento del conductor y jugó con el volante y con el estérter, ¿o era el encendido? Se agachó y pulsó los pedales con las manos. Una pezuña hendida habría sido lo ideal para presionar aquellos pedales ovalados del embrague y del freno.

Después se cansó de esperar.

Después empezó a preocuparse.

Es posible que estuviera solo casi una hora.

Rexler empezó a preguntarse si tenía alguna idea sobre lo que estaba entreteniéndolo a Albert. Quizá sí. Todas aquellas mujeres que pasaban por la puerta, se paseaban, se columpiaban entre las chirriantes cadenas.

Sin prisas, Albert volvió al Ford por entre los verdes macizos. Sonriente, fingiendo que lo sentía mucho, dijo: «Había más trabajo de lo normal». Habló de un alquiler. Tonterías, por supuesto. Lo que importaba no era lo que decía sino cómo lo decía. Tenía un aire insolente y de algún modo, para

Rexler, su boca se había convertido en indicio: insolente, pero los ojos no tenían el mismo aspecto. Aquellos ojos reflejaban la voluntad de un centro de poder superior. Así era como observaba Rexler al principio. Su entusiasmo y su agudeza para ello se habían debilitado con la edad y ahora, a los setenta años, ya no le importaba la zorrería de Albert, ni sus burdeles, ni su guerra secreta contra su hermano Ezra.

En la primera tienda de caramelos que encontraron Albert aparcó el Ford y le dio a Rexler una moneda de cobre de dos centavos: una mujer con casco, tridente y escudo. Con esa moneda Rexler se compró dos cuadrados porosos de rubio caramelo de melaza. Sabía que lo estaban sobornando, pero no sabía por qué exactamente. En cualquier caso, él no le habría dicho nada a la tía Rozzy sobre la casa de las chicas. Esas cosas de la calle nunca se decían en casa. Masticó el caramelo hasta convertirlo en un fino polvo mientras Albert entraba en una casita a cobrar la renta para su madre. Aquello era algo que le agradaba hacer a un universitario: todo lo que diera dinero era bueno.

Cuando salió de allí, Albert estaba de mejor humor y le dio al pequeño Rexler un paseo por los pastos y los jardines, llegando casi hasta Dorval. A su vuelta, vieron a un grupo de gente en el paso a nivel del Grand Trunk. Había habido un accidente. Un tren rápido había atropellado a un hombre. Todavía no habían limpiado las vías y en ese momento se había formado una fila de coches que esperaban mientras Rexler, de pie sobre la plataforma del Ford T, pudo ver... no el cadáver, sino sus órganos encima de las vías: primero el hígado, brillante encima de las piedras blancas y ovaladas, y un poco más lejos los pulmones. Más que nada, fueron los pulmones. Rexler no podía olvidar los pulmones gemelos arrancados del cuerpo del hombre por el aplastamiento del tren. Eran de color rosa y parecían todavía inflados. Era extraño que no hubiera sangre, como si el tren con su velocidad la hubiera dispersado.

Albert no fue lo suficientemente curioso como para preguntar quién era el muerto. Seguramente no quiso preguntar. El Ford se había parado y él se bajó para darle a la manivela. Cuando se puso en marcha, el guardabarras tembló y enseguida la fila de coches empezó a moverse sobre los tablones. El tren había desaparecido: no quedaban más que unas vías vacías en dirección al oeste.

—¿Dónde os habéis perdido tanto tiempo? —preguntó la tía Rozzy.

Albert dijo:

—Han atropellado a un hombre en el cruce del Grand Trunk.

Aquello bastó.

Enviaron a Rexler al jardín a recoger tomates. Más que el propio fruto, eran las enredaderas y las hojas las que llevaban el aroma de tomate. El olor se quedaba en los dedos. El tío Mikhel había atado las plantas a unos palos con tiras de trapo arrancadas de viejas enaguas y camisetas. Aunque tenía las manos paralizadas, el tío Mikhel era capaz de arrancar las malas hierbas y de hacer nudos. También hacía movimientos involuntarios con la cabeza, pero sus ojos te miraban fijamente, grandes y abiertos. Tenía la cara rodeada por una cerrada barba negra. No hablaba mucho. Más que su voz se oía el crujido de la barba chocando contra el cuello de la camisa. Te miraba fijamente y tú esperabas que dijera algo, pero en vez de eso seguía mirándote y sacudiendo involuntariamente la cabeza. Los niños le tenían mucho respeto. Rexler lo recordaba con afecto. En cada uno de sus ojos de color castaño aceitinado tenía una especie de escama dorada como de un pez ahumado. Si movía la cabeza de un lado a otro no era porque estuviera negando nada: estaba intentando no temblar.

—¿Por qué no come el niño? —le dijo la tía Rozzy a Albert a la hora de la cena—. ¿Te ha inflado de caramelos?

—¿Por qué no te comes la sopa, Robbie? —preguntó Albert. Apenas esbozaba una sonrisa. Albert no temía en absoluto que Rexler mencionase a las chicas o el columpio del porche o la larga espera en el coche. E incluso si se le escapaba algo, no iba a ser nada más de lo que su madre ya sospechaba.

—No tengo hambre, eso es todo.

El astuto Albert sonrió ampliamente al chico, echándosele encima.

—Me parece que lo que le ha quitado el apetito ha sido el accidente. Cuando volvíamos a casa vimos que a un hombre lo había atropellado el tren.

—Dios de los cielos —dijo la tía Rozzy.

—Lo abrió en canal —dijo Albert—. Nos tuvimos que parar y allí estaban sus tripas: el corazón, el hígado...

¡Los pulmones! Los pulmones le recordaban a Rexler los flotadores que usaban los niños para aprender a nadar.

—¿Y quién era?

—Algún borracho —dijo la tía Rozzy. El tío Mikhel la interrumpió:

—Puede que fuera un obrero de los ferrocarriles.

Por respeto al viejo, todo el mundo guardó silencio, porque el tío Mikhel fue una vez obrero de la Canadian Pacific Railway. Había sido recluta en el frente occidental durante la guerra de Rusia con Japón. Desertó y, de alguna manera, llegó al Canadá, donde durante años fue empleado de los ferrocarriles, tirando vías. Ahorró su *groschen*, como le gustaba llamarlo, y mandó a buscar a su familia. Ahora, rodeado de sus hijos ya crecidos, era un patriarca de su propia casa con su propia y enorme cocina con grandes cuadros al óleo de la tienda de objetos usados colgando de las paredes. Había cestas de fruta, ovejas en el redil, y hasta la reina Victoria con la barbilla apoyada en la muñeca. El primo Albert le había dado la vuelta a las cosas con un éxito formidable, y parecía decirle al pequeño Rexler: «¿Ves cómo se hace?».

Pero Rexler estaba paralizado por el caldo de pollo. Como pequeño capricho, la tía Rozzy le había servido el estómago. Lo había abierto con el cuchillo de manera que se veían dos alas densas bordeadas de líneas musculares, marrones y grises, al fondo del plato. Él había visto muchas veces a las gallinas bocabajo, colgadas por unas patas arracimadas, que primero revoloteaban y después, cada vez con menos energía, se agitaban hasta morir desangradas. También las patas iban a la sopa.

La tía Rozzy, hermana de su padre, tenía la cara de la familia pero su mirada era bastante más aguda y severa. No había nada tan rojo como su nariz cuando la temperatura era inferior a cero. Tenía unas piernas cruelmente gruesas y sus cuartos traseros más que desarrollados, de manera que para ella caminar debía de ser un tormento. Ciertamente no era una persona que se diera a querer, porque era mala con todo el mundo. A excepción, quizá, del pequeño Rexler.

—¿Tú viste lo que pasó? ¿Qué viste?

—El corazón del hombre.

—¿Y qué más?

—El hígado y los pulmones.

Aquellas cosas ovaladas, blandas y esponjosas, con parches rosados y rojos.

—¿Y el cuerpo? —le preguntó a Albert.

—Puede que lo arrastrara el tren —dijo él, esta vez sin sonreír.

La tía Rozzy bajó la voz y dijo algo acerca de los muertos. Era una ortodoxa fanática. Entonces le dijo a Rexler que no hacía falta que se comiera la cena. No era una mujer muy amable, pero el niño la

quería y ella lo sabía. Los quería a todos. Incluso a Albert. Cuando visitaba Lachine compartía la cama con él, y por las mañanas algunas veces le acariciaba la cabeza, e incluso cuando Albert le apartaba violentamente la mano no dejaba de quererlo. Tenía el pelo formando hileras, una al lado de la otra.

Estas observaciones, como después supo Rexler, eran toda su vida —su ser— y lo que las provocaba era el amor. Para cada rasgo físico había un sentimiento. Emparejados, cada uno con su pareja, avanzaban y retrocedían, salían y entraban de su alma.

La tía Rozzy tenía la expresión fiera de un juez, y estaba decidida a echarle la culpa del accidente a la víctima. Al propio muerto. Y Rexler, paseando por el Monkey Park, y empezando a sentir el peso de la caminata, a aflojarse las piernas, se sentó con la experimentada delicadeza del tullido en el primer banco que encontró.

La prima Reba, siempre dispuesta a contradecir a su madre, dijo:

—No estamos seguros de que estuviera borracho. Puede que estuviera solo distraído.

Pero la tía, con el rostro aún más encendido, parecía creer que, aunque fuera inocente, de todas formas su muerte era merecida. Le recordaba a Bertolt Brecht cuando justificó el asesinato de Bujarin. Aquello de lo que había que enorgullecerse, según el dramaturgo, el único fundamento auténtico del propio respeto, no tenía que engañarse con ilusiones y sentimientos. Las únicas reglas del reglamento estaban muertas. Si uno no cerraba el libro, si se aferraba a las reglas, entonces merecía morir.

¿Cómo de profunda puede ser la vida del hombre moderno? Mucho, si es lo suficientemente duro como para considerar que la inocencia es un defecto, si, como sostenía Brecht, borra los «deberías» que siguen tragándose los crédulos y expulsa a la piedad de la política.

La destrucción de las casas enanas de ladrillo abrió la vista del río, tan grande como una pradera, pero rápido a pesar de ello, y esta restauración de las cosas como habían sido cuando las vieron los exploradores por primera vez abrió al propio Rexler hasta un grado inusual, de manera que empezó a pensar cómo le apetecería establecerse en algún sitio por allí cerca para poder ver aquello todos los días: comprar o alquilar algo, gozar de la vista de los rápidos y de su velocidad acerada. ¿Por qué no?

Él era un nativo de allí y ya no le quedaba nada en Nueva York. Pero él mismo sabía que esto era una fantasía poco factible. No podía pasar sus últimos años sin más compañía que el río (¿y durante cuánto tiempo?). Desde que abandonó sus estudios sobre Brecht, no tenía ninguna ocupación. Brecht se tomaba el tema de la muerte a la ligera. Si iba a convivir con el estalinismo esta ligereza era vital. De ahí las alegrías del cuchillo, como en «Mackie Messer», que estuvo tantos años en las listas de éxitos. Todas aquellas tonterías de la Weimar de antes de Hitler. Fue a Stalin a quien Brecht había apoyado, el que según él debería haber ganado en 1932. Pero Rexler no tenía ninguna intención de publicar estas opiniones. Estaba demasiado enfermo, demasiado viejo para hacerse enemigos. Si empezaba con la polémica seguro que la *intelligentsia* diría de él que era un viejo jorobado y amargado. No, a partir de ahora, a él lo que le quedaba era la vida privada.

No quería pensar en los libros y artículos que habían hecho que sus primos de Lachine estuvieran tan orgullosos de él.

—Mira cómo Robbie superó la polio e hizo algo con su vida —solía decirles el primo Ezra a sus hijos cuando eran pequeños.

Nadie conocía exactamente la extensión de las propiedades inmobiliarias del primo.

No obstante, hacia el final, cuando se moría de leucemia, Ezra recibió a Rexler con los brazos abiertos. Se incorporó en su cama del hospital y exclamó: «Ha entrado un *maloch* en la habitación». Tenía justo el mismo color de piel que su padre, muy oscuro y con unas arrugas agradables, y con el tiempo se había convertido en el patriarca del Antiguo Testamento, una especie de Abraham que negociaba con el buen Dios para que liberase Sodoma y Gomorra o para comprar la cueva de Machpelah para enterrar a su esposa.

—Es un ángel —decía Ezra con delicadeza por el montículo que tenía Rexler a la espalda: no era exactamente un par de alas dobladas. La verdad es que en aquella época Rexler parecía uno de los miembros del reparto de una producción de Brecht y Kurt Weil: las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones y la cabeza ladeada de forma escéptica, era demasiado pesada y escoraba, por lo que necesitaba unos pies inteligentemente colocados para soportarla. Tenía el cabello gris, algo parecido al color del orégano cuando se seca. ¿Qué pensaba su moribundo primo de él, de su reputación como sabio y figura en los círculos teatrales de Nueva York? Rexler había ido contracorriente en lo referente a las artes, y su postura radical era la que había ganado.

Todos aquellos años de error, como ahora le parecía a Rexler. Con las manos alargadas por detrás de la espalda caminó pesadamente, renqueando, por la orilla del canal de Lachine, pensando que su moribundo primo Ezra lo tenía en gran estima por su lucha contra la parálisis.

Aquí en Lachine, Rexler había tenido una segunda familia. Después de que muriesen el tío Mikhel y la tía Rozzy, Ezra había asumido el papel de patriarca, y Albert se había negado a reconocerlo como tal. «Yo lo reconocía. Yo quería hacerlo.» En este asunto, Rexler veía que se había sumado a la corriente principal. Para él era una incoherencia.

Estrictamente hablando, el niño con una espina dorsal y brazos y piernas normales se transformó en el hombre deforme del abrigo loden, con el teatral sombrero bajado sobre las gruesas patillas.

Pensándolo bien, había estado mejor ser un revolucionario que un tullido.

—Robbie, ¿te he dicho alguna vez que somos descendientes de la tribu de Neftalí? —dijo una vez Ezra.

—¿Cómo podemos saberlo?

—Oh, estas cosas se saben. A mí me lo dijeron y yo te lo digo a ti.

Un mes más tarde, Ezra estaba muerto. Años antes había exhumado el cadáver de Reba y la había enterrado junto a sus padres. Todos tenían que estar juntos. Veinte años más tarde, Matty se unió a ellos. Solo quedaba Albert. Con ochenta años seguía siendo un *homme afemmes*. Pero no le duraban cuando descubrían lo que esperaba de ellas. Ya no era un seductor, era más bien un solicitante o suplicante. Sin embargo, no había perdido su maldad. Únicamente estaba debilitado. No podía llevar nada a la práctica, por lo que se hacía el humilde. La última de sus esposas lo había abandonado después de un año de casada. Se volvió a Baltimore.

Albert envió a buscar a Rexler. Para entonces él era ya el último de los Rexler.

—Solo quedamos nosotros dos —dijo Albert—. Me alegro tanto de que hayas venido... Mi familia te adoraba.

—Cuando contraje la polio perdí mi encanto infantil.

—Fue muy duro, por supuesto. Pero tú no te rendiste. Te convertiste en un hombre distinguido. Yo solía regalar ejemplares de tus libros a mis clientes cultos.

Aquello era prueba de los años perdidos, pensó Rexler, si alguien quisiera acusarlo de algo. Sin embargo, el tiempo de un moribundo no se malgasta con revelaciones, confesiones o repudios.

—Un día yo fui contigo en el Ford T —dijo Rexler—. Aparcaste delante de una casa de listones de madera al otro lado de la vía y entraste en ella. ¿Era una casa de putas?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque pasaste allí dentro tanto tiempo que yo estuve jugando con los pedales y con el volante del coche.

Albert sonrió con indulgencia. La indulgencia era para sí mismo.

—Había un par de casas de aquellas.

—La que yo digo tenía un porche con galería.

—Supongo que yo no me fijaría mucho en...

—Y de vuelta a casa vimos un accidente en las vías del Grand Trunk. Se mató un hombre.

—¿De verdad?

Albert no recordaba nada.

—Unos minutos antes de que pasáramos nosotros. Su hígado estaba encima de las vías.

—Hay que ver las cosas que recuerdan los niños.

Rexler estaba a punto de describir su sorpresa al ver los órganos de un hombre desperdigados por los raíles y las piedras de la vía, pero afortunadamente se contuvo a tiempo. El cáncer de piel de Albert había hecho metástasis y no le quedaba mucho tiempo de vida. Sus ojos astutos y quietos transmitieron esto a Rexler, que se echó atrás, pensando que para Albert aquella tarde en que él y la chica habían yacido uno junto al otro, con sus corazones y pulmones apretados, había significado algo muy distinto. Rexler había venido a despedirse de su primo, al que no volvería a ver. Albert estaba consumido; sus piernas se adivinaban bajo el cobertor como ramas de árbol en invierno, y su voz de juez sonaba tan débil como un xilófono de juguete. No me ha mandado llamar, pensó Rexler, para hablar de mis recuerdos, y me parece que para él soy un extraño, que verme le produce disgusto.

En el frasco de líquido intravenoso, una gota cristalina estaba a punto de pasar a su estropeada sangre. Ojalá otras cosas fueran tan claras como aquel fluido. Probablemente Albert le había pedido a una de sus hijas que me telefonease porque recordaba cómo eran las cosas en una época. Yo era el niño nada crítico y afectuoso. Esperaba que yo le trajera algo del pasado, pero todo lo que consiguió fue un tullido a su cabecera. Sin embargo, Rexler había tratado de ofrecerle algo. Veamos si podemos recuperar algo de aquel sentimiento de antaño. Puede que Albert disfrutase *algo* de todo aquello. Pero Albert no se había dado por aludido con la historia del hombre atropellado por el tren. Nunca tuvieron una conversación sobre aquello y ahora también Albert estaba enterrado con el resto de la familia: «mis muertos», como los; llamaba Ezra. Rexler, que ni siquiera sabía dónde estaba el cementerio y nunca iría a visitarlo, caminó torcido por el soleado césped de Monkey Park, junto a las compuertas del canal. Con su voz profunda, canturreando o gruñendo, volvió a recordar los pulmones encima de las vías, tan rosados como una goma de borrar, y los demás órganos, su calvicie, la tonta singularidad de sus formas, casi de broma, casi una negación de otros deseos y sutilezas más elevados. Qué mortales parecían.

Su deformidad, el estante que tenía en la espalda y la curva de su hombro izquierdo, le prestaban a sus propios órganos atesorados una protección aún mayor. Quizá su voluntad formó un refugio contraído o una armadura de huesos tras la insinuación que recibió aquella tarde en el escenario del accidente. Que no me digan, pensó Rexler, que todo depende de esos trozos con apariencia tan azarosa. ¿Para preservarlos me volví yo una especie de bivalvo humano?

La limusina había llegado al canal para recogerlo y él entró en ella, centrando sus pensamientos

en la conferencia de aquella tarde, que no tenía unas ganas especiales de pronunciar.

La bandeja de plata

¿Qué hace uno ante la muerte, en este caso, la muerte de un padre anciano? Si uno es una persona moderna, de sesenta años de edad, y un hombre de mundo, como Woody Selbst, ¿qué es lo que hace? Tomemos por ejemplo lo del luto, y coloquémoslo ante el telón de fondo de la vida contemporánea. ¿Cómo, con el telón de fondo contemporáneo, se hace duelo por un padre octogenario, casi ciego, con el corazón ensanchado y los pulmones llenos de líquido, que se arrastra, se tambalea y despide los olores, de moho o gases, de los viejos? ¡*Compréndanme!* Como decía Woody, seamos realistas. Pensemos en los tiempos que corren. A diario lo vemos en los periódicos: los rehenes del vuelo de la Lufthansa describen cómo el piloto se arrodilló ante los secuestradores palestinos rogándoles que no lo ejecutaran, pero igual le dieron un tiro en la cabeza. Más tarde fueron ellos mismos los que cayeron ante las balas. Y todavía hay otros que disparan contra otros, o se disparan a sí mismos. Eso es lo que leemos en la prensa, lo que vemos en el metro, lo que la gente cuenta en las comidas. Ahora sabemos lo que pasa a diario en la comunidad huma en su conjunto, es una especie de movimiento peristáltico global.

Woody, hombre de negocios del sur de Chicago, no era en absoluto un ignorante. Conocía más expresiones de las que se habría esperado oír de labios de un contratista de baldosas (oficinas, vestíbulos, baños). Los conocimientos que poseía no eran del tipo de los que proporcionan un título académico, y sin embargo Woody había estudiado dos años en un seminario, preparándose para ser ministro de la Iglesia. Dos años de estudios durante la Depresión eran mucho más de lo que la mayoría de los graduados de instituto podía permitirse. Después de eso, a su modo, vital, pintoresco y original (Morris, su viejo, había sido también, en su época de acercamiento a la naturaleza, un tipo vital y pintoresco), Woody había leído sobre muchos temas, se había suscrito a *Science* y otras revistas que proporcionaban información auténtica y había asistido en DePaul y Northwestern a clases nocturnas de ecología, criminología y existencialismo. También había viajado mucho por Japón, México y África, y precisamente una de sus experiencias africanas era especialmente significativa ahora que estaba de luto. Era la siguiente: en una campaña cerca de las cataratas de Murchison, en Uganda, había visto cómo un cocodrilo cazaba a una cría de búfalo a orillas del Nilo Blanco. A ambos lados del río tropical había jirafas, hipopótamos y babuinos, incluso flamencos y otras llamativas aves que cruzaban el claro cielo al calor de la mañana, cuando la cría, que se había acercado al río a abreviar, fue atrapada por la pezuña y arrastrada hacia el fondo. Los padres no se lo podían imaginar. Bajo el agua la cría seguía retorciéndose, luchando, removiendo el barro. Woody, el viajero experimentado, presencié esto mientras navegaba por las aguas del río, y para él era como si los padres se preguntasen uno al otro sin hablar qué había pasado. Prefirió interpretarlo como una muestra de dolor, el dolor de las bestias. Allí, en el Nilo Blanco, Woody tuvo la impresión de haber vuelto al pasado de los hombres, y estas reflexiones se las llevó a casa, al sur de Chicago. Se llevó también un paquete de hachís de Kampala. Con ello se arriesgó a ser atrapado por los inspectores de aduanas, confiando quizá en su complexión robusta, su rostro franco y su color sonrosado. No tenía aspecto de delincuente, de malo; tenía cara de bueno. Pero le gustaban los riesgos. El riesgo era un estímulo estupendo. Arrojó la gabardina encima del mostrador de la aduana. Si los inspectores registraban los bolsillos, estaba dispuesto a decir que la gabardina no era suya. Pero se libró de ello, y el pavo de Acción de Gracias lo rellenó de hachís, lo que fue muy celebrado. Aquella fue prácticamente la última fiesta en la que estuvo presente papá, al que también le gustaban los riesgos y

los desafíos. El hachís que Woody había tratado de cultivar en su patio de atrás a partir de las semillas africanas no prosperó. Pero, detrás del almacén, donde tenía aparcado el Lincoln Continental, tenía una pequeña plantación de marihuana. No había nada malo en Woody, pero no le gustaba respetar por completo la ley. Era simplemente una cuestión de autoestima.

Después de aquella fiesta de Acción de Gracias, papá se fue hundiendo poco a poco como si tuviera una fuga lenta. Esto duró varios años. Entraba y salía del hospital, menguaba, su mente divagaba, ni siquiera se podía concentrar lo suficiente como para quejarse, a excepción de momentos concretos en los domingos que Woody le dedicaba de manera regular. Morris, amateur que una vez fue tomado en serio por el mismísimo Willie Hoppe, el gran hombre en persona, ya no podía ejecutar ni siquiera las más sencillas tiradas de billar. Solo podía imaginarse las jugadas; empezó a crear teorías sobre combinaciones imposibles a tres bandas. Halina, la mujer polaca con la que Morris había vivido durante, más de cuarenta años, era demasiado vieja ahora para correr al hospital. De manera que era Woody el que tenía que hacerlo. También necesitaba cuidados la madre de Woody, conversa cristiana; tenía más de ochenta años y a menudo estaba hospitalizada. Todos tenían diabetes, pleuresía, artritis, cataratas y marcapasos. Y todos habían aprovechado bien sus cuerpos, pero ahora esos cuerpos les estaban fallando.

Estaban también las dos hermanas de Woody, cincuentonas solteras, muy cristianas, muy estrictas, que seguían viviendo con mamá en una casita completamente cristiana. Woody, que se responsabilizaba plenamente por todos ellos, a veces tenía que ingresar a una de las chicas (ahora eran chicas enfermas) en una institución mental. Nada grave. Las dos hermanas eran mujeres maravillosas, y en un tiempo habían sido preciosas, pero ninguna de las dos tenía pleno uso de sus facultades. Y todas las facciones tenía que mantenerlas separadas: mamá, la conversa; las hermanas fundamentalistas; papá, que leía el periódico en yídish mientras conservaba la vista; Halina, una buena católica. Woody, con el seminario cuarenta años atrás, se describía a sí mismo como agnóstico. Papa no tenía más religión de la que se podría encontrar en el periódico yídish, pero hizo que Woody le prometiera enterrarlo entre judíos, y ahí era donde yacía ahora, con la camisa hawaiana que Woody le había comprado en el congreso que habían celebrado los de su profesión en Honolulu. Woody no podía permitir que ningún ayudante de la funeraria lo vistiera, sino que llegó y le abotonó él mismo la camisa, y el viejo fue enterrado con aspecto de Ben Gurion en un sencillo ataúd de madera, seguro que se pudriría pronto. Así fue como Woody quiso que fuera. Al pie de la tumba, se quitó la chaqueta y la dobló, se remangó las mangas sobre unos bíceps gruesos y llenos de pecas, despidió con un gesto al pequeño tractor que esperaba, y cavó la fosa él solo. Su ancho rostro, más ancho hacia la barbilla, se estrechaba por arriba como una casa holandesa, y, con los dientes buenos de abajo sujetando el labio superior por el esfuerzo, llevó a cabo su último deber como hijo. Estaba en forma, de manera que debió de ser la emoción, y no la pala, lo que lo hizo enrojecer de aquella manera. Después del funeral, se fue a casa con Halina y su hijo, un polaco decente como su madre, y además listo —Mitosh tocaba el órgano en los partidos de hockey y baloncesto en el estadio, para lo que hacía falta un hombre inteligente porque era una ocupación que agitaba a la chusma— y tomaron unas copas mientras consolaban a la vieja. Halina era una mujer de verdad, siempre apoyó a Morris.

El resto de la semana Woody estuvo ocupado, tenía cosas que hacer, responsabilidades en la oficina, responsabilidades en la familia. Vivía solo; igual que su mujer; igual que su amante: cada uno en un sitio distinto. Como su mujer, después de quince años de separación, no había aprendido a cuidar de sí misma, Woody le hacía las compras los viernes y le llenaba la nevera. Esta semana la

tenía que llevar a comprar zapatos. Además, los viernes por la noche siempre los pasaba con Helen (Helen era su mujer de facto). Los sábados hacía la gran compra semanal. Los sábados por la noche los dedicaba a mamá y a sus hermanas. De manera que estaba demasiado ocupado para prestar atención a sus propios sentimientos a excepción de recordarse a sí mismo, de vez en cuando: «Primer jueves en la tumba». «Primer viernes, y el tiempo es bueno.» «Primer sábado; se tiene que estar acostumbrando ya.» A veces decía por lo bajo: «Ay, papá».

Pero fue el domingo cuando le golpeó, cuando las campanas empezaron a sonar por todo el sur de Chicago: las iglesias ucranianas, católicas, griegas, rusas, metodistas y africanas, una detrás de otra. Woody tenía su despacho en el almacén, y allí mismo se había construido un apartamento para él solo, muy espacioso y cómodo, en el piso de arriba. Como todos los domingos por la mañana salía para pasar el día con papá, había olvidado cuántas iglesias rodeaban a la Compañía de Baldosas Selbst. Seguía en la cama cuando oyó repicar, y de pronto se dio cuenta de lo desconsolado que estaba. Esta pena tan súbita y grande en un hombre de sesenta años, un hombre práctico, en buena forma, saludable y experimentado, era profundamente desagradable. Cuando algo le parecía desagradable, siempre se tomaba algo para evitarlo. De manera que pensó: «¿Qué me tomo?». Tenía a mano muchos recursos. Su bodega estaba llena de cajas de whisky escocés, vodka polaco, coñac, vinos de Moselle y de Borgoña. También tenía un congelador lleno de filetes, carne de caza y cangrejos de Alaska. Compraba siempre en abundancia: por cajas y por docenas. Pero al final, cuando se levantó de la cama, lo único que se tomó fue una taza de café. Mientras se calentaba el agua, se puso su traje de judo y se sentó a pensar.

A Woody le gustaba que las cosas fueran *honradas*. Las vigas eran honradas; los pilares de cemento sin camuflar dentro de las torres de apartamentos eran honrados. Le parecía mal camuflar las cosas. Odiaba fingir. La piedra era honrada. El metal era honrado. Estas campanas del domingo eran muy correctas. Empezaron a sonar, se menearon y sacudieron, y las vibraciones y el ruido hicieron algo por él: limpiar su interior, purificar su sangre. Una campana era una garganta con un solo sentido, solo tenía una cosa que decir y simplemente la decía. Él escuchaba.

Había tenido alguna relación con las campanas y las iglesias. Después de todo, era en cierto modo cristiano. Nació judío, y de eso tenía la cara, con una sospecha de iroqués o cherokee, pero su madre se había convertido hacía más de cincuenta años gracias a su cuñado, el reverendo doctor Kovner. Este último, estudiante de las escrituras hebreas que había dejado el Hebrew Union College de Cincinnati para hacerse ministro de la Iglesia y fundar una misión, había proporcionado a Woody una educación parcialmente cristiana. Ahora bien, papá odiaba a aquellos fundamentalistas. Según él, los judíos iban a la misión para que les dieran café, tocino, piña en lata, pan rancio y productos lácteos. Si tenían que escuchar los sermones, no les importaba mucho —al fin y al cabo, era la época de la Depresión y no se podía ser muy exigente— pero él sabía que el tocino lo vendían.

El Evangelio lo decía claro: «La salvación viene de los judíos».

Al reverendo doctor lo ayudaba un grupo de fundamentalistas adinerados, sobre todo suecos, que estaban deseando acelerar el Segundo Advenimiento mediante la conversión de todos los judíos. De todos los seguidores de Kovner, la principal era la señora Skoglund, quien había heredado un gran negocio de lácteos de su difunto marido. Woody estaba especialmente bajo la protección de esta señora.

Woody tenía catorce años cuando papá se fugó con Halina, que trabajaba en su tienda, dejando atrás a su difícil esposa cristiana y a su convertido hijo y a sus hijas pequeñas. Un día de primavera se

acercó a Woody en el patio trasero y le dijo:

—A partir de ahora tú eres el hombre de la casa.

Woody estaba practicando con un palo de golf, quitándoles las cabezas a los dientes de león. Papa salió al patio con su mejor traje, que era demasiado abrigado para el tiempo que hacía, y cuando se quitó el sombrero tenía la piel de la cabeza señalada con un anillo y el cráneo bañado en sudor: más gotas que cabellos. Le dijo:

—Me voy de casa. —Papá estaba nervioso, pero decidido, determinado—. No sirve de nada. Yo no puedo llevar una vida así.

Al tratar de imaginar la vida que papá *tenía* que vivir a toda costa, una vida libre, Woody lo pintó en la sala de billar, bajo las vías del El jugando a los dados, o al póquer, arriba, en Brown y Kopel's.

—Tú vas a ser el hombre de la casa —le dijo papá—. Todo está arreglado. Os he apuntado a todos en la Seguridad Social. Acabo de volver de la avenida Wabansia, del centro de ayuda al necesitado. —Por eso llevaba el traje y el sombrero—. Van a enviar a un asistente social. —Después dijo—: Tienes que prestarme dinero para comprar gasolina, de lo que has ahorrado como caddie.

Woody comprendió que papá no podía irse sin su ayuda, de modo que le entregó todo lo que había ganado en el Sunset Ridge Country Club de Winnetka. Papá creía que la valiosa lección sobre la vida que estaba transmitiendo valía mucho más que esos pocos dólares, y cada vez que engatusaba a su hijo adoptaba con su nariz curvada y su rostro rubicundo una especie de expresión sacerdotal. Los niños, que sacaban las mejores ideas del cine, lo llamaban Richard Dix. Más tarde, cuando salió la tira cómica, lo llamaron Dick Tracy.

Tal y como ahora lo veía Woody, él se había buscado su propia deserción. ¡Ja, ja! Eso le parecía delicioso; especialmente aquella actitud de papá de «Eso te enseñará a fiarte de tu padre». Porque constituía una prueba a favor de la vida real y los instintos, en contraposición a la religión y la hipocresía. Pero sobre todo su objetivo era el ser tonto, la desgracia de la tontería. Papá estaba en contra del reverendo doctor Kovner, no porque fuera un apóstata (a papá no le podría haber importado menos todo aquello), ni tampoco porque la misión fuera un tinglado dudoso (él reconocía que personalmente el reverendo doctor era honrado) sino porque el doctor se comportaba tontamente, hablaba como un idiota y actuaba como un tramposo. Se echaba el pelo hacia atrás como Paganini (esto era un añadido de Woody, papá ni siquiera había oído hablar nunca de Paganini). Y la prueba de que no era en realidad un líder espiritual la constituía que todas las conversiones de mujeres judías las hacía robándoles el corazón.

—Les abre el apetito a todas esas brutas —decía papá—. Y ni siquiera lo sabe él mismo. Yo juraría que no sabe cómo las caza.

Por otro lado, Kovner a menudo advertía a Woody:

—Tu padre es una persona peligrosa. Por supuesto, tú lo quieres, eso es normal; tú debes amarlo y perdonarlo, Woodrow, pero eres lo suficientemente mayor como para comprender que lleva una vida de visio.

Eran todo memeces: los pecadillos de papá eran cosas de niños, y por tanto impresionaban mucho al niño que era él entonces. Y también a mamá. ¿Son niñas las esposas, o qué? Mamá solía decir:

—Espero que incluyas a esa bestia en tus plegarias. Mira lo que nos ha hecho. Pero límitate a rezar por él, no lo veas.

Pero él lo veía todo el tiempo. Woodrow llevaba una doble vida, sagrada y profana al mismo tiempo. Aceptaba que Jesucristo era su redentor personal, y la tía Rebeca se aprovechaba de ello. Lo

hacía trabajar. Tenía que trabajar a las órdenes de la tía Rebeca. Hacía las funciones de conserje en la misión y en la parroquia. En invierno tenía que alimentar la caldera de carbón, y algunas noches dormía al lado de la habitación de la caldera, encima de la mesa de billar. También forzaba con una ganzúa el candado del almacén. Robaba latas de piña y cortaba con su navaja de bolsillo trozos de tocino. Se hartaba de comer tocino crudo. Tenía un gran cuerpo que llenar. Solo ahora, mientras sorbía el café de su Melitta, se le ocurría preguntarse: ¿de verdad tenía tanta hambre? No, le encantaba ser temerario. Cuando sacaba la navaja y abría la nevera para cortar el tocino, lo que estaba haciendo era rebelarse contra la tía Rebeca Kovner. Ella no lo sabía, y no podía demostrar que Woody, un chico tan directo, fuerte y positivo, que lo miraba a uno a los ojos, podía ser también un ladrón. Pero el caso es que lo era. Cada vez que ella lo miraba, él sabía que estaba viendo a su padre. En la curva de la nariz, los movimientos de los ojos, el grosor del cuerpo, el rostro sano, ella veía a aquel salvaje malvado de Morris.

Verán ustedes, Morris había sido chico de la calle en Liverpool. La madre de Woody y su hermana eran británicas de nacimiento. La familia de Morris, polacos de camino a América, lo había abandonado en Liverpool porque tenía una infección en los ojos y habría provocado que los devolvieran a todos de la isla de Ellis. Pararon un tiempo en Inglaterra, pero a él los ojos le seguían llorando, y al final se deshicieron de él. Lo dejaron allí tirado, y tuvo que arreglárselas solo en Liverpool a la edad de doce años. Mamá era de mejor familia. Papá, que dormía en la bodega de su casa, se enamoró de ella. A los dieciséis años, de esquirol en una huelga de marineros, se las arregló para cruzar el Atlántico y abandonar el barco en Brooklyn. Se hizo americano, y América nunca lo supo. Votaba sin papeles, conducía sin carnet, no pagaba impuestos y hacía trampas en todo. Los caballos, las cartas, el billar y las mujeres, por ese orden, eran sus principales intereses. ¿Amó alguna vez a alguien? Estaba demasiado ocupado. Pero sí, amaba a Halina. Amaba a su hijo. Hasta el día de hoy, mamá siempre creyó que era a ella a quien más quería, y que siempre quiso volver. Esto le daba a ella la oportunidad de actuar como una reina, con sus gruesas muñecas y su hinchado rostro victoriano. «He dado instrucciones a las niñas para que no le hablen», decía. Ya habló la emperatriz de la India.

El alma de Woodrow, azotada por las campanas, daba vueltas en este domingo por la mañana, hacia fuera y hacia dentro, hacia el pasado, de vuelta a su rincón del almacén, tan originalmente preparado: las campanas seguían sonando, metal sobre metal desnudo, hasta que el círculo de campanas se extendió por todo el sur de Chicago, con su fabricación de acero, su refinado de petróleo y su producción de energía de mediados del otoño, con todos los croatas, ucranianos, griegos, polacos y negros respetables que se dirigían a sus iglesias a oír el sermón y a cantar himnos.

El propio Woody había sido un buen cantante de himnos en su época. Todavía se sabía las letras. Y también había dado testimonio. Muchas veces la tía Rebeca lo hacía levantarse y declarar a un templo lleno de escandinavos idiotas que él, un muchacho judío, aceptaba a Jesucristo. Por hacer esto, ella le pagaba cincuenta centavos. No le importaba hacer el desembolso. Ella era la contable, fiscal y directora general de la misión. El reverendo doctor no sabía nada de estas cosas. Lo que él ponía era el fervor religioso. Él era auténtico, un predicador maravilloso. ¿Y Woody? Él también tenía fervor. Se sentía atraído por el reverendo doctor. El reverendo doctor le había enseñado a alzar la vista hacia el cielo, le dio una vida espiritual. Aparte de esta vida, el resto era Chicago: las costumbres de Chicago, que se imponían de manera tan natural que a nadie se le ocurría cuestionarlas. Así, por ejemplo, en 1933 (¡qué tiempos tan, tan antiguos!), en la Feria Mundial del Progreso, cuando Woody

era culi y tiraba de un carrito, con sombrero de paja y tirando siempre con sus gruesas y potentes piernas, mientras los musculosos y sonrosados granjeros —sus pasajeros, que iban por ahí de juega— se reían a carcajadas y le daban la lata para que les buscara putas, él, aunque estaba en primer curso del seminario, no veía nada de malo en que las chicas le pidiesen que les llevaran un poco de negocio, ni tampoco en arreglar citas y aceptar propinas de ambas partes; Se besuqueaba en Grant Park con una chica gruesa que tenía que volver a casa pronto para amamantar a su bebé. Ella, oliendo a leche, iba sentada junto a él en el tranvía que los conducía al West Side, estrujando el muslo de aquel tirador de carritos mientras se le mojaba la blusa de leche. Era el tranvía de Roosevelt Road. Más tarde, en el apartamento donde ella vivía con su madre, él no recordaba haber visto a ningún marido. Lo que sí que recordaba era el fuerte olor a leche. A la mañana siguiente, sin conciencia de que estuviera haciendo nada contradictorio, estudiaba el griego del Antiguo Testamento: al leer «la luz brilla sobre las tinieblas», *to fos en te skotia fainei*, la oscuridad no lo envolvía.

Durante todo ese tiempo que se pasaba al trote entre las casetas de las ferias solo tenía una idea en la cabeza, muy distinta a que esos gigantes cachondos se lo pasaran bien en la ciudad: que el objetivo, el proyecto, el fin último de Dios era (y no podía explicar por qué, ya que todas las pruebas lo desmentían) que este mundo fuese un mundo de amor, que al final todo se arreglaría y el mundo sería un mundo de amor. Esto no se lo había dicho a nadie, porque él mismo se daba cuenta de lo estúpido que era, personal y estúpido. Y, sin embargo, allí estaba dentro de su cabeza, ocupando el centro de sus pensamientos. Al mismo tiempo, la tía Rebeca tenía razón cuando le decía, estrictamente en privado, e incluso al oído:

—Eres un sinvergüenza como tu padre.

De esto había algunas pruebas, o lo que podía servir de prueba para una persona impaciente como Reb. Woody maduró rápidamente —no tuvo más remedio—, pero ¿cómo podía esperarse que un muchacho de diecisiete años comprendiese el punto de vista y los sentimientos de una mujer de mediana edad, a la que encima le habían quitado el pecho? Morris solía decir que aquello solo les pasaba a las mujeres abandonadas, y que era una señal. Morris decía que si las tetas no se cuidaban ni besaban, en protesta desarrollaban un cáncer. Era un grito de la carne. Y a Woody le había parecido que debía de ser verdad. Cuando su imaginación aplicó la teoría al reverendo doctor, le funcionó: ¡él no veía que el reverendo doctor actuase de ese modo con los pechos de la tía Rebeca! La teoría de Morris hizo que Woody no dejase de mirar nunca de los escotes a los maridos y de los maridos a los escotes. Todavía lo hacía. Tiene que ser muy listo el hombre al que las teorías sexuales que oiga de labios de su padre no lo marquen para siempre, y Woody no era tan listo. Eso lo sabía él. Personalmente, se había molestado mucho para portarse bien con las mujeres en este sentido. Lo pedía la naturaleza. Él y papá eran hombres rudos y vulgares, pero no hayyádie tan bruto que no pueda tener un gesto de delicadeza.

El reverendo doctor predicaba, Rebeca predicaba, la rica señora Skoglund predicaba desde Evanston, y mamá predicaba. Papá también se ponía a pontificar. Todos lo hacían. A uno y otro lado de la calle Division, casi bajo cada farola, había alguien dando un discurso: anarquistas, socialistas, estalinistas, defensores del impuesto único, sionistas, adeptos de Tolstói, vegetarianos y predicadores fundamentalistas cristianos: lo que fuera. La carne de vaca, una esperanza, una vía de salvación o una protesta. ¿Por qué las quejas acumuladas de todas las épocas aumentaban tanto cuando se trasplantaban a América? Y Aase, aquella inmigrante sueca tan buena (lo pronunciaban Oosie), que había sido cocinera de los Skoglund y se había casado con el hijo mayor para convertirse en su viuda

rica y religiosa, ella sí que apoyaba al reverendo doctor. En su época debía de tener las piernas de corista. Y hoy día las mujeres ya no sabían trenzarse el pelo como ella lo hacía. Aase tomó a Woody bajo su protección especial y le pagaba la matrícula del seminario. Y papá decía... Pero este domingo, en paz en cuanto dejaran de sonar las campanas, en este aterciopelado día de otoño en que la hierba era más bella y fuerte que nunca, de un verde de seda; antes de la primera helada, cuando la sangre de los pulmones es más roja que con el aire de verano y rebosa oxígeno, como si el hierro de tu cuerpo lo ansiara, y el frío te lo trajera con cada soplo... Papá, a dos metros bajo tierra, nunca volvería a sentir este maravilloso agujón. Todavía vibraba el aire con la última de las campanas.

Los fines de semana, el vacío institucional de décadas volvía al almacén y se colaba por debajo de la puerta del apartamento de Woody. Los domingos le parecía tan vacío como las iglesias en los días de semana. Todos los días, antes de que empezaran a llegar los camiones y los obreros, Woody corría ocho kilómetros en su chándal Adidas. Pero no en este día que seguía reservando a papá. Aunque sentía la tentación de salir y ahogar la pena corriendo. Esta mañana el estar solo le pesaba mucho. Pensaba: Somos muchos; el resto del mundo y yo. Eso quería decir que siempre había alguna actividad que realizar, un recado o una visita, un cuadro que pintar (era pintor aficionado), un masaje, una comida: un escudo para protegerse de esa soledad inquietante que utilizaba al mundo como reserva. ¡Pero papá! El martes anterior, Woody se había metido en la cama del hospital con papá porque él no paraba de arrancarse las agujas intravenosas. Las enfermeras se las volvían a poner una y otra vez, y de pronto Woody los dejó a todos de piedra cuando se metió en la cama para abrazar con fuerza al viejo. «Tranquilo, Morris, tranquilo.» Pero papá seguía intentando débilmente alcanzar los tubos.

Cuando pararon de sonar las campanas, Woody se dio cuenta de que un gran lago de tranquilidad se había instalado en sus dominios, el almacén de baldosas Selbst. Lo que oía y veía era un viejo tranvía de Chicago, uno de aquellos del color de un novillo de corral. Los tranvías de ese tipo funcionaban antes de lo de Pearl Harbar: eran torpes, con una gran panza, asientos de enea y unas asas de metal para los pasajeros que iban de pie. Aquellos tranvías solían hacer cuatro paradas cada kilómetro y medio, y corrían con un movimiento bamboleante. Apestaban a ácido fénico u ozono y vibraban con fuerza cuando se cargaban los compresores de aire. El revisor tenía que tirar de la cuerda para dar la señal, y el conductor apretaba fuerte el pedal con el talón.

Woody se reconocía a sí mismo en la línea de la avenida Western, y en el hecho de atravesar cabalgando la ventisca con su padre, los dos con chaquetas de piel de cordero y con las manos y las caras al aire, con la nieve que les llegaba por el viento desde la plataforma de atrás cuando se abrían las puertas y entraban en las ranuras longitudinales del suelo. En el interior no había bastante calor para fundir esa nieve. Y la avenida Western era la línea de tranvía más larga del mundo, según los anuncios, como si fuera algo por lo que fanfarronear. Treinta y siete kilómetros de largo, hecha por un dibujante con una escuadra, bordeada de fábricas, almacenes, talleres, negocios de coches de segunda mano, cocheras de tranvías, gasolineras, funerarias, edificios de apartamentos baratos y chatarrerías, alternando con las praderas que había desde el sur hasta Evanston, en el norte. Woodrow y su padre iban al norte, a Evanston, a la calle Howard, y después un poco más lejos, a ver a la señora Skoglund. Al final de la línea aún tendrían que subir alrededor de cinco manzanas. ¿El objeto del viaje? Conseguir dinero para papá. Papá lo había convencido para que hiciera esto. Cuando lo

averiguaran, mamá y la tía Rebeca se pondrían furiosas, y Woody tenía miedo, pero no podía evitarlo.

Morris había venido y le había dicho:

—Hijo, estoy en apuros. Es algo grave.

—¿Qué es lo que es grave, papá?

—Halina le ha quitado dinero a su marido para mí y tiene que devolverlo antes de que el viejo Bujak se dé cuenta. Podría matarla.

—¿Y por qué lo hizo?

—Hijo, ¿sabes tú cómo cobran los corredores de apuestas? Envían a un matón. Me van a romper la cabeza.

—¡Papá! Tú sabes que no puedo llevarte a ver a la señora Skoglund.

—¿Por qué no? Tú eres mi hijo, ¿no? La vieja quiere adoptarte, ¿no? ¿No deberían darme algo por las molestias? ¿Dónde quedo yo? ¿Fuera? ¿Y Halina? Ella arriesga su vida, y mi propio hijo me dice que no.

—Venga, Bujak no sería capaz de hacerle daño.

—Woody, la mataría a palos.

¿Bujak? Era del mismo color que su uniforme gris oscuro, de piernas cortas, y toda su energía la tenía en los antebrazos y en los negros dedos de fabricante de máquinas; tenía aspecto de estar siempre reventado: ese era Bujak. Pero, según papá, había en Bujak una gran, gran violencia; dentro de su estrecho pecho, un volcán en ebullición. Woody consiguió ver esa violencia. Bujak no buscaba líos. Si acaso, quizá, tenía miedo de que Morris y Halina se confabularan contra él y lo mataran a gritos. Pero papá no era ningún asesino desesperado. Y Halina era una mujer tranquila y seria. Bujak guardaba sus ahorros en el sótano (los bancos estaban cerrando). Lo peor que habían hecho era tomar prestado un poco de su dinero, para después devolverlo. Tal y como lo veía Woody, Bujak estaba tratando de ser razonable. Aceptaba su desgracia. A Halina le exigía lo mínimo: que hiciera las comidas, limpiara la casa y mostrara respeto. Pero, ante el robo, Bujak podría haber puesto el límite, porque el dinero era distinto, el dinero era algo vital. Si le habían robado sus ahorros era posible que tuviera que tomar medidas, por respeto a aquella sustancia vital, a sí mismo. Pero no se podía estar seguro de que papá no hubiera inventado al corredor de apuestas, al matón, el robo, toda la historia. Era capaz de hacerlo, y había que ser tonto para no sospechar de él. Morris sabía que mamá y la tía Rebeca le habían contado a la señora Skoglund lo malo que era él. Se lo habían pintado de todos los colores: el morado del vicio, el negro de su alma y el rojo de las llamas del infierno. Un jugador, fumador, bebedor, desertor, follador de mujeres y ateo. Pero papá estaba decidido a llegar hasta ella. Era un riesgo para todos. Los gastos de funcionamiento del reverendo doctor eran costeados por Lácteos Skoglund. La viuda pagaba la matrícula del seminario de Woody; les compraba vestidos a sus hermanitas.

Woody, ahora que tenía sesenta años y era grueso y grande, como un símbolo de la victoria del materialismo americano, se hundió en su sillón; el cuero de los reposabrazos le parecía a sus dedos más suave que la piel de una mujer. Woody estaba perplejo y, en el fondo, molesto por determinados borrones que había en su interior, manchas de luz en su cerebro, una mancha que combinaba dolor y diversión dentro de su pecho (¿cómo llegó aquello allí?). Lo intenso de sus reflexiones le arrugaba la piel del entrecejo con una tensión que rondaba el dolor de cabeza. ¿Por qué había permitido que papá se saliera con la suya? ¿Por qué aceptó encontrarse con él aquel día, en la oscura trastienda de la sala

de billar?

—Pero ¿qué le vas a decir a la señora Skoglund?

—¿A la vieja? No te preocupes, hay muchas cosas que decirle, y todas son ciertas. ¿Acaso no estoy tratando de salvar mi pequeña lavandería? ¿No va a venir la semana que viene el alguacil para llevarme al juzgado?

Y papá ensayaba en el tranvía de la avenida Western el tono con el que iba a hablar.

Contaba con la salud de Woody y con su frescura. Un muchacho de aspecto tan franco era perfecto para ser tímido. ¿Seguían teniendo en Chicago aquellas tormentas de nieve de antes? Ahora le parecían menos fieras. La ventisca solía bajar directamente de Ontario, desde el Ártico, y soltaba metro y medio de nieve en una tarde. Entonces los oxidados vehículos verdes, con cepillos que daban vueltas a ambos lados, salían de las cocheras para limpiar las vías. Diez o doce tranvías les seguían en lenta procesión, o esperaban, manzana tras manzana.

Hubo un largo retraso a las puertas de Riverview Park, con todas las atracciones cubiertas para el invierno, cerradas con tablas. Las montañas rusas con forma de dragón, los columpios, el tobogán gigante, los tióvivos: todas aquellas máquinas de diversión montadas por mecánicos y electricistas, hombres como Bujak el fabricante de máquinas, que entendían de motores. Allá lejos la tormenta hacía de las suyas, al otro lado de la verja, y no se veía gran cosa dentro; solo unas pocas bombillas encendidas detrás de las empalizadas. Cuando Woody limpió el vapor de la ventanilla, la malla de alambre de las protecciones de los cristales estaba llena de nieve hasta la altura de los ojos. Si mirabas hacia arriba, se veía sobre todo el viento afilado que llegaba horizontalmente del norte. En el asiento de delante, dos cargadores de carbón negros, ambos con cascos de aviador de cuero estilo Lindbergh, descansaban con las palas entre las piernas, de vuelta de un trabajo. Olían a sudor, a tela de saco y a carbón. Cubiertos en su mayor parte de polvo negro, sin embargo la piel les brillaba aquí y allá.

No había muchos pasajeros. La gente no salía de sus casas. Era un día para sentarse con las piernas alrededor de la estufa, paralizado por las fuerzas del interior y las del exterior. Solo un tipo con un objetivo preciso, como papá, era capaz de salir y hacer frente a un tiempo así. Una tormenta tan grande era algo fuera de lo común, y uno se arriesgaba solo porque tenía un plan para conseguir cincuenta pavos. ¡Cincuenta machacantes! En 1933 aquello era dinero de verdad.

—Esa mujer está loca por ti —dijo papá.

—Es solo una buena mujer, y lo es con todos.

—Quién sabe lo que le pasa por la cabeza. Tú eres un chico fornido. Y no tan chico, además.

—Es una mujer religiosa. De verdad.

—Bueno, tu madre no es la única que te engendró. Ella y Rebeca Kovner no te van a llenar la cabeza de sus ideas. Yo sé que tu madre quiere que yo desaparezca de tu vida. Como yo no intervenga, ni siquiera vas a entender lo que es la vida. Porque ellos no lo saben... esos tontos cristianos.

—¿De verdad?

—A las niñas no las puedo ayudar. Son demasiado jóvenes. Lo siento por ellas, pero no puedo hacer nada. Contigo es diferente.

Quería que yo fuera como él, un verdadero americano.

Estaban atascados en medio de la tormenta, mientras el tranvía de color de vaca esperaba para que le ajustaran el trole en medio de aquel viento huracanado, que bramaba, estremecía, retumbaba. En la calle Howard tendrían que ponerse a caminar sin remedio, en dirección al norte.

—Tú hablaras primero —le dijo papá.

Woody tenía madera de vendedor, de pregonero. Lo supo la primera vez que se puso de pie en la iglesia para dar testimonio ante cincuenta o sesenta personas. Incluso a pesar de que la tía Rebeca lo compensaba por aquello, él mismo se conmovía cuando hablaba en voz alta de su fe. Pero en ocasiones, sin avisar, su sinceridad desaparecía cuando hablaba de religión y no lograba encontrarla por ninguna parte. En su ausencia, se apoderaba de él el vendedor. Para su actuación tenía que apoyarse en su rostro, su voz... fingir. En esos casos sus ojos se juntaban cada vez más. Y en este acercamiento de los ojos sentía él la tensión de la hipocresía. Las contracciones de su rostro amenazaban con traicionarlo. Tenía que emplearse a fondo para parecer honrado. De manera que, como no podía soportar aquel cinismo, volvía a caer en la malicia. En las travesuras era donde intervenía papá. Papá atravesaba directamente todos aquellos campos divididos, hueco tras hueco, y se ponía a su lado, con la nariz ganchuda y la cara ancha. Con papá, uno no pensaba en términos de sinceridad o mentira. Papá era como el hombre de la canción: quería lo que quería y lo quería en ese momento. Papá era material: digestivo, circulatorio, sexual. Cuando papá se ponía serio, te hablaba de lavarse debajo de los brazos o en la entrepierna, o de secarse bien los espacios entre los dedos o de preparar la cena, judías con cebolla frita, o de repartir las cartas de póquer o de cierto caballo de la quinta carrera de Arlington. Papá era básico. Por eso mismo oírlo hablar aliviaba tanto de la religión y de las paradojas, y cosas por el estilo. Ahora bien, mamá creía que ella era espiritual, pero Woody sabía que se estaba engañando a sí misma. Oh, sí, en el acento británico que nunca abandonó, ella siempre estaba hablando con Dios o sobre Él: si Dios quiere, bendito sea Dios, Dios sea loado. Pero en realidad era una mujer grande y sustanciosa, de las de al pan, pan y los pies en el suelo, con tareas terrenales como alimentar a las niñas, protegerlas, refinarlas, mantenerlas puras. Y aquellas dos palomas protegidas crecieron tan obesas, con gruesas caderas y muslos, que sus pobres cabezas tenían un aspecto alargado y flaco. Y loco. Eran dulces pero locas: Paula del estilo alegre, Joanna depresiva y con crisis de vez en cuando.

—Haré lo que pueda, papá, pero tienes que prometerme que no me meterás en líos con la señora Skoglund.

—¿Estás preocupado porque mi inglés no es bueno? ¿Te avergüenzas? ¿Mi acento es risible?

—No es eso. Kovner tiene un acento fuerte, y a ella no le importa.

—¿Quién demonios se creen que son esos bichos raros para mirarme por encima del hombro?

Tú eres casi un hombre y tu padre tiene derecho a pedirte ayuda. Está en un apuro. Y tú lo llevas ante ella porque ella tiene un gran corazón, y no se te ocurre nadie más a quien poder recurrir.

—Te tengo a ti, papá.

Los dos cargadores se levantaron en la avenida Devon. Uno de ellos llevaba un abrigo de mujer. En aquellos tiempos los hombres llevaban ropa de mujer y las mujeres de hombre, cuando no había otro remedio. El cuello de piel se había erizado con la lluvia, y estaba salpicado de hollín. Pesadamente acarrearon sus palas y salieron por delante del coche. El tranvía emprendió la marcha, muy despacio. Eran más de las cuatro cuando llegaron al final de la línea, y el cielo estaba entre gris y negro, con la nieve cayendo a chorros y haciendo remolinos por entre las farolas.

En la calle Howard los automóviles estaban atascados por todos lados y abandonados. Las aceras estaban bloqueadas. Woody abría la marcha hacia Evanston, y papá lo seguía por en medio de la calle siguiendo las marcas que habían dejado los camiones. Durante cuatro manzanas resistieron al viento y entonces Woody se dirigió atravesando la ventisca hacia la mansión paralizada por la nieve, donde

tuvieron que empujar entre los dos la verja de hierro porque tenían el viento en contra. Veinte habitaciones o más en aquella casa tan digna, y nadie las ocupaba más que la señora Skoglund y su criada Hjordis, también religiosa.

Mientras Woody y papá esperaban, quitándose la nieve fangosa de los cuellos de piel de oveja y papá sacudiéndose las anchas cejas con los extremos de la bufanda, sudando y helados a un tiempo, empezaron a sonar las cadenas y Hjordis abrió los agujeros de ventilación de la puerta de cristal ahumado dándole la vuelta a una barra de madera. Woody la llamaba «la cara de monja». Ya no se veían mujeres como aquella, sin feminidad alguna en el rostro. Ella se presentaba sencillamente, como Dios la había hecho. Le dijo:

—¿Quién es y qué busca?

—Soy Woodrow Selbst. ¿Hjordis? Soy Woody.

—No te esperan.

—No, pero aquí estoy.

—¿Qué quieres?

—He venido a ver a la señora Skoglund.

—¿Para qué quieres verla?

—Dile solo que estoy aquí.

—Tengo que decirle a qué has venido, sin avisar antes.

—¿Por qué no le dices que es Woody con su padre? No vendríamos en medio de una tormenta de nieve como esta si no fuera por algo importante.

La precaución comprensible de las mujeres que viven solas. Y además mujeres respetables de la vieja escuela. Ahora ya no había una respetabilidad como aquella en las casas de Evanston, con sus grandes galerías y profundos patios, y con criadas como Hjordis, que llevaba en el cinturón las llaves de la despensa y de todos los armarios y cajones y candados de la bodega. Y en la Evanston de la temperancia de la mujer de la Ciencia Cristiana Episcopaliana no había vendedores que llamaran a las puertas. Solo los invitados. Pero allí, después de un viaje de quince kilómetros atravesando la tempestad, venían dos vagabundos del West Side.

A esta mansión donde una dama inmigrante sueca, que ella misma había sido en un tiempo cocinera y ahora era una viuda filántropa, llegaban, llevados por la nieve, mientras los tallos helados de las lilas llamaban a los cristales de sus ventanas, soñando con una nueva Jerusalén y el Segundo Advenimiento y la resurrección y el Juicio Final. Para acelerar el Segundo Advenimiento, y todo lo demás, había que llegar a los corazones de estos vagabundos intrigantes que se presentaban en medio de una tormenta de nieve.

Seguro que nos dejan entrar.

Y allí, con el calor que les subió de pronto a las cubiertas barbillas, papá y Woody sintieron lo que era la tormenta; tenían las mejillas como bloques helados. Estaban de pie y molidos, con aquel picor del frío, dejando caer un hilito de agua allí en medio del vestíbulo de entrada que era realmente un vestíbulo, con una escalinata de caracol alrededor de una columna tallada y un gran ventanal de vidrieras encima. Se imaginaban a Jesús con la samaritana. Había una especie de proximidad gentil en el aire. Quizá fuese que, cuando estaba con papá, Woody veía las cosas con ojos de judío. Aunque la característica judía de papá era que solo sabía leer el periódico en yídish. Papá vivía con Halina la polaca, mamá vivía con Jesucristo, y Woody comía tocino crudo cortado por él mismo.

La señora Skoglund era la más limpia de todas las mujeres —las uñas de sus manos, el blanco

cuello, los oídos— y todas las insinuaciones sexuales de papá le parecían a Woody equivocadas, porque ella era tan extremadamente limpia que a Woody le recordaba una cascada, ancha como ella era, y construida de manera grandiosa. Su busto era grande. Woody ya había calibrado esto con la imaginación. A él le parecía que ella guardaba las cosas muy, muy apretadas en el pecho. Pero una vez levantó los brazos para abrir una ventana y allí estaba, su busto, ante él, en su totalidad imposible de desatar. Tenía el pelo del color de la rafia que había que mojar antes de poderla tejer formando una especie de cesto: claro, claro. Papá, al quitarse el chaquetón, dejó ver un jersey, nada de chaqueta. Su mirada huidiza lo hacía parecer deshonesto. Lo más difícil de todo para estos Selbst con sus narices torcidas y sus rostros grandes y aparentemente francos era parecer honrados. Tenían todos los signos de la falta de honradez. Muchas veces Woody había pensado en ello. ¿Era por los músculos, era un problema de mandíbula sobre todo: los ángulos de la mandíbula? ¿O eran los recovecos del corazón? Las chicas llamaban a papá Dick Tracy, pero Dick Tracy era uno de los buenos. ¿A quién convencía papá? Y aquí Woody atrapó una posibilidad al vuelo. Precisamente por el aspecto de papá, una persona sensible podía sentir remordimientos por condenarlo de forma injusta o juzgarlo de manera demasiado severa. ¿Solo por su cara? Algunos debían de haberse echado atrás. Y entonces él se los metía en el bolsillo. No a Hjordis, sin embargo. Ella habría puesto a papá de patitas en la calle sin dudarle un segundo, a pesar de la tormenta. Hjordis era religiosa, pero no era tonta. No había venido a América en tercera clase y trabajado cuarenta años en Chicago para nada.

La señora Skoglund, Aase (Oosie), recibió a los visitantes en la salita. Esa habitación, la mayor de la casa, necesitaba una calefacción suplementaria. Por los techos de cinco metros de alto y los altos ventanales, Hjordis había dejado ardiendo la estufa. Era una de aquellas estufas elegantes que tenían una corona de níquel, o mitra, y esta mitra, cuando se la movía hacia un lado, levantaba automáticamente el gozne de la tapa de hierro de la estufa. La tapa de hierro que había debajo de la corona estaba llena de hollín y óxido, como cualquier otra tapa de estufa. Dentro de ese agujero se ponía el cubo del carbón y la leña de castaño, de color antracita, bajaba haciendo ruido. Producía una especie de pastel o cúpula de fuego que era visible a través de los pequeños cuadros de cola de pescado. Era una bonita habitación, panelada de madera en sus dos terceras partes. La estufa estaba incrustada en el tiro de la chimenea de mármol, y tenía suelos de parquet y alfombras de Axminster y cortinajes victorianos con penachos del color de los arándanos, y una especie de estante chino, dentro de una vitrina forrada de espejos, que contenía jarras de plata, trofeos ganados por las vacas Skoglund, pinzas de fantasía para servir el azúcar y jarros y copas de cristal tallado. Había también biblias e imágenes de Jesucristo y la Tierra Santa y aquel sutil olor a gentil, como si los objetos hubieran sido bañados con una solución ligera de vinagre.

—Señora Skoglund, este es mi padre. Me parece que nunca se lo he presentado —dijo Woody.

—Sí, señor, ese soy yo, Selbst.

Papá era bajo pero dominaba la situación, a pesar del jersey y la barriga que le sobresalía, que no era blanda sino dura. Era un hombre de barriga dura. Nadie lo intimidaba. Nunca se presentaba como un mendigo. No había en él ni un átomo de vergüenza. Eso se lo demostró a ella por la manera en que dijo «Sí, señor». Él era independiente y sabía defenderse en la vida. Le comunicó que era capaz de entenderse con las mujeres. La hermosa señora Skoglund, que llevaba el pelo tejido en una especie de cesto, tenía la cincuentena: ocho, quizá diez años más que él.

—Le pedí a mi hijo que me trajera porque sé que usted se porta muy bien con el chico. Es natural que conozca a su padre y a su madre.

—Señora Skoglund, mi padre está en un aprieto y no conozco a nadie más a quien pedir ayuda.

Estos eran los preliminares que quería papá. Tomó la palabra y le contó a la viuda la historia de la lavandería y los pagos atrasados, y explicó lo del embargo y el aviso de desahucio, y lo del alguacil y lo que le iban a hacer; y acabó diciendo:

—Yo solo soy un pobre hombre que trata de ganarse la vida.

—Usted no mantiene a sus hijos —dijo la señora Skoglund.

—Eso es cierto —dijo Hjordis.

—No tengo con qué. Si tuviera, ¿no les daría? Hay colas para el pan y la sopa por toda la ciudad. ¿Soy yo el único? Lo que tengo lo reparto. Les doy a mis hijos. ¿Soy un mal padre acaso? ¿Cree usted que mi hijo me traería aquí a casa de usted si yo fuera un mal padre para él? Él quiere a su padre, confía en él, sabe que su padre es un buen hombre. Cada vez que empiezo un buen negocio acaban conmigo. Y este es un buen negocio, si consigo mantenerlo. Tengo a tres personas que trabajan para mí, pago una nómina, y esas tres personas también se van a encontrar en la calle si cierro. Señora, puedo firmarle un pagaré y pagarle en dos meses. Soy un hombre sencillo, pero muy trabajador, y puede usted confiar en mí.

Woody se sobresaltó cuando oyó a papá pronunciar la palabra «confiar». Era como si de los cuatro puntos cardinales una banda de música se hubiese puesto a tocar para advertir al mundo entero: «¡Sinvergüenza! ¡Este es un sinvergüenza!». Pero la señora Skoglund, por sus preocupaciones religiosas, estaba siempre distante. No oía nada, aunque en esa parte del mundo todos, a menos que estuvieran locos, llevaban una vida práctica, y si uno no tenía nada que decir a sus vecinos, los vecinos tampoco tenían nada que decirle a uno, y las cosas que se decían eran todas de naturaleza práctica, la señora Skoglund, con todo el dinero que tenía, era poco realista. Dos tercios de su persona no estaban en este mundo.

—Deme una oportunidad para demostrarle lo que valgo —dijo papá—, y verá lo que hago por mis hijos.

De manera que la señora Skoglund vaciló, y después dijo que tendría que subir a su habitación y ponerse a orar para pedir orientación. Que si no les importaba sentarse y esperar. Había dos mecedoras junto a la estufa. Hjordis le dirigió a papá una mirada torva (persona peligrosa) y a Woody una de reproche (¿cómo se te ocurre traer a un extraño peligroso a molestar a dos amables damas cristianas?) y después se retiró con la señora Skoglund.

Tan pronto como se fueron, papá se levantó de un salto y dijo furioso:

—¿Qué es eso de la oración? ¿Tiene que preguntarle a Dios si me presta cincuenta pavos?

Woody dijo:

—No es por ti, papá. Es que es así como actúa esta gente religiosa.

—No —dijo papá—. Va a volver y dirá que Dios no se lo permite.

A Woody no le gustaba aquello; le parecía que papá estaba siendo grosero, y le dijo:

—No, es sincera. Papá, trata de comprender. Es una mujer sensible, nerviosa y sincera, que trata de hacer el bien a todo el mundo.

Y papá le respondió:

—Esa criada que tiene la convencerá para que no lo haga. Se le ve en la cara que piensa que somos un par de estafadores.

—¿De qué sirve que nos peleemos? —dijo Woody.

Acercó un poco más la mecedora a la estufa. Tenía los zapatos empapados y no se le iban a secar.

Las azules llamas se agitaban como una escuela de peces encima del fuego de carbón. Pero papá se acercó a aquella estantería o vitrina de estilo chino y probó el tirador. Después abrió la cuchilla de su navaja y en un segundo forzó la cerradura de la curvada puerta de cristal. Sacó una bandeja de plata.

—Papá, ¿qué haces? —dijo Woody.

Papá, tranquilo y sereno, sabía exactamente lo que estaba haciendo. Volvió a cerrar la vitrina, cruzó la alfombra y se puso a escuchar detrás de la puerta. Se metió la bandeja bajo el cinturón y la empujó hasta meterla en los pantalones. Se acercó su dedo corto y grueso a la boca para mandarlo callar. De manera que Woody guardó silencio, pero estaba muy agitado. Se acercó a papá y lo agarró por la mano. Al mirar a papá a la cara, sintió como sus ojos se iban empequeñeciendo cada vez más como si algo estuviera contrayendo la piel de su cabeza. A eso lo llaman hiperventilación, cuando todo parece apretado y ligero y estrecho y vertiginoso. Respirando apenas, le dijo:

—Vuélvela a poner en su sitio, papá. Papá dijo:

—Es plata maciza; vale un dineral.

—Papá, dijiste que no me meterías en líos.

—Es solo un seguro para el caso en que vuelva de sus oraciones y me diga que no. Si dice que sí, lo volveré a poner en su sitio.

—¿Cómo?

—Volveré. Si yo no lo devuelvo, lo harás tú.

—Tú has forzado la cerradura. Yo no podría. No sé cómo hacerlo.

—No es nada.

—La vamos a devolver ahora. Dámela.

—Woody, la tengo debajo de la bragueta, dentro de los calzoncillos. No hagas tanto ruido por nada.

—Papá, no puedo creer que me hagas esto.

—Pues grita que viene el lobo, cierra el pico. Si no confiara en ti no habría permitido que me vieras hacerlo. No entiendes nada. ¿Qué mosca te ha picado?

—Antes de que bajen, papá, haz el favor de sacarte esa bandeja de los calzoncillos.

Papá se puso serio con él. Absolutamente militar. Le dijo:

—¡Te lo ordeno!

Antes de darse cuenta, Woody se había abalanzado hacia su padre y había empezado a pelearse con él. Era vergonzoso agarrar a tu propio padre, ponerle la zancadilla, obligarlo a apoyarse contra la pared. Papá, a quien había pillado por sorpresa, dijo en voz alta:

—¿Quieres que maten a Halina? Muy bien, ¡mátala! Sigue adelante, tú serás el responsable.

Empezó a oponer resistencia, enfurecido, y dieron varias vueltas, hasta que Woody, aplicando un truco que había aprendido en una película del Oeste y utilizado una vez en el recreo, le puso una zancadilla y ambos cayeron al suelo. Woody, que ya pesaba diez kilos más que el viejo, estaba encima. Aterrizaron en el suelo junto a la estufa, que reposaba encima de una bandeja de hojalata decorada para proteger la alfombra. En esta posición, apretando la barriga dura de papá, Woody reconoció que haberlo vencido en la lucha y tenerlo en el suelo no le servía de nada. Era imposible meter la mano por debajo del cinturón de papá para recuperar la bandeja. Y ahora papá se había puesto furioso, como cualquier padre tiene derecho a ponerse cuando su hijo es violento con él, y sacó una mano para golpear a Woody en la cara. Entonces Woody metió la cabeza en el hombro de papá y la dejó allí apretada únicamente para evitar que lo golpeará, mientras le decía al oído:

—Por Dios, papá, recuerda dónde estamos. ¡Esas mujeres van a volver!

Pero papá levantó la rodilla y peleó y porfió con él, mientras hacía que temblaran los dientes de Woody. Woody llegó a pensar que el viejo le iba a morder. Y como era seminarista, pensó: Como los espíritus impuros. Y lo agarró con fuerza. Poco a poco fue dejando de revolverse y forcejear. Tenía los ojos desorbitados y la boca abierta, huraña. Como un pez grande. Woody lo soltó y le echó una mano para que se levantara. Entonces lo embargó una serie de sensaciones malas, de esas que el viejo nunca sufría. Nunca, nunca. Papá nunca tenía estas emociones humillantes. En eso consistía su superioridad. Papá nunca se dejaba dominar por estas sensaciones. Era como un jinete de Asia central o un bandido de China. Era mamá, la de Liverpool, la que tenía el refinamiento y los-modales ingleses. O el reverendo doctor con su traje negro. Si uno tiene refinamiento, para lo único que le sirve es para oprimirlo. Al diablo con ellos.

Se abrió la gran puerta y la señora Skoglund entró en la sala, diciendo:

—¿Son imaginaciones mías, o ha sacudido alguien la casa?

—Estaba levantando la tapa para poner más carbón en el fuego y se me escurrió de la mano. Siento haber sido tan torpe —dijo Woody.

Papá estaba demasiado enfurruñado para hablar. En los ojos grandes y rojos y en el pelo que le empezaba a clarear por la frente, en lo apretado de la barriga, se veía lo enfadado que estaba, aunque tuviera la boca cerrada.

—He estado orando —dijo la señora Skoglund.

—Espero que la respuesta haya sido favorable —dijo Woody.

—Bueno, yo no hago nada sin pedir orientación, pero la respuesta fue sí, y ahora me siento mucho mejor. De manera que, si me esperan, iré a mi despacho para rellenar un cheque. Le he pedido a Hjordis que les traiga una taza de café. Venir con una tormenta así...

Y papá, que no dejaba ni por un momento de ser terrible, tan pronto como ella cerró la puerta, dijo:

—¿Un cheque? Que se vaya al diablo. Yo quiero billetes verdes.

—No tienen dinero en la casa. Lo puedes cambiar en el banco mañana. Pero si echa de menos la bandeja, papá, bloquearán el cheque, y entonces, ¿qué será de ti?

Cuando papá se estaba metiendo la mano debajo de cinturón, entró Hjordis con la bandeja del café. Fue muy seca con él. Le dijo:

—¿Es este un lugar apropiado para ponerse bien la ropa, señor? ¿Es esto un lavabo de caballeros?

—Bien, y entonces, ¿por dónde se va al baño? —dijo papá.

Les había servido el café en los dos jarros más feos de toda la casa, y soltó la bandeja con un golpe para llevar a papá pasillo adelante, y hacer después guardia a la puerta del cuarto de baño, no fuera a ser que a él se le ocurriera darse una vuelta por la casa.

La señora Skoglund llamó a Woody a su despacho y, después de darle el cheque doblado, le dijo que tenían que orar juntos por Morris. De manera que él, una vez más, se hincó de rodillas, debajo de filas y filas de archivadores de cartón con olor a humedad, junto a la lámpara de cristal que había al filo del escritorio, con la pantalla bordeada de volantes, como la bandeja de los dulces. La señora Skoglund, con su acento escandinavo —un contralto emocional— alzó la voz para decir Jesuuuucristoooo, mientras el viento azotaba los árboles, golpeaba el costado de la casa y hacía que la nieve bullera en los cristales de las ventanas, para que le enviase la luz a Morris, o lo guiara por el

buen camino, o le pusiera un nuevo corazón en el pecho. Woody solo le pidió a Dios que hiciera que papá devolviese la bandeja. Mantuvo a la señora Skoglund de rodillas el mayor tiempo posible. Después le dio las gracias por su generosidad cristiana, todo candoroso (en lo posible) y le dijo:

—Sé que Hjordis tiene un primo que trabaja en el albergue de la YMCA de Evanston. ¿Podría por favor telefonarlo y tratar de conseguirnos una habitación para esta noche para que no tengamos que pelear con la tormenta en el camino de vuelta? Estamos casi tan cerca del albergue como del tranvía. Puede incluso que los tranvías hayan dejado de funcionar.

La desconfiada Hjordis, que llegó justo en el momento en que la señora Skoglund la llamó, estaba ahora que echaba chispas. Primero se presentaban en un momento inoportuno, se ponían cómodos, pedían dinero, tenían que tomar café y probablemente dejaban infectado de gonorrea el asiento del retrete. Hjordis, recordó Woody, era una mujer que frotaba los pomos de las puertas con alcohol cuando se marchaban las visitas. Pero a pesar de todo telefoneó al albergue y les consiguió una habitación con dos catres por cuatro perras.

Papá tuvo tiempo de sobra, por lo tanto, para volver a abrir la vitrina, que estaba forrada de espejos o de plata alemana (algo tremendamente delicado y frágil), y tan pronto como los dos hubieron dicho gracias y adiós y estuvieron de nuevo en medio de la calle hundidos en nieve hasta las rodillas, Woody dijo:

—Bien, te he cubierto las espaldas. ¿La has devuelto?

—Por supuesto —dijo papá.

A duras penas llegaron al pequeño edificio del albergue, encerrado en una valla de alambre y con aspecto de comisaría, con más o menos las mismas dimensiones. Ya habían cerrado, pero armaron un escándalo en la valla y un hombrecillo negro salió a abrirles y los condujo en silencio a un pasillo de cemento con puertas bajas. Era como la jaula de los pequeños mamíferos del zoo de Lincoln Park. Les dijo que no quedaba nada de comer, de manera que se despojaron de los mojados pantalones, se envolvieron fuertemente en las mantas de color caqui del ejército y se durmieron en sus catres.

Lo primero que hicieron a la mañana siguiente fue ir al National Bank de Evanston a sacar los cincuenta dólares. No sin dificultades. El cajero fue a llamar a la señora Skoglund y estuvo ausente de la ventanilla un rato.

—¿Dónde demonios ha ido? —dijo papá. Pero, cuando el tipo volvió, les dijo:

—¿Cómo lo quieren?

Papá dijo:

—En billetes de un dólar y, volviéndose a Woody—: Bujak los colecciona en ese formato.

Pero para entonces Woody ya no se creía que Halina hubiera robado el dinero del viejo.

Después salieron a la calle, donde el personal de los quitanieves estaba en plena faena. El sol brillaba en el cielo, allá en lo alto, en el cielo azul de la mañana, y pronto todo Chicago estaría liberado de la belleza temporal consecuencia de aquella tormenta.

—No deberías haber peleado conmigo anoche, hijo.

—Lo sé, papá, pero me habías prometido que no me meterías en líos.

—Está bien. Lo olvidaré, ya que no me traicionaste.

La única pega era que papá no había devuelto la bandeja de plata. Se la había quedado, por supuesto, y unos días después la señora Skoglund y Hjordis lo supieron, y un poco después esperaban todos a Woody en el despacho de Kovner en la misión. En el grupo estaban el reverendo doctor Crabbie, director del seminario, y a Woody, que había estado intentando no llamar la atención, lo

acribillaron a preguntas. Él les dijo que era inocente. Incluso cuando ya casi lo estaban rematando, les advirtió que estaban cometiendo un error con él. Negó que él o papá hubieran tocado las propiedades de la señora Skoglund. El objeto desaparecido —él ni siquiera sabía lo que era— se habría extraviado probablemente, y todos lo iban a sentir el día que apareciera.

Cuando los demás hubieron terminado con él, el doctor Crabbie dijo que hasta que no fuera capaz de decir la verdad estaba expulsado temporalmente del seminario, donde de todas formas su trabajo no era muy satisfactorio. La tía Rebeca lo apartó a un lado y le dijo:

—Eres un sinvergüenza, como tu padre. Aquí tienes la puerta cerrada.

A lo que el comentario de papá fue:

—¿Y qué?

—Papá, no deberías haberlo hecho.

—Ah, ¿no? Bueno, pues no me importa, si quieres que te diga la verdad. Si quieres te doy la bandeja para que puedas volver y ponerte firme con todos esos hipócritas.

—No me gustó que le hicieras una faena a la señora Skoglund. Ella fue buena con nosotros.

—¿Buena?

—Buena.

—Esa bondad tiene un precio.

La verdad es que no se podía discutir con papá de estas cosas. Pero lo hicieron en diversos tonos y desde diversos puntos de vista durante más de cuarenta años, a medida que sus relaciones cambiaban, se desarrollaban, maduraban.

—¿Por qué lo hiciste, papá? ¿Por el dinero? ¿Qué hiciste con los cincuenta pavos?

Eso se lo preguntó Woody décadas más tarde.

—Arreglé las cosas con el corredor de apuestas, y el resto lo metí en el negocio.

—Y probaste suerte con unos cuantos caballos más.

—Es posible. Pero era un doble, Woody. No me hizo a mí ningún daño, y al mismo tiempo te hice a ti un favor.

—¿A mí?

—Era una vida demasiado extraña. Aquella vida no era para ti, Woody. Todas aquellas mujeres. Kovner no era un hombre, era algo intermedio. ¿Te imaginas si te hubieras hecho ministro de la Iglesia? ¿Ministro de la Iglesia cristiana? Para empezar, tú no habrías podido soportarlo y, en segundo lugar, te habrían echado antes o después.

—Puede ser.

—Y no habrías convertido a los judíos, que era lo que ellos querían sobre todo.

—Menudo momento para meterse con los judíos —dijo Woody—. Por lo menos yo no los chinchaba.

Papá lo había vuelto a arrastrar a su lado del problema, sangre de su sangre, las mismas paredes gruesas en su cuerpo, el mismo grano basto. Él no estaba hecho para la vida espiritual. Simplemente, no servía.

Papá no era peor que Woody, y Woody no era mejor que papá. Papá no quería tener nada que ver con la teoría, y sin embargo siempre estaba arrastrando a Woody hacia una posición: una posición alegre, campechana, natural, amable y sin principios. Si Woody tenía algún defecto, era que no era egoísta. Esto favorecía a papá, pero a pesar de ello él se lo criticaba a Woody. «Haces demasiadas cosas», le decía siempre. Y era cierto que a Woody papá le robó el corazón porque papá era muy

egoísta. Normalmente las personas muy egoístas son las más queridas. Ellas hacen aquello de lo que tú te privas, y por ello las quieres. Te roban el corazón.

Al recordar la papeleta de empeño de la bandeja de plata, Woody se sorprendió por la carcajada tan súbita que lo hizo romper a toser. Después de que lo hubieran expulsado del seminario y le hubieran prohibido entrar en la misión, papá le dijo:

—¿Quieres que te dejen volver a entrar? Aquí está la papeleta. Empeñé ese cacharro, y no era tan valioso como yo creía.

—¿Cuánto te dieron?

—Doce dólares con cincuenta fue todo lo que pude conseguir. Pero si tú lo quieres tendrás que buscarte la pasta tú solo, porque yo ya no la tengo.

—Supongo que estarías sudando en el banco cuando el cajero fue a llamar a la señora Skoglund para preguntarle por el cheque.

—Estaba un poco nervioso —admitió papá—. Pero no me parecía que pudieran echar aquello de menos tan pronto.

Aquel robo formaba parte de la guerra entre papá y mamá. Con mamá y la tía Rebeca, y el reverendo doctor, papá defendía el realismo. Mamá representaba a las fuerzas de la religión y la hipocondría. Durante cuatro décadas, la lucha no cesó un solo instante. Con el tiempo, mamá y las chicas pasarón a depender de la beneficencia y perdieron su personalidad propia. Ah, las pobres, se volvieron dependientes y maniáticas. Mientras tanto, Woody, el pecador, fue su hijo y hermano atento y amoroso. Mantenía la casita —el tejado, las juntas, los cables, el aislamiento, el aire acondicionado— y pagaba la calefacción y la luz y la comida, y las vestía a todas con prendas de Sears, Roebuck y Wieboldt, y les compró un televisor, que veían con tanta devoción como rezaban. Paula tomaba clases para aprender labores como el macramé y el bordado, y algunas veces conseguía un trabajillo como ayudante en un asilo. Pero no era lo bastante constante como para mantenerlo. El malvado papá pasó la mayor parte de su vida quitando manchas de la ropa de la gente. En los últimos años él y Halina regentaban una lavandería en West Rogers Park —un negocio regular que se asemejaba a un Laundromat. Esto le permitía a papá tener tiempo para jugar al billar, a las carreras de caballos, al rummy y al pinocle. Todas las mañanas se metía detrás del tabique para comprobar los filtros del equipo de limpieza. Encontraba cosas divertidas que la gente había metido en las cubas junto a la ropa: a veces, cuando había suerte, una cadena o un broche. Y cuando había mejorado el detergente, echándole aquel mejunje azul y rosa que venía en botellas de plástico, se leía el *Forward* con una segunda taza de café y se marchaba, dejando a Halina al frente del negocio. Cuando necesitaban ayuda para pagar el alquiler, Woody les echaba una mano.

Cuando inauguraron el nuevo Disneyworld en Florida, Woody invitó a todas las personas a su cargo a unas vacaciones. Los envió en distintos grupos, por supuesto. Halina las disfrutó más que ningún otro. No paraba de hablar del discurso que daba el muñeco de Abraham Lincoln.

—Era maravilloso. Cómo se levantaba y movía las manos, y la boca. ¡Parecía de verdad! Y qué bien hablaba.

De todos ellos, Halina era la más sensata, la más humana, la más honrada. Ahora que papá ya no estaba, Woody y el hijo de Halina, Mitosh, que tocaba el órgano en el estadio, se ocupaban de las necesidades de ella mucho más que la Seguridad Social, y compartían los gastos. En opinión de papá,

los seguros eran un robo. Él no le dejó a Halina más que un montón de máquinas anticuadas.

Woody también se daba caprichos. Una vez al año, y a veces más a menudo, dejaba que el negocio marchara solo, se arreglaba con el departamento de fideicomisos del banco para que se ocuparan de la tropa, y se iba de viaje. Lo hacía a lo grande, con imaginación, gastando mucho. En Japón, perdió poco tiempo en Tokio. Pasó tres semanas en Kyoto y se alojó en el Tawaraya Inn, que databa más o menos del siglo XVII. Allí durmió en el suelo, al estilo japonés, y se bañó con agua hirviendo. Fue a ver el espectáculo de strip-tease más guarro del mundo, pero también los lugares sagrados y los jardines de los templos. También visitó Estambul, Jerusalén, Delfos, y fue a Uganda y Birmania y a Kenia de safari, en términos democráticos con los chóferes, los beduinos y los mercaderes de los bazares. Abierto, generoso, familiar, cada vez más gordo pero todavía musculoso (corría y levantaba pesos —cuando estaba desnudo empezaba a parecerse a un cortesano del Renacimiento con todo su traje de época puesto—), cada año se volvía más rubicundo, un tipo de exteriores con pecas en la espalda y manchas en la rojiza frente y en la honrada nariz. En Addis Abeba se llevó a su habitación a una belleza etíope de la calle y la bañó, metiéndose con ella en la bañera para enjabonarla con sus anchas y amables manos. En Kenia le enseñó ciertas obscenidades en inglés a una negra para que pudiera gritarlas durante el acto sexual. En el Nilo, bajo las cataratas de Murchison, aquellos árboles febriles surgían en medio del barro, y los hipopótamos que había en los bancos de arena eructaban con hostilidad al paso de la lancha. Uno de ellos bailaba en su banco de arena, daba un salto desde el suelo y volvía a bajar con todo su peso a las cuatro patas. Allí fue donde Woody vio cómo desaparecía la cría de búfalo, entre las garras del cocodrilo.

Mamá, que pronto seguiría los pasos de papá, estaba perdiendo últimamente la cabeza. Cuando estaba con alguien, hablaba de Woody como su niño —«¿Qué le parece mi hijito?»—, como si él tuviera diez años. Con él se comportaba de manera tonta, frívola, casi flirteaba. Parecía como si no supiera distinguir las cosas. Y detrás de ella todos los demás, como niños en el parque, esperaban su turno para deslizarse por el tobogán: uno en cada escalón, iban subiendo.

Sobre la residencia y el lugar de trabajo de Woody se había acumulado una charca de silencio, del mismo perímetro que las campanas de las iglesias mientras habían estado sonando, y él lloró debajo, en esta mañana soleada y melancólica de otoño. Haciendo un análisis de su vida, tuvo una mirada deliberada para su lado del caso, y del otro lado también, si lo había. Pero si esa pena persistía tendría que salir y correr hasta acabar con ella. Correría cinco kilómetros, ocho si era necesario. Y uno podría creer que la carrera era una actividad totalmente física, ¿no? Pero había algo más. Porque, cuando Woody era seminarista, entre los ejes de su carrito, durante la Feria Mundial, él había recibido, mientras tiraba del carro (de manera capaz y estable) sus revelaciones religiosas al trote. Puede que fuera siempre la misma revelación, que se repetía. Él sentía que la verdad le venía del sol, una comunicación que también era luz y calor. Lo hacía sentir muy lejano de sus calientes pasajeros de Wisconsin, aquellos granjeros cuyos gritos y llamadas a las putas apenas oía cuando estaba en trance. Y, una vez más, desde el poderoso sol, le llegaba la secreta certeza de que el fin de esta tierra era ser colmada de bien. Saturada incluso. Después de todas las cosas absurdas, de que un perro se comiera a otro, de que la muerte que daba el cocodrilo enterrara a todos en el barro. No acabaría todo como lo imaginaba la señora Skoglund, la que lo sobornaba para acosar a los judíos y acelerar el Segundo Advenimiento, sino de otro modo. Esta era su intuición, aunque torpe. No llegaba más allá. Por eso, él procedía en la vida como la vida parecía querer indicarle que hiciera.

Esta mañana le quedaba una cosa más, que era explícitamente física, y se produjo en primer lugar

como una sensación en sus brazos y contra su pecho, para después meterse dentro de él.

Era esto: cuando entró en la habitación del hospital y vio a papá con los lados de la cama levantados, como una cuna, y a papá tan débil y retorciéndose de dolor, y sin dientes, como un bebé, y con, la suciedad que ya le llegaba a la cara, se le metía por las arrugas, papá estaba intentando sacarse las agujas hipodérmicas y se oía el débil sonido de la muerte. Los esparadrapos que tenía pegados para sujetarle las agujas estaban empapados de sangre oscura. Entonces Woody se quitó los zapatos, bajó un lado de la cama y se subió en ella y lo abrazó para calmarlo y tranquilizarlo. Como si él fuera el padre de papá, le dijo: «Venga, papá. Papá». Entonces fue como aquella vez que se pelearon en el salón de la señora Skoglund, cuando papá se enfadó como un demonio y Woody trató de calmarlo y de avisarlo diciéndole: «¡Esas mujeres van a volver!». Además de la estufa de carbón, cuando papá golpeó a Woody en los dientes con la cabeza y después se puso huraño, como un pez grande. Pero esta resistencia del hospital fue débil... ¡Tanto! Con una gran compasión, Woody agarró a papá, que se agitaba y temblaba. «De esas personas —le había dicho—, nunca vas a aprender lo que es la vida, porque no lo saben.» «Sí, papá. ¿Qué te pasa, papá? Era difícil de entender que ese hombre, que ya soportaba el peso de ochenta y tres años, y había hecho todo lo posible para quedarse, ahora solo quisiera liberarse. ¿Cómo podía Woody permitirle que se sacara todas las agujas? Papá era terco, quería lo que quería y en el momento en que lo quería. Pero lo ultimísimo que quiso no lo pudo comprender Woody, era demasiado extraño.

Después de un momento, papá dejó de forcejear. Se fue apagando y apagando. Las enfermeras vinieron y miraron. No aprobaban lo que estaba haciendo Woody, pero él, que no tenía ninguna mano libre para hacerles señas de que se marcharan, les hizo un gesto con la cabeza indicando la puerta. Papá, al que Woody creía que ya había calmado, estaba únicamente buscando una manera mejor de escapar de él. Y lo hizo con la pérdida de calor. Estaba perdiendo calor. Como pasa a veces con los animales pequeños mientras uno los tiene en la mano, Woody sintió de hecho cómo papá se iba enfriando. Y después, mientras Woody hacía lo que podía para impedirselo, y aunque lo estaba consiguiendo, se fue deslizando hasta la muerte. Y allí siguió su hijo anciano, grande y todavía musculoso, sosteniéndolo y apretándolo cuando ya no quedaba nada que apretar. Nunca pudo nadie amarrar a aquel hombre testarudo. Cuando estaba listo para dar un paso, lo daba, y siempre en las condiciones que él ponía. Y siempre, siempre, se llevaba algo escondido en la manga. Así era él.

El contacto Bella Rosa

Como fundador del Instituto Mnemosyne de Filadelfia, con cuarenta años de oficio, he formado a muchos ejecutivos, políticos y miembros del sistema de defensa, y ahora que estoy retirado, con el instituto en las capaces manos de mi hijo, me gustaría olvidarlo todo sobre el hecho de recordar. Se trata de una proposición del estilo de *Alicia en el país de las maravillas*. En los años del crepúsculo, después de haber colgado los guantes (de haber guardado el cuchillo en la vaina), uno no quiere seguir haciendo lo que ha hecho toda su vida: un cambio, un cambio, ¡mi reino por un cambio! El abogado se alejará de sus clientes, el médico de sus pacientes, el general pintará porcelana, el diplomático se dedicará a la pesca. Mi caso es distinto porque yo debo mi éxito en el mundo al don innato de la memoria. Palabra delicada, esa de «innato», que se refiere a las fuentes ocultas de todo lo que realmente importa. Como yo solía decir a los clientes, «la memoria es la vida». Era una buena forma de impresionar a un miembro del Consejo Nacional de Seguridad al que yo estaba entrenando, pero ahora me pone en una posición poco cómoda, porque si uno ha trabajado con la memoria, que es la vida misma, no hay otro retiro que no sea la muerte.

Hay otras incomodidades con las que hay que vivir: este don que yo tengo y que se convirtió en la base de un éxito comercial, unos ingresos de X millones sensatamente invertidos y una casa de antes de la guerra en Filadelfia amueblada por mi difunta esposa, una mujer que sabía todo lo que había que saber sobre muebles del siglo XVIII. Como yo no soy uno de esos testarudos racionalistas a la defensiva que niegan que han hecho un mal uso de sus talentos e insisten en que pueden admirar a Dios con una conciencia tranquila, me esfuerzo por recordar que no nací en una casa de Filadelfia con techos de seis metros de alto sino que mi vida empezó como hijo de unos emigrantes judíos rusos de Nueva Jersey. Un archivo andante como yo no puede tirar a la basura sus comienzos ni distorsionar su historia. Es cierto que, en el proceso universal de autorrevisión, cualquiera puede dejarse llevar y olvidar los hechos. Por ejemplo, los norteamericanos europeizados que viven en Europa asumen una falsa corrección inglesa o francesa e introducen un inquietante elemento de timidez en las relaciones con sus amigos. Esto lo he observado en muchos. Da una impresión desagradable. De manera que, cuando sentía la tentación de fingir, me preguntaba a mí mismo: «¿Cómo van las cosas por Nueva Jersey?».

El asunto que me ocupa ahora tenía su eje principal en Nueva Jersey. Estos no son datos sacados del banco de memoria de un ordenador. Me preocupan los sentimientos y los deseos, una memoria emocional no se parece en nada a la fabricación de cohetes ni al Producto Nacional Bruto. Lo que tenemos ante nuestros ojos son el difunto Harry Fonstein y su difunta esposa, Sorella. Es probable que los retratos que conservo de ellos sean demasiado anchos y agradables para ser auténticos. Por tanto han de ser representados pictóricamente en primer lugar y después *borrados y reconstituidos*. Pero estas son consideraciones técnicas, que tienen que ver con la diferencia entre un recuerdo literal y uno afectivo.

Si ustedes vivieran en una casa de estas dimensiones, en medio de armarios, colgaduras, alfombras persas, aparadores, chimeneas llenas de grabados, techos ornamentales —con un jardín cerrado y una bañera encima de una tarima de mármol con un grifo que no estaría fuera de lugar en la Fontana de Trevi—, comprenderían mejor por qué el recuerdo de un refugiado como Fonstein y su esposa de Newark puede tener tanta importancia.

No, Fonstein no era un pobre *schlepp*; tuvo éxito en los negocios y ganó una buena cantidad de pasta. Nada que ver con mis millones de Filadelfia, pero no estaban mal para un tipo que llegó después de la guerra desde Cuba y empezó tarde en el negocio de las calefacciones, siendo además un pobre emigrante de Galitzia. Fonstein llevaba un zapato ortopédico, y tenía otras particularidades: su pelo parecía fino, pero no era débil en absoluto. Era un pelo fuerte y negro, y aunque escaso era muy ondulado. La cabeza en sí era lo bastante pesada como para hacer perder el equilibrio a un hombre menos determinado. Tenía los ojos oscuros y cálidos, así que quizá era el lugar que ocupaban lo que los hacía parecer también astutos. Quizá era la expresión de la boca —ni severa ni poco amable siquiera— lo que, junto a los ojos, contribuía a darle aquel aspecto. Este inmigrante te inspeccionaba de manera inteligente. No teníamos ninguna relación de sangre. Fonstein era sobrino de mi madrastra, a la que yo llamaba tía Mildred (una cortesía eufemística, ya que yo era demasiado viejo para una madre cuando mi padre viudo se casó con ella). La mayor parte de la familia de Fonstein había sido asesinada por los alemanes. En Auschwitz lo hubieran gaseado inmediatamente, por la bota ortopédica. Alguien del estilo del doctor Mengele habría señalado el recto bastón que llevaba en su mano izquierda, y a estas alturas la bota de Fonstein estaría expuesta en la exposición del campo de concentración. Tienen allí una montaña de botas ortopédicas, otra de muletas y aparatos ortopédicos para la espalda, una tercera de pelo humano y una última de lentes. Objetos que podían resultar útiles en los hospitales o asilos alemanes.

Harry Fonstein y su madre, la hermana de la tía Mildred, habían escapado de Polonia. De algún modo se las habían arreglado para llegar a Italia. En Ravena tenían parientes refugiados, que los ayudaron lo mejor que pudieron. También estaban persiguiendo a los judíos italianos, ya que Mussolini había adoptado las leyes raciales de Nuremberg. La madre de Fonstein, que era diabética, murió pronto, y Fonstein prosiguió el viaje hasta Milán, con papeles falsos, mientras aprendía italiano lo más rápidamente que podía. Todo esto me lo contó mi padre, que tenía pasión por las historias de refugiados. Su idea era que a mí me enderezaría el escuchar cuánto había sufrido la gente en Europa, en el mundo real.

—Quiero que veas al sobrino de Mildred —me dijo mi viejo en Lakewood, Nueva Jersey, hace alrededor de cuarenta años—. Era solo un joven, quizá más joven que tú. Escapó de los nazis, arrastrando un pie. Acaba de llegar de Cuba. Está recién casado.

Yo estaba nuevamente en tela de juicio paterno, acusado de puerilidad norteamericana. ¿Cuándo me iba a despabilar de una vez? A la edad de treinta y dos años, yo seguía comportándome como si tuviera doce, vagando por Greenwich Village, inmaduro, disperso, un haragán, liándome con chicas de Bennington, un tonto cotillón intelectual, con nada en la cabeza más que tonterías, y fundador, como decía mi padre con cómica perplejidad, del Instituto Mnemo-syne, tan rentable como impronunciable.

Como le gustaba decir a mis colegas del Village, ser pobre no costaba más de mil doscientos dólares al año, o jugar a serlo, otro juego americano.

Fonstein el superviviente, con todas las furias de Europa a sus espaldas, me hacía quedar mal. Pero no era culpa suya, y de hecho su presencia facilitaba mis visitas. Únicamente un domingo de vez en cuando presentaba yo mis respetos a mi familia en casa, en el verde Lakewood, cerca de Lakehurst, donde en los años treinta el zepelín de Graf Hindenburg se había alzado en llamas mientras se acercaba al atracadero fatal, y desde el suelo se pudieron oír los gritos de los que se estaban muriendo.

Fonstein y yo nos turnábamos para jugar al ajedrez con mi padre, quien fácilmente nos ganaba a los dos (competidores apáticos que teníamos el peso arquitectural del domingo en nuestras cabezas de cariátides). Sorella Fonstein a veces se sentaba en el sofá, que tenía una cubierta de plástico transparente. Sorella era una chica de Nueva Jersey (corrección: una dama). Era muy gruesa y llevaba maquillaje. Tenía las mejillas aterciopeladas. El pelo lo llevaba recogido en un moño. Unos quevedos, muy inusuales, que constituían un disfraz deliberado, le daban un aire teatral. Por aquel entonces era solo una novicia, probando por primera vez estos accesorios. Su objetivo era lograr un aspecto autoritario e imponente. Sin embargo, no era ninguna tonta.

El lugar de origen de Fonstein era Lemberg, me parece. Ojalá yo tuviera más paciencia con los mapas. Soy capaz de visualizar los continentes y los contornos de los países, pero soy muy impaciente con los emplazamientos exactos. Hoy día, Lemberg es Lvov, igual que Dánzig es Gdansk. La geografía nunca fue mi fuerte. Mi principal inversión fue la memoria. Yo almacenaba y recitaba de un tirón listas de palabras que me lanzaba un grupo de veinte personas. Por lo tanto, puedo decirles más de lo que desean saber sobre Fonstein. En 1938 su padre, que era joyero, no sobrevivió cuando los alemanes le confiscaron sus inversiones en Viena (bienes valiosos). Cuando había estallado la guerra, con los paracaidistas nazis disfrazados de monjas lloviendo desde los aviones, la hermana de Fonstein y su marido se habían refugiado en el campo, y a ambos los cogieron y acabaron en campos de concentración. Fonstein y su madre escaparon a Zagreb y al final llegaron a Ravena. Fue en el norte de Italia donde la señora Fonstein murió, y la enterraron en un cementerio judío, quizá el de Venecia. En ese momento y en ese lugar terminó la adolescencia de Fonstein. Ahora era un refugiado con una bota ortopédica, y tenía que reflexionar cuidadosamente sobre cuáles iban a ser sus movimientos. «No podía saltar por encima de los muros como Douglas Fairbanks», solía decir Sorella.

Yo comprendía por qué mi padre le había tomado apego a Fonstein. Fonstein había sobrevivido a la mayor prueba de la historia de los judíos. Todavía parecía que si ocurría lo peor no lo pillaría a él por sorpresa. Daba la impresión de ser sumamente firme. Cuando te hablaba te miraba a los ojos y sostenía esa mirada.

Esto no fomentaba la conversación sobre temas triviales. Sin embargo, había indicios de inteligencia en las comisuras de sus labios y alrededor de los ojos. De manera que uno no tenía que hacerse el tonto con Fonstein. Yo lo clasifiqué como el tipo de judío centroeuropeo. Y él me veía, probablemente, como un joven norteamericano inmaduro e inestable, ignorante desde el punto de vista humano y más o menos amable; en la historia de la civilización, algo nuevo en lo referente a tipos humanos, quizá no tan malo como parecía a primera vista. Para sobrevivir en Milán tuvo que aprender italiano muy, pero que muy rápido. Para no perder tiempo, trató de arreglárselas para hablarlo incluso en sueños. Mucho más tarde, en Cuba, aprendió también español. Tenía un don para las lenguas. En Nueva Jersey pronto tuvo fluidez con el inglés, aunque para darse gusto de vez en cuando hablaba en yídish; era el idioma adecuado para relatar sus experiencias en Europa. Yo mismo había tenido una guerra muy tranquila: administrativo en las Aleutianas. De manera que lo escuchaba, y para ello me inclinaba sobre él (como la vara de un obispo; yo medía quince o veinte centímetros más que él), porque él era el que había visto la auténtica acción.

En Milán se dedicó a trabajos de cocina, y en Turín fue portero y lustró zapatos. Para cuando llegó a Roma era ya ayudante de conserje. Muy pronto estaba trabajando en la Via Veneto. La ciudad estaba llena de alemanes, y, como el alemán de Fonstein era bueno, lo contrataban de intérprete de

vez en cuando. Su persona atrajo la atención del conde Ciano, yerno y ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini.

—¿Lo conociste entonces?

—Sí, pero él no me conoció a mí, ni mi nombre. Cuando daba una fiesta y necesitaba más traductores, enviaban a buscarme. Hubo una recepción en honor de Hitler...

—¿Quieres decir que viste a Hitler?

—Mi hijo pequeño lo dice así también: «Mi papá vio a Adolfo Hitler». Hitler estaba en la punta más alejada de la *grande salle*.

—¿Pronunció un discurso?

—Gracias a Dios, yo no estaba cerca. Puede que dijera unas palabras. Comió algunos pasteles. Llevaba su uniforme militar.

—Sí, he visto fotografías de él con los modales de la compañía; parecía muy amable.

—Había una cosa —dijo Fonstein—. No tenía color en la cara.

—A lo mejor ese día no le tocaba matar a nadie.

—No había nadie a quien no pudiera matar si lo quería, pero estamos hablando de una recepción. Me alegré de que no se fijara en mí.

—Me parece que yo también me habría sentido agradecido —dije yo—. Uno puede sentir hasta amor por la persona que puede matarlo pero que no lo hace. Un amor horrible, pero al fin y al cabo amor.

—Al final habría llegado hasta mí. Mis problemas empezaron con esa recepción. Hubo una redada de la policía, mis papeles eran falsos, y por eso me detuvieron.

Mi padre, concentrado en sus alfiles y sus torres, ni siquiera levantó la vista, pero Sorella Fonstein, sentada de una manera en que solo parecen sentarse las señoras gordas, se quitó los anteojos —había estado copiando una receta— y dijo, probablemente porque su marido necesitaba ayuda en ese momento de la historia:

—Lo encerraron.

—Comprendo.

—No *puedes* comprender —dijo mi madrastra—. Nadie podría imaginarse quién lo salvó.

Sorella, que había sido maestra en el sistema escolar de Newark, hizo un gesto didáctico. Levantó el brazo como si fuera a marcar algo en la pizarra junto a lo que había escrito un alumno.

—Ahora viene el elemento extraño. Aquí es donde interviene Billy Rose.

Yo dije:

—¿Billy Rose, en Roma? ¿Y qué hacía allí? ¿Estamos hablando del Billy Rose de Broadway? ¿Queréis decir el amigo de Damon Bunyon, el tipo que se casó con Fanny Brice?

—No se lo cree —dijo mi madrastra.

En la Roma fascista, el hijo de su hermana, su propia carne y sangre, había visto a Hitler en una recepción. Lo metieron en la cárcel. No había esperanzas para él. A los judíos romanos los estaban metiendo en camiones para llevarlos a las cuevas de las afueras de la ciudad y matarlos. Pero a él lo salvó un tipo famoso de Nueva York.

—¿Me estáis diciendo que Billy organizó una operación en secreto en Roma? —dije yo.

—Durante un tiempo, sí, tuvo una organización italiana —dijo Sorella.

Por aquel entonces, precisamente, yo necesitaba un intermediario americano. El alcance del inglés de la tía Mildred era limitado. Además, era una mujer aburrida, lenta para todo, totalmente distinta de

mi padre, rápido y lleno de vitalidad. Mildred tenía un aspecto polvoriento, como el strudel que cocinaba. Ese sí que estaba bueno. Pero cuando te hablaba agachaba la cabeza. Ella también tenía la cabeza grande. Se le veía la raya en medio más a menudo que la cara.

—Billy Rose también hizo cosas buenas —dijo, acariciándose el regazo con los dedos. Los domingos se ponía siempre un vestido verde oscuro bordado con cuentas.

—¡Vaya personaje! No me lo puedo imaginar. ¿El hombre de Aquacade? ¿Te salvó de los policías romanos?

—De los nazis.

Mi madrastra volvió a inclinar la cabeza mientras hablaba. Era su pelo, teñido y separado por una raya, lo que yo tenía que interpretar.

—¿Cómo lo averiguaste? —le pregunté a Fonstein.

—Estaba en una celda para mí solo. En aquella época, todas las cárceles de Europa estaban llenas, me imagino. Entonces, un día, un extraño vino y me habló a través de la reja. ¿Sabes?, yo pensé que a lo mejor lo había enviado Ciano. Se me ocurrió porque ese Ciano podría haber preguntado por mí en el hotel. Es verdad que se vestía con uniformes y se paseaba por ahí con la mano encima de un largo cuchillo que llevaba al cinto. Era un actor, pero yo creí que estaba civilizado. Era agradable. Así que, cuando el hombre se paró junto a la reja y me miró, yo me acerqué y le dije: «¿Ciano?». Él sacudió un dedo y me dijo: «Billy Rose». Yo no tenía ni idea de lo que quería decir. ¿Era una palabra o dos? ¿Un hombre o una mujer? El mensaje de aquel italiano fue: «Mañana por la noche, a la misma hora, tu puerta estará abierta. Sal al pasillo. Gira siempre a la izquierda. Nadie tratará de detenerte. Habrá una persona esperándote en un coche, y te llevará hasta el tren para Génova».

—¡Vaya, menudo tunante! Billy tenía toda una organización a su servicio —dije yo—debió de haber visto a Leslie Howard en *La Pimpinela Escalata*.

—A la noche siguiente, el guardián no cerró con llave mi puerta después de la cena, y cuando el pasillo estuvo vacío me escapé. Me sentía como si tuviera whisky en las piernas, pero me di cuenta de que me estaban reteniendo para deportarme, las SS estaban haciendo su trabajo, de manera que abrí todas las puertas, subí, bajé, y en la calle vi un coche esperándome y unas personas apoyadas en él, que hablaban con voces normales. Cuando salí, el conductor me empujó hacia la parte de atrás y me llevó a la estación de Trastevere. Me dio documentos de identidad nuevos. Me dijo que nadie me iba a buscar, porque todo mi expediente policial había sido robado. En el asiento del coche había un sombrero y un abrigo para mí, y me dio el nombre de un motel de Génova, junto a la orilla del mar. Allí es donde se pusieron en contacto conmigo. Me dieron un pasaje en un barco sueco hacia Lisboa.

Europa se podía ir al infierno sin Fonstein.

Mi padre lo miró de medio lado con esos ojos atentos de él. Había oído la historia muchas veces.

Yo también llegué a conocerla de memoria. Me la contaron por episodios, como una serie de Hollywood: el thriller de los sábados, protagonizado por Harry Fonstein y Billy Rose, o Bella Rosa. Porque Fonstein, en Génova, cuando se escondía con gran temor en un hotel a la orilla del mar, no tuvo otro nombre para él. Durante el viaje, nadie en el barco de refugiados había oído hablar nunca de Bella Rosa.

Cuando las señoras estaban en la cocina y mi padre estaba en el estudio, leyendo el periódico del domingo, yo solía preguntarle a Fonstein más detalles de sus aventuras (sus tormentos). Él no podía saber los archivos mentales a los que iban entrando o que estaban siendo verificados con los datos de Billy Rose, uno de esos personajes insignificantes y significativos al mismo tiempo cuyo nombre

reconocen sobre todo los historiadores de la farándula. El difunto Billy, socio de Matones de la Prohibición, adlátere de Arnold Rothstein; Billy el multimillonario, el protegido de Bernard Baruch, el joven prodigio de la taquigrafía al que Woodrow Wilson, loco por la taquigrafía, invitó a la Casa Blanca para hablar con él de los sistemas rivales de Pitman y Gregg; Billy el productor, el consorte de Eleanor Holm, la sirena de Nueva York y de su Feria Mundial; Billy el coleccionista de Matisse, Seurat, y tantos otros... Billy el de los sindicatos nacionales, el columnista de chismes. Un colega mío del Village era miembro de su equipo de escritores en negro.

Este era el Billy al que Harry Fonstein le debía la vida. Yo hablé después con aquel escritor —que se llamaba Wolfe— y posteriormente Fonstein pudo haberme considerado como un posible canal hacia el propio Billy. Él nunca había conocido a Billy, ¿comprenden? Parece ser que Billy se negaba a recibir las gracias de los judíos que su organización secreta de Broadway había rescatado.

Los agentes italianos que habían trasladado a Fonstein de un lugar a otro se negaron a hablar. El hombre de Génova hacía referencia a Bella Rosa pero no contestaba ninguna de las preguntas de Fonstein. Supongo que la gente de la mafia de Brooklyn había organizado la operación italiana. Después de la guerra, algunos de los gánsters de Sicilia fueron condecorados por los británicos por su labor en la resistencia. Fonstein decía que a los italianos, cuando tenían que guardar un secreto, les salían unos diminutos músculos del rostro que de otro modo nadie podía ver. «Aquel hombre levantaba las manos como si fuera a robar una sombra de la pared y metérsela en el bolsillo.» Ayer era un matón, hoy trabaja contra los nazis.

Fonstein era del tipo *edel* —de buena familia— pero también era un judío duro. A veces parecía un hombre que ocupa el primer puesto en la carrera de cien metros braza. Como no le pegaran un tiro, iba a ganar. Tenía algo en común con sus salvadores de la mafia, cuyos secretos convulsionaban sus rostros. Durante la travesía pensó mucho en la persona que lo había sacado de contrabando de Italia, y se imaginó a diversos tipos de filántropo idealista dispuestos a gastarse hasta su último pavo en rescatar a su pueblo de Treblinka.

—Cómo iba yo a imaginarme el tipo de hombre, o de comité (la sociedad Bella Rosa) que lo hizo?

No, era Billy, que actuaba solo en un arranque de sensibilidad con sus hermanos judíos y que se esforzaba para ser más listo que Hitler y Himmler, para robarles sus víctimas. Otro día se le antojaría una patata asada, un perrito caliente o un crucero alrededor de Manhattan en la Circle Line. No obstante, había momentos de auténtico sentimiento en el caprichoso Billy. El Dios de sus padres todavía importaba. Billy era tan variado como un cuadro de Jackson Pollock, y entre los principales hilos que goteaban por él estaba el hecho de ser judío, con otras vetas que tendían hacia el secretismo, otras de debilidad sexual, incluso humillación sexual. Al mismo tiempo, necesitaba que su nombre figurara en los periódicos. Como dijo alguien, tenía debilidad por la publicidad. Y sin embargo su operación de rescate en Europa quedó en secreto.

Fonstein, en medio del montón de refugiados que navegaban hacia Nueva York, se preguntaba cuántos otros de los pasajeros podrían haber sido salvados por Billy. Nadie hablaba mucho. La gente con experiencia empieza en un momento determinado a guardar silencio y a abstenerse de decir nada sobre sus historias a otras personas. A Fonstein le devoraba la curiosidad sobre lo que podría hacer en Nueva York. Según contaba, por las noches, cuando el barco estaba parado, él era como una de las cuerdas lastradas, no dejaba de retorcerse. Esperaba que Billy, si había salvado a montones de personas, tendría también planes para su futuro. Fonstein no esperaba que se reunieran todos y

gritaran como José y sus hermanos. Nada de eso. No, los alojarían en hoteles o quizá en algún asilo, o se alojarían con familias caritativas. Algunos querrían ir a Palestina; la mayoría elegiría Estados Unidos y estudiaría inglés, para quizá encontrar trabajos en la industria o ir a escuelas técnicas.

Pero a Fonstein lo detuvieron en la isla de Ellis. En aquel momento no se admitían refugiados.

—Nos alimentaban bien —me contó—. Yo dormí en un somier de alambre, en la litera de arriba. Desde allí veía Manhattan. Sin embargo, me dijeron que tendría que ir a Cuba. Yo seguía sin saber quién era Billy, pero esperaba su ayuda.

»Y, después de unas cuantas semanas, Rose Productions envió a una mujer para que hablase conmigo. Llevaba un vestido de niña, los labios pintados, tacones altos, pendientes, sombrero. Sus piernas parecían columnas y ella parecía una actriz del teatro yídish, preparada para interpretar papeles antiguos, desilusionados y tristes. Se consideraba a sí misma una *dramatisten* y tenía por lo menos cincuenta años. Me dijo que mi caso estaba siendo estudiado por la Sociedad de Ayuda al Inmigrante Hebreo. Ellos se ocuparían de mí. Ya no había ningún Billy Rose.

Eso debió de afectarte mucho.

—Por supuesto, pero tenía mucha más curiosidad que decepción. Le pregunté por el hombre que me había rescatado. Le dije que me gustaría darle las gracias a él personalmente. Ella descartó la idea. Eso no venía al caso. Me dijo: «Puede que después de Cuba». Me di cuenta de que hasta ella misma lo dudaba. Le pregunté si él ayudaba a mucha gente. Ella dijo: «Desde luego, pero primero se ayuda a sí mismo, y debería usted ver cómo grita por un centavo». Era muy famoso, era rico, poseía el edificio Ziegfeld y estaba continuamente en los periódicos. ¿Cómo era? Pequeño, avaro, inteligente. No pagaba mucho a sus empleados, y ellos temían a su jefe. Vestía muy bien, y era un personaje de Broadway y pasaba las noches en los cafés. «Puede llamar al gobernador Dewey y hablar con él cuando le da la gana».

»Eso es lo que ella me dijo. También me dijo:

»“Me paga veintidós pavos, y si sugiero siquiera un aumento me despedirá. Entonces, ¿qué? La Segunda Avenida está muerta. Para la radio yídish hay un exceso de talentos. Si no fuera por el jefe, yo me consumiría en el Bronx. De esta manera, por lo menos, trabajo en Broadway. Pero usted está muy verde, para usted de momento no hay futuro”.

»“Si él no me hubiera salvado de la deportación, yo habría acabado como otros en mi familia. Le debo la vida.”

»“Es probable”, admitió ella.

»“¿Acaso no es normal interesarse por el hombre al que le has hecho eso? O por lo menos echarle un vistazo, estrechar su mano, hablar unas palabras.”

»“Habría sido normal en una época”, dijo ella.

»Empecé a darme cuenta —dijo Fonstein— de que ella estaba enferma. Me parece que tenía tuberculosis. No eran los polvos de la cara lo que hacían que estuviera tan pálida. El blanco era para ella lo que el amarillo es para el limón. Lo que yo vi no era maquillaje, era el Ángel de la Muerte. Los tuberculosos son a menudo inquietos y nerviosos. Se llamaba señora Hamet (*khamet* era la palabra judía para referirse al cuello del caballo). Era de Galitzia, como yo. Teníamos el mismo acento.

Era un cuento chino. La tía Mildred también lo tenía: cómico para otros judíos, divertidísimo en un music-hall yídish.

«La Sociedad le buscará trabajo en Cuba. Se ocupan muy bien de ustedes. Billy piensa que la

guerra ha entrado en una nueva fase. Roosevelt está a favor del rey Saud, y esos árabes odian a los judíos y mantienen cerrada la puerta de Palestina. Por eso cambió Rose sus operaciones. Él y sus amigos se dedican ahora a fletar barcos para refugiados. El gobierno de Rumania les vende los judíos a cincuenta pavos por cabeza, y hay setenta mil. Eso es mucha pasta. Será mejor que se dé prisa antes de que los nazis ocupen Rumania.»

Fonstein dijo, muy razonablemente:

—Le conté lo útil que yo podía resultar. Yo hablaba cuatro idiomas. Pero ella estaba endurecida frente a los ruegos de la gente, para congraciarse con su maldita gratitud. Bueno, es la rutina de siempre —dijo Fonstein, de pie sobre la suela de diez centímetros de su bota ortopédica.

Tenía las manos metidas en los bolsillos y no participaron en la elocuencia de su encogimiento de hombros. Por un momento, su rostro fue como un rostro destacado en una vitrina de un museo; en una habitación oscura, su palidez resaltaba de manera tal que la piel quedaba salpicada, un efecto realmente curioso, como carne de gallina hecha piedra. Pero a él no lo estaban mostrando por las cosas brillantes que había realizado. Entre los hombres, él era más corriente que el agua de Seltz.

Billy no quería su gratitud. Primero el suplicante te agarra por las rodillas. Después te pide un pequeño préstamo. Lo único que quiere es una dádiva, un par de pantalones, un colchón en el que dormir, un bono para una comida, un poco de capital para iniciar un negocio. La gratitud de un hombre es veneno para su benefactor. Además, Billy era un maniático con las personas. Al principio repartía sin problemas su buena voluntad, pero lo ponían histérico cuando tomaban ellos la iniciativa sobre él.

—Como yo nunca había puesto un pie en Manhattan, no tenía ni idea de lo que hacer —dijo Fonstein—. En vez de eso, lo que tenía eran extrañas fantasías, pero ¿de qué me servían? Nueva York es una fantasía colectiva de millones de personas. No hay tantas cosas que pueda hacer en él una persona sola.

La señora Cuello de Caballo (seguramente en la patria su familia había sido de casta inferior) advirtió a Fonstein:

—Billy no quiere que usted mencione su nombre a la Sociedad.

—¿Cómo llegué entonces a la isla de Ellis?

—Diga lo que quiera. Diga que una mujer italiana casada se enamoró de usted y le robó dinero a su marido para comprarle a usted los documentos. Pero no se vaya de la lengua sobre Billy.

En ese momento, mi padre le dijo a Fonstein:

—Puedo ganarte en cinco movimientos.

Mi viejo habría servido para matemático si hubiera estado más alejado de los asuntos mundanos. Lo único que pasaba era que su motivo para concentrarse era ganar. Mi padre no se habría aplicado allá donde no hubiera un oponente al que vencer.

Yo tengo mi propia forma de poner a prueba mis facultades. Mi terreno es la memoria. Pero además mis facultades ya no son lo que eran. No es que tenga Alzheimer, *absit ornen* o *nicht da gedacht*, que yo recuerde no hay ningún asunto turbio en mi vida. Pero cada vez soy más lento. Por ejemplo, ¿quién era el hombre para quien trabajó Fonstein en La Habana? Hubo un tiempo en que yo recordaba instantáneamente esos nombres. No necesitaba para ello ningún sistema electrónico. Hoy día mi memoria anda a tientas de vez en cuando. Pero gracias a Dios aún no ha llegado mi hora: el empleador de Fonstein en Cuba era el señor Salkind, y Fonstein era su asistente. Había periódicos yídish por toda Sudamérica. En el hemisferio occidental, los judíos buscaban a sus parientes que

habían sobrevivido y estudiaban las listas de nombres que publicaban los diarios. A muchos deportados los bajaron del barco en el Caribe y en México. Fonstein añadió rápidamente el español y el inglés al polaco, el alemán, el italiano y el yídish que ya hablaba. Se dedicó a aprender ingeniería en una escuela nocturna y a hacer la ronda por los bares o cafés de refugiados. Para los turistas, La Habana era una ciudad de vacaciones: ideal para el juego, la bebida y las putas. También era centro de abortos. Muchas chicas solteras y desgraciadas bajaban allí desde Estados Unidos para poner fin a sus embarazos. Otros, con más talento, venían a buscar entre los refugiados un marido o una esposa. Deseaban un cónyuge de origen europeo y estable, una persona que supiera lo que era el sufrimiento y la resistencia. Alguien que hubiera escapado de la muerte. Mujeres que no encontraban a nadie en Baltimore, Kansas City o Minneapolis, chicas de mucha valía a las que los hombres nunca proponían matrimonio, encontraron esposo en México, Honduras y Cuba.

Después de cinco años; el empleador de Fonstein estuvo dispuesto a respaldarlo y envió a buscar a su sobrina, Sorella. Imaginar lo que vieron el uno en el otro cuando los presentaron fue al principio demasiado para mí. Cada vez que nos veíamos en Lakewood, Sorella llevaba puesto un traje de chaqueta. Cuando cruzaba las piernas, un observador como yo, al ver el volumen de sus pantorrillas, podía imaginarse a la mujer totalmente desvestida, y, según su experiencia de la vida y sus conocimientos sobre arte, atribuirle al tipo de un pintor apropiado. En mi visión mental de Sorella, yo siempre pensaba en la Saskia de Rembrandt con preferencia sobre los desnudos de Rubens. Pero también Fonstein, cuando se quitaba la bota ortopédica, debía de ser... Bueno, él también tenía sus imperfecciones. De manera que marido y mujer podrían perdonarse uno al otro. Yo creo que mis gustos habrían sido más parecidos a los de Billy Rose: ninfas acuáticas, del estilo de Lorelei, o coristas. Los hombres de Europa Oriental tenían unos gustos más sobrios. En lugar de mi padre, yo habría tenido que hacerle el signo de la cruz a la cara de la tía Mildred antes de meterme en la cama con ella, algún tipo de exorcismo (algo muy rebuscado) para eliminar la maldición. Pero yo no era mi padre, yo era su malcriado hijo norteamericano. Nuestros estoicos antepasados apechugaban en la cama con lo que tenían. En cuanto a Billy, con los pantalones y los calzoncillos bajados, persiguiendo a las chicas que habían venido para hacer una prueba, le habría ido mejor con la señora Cuello de Caballo. Si podía perdonar las ubres en forma de gaita y las enormes venas de sus piernas, ella perdonaría las partes de él, que tampoco debían de ser maravillosas, y podían juntar sus desdichados seres y apoyarse el uno al otro para lo bueno y para lo malo.

La obesidad de Sorella, su peinado en forma de colmena, los ridículos anteojos —el falso aire de «dama»— me dejaban perplejo: ¿qué persigue una persona así? ¿Son imitadoras de mujeres, *drag queens*?

Esta era una conclusión falsa a la que llegaba un chico de clase media que se consideraba un bohemio iluminado. Yo estaba encaramado en la excitante sofisticación del Village.

Estaba totalmente equivocado, realmente equivocado con respecto a Sorella, pero en aquella época mi perversa teoría encontraba algo de apoyo en la historia que contaba Fonstein sobre sus aventuras. Me contó cómo había ido en barco desde Nueva York a trabajar para Salkind en La Habana mientras aprendía español e inglés y estudiaba refrigeración y calefacción en una escuela nocturna.

—Hasta que conocí a una chica norteamericana, una vez que hice una visita.

—Conociste a Sorella. ¿Y te enamoraste de ella?

Me dirigió una dura mirada judía cuando le hablé de amor. ¿Cómo distingue uno entre amor, necesidad y prudencia?

La gente con mucha experiencia —esto siempre me sorprende— se guarda las cosas para sí misma. Eso está bien para los que no tienen intención de ir más allá de la experiencia. Pero Fonstein pertenecía a una categoría incluso más avanzada, los que no se ponen a sí mismos esos límites y se sienten capaces de entrar en la próxima zona; en esa próxima zona, su objetivo es convertir los puntos flacos y los secretos en energía consumible. Un hombre de primera clase sobrevive gracias a la materia que destruye, como hacen las estrellas. Pero ya me estoy alejando de Fonstein, divagando de manera innecesaria. Sorella quería un marido, y Fonstein necesitaba los papeles para nacionalizarse norteamericano. Yo lo veía como un *mariage de convenance*.

Siempre es la formulación más falsa la que te hace sentir más orgulloso.

Fonstein encontró un empleo en un hotel de Nueva Jersey que subcontractaba la manufactura de las partes en la línea de fabricación de calefactores. Allí le fue bien, porque trabajaba como un castor, y progresó rápidamente en su sexto idioma. Pronto estaba conduciendo un nuevo Pontiac. La tía Mildred decía que era un regalo de bodas de la familia de Sorella. «Están tan aliviados...», me contó Mildred. «Unos años más, y Sorella habría sido demasiado vieja para tener bebés.» Los Fonstein tuvieron un solo hijo, un varón: Gilbert. Decían que era un prodigio en matemáticas y física. Unos años después, Fonstein me consultó acerca de la educación del muchacho. Para entonces tenía suficiente dinero como para enviarlo a las mejores escuelas. Fonstein había mejorado y patentado un termostato, y con la ayuda indispensable de Sorella se convirtió en un hombre rico. Su mujer era un tigre. Como él decía, sin ella no habría habido patentes. «Mi empresa me habría robado como a un chino. Yo no sería el hombre que ves hoy.»

A continuación examiné al Fonstein que tenía ante mí. Llevaba camisa italiana, corbata francesa, y la bota ortopédica era de fabricación británica: olía a la calle Jermyn. Con aquel zapato podría haber bailado flamenco. Qué distinto del rudimentario aparato polaco, groseramente fabricado, con el que había renqueado por toda Europa y escapado de la prisión en Roma. Esa bota, con la que esquivó a los nazis, había tenido incluso que quitársela por las noches, porque si se la hubieran robado lo habrían pillado y matado en su desnudez de piernas cortas. Las SS ni siquiera se habrían molestado en meterlo en un vagón de ganado.

Qué contento debería de haber estado su rescatador, Billy Rose, al ver al Fonstein actual: la camisa italiana rosa con cuello blanco, la corbata de la Rue de Rivoli, anudada siguiendo las instrucciones de Sorella, la excelente caída del traje importado, el buen color de su rostro, que, abandonando el blanco de la piedra, tenía el aspecto y el color de una granada madura.

Pero Fonstein y Billy nunca se llegaron a conocer. Fonstein había convertido ver a Billy en su obsesión, pero Billy nunca quiso verlo. Le devolvía las cartas. A veces acompañadas de un mensaje, que ni una sola vez había sido escrito por Billy. El señor Rose le deseaba a Fonstein todo lo mejor, pero por el momento no podía darle cita. Cuando Fonstein le envió a Billy un cheque acompañado de una nota de agradecimiento en la que le pedía que utilizase el dinero con fines caritativos, se lo devolvieron sin comentarios. Fonstein se lo encontró en su oficina y eso lo hizo revolverse. Una vez que trató de acercarse a Billy en Sardi's lo apartó un miembro del personal del restaurante. Allí no se permitía que se molestase a los famosos.

Cuando vio que le bloqueaban el camino, Fonstein le dijo a Billy en su cantinela de Galitzia-China:

—He venido a decirle que soy una de las personas que rescató en Italia.

Billy se dio la vuelta hacia la pared y a Fonstein lo acompañaron a la puerta.

Con el transcurso de los años, le envió diversas y largas misivas. «No quiero nada de usted, ni siquiera estrecharle la mano, solo hablarle cara a cara durante un minuto.»

Fue Sorella, una vez más en Lakewood, la que me contó esto, mientras Fonstein y mi padre estaban sumergidos en trance encima del tablero de ajedrez.

—Rose, en aquella fiesta especial, no quiso ver a Harry

—dijo Sorella.

Mi comentario fue:

—Me he roto la cabeza tratando de comprender por qué es tan importante para Fonstein. Si el otro se niega, pues se niega.

—Para expresar su gratitud —dijo Sorella—. Todo lo que quiere decir es «gracias».

—Y ese pequeño salvaje se niega categóricamente.

—Se comporta como si Harry Fonstein nunca hubiera existido.

—¿Por qué crees que es? ¿Tiene miedo de las emociones? ¿Sería un momento demasiado judío para él? ¿Lo desplaza de su posición como norteamericano de pleno derecho? ¿Cuál es la opinión de tu marido?

—Harry cree que es algún tipo de cambio que se produce en los descendientes de los inmigrantes en este país —dijo Sorella.

Todavía recuerdo cómo me dio que pensar esta respuesta. Yo mismo me había interrogado a menudo de manera incómoda sobre la americanización de los judíos. Uno podía empezar con las diferencias físicas. La altura de mi padre era de un metro y sesenta y cinco centímetros, mientras que la mía era de un metro ochenta y cinco. A mi padre, esto le parecía de algún modo un desperdicio tonto. Quizá la razón era bíblica, porque el rey Saúl, que les sacaba a los demás la cabeza

y los hombros, fue *verruucht* (demente y desgraciado). El profeta Samuel había advertido a Israel que no tuviera rey, y Saúl no encontró favor a los ojos de Dios. Por tanto, un judío no debía ser innecesariamente grande sino más bien pequeño, fuerte pero compacto. Lo importante era ser hábil y rápido. Así es como era mi padre y como habría preferido que yo fuera. Mi altura era superflua, yo tenía demasiado pecho y espalda, unas manos grandes, una boca ancha, una banda de bigote negro, demasiada voz y un cabello excesivo; además, las camisas que cubrían mi tronco tenían demasiadas rayas grises y rojas, demasiado llamativas. Los tontos debían venir en tallas más pequeñas. Un hijo grande era una amenaza, un parricidio. Sin embargo Fonstein, a pesar de su pierna corta, era un hombre como debía ser, bien arreglado, elegante, sensato e inteligente. Su desarrollo fue acelerado por las ideas de Hitler. Perder a tu padre a la edad de catorce años pone fin a tu infancia. Enterar a tu madre en un cementerio extranjero, sin tiempo para guardar luto, ser atrapado con documentos falsos, pasar tiempo en chirona (los judíos dicen pasarlo «sentado»: *Er hat gesessen*). Él era un hombre que conocía la pena. No tenía tiempo para tonterías ni para risas sin sentido, ni para vanidades y juegos, ni para trepar por las paredes, ni para cosas afeminadas o simples e infantiles.

Por supuesto, yo no estaba de acuerdo con mi padre. En mi generación éramos más grandes porque habíamos tenido una nutrición mejor. Además, éramos menos estrictos, teníamos más libertades. Crecimos con una gama de influencias y pensamientos mayor: éramos los hijos de una gran democracia, criados en la igualdad, viviendo a la altura de ella sin empalizadas que nos confinaran. ¿Por qué, hasta finales del siglo pasado, seguían encerrando a los judíos de Roma para pasar la noche? Una vez al año, el Papa entraba con gran ceremonia en el gueto y escupía de manera ritual en las vestiduras del rabino principal. ¿Estábamos locos o qué? Sin ninguna duda. Pero no

había vagones de ganado esperando para llevarnos a los campos de concentración y las cámaras de gas. Uno puede pensar en esas cosas —y pensar y pensar—, pero no se resuelve nada con estas meditaciones históricas. Pensar no resuelve nada. Ninguna idea es más que una posibilidad imaginaria, una nube en forma de champiñón de Los Álamos (que no destruye nada, no fabrica nada) que se alza desde la cegadora conciencia.

Y además Billy Rose no era grande en absoluto; tenía más o menos la misma talla de Peter Lorre. Pero, ¡ay!, era norteamericano. Había en él un tintineo de sala de juegos, el ruido de los disparos de las galerías de tiro, el traqueteo de las maquinitas, el débil grito humano de los lagartos de Times Square, la mirada extraña de los fenómenos de circo. Para verlo tal como era, había que colocarlo con el telón de fondo blanqueado de Broadway al amanecer. Pero incluso esos sitios tienen sus peces gordos, personas cuyos defectos pueden transformarse para provecho de las empresas. No hay nada en este país que no se pueda vender, nada demasiado extraño para sacarlo al mercado y conseguir una fortuna. Y, una vez que uno tiene tantas propiedades como tenía Billy, entonces ya no importaba que fuera uno de los ciervos humanos que salían a las afueras procedentes del Lower East Side para pastar en los grasientos papeles de bocadillos. ¿Billy? Pues bien, Billy había engañado a gigantes como Robert Mases. Compró el edificio Ziegfeld por cuatro perras. Instaló a Eleanor Holm en una mansión y llenó las paredes de obras de arte. Y siguió a partir de ahí. En la Irlanda feudal decían que un hombre orgulloso es un hombre maravilloso (Parnell de Yeats), pero en el sofisticado Nueva York podía ser maravilloso porque los periodistas decían que lo era: George Nichols, Walter Winchel, Leonard Lyons, el «Midnight Earl» y también los amigos de Hollywood y los líderes de la sociedad de los clubes nocturnos. Billy estaba por todas partes. Bueno, incluso escribía para un periódico, y estaba sindicado. Es cierto que no era él el que escribía, pero era su cerebro el que tomaba todas las decisiones básicas y sancionaba cada palabra que publicaban.

Fonstein pronto estuvo familiarizado con las actividades de Billy, más familiarizado de lo que yo nunca estuve o me preocupé por estar. Pero, claro, Billy le había salvado la vida: lo sacó de prisión, le pagó el viaje a Génova, lo instaló en un hotel, le consiguió el pasaje en un barco neutral. Ninguna de estas cosas las podría haber hecho por sí solo, y nunca en la vida se le habría oído negarlo.

—Por supuesto... —decía Sorella, acompañándose de gestos que solo una mujer que pesa casi cien kilos puede hacer, porque su delicadeza radica en el desmesurado desbordamiento de su parte posterior— aunque mi marido ha abandonado la idea de ponerse en contacto con él, no ha dejado, y no puede dejar, de sentir agradecimiento. Él es una persona digna, pero también es muy inteligente y tiene que ser consciente del tipo de persona que lo salvó.

—¿Lo entristece? Podía ser que lo entristeciera el haber sido salvado de la muerte por un *kibutser*.

—A veces sí.

Era bastante habladora, esta Sorella. Empecé a esperar con impaciencia nuestras conversaciones tanto por la información que sacaba de ella como por el interés intrínseco del tema. Yo también había mencionado que era amigo de Wolfe, una de las personas que escribían para Billy, y puede que ella me estuviese preparando. Era incluso posible que Wolfe abordase el tema con Billy. Informé a Sorella desde el principio de que Wolfe nunca haría eso.

—Este Wolfe —le dije— es un tipo gracioso, un hombrecillo que seduce a las niñas grandes. Muy listo. Se pasea por Birdland y adora a los bichos raros de Broadway. Además, es un intelectual formado en Yale, o por lo menos eso es lo que quiere creer; atesora sus excentricidades y le encanta

decir cosas profundas. Por ejemplo, su madre es también su señora de la limpieza. Eso me lo dijo hace poco mientras yo observaba a una mujer de rodillas frotando el piso: «La mujer a la que estás mirando es mi madre».

—¿Su propio hijo? —dijo Sorella.

—Y además hijo único —dije yo.

—Ella debe de quererlo más que a nada.

—No me cabe la menor duda. Para él, eso es lo que es profundo. Aunque es una persona decente, a pesar de todo. Tiene que mantenerla de todos modos. ¿Qué daño hay en ahorrarse diez pavos a la semana en la limpieza? Además, esto viene a sumarse a su reputación como tipo raro y nihilista. Aspira a convertirse en el Thomas Mann de la ciencia ficción. Ese es su auténtico objetivo, según dice, y en Broadway solo tontea. Le divierte escribir las columnas de Billy y ser un pionero en la prensa con expresiones como: «Voy a golpearle la puntiaguda1cabeza. ¡Menudo golpe será!»

Sorella escuchaba y sonreía, aunque no deseaba que se creyera que estaba familiarizada con estos personajes de los bajos fondos y su idioma o costumbres, como tampoco con el sexo del Village o la sordidez de Broadway. Volvía a llevar la conversación al rescate de Fonstein y la historia de los judíos.

Ella y yo simpatizamos el uno con el otro, y no pasó mucho tiempo antes de que yo le hablara tan abiertamente como haría en una conversación en el Village, por ejemplo con Paul Goodman en el Casbah, no como si ella fuera simplemente una señora gorda de la pequeña burguesía de Nueva Jersey: nada más que una portadora o relevo genético para producir a un sabio científico de la generación siguiente. Ella había conseguido un matrimonio respetable («desdeñable»). Sin embargo, también era un tigre como esposa y como madre. No era una persona insignificante la que había patentado el termostato d Fonstein y ahorrado para conseguir dinero para su pequeña fábrica (era pequeña al principio), mientras criaba a un niño que era un genio de las matemáticas. Era una mujer enérgica, que tenía ideas. Esta señora tan gruesa estaba muy bien informada. Yo no sentía inclinación por hablar con ella de la historia de los judíos —al principio me ponía de los nervios— pero ella superó mi resistencia. Conocía bien el tema, y además, maldita sea, uno no podía decir que no a la historia de los judíos después de lo que había pasado en la Alemania nazi. Había que escuchar. Resultó que, como esposa de refugiado, se había propuesto dominar el tema, y llegó a conocer muchos detalles sobre las técnicas de aniquilación, sobre su aspecto de industria a gran escala. Lo que constituía su tema de conversación mientras Fonstein y mi padre miraban fijamente al tablero de ajedrez, sumergidos en su trance, era el humor negro, el lado tragicómico de algunas de las operaciones de los campos de concentración. Como era profesora de francés, conocía a Jarry y su *Ubú rey*, la patafísica, el dadaísmo y el surrealismo. Algunos campos de concentración estaban dirigidos en u estilo burlesco que obligaba a pensar en estas cosas. Enviaban a los prisioneros desnudos a una ciénaga y allí tenían que saltar y croar como ranas. Ahorcaban a niños mientras obligaban a trabajadores forzosos muertos de hambre y helados a ponerse en fila y desfilar frente a la horca mientras la banda tocaba vales vieneses.

Yo no quería escuchar estas cosas, y le decía impaciente:

—Muy bien, Billy Rose no era el único que se dedicaba al espectáculo. Los alemanes también, y el espectáculo que montaron en Nuremberg fue más grande que la concentración de Billy en el Madison Square Garden: el espectáculo de *Nunca moriremos*.

Yo comprendía a Sorella: el objetivo de sus pesquisas era ayudar a su marido. Él estaba vivo

porque a un pequeño promotor judío se le antojó organizar un rescate al estilo de Hollywood. Se me invitó a meditar sobre temas tales como: ¿puede la muerte tener gracia? O ¿quién rió el último? Yo no quería hacerlo, sin embargo. Primero esa gente te asesinaba, y después te obligaba a pensar en sus crímenes. A mí me ahogaba hacerlo. Buscar motivos era una horrible imposición que se sumaba a la «selección» original, a las cámaras de gas, a los hornos de cremación. Yo no quería pensar en la historia ni en la psicología de estas abominaciones. Las estrellas también son órganos nucleares. Esas cosas están muy por encima de mis posibilidades, me parecen un ejercicio inútil.

Además, mi consejo para Fonstein —que le di mentalmente— era este: olvídale todo. Hazte norteamericano. Dedicáte a tu negocio. Comercializa tu termostato. Deja las teorías para tu mujer. A ella le gustan, y es una mujer lista. Si disfruta coleccionando una biblioteca sobre el Holocausto y quiere meditar sobre el tema, ¿por qué no? Puede que incluso escriba un libro, sobre los nazis y la industria del espectáculo. La muerte y las fantasías colectivas.

Yo sospechaba que había cierto punto de fantasía oculto en la obesidad de Sorella. Ella estaba dramatizada biológicamente en las ondas y pergaminos de los tejidos. Y a pesar de todo, en el fondo, era una mujer seria plenamente dedicada a su marido y a su hijo. Fonstein tenía sus cualidades; sin embargo, la que tenía el cerebro para los negocios era ella. Y a Fonstein nadie tenía que decirle que se hiciera norteamericano. Esta pareja, juntos, pronto pasó de disfrutar una prosperidad aceptable a poseer una gran cantidad de dinero. Compraron propiedades al este de Princeton, cerca del mar, le proporcionaron al niño una educación, y, cuando lo enviaban de campamento en verano, viajaban. A Sorella, que había sido profesora de francés, le atraía Europa. Además, había tenido la buena suerte de encontrar un marido europeo.

Hacia finales de los cincuenta fueron a Israel, y dio la casualidad de que a mí mis negocios me habían llevado también a Jerusalén. Los israelíes, que culturalmente tenían un poco de todo lo que había en el mundo, me habían invitado a inaugurar un instituto de memoria.

De manera que, en el vestíbulo del hotel Rey David, me encontré a los Fonstein.

—¡Hace años que no te veo! —dijo Fonstein.

Era cierto: yo me había mudado a Filadelfia y me había casado con una dama de Main Line. Vivíamos en una mansión de piedra rojiza, que tenía un jardín cerrado y una escalinata de 1817 cuya fotografía había sido publicada por la revista *American Heritage*. Mi padre había muerto; su viuda se había ido a vivir con una sobrina. Yo rara vez veía a la anciana y tuve que preguntarles a ellos cómo se encontraba. En la última década solo había tenido un contacto con los Fonstein, y fue una conversación telefónica sobre su talentoso hijo.

Aquel año lo habían enviado a un campamento de verano para niños prodigio en ciencias.

Sorella se puso especialmente contenta al verme. Estaba sentada —con su peso supongo que generalmente uno está más cómodo sentado— y mostraba, sin afectación, un auténtico placer por haberse encontrado conmigo en Jerusalén. Lo que a mí se me ocurrió sobre ellos dos era que era útil para un desplazado tener un amplio contrapeso en su esposa. Además, me parece que la quería de verdad. Mi propia esposa se parecía más bien a Twiggy. Uno no siempre acierta con todo. Sorella me llamó «primo» y dijo al francés que ella seguía siendo una *femme bien en chair*. De mí admiraba que un hombre encontrase el camino en medio de tantos pliegues. Pero aquello no era asunto mío. Parecían bastante felices.

Los Fonstein habían alquilado un coche. Harry tenía conocidos en Haifa que iban a dar una gira por el norte del país. «¡Qué sitio tan extraordinario!», dijo Sorella, bajando la voz hasta un susurro

teatral. (¿Cuál era el secreto?) Judíos que eran electricistas y albañiles, policías, maquinistas y capitanes de barco. A Fonstein le encantaba caminar. En Europa había caminado mil kilómetros con su bota polaca. Sorella, sin embargo, no tenía un cuerpo apropiado para ir de excursión. Solía decir: «Deberían llevarme en una litera. Pero ese no es un oficio que les guste a los israelíes, ¿verdad?». Me invitó a tomar el té con ella mientras Fonstein visitaba a algunos paisanos: vecinos de Lemberg.

Antes de tomar el té, yo subí a mi habitación a leer el *Herald Tribune* —uno de los mayores placeres de viajar al extranjero—, pero me quedé parado con el periódico en las manos pensando en los Fonstein (mi costumbre de hacer dos cosas a un tiempo, como usar la música de telón de fondo para la meditación). Los Fonstein no eran los típicos parientes predecibles de los que se puede disponer y a los que se clasifica por su vestimenta, su conversación o los automóviles que conducen, los templos que frecuentan, el partido político al que pertenecen. Fonstein, a pesar de las botas de la calle Jermyn y de los trajes italianos, seguía siendo el hombre que había enterrado a su madre en Venecia y esperado en la celda a que Ciano lo rescatara. Aunque su rostro era silencioso y sus modales «socialmente correctos» —este era el único término que podía aplicarle yo: lejos del estilo judío adquirido por las comunidades de Nueva Jersey— me parece que él pensaba intensamente en su origen europeo y su transformación americana: primera y segunda parte. Rara vez se me escapan los indicios de una memoria tenaz en otras personas. Sin embargo, siempre pregunto lo que hacen las personas con sus recuerdos. Dejarlos que se pudran, almacenarlos mecánicamente, una capacidad inusual para retener hechos que tienen un interés limitado para mí. Hasta los idiotas pueden hacerlo. Tampoco me importa mucho la nostalgia y los sentimientos que se le asocian. En la mayoría de los casos, me desagradan. Pero Fonstein estaba haciendo algo con su memoria. Este era el elemento vivaz y activo que destacaba en su aspecto tranquilo. Pero esto no se comentaba más con el hombre de lo que se le preguntaba por la bota con la suela de diez centímetros. Además, estaba Sorella. No era ninguna mujer corriente, rompía con todo signo de ordinariez. Su obesidad, suponiendo que ella hubiera elegido psicológicamente algo sobre la cuestión, lo demostraba. Ella podría haber deseado ser más delgada, porque tenía la fortaleza de carácter para hacerlo. En vez de eso aceptaba el reto de su tamaño como Houdini podría haber pedido que le apretaran más los nudos, más candados en el baúl, unos ríos más profundos de los que escapar. Ella era, como dice la gente hoy día, «algo fuera de lo común»: su gráfico se salía del papel y ocupaba todo el muro. En aquellos momentos de reflexión en el Rey David, yo llegué a la conclusión de que ella había tenido que esperar a que un tío suyo de La Habana le encontrase un marido: había sido marginada desde el punto de vista del matrimonio, como si fuera un artículo defectuoso. Salir de este agujero le dio un impulso revolucionario. No iba a haber ningún indicio de su humillación anterior, en ninguna forma, ningún resto de amargura. Lo que uno no quería lo apartaba con decisión. Ella había sido enfermiza y patosa. Su gordura la había hecho pálida y torpe. Nadie, ni siquiera un patán, se había atrevido a cortejarla. ¿Qué hace una con estos dolorosos recuerdos? No los entierra, ni los transforma; los elimina y después utiliza el espacio para dibujar un diseño más enérgico. Lo dibujas así libremente, porque te lo puedes permitir, no porque haya nada que ocultar. El nuevo diseño, tal y como yo lo veía, no era un invento. La Sorella que yo veía no era un montaje sino una revelación.

Dejé a un lado el *Herald Tribune* y me dirigí a la planta de abajo en el ascensor. Sorella se había instalado en la terraza del hotel. Llevaba un vestido de un color beige blanquecino. El corpiño estaba ornamentado con un gran cuadro de material festoneado. Había algo militar e incluso místico en esto. Me recordaba a los Caballeros de Malta: una cosa curiosa para relacionarla con una dama judía de

Nueva Jersey. Pero bueno, el mundo medieval de la ciudad antigua estaba justo al otro lado del Valle. En 1959 los israelíes no tenían acceso a él; seguía siendo territorio indio. En aquel momento, yo no pensaba en judíos y jordanos, sin embargo. Estaba tomando un civilizado té con una dama enorme que era también distinta y autoritariamente delicada. Atrás había quedado el peinado de moño. Llevaba el rubio cabello cortado, unas zapatillas turcas en los pequeños pies, que estaban inocentemente cruzados bajo el latón chapado de la mesa de té. El valle de Hinnom, que en una época fue reserva de los otomanos, estaba verde y en flor. Lo que tengo que decir aquí es que yo era consciente del latido del corazón de Sorella —y lo experimenté directamente— cuando se veía frente al reto de suministrar sangre a un organismo tan grande. Esto para mí constituía una operación arriesgada, mayor que las plantas turcas de tratamiento de aguas. Sentí cómo mi propio corazón admiraba al suyo: la amplitud del proyecto a que se enfrentaba.

Sorella me tranquilizaba.

—Estamos lejos de Lakewood.

—Así es como son hoy día los viajes —dije yo—. Hemos hecho algo con la distancia. Una especie de transformación, de perplejidad.

—Y tú has venido a establecer una rama de tu instituto. ¿Necesita una esta gente?

—Ellos creen que sí —dije yo—. Tienen una idea modificada del arca de Noé. No quieren perderse nada de los países adelantados. Tienen que mantenerse al ritmo del mundo y ser un microcosmos completo.

—¿Te importa que yo te haga una prueba corta y amistosa?

—En absoluto. Adelante.

—¿Recuerdas lo que yo llevaba puesto cuando nos conocimos en casa de tu padre?

—Un traje de chaqueta gris, no demasiado oscuro, de raya clara, y pendientes falsos.

—¿Puedes decirme quién construyó el Graf Zeppelin?

—Claro, el doctor Hugo Eckener.

—¿Y el nombre de tu profesora de segundo grado, hace cincuenta años?

—La señorita Emma Cox.

Sorella suspiró, menos de admiración que de pena, de compasión por la carga tan grande de tanta información inútil.

—Eso es bastante notable —dijo—. Al menos tu éxito con el Instituto Mnemosyne tiene un fundamento legítimo. Me pregunto si recuerdas el nombre de la mujer que Billy Rose envió a la isla de Ellis para que hablara con Harry.

—La señora Hamet. Harry creyó que tenía tuberculosis.

—Correcto.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Con el paso de los años tuve algunos contactos con ella. Primero fue a comprobar cómo estábamos. Después fui yo la que comprobé cómo estaba ella. Cultivé su amistad. Me gustaba aquella anciana, y ella también me encontraba simpática. Nos vimos muy a menudo.

—Lo pones todo en pasado.

—Allí es a donde ella pertenece. Falleció hace algún tiempo en un sanatorio cerca de White Plains. Yo solía visitarla. Podría decirse que se formó un lazo entre nosotras. Ella no tenía familia de la que hablar...

—Era una actriz yídish, ¿no?

—Sí, y ella personalmente era muy teatral, pero no solo por la nostalgia de su arte: la Vilna Troupe, o la Segunda Avenida. Era también porque tenía alma de luchadora. Había mucha sofisticación en ese personaje, mucho sentido. Paciencia. Y además un montón de sigilo.

—¿Y para qué necesitaba el sigilo?

—Durante muchos años fue testigo de las actividades de Billy. Recogió todo en un diario. En la medida de lo posible, guardó un archivo detallado: notas sobre las idas y venidas, transcripciones de conversaciones telefónicas con sus fechas, copias de cartas...

—¿Personales o de negocios?

—No se podría hacer una distinción clara.

—¿Y para qué sirve todo ese material?

—No sabría decirlo exactamente.

—¿Tendría acaso algún valor contra ese hombre? ¿Trataba ella de hacerle chantaje?

—En realidad, no lo creo. Ella era muy tolerante, tanto como podía, si tenemos en cuenta que llevaba una vida miserable y que se sentía maltratada. Pero no creo que quisiera castigarlo por sus iniquidades. Para ella, él era un personaje célebre, así es como lo calificaba. Ella comía en el Automat, y él era un personaje célebre, de manera que tomaba sus comidas en Sardi's, Dempsey's o el tugurio de Sherman Billingsley. Ella no le guardaba rencor por eso. En el Automat le daban cosas buenas por poco dinero, y ella solía decir que su dieta era más sana que la de él.

—Ahora me parece recordar que la maltrataba.

—Lo mismo que al resto de la gente, y todos decían que lo odiaban. ¿Qué te contó tu amigo Wolfe?

—Me dijo que Billy tenía poco aguante. Que era una especie de bomba de relojería. Sin embargo, a Wolfe le encantaba tener un contacto en Broadway. Le daba mucho glamour en el Village ser uno de los escritores que trabajaban para Billy. A Wolfe le proporcionaba la oportunidad de conquistar a chicas inteligentes que venían al centro desde Vassar o Smith. Él no tenía unas credenciales intelectuales de primera clase en el Village, no era un gran cerebro, pero tenía voluntad de mejorar, y estaba preparado para que lo maltrataran, como así hacían, desde los teóricos de alta clase hasta los expertos y los pesos pesados, con objeto de conseguir una educación en la vida moderna, lo que significaba poder combinar a Kierkegaard y a Birdland en la misma frase. Era un gran cazador. Pero no abusaba de las chicas. Cuando las seducía, empezaba regalando a la jovencita una caja de dulces. En la siguiente fase, siempre la misma, les regalaba un suéter de cachemira (tanto los dulces como la cachemira se los había comprado a un tipo que traficaba con artículos robados). Cuando acababa el asunto, les pasaba las chicas a alguien más grosero y de posición más baja en la escala social...

Y aquí yo hice una pausa mental, me examiné a mí mismo. Era lo de la escala social lo que lo había provocado. Un judío de Jerusalén, y encima era capaz de explicar dónde nos encontrábamos, cómo Moisés había entregado las Tablas de la Ley a José, y José a los jueces, los jueces a los profetas, y los profetas a los rabinos, de manera que al final de la línea, un judío de la América secular (la diáspora dentro de la diáspora) podía entretenerse y bailar en el escenario de moda del Village de los años cincuenta y hablar de escalas sociales, de los bajos fondos y de la miseria de Broadway. Especialmente si se tenía en cuenta que este judío en concreto no habría sido capaz de decir qué lugar ocupaba él en este gran desfile de la historia. Hacía tiempo que él había llegado la conclusión de que los Elegidos habían sido elegidos para leer los pensamientos de Dios. A lo largo de los milenios, esto resultó ser una afirmación sin sentido.

Pero yo no iba a entrar en eso.

—De manera que la buena de la señora Hamet murió

—dije yo, en tono triste. Recordaba su rostro tal y como lo había descrito Fonstein, más blanco que el azúcar de los dulces. Era casi como si yo la hubiera conocido personalmente.

—No era exactamente inocente —dijo Sorella—. Nadie le pidió que participara, pero a pesar de todo era una jugadora.

—¿Y para qué guardó ese registro?

—Billy la obsesionaba de manera curiosa. Ella creía que debían estar juntos porque eran similares, gente defectuosa. Los inadecuados, los defectuosos, debían sentarse para compartir los unos la carga de los otros.

—¿Quería ser la señora Rose?

—No, no, eso era totalmente imposible. Él solo contraía matrimonio con gente famosa. Ella no tenía ningún valor desde el punto de vista de las relaciones públicas: era vieja, no tenía figura, ni cutis, ni dinero, ni posición social. Era incluso demasiado tarde para que la penicilina la salvara. Pero sí que se empeñó en saberlo todo sobre él. Cuando ella no se controlaba, podía ser sumamente obscena. La obscenidad estaba relacionada con todo. Desde luego, conocía todas las expresiones. Era perfectamente capaz de sonar como un hombre.

—¿Y creyó que debía contártelo? ¿Compartir los resultados de sus investigaciones?

—Conmigo, sí. Se acercó a nosotros a través de Harry, pero la amistad la tenía conmigo. Esos dos rara vez se encontraron, casi nunca.

—¿Y te dejó sus archivos?

—Un diario y las pruebas que lo apoyaban.

—¡Uf! —dije yo. El té había estado en infusión demasiado tiempo y estaba muy oscuro. El limón aligeró el color, y el azúcar era exactamente lo que yo necesitaba en aquellas horas de la tarde para reponerme. Le dije a Sorella—: ¿Y te sirve de algo ese diario? No necesitaréis ninguna ayuda de Billy.

—Desde luego que no. Como se suele decir, América se ha portado bien con nosotros. Sin embargo, es un documento bastante impresionante. Me parece que a ti te lo parecería.

—Si me molestara en leerlo.

—Si empezaras, seguirías, seguro.

Me lo estaba ofreciendo. ¡Se lo había llevado con ella a Jerusalén! ¿Y por qué lo había hecho? No para enseñármelo a mí, desde luego. Ella no podía saber que se iba a encontrar conmigo allí. No nos habíamos visto durante años. Yo no me llevaba bien con mi familia, ¿comprenden? Me había casado con una blanca anglosajona protestante, y mi padre y yo nos habíamos peleado. Ahora yo era de Filadelfia, sin contactos en Nueva Jersey. Para mí, Nueva Jersey era únicamente una parada en el camino hacia Nueva York o Boston. Un punto oscuro de la psique. Cuando podía la omitía. En cualquier caso, decidí no leer el periódico.

Sorella dijo:

—Te estás preguntando para qué me puede servir a mí.

Bueno, por supuesto que me lo preguntaba, ¿por qué no había dejado el diario de la señora Hamet en casa? Francamente, no me interesaba mucho reflexionar sobre sus motivos. Lo que comprendía claramente era que tenía un interés extraño por que yo lo leyera. Quizá quería mi consejo.

—¿Lo ha leído tu marido? —le dije.

—No entendería el lenguaje.

—Y a ti te daría vergüenza traducírselo.

—Es más o menos eso —dijo Sorella.

—¿De manera que tiene algunas partes espeluznantes? Me acabas de decir que ella conocía las palabras. El lenguaje clínico no asustaba a la señora Hamet, ¿verdad?

—En estos días en que se estudia el sexo de manera científica, no hay mucho que sea nuevo y escandaloso —dijo Sorella.

—El escándalo viene de la fuente. Cuando se trata de alguien que es una personalidad pública.

—Sí, ya me lo figuraba.

Sorella era una persona correcta. No me estaba sugiriendo que compartiera con ella ninguna lascivia. No había nada más impropio de ella que hablar mal. Nunca en su vida había seducido a nadie, apostarí mis ingresos de un año entero. Era tan estable de carácter como inmensa de volumen. El cuadrado de tela del corpiño de su traje, con su diseño ondulado, era como un repudio de todas las trivialidades pícaras. Las ondas en sí me parecían una especie de mensaje en cursiva, que advertía contra cualquier interpretación pervertida o atribución perversa. Se quedó callada. Parecía estar diciendo: «¿Dudas de mí?».

Bueno, estábamos en Jerusalén, y yo soy especialmente susceptible a los lugares en que me encuentro. En un momento había estado donde los cruzados, César y Cristo, y los reyes de Israel. También estaba el latido del corazón de ella (y el del mío) con la persistencia de la fidelidad, la fe en la continuación necesaria de un misterio radical. No me pidan que explique nada más.

Yo no me habría sentido así en la industrial Trenton. Sorella era demasiado grande para ponerse a jugar a ningún tipo de juego problemático ni a hacer travesuras. Sus ojos eran como aberturas por las que salía el azul de la atmósfera, y la parte de atrás (la cámara oscura) recordaba el negro del espacio universal, donde no hay ningún objeto que refleje el flujo de la luz invisible.

La aclaración me llegó en un día o dos, en un artículo del *Post*, esa basura de periódico. Pronto esperaban la visita a Jerusalén de Billy Rose y del diseñador, planificador artístico y escultor arquitectónico Isamu Noguchi. El espléndido Rose, que siempre había sido amigo de Israel, les donaba un jardín de esculturas, para llenarlo con su colección de obras maestras. Había persuadido a Noguchi para que lo diseñara para él, o, como si eso ya no fuera lo suficientemente bonito, para que lo presidiera, ya que Billy, según el reportero, tenía los impulsos filantrópicos pero era un desastre con los requisitos estéticos. Sabía lo que quería; aún más, sabía lo que *no* quería.

Se los esperaba cualquier día de esos. Se reunirían con los funcionarios de planificación de Jerusalén y el primer ministro los invitaría a cenar.

Yo no podía hablar de ello con Sorella. Los Fonstein se habían ido a Haifa. Su chófer los iba a llevar a Nazaret y a Galilea, subiendo por la frontera de Siria. Genesaret, Cafarnaum y el Monte de las Bienaventuranzas figuraban en el itinerario. No había necesidad de preguntas; ahora comprendía yo lo que pretendía Sorella. De la pobre señora Hamet, posiblemente (la zapadora, el topo, la dedicada investigadora), había recibido un aviso por adelantado, y no habría sido difícil saber cuál era la fecha de la llegada de Billy con el eminente Noguchi. Sorella, si quería, podía leerle a Billy la cartilla, utilizando el diario de la señora Hamet como apoyo. Yo me preguntaba cómo sucedería. La intención general era todo lo que yo podía imaginarme. Si la especialidad de Billy era atraer un máximo de atención (en parte por su magnificencia y en parte por sus tonterías, y a eso era a lo que olía) y si la especialidad de Noguchi era el departamento de las creaciones hermosas, quedaba por

ver con qué saldría Sorella con su ingenuidad.

Técnicamente, ella era ama de casa. En cualquier cuestionario o solicitud, ella habría puesto una cruz en el recuadro de ama de casa. Nada de lo que acompaña a este concepto —decoración del hogar, la elección de los manteles, la cubertería, los papeles de las paredes, los utensilios de cocina, el control de la sal, el colesterol y los agentes cancerígenos, la preocupación por peluqueros y cuidado de las uñas, cosméticos, zapatos, largos de vestido, el tiempo dedicado a los almacenes y las compras, los gimnasios, almuerzos, cócteles—, ninguna de estas cosas, o fuerzas (porque yo también las veo como fuerzas, o incluso como espíritus), podía mantener sujeta a una mujer como Sorella. Ella no era más un ama de casa de lo que la señora Hamet había sido una secretaria. La señora Hamet era una artista de teatro sin trabajo, una anciana tuberculosa, moribunda, y finalmente demoníaca. Al legarle su explosivo diario a Sorella, hizo una cosa que había calculado muy bien, y que le parecía sumamente apropiada.

Como Billy y Noguchi llegaron al Rey David cuando Sorella y Fonstein se habían tomado unos días libres en las orillas de Galilea, y a pesar de estar ocupado con mis asuntos del instituto, sin embargo me dediqué a observar a los recién llegados como si Sorella me hubiera encargado que vigilase e informase. Como era previsible, Billy causó sensación entre los demás clientes del hotel, que eran sobre todo judíos procedentes de Estados Unidos. Para algunos, era un privilegio ver a una personalidad legendaria en el vestíbulo y en el comedor, o en la terraza. Por su parte, él no alentaba a la gente a que se acercara a él, no se interesaba en particular por conocer a nadie. Tenía el color de las personas que se saben observadas, el arrebol de las estrellas.

Inmediatamente después de llegar armó una escena en el vestíbulo lleno de pilares y alfombras. El Aal le había perdido el equipaje. Un mensajero de la oficina del primer ministro vino a decirle que lo estaban buscando. Era posible que hubiera proseguido viaje hasta Yakarta. Billy dijo: «Más les vale encontrarlo pronto, joder. ¡Se lo *ordeno!* Todo lo que tengo es este traje con el que he viajado, y ¿cómo me voy a afeitar, a lavarme los dientes, a cambiarme de calcetines y de calzoncillos y a dormir sin pijama?» El Gobierno ya iba a ocuparse de eso, pero el mensajero se vio obligado a oír que las camisas estaban hechas en Sulka's y que los trajes los había confeccionado el sastre de la Quinta Avenida que cosía para Winchel, Jack Dempsey o los más altos ejecutivos de la RCA. El diseñador debía de haber elegido un modelo de la familia de las aves. El corte de la chaqueta de Billy recordaba a la elegancia de los tordos o de los petirrojos, que eran unos bichos que se movían con una rapidez asombrosa, con el pecho grueso y las alas dobladas y curvadas hacia arriba. Ahí se paraba la analogía. El resto era compleja vanidad, desagradable altanería y auténtica indignación: una orgullosa actuación de un enano, cuyos fundamentos eran que él era una persona importante, un personaje de Broadway que requería una atención especial, y que él mismo le debía a su alta posición en el mundo del espectáculo el patalear y gritar y exigir y amenazar. Y sin embargo, durante todo ese tiempo, si se miraba de cerca el pequeño rostro rosado, histriónico y oriental, se distinguía un pequeño pero claro sector privado. Contenía unos datos muy distintos. Billy tenía aspecto de que él, como *persona*, tenía otras preocupaciones, que provenían de otros juicios más interiores y secretos. Él había salido del arroyo. Eso no estaba mal, en América, la tierra de las oportunidades. Si le quedaba algo del arroyo, no tenía que esconderlo mucho. En Estados Unidos uno podía venir de ninguna parte y seguir manteniendo la cabeza alta, especialmente si tenía dinero. Si alguien empujaba a Billy, Billy contraatacaba, y si uno puede contraatacar no le falta autoestima. Podía incluso comportarse de forma grosera, no valía la pena tratar de ocultarlo. No le importaba una mierda que

la gente pensara lo que quisiera. Por un lado, si quería tener un monumento en Jerusalén, un sitio bonito y cultural, eso del regalo noble era una idea de Billy Rose, y que no se le ocurriera a nadie olvidarlo. Ese tipo de idea hacía de Billy un tipo al que valía la pena mirar. Se peinaba el pelo hacia atrás como George Raft, o aquel otro guaperas más antiguo, Rodolfo Valentino. (En la época de Valentino, Billy era compositor de canciones populares en Tin Pan Alley: algunas las había compuesto, otras las había robado, y había promovido mucho; todavía conservaba muchos y valiosos derechos de autor.)

Tenía un aspecto que era al mismo tiempo frágil y fuerte. No podía alardear de nada clásico como un protestante de buena familia, alguien que, por ejemplo, tuviese un abuelo que hubiese estudiado en Groton, cuyos antepasados más remotos hubieran tenido derecho a llevar armaduras y espada. En aquellas épocas remotas, las armas eran algo prohibido para los judíos, al igual que los caballos de raza. O las grandes guerras. Pero lo mejor que uno podía hacer en la época actual si era de familia privilegiada era vestirse con prendas caras y grises de buen gusto y comportarse con lo que quedaba del estilo brahmín o knickerbocker. A estas alturas, hasta aquello había perdido su valor y estaba muy visto. Para Billy, sin embargo, el guardarropa de clase era indispensable, como tener un lavabo para él solo. No podía presentarse en ningún sitio sin sus trajes, y esto fue lo que provocó su cólera con El Aal y también su desesperación. Mientras él protestaba, así es como yo lo vi. Noguchi, en lo que interpreté como un estado de calma zen, lo contemplaba también en silencio mientras Billy proseguía su exhibición de nervios.

En momentos más tranquilos, cuando estaba en el salón bebiendo zumo de fruta y leyendo mensajes de Nueva York, Billy tenía el aspecto de no poder dejar de lamentarse por los largos sufrimientos de los judíos y, además, por sus propias derrotas a manos de sus hermanos judíos. Yo imaginé que las derrotas a manos de *judías* eran las que más le habían herido de todas. Contra los hombres podía ganar. Las mujeres, si yo había sido bien informado, eran demasiado para él.

Si hubiera sido un judío de Europa Oriental de toda la vida, habría despreciado esas derrotas sexuales. Como su principal contacto habría sido con su Dios, no le habría concedido tanto poder a una mujer. El sufrimiento sexual que se leía en el aspecto de Billy era un tormento exclusivamente norteamericano. El Billy de Broadway se dedicaba además al negocio del placer. En su morada de Nueva York, todo se resolvía con juego, bromas, comedia, risas, cuentos y calentamientos. Y todos esos esfuerzos se veían compensados con dinero. Mal reposa la cabeza que no tiene una corona de dinero. Billy no tenía que preocuparse por eso.

No había más que combinar estos temas y se entendía perfectamente la añoranza residual de Billy, su resignación ante fuerzas que no podía controlar. Lo que podía controlar lo controlaba con gran eficacia. Pero había otras cosas que contaban, ¡y cómo contaban! Y qué bien sabía él que no podía hacer nada para cambiarlas.

Los Fonstein regresaron de Galilea antes de lo que se esperaba.

—Maravilloso, pero más gracias a los cristianos —me dijo Sorella—. Por ejemplo, el Monte de las Bienaventuranzas. —Y añadió—: No había ningún bote lo suficientemente grande para que yo pudiera entrar en él. En cuanto a nadar, Harry se metió, pero yo no había llevado traje de baño.

En cuanto a la pérdida de las maletas de Billy, su comentario fue:

—Debe de haber supuesto una gran vergüenza para el Gobierno. Él ha venido para construirles una importante atracción turística. Si hubiera seguido chillando, me imagino al propio Ben Gurion sentándose a la máquina para hacerle un traje.

Para aquel entonces, las maletas ya habían aparecido: artículos de aspecto distinguido, como baúles de cuero fino, con chapas de latón y monogramas. No eran de Tiffany, pero sí eran del fabricante italiano que habría sido proveedor de Tiffany si Tiffany hubiera vendido maletas (las había obtenido gracias a sus contactos, como los dulces y los jerséis de cachemira de Wolfe, el que escribía para él: ¿para qué pagar el precio de venta al público, aunque uno sea multimillonario?). Billy concedió una entrevista a la prensa y felicitó a Israel por formar parte del mundo moderno. El aire malhumorado había desaparecido de su rostro, y él y Noguchi salían todos los días a examinar el emplazamiento del jardín de esculturas. La atmósfera en el hotel se hizo más tranquila. Billy dejó de acosar a los ordenanzas, y los ordenanzas dejaron de fastidiarlo. A su llegada, Billy había cometido el error de preguntarle a uno de ellos cuánto tenía que darle de propina al mozo que le llevaba el maletín. Explicó que aún no estaba familiarizado con la moneda israelí. El ordenanza se había molestado. Le indignó que un hombre con tanto dinero fuera tacaño con tan poca cosa, y se enzarzó con él en una pelea. Billy se encargó de que el ordenanza recibiera su castigo. Cuando oyó hablar de esto, Fonstein comentó que en Roma un recepcionista de un hotel de clase nunca en la vida habría provocado una escena con uno de los clientes del hotel.

—Cosas de los judíos —dijo—. Ni ordenanzas ni clientes, solo un judío atacando a otro, para entendernos.

Yo había esperado que Harry Fonstein reaccionara con fuerza ante la presencia de Billy, como otro más de los huéspedes de un hotel cuyos precios solo podían permitirse las personas de economía desahogada. Fonstein, al que Billy había salvado de la muerte, no era más que un judío norteamericano corriente, que se sentaba dos mesas más allá en el restaurante. Y además tenía mucha voluntad. Bajo ninguna circunstancia se habría acercado a Billy para presentarse o ponerse enfrente de él y decirle:

—Yo soy el hombre que su organización sacó de contrabando de Roma. Ustedes me llevaron a la isla de Ellis y se lavaron las manos, nunca les importó un pimiento el futuro de este refugiado. A mí también me cortaron el traje en Sardi's. No, no, no Harry Fonstein. Él comprendía que existía algo como intervenir demasiado en el destino de una persona. Además, hoy día la gente no se abre tanto, ni participa en el destino de cualquiera que se acerque a uno por casualidad.

—Señor Rose, yo soy la persona que usted no quería ver, que no cuadraba en su agenda. —Había una mirada de ironía hirviente en el castigador rostro de Harry—. Y ahora aquí estamos los dos, ante la mirada de Dios y su terrible juicio, en esta ciudad santa...

Palabras imposibles, escenario imposible. Nadie decía cosas así, como tampoco escucharía nadie en serio si se las dijeran. No, Fonstein se conformaba con observar. Tenía un brillo extraño en los ojos cuando pasaba Billy, hablando con Noguchi.

No recuerdo ni un momento en que respondiera este último. Como tampoco habló nunca Fonstein conmigo de la presencia de Billy en el hotel. Una vez más, me impresionó la importancia de mantener la boca cerrada, la especie de fertilidad que puede producir, las ventajas ocultas de unos labios sellados. Lo que sí le pregunté a Sorella fue cómo se sentía Fonstein al encontrar allí a Billy después del viaje que habían hecho al norte.

—Ha sido una completa sorpresa.

—No para ti.

—Eso ya se te ha ocurrido, ¿no?

—Bueno, la verdad es que no hacía falta ser muy listo —dije yo—. Ahora comprendo lo que

debió de sentir el doctor Watson cuando Sherlock Holmes lo felicitaba por una deducción que Holmes ya había hecho cuando le habían presentado el caso. ¿Conoce tu marido la existencia del archivo de la señora Hamet?

—Se lo conté, pero no he mencionado que traje el cuaderno a Jerusalén. Y él duerme siempre como un tronco, mientras que yo padezco de insomnio, de manera que me he pasado la mitad de las noches leyendo los recuerdos de la vieja, que condenan al tipo que ocupa la suite de arriba. Si yo no tuviera ya insomnio, esa lectura me quitaría el sueño.

—¿Todos sus tratos, sus vicios? ¿Cosas dañinas?

Sorella primero se encogió de hombros y después asintió. Me parece que ella misma estaba perpleja y ni siquiera podía decidirse sobre qué hacer con el archivo.

—Si se le hubiera ocurrido presentarse como candidato a la presidencia, no le gustaría que se publicara esta información.

—Seguro. Pero no se presenta. No es un candidato. Es el Billy de Broadway, no el director de una escuela de niñas ni un pastor de la iglesia de Riverside.

—Eso es cierto, pero sigue siendo una persona pública. No proseguí la discusión. Era cierto que Billy era raro. Desde el punto de vista físico (y también por su carácter), Sorella era también rara de verdad. Era mucho más voluminosa que la novia que yo había conocido en Lakewood, tanto más que yo no podía evitar preguntarle cómo se había expandido tanto. Hacía que uno mirase dos veces al umbral de una puerta. Cuando ella pasaba por él, llenaba el espacio como un buque de carga llena la exclusiva de un canal. Por propio derecho, la conciencia —y aquí me estoy refiriendo a mi propia mente— era también una rareza. Pero desde luego la extrañeza de las almas no es ninguna novedad en esta época.

Fonstein la quería, eso estaba claro. Respetaba a su mujer, y yo también. Yo no me estaba burlando de ninguno de ellos cuando me maravillaba por el volumen de ella. Nunca olvidé ni por un momento la historia de Fonstein ni lo que significaba ser el superviviente de tamaña destrucción. Quizá Sorella estaba tratando de incorporar en tejido graso una parte de lo que él había perdido: los miembros de su familia. No se puede saber lo que ella tramaba. Todo lo que puedo decir es que (sean cuales fueran sus fines) todo se logró con clase o estilo. Unos cantores exquisitos pueden hacerte olvidar los montículos de grasa que tienen a la espalda. Además, Sorella hacía perfectamente sobria lo que unas sopranos delirantes nos echaban encima en un estado de falsa embriaguez wagneriana.

Sin embargo, su acercamiento a Billy fue de todo menos sobrio, y yo dudo que ningún movimiento sobrio hubiera tenido ningún efecto sobre Billy. Lo que hizo fue enviarle varias páginas, tres o cuatro, copiadas del diario de aquella pobre tuberculosa, la difunta señora Hamet. Sorella se aseguró de que el ordenanza las metía en el casillero de Billy, porque se trataba de un material explosivo, y en las manos equivocadas podría haber sido mortal.

Cuando esto fue un hecho consumado, me lo contó. Ya era demasiado tarde para aconsejarle que no lo hiciera.

—Lo he invitado a tomar una copa —me dijo ella.

—¿Los tres ...?

—No. Harry no ha olvidado la escena de los gorilas en el restaurante (es posible que la recuerdes) cuando Billy se dio la vuelta y se puso cara a la pared. Nunca en la vida impondría su presencia a Billy ni a ninguna otra persona conocida.

—Puede que Billy siga sin hacerlos caso.

—Bueno, digamos que esto es más bien un experimento.

Yo dejé de lado por una vez la mirada de aceptación social que tantos de nosotros hemos llegado a dominar perfectamente y le hice ver lo que pensaba de su «experimento». Ella podía hablar sobre «ciencia» a su hijo adolescente, el futuro físico. Pero yo no era un niño al que se pudiera engañar fácilmente con una palabra de moda y de prestigio. ¿Experimento? Ella era una mujer ingeniosa y enérgica que hacía unos planes complicados, brillantes, cortantes y agudos: Lo que tenía en mente era un enfrentamiento, una lucha cara a cara.

La historia del laboratorio era puro cuento. «Audacia», «política», «pasión», «justicia» eran los términos reales. Y, sin embargo, puede que ni ella misma fuera claramente consciente de esto.

Después, se me ocurrió, el antagonista era el Billy Rose de Broadway. Y ella no esperaba que se encontrara con ella en el terreno que ella había elegido, ¿o sí? ¿Qué le importaban a él las grandes abstracciones de ella? Era completamente libre de decir: «No sé de qué demonios me está hablando, y no podría importarme menos, señora».

De lo más interesante, por lo menos para una mente norteamericana.

Yo me dediqué a mis negocios del instituto en Jerusalén en una mesa de seminario, revelando mis métodos a los israelíes. Al final, el instituto no echó raíces en Tel Aviv (sí que prosperó en Taiwán y Tokio).

Al día siguiente, en la terraza, Sorella, con aspecto complacido y complaciente, tomando su taza de té, me dijo:

—Vamos a encontrarnos. Pero él quiere que sea yo la que vaya a su suite, a las cinco.

—¿Es que no quiere que lo vean en público hablando de este...?

—Exactamente.

De manera que sí que tenía un peso real, después de todo. Entonces lamenté no haber aprovechado la oportunidad de leer el archivo de la señora Hamet (tanto celo, malicia, furia y ternura que me había perdido). Y ni siquiera me sentí autorizado a preguntarle a Sorella por qué creía ella que Billy había aceptado hablarle. Yo estaba seguro de que él no querría hablar de teorías morales. No iba a haber ninguna revelación, ni confesión, ni especulación. La gente como Billy no se preocupaba por sus actos, no tenía la costumbre de rendirse cuentas a sí mismo. Muy pocos de nosotros, si vamos a eso, nos preocupamos por la responsabilidad o guardamos cuentas con la conciencia.

Lo que viene a continuación se basa en el informe que me dio Sorella, con el complemento de mis observaciones. No necesito decir «Si no me falla la memoria». En mi caso, no falla nunca. Además, tomé pequeñas notas mientras ella hablaba en las páginas de mi libro de citas (el regalo anual a los clientes en mi banco de Filadelfia).

Durante toda la entrevista el comportamiento de Billy fue entre austero y hostil. Sobre todo estaba disgustado. Sus palabras fueron desde un principio negativas. La suite del Rey David no correspondía a aquello a lo que él estaba acostumbrado. Las cosas eran duras allí, en Jerusalén, según dijo. Pero el Estado era joven. Poco a poco, con el paso del tiempo, se recuperaría. Estos comentarios los hizo mientras abría la puerta. No invitó a Sorella a sentarse, pero, con su peso, y los pies pequeños que tenía ella, no se iba a quedar de pie, y se sentó en una silla a rayas, justificándose con el sonido humano que emitió cuando se sentó: el mismo suspiro que exhalaban los cojines.

Aquella era la primera oportunidad que había tenido ella de examinar de cerca a Billy, y tuvo muy pocas impresiones que no pudiera haber previsto con anterioridad: de manera que este era Billy, el del mundo de las estrellas. Iba muy bien vestido, con las ropas por las que había armado tanto jaleo.

Por momentos, uno tenía la impresión de que tenía las mangas forradas del papel de tela que utilizaban las tintorerías de categoría. Yo había mencionado que había algo en el corte de su chaqueta que recordaba a un ave, y ella estuvo de acuerdo conmigo, pero donde yo veía un petirrojo o un gorrión, hinchado debajo de la camisa, ella (porque había instalado un comedero para pájaros en Nueva Jersey) declaró que le recordaba más a un cuervo; incluso tenía un poco del color. Tenía un ojo más cerca de la nariz que el otro, lo que le daba un aire judío. De hecho, dijo ella, era un poco como la señora Hamet, con un ojo triste en medio de un rostro tuberculoso y blanco con aspecto teatral. Además, a pesar de que tenía el cabello bien cuidado, no lo tenía totalmente en su sitio. Tenía un poco del desorden del cuervo.

—Al principio pensó que yo había venido para ponerlo en un apuro —dijo ella.

—¿Dinero?

—Seguro... Probablemente dinero.

Yo la seguí animando a que hablara, con gestos y medias palabras, mientras ella describía el encuentro. Por supuesto: chantaje. Un hombre tan profundo como Billy podía contar con años de sabiduría; tenía una experiencia incalculable en el trato que debía darse a las personas que venían a sacarle algo, oportunistas, timadores o locos.

Billy dijo:

—Le he echado un vistazo a esas páginas. ¿Cuánto más hay de lo mismo, y cuánto debo disgustarme por ello?

—Deborah Hamet me dio un montón de material antes de morir.

—Ah, ¿está muerta?

—Usted sabe que lo está.

—Yo no sé nada —dijo Billy, con lo que quería decir que se trataba de información de una parcela que no le interesaba en absoluto.

—Pero sí que lo sabe —insistió Sorella—. Esa mujer estaba loca por usted.

—Eso no tenía que ser problema mío, sus problemas emocionales. Formaba parte del personal de mi oficina y se le daba su paga. Se enviaron flores a White Plains cuando se puso enferma. Si hubiera tenido idea de cómo me estaba espiando, no habría sido tan considerado. Menuda basura estaba apilando la vieja loca contra mí.

Sorella me contó, y yo la creí totalmente, que no había ido a amenazar sino a hablar, a explorar, a ver. Se negaba a ser arrastrada a una pelea. Podía confiar en su volumen para dar la impresión de estar plenamente tranquila. Billy tenía la mente forjada con cantidades, como todos los hombres de negocios, y allí había mucha mujer. Él no podía ocuparse ni de la más delgada de las muchachas. Hasta las más pequeñas tenían energía suficiente para echarle encima el whammy sexual (un signo indio). La propia Sorella se dio cuenta de esto. «Si hubiera podido cambiarme el sexo, entonces se habría peleado conmigo.» Esto era una sugerencia por la posible masculinidad implícita en su enorme tamaño. Pero ella tenía unas muñecas menudas, pies pequeños y una voz femenina y melodiosa. Llevaba perfume. Puso ante él toda su condición de dama, masivamente ... Vaya esposa formidable e inteligente que tenía Fonstein. La protección que le faltaba cuando huía de Hitler la había encontrado a este lado del Atlántico.

—Señor Rose, no me ha llamado usted por mi apellido —le dijo ella—. Ha leído usted mi carta, ¿no es cierto? Soy la señora Fonstein. ¿No le recuerda a nadie?

—¿Por qué debería recordarme ...? —dijo él, negándose a reconocer nada.

—Yo me casé con Fonstein.

—Y yo tengo la talla catorce. ¿Y qué?

—El hombre que salvó usted en Roma, uno de ellos. Le escribí muchas cartas. No puedo creer que no lo recuerde.

—Recordar, olvidar... ¿Cuál es la diferencia para mí?

—Usted envió a Deborah Hamet a la isla de Ellis para que hablara con él.

—Señora, ese es solo uno de un millón de incidentes en una vida como la mía. ¿Por qué debería recordarlo?

Bueno, sí, comprendo el punto de vista de él. Estos detalles eran como las escamas de innumerables bancos de peces: los mares cubiertos de caballas; como las partículas de aquellas masas de aniquilación de la luz, la densa materia de que se componen los agujeros negros.

—Yo envié a Deborah a la isla de Ellis, de acuerdo...

—Con instrucciones para que mi esposo nunca se acercase a usted.

—No recuerdo nada en absoluto. Pero bueno, ¿y qué?

—¿No se preocupaba personalmente por un hombre al que había rescatado?

—Hice todo lo que pude —dijo Billy—, y, para aquella época, eso es más de lo que puede decir la mayoría. Vaya a gritarle a Stephen Holler. Échele la bronca a Sam Rosenman. La gente estaba de brazos cruzados. Pedían ayuda a Roosevelt y a Cordel Hull, a los que no les importaban en absoluto los judíos. Estaban tan orgullosos y contentos de estar tan cerca de la Casa Blanca que incluso que les tomaran el pelo era un privilegio delicioso. FDR engañó a los famosos rabinos cuando fueron a visitarlo. Los cegó con sus andares, aquella cojera de genio. Churchill también participó en esto con él. Maldito cobarde. ¿Y qué? Había cientos de miles de refugiados que enviar a Palestina. Si no, no habría habido aquí un Estado hoy día. Por eso abandoné la operación de rescate en solitario y me dediqué a reunir dinero para atravesar el bloqueo británico en aquellos oxidados barcos griegos... Y ahora, ¿qué quiere usted de mí? ¿Que no recibí a su esposo! ¿Y eso qué importa? Ya veo que les fue bien. ¿Qué quieren, un reconocimiento especial?

Como después me contó Sorella, el nivel descendió mucho, muchísimo, pues la magnitud de los acontecimientos sobrepasaba todo lo que uno podía sentir personalmente ... A veces hacía comentarios así.

—Y ahora —le preguntó Billy—, ¿qué va usted a hacer con este asqueroso material de escándalo que reunió aquella vieja lamentable? ¿Avergonzarme en Jerusalén, ahora que he venido a iniciar este proyecto?

Sorella me contó que había levantado ambas manos para calmarlo. Le dijo que había venido para tener una conversación razonable. Ella no había indicado nada amenazador...

—¡No! Pero esa mujer, la Hamet, recolectaba veneno en botellas, y usted posee toda la colección. Intente colocar este material en los periódicos: tendría que estar loca. Si lo intentara, todo ello se volvería contra usted más rápido que la mierda en un silbato de latón. Mire estas acusaciones: que yo soborné a la gente de Robert Mases para conseguir que siguiera adelante mi Aquacade patriótica en la feria. O que contraté a un pirómano para que prendiera fuego a un comercio por venganza. O que saboté *Baby Snooks* porque estaba celoso del gran éxito de Fanny, e incluso que traté de envenenarla. Escúcheme, sigue habiendo leyes que protegen contra el libelo. Esa Hamet estaba muy enferma. Y usted..., usted debería pararse y pensar. Si no fuera por mí, ¿dónde estaría usted, una mujer como usted...? —Lo que quería decir era: una mujer deformada por la obesidad.

—¿De verdad dijo *eso*? —la interrumpí yo.

Lo que me excitaba no era lo que había dicho él. Sorella me frenó en seco. Nunca conocí a una mujer que fuese tan franca en lo tocante a ella misma. Vaya demostración de objetividad y realismo puros. Lo que significaba era que en una época en que el engaño y el disfraz se practican tan ampliamente que reducen la capacidad de conciencia, solo una fuerza importante de personalidad podía producir una admisión tal. «Yo tengo aspecto de camión. Mis carnes no tienen límites. Soy como el Everest en lípidos», me dijo ella. Junto a esto venía un reconocimiento tácito y complementario: confesaba que era culpable de autocompasión. «Esta deformidad, mi enorme tamaño, es una imposición para Fonstein, el hombre valiente que me ama. ¿Quién si no me querría?» Todo esto estaba implícito en el estilo simple y natural de su comentario. Una sinceridad así solo merece que se la califique de grandeza, porque admitir eso, con tanta naturalidad, era magnífico. En este mundo de mentirosos y cobardes, *existen* personas como Sorella. Uno las espera con la fe ciega de que sí existen.

—Me recordó que había salvado a Harry. Para mí.

Traducción: las SS lo habrían liquidado rápidamente. Así que, si no hubiera sido por la intervención mágica de esta pequeña rata del Lower East Side, el niño hambriento que había sobrevivido comiendo recortes de pastrami y manzanas de las carretillas ...

Sorella continuó:

—Yo me expliqué: había hecho falta el diario de Deborah para lograr hablar con él. Él nos había vuelto la espalda. Su respuesta fue: «Yo no necesito plazos. Lo que hice, lo hice. Tengo que mantener bajo el número de relaciones y contactos. Lo que hice por ustedes, tómenlo y agrádzcanlo, pero ahórrenme la relación y todo lo demás».

—Eso lo entiendo —dije yo.

No puedo expresar cuánto disfruté con el relato que me hizo Sorella de este encuentro con Billy. Estas extraordinarias revelaciones, como también los comentarios sobre ellas que se hicieron. En lo que le había dicho había un eco del discurso de despedida de George Washington. Hay que evitar los enredos. Billy tenía que reservarse para sus negocios, dedicarse en cuerpo y alma a sus archipúblicos fracasos matrimoniales; y a las residencias sórdidas y opulentas que amueblaba; además, estaban las columnas de chismes, las coristas, y la horrible persecución de chicas provocativas con las que no podía hacer nada cuando se paraban y se desnudaban esperándolo a él. Tenía que estar libre para ocuparse plenamente de su maldición. Y ahora había llegado a Jerusalén a añadir un toque de grandeza judía a su carrera de buscador de chicas en ese pobre y castigado suelo neoyorquino. (Al decir esto me parece estar viendo las diminutas celdas —separadas por unas cuantas estacas negras—, aquellas estrechas franjas de terreno que la gente preservaba en el corazón de Manhattan para que en ellas crecieran hojas y hierba.) Aquí Noguchi iba a crear para él un jardín de rosas con esculturas, un rincón de arte a unos pocos kilómetros del desierto helado que desembocaba en el mar Muerto.

—Cuéntame, Sorella, ¿qué buscabas con esto? ¿Cuál era tu objetivo?

—Yo quería que Billy conociera a Fonstein.

—Pero Fonstein ya había renunciado a él hacía tiempo. Se veían en el hotel un día sí y otro no. Nada más fácil que detenerse y decir: «¿Es usted Rose? Yo soy Harry Fonstein. Usted me sacó de Egipto *b'yad hazzakah*».

—¿Qué quiere decir eso?

—Con mano bondadosa. Así describió Dios el rescate de Israel. —Esto forma parte de la

formación básica de mi infancia—. Pero Fonstein ha evitado hacer esto. Mientras que tú...

—Yo había decidido que Billy se iba a portar bien con él. Sí, claro, por supuesto; comprendido; ya entiendo. Todo hombre debe algo a todo hombre. Pero Billy no había oído hablar de estas generalidades y no quería saber de ellas.

—Si tú tuvieras que vivir con los sentimientos de Fonstein como he tenido que hacer yo —dijo Sorella—, estarías de acuerdo en que había que darle la oportunidad de completarlos. De acabar.

En un espíritu de debate a alto nivel, yo le dije:

—Bien, es una bonita idea, lo único que pasa es que hoy día nadie espera completar sus sentimientos. Tienen que renunciar ante la cerrazón. Simplemente, no se puede.

—Para algunos sí es posible.

De manera que me vi obligado a volver a pensar. Seguro, ¿y qué pasaba con la historia de los sentimientos de la propia Sorella? Ella había sido una profesora de francés no deseada de Newark hasta que su tío de La Habana había tenido la buena idea de unirla a Fonstein. Se casaron, y, gracias a él, ella obtuvo su parcela, se convirtió en la mujer y la madre tigre, se convirtió en un monumento biológico y en una personalidad victoriosa ... ¡Todo un personaje!

Pero la respuesta de Billy fue:

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Pase quince minutos a solas con mi marido —le dijo ella. Billy se negó:

—Yo no hago esas cosas.

—Un apretón de manos, y él le dará las gracias.

—Para empezar, ya la he advertido sobre el libelo, y, por lo que respecta a lo otro, ¿qué cree usted que tiene contra mí, en cualquier caso? No pienso hacer esto. No me ha convencido de que deba hacerlo. No me gusta que me abrumen con las cosas del pasado. Esto pasó en una época, hace años. ¿Qué tiene que ver con el presente? Estamos en 1959. Si su marido tiene una bonita historia que contar, me alegro mucho. Vaya a contárselo a la gente a la que le interesan las historias. A mí no me interesan. No me interesa ni la mía. Si tuviera que escucharla, me entrarían sudores fríos. Y yo no iría por ahí estrechando la mano de la gente a menos que me presentara a las elecciones como alcalde. Por eso no me he presentado nunca. Estrecho la mano cuando cierro un trato. Si no, mis manos se quedan en mis bolsillos.

Sorella dijo:

—Como Deborah Hamet me había dado poder sobre él y podría esperarse lo peor, se enfrentó a mí de la peor manera posible, con todas las magulladuras de su reputación, con todas las maldiciones: asquerosas, débiles, baratas, pervertidas. Se mostró ante mí tal y como era, un pequeño judío pervertido que se las había arreglado en la vida haciendo una trampa después de otra. Tomemos a este hombre: nunca realizó una sola misión, nunca practicó la caza mayor, nunca jugó al fútbol ni descendió hasta el Pacífico. Ni siquiera intentó nunca suicidarse. ¡Y aquel desecho era una celebridad! ... Ya sabes. Deborah tenía cien formas de decir «celebridad». La mayor parte del tiempo lo despreciaba, pero una celebridad sigue siendo una celebridad, eso no se lo quita nadie. Cuando los judíos norteamericanos decidieron hacer un gesto en relación con la guerra contra los judíos, tuvieron que llenar el Madison Square Garden de celebridades cantando en hebreo *America the Beautiful*. Estrellas de Hollywood tocando el cuerno. El hombre que produjo este espectáculo y organizó la cobertura de prensa fue Billy. Recurrieron a él, y él se encargó de todo... ¿Cuánta gente puede caber en el Madison? Pues estaba lleno, y todos vestían de luto. Supongo que además todos

lloraron El *Times* cubrió el evento, y es el periódico de la historia, de manera que la historia muestra que para hacerlo a la judeoamericana había que reunir a veinticinco mil personas, al estilo de Hollywood, y llorar públicamente por lo que había sucedido.

Prosiguiendo con su informe sobre la entrevista celebrada con Billy, Sorella dijo que él había adoptado lo que los negociadores llaman una posición de regateo. Se comportó como si tuviera motivos para estar orgulloso de su expediente, de los tratos que había hecho, y supongo que estaba defendiendo su terreno detrás de esa fachada de orgullo. Sorella aún no había formulado su amenaza. Junto a ella, en una silla que un decorador había llamado un confidente, había (a la vista de él) un gran sobre de papel manila. Contenía los papeles de Deborah, ¿qué otra cosa habría llevado ella a su suite? Intentar agarrar aquel sobre estaba descartado. «Yo tenía los brazos más largos y pesaba más», dijo Sorella. También podía arañarle o gritar. La mera idea de una escena o un escándalo lo habría puesto enfermo. De hecho, el hombre tenía aspecto enfermo. Él había calculado hacer un gran gesto en Jerusalén, pasar a formar parte de la historia de los judíos, alcanzando un nivel muy superior al del mundo del espectáculo. Solo había visto un ejemplo del archivo Hamet-Cuello de Caballo. Pero se imaginaba lo que los periódicos y la prensa amarilla de todo el mundo podían hacer con aquel material.

—De manera que estaba esperando oír mi propuesta —dijo Sorella.

Yo le dije:

—Estoy tratando de imaginarme lo que tú tenías en mente.

—Concluir un capítulo en la vida de Harry. Había que concluirlo —dijo Sorella—. Era una parte de la destrucción de los judíos. A nuestro lado del Atlántico, donde no hubo amenaza, tenemos un deber especial de resolver estas cuestiones...

—¿Resolver? ¿Quién, Billy Rose?

—Bueno, él se implicó personalmente en ello. Yo recuerdo que sacudí la cabeza y dije:

—Estamos pidiendo demasiado. No habrías conseguido mucho de él.

—Bueno, lo que sí dijo fue que Fonstein había sufrido mucho menos que otros. No fue a Auschwitz. Consiguió escapar. No le tatuaron un número. No lo pusieron a trabajar en el crematorio para las personas que habían sido gaseadas.

Yo le dije a Billy que era probable que la policía italiana tuviese orden de entregar a los judíos a las SS y que a muchos los asesinaran en Roma, en las cuevas Ardeatinas.

—¿Y qué contestó?

—Me dijo: «Mire, señora, ¿por qué tengo yo que pensar en todo eso? Yo no soy el tipo de persona de quien se espera eso. Esto es demasiado para mí». Yo le dije: «No le estoy pidiendo que realice un esfuerzo mental enorme, solo que se siente con mi marido durante quince minutos». «Supongamos que acepto», dijo él. «¿Cuál es su oferta?» «Le entregaré todo el archivo de Deborah. Lo tengo aquí mismo.» «¿Y si yo no me presto al juego?» «Entonces recurriré a alguna persona, o personas.» En ese momento él explotó: «Cree usted que me tiene agarrado por los cojones, ¿no? No se está aprovechando usted terriblemente de mí. No quiero decirle groserías a una persona respetable, pero yo a esto lo llamo menear la mierda. Y es que ahora estoy en una posición muy delicada, teniendo en cuenta cuál es el propósito que me ha traído a Jerusalén. Quiero contribuir con un monumento. Puede que fuera mejor no dejar ningún recuerdo de mi vida y que se me olvidara por completo. De manera que en este momento se presenta usted para vengarse con material sacado de la tumba de una mujer celosa. Ya me imagino el archivo que juntó esa loca, sobre los tratos que he

hecho: sé que la parte de los negocios no la entendía, y lo de los sobornos y los incendios nadie lo va a creer. De manera que eso deja las cosas como la basura de una clínica privada que podría conseguir de las coristas que hablaron mal de mí. Pero déjeme que le diga algo, señora: también los tíos raros tienen derechos. Además, tampoco me quedan tantos secretos. Todo se ha dicho ya». «Casi todo», dije yo.

Yo comenté:

—Desde luego, lo trataste duramente.

—Sí que lo hice —admitió ella—. Pero se defendió. Las denuncias por libelo con las que me amenazaba eran solo un farol, y así se lo dije. Le señalé lo poco que yo le pedía. Ni siquiera una nota para Harry, con un mensaje telefónico bastaría, y después quince minutos de conversación. Meditando sobre ello, con los ojos bajos y las pequeñas manos indolentes en el respaldo de un sofá (estaba de pie, no consintió en sentarse, eso le habría parecido una concesión), se volvió a negar. De una vez por todas me dijo que no se encontraría con Harry. «Ya he hecho por él todo lo que podía.» «Entonces no me deja alternativa», le dije yo.

Sentada en la silla rayada de la suite de Billy, Sorella abrió el bolso para buscar un pañuelo. Se tocó las sienes y los pliegues de los brazos, por el codo. El pañuelo blanco no parecía mayor que una mariposa de la col. Se secó el mentón.

—Supongo que te gritó —dije yo.

—Empezó a gritarme. Era lo que yo me esperaba, un ataque de furia. Dijo que no importaba lo que hicieras, porque siempre había alguien esperando con una navaja para cortarte o con ácido para echarte en la cara o con unas garras para arrancarte la ropa y dejarte desnudo. La maldita vieja Hamet, a la que mantuvo fuera de la caridad, como si no tuviera los ojos bastante locos, se ponía aquellas gafas redondas y gigantes. Buscó a aquellas chicas que juraban que él tenía el desarrollo sexual de un niño de diez años. No importaba mucho, porque a él lo habían humillado durante toda su vida y no le podían hacer más de lo que ya le habían hecho. Había cierto alivio en no tener que ocultar nada. No importaba lo que hubiese escrito la Hamet, esa maldita vieja de mirada de loca, escupiendo sangre y guardando el último golpe para el hombre que más odiaba. Y en cuanto a mí, ¡yo era un montón de basura!

—No es necesario que lo repitas todo, Sorella.

—Entonces no lo creí. Pero sí es verdad que perdí la paciencia. Destrozó mi dignidad.

—¿Quieres decir que te entraron ganas de pegarle?

—Le arrojé el documento a la cara y le dije: «No quiero que mi marido hable con alguien como usted. Usted no es digno...».

Le arrojé el paquete de Deborah a la cara pero no soy muy buena en lanzamiento, y salió por la ventana, estaba abierta.

—¡Menudo momento! ¿Y qué hizo entonces Billy?

—Toda la rabia se le borró en un instante. Agarró el teléfono y llamó a Recepción. Les dijo: «Acaban de arrojar un documento muy importante por mi ventana. Quiero que me lo traigan inmediatamente. ¿Comprende? Inmediatamente. En este mismo minuto». Yo me dirigí hacia la puerta. Me imagino que quería hacer un gesto, pero en el fondo soy una chica de Newark. Le dije: «Es usted una basura. No quiero nada de usted». Le hice el gesto italiano que la gente solía hacer en las peleas callejeras, con el canto de la palma de la mano en medio del brazo.

Discretamente y riéndose al mismo tiempo, cerró un pequeño puño y colocó el canto de la otra

mano en mitad de su brazo.

—Una conclusión muy norteamericana.

—Oh —dijo ella—. Desde el principio hasta el fin fue un asunto cien por cien norteamericano, de nuestra propia generación. Será distinto para nuestros hijos. ¿Un niño como nuestro Gilbert, en su campamento de verano de matemáticas? Ojalá siga el resto de su vida dedicado solamente a las matemáticas. Nada podría ser más distinto de los edificios del East Side ni de los callejones de Newark.

Todo esto había sucedido hacia el final de la visita de los Fonstein, y ahora siento no haber cancelado algunos de los compromisos que tenía en Jerusalén para dedicarles más tiempo; por ejemplo, llevarlos a cenar a Dagim Benny, un buen restaurante de pescado. No me habría resultado tan difícil. ¿Y para qué?, ¿para pasar más tiempo en Jerusalén con una pareja de Nueva Jersey y de nombre Fonstein? La respuesta es sí. Hoy día, es motivo de arrepentimiento. Mientras más pienso en Sorella, más encanto tiene para mí.

Recuerdo que le dije:

—Siento que no golpearas a Billy con aquel paquete.

Lo que yo pensé, entonces y más tarde, era que tenía demasiada grasa debajo de los brazos para poder apuntar bien.

Ella dijo:

—Tan pronto como el sobre dejó mis manos, me di cuenta de cómo deseaba liberarme de él, y de todo lo que tuviera relación con él. Pobre Deborah, señora Cuello de Caballo, como la llamas tú. Ahora veo que me equivoqué al identificarme con su causa y su trágica vida. Entonces traté de pensar sobre los puntos altos y los bajos de la gente. Se supone que el amor es alto, pero imagínate enamorarse de una criatura como Billy. Yo no quería nada de lo que ese hombre nos pudiera dar a Harry y a mí. Ahora veo por qué me reclutó Deborah: para que yo prosiguiese su campaña contra él, para que mantuviese la guerra desde la tumba. En eso él tenía razón.

Aquella fue nuestra última conversación. Junto a la entrada del hotel, ella y yo esperábamos a que bajase Fonstein. El equipaje había sido cargado en el Mercedes: en aquella época, uno de cada dos taxis de Jerusalén era un Mercedes Benz. Sorella me dijo:

—¿Qué te parece todo el asunto de Billy?

En aquella época yo todavía tenía la tendencia de la gente del Village a formular teorías: aquel juego de la profundidad que era tan popular entre los chicos y chicas de clase media en sus días bohemios. Uno podía llamar a la puerta de cualquiera, y te abrían la ventana y te llenaban la cabeza de ideas.

—Billy cree que todo es un asunto relacionado con el espectáculo —dije yo—. Nada es real, sino que todo es un espectáculo. Y él no actuaría en tu espectáculo porque él es productor, y los productores no actúan.

Para Sorella, esta afirmación no contenía nada importante, de manera que lo volví a intentar:

—Puede que lo más interesante de Billy sea que no quiera encontrarse con Harry —dije—. No es capaz de encontrarse con lo contrario en un caso como el de Harry. Ni siquiera podría empezar a ponerse a la altura de él.

Sorella dijo:

—Puede que tengas razón. Pero, si quieres mi opinión, esto es lo que yo pienso: los judíos podrían sobrevivir a cualquier cosa que les echara encima Europa. Quiero decir, los pocos afortunados que sobrevivieron. Pero ahora viene la siguiente prueba: Norteamérica. ¿Resistirán, o será Estados Unidos demasiado para ellos?

No nos volvimos a encontrar. Nunca volví a ver ni a Harry ni a Sorella. En los sesenta, Harry me telefoneó una vez para hablar conmigo de Cal Tech. Sorella no quería que Gilbert estudiase tan lejos de casa. Era hijo único, y todo eso. Harry me llenó la cabeza con los perfectos resultados que había obtenido el chico en los exámenes. No siento ninguna simpatía hacia los padres de niños prodigio. Suelo reaccionar mal. Casi siempre terminan mal. No me gustan los padres que se vanaglorian de sus hijos. De manera que no pude ser cordial con Fonstein. En aquel entonces, precisamente, mi tiempo era demasiado precioso. Precioso de una manera horrible, tal y como ahora lo veo. No era uno de los periodos atractivos de creación (gestación) de un éxito.

No puedo decir que mi comunicación con los Fonstein cesase por completo. A excepción de lo de Jerusalén, nunca habíamos tenido ninguna. Durante treinta años, esperé volverlos a ver. Eran unas personas excelentes. Yo admiraba a Harry. Era un hombre sólido, y muy valiente. En cuanto a Sorella, era una mujer de una gran inteligencia, y en estos tiempos democráticos, lo sepa uno o no, uno siempre está a la búsqueda de gente superior. No es necesario que dibuje mapas ni diseños. Todo el mundo sabe lo que significa producto tipo y partes intercambiables, entiende el funcionamiento de los glaciares en el paisaje social, que se lanzan colina abajo, borrando las irregularidades. No me voy a extender sobre eso. Sorella era extraordinaria (o, como dice uno de mis nietos, «sobresaliente»). De manera que, por supuesto, yo quería volver a verla. Pero no la vi. Se quedó en el almacén de las intenciones. Yo siempre estaba planeando hacerles una visita: escribir, telefonar, invitarlos para Acción de Gracias, para Navidad. Quizá para Pascua. Pero en eso es en lo que se ha convertido el fenómeno de la Pascua hoy día, nunca llega a producirse el milagro.

Es posible que la culpa la tuviera el poder de la memoria. Como los recordaba tan bien, ¿era realmente necesario que los viera? Me bastaba con mantenerlos en suspenso en mi mente. Formaban parte del reparto permanente de personajes, aunque siempre en ausencia. No tenían nada nuevo que hacer.

El siguiente acontecimiento de esta serie se produjo en marzo pasado, cuando el invierno, con un crujido, soltó de su puño a Filadelfia y empezó a marcharse dejando atrás hilos de mugrienta nieve fangosa. Ya era el momento de que la primavera floreciese encima de la suciedad de la ciudad. Al menos en esa estación había azafranes de primavera, campanillas de invierno y nuevos brotes en mi jardín privado de millonario. Me serví de las escalerillas de mi biblioteca y bajé los poemas de George Herbert, con la esperanza de encontrar el que dice «... qué limpios, qué puros son tus retornos», con algunas otras palabras en ese sentido, cuando encima de mi mesa, como corresponde a un blanco rico, empezó a sonar el teléfono mientras yo bajaba las escalerillas. Comenzó la siguiente conversación judía:

—Aquí el rabino X —o Y—. Mi ministerio —vaya un término más protestante: debe de ser reformador, o como mucho conservador; ningún rabino ortodoxo diría «ministerio»— se encuentra en Jerusalén. Me ha abordado una familia que se denomina Fonstein...

—No será Harry —dije yo.

—No. Lo llamo para preguntarle a *usted* por Harry. El Fonstein de Jerusalén dice que es tío de Harry. Este hombre es de origen polaco, y se encuentra en un asilo para enfermos mentales. Es un excéntrico muy difícil y vive en un mundo de fantasía. La mayor parte del tiempo tiene alucinaciones. Tiene unos hábitos bastante sucios, incluso cochinos. Se encuentra absolutamente sin recursos y es muy conocido como mendigo y personaje local que pronuncia discursos proféticos por las aceras.

—Ya veo... Como una de esas personas sin hogar —dije yo.

—Precisamente —dijo el rabino X o Y, en ese tono de voz tan humano que uno tiene que soportar.

—¿Puede ir al grano? —le pregunté.

—Nuestro Fonstein de Jerusalén jura que es pariente de Harry, que es muy rico...

—Yo nunca he visto el estado de las cuentas de Harry.

—Pero se encuentra en posición de poder ayudar. Yo proseguí:

—Eso solo es una opinión. Como mucho... —Es verdad que uno se vuelve pomposo. Un hombre solo, que ocupa una mansión, y vive a la altura de su entorno. Cambié de tono; dejé el «como mucho» y dije—: Hace muchos años que no veo a Harry. ¿No puede localizarlo usted?

—Lo he intentado. He venido por. dos semanas. Ahora mismo estoy en Nueva York. Pero me dirijo a Los Ángeles. Y voy a... —añadió un nombre poco conocido.

Después siguió diciendo que el Fonstein de Jerusalén necesitaba ayuda. Pobre hombre, totalmente loco, pero también en la miseria, física y mentalmente (estoy parafraseando), aunque desde el punto de vista humano fuera tan valioso. Se le fue la cabeza por la persecución, la pérdida, la muerte y la brutalidad de la historia; fuera de sí, pidiendo ayuda, humana y sobrehumana, y no importa en qué proporción. Es posible que hubiese algo falso en el rabino, pero el caso era que el hombre que describía pertenecía a un tipo familiar, lo suficientemente real.

—¿Es usted también un pariente? —me dijo.

—De forma indirecta. La segunda esposa de mi padre era tía de Harry.

Yo nunca quise a la tía Mildred, ni siquiera la apreciaba, pero, ya comprenden, tenía un lugar en mi memoria, y debía de haber una buena razón para eso.

—¿Puedo pedirle que lo localice y le dé mi número en Los Ángeles? Tengo una lista de apellidos y Harry Fonstein lo reconocerá y lo identificará, o no, si no es su tío. Sería un mitzvah.

Dios mío, aparta de mí estos mitzvahs. Yo dije:

—Muy bien, rabino. Buscaré a Harry, por el bien de ese loco lamentable.

El Fonstein de Jerusalén me dio un pretexto para ponerme en contacto con los Fonstein (o por lo menos un incentivo). Anoté el número del rabino en mi agenda, bajo la última dirección que yo tenía de Fonstein. Pero, en aquel momento, había otras necesidades y deberes que reclamaban mi atención; además, aún no me sentía preparado para hablar con Sorella y Harry. Había que hacer algunos ajustes. Esto, a medida que va apareciendo bajo mi bolígrafo, me recuerda el título del famoso libro de Stanislavski, *Un actor se prepara* (una vez más, un dato relativo a mi memoria, un recurso, una vocación a la que he dedicado toda una vida de cultivo y que en mi vejez también me oprime).

Para entonces (que significa ahora: «Ahora, ahora, precisamente ahora») yo estaba, estoy, sufriendo dificultades con ello. Una de aquellas mañanas había tenido un fallo de la memoria y me había vuelto casi loco (no retener una ocasión de tal importancia). Resulta que tenía una cita con el dentista en el centro. Fui en coche, porque ya era tarde y no podía fiarme del taxista para que me llevara a tiempo. Aparqué a algunas manzanas de distancia, lo mejor que pude encontrar en una mañana de mucho tráfico, ya que los aparcamientos más cercanos estaban llenos. Entonces, cuando

volvía a pie de la consulta del dentista, descubrí que (bajo la influencia del ritmo a que caminaba, supongo) tenía una tonadilla metida en la cabeza. Me llegaba la letra:

Quando bajaba por...
Quando bajaba por...
... por el río...

Pero ¿cómo se llamaba el río? Aquella canción yo la había cantado desde niño, hacía casi setenta años, y era parte de los cimientos de mi mente. Era una canción clásica, que conocían todos los norteamericanos. Al menos los de mi generación.

Me paré en el escaparate de una tienda de deportes, especializada, parece ser, en botas de montar, botas brillantes, tanto de hombre como de mujer, mantas para sillas de montar, chaquetas carmesí y material para la caza del zorro, incluso cuernos de bronce. Todos los objetos expuestos eran muy significativos. Los colores de las mantas eran especialmente brillantes y ordenados, lo que produjo envidia a un hombre que en aquel momento tenía su mente hecha pedazos.

¿Cuál era el nombre de ese río?

Recordaba fácilmente el resto de la letra:

*Aquí es donde mi corazón te desea siempre,
allí es donde se quedan los ancianos.
Todo el mundo está triste y cansado, allá donde voy.
Oh, qué cansado está mi corazón...*

Y todo lo demás.

Y era verdad que el mundo me parecía oscuro y cansado. ¡Maldita sea! Un fusible se había fundido en mi cerebro. ¿Era aquello un augurio? ¿El principio del fin? Por supuesto, hay causas psíquicas para el olvido. Yo mismo he dado conferencias sobre el tema. Huelga decir que no todo el mundo se tomaría tan a pecho un lapsus así. Se había roto un puente: yo no podía cruzar el río... Sentí el impulso de golpear el escaparate de la tienda con el mango de mi paraguas y, cuando empezara a llegar la gente, gritarles: «¡Dios mío! Tienen ustedes que decirme cómo sigue la letra. No me sale más que “cuando bajaba por... por...”». Ya lo veía: me echarían por los hombros aquella manta roja, de un rojo brillante, como si los hilos fueran de fuego, y me meterían en la tienda para esperar la ambulancia.

En el aparcamiento quise preguntarle a la cajera, por pura desesperación. Cuando me dijo: «Siete dólares», empecé a tararear la cancioncilla por el agujero de la caja de cristal. Pero, como la mujer era negra, podía ofenderse con lo de «oscuro y triste». Y además, ¿cómo podía yo saber si ella, como yo, había sido criada al son de Stephen Foster? No había ninguna razón para creerlo. Por la misma razón, tampoco pude preguntarle al empleado que me trajo el coche.

Sin embargo, cuando estuve al volante del coche, aquel contacto defectuoso se corrigió, y yo empecé a gritar: «Swanee, Swanee, Swanee...», dando puñetazos al volante. Lo que hagas detrás de las ventanas de tu coche no importa. Ese es uno de los privilegios que proporciona el ser propietario de un vehículo.

¡Por supuesto! El Swanee. O Suvanee (que es como prefieren deletrearlo en el sur). Pero esto supuso una crisis en mi vida mental. Yo había tenido un objetivo doble al buscar a George Herbert:

no solo era apropiado por la estación sino también como prueba para mi memoria. De manera que mis recuerdos del caso Fonstein *versus* Rose son en parte una prueba para la memoria y también una investigación más general de lo mismo, porque, si volvemos a la afirmación de que la memoria es la vida y el olvido la muerte («olvidar felizmente», el más común de los proverbios, lo añaden los escritores al principio de sus obras, para reflejar la preponderancia de la opinión de que una gran parte de la vida consiste en sufrir), he establecido por lo menos que sigo siendo capaz de seguir luchando por la existencia.

¿Que espero la victoria? Y bien, ¿en qué consistiría la victoria?

Me creí lo que me dijo el rabino X o Y de que los Fonstein se habían mudado y estaban ilocalizables. Probablemente así era, y se habían retirado, como yo. Pero, mientras yo estoy en Filadelfia, y sigo aquí, ellos era muy probable que hubiesen abandonado aquel campo de batalla, el sombrío norte, para ir a instalarse en Sarasota o en Palm Springs. Tenían dinero suficiente. Después de todo, América se portó bien con Harry Fonstein y cumplió sus espléndidas promesas. Se habían ahorrado la peor parte de lo que tenemos aquí, los trabajos rutinarios en la industria o administrativos y el empleo de la burocracia. Como yo apreciaba a los Fonstein, me alegraba de que así fuera. Mis muy queridos amigos ausentes, tan bien instalados en mi conciencia.

Yo supuse que ellos, al no tener noticias mías, se habrían olvidado de mí, después de tres décadas. Fue Freud el que enunció el principio de que el inconsciente no reconoce la muerte. Pero, ya ven ustedes, el consciente también es raro.

De manera que empecé a sacar los nombres olvidados de los parientes de mi mente cuadrículada: Rosenberg, Rosenthal, Sorkin, Swerdlow, Bleistiff, Fradkin. Los apellidos judíos son otro tema curioso, hay muchos que han sido impuestos por la oficialidad alemana, polaca o rusa (esperando los sobornos de los solicitantes), mientras que otros son invención de la fantasía judía. Cuántas veces se ha invocado el nombre de la rosa, como en el caso del propio Billy. Había muy pocas palabras que fueran también nombres de flores, por ejemplo *Margaritka*. Margarita. No me parece un nombre adecuado para nadie.

La tía Mildred, mi madrastra, había sido cuidada en su vejez por unos parientes de Elizabeth, los Rosensaft, y mi investigación comenzó por ellos. Al teléfono no fueron muy cordiales ni muy amables, porque yo rara vez había visitado a Mildred en los últimos tiempos. Me parece que ella empezó a decir que era ella la que me había criado e incluso que gracias a ella estudié yo. (Los fondos habían venido de una póliza de Prudential pagada por mi propia madre.) Esto era un pecado venial, que me proporcionaba a mí la excusa perfecta para ser distante como yo quería. Yo tampoco apreciaba a los Rosensaft. Se habían quedado el reloj y la cadena de mi padre cuando murió. Pero uno siempre puede vivir sin esos objetos de valor sentimental. La vieja señora Rosensaft me dijo que había perdido el rastro de los Fonstein. Le parecía que los Swerdlow de Morristown podrían saber adónde habían ido Harry y Sorella.

En Información conseguí el número de los Swerdlow. Lo marqué, y al otro lado de la línea me respondió un contestador. La voz de la señora Swerdlow, imitando un acento más cercano al de la clase alta de Morristown que al de su nativa Newark, me pedía que dejase mi número y mi nombre, así como la fecha de la llamada. Odio los contestadores, de manera que colgué. Además, siempre evito dar mi número, que no figura en el listín.

Aquella noche, mientras subía al segundo piso, a mi oficina, agarrado al clásico pasamanos de Filadelfia, reflexioné y me di cuenta de que estaba bastante harto de aquella grandiosidad no

compartida de la mansión. Una vez más volví a pensar en Sarasota o en las sociables Florida Keys. Elefantes y acróbatas, circos en temporada de invierno, serían más distraídos. Mudarme a Palm Springs estaba descartado y, aunque las Keys tenían una gran población homosexual, yo me encontraba más a gusto con los gays, gracias a los años que había pasado en el Village, que con los hombres de negocios de California. En cualquier caso, no podía soportar mucho más estos techos de casi diez metros de alto y la soledad de la caoba. Esta mansión exigía demasiado de mí, y yo era consciente de la tensión. Hacía tiempo que yo había demostrado lo que quería demostrar: que podía poseer una morada de aquel estilo y clase. Ahora que se la lleven, pensé, parafraseando la vieja canción: «Estoy harto de las rosas, que se las lleven todas». Decidí volver a hablar del tema con mi hijo, Henry. A su mujer no le gustaba la mansión; sus gustos eran más bien modernos, y además era muy crítica con la rivalidad transatlántica de los nuevos ricos norteamericanos con respecto a los ricos de título del Londres victoriano. Ya me había rechazado de plano la primera vez que les ofrecí la mansión.

Lo que se me estaba ocurriendo era que si lograba encontrar a Harry y Sorella no me importaría unirme a ellos en su retiro, si ellos aceptaban mi compañía (y perdonaban el insulto del descuido). Para mí era natural preguntarme si no habría exagerado (animado por el deseo de una mujer más profunda) las cualidades de Sorella en mis recuerdos, y volví a dedicar mis pensamientos a su curiosa personalidad. Yo nunca había olvidado lo que ella dijo sobre la prueba que había supuesto para los judíos la experiencia norteamericana. Su entrevista con Billy Rose había sido en sí una experiencia muy norteamericana. Otra vez Billy: ¿debilidad? ¡Lo que era él es vanidoso! ¡Y mucho! Y además trivial. El asqueroso de Billy. Y sin embargo lo era, de manera infantil, franca y espaciosa; y espacioso no era solo un adjetivo de *America the Beautiful* (los cielos espaciosos) sino el haber invertido entre quince y veinte millones de verdad en un jardín para el descanso de la cultura en Jerusalén, el centro de la historia judía, el ombligo del mundo. Este gesto de rara magnificencia era norteamericano. Norteamericano y oriental.

E incluso si al final no me instalaba cerca de los Fonstein, siempre podía hacerles una visita. No podía evitar preguntarme por qué le había vuelto yo la espalda a una pareja tan magnífica: Sorella, tan obesa y misteriosa; Fonstein, con su piel rojiza (que una vez fue blanca como la piedra) y su rostro de granada. Podría incluso incluirme a mí mismo, el tercero: un viejo alto con un tirabuzón estructural en la cima como un helecho, en forma de violín o de bastón de un obispo.

Por tanto, empecé a buscar a Harry y Sorella no solo porque se lo había prometido al rabino X o Y, ni tampoco por el viejo loco de Jerusalén que se encontraba en la miseria. Si lo que necesitaba era solo dinero, yo podía fácilmente llenar un cheque o pedirle a mi banquero que enviase uno. El banco cobraba ocho pavos por este servicio, y con una llamada telefónica podría haber solucionado el asunto. Pero yo prefería solucionar las cosas a mi manera, desde mi mansión, marcando yo mismo los números, por encima del Instituto Mnemosyne y de sus secretarias.

Sirviéndome de viejos cuadernos de direcciones, llamé a todas partes. (Ojalá los cementerios tuvieran centralitas. «Buenos días, operadora, quiero llamar al código 000.») No quería que las chicas del instituto participasen en todo esto, y menos aún en mis investigaciones. Cuando por fin conseguía un número, era muy probable que la conversación fuese extraña, y que supusiese un esfuerzo para la memoria del Fundador. «Vaya, ¿cómo estás?», me preguntaba alguien a quien yo no había visto en tres décadas. «¿Recuerdas a Max, mi marido? ¿Y a Zoe, mi hija?» ¿Iba yo a saber lo que responder?

Sí que los recordaría, pero, bueno, ¿por qué tendría que hacerlo? Qué agradable sería en esos

casos el olvido, para poder decir: «¿Max? ¿Zoe? No, la verdad es que no». En los últimos confines de la familia, o en unos círculos sociales remotos y perdidos en el tiempo, los recuerdos al azar pueden ser un castigo. Lo que primero se ve, en retrospectiva, son los psicópatas, los feos, los vagos, los tacaños, los hipocondríacos, los pesados, los humanoides y los tiranos. Esos tienen un poder de permanencia sorprendente. Son más difíciles de recuperar los de ojos amables, rostros agradables, los comediantes que intentaron entretenerte, gratis, y hacer que olvidaras tus problemas. Una parte importante de mi método se basa en que las cadenas de memoria están construidas por temas. Cuando faltan los temas puede haber poco recuerdo. Así, por ejemplo, Billy, nuestro amigo Bella Rosa, no ubicaba fácilmente a Fonstein por la desafortunada escasez de temas puramente humanos, en contraste con los negocios, la publicidad o los temas sexuales. Para dar un ejemplo muy negativo, hay asesinos que no recuerdan sus crímenes porque no tienen ningún interés por la existencia o no existencia de sus víctimas. De manera que, estudiantes míos, solo los temas pertinentes garantizan un recuerdo completo.

Algunos de los viejos con los que me puse en contacto me desanimaron con mucha energía: «Si recuerdas tantas cosas sobre mí, ¿cómo es que no te veo desde la guerra de Corea?...». «No, no puedo decirte nada sobre Sorella, la sobrina de Salkind. Salkind volvió a Nueva Jersey cuando Castro tomó el poder. Murió en un jaleo en un asilo de ancianos a finales de los sesenta.»

Un hombre me comentó: «Las páginas de los calendarios se deshacen. Son como la caspa del tiempo. ¿Qué quieres de mí?».

Como yo llamaba desde una mansión de Filadelfia, tenía desventaja. Una persona en mi posición descubre, al ponerse en contacto con gente de Passaic, Elizabeth o Paterson, cuántas defensas se ha organizado contra la vulgaridad o los pensamientos bajos. Yo no quería hablar de la atención médica ni de la Seguridad Social ni de audífonos ni de marcapasos ni de cirugía vascular.

En algunas fuentes me criticaron a Sorella.

—Salkind era soltero, no tenía hijos, y esa mujer debería haber hecho algo por el viejo.

—¿Nunca se casó?

—Nunca —dijo la amargada vieja al otro lado de la línea—. Pero a ella sí que la casó, por su hermano. En todo caso, todos han tenido ya su pasaporte, así que, ¿qué importa ya?

—¿Y no puedes decirme dónde puedo encontrar a Sorella?

—No podría importarme menos.

—No —dije yo—. No podría importarte menos.

De manera que el casamentero en persona había sido un soltero toda su vida. Desinteresadamente le había encontrado marido a la hija de su hermano, juntando a dos personas desfavorecidas. Otra señora me dijo sobre Sorella:

—Era muy distante. Despreciaba mi conversación. Yo creo que era una esnob. Una vez traté de convencerla para que se inscribieran en un viaje en grupo por Europa. La hermandad de mi templo consiguió realmente un buen precio para el vuelo. Pues Sorella me dijo que el francés era su segundo idioma y que ella no necesitaba que nadie le tradujera las cosas en París. Le debería haber contestado: «Yo te conocí cuando no había un hombre que te echase una segunda mirada y que incluso habría recogido la primera si hubiera podido». Pero así es como era. Ella era demasiado buena para nadie...

Comprendía lo que querían decir aquellas señoras (era una tendencia muy extendida entre mis informantes). Acusaban a la señora Fonstein de darse aires de superioridad, demasiados. Casi todas estaban ofendidas. Ella prefería la compañía de la señora Hamet, la vieja actriz con el rostro

tuberculoso y blanco como la parafina. Sorella era incluso demasiado importante para Billy; lanzarle a la cara el dossier mortífero de la señora Hamet era el gesto de una persona que se creía superior, una persona con inteligencia y buen gusto. Como una reina, como una emperatriz, e inevitablemente aislada. Este era el consenso de todos los chismes, de los viejos a quienes telefoneé desde el triple aislamiento de mi residencia de Filadelfia.

Estaba escrito que los Fonstein y yo nos hiciésemos compañía mutuamente. Sin embargo, ellos no me iban a obligar a aceptar la suya. Supusieron que yo estaba por encima de ellos socialmente, en la Filadelfia de las clases más altas, y que yo no deseaba su amistad. Supongo que mi difunta esposa, Deirdre, no habría apreciado a Sorella, con sus anteojos y sus aires altivos, el funcionamiento de su cerebro y los problemas de su enorme cuerpo, tratando de acoplarse en una de las sillas Hepplewhite de nuestro comedor. En comparación, a Deirdre le hubiera resultado relativamente fácil tratarse con Fonstein. Y sin embargo, aunque yo no era un asimilacionista, por lo menos evitaba las mezclas poco confortables, y al final aquí estoy, solo con estas veinte habitaciones vacías.

Todavía recuerdo haber ido en coche con mi difunto padre por el oeste de Pensilvania. Le llamó la atención la inmensa cantidad de tierra sin una figura humana. ¡Cuánto espacio! Tras un largo silencio, en un trance de viajero parecido al del ajedrez, me dijo: «¡Ay, cuántos judíos se podrían haber instalado aquí! Hay espacio suficiente para todos».

A veces me siento como un enchufe que recuerda a su otra parte.

A medida que iba haciendo una llamada después de otra, me imaginaba mi reencuentro con los Fonstein. Los había ubicado mentalmente en Sarasota, Florida, y me recreaba imaginando los paseos que podríamos dar bajo el sol en los barrios de invierno de Ringling o Hagenbeck, charlando sobre unos acontecimientos que habían pasado hacía tanto en el hotel Rey David: la pérdida de las maletas de Billy Rose, la reserva oriental de Noguchi. En unos viejos sobres de papel manila encontré unas fotografías de Jerusalén, entre ellas una de Fonstein y Sorella con el fondo del desierto de Judea, las piedras ardientes de Ezequiel, que ni siquiera hoy se han enfriado del todo, esas piedras de fuego por entre las cuales habían caminado los querubines.

En aquel lugar tan salvaje, dos personas modernas, el hombre con un traje de negocios, la mujer vestida de blanco vaporoso, una pareja casada cogida de la mano: la gruesa palma de ella en los dedos de inventor de él. No pude evitar pensar que Sorella no tuvo una auténtica biografía hasta que Harry entró en su vida. Y él, Harry, al que Hitler había tratado de matar, tenía una biografía en la medida en que Hitler lo había señalado para matarlo, en la medida en que había huido, había sido salvado por Billy, había llegado a América y había inventado un termostato mejor. Y aquí estaban en color, con el desierto de Judea detrás, como un marido y mujer de una Caney Island de cuento podrían haber posado con un fondo pintado o sentados en una media luna. Como turistas en la Tierra Santa, ¿cuál era su lugar, desde el punto de vista biográfico? ¿Hasta qué punto había sido aquel viaje memorable para ellos? La pregunta me hizo volver a mí mismo y, al estilo judío, se contestó a sí misma con otra pregunta: ¿qué era lo que valía la pena recordar?

Cuando llegué a lo alto de las escaleras —esto fue anteanoche— no me apetecía irme a la cama inmediatamente. Ciertamente, uno se cansa de cuidar a este muñeco de tamaño humano, el jubilado, de darle sus píldoras, de quitarle los calcetines, de hacer que tome sus cereales, de afeitarse su rostro y de asegurarse de que duerme lo suficiente. En vez de abrir la puerta del dormitorio, me dirigí al saloncito de la planta de arriba.

Para ahorrarme toda distracción concentrando todos los tipos de negocio en el mismo despacho,

me ocupo de las cuentas, los avisos del banco y la correspondencia jurídica en el piso de abajo, y las actividades más elevadas las reservo para arriba. Deirdre estaba de acuerdo con esto. Para ella representaba un reto amueblar cada estancia de manera apropiada. Ahora una de mis distracciones consiste en dar una vuelta por las tiendas de antigüedades y mirar las piezas comparables, examinarlas y ponerles un precio, para darme cuenta de lo buena compradora que fue Deirdre. Al hacer esto, mis actividades me impiden abandonar Filadelfia, ciudad en la que un hombre puede encontrar poco más que hacer en una tarde aburrida.

Hasta el teléfono de mi despacho de arriba es un instrumento francés con micrófono de porcelana: un Quimper azul y blanco. Deirdre lo había comprado en el bulevar Haussmann, y el barón Charlus podría haber impresionado a sus amiguitos con él, hablando bajito y conspirando en este mismo teléfono. Eso lo habría divertido, si rondaba como un fantasma los objetos de uso corriente: ver cómo yo marcaba una vez más el número de los Swerdlow, siguiendo con mis investigaciones sobre los Fonstein.

En este artículo art nouveau —para los que escapan a la ignorancia científica (¿cómo funciona un teléfono?) con la ayuda de juguetes de alto nivel— volví a probar con Morristown, y esta vez fue el propio Hyman Swerdlow el que me contestó. Tan pronto como oí su voz, se apareció ante mí, y de hecho hasta su esposa renació de nuevo en mi memoria y estaba a su lado. Swerdlow era pariente directo de Fonstein, y había sido asesor de inversiones. Después de recibir formación en Wall Street, se estableció en la elegante Nueva Jersey. Era una persona respetable y tranquila, muy callada, «sencillo», para tomar un término de la decoración. Tenía un aspecto taciturno y despreocupado al mismo tiempo. Probablemente no le gustaba lo que había hecho de su vida, pero ya era demasiado tarde para corregirlo. Se dedicó a cultivar los buenos modales: era muy educado y siempre vestía en tonalidades grises y marrones de Brooks Brothers. Su tono era despreocupado. Hoy día uno podía tener ese tono sin convertirse. No había que elegir entre Jehová y Jesús. Yo había conocido a su padre. El hijo había heredado de él la cara de judío antiguo, oscura y de facciones bien marcadas. Hyman había descubierto un modo de quitarle la herencia judía. Lo que lo sustituía era un aspecto de perfecta formalidad. Hablaba muy bien. Podías confiarle tus ahorros. Ni siquiera se le ocurriría hacer con ellos una inversión arriesgada. Tenía dos hijos, un bioquímico y un biólogo molecular, respectivamente. Ahora su mujer podía dedicarse a sus acuarelas.

Yo creo que los Swerdlow eran muy inteligentes. Puede incluso que fueran profundamente inteligentes. Lo que les pasó no se podía evitar.

—No puedo decirte nada sobre Fonstein —dijo Swerdlow—. De alguna manera he perdido el contacto...

Me di cuenta de que, como los Fonstein, Swerdlow y su mujer se habían aislado. No lo habían hecho deliberadamente. Uno seguía su propio camino, y se encontraba de pronto en Nueva York pero, más allá de las comunidades de origen, en una buena posición. La propia historia se convertía también en una de las opciones. El hecho de tener o no una historia dependía de uno mismo.

El astuto Swerdlow, que por supuesto me recordaba (yo era rico, y podría haber sido un cliente importante; no obstante, no había ningún reproche que se pudiera detectar en su tono), me estaba preguntando ahora qué es lo que quería de Harry Fonstein. Le expliqué que un viejo loco de Jerusalén necesitaba su ayuda. No me preguntó nada más.

—La verdad es que nunca tuvimos una gran relación —dijo—. Harry era muy buena persona. Su mujer, sin embargo, era un poco abrumadora.

Traducido, esto significaba que Edna Swerdlow no se había llevado bien con Sorella. Uno aprende pronto a traducir las afirmaciones simples a que se limitan los hombres como Swerdlow. Tratan de no decir más de la cuenta y rehúyen las complicaciones psicológicas (puede que incluso las odien).

—¿Cuándo fue la última vez que viste a los Fonstein?

—Durante el periodo de Lakewood —dijo Swerdlow con tacto. Evitó hablar de la muerte de mi padre, que podía ser un tema delicado—. Me parece que fue cuando Sorella hablaba tanto sobre Billy Rose.

—Tuvieron relación con él. Y él se negó a participar... ¿Así que les oíste hablar de él?

—Hasta la gente más sensata pierde la cabeza con los famosos. ¿Qué tenía Harry que exigirle a Billy Rose, y por qué tenía Billy que hacer nada más de lo que había hecho? Un hombre como Rose tiene que dosificar el número de personas con las que se trata.

—¿Como uno de esos carteles de los ascensores: «Carga máxima: mil trescientos kilogramos»?

—Si quieres.

—Cuando pienso en aquel asunto entre Fonstein y Billy —dije yo—, estoy seguro de que voy a ver también el judaísmo europeo. ¿Para qué era todo aquello? Para mí, el término es «justicia». De una vez por todas se descubrió que esta expectativa, o confianza, carecía de base. Había que olvidar la justicia ... si es que, después de haberla tomado en serio durante tanto tiempo, aún se podía.

Swerdlow no pudo dejarme continuar. Este no era su tipo de conversación.

—Ponlo como quieras. ¿De qué manera se aplica a Billy? ¿Qué se supone que tenía que hacer él?

Bueno, yo no esperaba que Billy se cargara con esto, ni con ninguna otra cosa. De mi conversación con Hyman Swerdlow deduje que hablar de justicia no solo estaba fuera de lugar sino que molestaba. Y si el barón Charlus había estado escuchando, el fantasma del teléfono con el micrófono Quimper, se habría alejado de esta conversación con desprecio. Yo no me culpaba mucho a mí mismo y desde luego no sentía que estuviese haciendo el tonto. En el peor de los casos, había sido inapropiado llamar a Swerdlow en busca de información para después, inopinadamente, salir con este tema y tratar de hacer que él me siguiera. Estas eran cuestiones que yo meditaba en privado, las preocupaciones subjetivas de una persona que vivía sola en una gran casa de Filadelfia en la que se sentía fuera de lugar, y que había perdido de vista la diferencia entre rumiar y una conversación normal. Yo no podía sacarme de la manga un negocio sobre el que hablar con Swerdlow, ni ponerme a hablar de justicia, honor, ideas platónicas o las expectativas de los judíos. En cualquier caso, por su tono estaba claro que estaba deseando librarse de mí, de manera que le dije:

—El rabino X o Y de Jerusalén, que habla un inglés bastante bueno, me hizo prometerle que localizaría a Fonstein. Me dijo que no había logrado encontrarlo.

—¿Estás seguro de que no está en el listín telefónico?

No, claro que no estaba seguro, ¿verdad? Ni siquiera había mirado. Yo era así.

—Supuse que el rabino sí que había mirado —dije—. Estoy escarmentado. No debería haberlo creído. Él debería haber mirado. Y yo lo di por hecho. Probablemente tienes razón.

—Si puedo ayudarte en otra cosa...

Al señalarme lo que él habría hecho para encontrar a Fonstein, Swerdlow me mostró cuán retorcido era yo. Desde luego que había sido estúpido por mi parte no mirar en el listín telefónico. Muy listo, muy listo, pero en el fondo un tonto, como solían decir los viejos. Porque resulta que los Fonstein sí que estaban en el listín telefónico. Llamé a Información y me dieron el número. Y allí

estaban, tan accesibles como otros millones de personas, en letra pequeña, una fila detrás de otra, aquellas listas interminables.

Marqué el número de los Fonstein, me dispuse para la conversación —las palabras de saludo preparadas, las excusas por descuidarlos pronunciadas con calor, que era de hecho el calor que yo sentía, por si acaso se inclinaban por echarme a mí la culpa— porque al fin y al cabo yo tenía la culpa.

Pero habían salido, o bien desconectado el teléfono. Ya eran ancianos. Probablemente se acostaban pronto. Después de dejar sonar el teléfono una docena de veces, renuncié y me acosté. Cuando me metí en la cama —sin demasiado miedo de estar solo en este enorme lugar, y no porque no haya bastantes ladrones y asesinos en la ciudad— cogí un libro y me preparé para una buena lectura.

Los libros de cabecera de Deirdre habían pasado a ser míos. Yo sentía curiosidad por saber qué es lo que había leído ella para dormir. Lo que ella había tenido en su mente se volvió importante para mí. En los últimos años se había vuelto hacia libros como *Koré Kosmu*, la *Hermética* publicada por Oxford, y también selecciones del Zohar. Como la heroína de la historia «Morelia», de Poe. Era extraño que Deirdre hubiera dicho tan poco sobre ello. No era una mujer de secretos, pero, como muchas otras, guardaba silencio sobre las cuestiones de pensamiento y religión. A mí me encantaba verla enfrascada en un libro, arropada en su lado de la cama de anticuario, perfectamente quieta bajo las mantas. El par de lámparas que teníamos a cada lado eran como espinos de bronce. Siempre traté de convencer a Deirdre de que comprara unas luces más apropiadas para leer. Nada logró persuadirla —era obstinada cuando se trataba de gusto— y tres años después de su fallecimiento yo seguía buscando: esas zarzamoras esculpidas nunca serán reemplazadas.

Algunos hombres se quedan dormidos en el sofá después de la cena. A menudo esto acaba en insomnio, y, como yo odio estar levantado por la noche, mi rutina consiste en leer en la cama hasta medianoche, concentrándome en los pasajes marcados por Deirdre y en sus notas al final del libro. Se ha convertido en uno de mis rituales sentimentales.

Pero esa noche en concreto leí unas cuantas frases y enseguida empecé a soñar.

Mis sueños son muy variados. Mis noches suelen ser movidas. Tengo sueños ansiosos, sueños divertidos, sueños de deseo, sueños simbólicos. Hay sueños, sin embargo, que son completamente de negocios y van directamente al grano. Supongo que cada uno tiene los sueños que se merece, y puede que alguien incluso los prepare en secreto.

Sin preliminares, me encontré metido en un agujero. Era de noche, en una llanura, un pozo, y desde el principio yo trataba de salir trepando. De hecho, llevaba un rato intentándolo. Se trataba de un hoyo cavado, no una tumba sino una trampa preparada para mí por alguien que me conocía lo suficientemente bien como para saber que yo iba a caer en ella. Yo veía por encima del borde, pero no podía salir arrastrándome porque tenía las piernas enredadas en unas cuerdas o raíces. Me agarraba con las uñas a la tierra para sustentarme en algo. Todo mi peso caía sobre los brazos. Si no podía alzarme hasta el borde, podría por lo menos liberar las piernas. Pero ya estaba cansado, agotado, y si me las arreglaba para salir de allí estaría demasiado cansado para luchar. Mis esfuerzos eran observados por la persona que había planeado esto para mí. Yo le veía las botas. Un poco más lejos, en un hoyo similar, otro hombre se esforzaba por salir. Tampoco lo iba a conseguir. Desesperación no era lo que yo más sentía, como tampoco miedo de la muerte. Lo que hacía que el sueño fuese terrible era mi entera convicción de que allí había un error, que yo no había calculado

bien mis fuerzas, y el reconocimiento de que mis fuerzas se habían agotado. Toda mi estructura estaba aplanada. No había un músculo al que no hubiera apelado, y por primera vez era consciente de todos ellos, hasta el más diminuto, y lo mejor que podían hacer no era suficiente. No podía contar conmigo mismo, no estaba a la altura de las circunstancias, no podía salir. No hay ningún motivo por el que yo debiera pedirles que sientan esto conmigo, y no los culparé si lo evitan; yo he hecho lo mismo muchas veces. Siempre evito los extremos, incluso durante el sueño. Además, todos reconocemos la carga de los sueños: la vida es tan distinta, la gran mascarada de la mortalidad que se resume en un hoyo en el suelo. Y sin embargo, aquello no agotaba el sentido del sueño, y el resto es fundamental para interpretar lo que acabo de exponer sobre Fonstein, Sorella o incluso Billy. No habría podido describirlo de otro modo. No es tanto un sueño como un mensaje. Alguien me estaba mostrando —y yo era consciente de ello en mi sueño— que había cometido un error, un error que había durado toda una vida: algo que estaba mal, que era falso, y que ahora se manifestaba plenamente.

Las revelaciones a la vejez pueden hacer pedazos todo lo que has construido desde el principio, toda la astucia de una vida entera de experiencia y trabajo, de interpretación y reinterpretación a trozos de los engaños que has llegado a creerte, el trabajo del enjambre de tus tropas de defensa contra los golpes, que van a seguir poniendo en pie otras barreras más perversas (o dementes). Todo eso se salta en un sueño como este. Cuando uno tiene un sueño así todo lo que puede hacer es resignarse a las inevitables conclusiones.

La imaginación de la fuerza está relacionada con los temores de brutalidad, en los casos en que esa brutalidad se manifiesta plenamente o es absoluta. La mía es una versión de la realidad del Nuevo Mundo, que me permite la presunción de que hay algo real en ella. En el Nuevo Mundo la fuerza *no* cede. Este es el motivo por el que tus padres europeos, tus viejos, te alimentaron tan bien en esta tierra de la juventud. A ellos los formaron para la sumisión, pero tú te criaste libre. Eras igual que los demás, eras fuerte, y aquí no te podían mandar a matar, como *allí* habían hecho con los judíos.

Pero tu alma te devolvía la verdad con tanta fuerza que te despertabas en tu cama cincuenta por cincuenta (mitad judía, mitad blanca) ya que, gracias al poder de la memoria, eras propietario de una mansión en Filadelfia (una recompensa demasiado desproporcionada), y ahí el sueño se había acabado. Eras un viejo que volvía a la conciencia ordinaria abriendo sus ojos, aún asustados, y que veía la lámpara de bronce con la bombilla brillando en su interior. Con el cuello apoyado en dos almohadas, preparado para leer, estabas tan curvado como el cayado de un pastor.

No solo era el sueño lo que daba miedo, aunque aquello ya era bastante malo; era la revelación que traía consigo la que era tan difícil de aceptar. No era la muerte lo que me había asustado, era el descubrimiento: yo no era lo que creía que era. En realidad, yo no entendía la brutalidad despiadada. Y ¿con quién iba a hablar de ello? Deirdre ya no estaba; no puedo hablar de estas cosas con mi hijo, es demasiado administrador y ejecutivo. Solo me quedaban Fonstein y Sorella. Quizá.

Recuerdo que Sorella había dicho que Fonstein, con su bota ortopédica, no podía saltar por encima de los muros y escaparse como Douglas Fairbanks. En las películas, Douglas Fairbanks era siempre demasiado bueno para sus enemigos. Nunca podían atraparlo. En *El pirata negro* se enfrentaba a un navío él solo. Con un cuchillo en la mano, se deslizaba por la vela central, y la cortaba por la mitad. A un hombre como ese no lo podrían haber encerrado en un vagón de ganado; se habría escapado. Sorella no hablaba de Douglas Fairbanks, como tampoco se refería únicamente a Fonstein. Su observación estaba dirigida en el fondo a mí. Sí, hablaba de mí y también de Billy Rose.

Porque Fonstein era Fonstein. Él representaba a la Mitteleuropa. Yo, por otro lado, venía de la costa Este, había nacido en Nueva Jersey, me había educado en Washington Square College, y había tenido un gran éxito en los negocios en Filadelfia. Éramos judíos de una raza totalmente distinta. Y por tanto —sí, continúen, ya no puede evitarse— yo estaba más cerca de Billy Rose y de su operación de rescate; el personal clandestino inspirado por *La Pimpinela Escarlata*, el Hollywood de Leslie Howard, que encarnaba a la Pimpinela, sustituía al Hollywood de Douglas Fairbanks. No había, por tanto, ninguna manera de que yo pudiese entender los hechos reales en el caso de Fonstein. Yo no había comprendido el caso Fonstein *versus* Rose, y ahora estaba desesperado por decírselo a Harry y Sorella. Uno siempre paga un precio por ser hijo del Nuevo Mundo.

Decidí apagar la lámpara, que, momentáneamente, me recordó el matorral en el que Abraham había encontrado un carnero atrapado por los cuernos: como pueden ver, era un bombardeo continuo desde muchos lados. Ahora me estaban llegando partículas iluminadas de la historia judía.

Un viejo ha tenido toda una vida para aprender a controlar sus nervios por la noche. Fuera lo que fuera yo (y eso, en esta fase tardía, aún quedaba por ver), necesitaría fuerza por la mañana para proseguir mi investigación. De manera que tenía que tomar medidas para evitar pasar una noche inquieta. Es posible que los grandes hombres acojan con satisfacción el insomnio y se alegren de pensar en Dios o en la ciencia en mitad de la noche, pero yo estaba demasiado nervioso como para pensar nada con claridad. Una importante enseñanza del sistema Mnemosyne, sin embargo, es la de aprender a poner la mente en blanco. Uno desea no pensar nada. Elimina todas las distracciones. Resultó que las distracciones de esa noche eran muy graves. Yo había descubierto durante cuánto tiempo me había protegido contra las imágenes insoportables —no, imágenes no, sino reconocimientos— de asesinato, de disfrute con la tortura y de la bajeza de la brutalidad, sin las cuales no existe actividad humana.

De manera que me apliqué mi famoso método. Deseé no pensar en nada. Dejé fuera todos los pensamientos. Cuando uno no piensa en nada, se pierde la conciencia. Cuando no hay conciencia, se duerme uno.

Me dormí como un tronco. Fue una bendición.

Por la mañana, me encontré con que era superior. En el lavabo me enjuagué la boca, porque tenía sed (los ancianos padecen a menudo esa sequía). Me afeité y me cepillé y dediqué algunos minutos a mi máquina de esquí (no debo dejar que se me atrofien los músculos), para después vestirme y, una vez vestido, meter los zapatos debajo del cepillo giratorio. Convertido una vez más en el legítimo propietario de una hermosa casa, de la que Francis X. Briddle fue vecino en una época y a la que vino a tomar el té Emily Dickinson —habría otros personajes que mencionar—, bajé a desayunar. Mi ama de llaves salió de la cocina con cereales, fresas y café negro. Para empezar el café, más de lo habitual.

—¿Cómo ha dormido? —dijo Sarah, mi anticuada gobernanta. Tanta discreción, discernimiento y sabiduría reunidos en esta corpulenta señora negra. No nos comunicábamos con palabras, pero intercambiábamos información tácitamente a un nivel bastante avanzado. Por la cantidad de café que estaba tomando, ella ya sabía que yo estaba fingiendo algo. Por mi parte, yo era consciente de la posibilidad de que otorgara a Sarah unas capacidades muy amplias porque echaba de menos a mi esposa y el contacto con la inteligencia femenina. Reconocía también que había empezado a poner mis esperanzas y necesidades en Sorella Fonstein, a la que ahora estaba deseando ver. Mi mente insistía en ubicar a los Fonstein en Sarasota, en un retiro de invierno compartido con los

descendientes de los elefantes de Aníbal, en medio de palmeras e hibiscos. Una Sarasota idealizada, con la que al parecer mi corazón soñaba.

Sarah me sirvió más café en el estudio. Probablemente habían aparecido nuevas arrugas en mi rostro durante la noche, signos que indicaban la demolición de una estructura muy antigua. (¿Cómo podía haber sido tan estúpido?)

Al final, mis llamadas recibieron respuesta: estaba llamando cada media hora.

Al otro lado de la línea habló un joven:

—¿Dígame?

Qué listo fue Swerdlow al sugerir la guía telefónica.

—¿Estoy hablando con la residencia de los Fonstein?

—En efecto.

—¿No será usted Gilbert Fonstein, el hijo?

—No, no lo soy —dijo aquel joven, seco pero amable. Era, como se suele decir, distante. No estaba sugiriendo que yo lo estuviera molestando (esto me recordó a Sorella, a ella le gustaba hacer juegos de palabras)—. Soy un amigo de Gilbert. Estoy cuidando la casa. Paseo al perro, riego las plantas y programo las luces. ¿Quién es usted?

—Un viejo pariente ... amigo de la familia. Ya veo que tendré que dejar un mensaje. Dígales que tiene que ver con otro Fonstein que vive en Jerusalén y dice que es su primo lejano. Yo recibí una llamada de un rabino —X o Y-al que le parece que se debería hacer algo, ya que el viejo está fuera de sus casillas.

—¿En qué sentido?

—Es un excéntrico, deteriorado, profético y psicópata.

Un viejo decadente, pero sigue siendo vivaz y protestón...

Hice una pausa. Uno nunca sabe con quién habla, lo vea o no. Es más, yo soy una de esas personas sugestionables y capaces de dejarse contagiar por la otra persona y hablar en el mismo estilo. Me pareció detectar un cierto encanto despreocupado en el muchacho que había al otro lado de la línea y le respondí con lo mismo. Evidentemente, lo que yo quería era despertar el interés de ese joven. En resumen, conseguir sacarle alguna información.

—¿El viejo personaje de Jerusalén dice que es un Fonstein y quiere dinero? —dijo él—. Usted suena como si usted mismo estuviera en posición de ayudarlo, así que, ¿por qué no le manda dinero?

—Cierto. Sin embargo, Harry podría identificarlo, comprobar sus credenciales y naturalmente le gustaría saber que sigue vivo. Es posible que lo hayan puesto en la lista de muertos. ¿Es usted solo el que cuida la casa? Yo diría que es además amigo de la familia.

—Me parece que vamos a tener una charla. Espere un momento que encuentre mi pañuelo. Está empezando a ser tiempo de alergias, y tengo toda la cabeza al aire... ¿Qué pariente es usted?

—Dirijo un instituto en Filadelfia.

—Ah, el hombre de la memoria. He oído hablar de usted. Se remonta a la época de Billy Rose, aquel bicho. A Harry le disgustaba hablar sobre ello, pero Sorella y Gilbert lo hacían a menudo... ¿Puede esperar un momento hasta que encuentre el pañuelo? Limpiarme la barba con pañuelos de papel me la deja llena de pedacitos de papel.

Cuando soltó el teléfono, utilicé la pausa para tratar de imaginarme cómo sería. Me formé la imagen de un joven grueso con mucho pelo, la panza que produce la cerveza y una camiseta con algún tipo de eslogan, «Actúa» era uno muy popular en aquel momento. Me imaginé a un

representante de la población juvenil que veía en todas las calles y en todas partes del país, incluso en las ciudades más pequeñas. Botas ásperas, vaqueros lavados a la piedra, mejillas hirsutas: algo parecido a un minero de Leadville o Silverado del siglo pasado, con la excepción de que estos jóvenes no trabajaban y nunca trabajarían con picos. Debió de divertirme darme conversación. Un anciano caballero de Filadelfia, moderadamente famoso y con mucho dinero. No podría haberse imaginado la mansión y la espléndida habitación en la que yo estaba sentado hablando al teléfono francés, reparado con mucho gasto, un instrumento que una vez fue propiedad de un descendiente de la nobleza provinciana. (Nunca iba a abandonar al barón Charlus.)

Por lo menos, el joven no era un obrero hippy que no reconociera la inteligencia. De eso estaba yo seguro. Tenía muchas cosas que decirme. Yo no podía saber si lo hacía con malicia. No obstante, era manipulador y ya había logrado imponer el tono de nuestra conversación. Por fin tenía información sobre los Fonstein, y era una información que yo deseaba.

—Es cierto que los conozco desde hace mucho tiempo —dije yo—. Hace muchos años que perdí el contacto con los Fonstein. ¿Cómo han organizado su jubilación? ¿Reparten el año entre Nueva Jersey y un clima más templado? No sé por qué me los imagino en Sarasota.

—Necesita usted un nuevo astrólogo.

No estaba siendo satírico, más bien protector. Ahora me estaba tratando como un anciano. Me mimaba.

—Hace poco me sorprendí al ver las fechas y darme cuenta de que los Fonstein y yo nos encontramos por última vez hace unos treinta años, en Jerusalén. Sin embargo, emocionalmente, yo seguía en contacto con ellos, esas cosas pasan. —Estaba tratando de convencerlo pero en realidad yo sentía que aquello era cierto.

Curiosamente, estuvo de acuerdo conmigo.

—Sería un tema interesante para una disertación —me dijo—. No ver no significa necesariamente no pensar. La gente se retrae y se imagina afectos imaginarios. Es una enfermedad muy típica en América.

—¿Por la forma del continente, las largas distancias?

—Pensilvania y Nueva Jersey son estados limítrofes.

—Me parece que yo eliminé mentalmente a Nueva Jersey —admití—. Me parece que usted ha estudiado...

—Gilbert y yo fuimos juntos a la escuela.

—¿No estudió física en Cal Tech?

—Se cambió a las matemáticas: la teoría de las probabilidades.

—De eso yo no sé nada en absoluto.

—Entonces somos dos —dijo él, y añadió—: Lo encuentro a usted interesante.

—Uno siempre está buscando a alguien interesante con quien hablar.

Pareció estar de acuerdo. Me dijo:

—Yo tengo la tendencia a buscarlo, cuando es posible.

Se había descrito a sí mismo como cuidador de la casa, sin mencionar ninguna otra ocupación. En cierto modo, yo también estaba cuidando una casa, si se dejaba a un lado el hecho de que era mi propiedad. Mi hijo y su mujer también podrían haberme considerado algo así. Un hermoso corolario lo constituía el hecho de que mi alma cuidaba de mi cuerpo.

De hecho, se me ocurrió que el joven no estaba en absoluto desinteresado. Me estaba sometiendo

a algún tipo de examen o evaluación. Hasta entonces no me había dicho nada sobre los Fonstein, excepto que no iban a Sarasota en invierno y que Gilbert había estudiado matemáticas. No me dijo que él mismo había ido a Cal Tech. Y cuando dijo que no ver no significa necesariamente no pensar, se me ocurrió que su disertación, si la hubiera escrito, habría sido en el campo de la psicología o la sociología.

Me di cuenta de que yo mismo tenía miedo de hacer preguntas directas sobre los Fonstein. Al descuidarlos, había perdido un poco el derecho a preguntar libremente. Había cosas que yo quería y cosas que no quería oír. El muchacho comprendió esto, le divertía, y me seguía dando cuerda. Su conversación era ligera y deportiva, pero yo empecé a sentir que también tenía un lado oscuro.

Decidí que había llegado el momento de hablar claro y le dije:

—¿Dónde puedo localizar a Harry y Sorella? ¿O es que hay algún motivo por el que no pueda darme su número?

—No lo tengo.

—Por favor, no me venga con acertijos.

—Nadie puede ponerse en contacto con ellos.

—¿Qué me dice? ¿Lo he postergado demasiado tiempo?

—Me temo que sí.

—Entonces han muerto.

Estaba horrorizado. Algo en mi interior se desmoronó, se hizo pedazos. A mi edad, un hombre siempre está preparado para oír la noticia de un fallecimiento. Pero lo que yo sentía era que había abandonado a dos personas extraordinarias a las que siempre había dicho que valoraba y apreciaba. De pronto me sorprendí elaborando una lista de nombres: Billy, muerto; la señora Hamet, muerta; Sorella, muerta; Harry, muerto. Todos los protagonistas estaban muertos.

—¿Se pusieron enfermos? ¿Tuvo cáncer Sorella?

—Murieron hace unos seis meses, en la autopista de Jersey. Según contaron, un camión perdió el control. Pero ojalá no tuviera yo que contarle esto. Como pariente, le resultará duro. Murieron instantáneamente. Y gracias a Dios, porque el coche se dobló encima de ellos e hicieron falta soldados para sacar los cuerpos. Esto debe de ser duro para alguien que los conocía bien.

Me estaba tomando el pelo, por cierto. Hasta cierto punto, me lo merecía. Pero en cualquier momento durante estos treinta años, cualquiera de nosotros podría haber muerto en un instante. Yo también. Y él se equivocaba al pensar que yo era un judío a la antigua, que iba a reaccionar sentimentalmente ante una noticia así.

—Usted es un anciano, según ha dicho. Tiene que serlo, si nos ponemos a contar.

Yo bajé la voz. Dije que sí.

—¿Adónde iban los Fonstein?

—Iban a Nueva York, y su destino último era Atlantic City.

Yo ya veía los cuerpos manchados de sangre liberados del coche y extendidos sobre la hierba: los faros de los coches de policía, el lío del tráfico, la remoción a oscuras y llena de gas. Los gritos atronadores de la ambulancia, el personal médico y sus bolsas para meter los cuerpos. El verano pasado el calor fue insoportable. Se podía decir que los muertos sudaban sangre.

Si tiene usted alguna duda sobre cuál es la autopista más triste del país, una de las principales candidatas es desde luego la de Jersey. No era un lugar adecuado para que muriera Sorella, que tanto amaba Europa. Los cuarenta años de compensación en América que habían sido concedidos a Harry

por la destrucción de su familia en Polonia se acabaron bruscamente.

—¿Por qué iban a Atlantic City?

—Su hijo estaba allí y tenía problemas.

—¿Con el juego?

—Casi todo mundo lo sabía, así que puedo decírselo. Después de todo, escribió un estudio matemático sobre cómo ganar al blackjack. Los expertos en matemáticas dicen que es toda una obra. Pero en la vida real ha tenido problemas por ello.

Corrían a ayudar a su hijo americano cuando murieron.

—Debe de ser muy triste oír esto —dijo el joven.

—Estaba deseando volver a verlos. Me había estado prometiendo reanudar el contacto.

—Supongo que la muerte no es lo peor... —dijo él.

Yo no iba a empezar a hablar de cosas escatológicas con este niño por teléfono como tampoco iba a empezar a delinear los diversos grados de maldad. Aunque Dios sabe que por teléfono uno puede ponerse a realizar muchas formas de revelación, y uno puede oír muchas cosas de un alma, si no más, a larga distancia que cara a cara.

—¿Cuál de ellos conducía?

—La señora Fonstein, y es posible que no fuera muy cuidadosa.

—Ya veo: una emergencia, y una madre con mucha prisa. ¿Seguía siendo gorda?

—Lo fue durante años, llegaba justo al volante. Pero no había muchas como Sorella Fonstein. No se la puede criticar.

—No la estoy criticando —dije yo—. Habría ido al funeral a presentarles mis respetos.

—Mala suerte que no viniera a decir unas palabras. No fue un gran funeral.

—Yo podría haber contado la historia de Billy Rose a una reunión de amigos en la capilla.

—No hubo reunión —dijo el joven—. ¿Sabía usted que, cuando Billy murió, dicen que no lo pudieron enterrar durante mucho tiempo? Tuvieron que esperar a que el tribunal decidiera qué hacer con la tumba de un millón de dólares que estaba prevista en su testamento. Hubo una batalla legal a causa de ella.

—Nunca oí nada.

—Porque usted no lee el *News* ni *Newsday*. Ni siquiera el *Post*.

—¿Fue eso lo que pasó?

—Lo guardaron en hielo. Los Fonstein solían hablar de ello. Pensaban en las normas de enterramiento judías.

—¿Se interesa Gilbert por sus orígenes judíos, por ejemplo, por la historia de su padre?

El amigo de Gilbert dudó un momento, lo suficiente para hacerme pensar que él también era judío. No quiero decir con esto que renegara de ser judío. Evidentemente, no quería reconocerlo. La única vida que le interesaba vivir era la de un norteamericano. Eso era demasiado absorbente. Tan absorbente que una existencia era demasiado poco para ello. Podía absorber cien existencias, si uno las tenía, y tratar de alcanzar más.

—Lo que usted acaba de preguntarme es, deduzco, si Gilbert es uno de esos maniáticos de la ciencia que carecen de motivación humana —dijo—. Tiene usted que recordar lo importante que es para él el juego. Nunca podría serlo para mí. No iría a Atlantic City ni aunque me pagaran, especialmente desde que se produjo el desastre del autobús de dos pisos. Echaron un autobús a la carretera, y lo llenaron de pasajeros que iban al casino. Era demasiado alto para pasar por uno de los

viaductos, y la parte de arriba se arrancó.

—¿Murió mucha gente? ¿Perdió alguno la cabeza?

—Habría que mirar en el *Times*.

—Yo no me molestaría. Pero ¿dónde está ahora Gilbert?

Supongo que heredó.

—Por supuesto, y ahora mismo está en Las Vegas. Se llevó con él a una joven. Ella está formada en su método, que supone memorizar la baraja en todas las partidas. Guarda una listas mentales de todas las cartas que ya se han jugado, y se aplican varios factores de probabilidad. Según me cuentan, son unas matemáticas de genio.

—¿El sistema depende de la memoria?

—Sí, eso pertenece a su rama, ¿verdad? ¿Es la chica su amante? Esa es la siguiente pregunta. Pues bien, esto no funcionaría sin intereses sexuales. Únicamente el juego no mantendría a una joven por mucho tiempo. ¿Le gusta a ella Las Vegas? ¿Cómo puede saberlo? Se trata del mayor espectáculo del mundo, el corazón de la industria del espectáculo norteamericana. ¿Qué ciudad está más cerca hoy día de ser una ciudad santa, como Lhasa o Calcuta o Chartres o Jerusalén? Podría ser Nueva York, por el dinero, Washington por el poder o Las Vegas por la atracción que ejerce sobre las personas, por los millones. No hay nada comparable a ella en la historia de todo el mundo.

—Ah —dije yo—. Es más del estilo de Billy Rose que del de Harry Fonstein. Pero ¿cómo sobrevive Gilbert?

—Todavía no he acabado de hablar sobre el sexo —dijo aquel joven amargado y ocurrente—. ¿Prepara el juego para el sexo o es el sexo el que incita al juego? Supongo que es una sublevación. Supongamos que para Gilbert lo que domina es la abstracción. Pero, después de un cierto punto, dicen que la gente se vuelve totalmente loca.

—Pobre Sorella, pobre Harry. Puede que fuera su muerte la que lo empujó.

—Yo soy la persona más adecuada para hacer un diagnóstico. Mi propio problema narcisista es bastante grave. Confieso que ya esperaba una muestra de reconocimiento, porque yo era casi un miembro de la familia y cuidaba de Gilbert.

—Comprendo.

—No, no comprende. Esto ha hecho que mi fe en los sentimientos se venga abajo.

—¿Los sentimientos que usted tenía por Fonstein y Sorella?

—Los sentimientos que Sorella me hizo creer que tenía por mí.

—Porque contaba con usted para cuidar de Gilbert.

—Bueno... Ha sido una conversación agradable. Me ha hecho bien hablar con una persona del pasado que quería tanto a los Fonstein. Todos los echamos de menos. Harry tenía la dignidad y Sorella, el dinamismo. Comprendo muy bien que esté disgustado: ha llegado tarde. Pero no se lamenta mucho.

Con esta despedida de conmiseración mecí el teléfono, y allí estaba él, en su promontorio, una pieza de otra época junto a un hombre con una necesidad enorme de conversar. Herido por las palabras de aquel hombre que cuidaba casas, yo también pensaba que por culpa de Gilbert los Fonstein habían evitado ponerse en contacto conmigo: era tan prometedor, el prodigio que habían tenido la suerte de engendrar y que por misteriosas razones (Fonstein habría pensado que eran razones misteriosas y norteamericanas) se había malogrado. Seguramente no quisieron que yo lo supiera.

En cuanto a lamentarse, bueno, aquel joven se había estado burlando de mí. Él era uno de esos diablos menores que surgen en cada poro de la sociedad. Todo lo que uno tiene que hacer es dar una patada en el suelo. Me estaba provocando, a ver si yo sacaba mis sentimientos judíos. Vaya, vaya. Otros dos amigos que habían desaparecido, precisamente cuando, después de treinta años, yo me sentía dispuesto a abrir mis brazos hacia ellos; sentémonos juntos y recordemos el pasado y volvamos a hablar de Billy Rose: «Historias tristes de la muerte de los Reyes». Aquel joven lo había estado poniendo ante mí al estilo existencialista. Algo así como: ¿la desaparición de quién lo llenaría de desesperación? ¿Sin quién no puede usted vivir? ¿A quién echa de menos dolorosamente? ¿Cuál de sus muertos está siempre presente para usted? Muéstreme dónde y cómo lo ha mutilado la muerte. ¿Dónde están sus heridas? ¿A quién seguiría usted más allá de las puertas de la muerte?

¡Vaya un joven imbécil! ¿De verdad cree que yo sé todo eso?

Estaba decidido a volver a telefonar al muchacho para regañarlo por su nihilismo barato, pero habría sido un absurdo si mi objetivo era mejorar el entendimiento (*su* entendimiento). Uno nunca puede dismantlar todas estas estructuras mentales modernas. Son tantas que se oponen a ti como una ciudad vasta e interminable.

Supongamos que hablara sobre las relaciones entre la memoria y el sentimiento, sobre los temas que recolectan y mantienen la memoria; que le dijera lo que significa de verdad la retención del pasado. Algo así como: «Si el sueño es olvido, el olvido es también sueño, y el sueño es para la conciencia lo que la muerte es para la vida. De manera que los judíos le piden incluso a Dios que recuerde: *Yiskor Elohim*».

Dios no olvida, pero nosotros en nuestras oraciones le pedimos que recuerde especialmente a nuestros muertos. ¿Cómo iba yo a impresionar a un niño como aquel? En vez de eso decidí escribir todo lo que recordaba del contacto Bella Rosa y plasmarlo todo con la rúbrica de Mnemosyne.

El viejo sistema

Era un día de reflexión para el doctor Braun. Invierno. Sábado. Finales de diciembre. Estaba solo en su apartamento y se despertó tarde, quedándose en la cama hasta el mediodía, en la habitación a oscuras, dándole vueltas a una idea... una sensación: ahora lo ves, ahora no lo ves. Ahora es un contenido, ahora un vacío. Ahora una persona importante, una fuerza, una existencia necesaria; de pronto nada; Un marco sin el cuadro, un espejo sin luna. La sensación de la necesaria existencia podría ser la vitalidad agresiva e instintiva que compartimos con un perro o con un mono. La diferencia radica en el poder de la mente o del espíritu para declarar «yo existo». Además de la conclusión inevitable de «yo no existo». El doctor Braun no era más feliz con la existencia que con lo contrario. Para él parecía empezar una edad de equilibrio. ¡Qué agradable! En todo caso, no tenía ninguna intención de ordenar de forma racional el mundo, y sin ningún motivo especial se levantó de la cama. Se lavó el arrugado pero no viejo rostro con agua helada del grifo, que mudó el blanco nocturno por un color más aceptable. Se cepilló los dientes. De pie, muy recto, se frotó los dientes como si estuviera buscando en ellos a un ídolo. Después corrió a la gran y anticuada bañera para frotarse con la esponja, dándole a la espalda con el grueso chorro que salía del grifo romano, enjabonándose debajo con el mismo jabón que aplicaría más tarde en la barba. Bajo la hinchazón de su estómago veía la punta de sus partes, en algún sitio en medio de sus talones. Necesitaba frotarse los talones. Se secó con la camisa de ayer, para hacer economías. De todos modos, la iba a mandar a la lavandería. Sí, hizo todo esto con la expresión de respeto por sí mismos que los seres humanos heredan de sus ancestros, para los cuales el baño era algo solemne. Qué tristeza.

Pero hoy día todo hombre civilizado cultivaba un despego poco sano. Había aprendido del arte el arte de la observación y objetividad divertidas con respecto a sí mismo. Lo cual, como tenía que haber algo divertido que ver, requería cierto arte en la propia conducta. La existencia solo por estas prácticas no parecía muy provechosa. La humanidad estaba en una fase confusa, incómoda y desagradable de la evolución de su conciencia. Al doctor Braun (Samuel) no le gustaba. Lo entristecía sentir que la idea, el arte, la creencia de las grandes tradiciones se malgastaran de esa manera. ¿Elevación? ¿Belleza? Todo destrozado, hecho jirones para hacer vestidos de niñas o pisoteado como el rabo de una cometa en una celebración. Platón y Buda en manos de los acreedores. Las tumbas de los faraones profanadas por la chusma del desierto. Todo eso pensaba el doctor Braun mientras se dirigía a su pequeña cocina. Le complacía el azul y blanco de los platos holandeses, las tazas colgadas y los platillos colocados en sus ranuras.

Abrió una lata nueva de café y aspiró el aroma que salía de la abertura. Fue solo por un instante, pero no había que perderselo. A continuación cortó pan para tostarlo, sacó la mantequilla, se comió una naranja; y estaba admirando los largos carámbanos de hielo que salían del enorme tanque rojo circular de la lavandería del otro lado de la calle, con el cielo tan despejado, cuando descubrió que empezaba a tener una sensación. Ocasionalmente se decía de él que no amaba a nadie. Esto no era cierto. No amaba a nadie permanentemente. Pero de modo no permanente sí que amaba, según creía, como casi todo el mundo.

La sensación, mientras tomaba su café, era por dos primos que vivían en Nueva York, en el valle de Mohawk. Estaban muertos. Isaac Braun y su hermana Tina. La primera en morir fue Tina. Dos años después murió Isaac. Braun descubría ahora que él y el primo Isaac se habían querido. Fuera cual fuese el uso o el significado de este hecho dentro del peculiar sistema de luz, movimiento,

contacto y condena en el que trataba de encontrar su equilibrio. Con respecto a Tina, los sentimientos del doctor Braun eran menos claros. En un momento habían sido más apasionados, pero en la actualidad eran más distantes.

La mujer de Isaac, después de que muriera, le había dicho a Braun:

—Isaac estaba orgulloso de ti. Me decía: «A Sammy lo han mencionado en *Time*, en todos los periódicos, por sus investigaciones. ¡Y él nunca dice nada sobre su reputación científica!».

—Ya veo. Bueno, la verdad es que son los ordenadores los que hacen el trabajo.

—Pero uno tiene que saber lo que mete en los ordenadores.

Esto era más o menos cierto. Pero Braun no había proseguido la conversación. No le importaba mucho ser el primero en su terreno. En América la gente era fanfarrona. Matthew Arnold, que no era una figura muy apetitosa, había notado correctamente esta tendencia de Estados Unidos. El doctor Braun consideraba que esta fanfarronería de los norteamericanos había agravado cierta debilidad de los inmigrantes judíos. Pero una reacción proporcionada de modestia no era digna de elogio. El doctor Braun no quería interesarse por esta cuestión en absoluto. Sin embargo, las opiniones de su primo Isaac tenían algún valor para él.

En Schenectady había otros dos Braun de la misma familia, vivos. ¿Los amaba también el doctor Braun, mientras se tomaba su café esa tarde? No suscitaban los mismos sentimientos. Entonces, ¿amaba más a Isaac porque Isaac estaba muerto? Quizás en eso había algo de verdad.

Sin embargo, en la niñez, Isaac se había mostrado muy amable con él. Los otros, no tanto.

Ahora Braun empezó a recordar algunas cosas. Un sicomoro junto al río. Por aquella época, el río no podría haber sido más feo. En todo caso, era verde y era poderoso y oscuro, con una fuerza tranquila y desapasionada: ondulada, verde, negruzca, vidriosa. Un árbol enorme como un acontecimiento complicado, con muchas ramas y extensiones gruesas. Es posible que dominara media hectárea de terreno, marrón y blanco. Y bien lejos de las hojas, en una rama muerta, se posaba un halcón gris y azul. Isaac y su primito Braun paseaban con el vagón: tirado por el viejo y basto caballo, con la firme cabeza tapada por las anteojeras. Braun, que por entonces tenía siete años, llevaba puesta una camisa gris con grandes botones de hueso y el pelo muy corto para el verano. Isaac llevaba ropas de trabajo, porque en aquella época los Braun se dedicaban al negocio de la segunda mano: muebles, alfombras, cocinas, camas. Isaac, que le llevaba quince años, tenía un rostro maduro marcado por el trabajo. Había nacido para ser un hombre, en el sentido del Antiguo Testamento, igual que el pájaro que se posaba en el sicomoro, había nacido para pescar peces. Isaac era todavía un niño cuando llegó a América. Sin embargo, su dignidad judía era muy firme y fuerte. Tenía la actitud de las viejas generaciones con respecto al Nuevo Mundo: con tiendas y ganado y esposas y sirvientas y sirvientes. Isaac era guapo, o al menos eso creía Braun: rostro oscuro, ojos negros, pelo vigoroso y una larga cicatriz en la mejilla. Esta se debía, según le dijo a su primo científico, a que en su tierra su madre le había dado leche de una vaca tuberculosa. Mientras su padre hacía el servicio militar en la guerra entre rusos y japoneses. Muy lejos. Como en la metáfora yídish, en la tapadera del infierno. Como si el infierno fuera un caldero o una cacerola con su tapadera. Cómo despreciaban los judíos antiguos las guerras de los *goy*, sus vanaglorias y su obstinada *Dummheit*. Servicio militar obligatorio, llamada a filas, marchas, ejercicios de tiro, abandono de cadáveres por todas partes. Enterrados y sin enterrar. Un ejército contra el otro. Gog y Magog. El zar, ese hombre de bigotes débil, arbitrario y dominado por mujeres, decretó que el tío Braun debía ser desterrado a Sakhalin. De manera que, por un decreto irracional, como en *Las mil y una noches*, el tío

Braun, con su gran abrigo y sus cortas y humilladas piernas, la pequeña barca y los grandes ojos, dejó a su mujer y a su hijo para que comieran cerdo con gusanos. Y cuando se perdió la guerra, el tío Braun escapó por Manchuria. Llegó a Vancouver en un barco sueco y se puso a trabajar en las líneas de ferrocarriles. No parecía tan fuerte, tal y como lo recordaba Braun en Schenectady. Tenía el pecho hundido y los brazos largos, pero sus piernas parecían de trapo, demasiado flojas, como si la huida de Sakhalin y las caminatas con dificultad por Manchuria hubieran sido demasiado para ellas. Sin embargo, en el valle del Mohawk, convertido en el rey de las cocinas usadas y los colchones fumigados: ¡querido tío Braun! Tenía una barba pequeña y puntiaguda, como Jorge V y Nicolasito de Rusia. Como Lenin, si me apuras. Pero los ojos grandes y pacientes de su marchito rostro llenaban todo el espacio que había para ojos. Braun estaba teniendo una visión de la humanidad mientras se tomaba su café aquella tarde de sábado. Empezando por aquellos judíos de 1920.

Cuando Braun era un niño pequeño, lo protegía el especial afecto de su primo Isaac, que le acariciaba la cabeza y lo llevaba de paseo al campo en el carro, que más tarde fue el camión. Cuando la madre de Braun se puso de parto para tenerlo, fue a Isaac al que la tía Rose envió a buscar al médico. Encontró al médico en el bar. El viejo Jones, tambaleante y borracho, que practicaba la medicina con los inmigrantes judíos antes de que esos inmigrantes hubieran educado a sus propios médicos. Hizo que Isaac le diera a la manivela del viejo Ford T y se pusieron en camino. Al llegar, Jones ató las manos de la madre Braun a los barrotes de la cama, como era costumbre en aquella época.

El propio doctor Braun, cuando trabajaba como estudiante en los laboratorios y perreras, había ayudado a dar a luz a perros y gatos. Él sabía que el hombre entraba en la vida como esas otras criaturas, en una bolsa transparente o placenta. Metido en una bolsa llena de un fluido transparente, un agua rojiza. Un color que haría pensar al filósofo más racional: ¿quién es esta criatura que lucha por nacer metida en su membrana y su fluido acuoso? Como cualquier perrito en su bolsa, en el ciego terror de la salida, cualquier ratón saliendo al mundo exterior procedente de aquella transparencia brillante, azulada y de aspecto inocente.

El doctor Braun nació en una pequeña casa de madera. Lo lavaron y lo cubrieron con una red contra los mosquitos. Lo acostaron al pie de la cama de su madre. El duro del primo Isaac quería mucho a la madre de Braun. Sentía mucha pena por ella. A ratos, cuando sus negocios judíos se lo permitían, se le ocurrían estas reflexiones sentimentales sobre sus personas más queridas.

La tía Rose era la madrina del doctor Braun: fue ella la que lo sostuvo para la circuncisión. El viejo Krieger, barbudo y corto de vista, con los dedos manchados de sangre de pollo, retiró el trozo de piel.

En opinión de Braun, la tía Rose era la *dura mater* original: la primitiva. No era una mujer muy grande. Tenía un amplio busto, anchas caderas y unos muslos a la antigua con esas formas extrañas que ahora pertenecen a la historia. Esto le impedía andar normalmente, junto a sus pobres pies, rotos por el excesivo peso que soportaban. Tenía el rostro rojo, y el negro cabello fuerte. La nariz recta y puntiaguda. Para cortar la piedad como si fuera un hilo de algodón. En la luz de sus ojos, Braun reconocía el placer que le producía su propia dureza: dureza en el juicio, dureza en las tácticas, dureza en el trato y dureza en el habla. Se dedicaba a construir un reino con el trabajo del tío Braun y la fuerza de sus obedientes hijos. Los Braun tenían su negocio, poseían terrenos. Poseían una horrible sinagoga de un ladrillo rojo tan feo que parecía crecer en el norte de Nueva York por voluntad del demonio que se encargaba de mantener la frialdad de América en aquella época, procuraba que una

frialdad especialmente cómica influyera en el alma del hombre. En Schenectady, en Troy, en Gloversville, en Mechanicville, incluso hasta llegar a Buffalo. En esta sinagoga olía a humedad y a agrio. El tío Braun no solo tenía dinero sino que también tenía sabiduría y era respetado. Pero la congregación era pendenciera. Todas las cuestiones se disputaban. Había rivalidades y peleas; se daban bofetadas, las familias se dejaban de hablar. Parias, pensaba Braun, con la dignidad que adoptan los príncipes para hablarse entre ellos.

En silencio, con ojos silenciosos que cruzaban una y otra vez el rojo tanque de agua atado por cables retorcidos y del que colgaban enormes carámbanos de hielo y se elevaba un vapor blanco, el doctor Braun recordó un momento, cuarenta años antes, en el que el primo Isaac le había dicho, con una de aquellas miradas arcaicas que tenía, que los Braun descendían de la tribu de Neftalí.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Esas cosas las saben las familias.

El doctor Braun se resistía, incluso a la edad de diez años, a creer en esas cosas. Pero Isaac, que casi tenía edad para ser su tío, le dijo:

—Será mejor que no lo olvides.

Por lo general, Isaac era alegre con el joven Braun. Se reía para luchar contra la tensión de la cicatriz que forzaba su sonrisa hacia un lado. Sus ojos eran negros y amables, pero también escépticos. Su aliento tenía una fragancia amarga que para Braun significaba la seriedad y la tristeza masculinas. Todos los hijos de la familia tenían el mismo estilo de risa.

Los domingos se sentaban en el porche abierto, riéndose, mientras el tío Braun les leía en voz alta los anuncios matrimoniales en yídish. «Viuda atractiva, treinta y cinco años, con encantos ocultos, propietaria de su propio negocio de ultramarinos en Hudson, excelente cocinera, ortodoxa, bien educada, refinada. Toca el piano. Dos hijos inteligentes y educados, ocho y seis años.»

Todos menos Tina, la hermana obesa, participaban en estos placeres satíricos del domingo. Ella permanecía en la cocina, detrás de la persiana. Abajo estaba el patio, donde crecían flores rudimentarias: zinnia, lilas, viñas de adorno cerca del gallinero.

Ahora vio Braun la casita del campo, en medio de los Adirondacks. Un arroyo. ¡Tan hermoso! Árboles, llenos de fuerza. Fresas salvajes, pero había que tener cuidado con la hiedra venenosa. En los diques de drenaje había renacuajos. Braun dormía en la buhardilla con el primo Mutt. Por las mañanas, Mutt bailaba en camiseta, sin nada debajo, y cantaba canciones obscenas:

*Metí la nariz en el culo de la cabra
y solo con el olor me puse ciego.*

Saltaba con los pies descalzos, y su cosa se balanceaba entre un muslo y el otro. Esto lo había aprendido cuando iba a los bares a recoger botellas vacías. Era una cancioncilla para pasar un buen rato. Su origen: Liverpool o la orilla del Tyne. El arte de las clases trabajadoras en la era de las máquinas.

Un viejo molino. Una pradera cubierta de tréboles. Braun, con siete años, trataba de hacer una corona de tréboles, tallando un agujero en los tallos para que pasasen otros por ellos. La corona la estaba haciendo para la gorda Tina. Para ponerla en su gruesa y limpia cabeza, en el vasto pelo negro salpicado de blanco. Pero allí, en el prado, el pequeño Braun tropezó con un tronco podrido. Salieron de allí unos avispones que lo persiguieron y le picaron. Él gritó. Tenía hinchazones dolorosas y

rojizas por todo el cuerpo. La tía Rose lo metió en la cama y Tina entró con todo su tamaño de cordillera para consolarlo. Tenía una cara gorda y enojada, los ojos negros y la nariz dilatada que respiraba encima de él. El pequeño Braun, todo dolorido y picado. Ella se levantó el vestido y la enagua para refrescarlo con su cuerpo. La barriga y los muslos se inflaron ante él. Braun se sintió demasiado pequeño y frágil para este éxtasis. Junto a la cama había una silla en la que ella se sentó. Bajo el calor sofocante del tejado de piedra, le puso las piernas encima y las abrió mucho, mucho. Él vio el pelo salvaje y del color del carbón. Vio lo rojo que había dentro. Ella separó los pliegues con los dedos. Mientras lo hacía, los agujeros de la nariz se le hincharon cada vez más, los ojos se le pusieron en blanco. Le dijo que apretara sus genitales de niño contra los gordos muslos de ella. Cosa que, con agonías de incapacidad y de placer al mismo tiempo, él se apresuró a hacer. La casa estaba en silencio. El silencio del verano. El olor sexual de ella. Las moscas y mosquitos estimulados por el calor o por el olor. El hoyo como una masa de moscas se separaba del cristal de la ventana. Sonó como si despegaran un adhesivo. Tina no lo besó ni lo abrazó. Tenía una expresión amenazadora. Desafiante. Estaba tirando de él, lo llevaba a algún sitio con ella. Pero no le prometía nada ni le decía nada.

Cuando se recuperó de las picaduras, una vez más jugando en el patio, Braun vio a Isaac con su prometida, Clara Sternberg, paseando entre los árboles, abrazándose dulcemente. Braun trató de ir con ellos, pero el primo Isaac lo despidió. Cuando insistió en seguirlos, el primo Isaac lo envió con rudeza a la casa. Entonces el pequeño Braun trató de matar a su primo. Con toda su alma deseaba golpear a Isaac con un trozo de madera. Seguía anonadado por la felicidad incomparable, el lujo de aquel deseo. Se echó a correr en dirección de Isaac, quien lo agarró por el cuello, le retorció la cabeza y lo colocó bajo la bomba de agua. Después decretó que el pequeño Sam Braun debía irse a casa, a Albany. Era demasiado salvaje. Había que darle una lección. La prima Tina le dijo en privado: «Mejor para ti, Sam. Yo también lo odio». Agarró a Braun con su mano torpe y llena de hoyuelos y caminó con él por la carretera en medio del polvo de los Adirondacks. Aquella masa envuelta en tela de cuadros. Aquellos hombros encorvados, echados hacia delante como la tierra de la carretera. Juntos, le dificultaban avanzar. El excesivo peso de su cuerpo era demasiado para sus pies.

Más adelante, Tina se puso a dieta. Durante un tiempo, fue más delgada y más civilizada. Todos eran más civilizados. El pequeño Braun se convirtió en un niño dócil y un ratón de biblioteca. Le fue muy bien en la escuela.

¿Está todo claro? Demasiado claro para él como adulto, si tenía en cuenta que su destino no era más que el de los otros. Ante su mirada tranquila, los hechos se arreglaban solos: surgían, se recomponían, permanecían un tiempo en un estado concreto y después volvían a cambiar. Aquí estábamos:> llegando a algo.

El tío Braun murió enfadado con la tía Rose. Volvió la cara a la pared con el último aliento para reprenderla por su dureza. Todos los hombres, sus hijos, se echaron a llorar. Las lágrimas de las mujeres fueron distintas. Más tarde, también, su pasión tomó otras formas. Negociaron para tener más bienes. Y la tía Rose desafió el testamento del tío Braun. Cobraba rentas en los barrios bajos de Albany y Schenectady de edificios que él les había dejado a sus hijos. Se vestía a la antigua usanza, y visitaba a los inquilinos negros o a la chusma judía de zapateros y sastres. Para ella, las antiguas palabras judías que designaban estos oficios —«Schneider», «Schuster»— eran términos despreciativos. Unas rentas que pertenecían sobre todo a Isaac las metía en el banco a su propio nombre. Iba en antiguos tranvías a los barrios de las fábricas, y no tenía que comprarse ropas de

viuda. Siempre había llevado trajes de chaqueta, y siempre habían sido negros. Tenía un sombrero de tres picos, como el del pregonero. Se dejaba la negra trenza colgando detrás, como si estuviera en su propia cocina. Tenía problemas con la vejiga y las arterias, pero estos achaques no la mantenían encerrada en casa y no le servían de nada los médicos ni las medicinas. Le echaba la culpa de la muerte del tío Braun al Bromo-Seltzer que, según ella, le había ensanchado el corazón.

Isaac no se casó con Clara Sternberg. Aunque era fabricante, después de una investigación resultó que su padre había empezado como cortador y su madre como doncella. La tía Rose no habría tolerado un matrimonio así. Hizo largos viajes para hacer sus investigaciones genealógicas.

Y vetó a todas las jóvenes, con juicios severos sin límite. «Esa es un perro falso.» «Veneno en forma de caramelo.» «Un pozo abierto. Una alcantarilla. ¡Una puta!»

La mujer con la que por fin se casó Isaac era agradable, suave, redonda, respetable: la hija de un granjero judío.

La tía Rose dijo:

—Un ignorante. Un hombre corriente.

—Es honrado y trabaja duro la tierra —dijo Isaac—. Recita los salmos incluso cuando va conduciendo. Los guarda debajo del asiento de su carro.

—No me lo creo. Un hijo de Ham así. Un vendedor de ganado. Apesta a estiércol.

Y a la novia le dijo en yídish:

—Sé tan amable de lavar a tu padre antes de traerlo a la sinagoga. Agarra un cubo de agua caliente, bórax del calibre veinte y amoniaco, y un cepillo de caballo. La suciedad está incrustada. Asegúrate de que le frotes las manos.

La rigidez insensata de los ortodoxos. Su estilo altanero, estúpido y loco.

Tina no trajo al hombre de Nueva York que la cortejaba para que fuera examinado por la tía Rose. De todas formas, no era ni joven ni guapo ni rico. La tía Rose decía que era un matón de poca monta, un gorila. Ella había ido a Caney Island a inspeccionar a su familia: el padre vendía pretzels y castañas en un carrito, la madre hacía comidas para banquetes. Y el novio era tan grueso, tan calvo y tan feo, según ella, tenía las manos muy bastas y la espalda y el pecho llenos de pelo. Era una bestia, le dijo ella al joven Sammy Braun. Por aquel entonces, Braun estudiaba en el Politécnico Rensselaer e iba a visitar a su tía en su vieja cocina: el gran fogón negro y metálico allí en medio, la mesa redonda en su pedestal de roble, los cuadros azul oscuro y blanco del hule, un bodegón de melocotones y cerezas rescatado de la tienda de segunda mano. Y la tía Rose, más femenina con el corsé quitado y una bata de colores charros encima de sus gruesas camisetas, camisolas y bombachos victorianos. Tenía las medias agarradas con ligas por debajo de la rodilla y las amplias partes de arriba, que estaban hechas para colocarlas sobre los muslos, colgaban flojas cerca de las zapatillas.

Por aquel entonces, Tina era hermosa, aunque no bonita. En el instituto perdió treinta y cinco kilos. Después fue al New York City y no consiguió el diploma. ¡Qué le importaban a ella esas cosas!, dijo Rose. ¿Y cómo llegó a Caney Island ella sola? Porque era perversa. Tenía instinto para buscar a los tipos raros. Y allí encontró a esa bestia. A ese asesino a sueldo, a ese segundo Lepke de Asesinatos y Cía. En el norte, la vieja leía los melodramas de la prensa yídish, que bordaba con sus propias ideas sobre la maldad.

Pero cuando Tina trajo a su marido a Schenectady, y lo instaló en la tienda de segunda mano de su padre, resultó ser un hombre grandullón e inocente. Si alguna vez había tenido malicia, la perdió con el pelo. Su calvicie era total, como una purga. Tenía un aspecto sentimental y dependiente. Tina lo

protegió. Aquí al doctor Braun le vinieron ideas sexuales, sobre él cuando era niño y el novio infantil de ella. Y pensó en la Tina provocativa del ceño fruncido, en su ternura airada en los Adirondacks y cómo, cuando estaba debajo, respiraba tan fuerte aquí en la buhardilla, y en la fuerza violenta y en la obstinación de su pelo negro y rizado.

Nadie podía influir en Tina. Ese, pensó Braun, era probablemente el secreto. Se había consultado a sí misma, había guardado silencio durante tanto tiempo que no podía aceptar ninguna otra orientación. Cualquiera que escuchara a los demás le parecía débil.

Cuando la tía Rose murió, Tina le quitó de la mano el anillo que Isaac le había regalado hacía muchos años. Braun no recordaba la historia completa del anillo, solo que Isaac le había prestado dinero a un inmigrante que desapareció, dejando esta joya, que supusieron que no tenía valor pero resultó que sí. Braun no recordaba si era un rubí o una esmeralda; tampoco la montura. Pero era el único adorno femenino que llevaba la tía Rose. Y se suponía que lo iba a heredar la mujer de Isaac, Silvia, que lo deseaba enormemente. Tina lo quitó del cadáver y se lo puso en su propio dedo.

—Tina, dame ese anillo. Dámelo —dijo Isaac.

—No. Era de ella. Ahora es mío.

—No era de mamá. Tú eso lo sabes. Devuélvemelo.

Ella lo desafió por encima del cadáver de la tía Rose. Ella sabía que él no iba a pelear junto al lecho de muerte. Silvia estaba furiosa. Hizo lo que pudo. Es decir, susurró:

—¡Oblígala!

Pero no sirvió de nada. Él sabía que no podía recuperarlo. Además, había muchas más disputas por otros objetos de valor. Él tenía sus rentas depositadas en la cuenta de ahorros de la tía Rose.

Sin embargo, solo Isaac se hizo millonario. Los otros simplemente acapararon bienes, al viejo estilo de los inmigrantes. Él nunca se sentó a esperar su herencia. Para el momento en que murió la tía Rose, Isaac ya tenía mucho dinero. Se había hecho con un feo edificio de apartamentos en Albany. Para él, eso era un logro. Salía con sus hombres al amanecer. Antes de eso había rezado en voz alta mientras su mujer, con los rulos puestos, bonita pero hinchada por el sueño, adormilada pero obediente, ya estaba en la cocina preparando el desayuno. La ortodoxia de Isaac únicamente aumentó con su riqueza. Pronto se convirtió en un *pater familias* judío a la antigua usanza. Con su familia hablaba en un yídish desacostumbradamente lleno de expresiones en antiguo eslavo y hebreo. En vez de «personas importantes, ciudadanos ejemplares», él decía: *Anshe ha-ir*, «hombres de la ciudad». También tenía los salmos a mano, como los judíos activos y mundanos habían hecho durante siglos. Siempre había una copia en la guantera de su Cadillac. Su pesimista hermana hablaba de ello con un mohín de la cara. Se había vuelto a poner obesa, después que pasaron los días de los Adirondacks. Decía de él: «Lee en voz alta el Tehillim dentro de su Cadillac de aire acondicionado cuando pasa un tren largo por un cruce. ¡Valiente pillastre! ¡Le robaría a Dios del bolsillo!».

Uno no podía evitar pensar en la fertilidad de metáforas que había en todos estos Braun. El doctor Braun no era ninguna excepción. Y no sabría decir cuál podría ser la explicación, a pesar de llevar veinticinco años especializándose en el aspecto químico de la herencia. De qué modo la molécula de una proteína que se originaba en un fermento invisible podía llevar consigo la inclinación a la ingenuidad, la malicia creativa y el poder negativo, o ser capaz de imprimir un talento o un vicio en un billón de corazones. No era extraño que Isaac Braun le rezara a su Dios mientras estaba metido en su gran coche negro y los trenes de mercancías pasaban haciendo estruendo en medio del brillo

contaminado de este valle que una vez había sido hermoso.

«Contesta mi llamada, Dios de mi camino.»

—¿Qué es lo que piensas tú? —decía Tina—. ¿Se acuerda de sus hermanos cuando tiene un trato a la vista? ¿Le da a su única hermana una oportunidad de participar?

No es que hubiera una gran necesidad. El primo Mutt, después de que lo hirieran en Iwo Jima, volvió al negocio de los electrodomésticos. El primo Aaron era un CPA. El marido de Tina, Fenster el calvo, se dedicó a los productos para el hogar en su tienda de segunda mano. Tina sabía todo eso, por supuesto. No había nadie pobre. Lo que irritaba a Tina era que Isaac no introdujera a la familia en los negocios inmobiliarios, en los que las ventajas fiscales eran mayores. Estaban los grandes beneficios de la depreciación, que ella entendía como chanchullos legales. Tenía su dinero en una cuenta de ahorros a un miserable dos y medio por ciento, pagando todos los impuestos. No se fiaba del mercado bursátil.

De hecho, Isaac había intentado meter a los Braun cuando construyó el centro comercial de Robbstown. En un momento arriesgado lo abandonaron. Era un momento desesperado, en que había que saltarse la ley. En una reunión familiar, cada uno de los Braun había aceptado reunir veinticinco mil dólares, la cantidad total que había que dar por debajo de la mesa a Ilkington. El viejo Ilkington presidía la junta directiva del club de campo de Robbstown. Como lo estaban rodeando las fábricas, el club se iba a mudar más para el campo. Isaac se había enterado de esto por el viejo responsable de los caddies una vez que lo llevó en su coche, en una mañana de niebla. Mutt Braun había llevado caddies en Robbstown a principios de los años veinte, había llevado incluso los palos de golf de Ilkington. Isaac también conocía a Ilkington, y tuvo una conversación privada con él. El viejo *goy*, que ahora tenía setenta años, y se iba a retirar a las Indias occidentales británicas, le había dicho a Isaac: «Entre nosotros. Cien mil. Y no quiero tener que preocuparme por los impuestos». Era un hombre alto y austero con la cara de mármol. Había estudiado en Cornell alrededor de 1910. Era frío pero iba al grano. Y, en opinión de Isaac, era justo. Si se convertía en centro comercial, con la debida planificación, el campo de golf de Robbstown podría valer medio millón para cada uno de los Braun. La ciudad, con el boom de la posguerra, estaba creciendo rápido. Isaac tenía un amigo en la junta de planificación que le arreglaría todos los papeles por cinco de los grandes. En cuanto al contrato, se ofreció a hacerlo todo él solo. Tina insistió en que los Braun formasen una empresa aparte para asegurarse de que los beneficios se compartían por igual. Isaac estuvo de acuerdo con esto. Como cabeza de familia, se encargó personalmente. Iba a tener que organizarlo todo. Solo Aaron y el CPA podían ayudarlo con los libros. La reunión, que tuvo lugar en el despacho de Aaron, duró desde mediodía hasta las tres de la tarde. Se examinaron todos los problemas. Eran cuatro jugadores, especialistas en el juego duro del dinero, estudiando unas reglas. Al final, estuvieron de acuerdo en jugar.

Pero, cuando llegó el momento, a las diez de la mañana de un viernes, Aaron se mostró reacio. No iba a hacerlo. Y Tina y Mutt también se negaron. Isaac le contó la historia al doctor Braun. Como estaba previsto, él fue a la oficina de Aaron con los veinticinco mil dólares para Ilkington en un viejo maletín. Aaron, que entonces tenía cuarenta años, un tipo silencioso, astuto y oscuro, tenía la costumbre de escribir números pequeños en su agenda mientras te hablaba. Sus oscuros dedos consultaban rápidamente las últimas publicaciones sobre impuestos. Bajó la voz para hablarle a la secretaria por el interfono. Llevaba unas camisas blanquísimas y corbatas de brocado de seda, con la firma «Condesa Mara». De todos ellos, era el que más se parecía al tío Braun. Pero sin la barba, sin el

sombrero regio de paria, sin el reflejo dorado en su ojo castaño. En muchos de sus aspectos externos, pensó el doctor Braun, Aaron y el tío Braun venían del mismo origen genético. Químicamente, él era el hermano pequeño de su padre. Era posible que las diferencias internas se debieran a la herencia. O quizá a la influencia de la América de los negocios.

—¿Y bien? —dijo Isaac, de pie en el alfombrado despacho. El imponente escritorio estaba maravillosamente limpio.

—¿Cómo sabes que puedes fiarte de Ilkington? —*Tú* crees. Pero podría coger el dinero y decir que nunca ha oído hablar de ti en toda su vida.

—Sí, podría. Pero ya hemos hablado de eso. Hay que arriesgarse.

Probablemente por instrucciones suyas, la secretaria de Aaron lo llamó por el interfono. Él se inclinó sobre el instrumento y con la boca de medio lado le habló muy despacio y bajo.

—Bueno, Aaron —dijo Isaac—. ¿Quieres que garantice tu inversión? ¿Y bien? Habla.

Hacía tiempo que Aaron había dominado su tono agudo de voz y hablaba con el estilo bronco de un hombre seguro de sí mismo. Pero los arranques agudos, que había dominado hacía veinticinco años, seguían ahí. Se levantó con ambos puños encima del cristal de la mesa, tratando de controlar su voz.

Le dijo con los dientes apretados:

—¡No he dormido esta noche!

—¿Dónde está el dinero?

—No tengo tanto dinero en efectivo.

—¿No?

—Maldita sea, lo sabes muy bien. Tengo una licencia. Soy contable oficial. No estoy en posición de...

—¿Y qué pasa con Tina? ¿Y Mutt?

—No sé nada de ellos.

—Los has convencido para que se retiren, ¿verdad? Tengo que encontrarme con Ilkington a las doce en punto. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Aaron no dijo nada.

Isaac marcó el número de Tina y dejó sonar el teléfono. Seguro que estaba allí, escuchando con todo su volumen el sonido metálico y redondo del teléfono. Lo dejó sonar, según él, alrededor de cinco minutos. No se molestó en llamar a Mutt. Mutt iba a hacer lo mismo que hiciera Tina.

—Tengo una hora para conseguir esa pasta.

—Con mi nivel de ingresos —dijo Aaron—, los veinticinco me costarían más de cincuenta.

—Esto me podrías haber dicho ayer. Sabías lo que significa para mí.

—¿Le vas a dar más de cien mil dólares a un hombre que no conoces? ¿Sin recibo? ¿A ciegas? No lo hagas.

Pero Isaac estaba decidido. En nuestra generación, pensó el doctor Braun, ha surgido una especie de playboy capitalista. No le importa comprar alegremente piezas de mobiliario de oficinas rehechas en el Brasil, moteles en África oriental o componentes de alta fidelidad en Tailandia. Para él cien mil dólares no significan mucho. Viaja en jet con una chica al lado para ver el panorama. El gobernador de una provincia está esperando en su Thunderbird para llevar a sus invitados por autopistas construidas en la jungla por peones y medio esclavos a pasar un fin de semana bebiendo champán en el que el ejecutivo, de aspecto juvenil a pesar de sus cincuenta años, cierra el trato. Pero el primo

Isaac había construido su negocio centavo a centavo, a la antigua, empezando con trapos y botellas desde niño; después continuó con los bienes salvados de los incendios; después, coches usados; después aprendió los oficios de la construcción. Movimiento de tierras, cimientos, hormigón, evacuación de aguas, electricidad, construcción de tejados, sistemas de calefacción. Ganó su dinero duramente. Y ahora se dirigió al banco y pidió prestados setenta y cinco mil dólares, con todos los intereses. Sin ninguna garantía, se los dio a Ilkington en el salón de su casa. Estaba amueblado al viejo estilo *goy* y despedía un olor a viejo *goy* y a cosas aburridas, tontas y respetables. Estaba claro que Ilkington estaba muy orgulloso de ellas. Las mesas y vitrinas de madera de manzano, de cerezo, los sillones de orejas, las tapicerías con olor a pasta seca, los colores de cerdo pálido de los gentiles. Ilkington no tocó el maletín de Isaac. Era evidente que no tenía intención de contar los billetes, ni siquiera de mirar. Le ofreció a Isaac un Martini. Isaac, que no bebía, se tomó aquel líquido claro. A mediodía. Como si fuera algo destilado en el espacio exterior. No tenía color. Se quedó allí sentado con aspecto enérgico pero se sintió perdido: perdido para su gente, su familia, Dios, perdido en el vacío de América. Ilkington con un cóctel en la mano, educado y frío, como un bloque muy alto de algo que genéricamente era humano, pero tenía pocos rasgos humanos que Isaac pudiera reconocer. Cuando lo acompañó a la puerta, no le dijo que fuera a mantener su palabra. Solo le estrechó la mano y lo llevó hasta el coche. Isaac se fue a su casa y se sentó en la puerta de su bungalow. Dos días enteros. Por fin, ellunes, Ilkington le telefoneó para decirle que la junta directiva del Robbstown había decidido aceptar su oferta de compra. Hubo una pausa. Entonces Ilkington añadió que nada escrito podía sustituir a la confianza y la decencia entre caballeros. Isaac tomó posesión del club de campo y lo llenó con un centro comercial. Todos esos sitios son feos. El doctor Braun no sabría decir por qué este en concreto le tocaba como especialmente brutal en su fealdad. Quizá era porque recordaba el club de Robbstown. Era reservado, por supuesto, pero los judíos podían mirarlo desde la carretera. Y los olmos que había dentro eran preciosos: de un siglo o más de antigüedad. La luz era suave. Y los sedanes de la época de Coolidge entraban allí, con cortinillas en la ventana de atrás, y floreritos para flores artificiales. Hudsons, Auburns, Bearcats. Aquello eran solo máquinas. Nada por lo que sentir nostalgia.

Sin embargo, a Braun le sorprendía lo que había hecho Isaac. Quizá era una afirmación inconsciente del triunfo: en medio de la embriaguez de la victoria. La superficie verde y reservada, es cierto, para hacer el vago tranquilamente, para golpear una pelotita con un palo, estaba ahora llena de espacios de aparcamiento para quinientos coches. Supermercado, pizzería, restaurante chino, lavandería, tienda de ropa, tienda de diez centavos.

Y etso era solo el principio. Isaac se hizo millonario. Llenó el valle del Mohawk de proyectos de vivienda. Y empezó a hablar de «mi gente», refiriéndose a las personas que vivían en los edificios que había construido. Con la tierra era tacaño —es cierto que construía las casas muy cerca unas de otras—, pero también lo es que construía con benevolencia. A las seis de la mañana ya estaba fuera con sus equipos. Vivía de manera muy simple. Caminaba humildemente con su Señor, como decía el rabino. Para esa época era ya un rabino de la avenida Madison. La pequeña sinagoga había sido arrasada. Estaba tan muerta como los pintores holandeses que habrían apreciado su penumbra y los gremios y los vendedores ambulantes. Ahora había un templo como el pabellón de la Feria Mundial. Isaac era el presidente, tras haber vencido al padre de un famoso matón, que en otra época había sido verdugo para la mafia en el noreste. El mundano rabino, con su voz modulada y sus trajes hechos a medida, como un ministro cristiano a excepción del destello de astucia judía que aparecía en su

rostro, indicó a la parte más anticuada de la congregación que tenía que hacerlo así por el bien de los jóvenes. Aquello era América. Vivían unos tiempos extraordinarios. Si uno quería que las jóvenes bendijesen las velas del Sabbath, tenía que empezar con un rabino de veinte mil dólares, y añadirle una casa y un Jaguar.

Mientras tanto, el primo Isaac se fue volviendo más anticuado. Su coche tenía diez años. Pero era un hombre fuerte. Seguro de sí, el pelo oscuro que apenas clareaba en la cima de la cabeza. Las mujeres del norte decían que despedía el tipo de energía masculina positiva que estaban empezando a echar de menos en los hombres. Y él la tenía. Se notaba en la forma en que agarraba un tenedor en la mesa, en cómo servía el vino. Por supuesto, el mundo había sido para él exactamente lo que él le había pedido. Eso significaba que había hecho la petición adecuada y en el momento adecuado. Significaba también que su lectura de la vida era metafísicamente correcta. O que el Antiguo Testamento, el Talmud y la ortodoxia ashkenazi polaca eran irresistibles.

Pero eso no lo explicaba todo, pensó el doctor Braun. Había algo más que piedad. Recordó los dientes blancos y la sonrisa torcida por la cicatriz de su primo, cuando bromeaba. «Yo luché en muchos frentes», decía el primo Isaac, y se refería a los vientres de las mujeres. Algunas veces decía las cosas de una manera norteamericana muy sensata. Se conocía las escaleras de atrás que en Schenectady conducían a las sábanas, los brazos abiertos y los muslos preparados de las mujeres obreras. El Ford T lo dejaba aparcado abajo. Anteriormente, había sido el caballo el que lo esperaba enganchado. Le complacían mucho sus reminiscencias masculinas. Recordó a Deborah, con el «novata» escrito en las rodillas, la cabeza escondida entre las almohadas mientras sacaba las nalgas, y una explosión de pelo picarón que asomaba por entre aquellos muros de blancura, mientras ella, con su débil voz, gritaba: *Nein*. Pero en realidad sí quería.

El primo Mutt no tenía anécdotas de ese estilo. En Iwo Jima le habían disparado en la cabeza, y volvió a casa después de pasar un año en el hospital para vender electrodomésticos Zenith, Motorola y Westinghouse. Se casó con una chica respetable y prosiguió su vida calladamente mientras a su alrededor su lugar de nacimiento se ampliaba y transformaba de forma desconcertante. Una tienda de ordenadores ocupó el parque de matorrales en el que un scout lo encontró antes de la guerra. Para las cuestiones más importantes, Mutt se dirigía a Tina. Ella le decía lo que tenía que hacer. E Isaac lo buscaba a él, y en la medida de lo posible compraba los electrodomésticos para sus edificios a Mutt. Pero Mutt le hablaba de sus problemas solo a Tina. Por ejemplo, su mujer y la hermana de ella apostaban a los caballos. En cuanto tenían ocasión, iban a Saratoga, a las carreras. Probablemente no había gran daño en esto. Dos hermanas con lápiz de labios de color alegre y hermosos vestidos. Y riendo siempre con sus hermosos dientes prominentes. Y echando abajo la capota del convertible.

Tina no veía esto con ojos muy convencidos. ¿Por qué no deberían ir al hipódromo? Su fiereza se concentraba, toda ella, en Braun el millonario.

—¡Ese rufián! —solía decir.

—Oh, no. Hace años y años que no —decía Mutt.

—Venga ya, Mutt. Yo sé a quién ha estado tirándose. Siempre echo un ojo a las ortodoxas. Créeme, lo sé. Y ahora el gobernador le ha puesto en una comisión. ¿Cuál es?

—Contaminación.

—Contaminación del agua, es verdad. El amigo de Rockefeller.

—No deberías decir eso, Tina. Es nuestro hermano.

—Él te quiere a *ti*.

—Sí que es verdad.

—Y él es multimillonario, ¿y deja que tú sigas trabajando como un esclavo en un pequeño negocio? No tiene corazón. Es un hombre sin corazón.

—Eso no es verdad.

—¿Cómo? Nunca le ha salido una lágrima en el ojo a menos que le molestara el viento —dijo Tina.

La hipérbole era el principal defecto de Tina. Eran todos así. Su madre se las había inculcado.

Si no, era simplemente una mujer sombría y obesa, bastante inclinada, con el pelo echado hacia atrás desde la frente, tirante, de manera que la línea que formaba era una barrera. Tenía aspecto totalitario, y no solo con los demás. También con ella misma. Estaba absorbida en la dictadura de su enorme persona. Con un vestido blanco y con el anillo que le había quitado a su madre muerta. Había dado un golpe de Estado en el dormitorio.

En su generación —el doctor Braun había renunciado a la tarde para dedicarla al placer inútil de pasarla pensando con afecto en sus muertos—, en su generación, Tina también estaba chapada a la antigua a pesar de la palabrería moderna que utilizaba. La gente de su clase, y no solo las mujeres, cultivaba el encanto personal. Pero Tina sistemáticamente no deseaba nada, ni tener atractivo ni encanto. Absolutamente ninguno. Nunca trataba de agradar. Su objetivo debía ser la majestad. ¿En qué se basaba? No tenía ideas grandiosas. Tenía que basarse en su propia naturaleza. En una idea primordial, enormemente hinchada. De algún modo era como su carne metida en aquel vestido de seda blanca, como la había visto por última vez su primo Braun unos años antes, hinchada. Era una especie de sub-suboficina de la personalidad, detrás de una puertecita del cerebro donde aquella alma inquieta nunca dejaba de trabajar y había ordenado a esta enorme mujer, a toda ella, que se manifestara. Con el pelo oscuro de los antebrazos, las llamativas ventanas de la nariz en el rostro blanco, y los ojos negros que te miraban fijamente. Tenía en los ojos una expresión ofendida; a veces una mirada sulfúrica; una mirada inteligente, incluso maliciosa. Sus ojos tenían todas las miradas, incluso la mirada de amabilidad que le venía del tío Braun. La dulzura del viejo. Los que tratan de interpretar la humanidad a través de sus ojos están destinados a encontrar muchas cosas extrañas y a quedarse perplejos.

La pelea entre Tina e Isaac duró años. Ella lo acusaba de sacudirse a la familia cuando se presentó la principal oportunidad. Él se había negado a que ellos participaran. Él decía que todos ellos lo habían abandonado en el momento preciso. Al final, los hermanos se reconciliaron. Tina no. No quería nada con Isaac. En la primera fase de enemistad se encargó de que supiera exactamente lo que pensaba de él. Hermanos, tías y viejos amigos le contaron lo que ya decía de él: que era un sinvergüenza, que mamá le había prestado dinero; que él no había pagado; por eso es por lo que ella se había quedado con aquellas rentas. Además, Isaac había colaborado en silencio con Zaikas, el griego, el mafioso de Troy. Iba contando por ahí que Zaikas había cubierto a Isaac, que estaba implicado en el escándalo del hospital estatal. Zaikas lo cubrió, pero Isaac tuvo que meter cincuenta mil dólares en el depósito que tenía Zaikas en el banco. Es decir, el banco Stuyvesant. Tina decía que conocía incluso el número de cuenta. Isaac decía poco ante estas calumnias, y después de un tiempo cesaron.

Y fue cuando cesaron que Isaac empezó a sentir realmente la furia de su hermana. Él se consideraba el cabeza de la familia, ya que era el Braun más viejo con vida. Después de no haber visto a su hermana durante dos o tres años, empezó a acordarse del afecto que sentía el tío Braun por

Tina. La única hija. La más joven. La hermanita. Al recordar los viejos tiempos, su corazón se ablandó. Como había conseguido lo que quería, como le decía Tina a Mutt, podía pintar el pasado del color que quisiera. Era un sentimental. Isaac recordaba por ejemplo que en 1920 la tía Rose quería leche fresca, y los Braun tenían una vaca en los pastos junto al río. Qué sitio tan hermoso. Y qué agradable era conducir el viejo Ford T al atardecer para ir a ordeñar la vaca junto al agua verdosa. Por el camino cantaban canciones. Tina, que entonces tenía diez años, debía de pesar alrededor de noventa kilos, pero la forma de su boca era muy dulce, femenina; quizá era la presión de la grasa, que aceleraba su madurez. De algún modo, era más femenina en la niñez de lo que fue más tarde. Era verdad que a los nueve o diez años se sentó encima de un gatito en la butaca, sin darse cuenta, y lo aplastó. La tía Rose lo encontró muerto cuando su hija se levantó del asiento. «Eres enorme —le dijo a su hija—, eres un animal.» Pero incluso esto Isaac lo recordaba con una tristeza divertida. Y, como no pertenecía a ningún club, nunca jugaba a las cartas, nunca pasaba la noche bebiendo, nunca fue a Florida, nunca fue a Europa, nunca fue a ver el Estado de Israel, Isaac tenía mucho tiempo para reminiscencias. Los respetables olmos que rodeaban su casa suspiraban con él por el pasado. Las ardillas eran ortodoxas. Cavaban y ahorran. La señora de Isaac Braun no llevaba maquillaje. A excepción de un toque de lápiz de labios cuando salía a la calle. Nada de abrigos de visón. Una confortable foca del Hudson, sí. Con un gran botón de piel en el estómago. Para mantenerla cálida, como a él le gustaba. Era rubia, pálida, redondeada, con una mirada franca e inocente, y el pelo corto y simétrico. Marrón claro, con destellos dorados. Uno de sus ojos grises, quizá, expresaba o se acercaba a expresar malicia. Debía de ser puramente involuntario. Al menos no había ni un indicio de crítica u oposición consciente. Isaac era el amo. La cocina, los postres, el lavado, todas las cosas de la casa, tenían que estar a la altura que él ponía. Si a él no le gustaba cómo olía la lavandera, la despedían. Era una vida doméstica cómoda y respetable a la antigua basada en el modelo de Europa Oriental que destruyeron completamente en 1939 Hitler y Stalin. Aquellos dos se encargaron de acabar con la vida antigua, se aseguraron de que ciertas ideas modernas sobre la raza se convirtieran en realidades sociales. Quizá la ambigüedad confusa que podía percibirse en uno de los ojos de la prima Silvia era efecto de un comentario histórico contenido. Como mujer, en opinión del doctor Braun, ella tuvo más que un atisbo de esta transformación moderna. Su marido era multimillonario. ¿Dónde estaba la vida que podría haber comprado? ¿Las casas, criados, ropas y coches? En la granja ella había manejado las máquinas. Cuando se casó, se vio obligada a olvidar cómo se conducía. Era una mujer dócil y agradable, y se metía en la cocina a hacer bizcochos y a cortar filetes, como había hecho la madre de Isaac. O como debería haber hecho. Sin la cara furibunda de la madre, ni la mirada severa, la nariz rigurosa y la tira de prensa que descansaba en su espina dorsal. Sin las maldiciones que decía todo el tiempo la tía Rose.

En América, se enderezaron los abusos del Viejo Mundo. Estaba destinada a ser la tierra de la reparación histórica. Sin embargo, reflexionó el doctor Braun, nuevos alborotos llenaban el alma. Los detalles materiales habían cobrado una gran importancia. Pero seguía siendo el espíritu el que daba los mayores golpes. ¡Tenía que ser así! La gente que decía esto tenía razón.

Las ideas del primo Isaac: una red de cómputos, fachadas, elevaciones, hipotecas, dinero de ida y vuelta. Y como, además, cuando era joven había sido fuerte y atrevido, y esto nunca lo había abandonado del todo —permanecía únicamente en forma de comentario ingenioso—, de hecho su piedad parecía fingida. Añadida. Aquello de recitar los salmos en las obras. «Cuando examino los cielos, el trabajo de Tus dedos... ¿qué es el hombre para que Tú te preocupes por él?» Pero estaba

claro que lo decía de buena fe. Se tomaba libre la tarde entera antes de las fiestas importantes. Mientras su rubia mujer, acalorada por la cocina, tomaba nota con el aire ligeramente bíblico que se esperaba de ella, él estaba en el piso de arriba bañándose y cambiándose de ropa. Había visitado las tumbas de sus padres y anunciaba a su regreso:

—He ido al cementerio.

—Ah —decía ella con simpatía, y el ojo bonito lleno de candor. El otro seguía despidiendo un diminuto destello de astucia.

Los padres, ahogados en arcilla. Dos cajas, una al lado de la otra. Una hierba de un verde fortísimo se extendía sobre ellas, e Isaac repetía una oración al Dios de la misericordia. Además, en hebreo con acento báltico, cosa de la que se burlaban los israelíes modernos. Los árboles de septiembre, amarillentos después de una o dos noches de helada, ahora que el cielo estaba azul y cálido, daban luz en vez de sombra. Isaac estaba preocupado por sus padres. Allí abajo, ¿cómo estaban? Le preocupaba la humedad, el frío, y sobre todo los gusanos. Cuando había helada, se le encogía el corazón al pensar en la tía Rose y el tío Braun, aunque como constructor supiera que estaban por debajo de la línea del hielo. Pero había una fuerza humana, su amor, que afectaba a su criterio, tan práctico para otras cosas. Desaparecía. Quizá, como constructor y experto en viviendas —y miembro de dos, no una, de las comisiones del gobernador— sentía especialmente que esos muertos no estaban bien protegidos. Pero Tina —al fin y al cabo también eran sus muertos— consideraba que él seguía explotando a papá y mamá y que la habría explotado a ella también si se hubiera dejado.

Durante varios años, en la misma estación, se producía una escena entre ellos. Lo piadoso antes del día de expiación consistía en visitar a los muertos y perdonar a los vivos: perdonar y pedir perdón. Por consiguiente, Isaac iba una vez al año a la vieja casa. Aparcaba su Cadillac. Llamaba al timbre, con el corazón latiendo fuerte. Esperaba al pie de la larga y encerrada escalera. El pequeño edificio de ladrillo, que ya era viejo en 1915 cuando lo compró el tío Braun, fue heredado por Tina, quien intentó modernizarlo. Había sacado las ideas de la revista *House Beautiful*. El papel con el que empapeló los inclinados muros de la escalera era inadecuado. No importaba. Tina, desde arriba, abría la puerta, veía la figura masculina y la cara llena de señales de su hermano y decía:

—¿Qué quieres?

—¡Tina! Por Dios santo, he venido a hacer las paces.

—¿Qué paces? Nos privaste a todos de una fortuna.

—Los otros no están de acuerdo. Venga, Tina, somos hermanos. Acuérdate de papá y mamá. Recuerda...

Ella le gritaba desde arriba:

—¡Hijo de puta! ¡Claro que me acuerdo! Ahora lárgate. Dando un portazo, ella marcaba el número de su hermano Aaron, mientras encendía uno de sus cigarrillos.

—Ha vuelto a venir —le decía—. ¡Vaya mierda! No va a practicar su maldita religión conmigo.

Ella decía que odiaba su actitud ortodoxa rastrera. A ella no la engañaba. En un trato o en una estafa.—Pero no soportaba aquel sentimentalismo.

En cuanto a ella, es posible que tuviera un cuerpo de mujer, pero actuaba como un hombre. Y con un vestido puesto, mientras llegaba una música tierna de la radio, se fumaba un cigarrillo después de que Isaac se hubiera marchado, tronando por dentro con grandes sacudidas de sentimiento. Para las cuales, de otro modo, no había ocasión. Es posible que maldijera a su hermano, pensaba el doctor

Braun, pero le debía mucho. La tía Rose, que había sido una defensora tan dura del dinero, le había dejado a su hija necesidades, ¡vaya necesidades! La decencia tranquila de la vida doméstica de una mujer de mediana edad —marido, hija, cosas de casa— no hacía nada para calmar unas necesidades como las suyas.

De manera que, cuando Isaac Braun le dijo a su mujer que había visitado las tumbas de la familia, ella supo que había vuelto a ir a ver a Tina. Se había repetido la escena. Isaac, con una voz y unos gestos que pertenecían a la historia y que no tenían lugar ni paralelo en el Nueva York industrial del norte, apeló a su hermana ante los ojos de Dios y, en nombre de los que ya no estaban, le rogó que acabase con su rabia. Pero ella le gritó desde lo alto de las escaleras: «¡Nunca! Hijo de puta, ¡nunca!», y él se marchó.

Isaac se iba a casa a buscar consuelo y más tarde caminaba hasta la sinagoga con el corazón dolido. Era un líder de la congregación, lastrado por la pena. Se golpeaba el pecho con el puño en un gesto anticuado de penitencia. El modo moderno era el del comedimiento. La moderación anglosajona. El rabino, con sus aires de relaciones públicas de la avenida Madison, no aprobaba aquellas lágrimas europeas y dramáticas acompañadas de golpes de pecho. Hacía que el solista bajara el tono. Pero Isaac Braun, cubierto por el chal de oraciones de su padre, con sus rayas negras y sus flecos, apretaba los dientes y se iba a llorar cerca del arca.

Estas visitas anuales a Tina continuaron hasta que ella se puso enferma. Cuando la hospitalizaron, Isaac telefoneó al doctor Braun y le pidió que averiguara cómo iban realmente las cosas.

—Pero yo no soy médico.

—Eres científico. Tú lo comprenderás mejor.

Cualquiera lo podía haber comprendido. Se estaba muriendo de cáncer de hígado. Habían probado con la radiación de cobalto. La quimioterapia. Ambas la pusieron más enferma todavía. El doctor Braun le dijo a Isaac:

—No hay esperanzas.

—Lo sé.

—¿La has visto?

—No. Me lo ha dicho Mutt.

Isaac le envió con Mutt el recado de que quería visitarla en el hospital. Tina se negó a verlo.

Y Mutt, con su cara larga y oscura, feo pero amable, con ojos de perro, la apremió dulcemente:

—Deberías verlo, Tina. Pero Tina dijo:

—No. ¿Por qué? Lo que él quiere es ver un lecho de muerte judío. No.

—Venga, Tina.

—No —dijo ella, aún con más firmeza. Entonces añadió—: Lo odio —como si le explicara que Mutt no debía esperar que ella renunciase a ese sentimiento. Y un poco más tarde añadió, en voz más baja, como si hablase en general—: Yo no puedo ayudarlo.

Pero Isaac llamaba por teléfono a Mutt todos los días, y le decía:

—Tengo que ver a mi hermana.

—No consigo que acepte.

—Tienes que explicárselo. Ella no sabe lo que está bien. Isaac llegó incluso a telefonar a Fenster, aunque, como todo el mundo sabía, tenía una opinión muy pobre sobre la inteligencia de este último. Y Fenster le contestó:

—Ella dice que nos hiciste una jugarreta.

—¿Yo? Ella se asustó y se retiró. Yo tuve que hacerlo todo solo.

—Te sacudiste de encima a toda la familia.

De manera bastante simple, con la franqueza del tonto de la Biblia (así es como lo veía Isaac, y Fenster lo sabía), le dijo:

—Tú lo querías todo para ti, Isaac.

Era demasiado esperar, le dijo Isaac al doctor Braun, que lo dejaran disfrutar su gran fortuna sin protestar. Y admitió que era muy rico. No le dijo cuánto dinero tenía. Esto era un misterio para la familia. Los viejos decían: «Ni él mismo lo sabe».

Isaac le confesó a su primo, el doctor Braun: «Nunca la he comprendido». Incluso así, le afectó mucho más al año siguiente.

La prima Tina había descubierto que no era necesario obligarse con las viejas reglas. Que, como se le negaba a Isaac el doloroso deseo de ver el rostro de su hermana, todo se colocaba en una esfera distinta de conocimiento superior, doloroso pero más verdadero que el antiguo. Parecía como si ella, desde su lecho, estuviese dirigiendo esta investigación.

—Deberías dejarlo que viniera —le decía Mutt.

—¿Porque me estoy muriendo?

Mutt, simple y oscuro, la miró, sus negros ojos momentáneamente vacíos mientras buscaba una respuesta:

—La gente se recupera —le dijo.

Pero ella le dijo, con una rara indiferencia con respecto al hecho:

—Esta vez no.

Ya se le había puesto la cara demacrada y el vientre hinchado. Se le estaban hinchando también las piernas. Ella había visto esos signos en otros y los comprendía.

—Llama todos los días —le dijo Mutt.

Ella pidió que le hicieran las uñas. De un color rojo oscuro, casi marrón. Era una de esas rarezas de la necesidad o del deseo. El anillo que le había quitado a su madre lo tenía ahora suelto en el dedo. E, incorporándose en la cama levantada, como si hubiera encontrado un momento de paz, cruzó los brazos y dijo, apretando el encaje de la sábana con las puntas de los dedos:

—Entonces transmítele a Isaac mi mensaje, Mutt: lo recibiré, pero le costará dinero.

—¿Dinero?

—Me tendrá que pagar veinte mil dólares.

—Tina, eso no está bien.

—¿Por qué no? Son para mi hija. Los va a necesitar.

—No, no necesita ese tipo de dinero. —Él sabía lo que había dejado la tía Rose—. Hay suficiente y tú lo sabes.

—Si quiere venir, ese es el precio de entrada —dijo ella—.

Es solo una parte de lo que nos quitó.

Mutt dijo sencillamente:

—A mí nunca me quitó nada.

Curiosamente, tenía en el rostro la astucia de los Braun, pero nunca la practicaba. Esto no se debía a que hubiese resultado herido en el Pacífico. Siempre había sido así. Le envió a Isaac el mensaje de Tina en un papel comercial, ELECTRODOMÉSTICOS BRAUN, 4 2 CLINTON, como si fuera una oferta de contrato. Ni un comentario, ni siquiera una firma.

«Tina acepta por veinte de los grandes en efectivo. Si no, no»

En opinión del doctor Braun, su prima Tina se había aprovechado de la fuerza de la muerte para crear una situación dramática, que al mismo tiempo era cómica. Mientras se decía esto a sí mismo, le llegó una reacción de burla. La muerte, esa novia horrible, esperaba con una consumación que nunca había ofrecido la vida. Devaluaba, por tanto, la vida, llenando el espacio vacío que quedaba (que debería haber estado reservado para la belleza, lo milagroso, la nobleza), con una monstruosidad obesa, rencor, fracaso y tortura autoinfligida.

Isaac, el día que recibió las condiciones de Tina, tenía previsto salir al río con la comisión anticontaminación del gobernador. El Departamento de Caza y Pesca había enviado un barco para llevar a los cuatro miembros de la comisión al Hudson. Iban a ir hacia el sur, hasta Germantown, donde parecía ser que el río, con las montañas al este, medía más de un kilómetro de ancho. Y de vuelta a Albany, Isaac había querido cancelar esta inspección, tenía muchas cosas en que pensar, su cabeza estaba llena. «Abarrotado» era el término que le gustaba utilizar a Braun para hablar de ello, el que mejor le parecía que expresaba el estado mental de Isaac. Pero Isaac no pudo liberarse de esta visita oficial. Su mujer le hizo ponerse el sombrero de paja y un traje fresco. Se inclinó a un costado del barco, con las manos fuertemente agarradas a la barandilla de color rojo oscuro con ensambladuras de bronce. Respiró entre dientes. Por detrás de las piernas y en el cuello, el pulso le latía con fuerza; y en la cabeza una arteria hinchada le hacía tomar conciencia, a él solo, del aire que pasaba por su lado y del agua tan hermosa. Dos jóvenes profesores de Rengelaer les dieron una charla sobre la geología y la fauna del alto Hudson y sobre los problemas industriales y comunitarios de la región. Las ciudades estaban arrojando aguas residuales sin tratar al Mohawk y al Hudson. Se veía salir el flujo de unas tuberías de tamaño gigante. Cloacas, dijo el profesor de la barba roja y los dientes estropeados. Tenía mucho metal oscuro dentro de la boca, encías de peltre en vez de hueso. Y una tubería con la que señalaba los trozos de basura que volvían el río amarillento. Las ciudades esparcían sus desperdicios. ¿Cómo podían eliminar aquello? Se habló de algunos métodos: plantas de tratamiento; energía nuclear. Por último el profesor presentó un ingenioso proyecto de ingeniería para enviar todos los desperdicios al interior de la Tierra, muy por debajo de la corteza, a miles de metros, en las capas más profundas. Pero incluso aunque un día se pusiera freno a la contaminación, se tardarían cincuenta años en hacer que el río volviese a ser lo que era. Los peces habían sobrevivido mucho tiempo pero al final abandonaron los viejos lugares de desove. Solo quedaba una anguila salvaje y carroñera dominando las aguas. Aquel río seguía siendo grande a pesar de las lagunas de desechos y de lo retorcido de las anguilas. Uno de los miembros de la comisión tenía un rostro vagamente familiar, largo y estrecho, la boca como un pestillo, las mejillas hundidas, el hueso de la nariz deformado, y el pelo que empezaba a escasear. Amable. Delgado. Como estaba pensando en Tina, Isaac no se había enterado de cómo se llamaba. Pero al mirar las páginas impresas que les había preparado el personal, vio que se trataba de Ilkington junior. Ese hombre tranquilo y agradable que te miraba de manera tan profunda con aquella cabeza blanca, los largos pantalones retorcidos por la brisa mientras agarraba la barandilla de metal detrás de él.

Era evidente que sabía lo de los cien mil dólares.

—Me parece que yo conocí a su padre —le dijo Isaac, en voz muy baja.

—Desde luego que sí —dijo Ilkington. Era delgado para su altura; tenía la piel tirante, que le brillaba en las sienas, y un liquen rojizo de sangre se extendía por sus mejillas. Los capilares.

—El viejo está bien.

—Me alegro.

—Sí. Está bien. Muy débil, sin embargo. Lo pasó mal, ¿sabe?

—No sabía.

—Oh, sí. Invirtió en la construcción de un hotel en Nassau y perdió su dinero.

—¿Todo? —dijo Isaac.

—Todo el legítimo.

—Lo siento mucho.

—Es una suerte que tuviera alguna cosita en la que apoyarse.

—Ah, ¿sí?

—Desde luego.

—Ya veo. Eso fue una suerte.

—Le durará.

Isaac se alegró de saberlo y apreció la amabilidad de Ilkington al decírselo. También sabía lo que el club de campo de Robbstown había representado para él, pero no se lo echó en cara, sino que se comportó cortésmente. Por lo que a Isaac, lleno de gratitud, le habría gustado mostrar su agradecimiento. Pero con esa gente lo que uno mostraba lo mostraba en silencio. De esto le parecía a Isaac que estaba empezando a apreciar el valor. La sabiduría nativa y diferente de los gentiles, que tenían mucho que decir pero se contenían. ¿A qué se dedicaba este Ilkington junior? Volvió a mirar los papeles y encontró un párrafo con su biografía. Especialista en seguros. Diversas comisiones del gobierno. Probablemente Isaac podría haber hablado de Tina con ese hombre. Sí, en el cielo. En la tierra nunca iban a hablar de una cosa así. Tendrían que conformarse con impresiones silenciosas. Variaciones incomunicadas, un contacto amable pero callado. Parecía que la gente, cuantas más cosas tenía en la cabeza, menos sabía cómo comunicarlas.

—Cuando le escriba a su padre, dele recuerdos de mi parte. Mientras tanto, el profesor seguía diciendo que las comunidades que vivían a la orilla del río no iban a pagar ningún tipo de planta de tratamiento de aguas residuales. Tendría que costearlas el gobierno federal. Eso era lo justo, pensó Isaac, ya que el Departamento de Hacienda se llevaba a Washington miles de millones en impuestos y no dejaba mucho localmente. De manera que ellos echaban los excrementos en los ríos. Isaac, que había construido muchas casas a lo largo del Mohawk, siempre había dado esto por sentado. Había construido edificios sórdidos de los que estaba tan orgulloso... Había estado orgulloso.

Saltó a la orilla cuando amarraron el barco. El comisionado del Estado había cogido una anguila del agua para mostrársela al grupo de inspección. La anguila se escapó retorciéndose hacia el río formando círculos rápidos y enérgicos, rascándose la piel en las planchas, con la cresta en pie. ¡Plop! Negra y viscosa, con la boca abierta para perecer.

La brisa había cesado y el agua apestaba. Isaac se fue a casa en su Cadillac, con el aire acondicionado puesto. Su mujer le dijo:

—¿Qué tal ha estado?

Él no tenía respuesta que dar.

—¿Y qué vas a hacer con Tina? Una vez más, no dijo nada.

Pero, conociendo a Isaac, y viendo cómo estaba de excitado, ella previó que iría a Nueva York para pedir consejo. Más tarde se lo dijo al doctor Braun, y él no vio razón alguna para impedirselo. Las esposas inteligentes tienen el don de predecir las cosas. A los maridos afortunados se les perdona su previsibilidad.

Isaac tenía un rabino en Williamsburg. Era tan ortodoxo como eso. Y no fue en avión. Tomó un compartimento en el tren *Twentieth Century*, que salió de Albany justo antes del amanecer.

Únicamente había luz suficiente para ver el río. Pero no se veía la orilla oeste. Un tanque cubierto de humo y gases dividía el agua bituminosa. Por fin surgieron las montañas en el horizonte.

Querían jubilar el viejo tren. Las alfombras estaban sucias y los retretes apestaban. Los camareros del coche restaurante eran desaseados. Isaac tomó tostadas y café, rechazando los olores de jamón y tocino respirando fuerte. Comió con el sombrero puesto. Era racialmente distinto, como sabía bien el doctor Braun. El grupo sanguíneo era característico del mediterráneo oriental. Incluso sus huellas digitales pertenecían a un modelo distinto. La nariz, los ojos grandes y oscuros, la piel tostada, rajada por un médico ruso en los viejos tiempos. Y, mirando por la ventanilla cuando pasaban a toda velocidad por Rhinecliff, Isaac vio, con la familiaridad de cientos de viajes, aquella enorme superficie de agua, la espesa masa de árboles, el espacio iluminado. Dentro del compartimento, en una cautividad ociosa, encerrado con aquella tapicería horrible y la puerta que traqueteaba. El viejo arsenal, la isla de Bannerman, el jugueteón castillo, con los sauces de color verde amarillento retozando a su alrededor, y el agua brillante, tan verde como él la recordaba de 1910, cuando era uno de los cuarenta millones de extranjeros que llegaban a América. Recordó las vías, tal y como eran entonces, las corrientes retorciéndose y la montaña con su cima redondeada, y la pared de roca descendiendo curvada hacia el río.

Desde la estación Grand Central, llevando un maletín con todo lo necesario en su interior, Isaac tomó el metro para ir al lugar de su cita. Esperó en la antesala, donde los barbudos seguidores del rabino salían y entraban con sus largas chaquetas. Isaac iba vestido con traje de negocios, pero eso no hacía que pareciera menos arcaico que el resto. El suelo estaba desnudo. Los asientos eran de madera y las paredes blancas y punteadas. Pero las ventanas estaban sucias, como si el exterior no importara. De estas personas, muchas eran supervivientes del Holocausto alemán. El propio rabino lo había padecido de niño. Después de la guerra, había vivido en Holanda y Bélgica y había estudiado ciencias en Francia. En Montpellier. Bioquímica. Pero había sentido la llamada a estos deberes espirituales en Nueva York; Isaac no estaba seguro de cómo había sucedido esto. Y ahora llevaba la barba completa. En su despacho, sentado ante una pequeña mesa con un cuaderno de notas verde y un bolígrafo, la conversación se desarrolló en la jerga, en yídish.

—Rabino, mi nombre es Isaac Braun.

—De Albany. Sí, lo recuerdo.

—Soy el mayor de cuatro hermanos. Mi hermana, la más joven, la *muzinka*, se está muriendo.

—¿Estás seguro de esto?

—De un cáncer del hígado, con muchos dolores.

—Entonces es cierto. Sí, se está muriendo.

En aquel rostro tan blanco y redondo, la barba del rabino crecía larga y espesa en rizos ensortijados. Era un hombre fuerte y joven, con el grueso cuerpo abotonado apretadamente en el hábito negro y brillante.

—Hay cierta cosa que se produjo poco después de la guerra. La oportunidad de comprar un terreno valioso para la construcción. Yo invité a mis hermanos y a mi hermana a invertir conmigo, rabino, pero el día...

El rabino escuchó, con el blanco rostro levantado hacia una esquina del techo, pero totalmente atento, con las manos apretadas contra las costillas, por encima de la cintura.

—Comprendo. Trataste de ponerte en contacto con ellos aquel día y te sentiste abandonado.

—Me abandonaron, rabino.

—Pero aquello también fue una suerte para ti. Ellos te volvieron la espalda, y eso te hizo rico. No tuviste que compartir.

Isaac admitió esto pero añadió:

—Si no hubiera sido en un trato, habría sido en otro.

—¿Crees que estabas destinado a ser rico?

—Yo estaba seguro de que así sería. Y había muchas oportunidades.

—Tu hermana, la pobre, es muy dura. Se equivoca. No tiene motivos de queja contra ti.

—Me alegra oír eso —dijo Isaac. No obstante, «me alegra» era solo una expresión, porque en realidad estaba sufriendo.

—Tu hermana no es pobre, ¿verdad?

—No, heredó algunos bienes. Y a su marido le va bastante bien. Aunque supongo que una enfermedad tan larga cuesta dinero.

—Sí, es una enfermedad agotadora. Pero los vivos solo pueden desear vivir. Yo hablo de los judíos. Quisieron aniquilarnos. Consentir habría sido dar la espalda a Dios. Pero volviendo a tu problema: ¿has pensado en tu hermano Aaron? Él aconsejó a los demás que no se arriesgaran.

—Lo sé.

—A él le interesaba que ella se enfadara contigo y no con él.

—Comprendo.

—Él es el culpable. Está pecando contra ti. Tu otro hermano es un buen hombre.

—¿Mutt? Sí, lo sé, es un hombre decente. Casi no sobrevivió a la guerra. Le dispararon en la cabeza.

—¿No ha perdido la cabeza?

—Eso creo.

—A veces es necesario algo como eso, una bala en la cabeza.

El rabino hizo una pausa y volvió la redonda cara, con la negra barba inclinada sobre los pliegues del brillante hábito. Y entonces, mientras Isaac le contaba cómo siempre iba a ver a Tina antes de las grandes fiestas, empezó a ponerse impaciente, moviendo la cabeza hacia delante, pero con los ojos vueltos de lado.

—Sí. Sí. —Estaba seguro de que Isaac había hecho lo correcto—. Sí. Tú tienes el dinero. Ella te guarda rencor. Eso no es razonable. Pero así es como ella lo ve. Tú eres un hombre. Ella es solo una mujer. Tú eres un hombre rico.

—Pero, rabino —dijo Isaac—, ahora está en su lecho de muerte, y yo he querido verla.

—Sí. ¿Y bien?

—Quiere que pague por ello.

—¿Ah? ¿De verdad? ¿Dinero?

—Veinte mil dólares. Para que me dejen entrar en la habitación.

El corpulento rabino se quedó parado, con los blancos dedos en los reposabrazos de la silla de madera.

—Supongo que ella sabe que se está muriendo, ¿verdad? —dijo.

—Sí.

—Sí. A todos los judíos les encantan las bromas en el momento de la muerte. Yo conozco muchas.

Bien. América no lo ha cambiado todo, ¿verdad? La gente cree que Dios tiene sentido del humor. Esas bromas que gastan los moribundos muestran que tienen un alma fuerte y valiente, pero escéptica. ¿Qué tipo de mujer es tu hermana?

—Fuerte. Grande.

—Ya veo. Una mujer gorda. Un trozo de carne con ojos, como se suele decir. Y mira a las que tienen más suerte, como un animal en una jaula, quizá. Aislada. Por el deseo y la desesperación. Una niña gorda así: a veces la gente se comporta como si estuvieran solos cuando hay presente un niño así. De manera que esas pequeñas almas monstruosas tienen un destino extraño. Ven a la gente como es cuando nadie está mirando. Tienen una visión muy triste de la humanidad.

Isaac respetaba al rabino. Lo reverenciaba, según el doctor. Pero quizá no era lo suficientemente anticuado para él, a pesar del sombrero, la barba y la gabardina. Tenía el tono antiguo, las maneras, el corte corpulento, el juicio tranquilo universal del genio moral judío. Suficiente para satisfacer a cualquiera. Pero había también en él algo extraño, es decir, contemporáneo. De vez en cuando, mostraba un signo del estudiante de ciencias, el bioquímico del sur de Francia, de Montpellier. Probablemente hablaba inglés con acento francés, mientras que el primo Isaac hablaba como todos los demás en el norte del estado. En yídish tenía el mismo dialecto: ruso blanco, de la región de Minsk. Los pantanos de Pripet, pensó el doctor Braun. Y entonces volvió a observar el halcón encima del sicomoro blanco a orillas del Mohawk. Sí, quizá. Entre estos pájaros recientes, pinzones, zorzales, estaba el primo Isaac con más escamas que plumas en sus alas. Él era un tipo más a la antigua. El ojo castaño y rojizo, los fuertes músculos del mentón que no dejaban de trabajar bajo la piel. Hasta la herida era preciosa para él. A Braun le parecía que lo conocía, o más bien, tenía el deseo de haberlo conocido. Porque todas aquellas personas estaban muertas. Era un amor inútil.

—¿Puede usted permitirse pagar ese dinero? —preguntó el rabino. Y, cuando Isaac dudo, le dijo —: No le estoy preguntando a qué cifra se eleva su fortuna. Eso no es asunto mío. Pero ¿podría usted pagarle los veinte mil?

Isaac, con un aspecto muy cansado, le dijo:

—Si tuviera que hacerlo.

—¿Sería eso un gran golpe para su fortuna?

—No.

—En ese caso, ¿por qué no lo paga?

—¿Cree usted que debería?

—No soy yo quien tiene que decirle que entregue tanto dinero. Pero usted ya dio, apostó y confió en aquel otro hombre, el *goy*.

—¿Ilkington? Aquello era un riesgo de negocios. Pero ¿y Tina? ¿Cree usted que debo pagar?

—Ceda. Yo diría, juzgando a la hermana por el hermano, que no hay otra solución.

Entonces Isaac le dio las gracias por su tiempo y su opinión. Salió a la plena luz de la calle, que olía a estiércol. El aburrido cemento de los edificios, desalineados, los bloques torcidos, la mugre encima de más mugre como si estuvieran hechos de zapatos viejos y no de ladrillos. Allí era el contratista el que miraba. El aroma de azúcar y café tostado era fuerte, pero el aire veraniego se movía deprisa en medio de la humedad y debajo del enorme puente pisoteado por las máquinas. Andaba buscando la entrada del metro, pero vio en su lugar un taxi amarillo con la luz encendida en el techo. Primero le dijo al chófer: «Grand Central», pero en la primera esquina cambió de opinión y dijo: «Lléveme al aeropuerto de West Side». No había ningún tren rápido para Albany hasta el final

de la tarde. No podía esperar en la calle Cuarenta y dos. Hoy no. Debía haber sabido todo el tiempo que tendría que pagar el dinero. Solo había venido a confirmar su opinión consultando con el rabino. Para tener la ley y la sabiduría de su parte. Pero Tina, desde su lecho de muerte, había hecho un movimiento demasiado fuerte. Si él se negaba a pagar, nadie se lo iba a echar en cara. Pero él se sentiría muy dañado. ¿Cómo iba a soportarse a sí mismo? Porque él ahora ganaba fácilmente esas cantidades. Si el precio hubiera sido de cincuenta mil dólares, Tina habría estado diciendo que no quería verlo más, pero veinte mil, esa cifra era una elección astuta. Y la ortodoxia no le ofrecía otra solución. Ahora todo dependía de él.

Habiendo decidido capitular, sentía una especie de temeridad mortal. Nunca había volado antes. Pero quizá ya iba siendo hora. Todos habían vivido bastante. Y en todo caso, mientras el taxi reptaba por entre la muchedumbre de la hora de la comida en la calle Veintitrés, le pareció que de todas formas ya había bastante gente en el mundo.

En el autobús del aeropuerto abrió el ejemplar de los salmos que había heredado de su padre. Las negras letras en hebreo únicamente lo miraban como bocas abiertas con la lengua fuera, señalando hacia arriba, como llamas estúpidas. Lo intentó, intentó obligarse a hacerlo. No le sirvió de nada. El túnel, los humanos, los esqueletos de automóviles, las entrañas de las máquinas, los basureros, las gaviotas, todo ello le pintaba una imagen de una Newark temblorosa en medio del verano, concentrando su atención en el detalle. Como si él no fuera Isaac Braun sino un hombre que tomaba fotografías. Después, cuando el avión empezó a correr con furia concentrada para despegar, con toda la fuerza que necesitaba para despegarse del magnetismo de la tierra, y más, cuando vio que la tierra se quedaba detrás y la máquina se elevaba, desde la pista, se dijo a sí mismo en su interior con claridad: *Shema Yisroel*. «Óyeme, Israel, ¡solo Dios es Dios!» A su derecha se extendía Nueva York como un gigante hacia el mar, y el avión, con un salto de las ruedas retráctiles, se volvió hacia el río, el Hudson, verde por las mareas y por el viento. Isaac exhaló el aliento que había estado conteniendo, pero no se quitó el cinturón. Por encima de los maravillosos puentes, de las nubes, cuando navega por la atmósfera, uno se da cuenta mejor que nunca de que no es ningún ángel.

El vuelo fue corto. Desde el aeropuerto de Albany, Isaac telefoneó a su banco. Le dijo a Spinwall, que era con quien hacía los negocios, que necesitaba veinte mil dólares en efectivo.

—No hay ningún problema —le dijo Spinwall—. Los enemigos.

Isaac le explicó al doctor Braun:

—Tengo varias libretas de ahorro en el depósito del banco.

Probablemente tenía varias cuentas individuales de diez mil dólares, protegidas por el seguro federal de depósitos. Debía de tener muchas.

Entró en la cámara acorazada por la redonda puerta, la puerta delicada, circular y enorme, como la luna que se acerca tal y como la ven los navegantes del espacio. Un taxi lo esperaba en la puerta cuando sacó el dinero y los llevó a él y a los dólares de su maletín al hospital. Llegaron al hospital, con sus llagas purulentas y el olor a carne sin esperanza y a drogas, las ostentosas flores y los vestidos arrugados. En el gran ascensor en forma de jaula en el que podían meterse camas enteras, motores y máquinas de laboratorio, los ojos se le iban a la hermosa y silenciosa negra que controlaba los mandos mientras se movían lentamente desde la entrada al entresuelo, del entresuelo al primero. Estaban los dos solos, y, como no iban a ir más rápido, se encontró observando las hermosas y fuertes piernas de ella, su busto, el brillo y el metal dorado de sus gafas, y la hinchazón sensual de su garganta, justo debajo de la barbilla. A pesar de sí mismo, todo esto lo impresionó

mientras se dirigía despacio al lecho de muerte de su hermana.

En la puerta del ascensor, mientras se abría, lo esperaba su hermano Mutt.

—¡Isaac!

—¿Cómo está?

—Muy mal.

—Bien, pues aquí estoy. Con el dinero.

Confundido, Mutt no sabía cómo mirarlo. Parecía asustado. El control que Tina ejercía sobre Mutt siempre había sido grande. Aunque era tres o cuatro años mayor que ella. Isaac entendía de algún modo sus motivos y le dijo:

—Está bien, Mutt. Si tengo que pagar, estoy dispuesto.

Lo que ella diga.

—Puede que ni siquiera se dé cuenta.

—Llévaselo. Dile que estoy aquí. Quiero ver a mi hermana, Mutt.

Incapaz de mirarlo a la cara, Mutt cogió el maletín y entró en la habitación de Tina. Isaac se retiró de la puerta sin mirar por la rendija. Como no podía estarse quieto, se paseó por el pasillo, con las manos a la espalda. Pasó por la fila de sillas de ruedas vacías. Le repelían estas cosas fabricadas para la debilidad. Odiaba esos objetos, odiaba el olor de los hospitales. Tenía sesenta años. Sabía el camino que él también tendría que tomar, y pronto. Pero solo lo sabía, aún no lo sentía. Para él la muerte todavía estaba lejos. En cuanto a la entrega del dinero, por la que Mutt estaba avergonzado, participando sin querer en algo injusto y grotesco (sí, era algo exagerado, como las cosas que se les ocurría pedir a las mujeres durante el embarazo, que querían comer melocotones, o tomar cerveza, o comer yeso de las paredes). Pero él, tan pronto como entregó el dinero, no se preocupó más por él. Aquello no era nada. Se alegraba de soltarlo. Apenas podía entender esto de sí mismo. Una vez entregó el dinero, cesó el tormento. Nada de nada. Aquello lo habían hecho para castigarlo, para aislarlo, para condenarlo por algo, para meterlo en una categoría. Pero el efecto fue exactamente el contrario. ¿Qué categoría? ¿Dónde estaba? Si ella creía que lo hacía sufrir, no lo hacía. Si ella creía que comprendía el alma de él mejor que nadie (su pobre hermana moribunda), no, no la comprendía.

Y el doctor Braun, sintiendo junto a él esta labor de diseño y desesperación, este último intento de intercambiar los sentidos, se levantó, se quedó de pie mirando los trozos de hielo, los jirones de vapor en el cielo azul invernal.

Entonces la enfermera privada de Tina abrió la puerta e indicó a Isaac que entrara. Él se apresuró a hacerlo y se quedó parado con una mirada ahogada. La parte de arriba del cuerpo de su hermana estaba demacrada y amarilla. Tenía el estómago hinchado y las piernas y tobillos de un grosor grotesco. Los deformes pies se habían liberado de la colcha. Tenía las plantas como tierra. La piel de las sienas estaba tirante. El pelo, blanco. Tenía una aguja intravenosa pegada al brazo y otros tubos iban de su cuerpo a unos recipientes de excrementos que había debajo de la cama. Mutt le había colocado el maletín delante. No lo había abierto. Descarnada, con el pelo ralo y los negros ojos imposibles de descifrar, ella lo miraba fijamente.

—¡Tina!

—Me preguntaba qué harías —dijo ella.

—Está todo aquí.

Pero ella apartó el maletín de un manotazo y dijo, con voz ahogada:

—No, quédatelo.

Él se inclinó para besarla. Ella levantó el brazo que tenía libre y trató de abrazarlo. Estaba demasiado débil, demasiado medicada. Él sintió los huesos de su obesa hermana. La muerte. El final. La tumba. Se echaron a llorar. Y Mutt también, colocándose al pie de la cama, con la boca retorcida y las lágrimas rodándole por las mejillas. Las lágrimas de Tina eran más gruesas y lentas.

El anillo que Tina le había quitado a la tía Rose estaba atado a aquel dedo consumido con hilo dental. Ella levantó una mano hacia la enfermera. Todo estaba preparado. La enfermera cortó el hilo. Tina le dijo a Isaac:

—El dinero no. No lo quiero. Toma tú el anillo de mamá. Y el doctor Braun, profundamente conmovido, trató de entender qué era la emoción. ¿Para qué servía? ¿Cuál era su finalidad? Y ahora nadie la quería. Quizá era mejor mantenerse frío. En la vida y en la muerte. Pero, una vez más, esa frialdad sería proporcional al grado de calor que uno llevara dentro. No obstante, una vez que la humanidad hubiese comprendido su propio sentido, que era humano pasar por esas pasiones, empezaría a explotar, jugar, molestar para excitarse, hacer ruido y formar un circo con los sentimientos. De manera que los Braun lloraron por la muerte de Tina. Isaac sostuvo el anillo de su madre en la mano. También el doctor Braun tenía lágrimas en los ojos. Estos judíos, ¡estos judíos! ¡Sus sentimientos, sus corazones! A menudo el doctor Braun solo quería frenar todo esto. Porque, ¿para qué servía? Uno detrás de otro se iban yendo los moribundos. Así se fueron, uno por uno. Uno mismo se iba. La infancia, la familia, la amistad y el amor se ahogaban en la tumba. ¡Y esas lágrimas! Cuando uno lloraba con el corazón, le parecía que justificaba algo o que comprendía algo. Pero ¿qué es lo que comprendía? Una vez más, ¡nada! Era solo un sentimiento de comprensión. La promesa de que la humanidad podía —*podía*, y digo bien— al final, gracias a este don que *podía* —*podía*, ¡otra vez!— ser un don divino, comprender el sentido de la vida. De la vida y de la muerte.

Y una vez más, ¿por qué adoptaron estas formas en concreto Isaac y Tina? Cuando el doctor Braun cerró los ojos, vio, rojo sobre negro, algo parecido a los procesos moleculares, la única heráldica auténtica del ser. Igual que, más tarde, en la oscuridad del día que acababa, se dirigió hacia la oscura ventana de la cocina para echar una mirada a las estrellas. Esas cosas despedidas por una gran sacudida engendradora hace miles de millones de años.

El robo

Clara Velde, para empezar por lo que en ella había de notorio, tenía el pelo corto y rubio, cortado a la moda, que crecía en una cabeza desmesuradamente grande. En una persona de carácter débil, una cabeza de ese tamaño podría haber parecido una deformidad; pero en Clara, como tenía tanta fuerza personal, daba una impresión de tosca belleza. Necesitaba esa cabeza; una mente como la suya exigía espacio. Tenía huesos grandes; sus hombros no eran anchos sino altos. Sus ojos azules, excepcionalmente grandes, se volvían prominentes cuando pensaba. La nariz era pequeña, una nariz ancestral del mar del Norte. La boca era hermosa, pero se estiraba demasiado cuando sonreía, o cuando lloraba. Tenía una frente poderosa. Cuando llegó al umbral de la madurez, las líneas de su encanto ingenuo se acentuaron; ahora ya serían así para siempre. La verdad es que todo en ella era notorio, no solo el tamaño y la forma de la cabeza. Debió de decidir tiempo atrás que para la gente como ella no podía haber encubrimiento de ninguna clase; no podía malgastar energía en disfraces. De manera que allí estaba, una mujer norteamericana huesuda. Tenía muy buenas piernas; quién sabe lo que habríamos visto si las mujeres pioneras hubieran llevado faldas más cortas. Compraba sus ropas en las mejores tiendas y tenía idea sobre cosméticos. Sin embargo, aquel aspecto de chica de campo nunca lo perdió del todo. Venía de la Cochinchina; de eso no había duda. ¿Su gente? Granjeros de Indiana e Illinois y comerciantes de pequeñas ciudades que eran muy religiosos. A Clara la criaron con la Biblia en la mano: oraciones en el desayuno, acción de gracias con cada comida, salmos aprendidos de memoria, los evangelios, versículo y capítulo: la religión de toda la vida. Su padre era propietario de unos pequeños almacenes en el sur de Indiana. A sus hijos los envió a buenas escuelas. Clara había estudiado griego en Bloomington y literatura isabelina y jacobina en Wellesley. Una decepción amorosa en Cambridge la llevó a una tentativa de suicidio. La familia decidió no dejarla volver a Indiana. Cuando amenazó con tomarse más pastillas para dormir, le permitieron asistir a la universidad de Columbia, y vivía en Nueva York bajo estrecha supervisión: el régimen organizado por sus padres. No obstante, ella encontraba modos de hacer exactamente lo que le apetecía. Le daba miedo el infierno pero hacía las cosas igualmente.

Tras pasar un año en Columbia, empezó a trabajar en Reuters, donde dio clases en una escuela privada, y después escribió artículos sobre temas norteamericanos para periódicos británicos y australianos. A la edad de cuarenta años había formado su propia empresa —una agencia periodística especializada en la alta costura para mujeres— y al final vendió esa empresa a un grupo de publicaciones internacional y se convirtió en uno de sus ejecutivos. En la sala de juntas algunos hablaban de ella como «una buena empresaria», y otros como «la zarina de la moda». Para entonces era también la atenta madre de tres niñas. La primera de ellas fue concebida con alguna dificultad (la asistencia profesional de los ginecólogos lo hizo posible). El padre de estas niñas era el cuarto marido de Clara.

De los cuatro, tres no habían sido más que eso: hombres que entraban dentro de la categoría de maridos. Solo uno, el tercero, había sido algo parecido al auténtico, y ese era Spontini, el magnate del petróleo, amigo íntimo del millonario de izquierdas y terrorista Giangiacomo E, que se voló a sí mismo por los aires en los años setenta. (Algunos italianos decían, previsiblemente, que el gobierno había arreglado esta explosión.) Mike Spontini no se interesaba por la política, pero, claro, él no había nacido rico, como Giangiacomo, cuyo modelo en la vida había sido Fidel Castro. Spontini hizo su propia fortuna. Su aspecto, sus casas en las ciudades, sus castillos y yates, lo habrían cualificado

para figurar con un papel en *La dolce vita*. Lo perseguían cientos de mujeres. Clara había ganado la pelea para casarse con él pero había perdido la de conservarlo. Por fin reconoció que él estaba tratando de librarse de ella, y no se opuso a ese hombre difícil y arbitrario, por lo que renunció a todos los derechos de propiedad que había en el acuerdo (o más bien la falta de acuerdo). Él le quitó los magníficos regalos que le había hecho, hasta la última pulsera. Acababa de salir del divorcio cuando Mike tuvo los dos ataques que lo dejaron medio parálítico. Ahora no podía ni hablar. Una especie de Sairey Gamp italiana se ocupaba de él en Venecia, donde Clara iba ocasionalmente a visitarlo. Su ex marido la recibía con un gruñido animal, una mirada de rabia, y después reanudaba su mirada de intensidad. Él prefería ser imbécil en el Gran Canal que esposo en la Quinta Avenida.

Los otros maridos —uno de ellos se había casado con ella con toda la pompa de la Iglesia, los otros dos en ceremonias rutinarias de ayuntamiento— eran... bien, para ser sinceros, eran gestos más que maridos. Velde era grande y guapo, indolente e incompetente hasta el punto del desafío. Duraba como promedio menos de seis meses en cualquier empleo. Para entonces todo el mundo en la empresa tenía deseos de matarlo.

La excusa que daba para cambiar tanto de trabajo era que su verdadero talento eran las estrategias de campaña. Las elecciones le hacían dar lo mejor de sí: conseguir la atención de los medios de comunicación para su candidato, quien nunca jamás ganaba las primarias. Pero, a decir verdad, a él no le gustaba estar lejos de casa, y unas elecciones son un montaje viajero.

—Muy dulce —le resumía Clara a Laura Wong, la diseñadora de moda chinoamericana que compartía sus confidencias—. Es un padre afectuoso siempre y cuando los niños no lo molesten. Lo que hace Wilder principalmente es sentarse a leer novelas de bolsillo: thrillers, ciencia ficción y biografías de figuras pop. Me parece que él cree que todo irá bien si no se mueve de sus cojines. Para él la inercia es sinónimo de estabilidad. Mientras tanto, yo me ocupo de la casa sola: hipoteca, mantenimiento, sirvientas, chicas *au pair* procedentes de Francia o Escandinavia (la última era de Austria). Yo imagino proyectos para las niñas, yo me ocupo de las cosas de la escuela, las llevo al dentista y al pediatra, además de las amiguitas, las salidas, las pruebas psicológicas, los vestidos de muñecas y la preparación de tarjetas para San Valentín. ¿Qué más?... Además, tengo que ocuparme de sus preocupaciones más ocultas, resolver las peleas, fomentar sus habilidades, limpiar lágrimas. Amarlas. Wilder se limita a seguir leyendo a P. D. James, o quienquiera que sea, hasta que yo estoy dispuesta a arrancarle el libro de las manos y tirarlo a la calle. Un domingo por la tarde hizo exactamente eso: primero abrió la ventana y después tiró el libro que él estaba leyendo en medio de la avenida Park.

—¿Se sorprendió? —preguntó la señora Wong.

—No del todo. Él sabe hasta qué punto es provocador. Lo que no permite es que yo tenga motivos para que me provoque. Él está *ahí*, ¿no? ¿Qué más quiero yo? En medio de toda la turbulencia, él es el único punto de calma. Y para todos los momentos amargos y miserias que tuve en el juego del amor, de los cuales él tiene una información completa, él es la respuesta. Yo era una mujer sexy que no lograba encontrar un lugar para todas sus emociones y que apelaba a hombres brillantes que realmente no podían hacer lo que yo quería que hicieran.

—¿Y él *sí* lo hace?

—Él es el amo altanero, y por ningún otro motivo más que sus actuaciones sexuales. Es el poder del macho el que le da tanta confianza. No es del tipo de los que se lo piensan. Yo tengo que hacer eso. Es posible que una mujer sexy trate de engañarse a sí misma con el aspecto intelectual, pero lo

que realmente resuelve todo, según él, es la masculinidad. Hasta donde él se atreve a decirlo, su opinión es que yo perdí mi tiempo con Jaguars que carecían de la más mínima posibilidad. Por suerte encontré un Rolls Royce auténtico. Pero se equivoca con la marca de coche —dijo ella, cruzando la cocina con rapidez y eficiencia para quitar el hervidor del fuego. Tenía unos pasos enérgicos, y sus piernas bien_modeladas y fuertes iban demasiado rápido para que los tacones la siguieran—. Es posible que se parezca más a un Lincoln Continental. En todo caso, ninguna mujer quiere que su dormitorio sea un garaje, por lo menos no con un coche aburrido.

¿Qué estaba pensando una dama civilizada como Laura Wong de aquellas confidencias? La mejilla china elevada con el ojo chino encontrándose con ella, un diminuto grado de pesadez de los ojos achinados por encima de la pupila, y la luz de esos mismos ojos, tan extranjera a la vista y al mismo tiempo tan familiar en cierto sentido... ¿Qué podía ser más humano que el reconocimiento de ese sentido de la familiaridad? Y sin embargo Laura Wong era en muchos sentidos una dama de Nueva York en su entendimiento general de las cosas. Ella no confiaba en Clara con tanta franqueza como Clara confiaba en ella. Pero ¿quién podía hacerlo, quién podía contarle todo con tanta facilidad? Lo que los exuberantes ojos de la señora Wong sugerían, Clara, con su torpeza, trataba de hecho de hacerlo y de decirlo.

—Sí, los libros —dijo Laura—. No puedes perderlos de vista.

Ella también había visto a Wilder Velde pedaleando en su Exercycle mientras tenía el televisor puesto a todo volumen. Él no entiende lo que está mal, ya que lo que yo gano parece suficiente para todos. Pero yo no gano tanto, con tres hijas que van a escuelas privadas. De manera que hay que recurrir al dinero de la familia. Eso significa mis padres: al pobre Bible Hoosiers no puedo hacerle comprender que no puedo permitirme tener un marido desempleado, y no hay ningún cazatalentos de Nueva York que se atreva a hablar con Wilder después de haber echado un vistazo a su currículum y a su expediente en materia de empleos. Tres veces aquí, cinco allá. Como es un asunto que me preocupa, y por mí, mis jefes están tratando de buscarle un puesto. Yo soy lo suficientemente importante para la empresa como para que se molesten en hacerlo. Si tanto le gustan las elecciones, quizá debería presentarse a unas. Tiene aspecto de miembro del Congreso, y ¿qué me importa a mí si no le va bien en la Cámara de Representantes? Yo he conocido muchos congresistas, incluso me casé con uno, y él no es más tonto de lo que son ellos. Pero él se niega a admitir que nada vaya mal; tiene tanta confianza en sí mismo que ni siquiera se puede interesar amistosamente por los hombres con los que yo he tenido relación. Son todos competidores fracasados para el tipo que ganó el trofeo. Le enorgullece tener un punto en común con los más famosos, y cuando fui a visitar al pobre Mike en Venecia me acompañó en el vuelo.

—De manera que no es celoso —dijo Laura Wong.

—Al contrario. Las personas con las que he tenido intimidad son para él como los personajes de un libro de historia. ¿Te imaginas si Ricardo III o Metternich hubiesen andado en las bragas de su esposa cuando era más joven? A Wilder le encanta mencionar nombres, y los nombres que más le gusta mencionar son aquellos que conoció cuando se convirtió en mi marido. Especialmente los que son noticia...

Por supuesto, Laura Wong era consciente de que no le correspondía a ella mencionar el nombre más importante de todos, el nombre que figuraba en todas las confidencias de Clara. Aquello le correspondía a la propia Clara. Si era apropiado o si Clara podría reunir fuerzas para enfrentarse a la más persistente de sus preocupaciones, si iba a recurrir a Laura para que las soportase una vez

más...; esto eran cosas que, con tacto, había que dejarle elegir a ella.

—... y a veces graba sus intervenciones cuando los entrevistan en la CBS o en los programas de MacNeil/Lehrer. Pero al que más sigue es siempre Teddy Regler.

Sí, aquel era el nombre. Mike Spontini era bastante importante, pero todavía entraba en la categoría general de maridos, mientras que, para Clara, Ithiel Regler pertenecía a una categoría mucho más elevada que cualquiera de sus maridos.

—En una escala de diez —gustaba de decirle a Laura—, él *fue* el número diez.

—¿Es el diez? —había sugerido Laura.

—No solo sería irracional sino incluso una locura mantener a Teddy en el presente activo —había respondido Clara. Esto era una renuncia velada. Wilder Velde seguía siendo juzgado con una medida de la que Ithiel Regler nunca iba a ser desplazado. No tenía sentido, y nunca lo tendría, hablar de irracionalidad e imprudencia. Clara nunca pudo ser tranquila ni prudente y no se le habría ocurrido eliminar la influencia de Ithiel, ni siquiera si un ángel de Dios le hubiese ofrecido la oportunidad. Podría haber contestado: «Serviría de lo mismo que sustituir mi sentido del tacto con el de otra persona». Y ahí habría acabado el asunto.

De manera que Velde, al grabar los programas de Ithiel para ella, trataba de demostrar lo intocable de su posición como el marido definitivo, el que no podía ser mejorado jamás.

—Y me alegro de que piense eso —dijo Clara—. Es mejor para todos. Él sería incapaz de creer que yo pudiera serle infiel. Eso no puedo por menos que admirarlo. De manera que tenemos una pareja con doble misterio. ¿Cuál de nosotros es el más misterioso? A Wilder le gusta de verdad ver en televisión lo experto e inteligente que es Ithiel en Washington. Y mientras tanto, Laura, a mí no se me ocurren ideas para serle infiel. Ni siquiera se me ocurre, no figuran en mi mente consciente. Wilder y yo tenemos una vida sexual a la que ningún consejero matrimonial podría poner pegas. Tenemos tres hijas, y yo soy una buena madre, las estoy criando a conciencia. Pero cuando Ithiel viene a la ciudad y nos vemos para comer, empiezo a perder la cabeza por él. Antes era incluso capaz de provocarme un orgasmo simplemente acariciándome la mejilla. A veces todavía me pasa cuando me habla, o incluso cuando lo veo en televisión o simplemente oigo su voz. Él no lo sabe, me parece; y de todos modos Ithiel no querría hacer ningún daño ni interferir, dominar o explotar: él no es así. Tenemos esta relación total y deliciosa, que también es un desastre. Pero incluso para una mujer a la que criaron con la Biblia, lo cual en la ciudad de Nueva York en esta época es una influencia bastante remota, no se podría considerar que este cariño sea una fuerza maligna que merece un castigo después de la muerte. De todas formas, no son los delitos sexuales los que te condenan, porque a estas alturas nadie sabe cuál es la diferencia entre natural y antinatural en materia de sexo. En todo caso, no puede ser la histeria de una mujer la que la envíe al infierno. Tendría que ser otra cosa...

—¿Qué otra cosa? —preguntó Laura.

Pero Clara se quedó callada, y Laura se preguntó si no debería preguntársele a Teddy Regler lo que Clara consideraba pecado mortal. Él había conocido tan bien a Clara, durante tantos años, que quizá podía explicar lo que ella quería decir.

Pero hablemos de esta chica *au pair* austriaca, la señorita Wegman (Clara se dio el gusto de evaluarla). Fue tachando puntos: se vestía adecuadamente para una entrevista, tenía el pelo recién lavado, las uñas cortas, no usaba un esmalte de uñas llamativo. La propia Clara estaba arreglada

como una buena matrona, con un traje de motivo de conchas y una blusa blanca con gorguera por debajo de la barbilla. Desde la época en que había sido maestra, guardaba aquella manera autoritaria de plantear preguntas («Willie, coge el *Catilina* y dime qué tiempo verbal utiliza Cicerón con el verbo *abutere* en la primera frase»): aquella era la armadura de alguien disciplinado que se ponía un poco blando. Aquella chica austriaca le causó una impresión agradable. El padre era empleado de un banco en Viena y la niña era correcta, educada y dulce. Había que tratar de olvidar que Viena era un nido de psicópatas y partidarios de Hitler. En vez de eso había que pensar en aquella historia tan romántica del doble suicidio con el príncipe coronado. Esta chica, cuya madre era italiana, se llamaba Gina. Hablaba inglés con fluidez y probablemente no fingía cuando dijo que podía asumir la responsabilidad de cuidar de tres niñas. Tampoco parecía que estuviese tramando planes secretos para engañar a nadie, ni que le disgustasen del todo las niñas desafiantes, obstinadas y tozudas como la hija mayor de Clara, Lucy, una niña gruesa que necesitaba ayuda. Una joven secretamente mala podía hacer un daño terrible a una niña como Lucy, crear heridas que nunca sanarían. Las dos menores, más delgadas, se reían de su hermana. Recogían sus braguitas con sus propias manos mientras Lucy se mantenía erguida como un soldado romano. Tenía el rostro acalorado por el aburrimiento y el resentimiento.

La joven extranjera hizo todos los movimientos adecuados, respondió correctamente a todo (¿por qué no? Las preguntas dejaban claras las respuestas). Clara se dio cuenta de lo lejos que estaban de los «hechos de la vida corriente» y de la historia presente sus suposiciones «responsables»: en realidad, estaban basadas en su propia crianza republicana y provinciana de visitar la iglesia, la disciplina de poca monta de su madre, que llevaba la asignación que le pagaban colgada del cuello como un revisor de autobús. La vida en aquella pequeña ciudad de Indiana era ya tan obsoleta como el Antiguo Egipto. Las «personas decentes» de aquel lugar eran los nativos a los que los evangelistas televisivos les sacaban grandes sumas de dinero para pagarse sus limusinas y sus vicios al estilo de Miami. Aquellos eran los absurdos y queridos familiares de Clara, por los que se había sentido reprimida en su infancia y por los que ahora sentía un amor sin límites. En Lucy veía reflejada a su propia gente, huesuda, silenciosa y testaruda: se veía a sí misma. Se podía hacer mucho con esos comienzos, pero ¿cómo se entrenaba una niña así, qué se podía hacer por ella en la ciudad de Nueva York?

—Está bien (¿te parece bien que te llame Gina?), ¿para qué querías, Gina, venir a Nueva York?

—Para mejorar mi inglés. Estoy matriculada en una clase de música en Columbia. Y para conocer más Estados Unidos. Una chica europea bien educada y vulnerable habría hecho mejor en dirigirse a Bemidji, Minnesota. ¿Tenía ella idea de los peligros explosivos a que se enfrentaban aquí las chicas? Las podían explotar desde dentro. Cuando ella era joven (y no solo entonces), Clara había realizado experimentos imprudentes: todas aquellas relaciones arriesgadas; le podría haber pasado cualquier cosa; muchas cosas le pasaron; y todo por correr riesgos. Esto la llevó a volver a examinar a la señorita Wegman, a calcular lo que podía hacerse con un rostro como el suyo, con aquel pelo, aquella figura, el busto —el tesoro de las mil y una noches que poseían las chicas núbiles (e inocentes hasta cierto punto)—. Había tantas atracciones peligrosas, ¡y tanta ignorancia! Naturalmente, Clara comprendió que ella misma haría todo (hasta un límite) para proteger a una joven que viviese en su casa, y todo lo posible significaba hacer uso de todos los recursos de una persona con experiencia. Al mismo tiempo, Clara creía firmemente que ninguna mujer sin experiencia podía ser tomada en serio cuando llegaba a la edad madura. De manera que ¿era posible que la sería señora Wegman, allá en

Viena, le hubiera dado permiso a esta Gina para pasar un año en la ciudad de Gog y Magog? La alternativa era que Gina, la rebelde, se estuviera arriesgando por sí misma. Una vez más, el riesgo por el riesgo. Clara, haciendo el papel de matrona, de señora de la casa, inclinó la cabeza para darse la razón a sí misma, y esta inclinación pudo haber sido interpretada por la chica como signo de que todo estaba en regla, que estaba contratada. Tendría una habitación decente en ese enorme apartamento de la avenida Park, un salario justo, los privilegios de la casa, dos noches libres, dos tardes para ir a los cursos de historia de la música y algunos ratos de las mañanas cuando las niñas estuviesen en la escuela. Clara la instó a que sus amistades austriacas, jóvenes respetables, la visitaran, y vetó a sus amigos norteamericanos. En ocasiones especiales, Gina podía incluso dar una pequeña fiesta. Uno puede ser democrático y mantener la disciplina al mismo tiempo.

Los primeros meses, Clara observó estrechamente a su nueva chica *au pair*, para después poder comentarle a sus amigas durante el almuerzo, a los compañeros de la oficina e incluso a su psiquiatra, el doctor Gladstone, la suerte que había tenido al encontrar a aquella vienesa con tan buenos modales. Qué buen ejemplo era para sus hijas, y además qué influencia tan tranquilizadora para aquellas chiquitas tan excitables. «Como usted ha dicho, doctor, descargan las tendencias histéricas las unas sobre las otras.»

De estos médicos uno no esperaba respuestas. Se les pagaba para que te escucharan: Clara le dijo lo mismo a Ithiel Regler, con el que seguía en estrecho contacto: llamadas telefónicas frecuentes, cartas ocasionales, y, cuando Ithiel venía de Washington, incluso cenaban de vez en cuando.

—Si crees que ese Gladstone te ayuda realmente... Supongo que algunos de esos tipos *pueden* estar bien —dijo Ithiel, en tono neutro.

Con él no había trivialidades. Nunca trataba de decirte lo que tenías que ser ni te aconsejaba en cuestiones de familia.

—Es sobre todo para desahogarme —dijo Clara—. Si tú y yo nos hubiéramos casado, eso no habría sido necesario. Quizá tampoco habría estado tan sobrecargada. Pero, aun así, tenemos líneas abiertas de comunicación hasta hoy. De hecho, tú mismo pasaste un periodo de psicólogo.

—Desde luego. Pero mi médico tenía incluso más puntos débiles que yo.

—¿Importa eso?

—Supongo que no. Pero un día se me ocurrió que él no podía decirme cómo tenía que ser Teddy Regler. Y nada iba a marchar bien si yo no *era* Teddy Regler. No es que yo tenga ninguna pretensión cósmica para el famoso Teddy, pero nunca pude ser ninguna otra persona.

Como pensaba las cosas, podía hablar con confianza, y debido a esta confianza sonaba engreído. Pero había menos engreimiento en Ithiel del que la gente le achacaba. Con la gente, Clara, que hablaba como alguien que lo conocía realmente —y no hacía de ello ningún secreto—, solía decir, cuando surgía su nombre, que lo dominaba un espíritu indomable de algún tipo, que Ithiel Regler era más franco sobre sus propios defectos que cualquiera que considerase necesario mostrarlos.

En este momento de su conversación sobre la psiquiatría, Clara hizo un movimiento totalmente familiar para Ithiel. Sin levantarse del asiento, inclinó la parte superior de su cuerpo hacia él.

—*¡Cuéntame!* —le dijo. Cuando hacía eso, él volvía a ver siempre a la chica de campo en toda la sequedad de su ignorancia, pidiendo instrucción. Abría ligeramente la boca mientras él le respondía. Lo observaba y escuchaba con concentración crítica—. *¡Cuenta!* —Era uno de sus códigos.

Ithiel dijo:

—La otra noche vi en televisión un programa sobre los malos tratos a niños, y después de un

momento empecé a pensar cuántas cosas metían bajo ese título que casi quería decir abuso sexual o abusos *mortales*: mutilación y asesinato. La mayoría de las cosas que mostraban eran los castigos normales en mi época. De manera que hoy día yo podría ser una víctima de abusos de menores y mi padre podría haber sido arrestado por abuso de menores. Cuando se enfurecía se transformaba: era como la luz de la luna en las colinas en comparación con el alcohol que se compra en las tiendas. A los niños, a todos nosotros, nos abofeteaba a dos manos, los dos lados a la vez, sin piedad. ¿Y qué? Cuarenta años después tengo que ver un programa de televisión para ver que yo también fui víctima de abusos. Pero yo lo quería, a mi difunto padre. Los golpes eran solo un incidente, una de las cuestiones que nos unían. Lo sigo queriendo. Y ahora te diré lo que significa esto: yo no puedo aplicar los términos de mi caso sin dañar la realidad. Mi padre me golpeaba con pasión. Cuando lo hacía, yo lo odiaba como un veneno y un asesino. Yo también lo quería con pasión, y *nunca* se me ocurrirá pensar que fui un niño maltratado. Supongo que tu psiquiatra me clasificaría como una persona que ha vuelto el odio en pasividad y me diría desde la altura de sus ideas teóricas cómo debería ser Teddy Regler. Sin embargo, el auténtico Teddy se niega a tenerle rencor a un hombre muerto, al que más de la mitad de las veces espera volver a encontrarse en la tierra de los muertos. Si eso sucediera, sería porque nos queríamos y los dos lo deseábamos. Además, después de los cuarenta años, es mejor declarar una moratoria: antes, si es posible. Uno no puede permitirse ser un niño maltratado toda la vida. Eso es lo que yo tengo en contra de la psiquiatría: te anima a concentrarte en los malos tratos y hace que sigas siendo infantil. Ahora mismo todo el país se compadece de sí mismo. Es posible que también haya motivos políticos ocultos. Predicciones del destino de esta enorme superpotencia...

Clara decía: ¡Cuéntame! Y después escuchaba como una campesina. Ese aspecto nunca desaparecería en ella, gracias a Dios, pensó Ithiel; mientras que el comentario secreto de Clara fue: «Qué bien nos entendemos el uno al otro. Ojalá hubiéramos sido así hace veinte años».

Y no es que ella no hubiera sido capaz de seguirlo en los primeros años. Siempre había comprendido lo que decía Ithiel. Si no, él no se habría molestado ni siquiera en hablar:

¿para qué malgastar palabras? Pero ella también reconocía el atractivo cómico que suponía ser una rústica con la boca abierta. ¡Ah! ¡Claro! ¡Por supuesto! ¡Podría golpearme la cabeza por no haber pensado esto yo antes! Pero todo ese tiempo la Clara de la gran ciudad había estado trabajando y acumulando ideas para sobrevivir en la ciudad de Gog y Magog.

—Déjame que te cuente —dijo ella—, lo que no pude mencionar por la sorpresa cuando nos conocimos..., cuando nos acostamos juntos desnudos en Chelsea, y tú enviabas ideas a todo el mundo, pero siempre volvían a *nosotros*, en la cama. En la *cama*, que en mi mente figuraba para el descanso, o el sexo, o la lectura de una novela. Y volvemos a *mí*, a la que tú nunca pasabas por alto, dondequiera que hubieran ido tus ideas.

Este Ithiel, que entonces tenía todo el pelo negro y ahora lo tenía gris, había ganado algo de peso. Tenía el rostro más redondeado, sobre todo en el mentón. Tenía más forma de urna. Aparte de eso había cambiado sorprendentemente poco. Le dijo:

—Realmente no tenía tantas buenas noticias sobre el mundo. Me parecía que tú buscabas entre las cosas oscuras de las que hablabas para encontrar vías que te devolvieran a tu único tema: el amor y la felicidad. A menudo yo siento tanta curiosidad sobre el amor y la felicidad hoy día como tú sentías entonces cuando escuchabas mis ideas confusas.

Entre dos trabajos, Ithiel había logrado encontrar tiempo para pasar largos meses con Clara: en

Washington, su base principal, en Nueva York, en Nantucket y en Montauk. Después de tres años juntos, ella lo había presionado de hecho para que comprara un anillo de compromiso. En aquella época, era, como ella misma diría más tarde, terriblemente impulsiva y exigente (como si no lo fuera ahora también). «Necesitaba por lo menos una declaración simbólica —solía decir—, y lo presioné tanto, diciéndole que me había arrastrado por todas partes tanto tiempo como su chica, su amante, que al final conseguí de él esta capitulación». Él llevó a Clara a la tienda de Madison Hamilton, en la calle de los joyeros, y le compró un anillo de esmeraldas: auténtico, llamativamente claro, de un color perfecto, lo más alto de la gama, como más tarde le dijeron a Clara los tasadores. Mil doscientos dólares pagó por él, un precio muy alto para los años sesenta, cuando andaba especialmente corto de dinero. Pero él era así, sin embargo: difícil de convencer, pero una vez decidido rechazaba los objetos más baratos: «Llévense toda esta mierda», farfulló. Esto lo había oído probablemente el educado señor Hamilton. Madison Hamilton era un caballero, de reputación y dignidad en una década en que aún perduraban algunas de esas cualidades: «Antes de que nuestros compatriotas mintieran tanto que cayeron en un estado de alucinación, se llenaron de mierda hasta caer en la estupidez», decía Ithiel. También decía, hablando de Hamilton, que vendía joyas antiguas: «Me parece que el apodo que me dieron mis padres me predisponía favorablemente hacia los tipos difusos como Hamilton: blancos de clase media con buenos modales... Que yo sepa, podría ser armenio, por cierto».

Clara levantó el dedo e Ithiel le colocó el anillo. Cuando el cheque estuvo firmado y el señor Hamilton pidió alguna documentación, Ithiel pudo mostrarle no solo un permiso de conducir sino también una autorización para entrar en el Pentágono. Eso lo impresionó mucho. En aquella época, Ithiel se codeaba con gente importante como chico prodigio de las estrategias nucleares, y podría haber llegado muy alto, a las mesas de negociaciones de Ginebra, frente a los rusos, si hubiera sido menos extravagante. La gente poderosa valoraba mucho a la gente lista. Bueno, bastaba con mirar el tamaño y la serenidad de sus oscuros ojos: «Son los ojos de la Hera de mi gramática homérica —decía Clara—. Pero él era cualquier cosa menos afeminado. ¡De ninguna manera!». Todo lo que ella quería decir es que tenía un aspecto sereno y clásico.

—Aquella tarde en Hamilton's yo llevaba un traje de minifalda que mostraba mis rodillas juntas. No es que tenga las rodillas feas, solo este pequeño defecto en la cara interior de las piernas ... pero, si es una deformidad, me vino bien. A Ithiel lo volvía loco. En otra ocasión se refirió a este defecto como «la imprevista utilidad de la anomalía». Eso lo escribió en un papel y lo dejó rodar por la casa junto a otros papeles, de manera que, si le preguntaban lo que significaba, siempre podía decir que lo había olvidado.

Aunque de vez en cuando Ithiel podría mencionar la «teoría del juego» o «MAD», no soltaba información que pudiera estar clasificada, y ella ni siquiera trataba de comprender lo que hacía en Washington. De vez en cuando el nombre de él aparecía en el *Times* como asesor internacional en materia de seguridad, y durante un par de años fue asesor del presidente de un comité del Senado. Ella no se metía en política y no hacía preguntas. Mientras más ocultas fueran sus actividades, mejor se sentía ella con él. Poder, peligro, secreto, lo hacían incluso más sexy. Nada de conversaciones inútiles. Una mujer podía sentirse segura con un hombre como Ithiel.

Fue una suerte maravillosa que el pequeño apartamento de Chelsea estuviera tan cerca de la estación de Penn. Cuando llegaba a la ciudad telefoneaba y en quince minutos estaba allí, con el maletín en la mano. Aquella era su costumbre: cuando llegaba se quitaba la corbata y la metía entre

sus documentos. En cambio, la costumbre de ella cuando colgaba el teléfono era sacar el anillo del cajón bajo llave, admirarlo en su dedo y besarlo cuando sonaba el timbre de la puerta.

No, Ithiel no hizo carrera en el sector público, no le gustaba trabajar en equipo y no tenía talento para la administración; era demasiado especial y no era posible que llegase al nivel del gabinete. En todo caso, le resultaba demasiado fácil sobrevivir como agente independiente; no se aferraba a los políticos con ambiciones presidenciales: los inteligentes nunca lo conseguirían. «Y además —decía—, me gusta ser móvil.» Cambiaba de continente cuando le apetecía cambiar de aires.

Aceptaba las misiones que le agradaban, el Teddy Regler de detrás del escenario en el Golfo Pérsico, con una empresa japonesa de whisky que buscaba un mercado sudamericano, con la policía italiana que buscaba terroristas. Ninguna de estas actividades comprometían su reputación de fiabilidad en Washington. Seguía prestando testimonio ante los comités del Congreso como testigo experto.

En su época de intimidad, más de una vez Clara lo ayudó a cumplir un compromiso. Entonces eran Teddy y Clara, el superequipo que trabajaba contrarreloj. Él sabía lo fiable que era ella, cómo se entregaba al trabajo, lo rápidamente que entendía las ideas nuevas, el tacto que podía desplegar. Por su parte, ella era consciente de lo profundo que él podía llegar, la cantidad de información que poseía y lo buenos que eran sus informes. Él superaba a todos, según ella. Una vez, en el hotel Cristalino, en Cortina d'Ampezzo, prepararon juntos un documento, mientras abajo se oía el ritmo de un partido de tenis. Él tenía que leer las páginas que ella mecanografiaba para él en conferencia transatlántica. Mientras él hablaba, la dejaba correr con la máquina. Podía confiar en ella para que organizara las notas y las escribiera en un estilo que pareciera el suyo propio (y no es que el estilo importara mucho en Washington). Todo menos el material reservado. Ella podía hacer cualquier cantidad de trabajo —largos y vertiginosos días tecleando en la Olivetti de lata— para estar junto a él.

Como le dijo Clara a la señora Wong, muchos años antes había visto un libro en las pilas de la biblioteca de Columbia. Un solo título se había destacado de los demás, de miles de ellos: *La pareja humana*. Pues bien, aquella estudiante rubia de huesos grandes que investigaba y se sentía —sin ser consciente de ello— tan explosiva que una de sus formas de controlarse era contener la respiración, al ver esas palabras doradas sobre el lomo de un libro consiguió volver a respirar. Respiró y no sacó el libro; no quería leerlo.

—Lo que quería era *no* leerlo.

Esto se lo describió a Laura Wong, quien era demasiado educada para ponerle límites, demasiado discreta como para dirigir esas confidencias a las vías que correspondía. Había que oír todo lo que salía de la alocada cabeza de Clara cuando se ponía en marcha. La señora Wong aplicaba estas revelaciones personales a sus propias experiencias de la vida, como habría hecho cualquier otra persona. Ella también había estado casada. Durante cinco años había sido una esposa norteamericana. Quizá estuvo incluso enamorada. Nunca lo decía. Eso nunca se sabe.

—El título completo era *La pareja humana en las novelas de Thomas Hardy*. En la escuela me encantaba Hardy, pero en aquel momento todo lo que quería de aquel libro era el título. Lo volví a recordar en Cortina. Ithiel y yo éramos la Pareja Humana. Nos llevamos el almuerzo al bosque que había detrás del Cristalino: queso, pan, fiambres, encurtidos y vino. Yo me tiré encima de Ithiel y lo alimenté. Más tarde, cuando traté de hacerlo yo misma, me di cuenta de lo difícil que era tragar en esa posición.

»Ahora, mirando atrás, me doy cuenta de que yo estaba demasiado cargada eléctricamente. Es

posible que el espíritu mundano se introduzca en las chicas y las convierta en intérpretes demoniacas. Hace un tiempo le mencioné esto a Ithiel (ahora tanto él como yo somos lo suficientemente viejos como para poder hablar de estos temas) y él me dijo que uno de sus amigos disidentes rusos le había estado hablando de algo llamado superliteratura, y que la literatura era la tragedia o la comedia de las vidas privadas, mientras que la superliteratura trataba del posible fin del mundo. Estaba por encima de la historia personal. En Cortina yo creí que actuaba movida por las emociones personales, pero esas emociones eran tan devoradoras y fervientes que es posible que fueran algo más que personales: una mujer joven, sana y enamorada que expresa la tragedia o la comedia del mundo que se acaba. Una fiebre que hacía uso del amor como transporte.

»Después de aquellas vacaciones fuimos a Milán. En realidad, ahí es donde conocí a Spontini. Fuimos a una extravagante fiesta, y Spontini nos dijo: “Déjenme que los acompañe a su hotel”. De modo que Ithiel y yo nos metimos en su Jaguar con él y nos escoltaron montones de policías, por delante y por detrás. Él estaba orgulloso de su equipo de seguridad; estábamos en la época en que las Brigadas Rojas secuestraban a los ricos. No era tan *fácil* ser rico: lo suficiente para pagar un rescate. Mike nos dijo: “Que yo sepa, hasta mi propio amigo Giangiacomo podría tener un plan para secuestrarme. No él personalmente, pero sí el grupo al que pertenece”.

»En ese mismo viaje, Ithiel y yo pasamos también algún tiempo con Giangiacomo, el multimillonario revolucionario en persona. Era un hombre amable y agradable, guapo de no ser por su ridículo atuendo a lo Fidel Castro, como un niño de Queens vestido de vaquero. Llevaba gorra de camuflaje, y en un rincón de su elegante despacho había una metralleta tirada por el suelo. Nos invitó a Ithiel y a mí a su *château*, que estaba a alrededor de ochenta kilómetros de distancia, construido en estilo rococó del siglo XVIII: podía haber sido un escenario para *Las bodas de Fígaro*, si no se hacía caso de la piscina de algas y de la sauna que tenía al lado, en la parte fría y húmeda del jardín, bajando la ladera de la colina. En el almuerzo, el mayordomo nos quería ofrecer trufas de la propia cosecha de Giangiacomo, para que las espolvoreásemos por encima de la *creme veloutée*, y no podía porque Giangiacomo no dejaba de sacudir los brazos, hablando del alzamiento revolucionario, tema del libro que estaba escribiendo.

»Después, cuando Ithiel le dijo que en Karl Marx no se encontraban esas ideas, Giangiacomo dijo: “Yo nunca he leído a Karl Marx, y ahora ya es demasiado tarde para hacerlo; lo urgente es actuar”. Por la tarde nos llevó de vuelta a Milán a alrededor de quinientos kilómetros por hora. Demasiada acción, si quieres que te diga la verdad. Yo agarré mi esmeralda fuertemente con la mano derecha, para protegerla en caso de accidente.

»Al día siguiente, cuando nos íbamos, Giangiacomo estaba en el aeropuerto en traje de campaña rodeado de dependientas en minifalda. Un año o dos después saltó por los aires mientras trataba de dinamitar unas líneas de alta tensión. Me entristeció la noticia.

Cuando volvieron a Nueva York, en un mes de agosto sofocante, de nuevo en el apartamento de Chelsea, Clara le preparó a Ithiel una hermosa cena de ternera con limón y alcaparras, a la italiana, igual o mejor que las que servían en los restaurantes italianos, o el chef de Giangiacomo en el bonito *chateau* de juguete. Mientras trabajaba en la estrecha cocina estilo galera de Nueva York, Clara estaba desnuda y llevaba zuecos. Para ablandar la carne, la golpeaba con una sartén roja de hierro forjado. En aquella época llevaba el pelo largo. Así desnuda, con sus movimientos siempre enérgicos; no sabía lo que era un ritmo lento. Tendido en la cama, Ithiel estudiaba sus peligrosos documentos (todos aquellos hechos prohibidos) mientras ella cocinaba y la música sonaba; las sombras habían

descendido, las luces estaban encendidas, y disfrutaban de un momento de intimidad maravilloso.

—Cuando era niña íbamos de vacaciones a la costa de Jersey durante la guerra —recordó Clara—. Teníamos persianas negras por los submarinos alemanes que estaban escondidos en el Atlántico, pero podíamos poner la radio todo lo fuerte que quisiéramos.

Le gustaba imaginar que estaba escondiendo a Ithiel y sus documentos secretos, y no es que aquella información tan peligrosa afectase a Ithiel lo suficiente como para cambiar la expresión de su recto perfil: «Se concentraba como Jascha Heifetz». ¿Era posible que alguien lo estuviera siguiendo? ¿Tipos con mirillas telescópicas y teleobjetivos por encima de los tejados de Chelsea? Ithiel sonreía y desechó la idea con orgullo. Él no era tan importante. «Yo no soy rico como Spontini.» Era más probable que siguieran a Clara, centrando su atención en una hija de Albión que no llevaba nada puesto. En aquellos días él venía frecuentemente de Washington a visitar a su hijo pequeño, que vivía con su madre en la calle East Tenth. La ex mujer de Ithiel, que ahora usaba su nombre de soltera, Erta Wolfenstein, se desvivía por ser agradable con Clara, y charlaba con ella por teléfono. Erta tenía informadores en Washington, que mantenían vigilado a Ithiel. Ithiel era indiferente al cotilleo. «No soy el presidente para que salgan boletines sobre mi estado de humor y mis movimientos», le solía decir a Clara.

—Yo no debía haberle echado en cara a Ithiel que llevase a cenar a una mujer a veces cuando estaba en Washington. Él necesitaba momentos sencillos y tranquilos, y yo despedía demasiada energía en aquella época. Especialmente después de medianoche, mi momento favorito para examinar mi psique: qué era el amor, y la muerte, y el infierno y el castigo eterno; y qué me iba a costar Ithiel en el juicio de Dios cuando yo cerrase los ojos para siempre en este mundo. Todas mis emociones de revivir surgían después de la una de la mañana, me pasaba noches enteras llorando, angustiada e histérica. Lo volvía loco. Para acabar con esto, tenía que casarse conmigo. Entonces nunca más tendría que preocuparse. Toda mi energía estaría a su servicio, pero mientras tanto, si conseguía dormir una hora hacia el amanecer y el tiempo suficiente para afeitarse antes del amanecer, engullía su café diciendo que parecía Lázaro envuelto en el sudario. También era coqueto con su aspecto —le dijo Clara a la señora Wong—. Quizá es por eso por lo que yo elegía ese tipo de castigo, ponerle ojeras. Una vez me dijo que tenía que escribir una ley para la gente de Fiat (estaban tratando de hacer aprobar un proyecto en el Congreso) y que iban a pensar que se había pasado la noche en una orgía y ahora no era capaz de escribir lo que tenía que escribir. Clara no le iba a decir a Teddy que en Milán, cuando Mike Spontini la había invitado a sentarse en el asiento delantero junto a él, se había encontrado la palma de la mano de él esperándola en el asiento, e inmediatamente se había levantado y le había dado el bolso para que se lo sostuviera. En la oscuridad, los dedos de Mike pronto encontraron el muslo de ella. Entonces ella apretó el encendedor de cigarrillos y él debía de preguntarse lo que iba a hacer con él cuando se calentase la espiral, porque inmediatamente frenó y la dejó tranquila. Una no mencionaba esos incidentes al hombre con el que estaba. De todos modos, eran cosas corrientes para un hombre que estaba siempre metido en la política mundial.

En los relatos que le hacía a la señora Wong (que tenía tanta sensibilidad norteamericana, a pesar de su aire de distanciamiento oriental y del corte chino de sus ropas), la franqueza de Clara podría haberla hecho parecer extranjera a *ella*. Clara iba más allá de las convenciones de la franqueza norteamericana. El anillo de esmeraldas la calmó durante un tiempo, pero Ithiel no se sentía inclinado a dar el paso adelante, y Clara se puso más difícil. Le dijo que había decidido que le gustaría que los enterrasen en la misma tumba. Le dijo: «Preferiría estar en la tierra con el hombre que amo que

compartir la cama con alguien que me es indiferente. Sí, me parece que deberíamos compartir el mismo ataúd. O si no dos ataúdes, pero el que muera el último estará encima. Uno junto al otro es también posible. Cogidos de la mano, si puede hacerse». Otro tema frecuente era el sexo y el nombre de su primer hijo. Lo que ella prefería era un nombre del antiguo testamento: Zebulón, Gad, Asher o Neftalí. Para una chica, quizá Michal o Naomi. Él se opuso a Michal porque se había burlado de David por su danza desnuda de la victoria, y después se negó rotundamente a seguir con la conversación. No quería hacer ningún plan. Le contestó tristemente cuando ella le dijo que había un hermoso cementerio de campo en Indiana con enormes castaños alrededor.

Cuando él se fue a Sudamérica por el trabajo, ella supo por Erta Wolfenstein que se había llevado a una secretaria de Washington para que le ayudara y (conociendo a Teddy) para todo lo demás. Para mostrarle lo que valía un peine, Clara tuvo una aventura con un tal Jean-Claude que acababa de llegar de París, y en una semana ya estaba compartiendo su apartamento. Era muy guapo, pero se lavaba poco. La suciedad estaba tan introducida en él que ella no consiguió limpiarlo del todo en la ducha. Tuvo que alquilar una habitación en el Plaza para obligarlo a usar la bañera. Así, por un tiempo, pudo soportar su olor. Él apeló a ella para que le ayudase a conseguir un permiso de trabajo, y ella lo llevó a Steinsalz, el abogado de Ithiel. Más tarde, Jean-Claude se negó a devolverle la llave de la casa, y ella tuvo que volver a ver a Steinsalz.

—Haz que te cambien la cerradura, querida niña —le dijo Steinsalz, y le preguntó si quería que le cobrara a Ithiel por estas consultas. Era un amigo y admiraba a Ithiel.

—Pero Ithiel me dijo que nunca le cobrabas tus servicios.

Clara acababa de descubrir cómo les divertía a los neoyorquinos su ignorancia.

—Desde que te liaste con este franchute, ¿has echado de menos algo en la casa?

Ella parecía un poco lenta de entendederas, pero era simplemente una pose. Había guardado el anillo de esmeraldas en su caja fuerte (este también era un acto que recordaba el enterramiento).

Le dijo firmemente:

—Jean-Claude no es ningún vagabundo.

A Steinsalz también le gustaba Clara, por su carácter apasionado. De algún modo también sabía que la familia de ella tenía dinero: una fortuna inmobiliaria, y eso hacía que ella ganara puntos a sus ojos. Jean-Claude, sin embargo, no era del tipo que le gustaba a Steinsalz. Le aconsejó que resolviera sus diferencias con Ithiel.

—Es mejor no usar el sexo por venganza —le dijo.

Clara no pudo evitar echar una mirada al bajo vientre del abogado, donde, como era obeso, su órgano sexual se entreveía por la presión de la grasa. Le recordó uno de esos objetos que aparecían cuando los amantes del arte frotaban los suelos de una iglesia. La figura de un caballero muerto durante siglos.

—Entonces, ¿por qué no puede serme fiel Ithiel?

El nombre de pila de Steinsalz era Bobby. Era un gran economista. Tenía una plaza de negocio de millones de dólares, y no le costaba ni un centavo. Le alquilaba una oficina esquinera a un contable famoso y le pagaba con su asesoramiento jurídico.

Steinsalz dijo:

—Teddy es un genio. Si no prefiriera estar suelto, podría elegir el puesto que quisiera en Washington. Pero valora su libertad, de manera que, cuando quería visitar al señor Leakey en la Garganta de Olduvai, simplemente iba. Para él ir a Irán es como para mí ir a Coney Island. Al sha de

Persia le gusta hablar con él. Una vez lo mandó llamar solo para que le contara cosas de Kissinger. Esto te lo cuento, Clara, para que no le pongas una correa muy corta. Realmente te aprecia, pero se cansa fácilmente. Un poco de comprensión de sus necesidades lo llenaría de gratitud. Me parece una buena idea no hacer demasiado escándalo a su alrededor. Te diré que hay cuidadores del zoológico que se preocupan más por las necesidades de un murciélago que cualquiera de nosotros por nuestros semejantes.

Clara le contestó:

—Hay animales que viven en parejas. ¿Y si la hembra está triste?

Aquella fue una buena conversación, y Clara recordaba a Steinsalz con gratitud.

—Todo el mundo sabe qué aconsejar a los amantes —le dijo Steinsalz—. Pero solo los amantes saben lo que les interesa. Era un soltero muy leído. Vivía con su madre, octogenaria, a la que había que llevar al baño en su silla de ruedas. Le gustaba enumerar a los hombres famosos con los que había ido al instituto: Holz el filósofo, Buchman el físico que ganó el premio Nobel, Lashover el cristalógrafo. «Y un servidor, cuyos escritos de apelación han hecho historia en el mundo jurídico.»

Clara le dijo a Laura:

—De algún modo yo también quería al viejo Steinsalz. Era como un Papá Noel con el saco vacío que baja por tu chimenea para robar todo lo que hay en la casa: esa era una de las bromas de Ithiel, sobre Steinsalz y los bienes. Pero, a su manera, Steinsalz también era generoso.

Clara le hizo caso al abogado e hizo las paces con Ithiel a su vuelta. Después los mismos errores acabaron con ellos.

—Maldita sea, yo siempre recaía en lo mismo. Cuando Jean-Claude se fue me alegré. Meterme en la bañera con él en el Plaza fue una especie de aventurilla: una excursión privada. Dicen que el Rey Sol apestaba. Si es verdad, Jean-Claude podría haberse elevado a las cimas de Versalles. Pero en mi familia somos todos maniáticos de la limpieza. Antes de sentarse en un coche, mi abuelita me obligaba a sacudir el asiento, e incluso debajo de la sombrilla, para asegurarse de que su falda no pillase polvo.

Por cierto, que Clara escondió el anillo no por miedo a que Jean-Claude lo robara sino para protegerlo de la contaminación causada por el comportamiento erróneo de ella en la cama.

Pero, cuando volvió Ithiel, sus relaciones con Clara no eran lo que habían sido antes. Dos partes extrañas se habían metido entre ellos, incluso aunque Ithiel pareciese indiferente a Jean-Claude. Celosa y querida, Clara no podía perdonar a la imbécil de Washington, de la que Erta Wolfenstein le había pintado el retrato completo. Aquella chica era estúpida pero tenía las tetas muy grandes. Cuando Ithiel habló de su misión en Venezuela, Clara no se impresionó. Una mujer norteamericana enamorada era mucho más importante que cualquier personaje sudamericano.

—¿Te llevaste a aquella secretaria al palacio del presidente para mostrarle qué desarrollado tenía el pecho?

Ithiel, sensato, le dijo: «No nos golpeemos demasiado», y Clara se arrepintió y estuvo de acuerdo. Pero pronto le montó otra carrera de obstáculos y pruebas y reglas, y trató de afirmarse de manera irrazonable. Cuando Ithiel se cortaba el pelo le decía: «Así no me gusta, pero, claro, no es a mí a quien le tienes que dar gusto».

También le decía: «Te estás arreglando más de lo que solías. Estoy segura de que Jascha Heifetz no se cuida tanto las manos». Cometió errores. No envía una a un hombre con ojos salidos de la mitología griega al cuarto de baño a que se corte las uñas, aunque le den pavor las uñas encima de la

alfombra: se olvidaba de que ella e Ithiel eran la Pareja Humana.

Pero en aquella época ella no podía estar segura de que Ithiel pensara como ella sobre lo que significaba «humano». Para probarlo, adoptó un interés mayor en la política y lo hizo hablar de África, China y Rusia. Lo que descubrió fue que para él el factor personal era insignificante. Clara repetía y probaba con palabras como Kremlin o Lubyanka en su mente (que sonaban como el final) mientras oía a Ithiel hablar de personas que no podía explicar por qué estaban en prisión, nunca se libraban completamente de los piojos y las chinches, nunca se quitaban de encima la disentería y la tuberculosis, y por último tenían alucinaciones. A esos los ponían como ejemplo, pensaba ella, para demostrar que nadie es nadie, que todo el mundo es prescindible. E incluso aquí, cuando empujó a Ithiel a decirlo, admitió que sí, que en Estados Unidos la situación de la persona se estaba debilitando y probablemente declinando de manera irreversible. Un signo de ello era que a los delincuentes peligrosos se les diese un tratamiento especial. Él podía mostrarse distante en lo referente a esas consideraciones, como si fuera uno más de los doce que componen un jurado, escuchando las pruebas: encontrarlos inocentes sería agradable, pero si son culpables no se sorprenderá demasiado. Ella llegó a la conclusión de que él se encontraba en un estado mental peligroso y que dependía de ella rescatarlo de allí. La Pareja Humana era también una operación de rescate.

—Una crisis terrible amenazó con llevarnos a todos casi a la muerte.

En aquella época, ella no estaba lo suficientemente avanzada como para llegar a una conclusión. Más tarde habría sabido cómo interpretarlo: tú no eras capaz de separar el amor del ser. Tú podías Ser, incluso aunque estuvieras sola. Pero en ese caso, solo te amabas a ti misma. Entonces, todos los demás eran fantasmas, y la política mundial era una representación de sombras chinescas. Por tanto, ella, Clara, era la única clave para la política que Ithiel podría encontrar. De otro modo más le valdría dejar de preocuparse por sus grotescas teorías del juego, ideología, tratados y todo lo demás. ¿Por qué molestarse en ordenar tantos fantasmas?

Pero no era una época para que las cosas fueran bien. Él no se dio cuenta de lo que se trataba, aunque para ella estaba clarísimo. Tuvieron varias discusiones desagradables —«Fue un error no dejarlo dormir»— y, después de unos cuantos meses opresivos, él planeó abandonar el país con otra de sus estrafalarias amiguitas.

Clara se enteró, una vez mas por mediación de Erta Wolfenstein, de que Ithiel se alojaba en un hotel de mala muerte en los Porties, al oeste de Broadway, donde sería difícil localizarlo. «Seguridad y sordidez», le dijo Erta (*ella* sí que era una buena pieza). Ithiel iba a encontrarse con su nueva novia en el aeropuerto Kennedy a la tarde siguiente.

Inmediatamente, Clara fue a las afueras en un taxi y entró en el estrecho vestíbulo, con el suelo sucio como unos lavabos públicos. Apretó con ambas manos el timbre del mostrador y mintió diciendo que era la esposa de Ithiel, y que él la había enviado para anular la reserva y llevarse su equipaje.

—Me creyeron. Nunca mantiene una la sangre fría tanto como cuando está ardiendo por dentro. Ni siquiera me pidieron que me identificara, porque pagué en efectivo y le di a cada uno una propina de cinco pavos. Cuando subí las escaleras me sorprendió que él fuera capaz de sentarse en una cama así, mucho menos de dormir en esas asquerosas sábanas. El depósito de cadáveres habría sido más agradable.

Luego volvió al apartamento con la maleta de él: la que se llevaron a Cortina, donde ella había sido tan feliz. Esperó hasta después de anochecer y él apareció alrededor de las siete. Actuó con

calma, lo que significaba que estaba muy enfadado.

—¿Qué es lo que haces sacándome estas cosas?

—No me dijiste que venías a Nueva York. Te ibas del país sin decir nada.

—¿Desde cuándo tengo que fichar cuando entro y salgo como un empleado?

Ella le plantó cara sin miedo. De hecho, estaba desesperada. Le gritó los nombres del Antiguo Testamento que iban a poner a sus hijos no nacidos.

—Estás traicionando a Michal y Naomi.

Por lo general, Ithiel se mantenía siempre serio hasta un punto insospechado...

—A menos que estuviésemos haciendo el amor. Al principio fue una ira fría —como contaría Clara más tarde—. Me habló como un hombre vestido de traje. Le recordé que el destino de nuestra raza dependía de aquellos niños. Le dije que se suponía que iban a ser una fusión de dos tipos elevados. No es que yo esté en contra de otros tipos, pero ellos estarían unidos de todos modos, y serían más numerosos: yo no soy racista.

—No puedo tolerar que me saques de mi hotel y te lleves ni maleta. Nadie va a supervisarme. Y supongo que me registraste la maleta.

—Yo nunca haría eso. Al contrario, te estaba protegiendo. Estás cometiendo el error de tu vida.

En aquel momento, la mirada de Clara era vacía. Se veían los huesos de su rostro, especialmente los de alrededor de los ojos. La inflamación de sus ojos le habría chocado a Ithiel si no hubiera estado ocupado dándole una lección. Era el momento de trazar la línea de separación, eso es lo que él se estaba diciendo a sí mismo.

—¡No irás a volver a ese hotel horrible! —le dijo ella cuando él agarró la maleta.

—Tengo una reserva en otro lugar.

—Teddy, quítate el abrigo. No te vayas ahora, no me encuentro bien. Te quiero con toda mi alma.

—Lo volvió a decir cuando el portazo sonó detrás de él.

Él se dijo a sí mismo que sentaría un mal precedente si la dejaba controlarlo con sus ataques.

El lujo de la habitación de la avenida Park no le iba: los dorados adornos de las paredes, las tapicerías a rayas, el horror de las pinturas al fresco, la cama abierta exactamente como la fotografía en color de la publicidad, con dos tabletas de chocolate en la mesilla de noche. El cuarto de baño estaba cubierto de espejos, todo brillaba, y él sintió cómo se le iba la vida. Se dirigió a la cama y se sentó en el filo pero no se echó. No era su destino dormir aquella noche. Sonó el teléfono —era un sonido feo, una especie de matraca— y Erta le dijo:

—Clara se ha tomado un frasco de pastillas para dormir. Me ha llamado y yo le he enviado una ambulancia. Será mejor que vayas a Bellevue; puede que te necesiten. ¿Estás solo ahí?

Él fue inmediatamente al hospital, corriendo por pasillos grises, parándose para pedir indicaciones hasta que se encontró en la sala de espera para los parientes y amigos, junto a una estrecha ventana horizontal. Vio cuerpos en camillas, pero ninguno se parecía a Clara. Al final un joven con collar de perro se unió a él. Le dijo que era el ministro de la iglesia de Clara.

—No sabía que tenía ministro.

—Muchas veces viene a hablar conmigo. Sí, pertenece a mi parroquia.

—¿Le han lavado el estómago?

—Ah, eso... sí. Pero se tomó una gran dosis, y todavía no están seguros. Usted es Ithiel Regler, supongo.

—En efecto.

El joven no le hizo ninguna otra pregunta. No tuvieron ninguna conversación. Era inevitable estarle agradecido por su tacto. También por la información que trajo de las enfermeras. Por la mañana les dijeron que viviría. La iban a llevar a la planta de arriba, a un ala para mujeres.

Cuando Clara fue capaz de hablar, envió a través de su amigo el clérigo el mensaje de que no quería ver a Ithiel y de que no quería oír hablar de él nunca más. Después de pasar un día atormentándose a sí mismo en la habitación del hotel de la avenida Park, Ithiel canceló su viaje a Europa. Eludió la simpatía de Erta Wolfenstein, ávida de oír sus desgracias, y volvió a Washington. El clérigo insistió en ir a despedirlo a la estación de Penn. Allí estaba, inmensamente alto, con su pechera y su cuello de clérigo. Estaba empezando a quedarse calvo pero había decidido no llevar sombrero y no dejaba de tocarse las matas de pelo que ya habían desaparecido o que estaban por desaparecer. A Ithiel le incomodaba su compasión. Porque el joven no tenía nada que decirle a excepción de que no debería culparse. Hubiera sido igual que le dijera: «Usted, con sus pecados y con su mal corazón. Yo, con mi pérdida de pelo». Esto no tomó ninguna forma verbal. Solo un mudo apremio en su decente rostro. Le dijo:

—Ya está en cuidados ambulatorios. Se pasea por el ala del hospital y se reajusta las agujas cuando se aflojan. Ayuda a las viejas marginadas.

Uno puede siempre encontrar una solución, buscar consuelo o un arreglo mental cuando lo necesita. En ese sentido, Norteamérica es generosa. El aire está lleno de indicios que ayudan. Ithiel era demasiado orgulloso para aceptar una ayuda del tipo: «El suicidio es una maniobra de poder». «El suicidio es un castigo.» «Los pobres nunca quieren hacerlo de verdad.» «En eso consiste el drama del rescate.» Uno podría decirse a sí mismo esas cosas; pero no significaba nada. En todo el mundo, ahora, no había ni un solo lugar civilizado en que una mujer dijese: «Te quiero con toda mi alma». Solo esta chica de campo seguía siendo así. Si ya no quedaba nada sagrado en el mundo, a ella todavía no la habían informado. Ithiel, con su nariz recta, de camino a Washington y a la cúpula del Capitolio, símbolos de una nación henchida por su importancia mundial, le daba a Clara un valor mayor que a nada de lo que hubiese en ese lugar, o en cualquier lugar. Iba pensando: Esto es lo que yo elegí y esto es lo que me merezco. Al entrar en esa habitación del Regency, obtuve lo que andaba buscando.

Fue después de esto cuando empezaron los matrimonios de Clara: primero la boda en la iglesia con el traje de su abuela, todos los preparativos, los grabados de Tiffany, la porcelana de Limoges y los cristales de Lalique. Mamá y papá se figuraron que, después de dos intentos de suicidio, debía hacerse el mayor esfuerzo posible para proporcionarle a su Clara una vida estable. Lo tenían claro. No tenían ahorros. El esposo número uno fue un psicólogo de la rama educativa que se dedicaba a examinar a niños de colegio. Tenía un buen apellido: Montserrat. En el papel y los sobres de carta que mandó imprimir Clara era Mme. de Montserrat. Pero, como le dijo algún tiempo después a Ithiel:

—Aquel matrimonio fue como un pavo de Acción de Gracias. Después de un mes, el ave se está secando y tú sigues comiendo pechuga de pavo. Cada vez necesita más salsa, y muy pronto el cuchillo más afilado de la ciudad no es capaz de cortar aquella carne. —Si había alguna cosa que ella sabía hacer a la perfección, era inventarse esas descripciones—. Muy pronto te encuentras comiendo jirones de carne de ave —dijo.

Su segundo marido era un chico del sur que llegó al Congreso e incluso a algunas primarias

presidenciales. Vivieron allá en Virginia durante alrededor de un año, y ella vio de vez en cuando a Ithiel en Washington. Por aquella época, no era muy amable con él.

—Francamente —le dijo una vez durante un almuerzo—, no me imagino por qué quise abrazarte alguna vez. Te miro y me digo: ¡aaaargh!

—Probablemente yo tengo un lado aaaargh —le respondió Ithiel, perfectamente sereno—. No hace ningún daño conocer el lado repulsivo de uno.

Ella no era capaz de agitarlo. En la mirada que le dirigió en aquel momento había un brillo de respeto.

—Yo estaba un poco loca —diría más tarde.

En aquella época, ella y su marido sureño estaban tratando de tener un hijo. Ella telefoneaba a Ithiel y le describía las dificultades que estaban teniendo.

—Pensé que tal vez tú me harías un favor —le dijo.

—Ni hablar. Sería grotesco.

—Un niño con ojos griegos. Escucha, Teddy, ahora que estoy aquí sentada, ¿qué crees que estoy haciéndome a mí misma? ¿Dónde crees que tengo puesta la mano, y qué crees que estoy tocando?

—Yo ya he hecho mi parte por la especie —dijo él—. ¿Para qué traer al mundo más pecadores?

—¿Qué me sugieres?

—Estos maridos prácticos no son la solución.

—Pero lo nuestro no estaba en el destino, Ithiel. ¿Por qué tenías tantas mujeres?

—Para ti no hubo pocos hombres. Quizá tenga algo que ver con la democracia. Hay tanta gente elegible, tantas posibles elecciones. Uno tiene que quedarse con sus iguales. Y ¿por qué se va a limitar?

—De acuerdo, pero qué te hace tan infeliz ... y ¿por qué no me tendrías que dejar embarazada? Alistair y yo no somos compatibles de ese modo. ¿No me has perdonado por lo que te dije aquel día de que eras aaaargh? Solo estaba siendo mala contigo. Ithiel, si estuvieras aquí ahora...

—Pero no estoy.

—Solo para la procreación. Hoy día hay incluso madres de alquiler.

—Ya veo a un mensajero en motocicleta con botas, cinturón y casco, esperando con una caja templada el condón lleno de esperma. «Aquí tienes, Billy. Llévale esto de prisa a la señora.»

—No deberías reírte. Deberías pensar en lo que les dijo aquel estoico a sus colegas cuando lo pillaron en el acto. «No os burléis. Estoy plantando un hombre.» Oh, hablo así para impresionarte. Esto no es real. Te estoy preguntando (ahora en serio): ¿qué hago?

—Debería ser hijo de Alistair.

Pero ella se divorció de Alistair y se casó con Mike Spontini, al que había amenazado en Milán con quemarlo con el encendedor del coche. Según ella, a Spontini lo quería de verdad.

—Incluso a pesar de que lo pillé tirándose a otra mujer justo el día antes de nuestra boda.

»No estaba hecho para ser marido.

»Creía que una vez que llegara a apreciarme yo significaría más para él. Por fin lo *vería*. Y no estoy diciendo que yo sea mejor que otras mujeres. No soy superior. Incluso estoy chiflada. Pero dentro de mí estoy en contacto conmigo misma. Hay muchas cosas que podría hacer por el hombre que quisiera. ¿Cómo pudo Mike, en mi cama, con la puerta abierta y yo en la casa, tirarse a una cosa tan horrible como esa? Dime por qué.

»Bueno, la gente tiene que resolver su propio desorden, en un momento u otro, y para el

momento en que lo han hecho ya están acabados. Cuando vuelven a dar un nuevo salto, se dan cuenta de que han roto demasiados ligamentos. Todo ha terminado.

Mike Spontini tenía intención de portarse bien con Clara. Le compró una bonita casa en Connecticut con vistas al mar. Nunca invertía mal, nunca perdía el tiempo. En Connecticut dobló su dinero. El apartamento de la Quinta Avenida también fue un buen negocio. En el campo, Clara se dedicó a la jardinería. Quizá esperaba que hubiese algo de magia en las flores y los vegetales, o que el olor de la tierra calmaría el alma inquieta de Mike, que le bajaría la fiebre. El matrimonio duró tres años. Él pagó los gastos de la desdicha, pasó un mal rato, como dicen los presos, y por fin presentó la demanda de divorcio y liquidó los bienes comunes. Hizo falta un ataque de apoplejía para parar al loco de Mike. El lado izquierdo de su rostro estaba desfigurado de tal forma (así era como lo decía Clara) que se convirtió en un comentario fijo sobre la estrategia vital que había seguido: «La idea equivocada». Pero Clara era muy leal, incluso con un ex marido vencido. Una no corta todos los lazos después de haber pasado años de intimidad. Después del ataque, ella le preparó una fiesta de cumpleaños en el hospital; envió un pastel a la habitación. Sin embargo, el médico le pidió a ella que no fuera.

Cuando uno estaba vencido, roto, herido, terminado, moribundo, veía surgir el lado mejor de Clara.

De manera que era extraño que ella también se hubiera convertido en ejecutiva, bien pagada e influyente. Podía hablar a la moda, se vestía con originalidad, sabía mucho y de primera mano sobre decadencia, pero en cualquier momento era capaz de poner a un lado a la «zarina» y convertirse en la palurda, la inocentona de los viajeros o los vagabundos que todo lo que querían era atraerla hacia el pajar. En ella se podía ver súbitamente a una chica de una ciudad remota, de la Norteamérica rudimentaria de las escuelas de una sola aula, los agentes de policía, las cenas con los platos cubiertos, una de esas comunidades a las que había pasado por encima la tecnología y el desarrollo urbano. Su padre, recordémoslo, seguía siendo encargado de la sacristía, y su madre enviaba cheques a los fundamentalistas televisivos. En una sala de juntas sofisticada, Clara podía ser tan simple como una torta de harina de maíz y, cuando estaba de humor, si abría la boca, uno no podía saber si iba a hablar o a hacer una pompa de chicle. Sin embargo, a cualquiera que se le ocurriese burlarse de ella le esperaban un montón de malas noticias.

Siempre estaba dispuesta a reconocer su total ignorancia, diciendo, como tan a menudo le había dicho a Ithiel Regler: ¡Cuéntame! La chica del pueblo era también sentimental; guardaba recuerdos, fotografías de familia, tarjetas de San Valentín con encaje, y conservaba como algo muy preciado el anillo que Ithiel le había regalado. Lo conservó durante cuatro matrimonios. Cuando hizo que lo valoraran para el seguro, se encontró con que se había vuelto muy valioso. Lo cubrieron por quince mil dólares. Ithiel nunca había sido muy inteligente para el dinero. Era un mal inversor, no tenía suerte y no tenía cuidado. Veinte años antes, en la calle Cuarenta y siete, Madison Hamilton había metido la pata, cosa muy rara en él, al evaluar la esmeralda. Pero Clara también era descuidada, porque el anillo desapareció cuando estaba embarazada de Patsy. Olvidado en un lavabo, quizá, o robado de un banco del club de tenis. La pérdida la deprimió; la depresión empeoró a medida que lo buscaba en bolsos, cajones, grietas de los sofás, alfombras y botes de pastillas.

Laura Wong recordó lo disgustada que había estado Clara.

—*Aquello* te devolvió al diván —le dijo, con suavidad oriental.

Clara había acariciado la idea de liberarse del doctor Gladstone. Incluso había llegado a decir:

—Ahora que espero un hijo por tercera vez, debería ser capaz de arreglármelas sola por fin. Tomarme una copa con Ithiel cuando estoy deprimida me hace el mismo efecto. Ya tengo más médicos de los que debería necesitar ninguna mujer. Gladstone me preguntará por qué este símbolo de Ithiel es todavía tan poderoso para mí. Y ¿qué voy a contestar? Cuando la bolsa del aspirador se llena de polvo, la sustituyes por otra. ¿Por qué no te deshaces también del polvo de los sentimientos? Y sin embargo... Hasta un técnico como Gladstone sabe que no es así. Lo que quiere es desensibilizarme. Yo estaba dispuesta a morir por amor. Muy bien, pues sigo viva, tengo un marido y estoy esperando otro bebé. Soy como dicen los teólogos, todos esos listos con la divinidad: estoy situada en la vida. Si una está situada por fin, ¿por qué hacer duelo por un anillo?

Al final Clara telefoneó a Ithiel para comentarle lo de la esmeralda.

—Era un lazo tan grande entre nosotros... —le dijo—. Y me siento culpable por molestarte ahora con él, cuando las cosas no te van bien con Francine.

—No me van tan mal si puedo dedicarte algunas palabras de apoyo —le dijo Ithiel, siempre tan digno de su confianza.

Le desagradaba lamentarse por sus propios problemas. Y estaba tan organizado, como si viviera a la altura del clásico equilibrio de su rostro; un par de ojos así parecían exigir un tipo de contención particular, puede que incluso administrada. Ithiel podía ser duro consigo mismo. ‘Se culpaba a sí mismo por haber terminado con Clara y por el fracaso de sus matrimonios, incluido el actual. Sin embargo, las elecciones que hacía demostraban que también era descuidado. Estaba comprometido a ser muy civilizado, estructurado, ordenado; pero sin embargo asumía riesgos con las mujeres, era un jugador, una especie de anarquista. Había anarquía por ambos lados. Sin embargo, su apego a ella, los sentimientos que sentía —para su propia sorpresa— eran permanentes. El respeto cada vez mayor que sentía por ella asomaba por el horizonte como una luna que se tomara decenas de años para salir.

—Siete matrimonios entre los dos y seguimos queriéndonos —le dijo ella.

Diez años antes, habría sido una cosa arriesgada decir eso, habría movido algo de miedo dentro de él. Ahora ella estaba segura de que él estaría de acuerdo, como así fue.

—Eso es cierto.

—Entonces, ¿cómo interpretas lo del anillo?

—No lo interpreto —dijo Ithiel—. Es una idea exprimir las cosas que suceden para sacarles hasta la última gota de significado. La forma en que la gente retuerce sus trapos emocionales es increíble. Yo no creo que me hayas ofendido al perder el anillo. ¿Dices que estaba asegurado?

—Desde luego.

—Entonces presenta una demanda. Ya te cobran bastante las empresas. Las primas deben de ser astronómicas.

—En realidad, estoy bastante disgustada por haber perdido el anillo —dijo Clara.

—Eso es tu alma del siglo x. ¡No hay nada que tu médico pueda hacer con eso!

—Me ayuda en algunos aspectos.

—¡Esos tipos! —dijo Ithiel—. Si un ciempiés entrara en su despacho, se iría de allí con una muleta infinitesimal para cada pata.

Al contarle esta conversación a la señora Wong, Clara dijo:

—Y con eso acabó la conversación. Ahí te apareció el anarquista que lleva dentro. Me anima tanto hablar con él aunque sea por cinco minutos...

La compañía de seguros le pagó quince mil dólares y después, un año más tarde, apareció el

anillo.

En uno de sus ataques fanáticos de limpieza primaveral, Clara lo encontró debajo de la cama, encima de una ruedecita, enganchado en el marco al que estaba conectada la pequeña palanca para levantar el colchón. Estaba en su lado de la cama. Debió de estar buscando un pañuelo de papel cuando lo tiró por debajo de la mesilla de noche. Por qué motivo buscaba el pañuelo, ahora que había aparecido el anillo, no le interesaba saberlo. Se llevó el anillo a la cara, lo olió intensamente como si estuviera inhalando la esencia de este hielo —no, el hielo era el diamante—; sin embargo, esa esmeralda

también era un hielo. En ella estaba congelado el compromiso de Ithiel. O, si no, representaba la forma permanente de la pasión que ya había sentido por ese hombre. La forma caliente habría sido roja, como un nódulo dentro del cuerpo, en las partes sexuales. Eso se vería como un rubí. La forma fría era ese concentrado de verde tan claro. Esto no era una de sus fantasías; era tan real como el verde del océano, como las montañas de cuyas entrañas se sacan esas gemas. Se imaginaba estos lugares —el Atlántico, los Andes— como se imaginaba el interior de su propio cuerpo. A su manera sumaria, se decía a sí misma: «Quizá lo que esto quiere decir es que yo soy una mina de niños». Para probarlo tenía tres niñitas.

No informó del hallazgo a la compañía de seguros. Clara no estaba dispuesta a devolver el dinero. Para aquel entonces, aquellos dólares simplemente habían desaparecido. Se los había gastado en un piano, una alfombra y otro juego de porcelana de Limoges, Dios sabe qué más. De manera que el anillo no podía volver a asegurarse, pero eso no le importaba mucho. Estaba tan contenta que se lo dijo a Ithiel por teléfono:

—¡Es increíble dónde cayó el anillo! Justo debajo de mí, mientras yo estaba allí tendida sufriendo por él. Podría haberlo tocado si hubiera bajado el brazo. Lo podría haber acariciado con el dedo.

—¿Cuántos entre nosotros pueden decir algo así? —dijo Ithiel—. Que estás acostado en la cama y tienes la solución a tus problemas justo debajo de ti.

—Lo único es que no lo sabes... —dijo Clara—. Creí que estarías complacido.

—Oh, lo estoy. Me parece maravilloso. Es como añadir diez años a tu vida el haberlo recuperado.

—Tendré que tener el doble de cuidado con él. No puedo asegurarlo ... Nunca puedo estar segura de la importancia que puede tener un objeto como este anillo para un hombre que tiene que pensar todo el tiempo en la Alianza Adán tica y todo lo demás. Disuasión, fuerzas nucleares ... Todo ello es completamente incomprensible para mí.

—Ojalá tuviera las respuestas debajo de la cama —dijo Ithiel—. Pero tú no deberías creer que no me puedo tomar en serio un anillo o que soy tan pretencioso sobre la importancia mundial de la «correlación decisiva de fuerzas» de Lenin: que tú eres solo una niña y yo te doy gusto como si fuera tu papá. Tú me gustas más que el presidente o el asesor nacional de seguridad.

—Sí, eso lo entiendo, como también entiendo por qué, humanamente, preferirías tratar conmigo que con ellos.

—Piensa solamente que si no hicieras tu propia limpieza de primavera el anillo lo habría encontrado la asistenta.

—Mi asistenta ni soñaría en meterse debajo de la cama en ninguna época del año; por eso es por lo que me tomo el tiempo libre de la oficina. Tenía que trabajar con Wilder, que ha estado leyendo a John Le Carré. Sentado en medio de su casa llena de mujeres como un indio sioux en su tienda. Como Toro Sentado. De todas formas, muchas veces es muy amable. Incluso cuando actúa como el macho

dominador. Y estaría totalmente perdido si yo no estuviera... ¡Aaay!

—Si tú no estuvieras manejando el barco —dijo Ithiel.

Bueno, era un hogar femenino, y quizá por esta razón Gina se sentía menos extranjera en Nueva York. Decía que le encantaba la ciudad, tenía muchas cosas específicas para mujeres. Además, todos los que llegaban ya conocían el lugar por las películas y las revistas. En aquella ocasión en que John Kennedy dijo que era berlinés, todo Berlín le podría haber contestado: «¿Y qué? Nosotros somos neoyorquinos». En opinión de Gina, allí no existía la posibilidad de sentirse un extraño.

—Eso es lo que piensas *tú*, cariño —fue la respuesta de Clara, aunque no fue a Gina Wegman, sino a la señora Wong—. Y esperemos que ella nunca descubra lo que esta ciudad le puede hacer a una persona joven. Pero cuando uno piensa en esa chica tan bonita y en su encanto italiano, tan inocente... Aunque la inocencia es una cosa difícil de probar. No se puede esperar que olvide que es una chica solo porque el entorno es tan peligroso.

—¿La dejas ir en el metro?

—*¡Dejarla ...!* —dijo Clara—. ¿Y qué puedo hacer? Cuando los jóvenes salen a la calle, ¿cómo puede una controlarlos? Todo lo que puedo hacer es rezar para que no le pase nada. Le dije que si se ponía una falda corta se debía poner también un abrigo. Pero ¿de qué sirven los consejos si uno no tiene en mente el fondo de los barrios bajos? Lo que necesitan hoy día las mujeres es un poco de experiencia de los barrios bajos. No obstante, me corresponde a mí vigilarla un poco, y tengo que aceptar que ella es inocente y que no le gusta que se refrieguen contra ella en las horas punta los sucios delincuentes sexuales.

—Resulta difícil ocupar la posición del adulto responsable —dijo la otra.

—A mí me ayuda mi religión de siempre. Hay que administrarse.

En parte, Clara lo dijo en broma. Pero cuando recordaba sus orígenes, los años en que se había formado, por un momento se transformaba en la chica de la frente ancha, los ojos grandes y la nariz pequeña, a la que sus padres habían obligado a memorizar largos pasajes de los gálatas y los corintios.

—Se lleva bien con las niñas —dijo la señora Wong.

—Están muy cómodas con ella, y no hay problemas con Lucy.

Para Clara, Lucy era lo más importante. En esta fase estaba muy huraña: con exceso de peso, tímida para hacer amigos, celosa, oponiendo resistencia a todo, problemática. Le costaba trabajo moverse. A menudo Clara había sugerido que se le cortara el pelo a Lucy: aquellos rizos tan pesados que le ponían límites a su rostro.

—Esta niña tiene el cabello de Júpiter —dijo Clara durante una de sus conversaciones con Laura—. A veces pienso que debe de ser potencialmente tan fuerte como un peón de albañil.

—¿Y no le gustaría a ella tenerlo corto, como tú?

—No quiero que tengamos una rabieta por ello —dijo Clara.

Desde luego, la niña era torpe (aunque iba a tener buenas piernas, eso ya se veía). Pero debajo de esa torpeza había mucha energía. Lucy se quejaba de que sus hermanas pequeñas se compinchaban contra ella. Eso es lo que parecía, Clara estaba de acuerdo. Patsy y Selma eran unas niñas graciosas, y a su lado Lucy parecía corpulenta y gruesa antes de que le llegara la edad. Después de esa edad, ella seguiría siendo patosa, igual que lo había sido su madre, y siempre dispuesta a estallar, rebelde e

irritable. Cuando Clara conseguía comunicarse con ella (los enormes ojos de su delgado rostro tenían que concentrarse en la niña hasta que se abría: «Siempre puedes hablarle a mamá de lo que pasa, lo que se cuece por dentro»), entonces Lucy le decía sollozando que todas las niñas de su clase la rechazaban y se reían de ella.

—Menudas arpías —le decía Clara a la señora Wong—. Me sorprende lo pronto que empieza todo. Hasta Selma y Patsy, que son unas niñas cariñosas, se están desarrollando a expensas de Lucy. Su «ordinariedad» (y ya sabes lo que significa la palabra «ordinario» cuando se trata de niños) las convierte a ellas dos en damas. Y las hermanitas son de todo menos tontas, pero yo creo que Lucy es la más inteligente. Hay algo *grande* en ella. Gina Wegman está de acuerdo conmigo. Lucy se comporta como una pequeña bestia. No es solo el peinado romano. Es avariciosa y rencorosa. Dios, ¡vaya si lo es! Ahí es donde entra en juego Gina, porque Gina tiene mucha clase, y la aprecia. En la medida de lo posible, con mis responsabilidades de ejecutiva y la carga del hogar, yo trato de ser una buena madre para esas niñas. También me reúno con los psicólogos de la escuela (una vez estuve casada con uno de esos personajes) y con las otras madres. Quizá lo de matricularlas en las «mejores» escuelas sea una gran equivocación. Allí hay que superar la influencia de los mejores corredores de Bolsa y abogados de la ciudad. Yo lo digo como lo siento...

Lo que Clara no podía decir, porque la educación de Laura Wong era muy distinta de la suya (y era la suya la que le parecía la más extraña), tenía que ver con Mateo 16:18: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» («ella» era un símbolo del amor, contra el que ninguna puerta puede cerrarse). Esto era más de aquella sustancia primitiva que Clara se había traído de su pueblo y formaba parte de su confusa vida interior. Explicárselo a su confidente sería más difícil de lo que valía la pena, si se tenía en cuenta que al final la señora Wong se quedaría igualmente en ayunas: las segundas ayunas eran peores que las primeras. En esto Clara no podía decir lo que sentía.

—Hay mucha mujer en esa niña. Una mujer hermosa y enérgica. Gina Wegman intuye lo mismo en ella —dijo Clara. Se sentía muy atraída hacia Gina, pero no le parecía sensato hacerse amiga de ella; eso habría estado demasiado cerca de la adopción y quizá provocaría la rivalidad de sus hijas. Era mejor mantener las distancias, evitar demasiadas intimidades, especialmente las confidencias. Sin embargo, no había nada malo en darse un capricho de vez en cuando, siempre y cuando fuera una cosa didáctica. Por ejemplo, le podía pedir a la chica *au pair* que le llevara unos papeles a la oficina, y una vez allí podía mostrarle el enorme despacho e invitarla a tomar el té.

Dejó que Gina asistiese a una reunión comercial sobre hombreras y que oyera las discusiones sobre si este tipo de relleno o el otro, el grado de levantamiento, la conveniencia de una línea más derecha en la caída de las ropas; las nuevas tendencias de tamaño en los diseños de Armani, Christian Lacroix, Sonia Rykiel. Llevó a la chica a un desfile de última moda italiana de primavera, y allí oyó muchas conversaciones sobre la conveniencia de las botas por encima de la rodilla y de las capas de las faldas de Gianni Versace por encima de bragas abombadas. Los propagandistas políticos trataban de vender prendas cortas de seda arrugada o chaquetas de ocelote inteligentemente imitado, o capas de castor artificial: todo esto era la ingeniosa labor de artesanos millonarios y diseñadores billonarios. Gina asistió vestida adecuadamente, era una chica bonita y muy joven. Clara no sabría decir de qué manera la impresionó el desfile de moda. Era mejor, en opinión de Clara, quitarle importancia a todo aquel espectáculo: el lujoso escenario, las estrellas italianas y la compra de los expertos, que de algún modo se atenuaba por la presencia de la impasible zarina.

—Bueno, ¿qué puedo decir de estas cosas? —dijo Clara, una vez más confiándose a Laura Wong

—. Estos brillos son nuestro sustento, y las mujeres agradables se hacen viejas y tristes, también se vuelven cínicas, en medio de todos estos brillos de piel, seda, cuero, cosméticos, etcétera, de los negocios del glamour. Mientras tanto, lo que cuenta son mis responsabilidades familiares. Cómo proteger a mis niñas.

—Y quisiste darle un gusto a Gina —dijo la señora Wong.

—Y me alegro por las ganas que tenía de hacerlo —dijo Clara—. Eso hay que reconocerlo. Pero ¡lo caro que cuesta! ¿Y quién lo consigue? Además, Laura, si tiene que ser desperdiciado en las mujeres ... Si una mujer es hermosa y se le añade un traje hermoso, eso es ya algo: se está sumando belleza con belleza. Pero si la operación viene únicamente del exterior, tiene unos efectos muy curiosos. Y así es como sucede generalmente. Por supuesto, siempre habrá intrigantes descarados o personas desesperadas con un aspecto glorioso. Pero en la mayoría de los casos el efecto es horroroso. Es una variación de ese verso de Auden que tanto me gusta sobre «el deseo de los locos por sufrir».

Después de decir esto tenía un aspecto simplemente violento. Había ido más allá de lo que pretendía, más allá de lo que la señora Wong estaba preparada para seguir. Aquí Clara podría haber añadido las palabras de Mateo 16.

Su confidente chinoamericana estaba acostumbrada a esos ataques repentinos. Clara no fingía cuando expresaba sus ideas sobre la ropa; estaba pensando en voz alta, y muy a menudo tenía en mente a Ithiel Regler, las mujeres con las que él había salido y las mujeres con quienes se había casado. Entre ellas, había varias «mujeres de moda» (con esto ella quería decir que eran chicas sexy demasiado vestidas, chabacanas y tontas, «que arrastraban a los hombres por el suelo», y con las cuales un hombre como Ithiel no debería haber perdido su tiempo). Y había estado casado tres veces y tenía dos hijos. ¡Qué desperdicio! ¿Por qué tenía que haber habido siete matrimonios y cinco hijos? Hasta Mike Spontini, con todos sus atractivos, había sido una pérdida de tiempo: un mediterráneo, un marido italiano que volvía a su esposa cuando lo creía oportuno, es decir, cuando estaba cansado de los negocios y de jugar por ahí. *Todos* los demás habían sido imitaciones de maridos, que ni siquiera eran serios desde el punto de vista humano: no se podía sacar ninguna resonancia masculina auténtica de ellos.

«¡Qué pena!», pensó Laura Wong. Teddy Regler debería haberse casado con Clara. Se podía aplicar cualquier medida —necesidad, simpatía, sentimientos, lo que fuera— y los dos perfiles (así es como lo expresaba Laura) eran casi idénticos. Y a Ithiel le estaba yendo muy mal ahora. Justo después de que Gina se convirtiese en su chica *au pair*, Clara supo, por aquella mujer, Wolfenstein, la primera esposa de Teddy, que tenía sus espías en Washington, que la tercera señora Regler había alquilado un camión y había vaciado la casa una mañana tan pronto como Teddy se fue a la oficina. Al llegar a casa por la noche, él no encontró nada más que la cama que habían compartido la noche antes (sin sábanas) y unos pocos e insignificantes artículos de cocina. Francine, su tercera esposa, no había tenido niños que cuidar. Había pasado los días vagando por los grandes almacenes. Eso era verdad. El no la hizo sentir que compartía su vida. Y sin embargo, el hombre estaba aturdido, aniquilado; deprimido, y después enfermo. Había estado de luto por su madre. Francine se había mudado una semana después del funeral de su madre. Una semana exactamente.

Clara y Laura pensando juntas habían decidido que Francine no era capaz de soportar el que él estuviera de duelo. Ella misma no tenía esas emociones, y le disgustaban.

—Hay algunas personas que simplemente no entienden el dolor —fue lo que dijo Clara.

Posiblemente, además, había otro hombre, y le habría resultado extraño, después de pasar la tarde con ese hombre, volver a casa, a un marido absorto en negros pensamientos o que necesitase consuelo.

—Eso puedo imaginármelo fácilmente desde el punto de vista de la mujer —dijo Laura. Su propio divorcio había sido desagradable. Su marido, un hombre llamado Odo Fenger, hematólogo, había sido uno de esos hombres-bebé rubicundos y mofletudos que tienen que absorberte completamente en sus propias emociones (los ojos que cambiaban de azul de cielo a azul oscuro), con lo que se duplicaba la agonía de la ruptura. De manera que, ¿por qué no enviar una furgoneta a la casa y mudarse directamente al futuro? (en este sentido, futuro se interpretaba como nunca en la vida volver a ver a la otra parte)—. Esa Francine no era capaz de soportarlo, después de que ya había perdido toda sensación. Cada época tiene su manera de resolver estas cuestiones. Como tú has dicho antes, en el Renacimiento la gente usaba veneno. Cuando ya no se siente nada, la otra persona se vuelve físicamente insoportable.

Clara no estaba prestando una atención total a lo que le decía Laura. Su único comentario fue:

—Supongo que sí que ha habido progresos. Es mejor mudarse que asesinar al otro. Al menos, los dos siguen vivos.

Para entonces, la señora Wong no quería esposos ni niños. Se había retirado de todo eso. Pero respetaba a Clara Velde.

Quizá su curiosidad era incluso mayor que su respeto, y tenía muchísima curiosidad en lo referente a Clara e Ithiel Regler. Coleccionaba recortes de periódico sobre Regler y, al igual que Wilder Velde, nunca se perdía sus entrevistas en televisión, si podía evitarlo.

Cuando Clara supo lo de Francine y la camioneta de mudanzas, fue corriendo a Washington en cuanto pudo pillar un vuelo. Allí estaba Gina para ocuparse de las niñas. Clara nunca se sentía tan segura como cuando la fiable Gina las cuidaba. Como recurso adicional, Clara tenía a la señora Peralta, la señora de la limpieza, que también se había convertido en amiga de la familia.

Clara encontró a Ithiel en un estado de enferma dignidad. Estuvo afectuoso con ella pero reservado en lo tocante a sus problemas, le dio las gracias, demasiado formalmente quizá, por su visita y le dijo que prefería no entrar en la historia de sus relaciones con Francine.

—Como tú quieras —dijo Clara—. Pero aquí no tienes a nadie; solo estoy yo en Nueva York. Yo cuidaré de ti si lo necesitas.

—Me alegro de que hayas venido. He estado desesperado. Lo que he aprendido, sin embargo, es que, cuando la gente empieza a hablar de sus problemas privados, entra en una espiral peligrosa en lo tocante a relaciones, y aburre absolutamente a todo el mundo. Estoy seguro de que saldré de esto.

—Por supuesto, te resistes —dijo Clara, orgullosa—. De manera que no quieres hablar mucho sobre ello. Lo único es que esa mujer no tenía que esperar hasta que muriera tu madre. Lo podría haber hecho antes. Una no espera hasta que un hombre esté abajo para dejarlo tirado.

—¿Por qué no salimos a cenar? ¿Oriente Medio, chino, italiano o francés? Veo que llevas puesta la esmeralda.

—Esperaba que lo vieras. Ahora dime, Ithiel: ¿vas a cambiar de casa? ¿La ha dejado ella vacía?

—Puedo quedarme allí hasta que tenga algún dinero, y entonces amueblar el salón.

—Alguien debería ocuparse de ti.

—Si hay una cosa de la que puedo prescindir es de este cuadro de mí: pobrecito, hundido y con alguna mujer fiel que hace que mi corazón se hinche de gratitud. —Ser tan estricto con su propio

corazón le satisfacía.

—Le gusta mirar al ser humano tal y como es —explicaba Clara.

—Uno no se casa con una mujer que lo valora —dijo Clara en la cena—. Es como cuando Groucho Marx dijo que jamás entraría en un club que lo aceptase a él.

—Te voy a decir una cosa —dijo Ithiel, tal y como ella entendió que se había retirado a la periferia a fin de volver al centro tomando uno de sus extraños ángulos—. Cuando el presidente tiene que ir al hospital Walter Reed para que lo operen y los periódicos están llenos de dibujos de su vejiga y de su próstata (todavía recuerdo aquellos horribles dibujos del intestino delgado de Eisenhower), entonces me alegro de que no haya diagramas de mis órganos vitales en la prensa y de que el gran público no vea mi mano. Por la misma razón, siempre he estado en contra de que se hable sobre mi psique. Es justo que Francine no me haya apreciado. Yo, sin embargo, habría vivido el resto de mi vida con ella. Yo tenía paciencia...

—Quieres decir que tiraste la toalla y te resignaste.

—Yo era afectuoso —insistió Ithiel.

—Tenías que fingir. Habías comprobado tu error y estabas dispuesto a pagar por ello. A ella no le importaba un pimiento tu afecto.

—Yo le fui fiel.

—No, eras un mentiroso —dijo Clara—. Te metías en el escondite de tu oficina y hacías lo que tenías que hacer con Rusia o con Irán. Esos locos personajes de Libia o el Líbano te divierten. ¿Qué hacía ella para divertirse?

—Supongo que cada mañana tenía que decidir adónde iba con sus tarjetas de crédito. Le gustaban las subastas y las exposiciones de mobiliario. Se compró un traje de piel de avestruz, con botas y bolso y todo.

—¿Qué más hacía para divertirse?

Ithiel se quedó callado y reservado, moviendo las migas de pan de un lado a otro con la hoja de su cuchillo. Clara pensó: lo engañaba. La hermosa Francine no tenía ni idea del marido que tenía. Y qué importaba lo que una mujer como esa hiciera con sus groseros órganos. Clara no consiguió que Ithiel reaccionara con esta pregunta. Podría haber estado hablando con uno de los habitantes de Minos que sacaron de la tierra Evans o Schliemann o quienquiera que fuese, personajes como los de las películas mudas, pintados con mucho maquillaje. Si Clara pertenecía a la Edad Media, Ithiel pertenecía a la antigüedad. ¡Imaginarse a una mujer deprimida que se sentía poco apreciada! Vaya, Ithiel podría ser el Gibbon o el Tácito del Imperio americano. A él no se le ocurriría una cosa así, pero Clara recordaba hasta hoy cómo hablaba de los dibujos que hacía Keynes de Clemenceau, Lloyd George y Woodrow Wilson. Si quería, podía tratarse con Nixon, Johnson, Kennedy o Kissinger, con el sha o con De Gaulle, lo que había hecho Keynes con los aliados en Versalles. Las figuras mundiales habían decidido que Ithiel valía la pena. A veces se le escapaba un comentario, un juicio de valor: «Ni los rusos ni los norteamericanos son capaces de gobernar el mundo. Tampoco son capaces de organizar el futuro». Cuando ella estuviera sola, pensó Clara, organizaría para él un fondo para que pudiese escribir sus opiniones.

Le dijo:

—Si quieres que me quede a dormir, Wilder ha ido a Minnesota a entrevistarse con un político de poca monta que necesita algunos discursos. Gina ha invitado a algunos amigos a casa.

—¿De verdad crees que necesito los primeros auxilios?

—Estás mal. ¿Qué tiene de vergonzoso?

Ithiel la llevó al aeropuerto. En aquel momento, las avenidas estaban vacías. Delante de ellos vieron las luces del aeropuerto, y los miles de viajeros sentados y elevándose.

Clara le preguntó qué trabajo estaba haciendo.

—No para quién, sino sobre qué tema.

Él le dijo que estaba haciendo un estudio de las opiniones de los emigrantes del nuevo sistema soviético: pareció agradaarle cambiar de tema, aunque siempre se había resistido un poco a hablar con ella de política.

—De manera que nos van a volver a engatusar —dijo Clara.

Pero había otros temas, más urgentes, para hablar de camino al aeropuerto. Tenían tiempo suficiente. Ithiel conducía muy despacio. El siguiente vuelo del puente aéreo no despegaría hasta las nueve en punto. Clara estaba contenta porque no tenían que correr.

—¿No te importa que lleve puesto el anillo esta noche? —dijo Clara.

—¿Porque es un mal momento para recordarme cómo podría haber sido todo entre nosotros? No. Tú has venido para ver cómo estaba yo y qué podías hacer por mí.

—La próxima vez, Ithiel, si es que hay una próxima vez, me dejarás que compruebe todo cuando tu mujer se marche. Puede que tú seas muy bueno en análisis político... No necesito acabar esa frase. Además, mi propio juicio no ha sido cien por cien bueno.

—Si alguien me preguntara, Clara, les diría que tú eres un caso extraño: una mujer que no se ha corrompido, que ha desarrollado una lógica moral propia, que la ha resuelto de manera independiente con su propia energía solar y con sus propias premisas femeninas. Te enteras de que me ha ocurrido un desastre y vienes en el primer avión que encuentras. Qué pocas personas toman este vuelo de Washington con fines humanitarios. La mayoría de la gente viene por negocios. Otros a ver los paisajes, algunos por los cuadros de la National Gallery, un buen porcentaje para conseguir un polvo. ¿Cuántos vienen porque son gente profunda?

Aparcó el coche para poder ir con ella caminando hasta la puerta.

—Eres un buen hombre —le dijo ella—. Tenemos que cuidarnos el uno al otro.

Ya en el avión, se apretó el cinturón para poder controlar sus sentimientos mientras abría un ejemplar de *Vogue*, pero solo para mantener la cabeza dentro. Ahora no había ninguna revista que tuviera nada que decirle a ella.

Cuando volvió a la avenida Park, la esperaba la mujer del portero, que era latinoamericana. También estaba allí la señora Peralta. Clara le había pedido a la señora de la limpieza que ayudara a Gina si esta recibía a sus amigos (que no les quitara la vista de encima). El ascensorista-portero estaba con las damas, formaban un pequeño grupo bajo la marquesina. Las aceras de la avenida Park son el doble de anchas que cualquier otra, y la línea del medio estaba agradablemente sembrada de flores del tiempo. Cuando el portero ayudó a Clara a salir del taxi amarillo, las mujeres empezaron inmediatamente a contarle el enorme fiestón que había dado Gina.

—Una auténtica mezcla de personas —dijo la señora Peralta.

—¿Y las niñas?

—Oh, nosotras las cuidamos, procuramos que se mantuvieran lejos de esos tipos del East Harlem. Estamos aquí porque el señor Regler llamó para decir en qué vuelo vendría usted.

—Yo le pedí que lo hiciera —dijo Clara.

—No creo que Gina supiera que venían tantos. Amigos, y amigos de amigos, o de su novio,

supongo.

—¿Novio? ¿Y quién es su novio? Eso es nuevo para mí.

—Le pedí a Marta Elvia que viniera y viera por sí misma —dijo Antonia Peralta. Marta Elvia, la mujer del portero, tenía algo de parentesco con Antonia.

Se quedaron un momento en el ascensor. Marta Elvia, embarazada de ocho meses, llenaba gran parte del espacio mientras decía que vaya grupo asqueroso se había reunido allí. Aquello era casa abierta.

—Pero dígame, rápido, ¿quién es el novio? —dijo Clara. Describieron al hombre como alguien procedente de las Indias occidentales; hablaba francés, tenía la piel oscura, muy guapo y «arrogante», dijo la señora Peralta.

—¿Y cuánto tiempo lleva viniendo a la casa?

—Solo un par de semanas.

Cuando entró en el salón, la primera impresión de Clara fue: «De manera que esto es lo que se puede hacer aquí. No tiene que ser el uso que yo le di». Ella había limitado aquel salón al comportamiento de tocador.

En general, la fiesta había acabado; quedaban solo cuatro o cinco parejas. Tal y como lo describió Clara, las jóvenes tenían un aspecto chabacano.

—La habitación parecía más bien un vagón del metro del West Side. Los chicos tenían mucho músculo, como si practicasen aeróbic. Y yo solía ser capaz de distinguir el olor del porro, pero estoy completamente a oscuras en lo que a nuevas drogas se refiere. El crack no lo entiendo en absoluto; ni siquiera soy capaz de decir lo que es, mucho menos de describir cómo actúa ni si tiene olor. Toda la escena era para mí como un espejismo, estaban todos tirados por todas partes. El amigo especial de Gina, Frederic, era un chico guapo, negro, y realmente tenía un agradable acento francés. Gina trató de comportarse como si no hubiera pasado nada, y casi lo consiguió. Pero yo no iba a echarle la bronca, sin embargo. En la parte de atrás del apartamento yo tenía a tres niñas durmiendo. En un momento como ese te acuerdas de los libros de historia: de cómo una mujer pionera se ocupó de un grupo de indios mientras su marido estaba ausente. De manera que me preparé para pasar el tiempo lo mejor posible, bajé el tono de la música, ventilé el humo y pronto la fiesta fue decayendo.

Mientras la señora Peralta limpiaba, Clara tuvo una conversación con Gina Wegman. Le dijo que ella había imaginado una reunión más pequeña: con algunos conocidos, no un muestreo al azar de la población de la calle.

—Frederic me preguntó si podía traer a algunos amigos. Bien, Clara estaba dispuesta a creer que esto era simplemente un malentendido europeo de lo que significaba dar una fiesta en Nueva York: músicos, jóvenes y gente sin problemas, una mezcla de razas, bailando con música reggae. En Viena, como en todos los demás sitios, salían en televisión esos retratos de la vida norteamericana: Norteamérica era el lugar en que uno se soltaba la melena.

—En todo caso, tengo que decirte, Gina, que no puedo tolerar este tipo de comportamiento: parecen escenas sacadas de una película de bailes subida de tono.

—Lo siento, señora Velde.

—¿Dónde conociste a Frederic?

—Por unos amigos de Austria. Trabajan en la ONU.

—¿Él también trabaja allí?

—Nunca se lo he preguntado.

—¿Y lo quieres mucho? No tienes que contestarme, ya veo que estás enamorada de él. ¿Nunca le has preguntado a qué se dedica? ¿Estudia?

—Nunca se ha presentado la ocasión.

Clara pensó que, a juzgar por la cara de Gina, lo que se presentaba era la ocasión de que Gina se quitara la falda. La propia Clara sabía muy bien cómo era todo aquello. Ella había pasado por allí. ¿Qué puede ser más natural en un lugar extranjero que aceptar las experiencias exóticas? Si no, ¿para qué servía salir de casa?

Clifford, preso en Attica, todavía le enviaba a Clara una tarjeta por Navidad todos los años sin falta. No tenían ninguna otra relación. Frederic, si nos fiábamos de las apariencias, ni siquiera enviaría tarjetas. Diferencias entre las generaciones. Clifford era un chico del campo.

Tendremos que procurar que esto no acabe mal, fue lo que Clara se dijo a sí misma.

Pero también tendremos que averiguar qué tipo de persona es Gina de verdad, pensó. Qué es lo que la estimula y si es esto todo lo que quiere. Yo no creía que fuera una pequeña del tipo braguitas calientes.

—Supongo que en Viena las cosas se hacen de otro modo —dijo Clara—. En lo de llevar a extraños a las casas...

—No. Pero usted es amiga personal de la señora de color que trabaja aquí.

—La señora Peralta no es ninguna extraña.

—Trae aquí a sus hijos por Acción de Gracias, y comen con las niñas en la misma mesa.

—¿Y por qué no? Pero bueno, yo entiendo que esto es una mezcla que puede dejar perplejo a alguien que acaba de llegar de Europa por primera vez. Mi esposo y yo no somos *rasistas*... —Ésta era una pronunciación que Clara no era capaz de cambiar—. Sin embargo, la señora Peralta es un miembro fiable de esta casa.

—Pero ¿los amigos de Frederic podrían robar...?

—Yo no he acusado a nadie. Pero no se puede defender a nadie, tampoco. Tú misma acabas de conocer a tus invitados. Y ¿no te has dado cuenta de que las medidas de seguridad (puertas, sistema de alarma, todo) han sido inspeccionadas?

Gina dijo, despacio y en voz baja:

—Me he dado cuenta. No me lo he aplicado a mí misma.

No «a sí misma». Gina no había pensado en Frederic de esa manera. Y no podía consentir que lo trataran como a un sospechoso. Clara pensó que era muy fiel. Diez sobre diez, pensó, y su corazón se acercó a Gina.

—No es una cuestión de color. La empresa para la que trabajo ha invertido incluso en Sudáfrica.

Esta no era una afirmación enérgica. Para Clara, Sudáfrica estaba casi tan cerca como Xanadú. Pero se dijo a sí misma que se estaban distraiendo con cosas absurdas y que lo que ella y Gina se estaban diciendo la una a la otra eran solo muchas tonterías. La chica había ido a Nueva York para aprender sobre tipos como Frederic, pero no había tanto que aprender. Esto era simplemente un incidente, y ni siquiera era un buen incidente. Solo un montón de problemas distantes. Entonces se anotó mentalmente que tenía que hablar de todo esto con Ithiel y también pedirle su opinión sobre las inversiones.

—Pues bien —dijo—, me temo que voy a tener que poner un límite al número de personas que puedes recibir.

La chica asintió con la cabeza. Aquello era razonable, no podía negarlo.

No más riñas. Y una mezcla de firmeza y de preocupación por la chica. Si la despedía, las niñas llorarían. Yo misma la echaría de menos, admitió Clara. De manera que se puso de pie (como una señora que pone fin a una dolorosa entrevista, o así era como lo percibía Clara; se dio cuenta de que verdaderamente había llegado a depender de determinadas posturas de señora-de-la-casa). Cuando Gina se hubo retirado a su habitación, Clara hizo una comprobación somera: el cenicero Jensen, el abrecartas de plata, las chucherías de la repisa de la chimenea; y por enésima vez deseó tener a alguien que compartiera sus preocupaciones. Wilder no le servía de nada en ese sentido. Aunque consiguiera cincuenta encargos de discursos, no lograría ganar el dinero que había perdido con acciones de minas: Homestake y Sunshine. Supuestamente, los metales preciosos eran una cobertura, pero cada vez había menos capital para las coberturas que iban menguando. Al terminar la inspección, Clara habló con Antonia Peralta antes de que esta última pusiera en marcha el ruido de su aspirador. ¿Cuántas veces había estado aquel joven de Gina en el apartamento? Antonia se golpeó la mejilla con el dedo recto, lo que significaba que era menester tener mucho cuidado. Su mensaje fue: «Cuente conmigo, señora Velde». Bueno, al fin y al cabo, formaba parte de una subcultura bastante lista. Entre ella y Marta Elvia se iban a encargar de fiscalizar el local.

Sobre la propia Gina Wegman, Antonia Peralta no hizo ningún comentario. Pero, claro, ella no siempre estaba por allí, tenía sus días libres. Y había que recordar que Antonia no había limpiado debajo de la cama. Y *si hubiera sido* cuidadosa habría sido ella la que habría encontrado el anillo perdido. En tal caso, ¿lo habría entregado? Era una mujer honrada, que ella supiera, pero también había rincones en los que no se le ocurría mirar. La compañía de seguros había pagado y Clara no habría sabido más si Antonia se hubiera guardado calladamente un objeto perdido. No, las señoras hispanas eran bastante honradas. Marta Elvia estaba protegida con seguro, con triple certificado, y Antonia Peralta nunca le había quitado ni un pañuelo.

—En mi propia casa —explicaría Clara más tarde—, me niego a tener las cosas valiosas bajo llave. Una casa en la que no existe una conciencia mínima no es lo que yo llamo una casa. Simplemente, no puedo vivir con un manojito de llaves en la mano, como un francés o un italiano. Ha habido mujeres que me han contado que no podían dormir por las noches si no tenían las joyas bajo llave. Yo no podría dormir si lo estuvieran.

A Gina le dijo:

—Confío en tu palabra de que no vas a hacer nada malo.

Estaba obligada a dejar eso claro, aunque reconocía que no había manera de evitar ofender a la chica.

Gina no se puso ni chula ni impertinente. Simplemente dijo:

—¿Me está diciendo que Frederic no puede venir aquí?

La reacción de Clara fue: mejor aquí que *en otro sitio*. Trató de imaginarse cómo sería la «madriguera» de Frederic. Aquello no era muy difícil. Después de todo, ella misma había sido una joven en Nueva York. Gina le estaba proporcionando un adelanto de aquello a lo que tendría que hacer frente cuando sus propias hijas crecieran. A menos que el propio cielo decidiera que la ciudad de Gog y Magog había llegado demasiado lejos y decretara su declive: el momento de hacer que descendiera su éxito, de enviar el Atlántico para que se la tragara. Aquello no era una posibilidad con la que se pudiese contar.

—De ninguna manera —dijo Clara—. Pero te voy a pedir, sin embargo, que te hagas plenamente responsable cuando Antonia está libre.

—¿No quiere usted que Frederic venga cuando las niñas están conmigo?

—Exacto.

—Él no les haría daño.

Clara no consideró oportuno decir nada más.

Habló de ello con la señora Wong, parando en su casa después del trabajo para tomarse una copa, un respiro de camino a casa. La señora Wong tenía un apartamento en la avenida Madison decorado de manera muy inadecuada, diseño escandinavo, ni un solo toque oriental en él, a excepción de algunos grabados chinos enmarcados en madera clara. Agarrando su whisky con hielo con una servilleta de papel mojada, Clara dijo:

—Odio ser yo la que tenga que aplicar las normas a esa chica. La aprecio mucho más de lo que debería.

—¿Tanto te identificas con ella?

—Tiene que aprender, por supuesto —dijo Clara—. Igual que aprendí yo. Y no tengo una gran opinión de las mujeres maduras que han eludido la cuestión. Pero a veces el aprendizaje que tenemos que sufrir es demasiado duro.

—Eso te parece *ahora* ...

—No, exige demasiado de una joven.

—Estás pensando en tus hijas —dijo la señora Wong, con bastante exactitud.

—Estoy pensando en cómo puede ser que tengas que esperar veinte años para comprender (o comprender quizá) lo que había que conservar.

Algo insatisfecha con su visita a Laura (¡era tan *neoyorquina!*), se fue caminando a casa, para que allí le dijera la señora Peralta que había encontrado a Gina y Frederic tendidos en el sofá del salón. ¿Haciendo qué? Oh, solo jugueteando, pero el joven tenía los cojines de seda bajo sus botas de militar. Clara comprendía por qué Antonia podía sentirse ofendida. Aquel joven estaba despreciando a la familia Velde y sus selectos tapizados, echándose por aquí y por allá y comportándose de manera arrogante. Y quizá no fuera ni siquiera aquello. Era posible que no hubiera alcanzado *aquel* nivel de intención con sus ofensas.

—¿Hablaste con la chica?

—No creo que lo haga, no —dijo Clara, a riesgo de convertirse a ojos de la señora Peralta en una norteamericana despreciable, una de esas personas que se dejaban avasallar en su propia casa. Principalmente para sí misma, Clara explicó—: Prefiero aguantar que venga aquí que hacer que la chica lo haga en la guarida de él.

Tan pronto como lo había dicho se dio cuenta de que no había nada que impidiese a Gina hacer lo que fuera que estuviera haciendo en ambos lugares. Le habría gustado decirle a Gina: «Hay que aprovechar que una está en Nueva York; ese es un comportamiento inadecuado para Viena. Allí no podrás tener a ningún chico acostado encima de ti en el salón de tu madre».

«Esta es una tierra de oportunidades», le podría haber contestado Gina. Pero todo esto se lo dijo ella a sí misma después de reflexionar sobre el asunto, meditando profundamente en una quietud privada semejante al trance y humedeciéndose el centro del labio con la punta de la lengua. ¿Por qué se le ponía tan seco justo en el centro? A veces, al imaginar cosas sexuales, le pasaba eso. Ella no envidiaba a Gina; la mujer que había hecho unas revelaciones sexuales tan personales a la señora Wong no tenía que envidiar a nadie. No, simplemente sentía curiosidad por aquella chica bonita y rellenita. Sentía que era una chica profunda. *Hasta dónde* era profunda era lo que Clara estaba

tratando de averiguar cuando se quedó tan callada.

De manera que cerró los ojos brevemente, asintiendo con la cabeza, cuando Marta Elvia, que a veces la esperaba en el vestíbulo, se acercó y la apretó con su embarazado vientre para decirle que Frederic había venido a la una y se había marchado justo antes de la hora en que se esperaba a la señora Velde.

(El rostro de Clara tenía algunos defectos cuando se la miraba de frente. Al verlo de perfil se encontraba uno tratando de decidir cuál de los maestros flamencos la habría pintado mejor.)

—Gracias, Marta Elvia —dijo—. Tengo la situación controlada.

No debía de estar tan segura sobre ello, porque aquella misma noche, cuando se estaba vistiendo para la cena —un asunto oficial de la empresa, que se celebraba una vez al año—, se encontraba de pie ante el largo espejo de su habitación cuando de pronto supo que su anillo había sido robado. Lo guardaba en el cajón de arriba de la cómoda, sin llave, por supuesto. Su sitio era una bandeja que Jean-Claude le había regalado hacía años. El joven francés, sustituto temporal de Ithiel elegido sin cuidado y con rabia, había llamado a su regalo un *vide-poches*. Al acostarse, uno vacía los bolsillos en él. Estaba hecho para hombres; las mujeres no usaban ese tipo de objeto; pero era uno de esos recuerdos de los que Clara no podía deshacerse; también guardaba en una caja las tarjetas que había recibido por San Valentín en sus días de escuela. Miró, por supuesto, en la bandeja. El anillo no estaba allí. Tampoco había esperado que estuviera. No esperaba nada. Se dijo que la conciencia repentina de que había desaparecido se le vino encima como la muerte y que se sintió como si le hubieran arrancado la vida.

Wilder, que ya estaba vestido para salir, leía una de sus novelas policiacas en un rincón en que el extremo del piano de cola lo camuflaba. Con su rápida y seca mirada de persona que adopta las decisiones, Clara se dirigió a la cocina, donde las niñas estaban cenando. Bajo la influencia de Gina se portaban maravillosamente a la mesa.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —dijo Clara, y Gina se levantó inmediatamente y la siguió al dormitorio principal. Una vez allí, Clara cerró las dos puertas y, bajando la cabeza para que pareciera que examinaba los ojos de Gina, le dijo—: Bien, Gina. Ha ocurrido algo. Mi anillo ha desaparecido.

—¿Se refiere a la esmeralda que se perdió y se volvió a encontrar? Oh, señora Velde, cuánto lo siento. ¿Ha desaparecido? Estoy segura de que habrá buscado. ¿La ha ayudado el señor Velde?

—Todavía no se lo he dicho.

—Entonces busquemos juntas.

—Sí, busquemos. Pero siempre lo guardo en el mismo sitio, en esta habitación. En ese cajón de arriba, debajo de las medias. Desde que lo volví a encontrar, he sido muy cuidadosa. Y por supuesto quiero examinar la alfombra. Quiero arrastrarme y buscarlo. Pero tendría que quitarme este vestido tan estrecho para poder arrodillarme. Y ya tengo el pelo arreglado para salir.

Gina se agachó y buscó por la alfombra que había al lado de la cómoda. Clara, en silencio, la dejó que buscara, mirando hacia abajo fijamente, los ojos muy dilatados, la boca severa. Por fin, le dijo:

—No sirve de nada.

Había dejado que Gina buscara por todas partes.

—¿No va a usted a llamar a la policía para denunciarlo?

—No voy a hacer eso —dijo Clara. No era tan tonta como para decirle a la chica lo del seguro—.

Quizá eso haga que te sientas mejor, que no venga la policía.

—Me parece, señora Velde, que debía usted haber encerrado con llave sus objetos valiosos.

—En mi propia casa, eso no debería ser necesario.

—Sí, pero tiene usted que pensar en otras personas.

—Lo que pienso, Gina, es que una mujer, en su propio dormitorio... Es esa mujer y nadie más quien decide quién es el que entra ahí. Me parece que ya dejé claro cuáles eran las normas de la casa. Yo respondí por ti y tú debes responder por tu amigo.

Gina estaba agitada. Ambas mujeres temblaron. Después de todo, pensó Clara, un ser humano puede esbozarse en sus cuatro líneas, pero luego, cuando las cuencas de los ojos están vacías, no hay ninguna ingenuidad que pueda rellenarlas. Ni su marrón ni mi azul.

—La comprendo —dijo Gina con el aire de estar siendo humillada por una mujer en cuya bondad confiaba—. ¿Está usted segura de que el anillo no se ha vuelto a perder?

—¿Estás *tú* segura...? —respondió Clara—. Y trata de verlo desde mi punto de vista. Este era un anillo de compromiso de un hombre que me amaba. No es solo un objeto que vale equis dólares. Es también un apoyo para vivir, querida. Estaba a punto de decir que tenía que ver con la nueva razón de su existencia, pero no quería que saliera ningún llanto ni traicionar su miedo a la caída total. En vez de eso dijo:

—El anillo estaba aquí ayer. Y con una persona que no conozco andando por la casa y..., ¿por qué no?... , entrando en mi habitación...

—¿Por qué no lo dice de una vez? —dijo Gina.

—Tendría que ser tonta para no hacerlo. Para ser buena con esas cosas, tendría que ser idiota. Frederic ha estado aquí toda la tarde. ¿Tiene trabajo en algún sitio?

La chica no contestó.

—No puedes decirlo, pero no crees que sea un ladrón. No crees que sea capaz de colocarte en esta posición. Y no trates de decirme que estoy acusándolo por su color.

—No he tratado de hacerlo. La gente es desagradable con los haitianos.

—Será mejor que vayas y hables con él. Si tiene el anillo, dile que tiene que devolverlo. Quiero que me lo traigas mañana. Marta Elvia puede quedarse con las niñas si tienes que salir esta noche. ¿Dónde vive Frederic?

—En la calle Ciento veintiocho.

—¿Y tiene teléfono? No puedes ir allí sola de noche. Ni siquiera de día. Sola no. ¿Qué lugares frecuenta? Puedo pedirle al marido de Antonia que te lleve en taxi... Ya viene Wilder por el pasillo, tengo que irme.

—Esperaré aquí al conserje.

—En cuanto a Marta Elvia, hablaré con ella al salir. Tú no serías capaz de robar, Gina. Y la señora Peralta lleva aquí ocho años y nunca me ha faltado ni una simple cucharilla de café.

Más tarde, Clara se culpó a sí misma: ¿Qué he hecho con esa niña? Ha sido como ordenarle que fuera a Harlem, donde la podrían violar o asesinar, por culpa de mi maldito anillo, a la peor parte de la ciudad en medio de la noche, furiosa y (a fin de cuentas) es todo por Ithiel, que se echó atrás ante la idea de casarse conmigo hace veinte años. Las personas normales saben cómo disminuir las pérdidas, uno no puede dejar que toda su vida siga alrededor de un solo deseo, porque por debajo de todo ello subyace la frialdad de ese capricho. Cuatro maridos y tres hijas no me han curado la obsesión por Ithiel. Y después de todo esta esmeralda es como una baratija de amor, de mi sentimentalismo

personal, ha hecho que me vuelva como una maniaca contra esa chica austriaca. Ella podría pensar que le envidio la excitación de su romance con ese asqueroso follador de niñas que la ha utilizado de tapadera para entrar en la casa y ahora la deja colgada con este robo.

A pesar de todo, Clara tenía ideas fijas sobre sus responsabilidades domésticas y maternas. Ya había ido demasiado lejos al permitir a Gina que llevara a Frederic al apartamento para que infectara todo el lugar, espolvoreándolo con excitación sexual. Además, como se acababa de descubrir, la había implicado incluso en un delito. Tener un romance en Estados Unidos estaba muy bien para una jovencita burguesa de Viena: como el pobre hippy ruso, aquel hijo de diplomático que se enamoró de Mick Jagger. «Díganle adiós de mi parte a MJ», dijo al embarcar en el avión. Esta ciudad se había convertido en el centro, el símbolo de la revolución adolescente.

En medio de la cena de empresa, Clara fue atacada por una de sus fieras jaquecas, y una cabeza tan llamativa como la suya, que dominaba la mesa de la cena, afectaba a todo el mundo cuando le empezaba a doler, de manera que todo el grupo se levantó cuando ella se apresuró a marcharse. Los Velde se fueron directamente a casa. Tras tomarse un puñado de pastillas blancas del botiquín, Clara se fue inmediatamente a la habitación de Gina. Comprobó aliviada que la chica estaba allí, encima de la cama. La lámpara de lectura estaba encendida, pero Gina no estaba leyendo, solo sentada, con las manos una encima de otra en actitud meditativa.

—¡Me alegro de que no fueras a Harlem!

—Conseguí hablar con Frederic por teléfono. Estaba con algunos de nuestros amigos de la ONU.

—¿Y lo vas a ver mañana?

—No le he hablado del anillo. Pero estoy dispuesta a irme.

Usted me dijo que tenía que devolvérselo o marcharme.

—¿Y adónde vas a ir? —Clara no se esperaba esa respuesta. A continuación se percató de la parda mirada de la chica, la extraña fijeza de sus ojos. Las lágrimas que no había derramado la estaban matando—. Pero si Frederic devuelve el anillo, te quedarás, ¿no?

Mientras hablaba, Clara se dio cuenta, avergonzada, de lo tonto que sonaba aquello. Era la herencia de la campesina que llevaba dentro la que decía esas cosas. Aquel tipo negaría el robo, y si al final lo admitía tampoco iba a devolver el anillo. En este preciso instante podrían estar pagándole mil pavos por él. Esta gente salía de los suburbios tropicales para quedarse con Nueva York y con todas las normas que se estaban derrumbando aquí como en todos los demás sitios, de manera que nadie tenía ya nada claro sobre nada. Eran capaces de hacerlo.

Solo quedaban los derechos de propiedad. El asesinato estaba en segundo plano. Un anillo robado. Un cadáver del que responder. Esos eran los únicos universales que se reconocían, y muy pocos más podrían reconocerse. De manera que, ¿dónde encajaba el amor en todo esto? El amor estaba enterrado en las catacumbas, y esas catacumbas eran las neurosis personales de mujeres como ella.

Le dijo a Gina, como haría un amante de los jeroglíficos con otro:

—¿Qué vas a hacer?

Gina dijo, sin resentimiento y sin una pizca de acusación en su voz:

—No lo sé. Hay sitios.

Se iría a vivir con su haitiano, se imaginó Clara, aquello era plausible. Pero no se podía decir. Clara estaba aprendiendo a contenerse. No se podían decir todas las cosas. «Descubre el silencio», se decía a sí misma.

Al día siguiente, corrió a casa en un taxi después del trabajo y encontró a Marta Elvia cuidando de las niñas. Clara ya se había puesto en contacto con una agencia y al día siguiente iba una nueva chica. Aquello era lo mejor que podía hacer con tan poco plazo. Lucy se disgustó, lo cual era previsible, y Clara tuvo que apartarla a un lado para darle unas explicaciones especiales. Le dijo:

—Gina se ha tenido que ir de pronto. Ha sido una emergencia. Ella no *quería*. Cuando pueda, volverá. No es culpa tuya.

No se podía decir cómo estaba Lucy de alterada. Se quedó callada, estoica.

Clara había ensayado esto al teléfono con el psiquiatra, el doctor Gladstone.

—Cuando trabajan los padres surgen estos problemas —le dijo a Lucy.

—Pero papá no está trabajando ahora.

«¿Y a mí me lo cuentas?», pensó Clara.

Wilder estaba ideando las siguientes primarias en New Hampshire.

Tan pronto como pudo fue a ver al doctor Gladstone. Él estaba a punto de tomarse unas vacaciones y estaría fuera tres semanas. Habían hablado de esta ausencia en la última sesión. En la sala de espera, ella estudió las notas que había preparado: «¿Dónde está Gina?». «¿Cómo puedo encontrarla, seguirle el rastro?» «¿Protegerla?»

Reconoció ante el doctor Gladstone que se encontraba en un estado casi histérico por la segunda desaparición, el robo. Había descubierto que basaba su estabilidad totalmente en el anillo. Esa dependencia era terrible. Él le preguntó cómo lo veía ella y qué significaba Ithiel en el asunto. Ella le dijo:

—Los hombres que conozco no me parecen personas reales. Nadie es nadie realmente. Es probable que haya más personas de lo que yo he sido capaz de ver. No quiero condenar a la mitad de la especie. Y ese deseo concentrado durante tantos años puede haber afectado a mi juicio. En todo caso, para mí lo que es un hombre parece estar definido por Ithiel. Además, yo soy su mejor amiga, y él lo sabe y responde emocionalmente.

Involuntariamente, Clara caía en el modo de hablar del doctor Gladstone. A ella misma nunca se diría «responde emocionalmente», pero, como las sesiones eran cortas, adoptaba su jerga para ahorrar tiempo, a pesar del riesgo de hacer afirmaciones falsas. La llevaba hasta allí la esperanza, había que hacer todo lo posible, pero cuando miraba al doctor Gladstone, y lo miraba con todas sus fuerzas, no era capaz de justificar la confianza que le decían que pusiera en esa barba de samurai, los dientes al descubierto que enmarcaba, las grandes lentes a la moda, la confianza, a veces sin fundamento, que él tenía en su propia ciencia. Sin embargo, le llevaría cerca de un año familiarizar a un nuevo médico con lo básico de su caso. Se tenía que aguantar con este.

—Y estoy muy preocupada por Gina. ¿Cómo puedo averiguar lo que le está pasando? ¿Debería contratar a un detective privado? ¿Una chica como esa sobreviviendo en el Harlem hispano? Imposible.

—Esa es una propuesta cara —dijo el doctor Gladstone—. ¿Alguna otra alternativa?

—Wilder no hace nada. Él podría dedicarse al caso. Por ejemplo seguirla, y hacer uso de manera práctica de todas las novelas policiacas que ha leído. Pero está negociando con algún pelele inútil que quiere entrar en la Casa Blanca.

—Volvamos al robo, si es que es un robo.

—*Tiene* que serlo. Yo no lo he vuelto a extraviar.

—Sin embargo, le produce una ansiedad cotidiana. ¿Por qué ocupa un lugar tan grande en su vida?

—¿Qué le conté la última vez que hablamos de ello? Yo engañé a la compañía de seguros y me quedé el anillo y el dinero. Eso se podría llamar fraude. Todo ello añadió importancia a mi esmeralda, pero nunca me habría imaginado que sería tan perturbador perderla.

—Puedo sugerir una coincidencia —dijo el doctor—. En este mal momento para usted yo me voy de vacaciones. Se queda usted sin mi apoyo. Y yo me llamo Gladstone.^[1] ¿Es por eso por lo que le duele tanto la pérdida?

Asombrada, ella le echó una mirada fulminante, ni adecuada ni favorecedora, y le dijo:

—Es posible que sea usted una piedra, pero no es una piedra preciosa.

Cuando volvió a la oficina telefoneó a Ithiel, su único asesor digno de confianza, para hablar del asunto.

—Ojalá tuvieras que venir a Nueva York —le dijo—. Yo solía llamar a Steinsalz cuando tenía algo urgente.

—Para mí también fue una gran pérdida.

—Se interesaba mucho por las personas. Le faltaba prestar dinero. No le importaba invitarte a cenar pero no te daba nunca ni un centavo. Sin embargo, te escuchaba.

—Da la casualidad —dijo Ithiel (cuando estaba siendo metódico, se apoderaba de su voz una especie de monotonía entrecortada)— de que el martes que viene tengo un almuerzo con alguien en Nueva York.

—Entonces, ¿nos vemos a las tres y media?

Su lugar de encuentro habitual era la catedral de San Patricio, cerca de la oficina de Clara; era un lugar céntrico y les proporcionaba un refugio si el tiempo era malo. «Como un punto de encuentro de agentes secretos», solía decir Ithiel. Salían de la catedral e iban directamente al Hemsley Palace. A esa hora tan temprana todavía se podía encontrar un rincón tranquilo en el bar.

—Esto lo pago con mi tarjeta oro —dijo Clara—. Ahora veamos qué aspecto tienes: una mezcla de grande de España y menonita.

Entonces, con rapidez ejecutiva, le expuso los principales hechos.

—¿Cuál es tu opinión sobre Frederic: ladrón ocasional o especializado?

—Me parece que improvisa —dijo Clara—. ¿Drogas?

Probablemente.

—Podrías informarte sobre sus antecedentes policiales, si es que los tiene. Y después preguntar por ella en el consulado de Austria. No telefonees a su familia en Viena.

—Sabía que sería un alivio hablar contigo. Ahora dime algo... del anillo.

—Me temo que lo has perdido. Dalo por perdido.

—Supongo que tendré que hacerlo. En cuanto al anillo, mira todos los problemas que ha causado. No hay nada apropiado. Por ejemplo, este bar de lujo que no nos va ni a ti ni a mí. En mi interior más auténtico, tú y yo estamos tan desnudos como Adán y Eva. Y no estoy siendo sugerente, tampoco. No es una sugerencia erótica, sino solo una comparación.

Hablar de este modo, con indicios de locura, tenía el efecto de obligarlo a él a ponerse serio. Ella podía imaginárselo tratando de aplicar su buena voluntad a los problemas de ella, como una persona de fuera que apretase la frente contra el cristal de la ventana para tratar de ver lo que estaba pasando dentro.

Tal como ella se lo imaginaba, él contaba con que la Clara ejecutiva prevaleciese sobre la Clara subjetiva. Ella tenía *en efecto* la capacidad de poner orden en su casa. Y sin embargo, la simpatía por la Clara subjetiva y personal era muy grande. Teniendo en cuenta que ella tenía en su interior un lío más grande, le había ido mejor que a él. Incluso ahora su vida era más coherente que la de él.

—Por unos pocos cientos de pavos, me parece que podrías averiguar dónde está la chica. Los detectives son fáciles de contratar.

—¡No me digas! Ya comprendo por qué el general Haig y gente por el estilo te llaman para analizar a los iraníes o a los rusos. Por cierto, a Wilder le pareció que estuviste magnífico en televisión con Dobrynin, hace dos semanas.

Cuando Ithiel sonreía, tenía los dientes tan bien que uno sospechaba que había intervenido un dentista de Hollywood, pero eran todos suyos.

—Dobrynin tiene algo de genio, pero es de una especie baja. Convenció a los norteamericanos de que los rusos son exactamente como ellos. A veces se comporta como si fuera el senador más antiguo del estado cincuenta y uno, en Rusia. Solo un ligero acento, pero los chicos del sur profundo también tienen el suyo. Con esto vendió completamente a Gorbachov, Igor Bacheo está vendiendo completamente Estados Unidos. Y están deseando que los vendan, o que los engañen, si lo prefieres.

—Como yo, en cierto modo, en lo tocante a la Pareja Humana.

—Te sientes muy próxima a esa chica, ya veo.

—Muy próxima. Te resultaría fácil clasificarla como una niña bien educada a la que le gusta el sexo fácil. Que se parece a mí. Te equivocarías. Mala suerte que no puedas verla tú. Tu opinión me interesaría.

—Entonces, ¿no es como tú?

—Desde luego, espero que no. —Clara hizo un gesto, como si dijera: olvídate de este entorno del Hemsley Palace y escúchame—. No olvides mis dos intentos de suicidio. Yo tengo una pizca de lo salvaje en mi composición, en todo mi sentido de...

—De la vida...

—Escucha. No tienes ni idea en realidad de lo salvaje y mezclado que es, o de cuánto territorio ocupa. El territorio se expande hasta llegar a la muerte. Cuando estoy ebria de agitación (y es exactamente como estar ebria) se forma en mí un latido que es como un latido de muerte y me tienta a que haga

un pacto con ella. Me dice: ¿para qué esperar? Cuando me pongo así de intensa, la existencia no me basta. Ese es el horror interno de la cosa. Yo estoy abierta a la seducción de la muerte. Ahora me basta con recordar que soy madre de tres niñas.

—Es exactamente lo que iba a decir.

—No hay nadie más en el mundo a quien yo le diría esto. Tú eres el único ser humano en quien confío plenamente. Como tampoco tú tienes secretos para mí: lo que tú no reconoces lo veo yo.

—Desde luego que sí, Clara.

—Pero nunca vamos a ser marido y mujer. Oh, no tienes que decir nada. Tú me quieres, pero el resto está contraindicado. Es una de esas malditas paradojas que hay que soportar. Es posible incluso que haya un paralelismo con ello en tu terreno, en la política. Tenemos la habilidad de destruirnos y quizá también el deseo de hacerlo, y nos mantenemos en un suspense permanente, esperando. ¿No es eso salvaje también? Tú podrías decírmelo a mí. Tú eres el experto. Vamos a escribir el libro de los libros sobre ello.

—Ahora te estás burlando de mí.

—La verdad es que no, Ithiel. Si va a ser el libro de los libros sobre el tema, debería escribirlo alguien. Puede que seas tú el hombre que lo escriba, y no me estoy burlando. Para mí sería gracioso. Piensa en una hermosa novelista, desnuda y preciosa. Y a continuación piensa en ella con gafas y escribiendo libros en un ordenador portátil.

Se sonrieron fugazmente por encima de la mesa.

—Pero quiero volver a localizar a Gina —dijo Clara—. Tú me vas a encontrar un investigador de confianza que se ocupe de Frederic y todo el resto. Yo dudo que ella sea como yo, excepto en lo de correr riesgos. Pero cuando le dije que el anillo me lo había regalado un hombre que me amaba, ese hecho lo registró perfectamente. Lo que no añadí es que prácticamente te obligué a regalármelo. No lo niegues. Te retorcí el brazo. Después lo sentimentalicé todo. Entonces me figuré que seguías queriéndome *porque* no nos habíamos casado. Y ahora el anillo... La chica entiende lo del anillo. La parte amorosa que tiene.

A Teddy esto lo conmovió y apartó la vista. No estaba preparado para ir más lejos, y quizá nunca lo estaría. No, nunca iban a ser marido y mujer. Cuando se levantaron para marcharse, se besaron como amigos.

—¿Me conseguirás un investigador con un poco de clase? ¿El mínimo de sordidez?

—Le diré que vaya a tu oficina, para que puedas echarle un vistazo.

—Hay que hacer algunas cosas por ti también —dijo Clara—. Esa Francine te ha dejado en baja forma. Tienes ese aspecto sombrío que sueles tener cuando estás luchando contra algo.

—¿Es eso lo que quieres decir con lo de menonita?

—En Indiana había muchos menonitas: yo sé que tú no tenías nada que hacer en Nueva York más que yo.

En diez días ya tenía la dirección de Gina: el cuarto piso de un edificio sin ascensor en la calle Ciento veintiocho Este, a nombre de F. Vigneron. Tenía también un número de teléfono. ¿Llamarla? No, no quería hablar con ella todavía. Hizo que fuera su mente ejecutiva la que meditase sobre esto, y el consejo que recibió de esa fuente fue que enviara una nota. En la nota escribió que las niñas preguntaban mucho por Gina. Lucy la echaba de menos. A pesar de todo, le había hecho mucho bien a Lucy. Las mejoras eran patentes. Había mucha mujer en aquella niña, y ya se veía. Después, hablando por ella, le decía que sentía haber reaccionado con tanta dureza ante un asunto que no necesitaba volver a mencionar. Le había dejado a Gina pocas salidas. No había tenido más remedio que irse. El misterio era por qué había ido «a las afueras» cuando podía haber ido a otro sitio. En todo caso, Gina no le debía ninguna explicación. Y Clara esperaba que no sintiese que tenía que separarse de ella para siempre o decidir que ella, Clara, era el enemigo. Ella era de todo menos un juez hostil, y respetaba su sentido del honor.

Si le hubieran pedido referencias sobre los rasgos de Gina, Clara habría dicho que tenía un rostro suave y una mirada castaña de dama burguesa, pero firme en el momento de tomar decisiones. Diez de diez.

Pero en la nota que le envió a Gina proseguía, al estilo de una dama, de una matrona justa, deseándole todo lo mejor, y concluía: «Te debería haber avisado con un plazo, y me parece que es justo que te pague el mes entero, de manera que, como no estoy cien por cien segura de que este sea

el domicilio correcto, le dejaré un sobre a Marta Elvia. Doscientos dólares en efectivo».

Frederic Vignerón la enviaría a buscar el dinero, si se enteraba.

Gottschalk, el detective privado, hacía su trabajo de manera responsable; eso era lo mejor que podía decirse de él. Quizá hacía menos con los ojos y más con los oídos, pero en efecto obtuvo los datos que se le pedían. Acerca del edificio de East Harlem, dijo: «Por supuesto, la ciudad no puede ir y condenar todos los tugurios que debería, porque si no habría mucha más gente durmiendo en las calles o en la estación del West Side. De todas formas, a mí no me gustaría que ninguna sobrina mía viviera allí».

Cuando una había hecho lo que podía, seguía con su vida: se duchaba y empolvaba con talco por las mañanas, se ponía la ropa interior y las medias, elegía una falda y una blusa para ponérselas ese día, se maquillaba para la oficina, cogía el periódico y, si Wilder dormía en casa (cosa que hacía a menudo), se molía el café y, mientras el agua hervía, volvía las páginas del *Times* de manera profesional. Se ocupaba de supervisar las cuestiones relacionadas con la mujer para un grupo de revistas de las que era propietaria una sociedad de publicaciones. Casi era demasiado influyente para tener vida personal, como a veces le comentaba a la señora Wong. Cuando una está lo suficientemente alto en la estructura de poder, le perdonan que lo esté:

—Esa es una posición que muchísima gente ejerce con gusto.

Nadie vino a recoger el sobre del dinero. Marta Elvia tenía instrucciones de dárselo únicamente a Gina. Tras un periodo de mucho interés, Clara dejó de preguntar por él. Gottschalk, que no hacía gran cosa, le enviaba un memo de vez en cuando: «Statu quo sin novedad». Para seguir con el latín, Clara se figuró que Gina había encontrado un *modus vivendi* con su joven haitiano. Las semanas, una tras otra, fueron apagando a Clara. Uno puede decir que está esperando únicamente si hay algo definido que esperar. Durante este tiempo, a menudo pensó que no había nada. Y Clara le decía a Laura Wong:

—Nunca me siento tan mal como cuando la vida que llevo deja de ser especialmente mía, cuando podría ser la vida de cualquier otra persona.

Pero al llegar a casa una tarde después de una de las sesiones con el doctor Gladstone (las cosas iban tan mal que de nuevo lo estaba viendo regularmente), se metió en su dormitorio para descansar durante una hora antes de que las niñas volvieran de la clase de ballet. Se había quitado los zapatos y se arrastraba hacia la cama, con la boca abierta en medio de la ceguera del cansancio, rindiéndose a los peores instintos, cuando vio que alguien había colocado su anillo en la mesilla de noche. Lo habían metido en un pañuelo, un pañuelo nuevo de un buen comercio.

Se deslizó el anillo en el dedo y arremetió contra el teléfono que estaba al otro lado de la cama, marcando rápidamente el número de Marta Elvia.

—Marta Elvia —le dijo—, ¿ha venido alguien hoy? ¿Ha venido alguien a dejar algún objeto para mí? —Aquella mujer llevaba quince años en Estados Unidos y todavía no hablaba un inglés correcto—. Escuche —dijo Clara—, ¿ha venido hoy Gina? ¿Ha dejado usted u otra persona entrar a Gina en el apartamento? ¿No? Alguien ha entrado, seguro, y Gina me entregó sus llaves de la casa cuando se marchó... Desde luego, es posible que hiciera un duplicado... Ella o su novio... Por supuesto que yo debería haber cambiado la cerradura... No, no se han llevado nada. Al contrario, esa persona me ha devuelto algo. Me alegro de no haber cambiado la cerradura.

Ahora Marta Elvia estaba disgustada porque hubiese entrado una persona de fuera. En ese edificio la seguridad era al cien por cien. Le iba a enviar a su marido para que verificara que nadie hubiese

forzado la puerta.

—¡No, no! —dijo Clara—. No ha habido nada ilegal. ¡Qué idea más absurda!

En ese momento sus propias ideas no eran menos absurdas. Llamó al número de Gina en East Harlem. Le respondió un contestador, del que salió la voz de Frederic, cuya superficialidad francesa era ofensiva. (En todo caso, a Clara le disgustaban esos artilugios telefónicos y sus prejuicios se extendían al sonido de la señal: en este caso un chillido de cerdo.)

—Soy la señora Velde y llamo a la señorita Wegman.

—Siempre y cuando Gina hubiese conseguido convencerlo de manera razonable, Clara estaba dispuesta a cambiar su opinión sobre Frederic. (Sobre una escala de diez, podría ascenderlo desde menos de cero hasta uno.)

A continuación, Clara telefoneó a Gottschalk y grabó en el contestador la petición de que la llamara cuando volviese. Después trató de hablar con Laura Wong y por último con Wilder, que estaba en New Hampshire. Estaba allí porque se estaban celebrando las primarias; su candidato estaba bastante rezagado con respecto a los otros y no se podía esperar que Wilder estuviese metido en su habitación del hotel. Ithiel estaba en Centroamérica. No había nadie con quien compartir la recuperación del anillo. Las luces más fuertes de la casa estaban en el cuarto de baño, y Clara fue a encenderlas, para apoyarse en el lavabo y examinar la piedra y el engarce, para asegurarse de que todos los diamantes pequeños estaban allí. Como la señora Peralta había limpiado aquel día, probó su número: tenía una necesidad imperiosa de hablar con alguien, y esta vez tuvo suerte por fin.

—¿Ha entrado hoy alguien en la casa?

—Solo los chicos del reparto, por el ascensor de servicio.

Durante esta conversación tan poco satisfactoria, Clara se miró en el espejo del vestíbulo: una mujer huesuda, que ya no era joven, rubia pero no de piel clara, demacrada, con la cara larga, las mejillas hundidas, no muy contenta y apretándose la mano del anillo debajo del brazo que sostenía el teléfono. Los grandes ojos le dolían, y lo parecía. ¿Por qué, sintiéndose tan bien, tenía aspecto de estar tan mal? Pero ¿es que creía que recuperar el anillo la iba a rejuvenecer?

Lo que creía —y era más que una creencia, había triunfo en esa idea— era que Gina Wegman había entrado en el dormitorio y había colocado el anillo en la mesilla de noche.

¿Y cómo había obtenido de vuelta el anillo, qué habría tenido que prometer, sacrificar o pagar? Quizá sus padres le habían mandado dinero desde Viena. Supongamos que su único objetivo durante cuatro meses no hubiera sido otro que devolver el anillo. ¿Y si la chica había pasado ese tiempo en Harlem por ese motivo? A Clara se le ocurrió de pronto que si Gina le había robado la esmeralda a Frederic y se había fugado, entonces dejarle un mensaje a él en el contestador era un grave error. Era posible que atara cabos y persiguiera a Gina con una pistola. En este argumento que iba fermentando rápidamente había incluso un detective privado. Claro que Gottschalk no era ningún Philip Marlowe en una historia de Raymond Chandler. A pesar de todo, era un detective. Debía de tener licencia para llevar pistola. Y la mente de todos corría por esos canales de melodrama: psicópatas sedientos de sangre, o pintura infantil para dedos, o sangre que los más ingenuos tomaban por pintura para dedos. La fantasía (o esperanza) de que Gottschalk matase a Frederic en un tiroteo era tan ridícula que ayudó a Clara a calmarse.

Cuando el detective recibió a Clara en su oficina a la mañana siguiente, ella llevaba puesto el

anillo y se lo mostró. Él dijo:

—Ese es un objeto de gran valor. Espero que no vaya usted en metro a trabajar.

Ella lo miró con desdén. Tenía servicio de chófer. Este hombre no parecía darse cuenta de lo elevada que era su posición como ejecutiva. Pero él continuó:

—Hay muchas personas en puestos elevados que prefieren utilizar el metro. Yo podría citarle a una mujer que trabaja en Wall Street y que va a trabajar disfrazada de mendiga para que la gente piense que no vale la pena molestarla.

—Me parece que Gina Wegman entró ayer en mi apartamento y me dejó la esmeralda junto a la cama.

—Debe de haber sido ella.

La observación personal de Gottschalk era que la señora Velde no había dormido la noche anterior.

—No es posible que haya sido él —dijo ella—. ¿Cuál es su conclusión profesional sobre él?

—Un delincuente ocasional. No tiene agallas para ser delincuente callejero.

—Ella no se habrá casado con él, ¿verdad?

—Podría comprobarlo, pero sospecho que no.

—Lo que sí podría averiguar para mí es si sigue en la calle Ciento veintiocho. Si se apoderó del anillo para devolvérmelo, es posible que él le haga algún daño.

—Bueno, señora, él ha estado en chirona unas cuantas veces por cosas sin importancia. No sería capaz de hacer nada seno.

Frederic era una de esas personas que habían tenido la suerte de llegar a Florida en un barco unos años antes. Hasta ahí reconocía la historia.

—Después de robar el anillo, no sabía siquiera cómo colocarlo.

Clara dijo:

—Tengo que averiguar dónde está viviendo ella. Localizarla. Le pagaré una gratificación... Algo razonable.

—¿La envió a su casa?

—Eso podría avergonzarla: las niñas, la señora Peralta, mi marido... Dígale que quiero almorzar con ella. Pregúntele si recibió mi nota.

—Déjeme ocuparme de eso.

—Rápido. No quiero que se alargue mucho.

—Prioridad absoluta —dijo Gottschalk.

Ella contaba con que su hermoso despacho lo impresionara, y ahora se alegró de haber pagado los honorarios del detective puntualmente. Se había mantenido del lado bueno, cuidándose de ser una cliente apetecible desde todos los puntos de vista. En cuanto a Gottschalk, era justo lo que ella le había pedido a Ithiel: el mínimo de sordidez. No mucho más.

—Me gustaría recibir un informe antes del viernes —le dijo.

Aquella tarde se reunió con la señora Wong. Tenía ganas de hablar. Y, con el gesto de una mujer a la que acaban de pedir en matrimonio, extendió la mano, diciendo:

—Aquí está el anillo. Ya creí que lo había perdido para siempre. Está empezando a convertirse en un objeto mágico. Para mí ha tenido los efectos graciosos de esas películas trucadas que antes se les enseñaban a los niños: primerosale la demolición de un edificio con dinamita. Te enseñan cómo se derrumba. Entonces lo ponen al revés a cámara lenta y se vuelve a reconstruir.

—¿Y eso se hace con un anillo mágico? —dijo la señora Wong.

A Clara se le ocurrió que Laura era también una mujer misteriosa. En el exterior tenía una apariencia exótica, pero lo que decía era perfectamente convencional. Mientras tu corazón se conmovía, ella seguía murmurando sin problemas. Si fueras y le dijeras que ibas a suicidarte, ¿qué haría? Probablemente nada. Y sin embargo había que hablar.

—No sé decirte cómo me encuentro —dijo Clara—. No sé si estoy antes o después de la dinamita. Me imagino que no tengo aspecto de haberme derrumbado ...

—Desde luego que no.

—Y sin embargo me siento como si algo se hubiera venido abajo. Se han producido cambios. Gina, por ejemplo, era una chica que metí en mi casa para que me ayudara con las niñas. Nos dijimos pocas cosas. A mí no me parecía bien su romance caribeño, con su experimento sexual. Era solo un caso más de una chica perdida en medio de un montón de culturas distintas. Ahora me parece estar hablando como Ithiel, y en realidad yo no doy mucho crédito a eso de las culturas distintas, estoy empezando a verlo en realidad como la vida vivida sin ninguna aportación del alma. Eso es lo fundamental con las personas extraviadas o desplazadas, no me preguntes más detalles; no puedo dártelos. Siempre están revoloteando a mi alrededor. Pero lo que empecé a decir era cómo he llegado a querer a esa chica. Igual que ella inmediatamente comprendió a Lucy, las necesidades que tenía, en un minuto comprendió también el significado de este anillo. Y, decidida a recuperarlo para mí, se fue de mi casa. Y se mudó a East Harlem, encima.

—Si su familia en Viena tuviera idea...

—Tengo intención de hacer algo por ella. Es una joven especial. Desde luego que voy a hacer algo. Tengo que pensar lo que va a ser. Ahora bien, no espero que me cuente lo que ha pasado y mi intención no es preguntárselo. Hay cosas que a mí misma no me gustaría que me preguntaran —dijo Clara. Estaba pensando en Clifford, de Attica. En general no pensaba mucho en él, aunque si la presionaban podía sacar muchas cosas de su memoria.

—¿Tienes idea...? —dijo Laura Wong.

—De ella, aún no, no hasta que no haya hablado. De mí, sin embargo, sí que tengo distintas opiniones como consecuencia de esto. Haber perdido y recuperado dos veces este anillo es una señal, un mensaje. Me obliga a interpretar. Por ejemplo, cuando Francine llegó con una furgoneta y vació la casa de Ithiel (¡esa mujer es tan humana como un desatascador de váter!), Ithiel no volvió conmigo. No dijo: «Tú no eres feliz con Wilder. Entre los dos hemos tenido ya siete matrimonios. ¿No deberíamos tú y yo...?».

—Clara, tú serías capaz de hacer eso, ¿verdad? —dijo Laura. Por una vez su voz le pareció más real. A Clara le sorprendió la diferencia.

—*Podría* haberlo hecho. Hasta ahora no ha habido más que cambios y cambios y cambios. Hay cambios por el placer y cambios por el dinero, y está la dinámica de... Oh, ya no lo sé. Quizá del poder. ¿No hay ningún punto de descanso? ¿Nunca sale uno de la dinámica? Yo creía que Ithiel podía ser un punto de descanso para mí. O yo para él. Pero eso era simplemente una tontería. Yo tengo un carácter contrario al descanso. Me parece que hay en mi interior demasiada discordia básica.

—De manera que el anillo era un sinónimo de la esperanza de volver con Teddy Regler —dijo Laura Wong.

—La única excepción, Teddy. Una excepción que se ha manifestado repetidas veces. Debe de haber otras, pero yo nunca las he encontrado.

—¿Y tú crees que...?

—¿Que alguna vez logrará su objetivo? No sé. Él tampoco lo sabe. Lo que él dice es que ningún historiador avezado lo hará nunca, como solo puede hacerlo una persona especial con una visión especial. Él nació con su innata visión especial, con ese genio para la observación de la política: así es más o menos como él dice, y quizá un día agarrará y lo envolverá todo, hará un envoltorio enorme. En cuanto a mí —dijo Clara—, yo tengo a las niñas, y quizá Wilder sea mi cuarto niño. Lo último ha sido inaceptable. Lo que más deseo ahora es una vida tranquila.

—¿El punto de descanso?

—No, no espero eso. Una vida tranquila en lugar del punto de descanso. Tengo que conformarme con lo que puedo tener: unas veladas tranquilas. Aunque sea una atmósfera conventual, cuando las niñas se han ido a la cama y puedo desconectar los teléfonos y concentrarme en Yeats o en alguien por el estilo. No hay que ser demasiado ambicioso; bastaría con librarse una de sus fantasmas, son como pacientes que no dejan de entrar y salir del hospital mental. En resumen, tengo que acostumbrarme a mi carácter inquieto.

—¿De manera que todos estos años nunca has perdido la esperanza de que Teddy Regler y tú...?

—¿... podríamos construir una vida juntos, después de todo? —dijo Clara.

Algo la hizo dudar. Como siempre había hecho en las situaciones problemáticas, desvió la mirada, buscando una salida, y su voz de chica del campo estaba abierta, pero silenciosa.

En la avenida Madison, caminando hacia las afueras, Clara pensaba, mientras se decía a sí misma en su gruñido de contralto: Esto está *totalmente* fuera de lugar. No hay ningún límite, ¿verdad? Ella quería que yo dijera que Ithiel y yo habíamos terminado, para poder acercarse ella a él. Cada cual se siente libre de imaginar lo que quiere, y yo le he hablado tan bien de Ithiel que lo he hecho demasiado deseable para que ella pueda resistir. ¿Durante cuánto tiempo habrá estado la muy zorra soñando con tenerlo para ella? ¡Ni hablar! Clara estaba furiosa, pero también se reía. De manera que yo elijo los amigos, elijo los amantes, elijo los maridos y banqueros y contables y psiquiatras y ministros, los elijo a todos. Y precisamente ahora he perdido a mi principal confidente. Pero tengo que librarme de ella muy lentamente, porque, si corto de raíz la relación, ella se encontrará en posición de herirme con Wilder. También está la compañía de seguros, recuerda, el auténtico dueño de este anillo. Además está muy dotada profesionalmente. Seguimos necesitando sus planes. Mientras tanto estaba pensando en una acción excepcional y generosa.

Al día siguiente, desde su oficina, en una línea privada, tuvo una primera charla sobre el asunto con Ithiel, que acababa de regresar de Centroamérica. Naturalmente, no podía decirle cuál era su objetivo. Empezó describiendo la devolución del anillo y todas las circunstancias extrañas que la rodearon.

—Esto es muy detallado, lo estoy mirando. Y al llevarlo puesto no me siento excepcionalmente juvenil. Es más como si me estuviera contemplando.

Ya imaginaba a Ithiel analizando esta novedad, comparando a la Clara contemplativa con la Clara que una vez hundió sus largas uñas en su antebrazo y le dejó señales que podría haberle mostrado al general Haig o a Henry Kissinger si hubiera querido insistir en un argumento sobre la violencia. Tenía bastante sentido del humor, la verdad es que sí. Le gustaba contar cómo, en unos lavabos de la Casa Blanca, el señor Armand Hamner estaba en el urinario de al lado, y de cómo habían hablado sobre las intenciones de los soviéticos entre la apertura y el cierre de las cremalleras de los pantalones.

O cómo recordaba a la Clara apasionada o a la Clara que había querido que los enterraran el uno al lado del otro o incluso en la misma tumba. Últimamente esto había empezado a divertirlo. Desde su oficina de Nueva York había seguido hablando. Hasta ahora él había tenido poco que decir aparte de felicitarla por la recuperación de este importante símbolo, la esmeralda de Madison Hamilton.

—Esta Gina es una joven especial, Ithiel —le dijo ella—. Ese comportamiento era de esperar en una siciliana o una española, y no en una contemporánea, sino más bien en un personaje romántico de Stendhal: del tipo de «nosotros, unos pocos afortunados», o una joven del renacimiento italiano en una de esas crónicas venecianas de las que aprendieron los isabelinos.

—No lo que se esperaba de la Viena de Kurt Waldheim —dijo él.

—Exacto. Y una joven de esas cualidades no debería seguir cuidando niños en Nueva York (la ciudad de Gog y Magog). En realidad, lo que quiero sugerir es que se vaya a Washington.

—¿Y te gustaría que yo le encontrara un trabajo?

—Eso no sería fácil. Tiene el visado de estudiante, no la tarjeta verde. Pero necesito sacarla de aquí.

—Salvar la tele y el piano. Ya veo. Sin embargo, es posible que ella no quiera que la salves.

—Tendré que averiguar lo que ella opina. Mi impresión es que el episodio del haitiano ya acabó y que ella está preparada para recibir educación superior...

—Y ahí es donde entro yo, ¿no es cierto?

—No bromees conmigo sobre este tema. Te estoy pidiendo que me tomes en serio. Recuerda lo que me dijiste no hace mucho sobre mi lógica moral, que funcionaba basándose en mis propias premisas femeninas bajo mi propio poder... Mira, nunca te he visto hablar por hablar sobre ningún tema real. La descripción que él le había hecho de ella la había centrado, unificado, concentrado, alentado, animado, y no podía dejarlo que retirara ninguna parte de eso.

—Lo que he visto es lo que he dicho. Tengo años de observación para apoyarlo. ¿Querrá ella venir a Washington?

—Bueno, Ithiel, no he tenido la oportunidad de preguntárselo. Pero... para que me entiendas, he llegado a querer a esa chica. He examinado todos los aspectos de lo que probablemente sucedió, y creo que ese hombre robó el anillo porque su relación estaba acabando. Ella tenía la intención de terminar. De manera que él la hizo cómplice del robo y ella se fue con él solo para poder recuperar mi esmeralda.

Ithiel dijo:

—¿Y por qué crees esta... historia que te has montado, que ella había acabado con él y él era muy astuto pero ella tenía su sentido del honor, o de la responsabilidad? Todo ello suena muy elevado para la gente de a pie.

—Pero es que lo que te estoy diciendo —dijo ella con un énfasis especiales que Gina no pertenece a la población en general.

—Y tú quieres que yo la conozca. Y que ella esté bajo mi influencia. Se enamorará de mí. Y tú y yo aumentaremos el número de los nuestros. Se alistará con nosotros. Y ella y yo nos cuidaremos el uno al otro y tú tendrás la satisfacción de verme en buenas manos y esta será tu bendición por encima de nuestras cabezas.

—Teddy, te estás burlando de mí —le dijo ella, pero sabía perfectamente que no se estaba burlando, allí no era adonde él quería llegar, la interpretación de él era más o menos correcta, en la medida de lo posible.

—Nunca nos vamos a sacar uno al otro de apuros —dijo Ithiel—. No de los apuros en que estamos metidos. Incluso eso no es tan excepcional. Y todos sabemos lo que tenemos que esperar. Es solo una pelea de unos cuantos inconformistas. Estoy hablando de ti. Me gusta pensar que estoy cómodo con la realidad. Tu idea de la realidad es diferente. Puede que sea más profunda que la mía. Ahora, si esa jovencita tiene sus propios motivos para mudarse a Washington, con mucho gusto iré a buscarla por ti y hablaré con ella. Pero el tipo de arreglos que son ideales para tus niñitas (escuela, fiestas y profesores preocupados) no puede extenderse al resto de nosotros.

—Oh, Teddy, no soy tan tonta como tú crees —dijo Clara. Tras esta conversación, ella sacó un cuaderno de notas para tratar de resumir la opinión subyacente de Ithiel: las suposiciones que hacemos sobre los motivos de los demás son tan limitadas y nuestra comprensión del universo y de sus fuerzas es tan falsa que, mientras más analizamos, más daño hacemos. Ella sabía perfectamente que este memo, como todos los demás, iba a desaparecer. Se preguntaría a sí misma: «¿Qué estaba yo pensando después de hablar con Ithiel?». Y nunca volvería a ver este papel.

Ahora tenía que arreglar un encuentro con Gina Wegman, y eso resultaba difícil. Nunca hubiera previsto que sería tan duro. Llamó varias veces a Gottschalk, quien le dijo que estaba en contacto con Gina. En realidad, todavía no la había visto. Ahora tenía un número en la periferia del centro para localizarla y ocasionalmente podía hablar con ella.

—¿Le ha dicho usted que quiero verla? —dijo Clara. Y pensó: Es la vergüenza. La pobre chica está avergonzada.

—Me dijo que estaba muy ocupada, y me parece que planea volver a su casa.

—¿A Austria?

—Habla un buen inglés, lo que pasa es que no capto una señal clara.

De manera poco amable, digamos que, si mantenía limpias las gafas, podría ver mejor. Además, para aumentar su importancia o su tarifa, le estaba ocultando información, o fingiendo que tenía más información de la que en realidad tenía.

—Si me da usted el número, yo puedo llamarla directamente —le dijo ella—. Ahora bien, ¿está el joven con ella ahí en la periferia del centro?

—Yo no lo creo. Me parece que está con amigos o parientes y me parece que se vuelve a Viena muy pronto. Le daré el número, pero antes de llamarla concédame unas horas más para conseguir más información.

—Estupendo —dijo Clara, y tan pronto como Gottschalk colgó el teléfono marcó el número de Gina. Consiguió hablar con ella de inmediato. Tan simple como eso.

—Oh, señora Velde. Tenía intención de llamarla —dijo Gina—. Me echaba un poco para atrás ese señor Gottschalk. Es detective, y me preocupaba su actitud, que usted creyera que era un asunto para la policía.

—No es policía en absoluto, es estrictamente privado. Yo nunca te habría amenazado. Quería saber qué había sido de ti. Ese hombre es un imbécil. No le hagas caso. Gina, ¿es cierto que te vuelves a Viena?

La joven le dijo:

—Esta noche. Lufthansa. Vía Munich.

—¿Sin verme? Eso no puede ser. Debo de haberte hecho enfadar mucho. Pero no es enfado lo que yo siento por ti; precisamente lo contrario. Pero tenemos que vernos antes de que te vayas. Debes de estar muy atareada con las cosas de última hora.

Horrorizada por perderla, y dilatada por el calor y la respiración, con el corazón que se le hinchaba de pronto, apenas podía hablar debido al nudo emocional que se le había formado en la garganta.

—¿Me darías un poco de tiempo, Gina? Hay muchas cosas que resolver, muchas cosas entre nosotras. ¿Por qué tienes tanta prisa en volverte a casa?

—A mí también me gustaría mucho verla, señora Velde.

La prisa es por mi compromiso y mi boda. Clara empezó a pensar: está embarazada.

—¿Te vas a casar con Frederic? —le dijo.

Era una pregunta con mucha carga, casi una súplica: Por favor, que no esté tan loca como para hacer eso. Gina no estaba preparada para contestar. Parecía que estaba reflexionando. Pero al final dijo:

—No tendría que ir a Viena en tal caso. Mi prometido es un empleado del banco de mi padre.

La cuestión debía ser si tenía uno que explicarse. Pero había que dar explicaciones, en opinión de Clara. Gina había dudado, pero ahora aceptó, y decidió ver a Clara después de todo. Sí, iba a hacerlo.

—Unos amigos me van a dar una fiesta de despedida. Será en Madison, en los bajos del Setenta. ¿Quizá podríamos vernos media hora antes? A su manera, fue usted muy amable —oyó Clara que le decía la chica.

—Encontrémonos entonces en el Westbury. ¿Cuándo?

A las cuatro.

Amable, a mi manera... ¿Qué significaba eso? Ella cree que fui brusca. Pero esas cuestiones marginales podrían resolverse más tarde. Ahora mismo la cita de Clara con el doctor Gladstone tenía que cancelarse. Como tendría que pagarle sus honorarios a pesar de todo, él tendría una hora para pensar de manera profunda en cosas analíticas, meditar sobre problemas de identidad, se dijo Clara a sí misma, con más de una gota de odio. ¿Había nadie que fuera alguien? ¡Cómo iba a saberlo un hombre como Gladstone! A los tipos como él, Ithiel los llamaba fontaneros. Le gustaba recordarle a ella que había dejado de ir a la terapia porque nadie era capaz de decirle lo que costaba ser Ithiel Regler. Eso sonaba altanero, pero en realidad era lo único razonable. No era más que la verdad. A ella también se le aplicaba.

Era extraño que ella fuera tan firme y enérgica, teniendo en cuenta que estaba enfebrecida, tratando de encontrar una salida a tantas emociones mezcladas. En el taxi —uno de los diez mil coches que se arrastraban hacia las afueras— inclinó el largo cuello hacia atrás para aliviarlo del peso de su cabeza y para controlar la locura de su mente, llena de pánico. Aquella paralización absoluta del tráfico en la avenida Madison, aquellas masas del todo innecesarias, los vehículos que no tenían que estar allí, transportando a inútiles compradores o viejos sin ningún otro objetivo más que el de salir de su confinamiento para ir a reñirle a alguien. A Clara la sofocaban estas paradas y retrasos. En su mente explotaba motores, salía a las esquinas y tiraba abajo semáforos con una fuerza terrible. Cinco de los treinta minutos que podía concederle Gina ya se habían ido por el desagüe. A dos manzanas del Westbury no pudo aguantar más el tráfico, salió del taxi y anduvo el resto del camino, con las partes interiores de sus rodillas frotándose como siempre hacían cuando tenía prisa. Entró por la puerta giratoria en el vestíbulo y allí estaba Gina levantándose de un taburete alto. Qué hermosa le parecía la chica con su sombrero redondo de paja negra y brillante y un velo que le cubría la nariz. Desde luego, no estaba hecha para expresar contrición, con un vestido que mostraba el busto y todas las líneas del trasero. Pero, por otro lado, tampoco tenía un aspecto desafiante.

Animada casi, y también brillante. Se acercó a Clara con un gesto afectuoso, de manera que cuando se besaron la mejilla Clara captó parte de lo que un hombre apasionado podía sentir hacia una chica como esa.

Clara, mientras, se echaba la culpa de su tardanza a la hora punta, al tiempo que se sentía insatisfecha con el vestido que se había puesto aquel día: aquellas flores grandes eran un error, una mala señal, y pertenecían a la parte más insensata de su armario. Se sentaron en el salón de cócteles. Enseguida tuvieron a uno de aquellos asfixiantes camareros de Nueva York encima. Clara no perdió tiempo con él. Pidió un Campari y, mientras el hombre tomaba nota del pedido, le dijo:

—Traiga las bebidas y después no nos moleste más; tenemos mucha tela que cortar.

Entonces se inclinó hacia Gina: dos cabezas con estilo, cada una con un diseño distinto. La chica se levantó el velo.

—Ahora, Gina, cuéntame... —dijo Clara.

—El anillo tiene un aspecto maravilloso en su mano. Me alegro de verlo ahí.

Ya no era la *chica aupair que* esperaba que le dirigiera la palabra, se conducía como una persona distinta: de igual a igual, y más. Era algo grande lo que había hecho en América.

—¿Cómo entraste en la casa?

—¿Dónde lo encontró? —preguntó Gina.

—¿Qué significa *eso*? —Clara quería saber. En su sorpresa, volvió a ser la chica de campo con su tono simple de desafío y sospecha—. Estaba en la mesilla de noche.

—Sí. Muy bien entonces —dijo Gina.

—Algo por lo que me siento muy mal es el encargo tan duro que te asigné. Casi imposible —dijo Clara—. La alternativa era poner el caso en manos de la policía. Supongo que a estas alturas ya sabes que Frederic está fichado por la policía; ningún delito grave, pero ya ha pasado por Rikers Island y la cárcel del Bronx. Eso habría creado problemas, una investigación. Habría sido duro para ti y yo no habría hecho eso. —Se tocó las rodillas con la mano y sintió la sorprendente prominencia de los músculos.

Gina no pareció avergonzada por esta mención de Rikers Island. Debía de haber decidido no estarlo.

Clara nunca iba a averiguar qué había significado el asunto con Frederic. Gina no explicó nada más, solo reconoció que su novio había cogido el anillo.

—Me dijo que se estaba paseando por el apartamento... —¡Ella se lo imaginó, un hombre así, curioso y cleptómano, suelto por su casa!—. Vio el anillo y se lo metió en el bolsillo, sin ni siquiera pensar. Yo le dije que a usted se lo había regalado alguien a quien quería mucho, y que la quería... —¿de manera que sí comprendía lo del amor!—, y que yo me sentía responsable porque era yo la que lo había llevado a la casa.

—Supongo que a él eso ni lo inmutó.

—Él respondió que la gente de la avenida Park no entendía nada. No les gustaban los problemas y dependían de las medidas de seguridad para protegerse. Una vez que se habían pasado las medidas de seguridad del vestíbulo, vaya, eran tan indefensos como pollos. Tenían suerte de seguir vivos. No tenían ni idea de cómo defenderse.

La mirada de Clara permaneció lúcida y sobria. Su nariz torcida le añadía sequedad a su aspecto. Le dijo:

—Tengo que darle la razón. En mi propia casa yo no sentía que fuera necesario. No es que no se

protejan las cosas valiosas. Pero es posible que tuviera razón sobre lo de la avenida Park. Esta es una clase de gente que no piensa y nunca lo va a admitir. Así que tuve suerte de no encontrarme a alguien peor que Frederic. Puede ser que los haitianos sean más desenfadados que otros habitantes de Harlem o del Bronx.

—¿La clase de gente de la avenida Park a la que usted pertenece?

—Sí —dijo Clara. Otra vez tenía los ojos grandes, pues estaba pensando con gravedad. Dios mío, ¡a lo que van a tener que enfrentarse mis hijas!—. Debería darle las gracias a ese hombre por limitarse a robar, supongo.

—No tenemos tiempo para hablar de ese aspecto del asunto —dijo Gina.

Esos minutos en el bar parecían ir transcurriendo de acuerdo al plan deliberado de Gina. De Frederic no iba a hablar. De pronto, Clara tuvo el impulso de atacar a Gina. Vaya, era como la mujer carnal del Libro de los Proverbios, que come y bebe y elimina toda traza de lujuria con su servilleta. Pero no podía sostener este impulso crítico. ¿Quién podía saber cómo habría sido absorbida la chica o cómo se las arreglaba, o qué tuvo que hacer para recuperar el anillo de un tipo así? Se lo debo a ella.

Además, con las niñas era de fiar.

Entonces, ¿qué es lo que tenemos aquí? Esta Gina tiene algo de orgullo. Ha estado a la altura del escenario de Nueva York, y es una joven de clase alta de Viena. Es cierto que hay una cierta vanagloria que se transmite. Sería falso hacer el número de la mujer carnal con ella. No nos pongamos tan del Antiguo Testamento. A mí me sigue llegando regularmente mi tarjeta de Navidad de Attica. Antes de contraer matrimonio con ese hombre del banco de papá la chica se debía a sí misma un poco de diversión, y la ciudad de Gog y Magog es el lugar ideal para ello. Posiblemente el doctor Gladstone habría señalado que los pensamientos de Clara estaban tomando un tono hostil: quizá envidia de la juventud. Ella no lo creía. Nadie, pero nadie, puede soportar las tentaciones modernas. (Trata de fabricar tu propio dinero y a ver lo que te dan por él.) Ella seguía sintiendo que su afecto por la chica no estaba perdido.

—¿Estás segura de que quieres volver? ¿Reconsiderarías quedarte?

—¿Y para qué me iba a quedar?

—Solo me lo estaba preguntando. Si quisieras una experiencia de América la podrías encontrar en Washington D. C.

—¿Y qué iba a hacer allí?

—Un trabajo serio. Y que no te eche para atrás lo de «serio»; no sería aburrido. Yo hice algo por el estilo en Cortina d'Ampezzo hace años y pasé uno de los mejores veranos de mi vida. Este amigo que tengo en Washington, para el que trabajé, es posiblemente uno de los grandes hombres en la historia de la mente estadounidense. Me parece que quizá sea el que tiene más dones para ponerlo todo en perspectiva.

Todo. Si lo conocieras, estarías de acuerdo en que es un hombre fascinante...

Aquí Clara paró de hablar. Sin avisar, había entrado en una intersección compleja, un cruce sin ninguna marca. Se imponía una pausa, y estudió en un silencio de muchos niveles adónde la estaba llevando su entusiasmo por esta chica austriaca; una chica bonita insensata, básicamente (quizá). ¿Quería darle algo a Ithiel? Quería recompensar a Gina. Muy bien. Y quería encontrar una mujer adecuada para Ithiel. Las esposas que él escogía eran un escándalo. (O mis esposos; no son mucho mejores.) Una vez más, muy bien. Pero ¿qué había pasado con Frederic? ¿Había hecho todo lo que

debía para evitar toda conversación sobre el contacto haitiano? ¿Y por qué esta conversación con Clara se agolpaba en veinte minutos? ¿Por qué no la invitaba a la fiesta de despedida? ¿Quién iba a estar allí?

Ahora se le ocurrieron muchas posibilidades increíbles: los padres de Gina habían venido a América para llevársela a casa. Le habían pagado a Frederic para que se marchara y una parte incidental del trato consistía en que devolviera el anillo. Clara podía imaginar perfectamente un trato así. La chica tenía muchas razones para mantener a Clara apartada de sus amigos; posiblemente hasta de sus padres. La llamativa Clara con su inocencia y su rapidez podía haber planteado el caso a bocajarro a los padres ricos con toda su cultura Mitteleuropa (cultura de mierda, podría haber dicho Ithiel). Bueno, que celebraran su fiesta sin que ella los molestara. Pero ella no estaba dispuesta a enviar a Gina a Washington toda envuelta en papel de regalo (solo que el regalo rodeado de cintas habría sido Ithiel, si se lo entregaba a esa joven). ¡Ni hablar!, decidió Clara. Voy a ser tan directa como me han acusado de ser. Desde luego que no voy a organizar un matrimonio para que me duela toda la vida. Frenó el tono de alcahueta que había empezado, en su bondad tonta. Sí, Gina era una chica fuera de lo común —esa convicción no había cambiado—, pero si Teddy Regler era el hombre a la vista, no.

—Yo no lo conozco, ¿verdad? —dijo Gina.

—No.

Y nunca lo conocerás.

—A usted le gustaría hacer algo por mí, ¿verdad? —le decía Gina muy en serio.

—Sí, si fuera factible —dijo Clara.

—Es usted una mujer generosa: excepcionalmente generosa. Pero yo no estoy en posición de ir a Washington. Si no, es posible que me encantara la idea. Y siento decir que tengo que dejarla pronto. Realmente lo siento. No tengo tiempo para hablar sobre ello, pero usted ha significado mucho para mí.

Eso ya es algo, pensaba Clara. La gente para la que significas mucho simplemente no tiene tiempo de hablarte sobre ello.

—Deja que me despida rápidamente —dijo Clara—, ya que tiene que ser rápido, he estado pensando en las fases por las que ha pasado una mujer como yo en la vida. Fase uno: todo el mundo es amable, básicamente bueno; tú los tratas bien y ellos también te tratan bien: esa es la fase de bebé. Fase dos: todo el mundo es una bestia, carniceros, bárbaros, violadores, liantes, mentirosos, asesinos. Fase tres: *también* es inaceptable el cinismo, una se crea un juicio mejorado basándose en indicios mínimos o en ciertos ejemplos selectos. No sé lo que se puede sacar de todo eso, si es que se puede sacar algo... Pero ahora, antes de que te vayas, vas a satisfacer mi curiosidad al menos en un punto: cómo conseguiste recuperar el anillo. Si te costó dinero, quiero pagarte hasta el último céntimo. Insisto. Dime cuánto y a quién. Y ¿cómo entraste en el apartamento? Nadie te vio. No tenías llave, ¿verdad?

—No hable de gastos, no me debe ningún dinero —dijo Gina—. Lo único que voy a decirle es cómo llegó el anillo a su mesilla de noche. Fui a la escuela de Lucy y se lo di a ella.

—¡Le diste la esmeralda a Lucy! ¿A una niña pequeña?

—Procuré llegar antes de que su nueva niñera fuera a buscarla y le expliqué a Lucy lo que tenía que hacer: «Aquí tienes el anillo de tu madre. Hay que ponerlo en su mesilla de noche. Y aquí tienes un bonito pañuelo de Madeira para ponerlo dentro».

—¿Qué más le dijiste?

—No era necesario decir mucho más. Ella sabía que el anillo se había perdido. Bien, ya lo habíamos encontrado. Envolví el anillo en el pañuelo y se lo metí en la cartera.

—¿Y ella comprendió?

—Se parece mucho a usted.

—¿En qué? ¡Dímelo!

—Es del mismo tipo que usted. Usted me lo había mencionado varias veces. ¿Lo creía yo? Ahora estaba empezando a creerlo.

—Te podías arreglar para convencerla a ella para que lo hiciera y para que no lo dijera; que no se lo contara a nadie. Y yo me preocupé muchísimo cuando apareció el anillo dentro del pañuelo. ¿De dónde había salido? ¿Quién podía haberlo hecho? Me pregunté incluso si habían contratado a un ladrón para que entrara y lo pusiera allí. Y la niña no dijo ni una palabra. Miró hacia delante como un centinela romano. ¿Tú le dijiste que no lo dijera?

—Bueno, sí. Era mejor así. ¿Nunca se le ocurrió preguntarle a ella?

—¿Cómo se me iba a ocurrir? —dijo Clara—. Ni una vez. Y mi propia hija, capaz de eso.

—Le dije que bajara a la calle y me informara después —dijo Gina—. Fui caminando detrás de ellas desde la escuela: de Lucy y de la chica nueva, que no me conoce. Y aproximadamente a los quince minutos Lucy se encontró conmigo en la esquina y me dijo que lo había puesto donde yo le había indicado... Está usted complacida, ¿verdad?

—Estoy desconcertada. Estoy conmovida. Francamente, Gina, no creo que tú y yo nos volvámos a ver —la chica no lo negó, y Clara prosiguió—: de manera que te voy a decir lo que siento. Tú no ibas a describir ni relatar tus experiencias en Nueva York, en Harlem: supongo que estabas siendo firme de acuerdo con tu criterio privado. Tus intimidades son asunto tuyo, pero la palabra que yo utilicé para describir tu actitud fue «vanagloria»: el orgullo de una chica europea en Nueva York que se mete en un lío y se lleva el mérito por ser capaz de salir de él. Pero es mucho más que eso. —Las lágrimas brotaban de los ojos de Clara mientras tomaba la mano de Gina—. Ya veo cómo arreglaste todo sirviéndote de mi propia hija. Le diste algo importante que hacer y ella fue capaz de llevarlo a cabo. Lo que más me maravilla es el hecho de que no habló, solo observó. Ese nivel de observación y de control en una niña de diez años... ¿Cómo crees que me siento al descubrir eso?

Gina se había estado preparando para levantarse, pero se volvió a sentar brevemente. Le dijo:

—Me parece que ha encontrado usted la palabra adecuada... Adecuada para las dos. Cuando fui a que me entrevistara usted, la vanagloria estaba por todas partes, usted me la estaba echando encima. Yo me preguntaba si en América todas las mujeres de su casa eran así. Pero usted no es una mujer de su casa americana. Usted tiene personalidad, señora Velde. Como si dirigiera el tráfico: «A la izquierda, a la derecha... haz esto, aquello». Usted tiene las ideas claras.

—¿Quizá soy un poco chinche? —dijo Clara—. ¿He herido tus sentimientos?

—Si eso significa mandona, no. No hirió mis sentimientos cuando empecé a conocerla mejor. Usted era firme, según su criterio. Decidí que era usted una persona completa y las órdenes que daba las daba por ese motivo.

—Ah, espera un momento. Yo no veo a ninguna persona completa. Estoy segura de que en tiempos más felices sí que existían las personas completas. Pero ¿ahora? Ahora ese es el problema. Una mira a su alrededor a ver si encuentra algo a lo que agarrarse y ¿dónde está?

—Yo lo veo en usted —dijo Gina. Se levantó y cogió su bolso—. Puede que usted se resista a

creerlo debido al desengaño y la confusión. ¿Qué personas son las perdidas? Esto es más difícil de decidir, incluso sobre uno mismo. El día del desfile de modas comimos juntas, y usted comentó algo así como: «Nadie es nadie». Estaba solo murmurando, hablando de su psiquiatra. Pero cuando empezó a hablar del hombre de Washington hace un momento, ya no había ningún problema de nadie que fuera nadie. Y cuando le robaron el anillo, lo que le disgustó no fue la pérdida de un bien. La gente perdida pierde «cosas valiosas». Usted solo perdió este anillo especial. —Puso el dedo en la piedra.

Era extraño que dos personas, una de ellas joven, tuvieran una conversación tan mental. Quizá la vida en Nueva York había obligado a una chica como Gina a ser mental. Clara se preguntaba cómo podía ser eso.

—Adiós, Gina.

—Adiós, señora Velde. —Clara se levantó, y Gina la rodeó con el brazo. Se abrazaron—. Con todo este desorden, no sé cómo mantienes el hilo. Y lo haces, sin embargo. Me parece que sabes muy bien quién eres.

Gina se marchó rápidamente.

Unos minutos antes (que podían haber sido horas), Clara había tenido malos sentimientos para con una chica. Tenía intención, incluso, de hacerle pasar un mal rato, de volver con ella caminando a donde fuese, de conseguir una invitación a la fiesta de despedida, de hablar con sus padres, de avergonzarla con sus amigos. Pero eso era antes de entender lo que había hecho Gina, de saber cómo se había devuelto el anillo. Pero ahora, cuando Clara salió por la puerta giratoria, y tan pronto como tuvo la acera bajo sus pies, empezó a llorar desconsoladamente. Empezó a andar, deprisa y llorando, por la avenida Madison, no como una persona que fuera de allí sino como uno de los sin techo, que hacen cosas grotescas en público, una de esas personas de la calle a las que hubieran sacado de alguna institución. La principal fuente de las lágrimas se abrió. Encontró un pañuelo y se lo acercó a la cara con la mano del anillo, caminando con una prisa extraña. Podría haber estado andando sobre las aguas en el puerto de Nueva York: se sentía igual, era más mar que acera, y con todo el esfuerzo y los movimientos que hacía no iba a llegar a ninguna parte, seguía en el mismo lugar. Cuando Ithiel me describió a mí misma en Washington, debería haberle hecho caso, pensaba. Él conoce el panorama, el gran, gran panorama; no trata de adularme. Es realista y auténtico. Y yo parezco tener idea de quién tengo en mi interior. Es posible que no haya más de uno en un millón que tenga eso, y es una pena. Y posiblemente mi propia hija sea uno de ellos.

Buscando al señor Green

Sea lo que sea lo que vas a hacer,
hazlo con toda tu energía...

¿Un trabajo duro? No, realmente no era tan duro. George Grebe no estaba acostumbrado a caminar ni a subir escaleras, pero las dificultades físicas de su nuevo empleo no eran lo que más le costaba. Se dedicaba a repartir cheques de la beneficencia en el barrio negro y, aunque era nativo de Chicago, aquella no era una parte de la ciudad que conociera muy bien: necesitaba una depresión para presentársela. No, realmente no era un trabajo duro, no si se medía en metros o kilogramos, pero sin embargo estaba empezando a sentir la presión, a darse cuenta de su dificultad característica. Era capaz de encontrar las calles y los números, pero los clientes no estaban allí donde se suponía que tenían que estar, y él se sentía como un cazador con poca experiencia cerca del camuflaje de la presa. Además era un día poco propicio: otoñal y frío, un tiempo oscuro, ventoso. Bueno, en todo caso, en los profundos bolsillos de la trenca, en vez de conchas, lo que llevaba era la libreta de cheques, con los agujeros para los ejes del archivador, unos agujeros que le recordaban los agujeros de las tarjetas de los organillos. Tampoco él tenía mucho aspecto de cazador; tenía una silueta completamente corriente, enfundada en aquel abrigo de conspirador irlandés. Era delgado, pero no alto, con la espalda recta, y las piernas de aspecto raído enfundadas en un par de pantalones de viejo tweed, gastados y deshilachados en los bajos. Con esta rectitud mantenía la cabeza hacia delante, de manera que tenía el rostro rojo por la inclemencia del tiempo; y era un rostro más bien de interior, con ojos grises que persistían en algún tipo de idea y sin embargo parecían evitar la definición de una conclusión. Llevaba unas patillas que de algún modo te sorprendían por el duro rizo del rubio pelo y el efecto de afirmación de su longitud. No era tan manso como parecía, ni tampoco tan joven; en todo caso, no se esforzaba por parecer lo que no era. Era un hombre educado; era soltero; de alguna manera era sencillo; sin llegar a emborracharse, le gustaba tomar una copa; y no había tenido buena suerte. No ocultaba nada deliberadamente.

Sintió que hoy su suerte era mejor de lo habitual. Cuando aquella mañana se había presentado en el trabajo había esperado que lo encerraran en la oficina de la beneficencia con un trabajo de administrativo, porque en el centro lo habían contratado como tal, y se alegraba de tener, en vez de eso, la libertad de las calles, por lo que recibió con alegría, al menos en un principio, el rigor del frío e incluso el soplo del viento helado. Por otra parte, no estaba avanzando mucho con la distribución de los cheques. Es cierto que era un trabajo del municipio; nadie esperaba que uno pusiera demasiado entusiasmo en un trabajo del municipio. Su supervisor, el joven señor Raynor, prácticamente se lo había dicho así. Sin embargo, él seguía queriendo hacerlo bien. Por una razón, cuando supiera con cuánta rapidez podía repartir un puñado de cheques, sabría también cuánto tiempo podía reservar para sí mismo. Además, los clientes estarían esperando el dinero. Eso no era lo más importante, aunque desde luego a él le importaba. No, quería hacerlo bien, simplemente por hacerlo bien, por desempeñar decentemente un trabajo, porque rara vez tenía un trabajo que requiriese este tipo de energía. Ahora tenía demasiada energía de esta en concreto; una vez que había empezado a llegar, fluía con demasiada fuerza. Y, al menos por el momento, se sentía frustrado: no lograba encontrar al señor Green.

De manera que se quedó de pie con su gran trenca y un gran sobre en la mano y los papeles que le

asomaban del bolsillo, preguntándose por qué era tan difícil de localizar una persona que estaba demasiado débil o enferma para ir a la oficina a cobrar su propio cheque. Pero Raynor le había dicho que al principio no iba a ser fácil localizarlos y le había dado algunos consejos sobre cómo hacerlo.

—Si ve al cartero, es la primera persona a la que tiene que preguntar, y su mejor apuesta. Si no puede ponerse en contacto con él, pruebe con las tiendas y los comerciantes del barrio. Después, el portero y los vecinos. Pero verá que cuanto más se acerque a su hombre menos gente lo ayudará. Prefieren no decir nada.

—Porque soy un extraño.

—Porque es usted blanco. Tendríamos que emplear a un negro para hacer este trabajo, pero en este momento no tenemos, y además usted también tiene que comer, y este es un empleo público. Los trabajos hay que hacerlos. Eso se me aplica a mí también. Cuidado, no es que me esté exonerando de nada. Tengo tres años más de experiencia que usted, eso es todo. Y un título en Derecho. De no ser así, podría ser usted

el que estuviera al otro lado del escritorio y yo podría estar saliendo a la calle en este día frío. Con la misma pasta nos pagan a los dos y por la misma razón exactamente. ¿Qué tiene que ver con ello mi título de Derecho? Pero usted tiene que entregar estos cheques, señor Grebe, y le ayudará el ser testarudo, de modo que espero que lo sea.

—Sí, soy bastante testarudo.

Raynor apretó fuerte con una goma de borrar en la vieja suciedad de su mesa, con la mano zurda, y dijo:

—Claro, qué otra cosa si no iba a contestar a esa pregunta. En todo caso, el problema que se va a encontrar es que no les gusta dar información sobre nadie. Les parece que es usted un detective de paisano o un recaudador de impuestos o que va a entregar una citación o algo por el estilo. Hasta que no le hayan visto por el barrio un par de veces y la gente sepa que es usted únicamente de la beneficencia.

El tiempo era oscuro, el suelo estaba helado, se acercaba la fecha de Acción de Gracias; el viento jugaba con el humo, dispersándolo hacia abajo, y Grebe echaba de menos sus guantes, que se había dejado en el despacho de Raynor. Y nadie quería reconocer que conocía a Green. Eran más de las tres de la tarde y el cartero ya había hecho su última entrega. El tendero más cercano, que también era negro, nunca había oído el nombre Tulliver Green, o por lo menos eso dijo. Grebe se inclinaba a pensar que era cierto, que al final había convencido a aquel hombre de que lo único que él quería era entregar un cheque. Pero no estaba seguro. Necesitaba experiencia en la interpretación de miradas y signos y, lo que es más, la voluntad de que no lo echaran para atrás ni de que se le negara la información o incluso la fuerza para intimidar si era necesario. Si el tendero sabía algo, se había librado de él fácilmente. Pero, como la mayor parte de sus ventas se las hacía a gente que cobraba de la beneficencia, ¿qué motivo podía tener para entorpecer la entrega de un cheque? Quizá Green, o la señora Green, si es que la había, eran clientes de otro tendero. Y ¿existía un señor Green? Una de las grandes dificultades para Grebe era que no había mirado ninguno de los expedientes. Raynor debería haberle dejado leer los historiales durante unas cuantas horas. Pero al parecer no lo consideraba necesario, probablemente porque creía que el trabajo no era importante. ¿Qué sentido tenía prepararse de manera sistemática para entregar unos cuantos cheques? Pero ahora tenía que buscar al portero. Grebe observó el edificio en medio del viento y la oscuridad de aquel día de finales de noviembre: de un lado, unos carteles pisoteados y endurecidos por el hielo; del otro, una chatarrería

de automóviles y luego el infinito trabajo de los bloques de viviendas, con aspecto de cubo, rodeados por incendios de basuras; dos bloques con porches inclinados de ladrillo, tres plantas y una escalera de cemento que llevaba al sótano. Empezó a bajar y entró en el paso subterráneo, donde probó en varias puertas hasta que una se abrió y se encontró en la habitación de las calderas. Allí alguien se levantó y fue hacia él, raspando el polvo del carbón e inclinándose debajo de las tuberías cubiertas de lona.

—¿Es usted el portero?

—¿Qué quiere?

—Busco a un hombre que supuestamente vive aquí, Green.

—¿Qué Green?

—¡Ah, es posible que tengan más de uno! —dijo Grebe con renovada esperanza—. Yo busco a Tulliver Green.

—Me *parese* que no puedo ayudarle, *señó*. No *conosco* a ninguno.

—Es un hombre tullido.

El portero se quedó parado delante de él. ¿Era posible que él mismo estuviera tullido? ¡Ay Dios! ¿Y si lo estaba? Los grises ojos de Grebe buscaron con dificultad y excitación para ver si lo veían mejor. Pero no, solo era muy bajo y estaba inclinado. Tenía una cabeza que acababa de despertar de la meditación, una barba de pelo ralo, los hombros bajos y anchos. Su camisa negra y el saco de arpillera que llevaba como delantal despedían un intenso olor a sudor y carbón.

—Tullido ¿cómo?

Grebe reflexionó y contestó con la voz ligera de una inocencia sin mancha:

—No lo sé. Nunca lo he visto. —Esto le perjudicaba, pero su única opción era mentir y no tenía ganas de hacerlo—. Estoy repartiendo cheques de la beneficencia a los casos más desesperados. Si no estuviera tullido vendría a cobrarlo él mismo. Por eso he dicho que está tullido. En la cama o en silla de ruedas, ¿hay alguien así en esta casa?

Este tipo de franqueza era uno de los talentos más antiguos de Grebe, como volver a la infancia. Pero aquí no le sirvió de nada.

—No, *señó*. Tengo cuatro *edifisio* como *ete* que me encargo de *cuidá*. No *conosco* a todos los inquilinos, por no *hablá* de los inquilinos de los inquilinos. Las habitaciones van de mano en mano, todo *lo día* hay gente que se muda. No puedo *desirle*.

El portero abrió los mugrientos labios, pero Grebe no lo entendía con el ruido de las válvulas y del chorro de aire que se transformaba en llama en el horno. Sabía, sin embargo, lo que le había dicho.

—Bueno, gracias de todos modos. Siento haberlo molestado. Voy a volver a dar una vuelta por arriba para ver si encuentro a alguien que lo conozca.

Una vez más salió al aire frío y a la oscuridad de la calle y volvió desde la entrada del sótano a la puerta del edificio, encerrada en medio de los pilares de ladrillo, para empezar a subir al tercer piso. Iba aplastando trozos de yeso con los pies; algunas tiras de bronce de las que habían sostenido la moqueta señalaban antiguos límites a ambos lados del pasillo, donde el frío era más intenso que en la calle; le llegaba a los huesos. El suelo del vestíbulo parecía un arroyo por el agua que salía a borbotones. Pensó tristemente, mientras oía cómo el viento silbaba alrededor del edificio con un sonido parecido al del horno, que ese era un buen ejemplo de refugio. Entonces encendió una cerilla en la oscuridad y buscó nombres y números en medio de los garabatos de las paredes. Vio escritas

expresiones del tipo BLANCOS CABRONES e ID AL INFIERNO, zigzags, caricaturas, garabatos sexuales y maldiciones. También estaban decoradas las cámaras selladas de las pirámides y las cuevas del albor humano.

La información que llevaba en la tarjeta era: Tulliver Green, apartamento 3D. No había más nombres, sin embargo, ni más números. Con los hombros caídos y los ojos llorando de frío, expulsando vapor al respirar, recorrió el pasillo y se *dijo* que si hubiera tenido la suerte de tener temperamento habría golpeado con estrépito una de las puertas para aullar: «¡Tulliver Green!». Hasta que tuviera resultados. Pero no llevaba dentro armar escándalos y siguió quemando cerillas, pasando la luz por las paredes. En la parte de atrás, en una esquina del vestíbulo, descubrió una puerta que no había visto antes y pensó que convenía investigar. Cuando llamó le pareció vacío, pero le abrió una joven negra, apenas mayor que una niña. Abrió solo un poco para no perder la calidez de la habitación.

—¿Sí, señó?

—Soy de la oficina de beneficencia del distrito, la de la avenida Prairie. Busco a un hombre que se llama Tulliver Green para entregarle su cheque. ¿Lo conoce?

No, no lo conocía; pero él pensó que ella no había entendido nada de lo que le había dicho. Tenía un rostro soñador y ajeno al sueño, muy suave y negro. Llevaba una chaqueta de hombre y se la apretaba en la garganta. Tenía el pelo en tres direcciones, hacia los lados y en transversal, encrespado hacia el frente en forma de bullón flojo.

—¿Hay alguien por aquí que pudiera informarme?

—Yo acabo de mudarme la semana *pasá*.

Él se dio cuenta de que ella temblaba, pero hasta ese temblor era como de sonámbulo, y no había una conciencia aguda de frío en los ojos grandes y tranquilos de su bonita cara.

—Muy bien, gracias, señorita. Gracias —volvió a decir, y se volvió para tocar en otras puertas.

En una lo invitaron a entrar. Lo hizo agradecido, porque dentro se estaba calentito. La habitación estaba llena de personas, y cuando él entró se quedaron en silencio: diez personas o doce, quizá más, sentados en bancos como en el Parlamento. No había ninguna luz propiamente dicha, sino una oscuridad suavizada que provenía de la ventana, y todo el mundo le pareció enorme, los hombres envueltos en pesadas ropas de trabajo y abrigos de invierno y las mujeres, inmensas también, con jerséis, sombreros y pieles viejas. Y además, una cama y ropa de cama, una cocina negra, un piano cubierto hasta el techo de papeles, una mesa de comedor del viejo estilo del próspero Chicago. En medio de esta gente, Grebe, con su color rosado acentuado por el frío y su menor estatura, entró como un escolar. Incluso a pesar de que lo recibieron con sonrisas y buena voluntad, él supo, antes de que se dijera ni una sola palabra, que todas las corrientes iban en su contra y que allí no iba a conseguir nada. Sin embargo empezó a hablar.

—¿Sabe alguien aquí cómo puedo entregarle un cheque al señor Tulliver Green?

—¿Green? —le contestó el hombre que lo había hecho entrar. Llevaba mangas cortas y camisa a cuadros, y tenía una cabeza extraña, más alta que ancha, enormemente más grande de lo normal y larga como uno de esos sombreros militares de la primera guerra; las venas entraban en ella con fuerza desde la frente—. Nunca lo he oído nombrar. ¿Seguro que vive aquí?

—Esta es la dirección que me dieron en la oficina. Es un hombre enfermo y necesitará su cheque. ¿Nadie sabe decirme dónde puedo encontrarlo?

Aguantó el tipo y esperó una respuesta, con la bufanda de lana carmesí enrollada al cuello y

asomando por encima de la trenca, los bolsillos llenos con la libreta de cheques y los impresos oficiales. Debían de haberse dado cuenta de que no era un estudiante empleado por las tardes por un cobrador de facturas, tratando astutamente de hacerse pasar por empleado de la beneficencia. Reconocieron quizá que era un hombre mayor que sabía por sí mismo lo que era la necesidad, que tenía una experiencia más que mediana de lo que era pasarlo mal. Era bastante evidente si se miraban las marcas que tenía bajo los ojos y a los lados de la boca.

—¿Conoce alguien a este hombre enfermo?

—No, señor.

Por todos lados vio cabezas que negaban y sonrisas que le decían que no. Nadie lo sabía. Y puede que fuera verdad, pensó, allí de pie callado en la oscuridad humana, terrosa y con olor a almizcle de aquel lugar mientras proseguía el murmullo. Pero no podía estar realmente seguro.

—¿Qué le ocurre a ese hombre? —dijo el de la cabeza en forma de sombrero militar.

—Nunca lo he visto. Todo lo que puedo decir es que no puede venir en persona a recoger su dinero. Es mi primer día en este distrito.

—¿*Quisá* le han *dao* un número que no *é*?

—No lo creo. Pero ¿dónde si no puedo preguntar por él? —Sintió que esta persistencia los divertía mucho y de alguna manera él compartía esa diversión por enfrentarse con tanta tenacidad a ellos. Aunque era más pequeño y ligero, seguía en sus trece y no renunciaba. Los volvió a mirar con sus ojos grises, divertido y también con una especie de valor. En el banco un hombre le habló desde la garganta, con palabras imposibles de atrapar, y una mujer respondió con una risa salvaje y estridente, que pronto se cortó.

—Bueno, ¿entonces nadie me lo va a decir?

—Nadie lo sabe.

—Al menos, si vive aquí, debe de pagarle una renta a alguien. ¿Quién administra el edificio?

—La Compañía Greatham. En la calle Treinta y nueve. Grebe lo anotó en su cuaderno. Pero, al volver a la calle, con una hoja de papel llevada por el viento que se le pegaba a la pierna mientras él reflexionaba sobre qué iba a hacer a continuación, le pareció una indicación muy pobre para seguirla. Probablemente ese Green no vivía en un piso, sino en una habitación. A veces había hasta veinte personas en el mismo apartamento; el agente inmobiliario conocería únicamente al inquilino principal. Y la gente ni siquiera podía decir quiénes eran los que alquilaban. En algunos lugares, las camas se utilizaban incluso por turnos, y guardas nocturnos o conductores de autobús, o cocineros de los tugurios nocturnos, se levantaban después de dormir durante el día y dejaban sus camas a su hermana, su sobrino o incluso a un extraño, que acababan de bajarse del autobús. Había muchos recién llegados en esa parte de la ciudad tan tremenda e infestada entre Cottage Grove y Ashland, vagando de un domicilio a otro y de una habitación a otra. Cuando uno los veía, ¿cómo podía conocerlos? No llevaban hatillos a la espalda ni tenían aspecto pintoresco. Uno solo veía a un hombre, un negro, que caminaba por la calle o conducía un coche, como todos los demás, con el pulgar cerrado sobre un billete de tren o de autobús. Por lo tanto, ¿cómo iba a saber distinguirlos? Grebe pensó que el agente de Greatham se reiría ante semejante idea.

Pero cómo le habría simplificado el trabajo el poder decir que Green era viejo, ciego o tuberculoso. Una hora en los archivos, tomando notas, y no habría tenido necesidad de tener esta desventaja. Cuando Raynor le dio el cuaderno de cheques Grebe preguntó:

—¿Cuántas cosas debo saber sobre estas personas?

Y Raynor lo había mirado como si Grebe se estuviera preparando para acusarlo de tratar de hacer que el trabajo pareciera más importante de lo que era. Grebe sonrió, porque para entonces ya se llevaban muy bien, pero sin embargo había estado dispuesto a decir algo parecido cuando empezó en la oficina el lío de Staika y sus hijos.

Grebe había esperado mucho para obtener este empleo. Lo consiguió gracias a la ayuda de un antiguo compañero de colegio que tiró de algunos hilos en la oficina del Consejo Municipal. Se trataba de alguien que nunca había sido amigo íntimo suyo, pero que de pronto se mostró compasivo e interesado: más aún, encantado de mostrarle lo lejos que había llegado él, y lo bien que le iba incluso en esta época tan difícil. Bien, estaba saliendo del paso con fuerza, igual que la propia administración demócrata. Grebe había ido a visitarlo al ayuntamiento y habían almorzado en la barra de un bar o habían tomado cerveza juntos al menos una vez al mes durante un año, y al final había logrado conseguir un empleo. No le importaba que le asignaran el grado más bajo en la escala administrativa, ni siquiera ser mensajero, aunque a Raynor le pareciera que sí.

Este Raynor era un tipo original y Grebe se había aficionado a él inmediatamente. Como era lo adecuado en el primer día, Grebe llegó temprano, pero esperó bastante, porque Raynor llegó tarde. Al final apareció súbitamente en su oficina en forma de cubículo como si acabara de saltar de uno de esos tranvías rojos y enormes de la avenida Indian que pasaban volando. Su rostro delgado y curtido por el viento sonreía y decía algo sin aliento para sí mismo. Con su sombrero, un pequeño sombrero de fieltro, y su abrigo, con el cuello de terciopelo bien pegado a su propio cuello, y con la bufanda de seda que hacía destacar el tic nervioso de su barbilla, se balanceaba y se daba la vuelta en la silla giratoria, con los pies en alto, de manera que seguía brincando un poquito así sentado. Mientras tanto midió a Grebe con los ojos, unos ojos inusualmente alargados y ligeramente sardónicos. De manera que ambos hombres se quedaron sentados un rato, sin decir nada, mientras el supervisor se quitaba el sombrero de la cabeza y se lo colocaba en el regazo. Sus manos, unas manos oscurecidas por el frío, no estaban limpias. Por aquella pequeña habitación improvisada pasaba una viga de acero de la que habían colgado una vez correas de máquinas. El edificio era una vieja fábrica.

—Soy más joven que usted; espero que no le moleste recibir órdenes de mí —dijo Raynor—. Pero yo tampoco me divierto. ¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y cinco.

—Y seguramente creyó que estaría en el interior con el papeleo. Pero da la casualidad de que tengo que enviarle fuera.

—No me importa.

—Y es una mayoría de negros la que tenemos en este distrito.

—Eso me pareció.

—Estupendo. Le irá bien. *C'est un bon boulot*. ¿Sabe usted francés?

—Un poco.

—Me pareció que habría ido a la universidad.

—¿Ha estado usted en Francia? —preguntó Grebe.

—No, es el francés de la escuela Berlitz. Llevo en Berlitz más de un año, como mucha otra gente, en todo el mundo: los administrativos en China y los valientes en Tanganica. De hecho, lo sé muy bien. Así de grande es el atractivo de la civilización. Lo valoran más de la cuenta. Pero ¿qué quiere? *Que voulez-vous?* Leo *Le Rire* y todos los periódicos descarados, exactamente como hacen en Tanganica. Debe de ser muy raro estar ahí fuera. Pero mis motivos son que pretendo entrar en el

cuerpo diplomático. Tengo un primo mensajero, y tal y como él lo describe suena enormemente atractivo. Viaja en *wagons lits* y lee libros. Mientras que nosotros... ¿A qué se dedicaba usted antes?

—A las ventas.

—¿Dónde?

—Vendía carne enlatada en Stop and Shop. En el sótano.

—¿Y antes de eso?

—Persianas, en Goldblatts's.

—¿Un trabajo fijo?

—No. Los jueves y sábados. También vendí zapatos.

—De modo que ha sido también zapatero. Bien. ¿Y antes de eso? Aquí está en el expediente. —

Abrió el archivo—. Instituto de Saint Olaf, profesor de lenguas clásicas. Profesor asociado, universidad de Chicago, 1926-1927. Yo también he estudiado latín. Digamos algunas citas: *Dum spero spero*.

—*De dextram misero*.

—*Alea jacta est*.

—*Excelsior*.

Raynor soltó una carcajada, y otros empleados se acercaron a mirarlo por encima del tabique falso. Grebe también se rió, sintiéndose complacido y cómodo. El lujo de divertirse en una mañana de nervios.

Cuando habían acabado y no había nadie mirando ni escuchando, Raynor le dijo bastante serio:

—¿Y para qué estudiaste latín, para empezar? ¿Querías ser cura?

—No.

—¿Solo por gusto? ¿Por la cultura? ¡Ay, las cosas que cree la gente que puede sacar de eso! —De pronto hizo que todo fuera gracioso y trágico al mismo tiempo—. Yo casi pierdo el clo por estudiar Derecho, y al final lo conseguí, ¿para qué? Ahora gano doce dólares a la semana más que tú como premio por haber visto la vida cruda y en su conjunto. Te voy a decir, como hombre culto, que incluso a pesar de que nada parece real, y de que todo parece algo distinto, y una cosa por la otra, y aquella por otra cosa todavía más lejana, la diferencia entre veinticinco y treinta y ocho dólares a la semana, independientemente de la realidad última, no es gran cosa. ¿No crees que eso ya lo tenían claro los griegos? Eran gente considerada, pero no se desprendían de sus esclavos.

Esto era mucho más de lo que Grebe había esperado para su primera entrevista con su supervisor. Era demasiado tímido como para mostrar toda la sorpresa que sentía. Se rió un poco, curioso, y se sacudió el rayo de sol que le cubría la cabeza con su mota de polvo correspondiente.

—¿Crees que cometí un error tan grande?

—Desde luego que fue grande, y te das cuenta ahora de que el látigo de los tiempos difíciles te ha lacerado la espalda. Deberías haberte preparado para tener problemas. Tu familia debía de estar bien de dinero cuando te envió a la universidad. Párame si hablo demasiado. ¿Te mimó tu madre? ¿Cedió tu padre ante tus caprichos? ¿Te criaron tiernamente, con permiso para ir y averiguar cuáles eran las últimas cosas que ocupaban el lugar de todas las demás mientras el resto de la gente trabajaba en el mundo inmundo de las apariencias?

—Bueno, no, no fue exactamente así —sonrió Grebe. ¡«El mundo inmundo de las apariencias»! Nada menos. Pero ahora le tocaba a él darle una sorpresa al otro—. No, no éramos ricos. Mi padre fue el último mayordomo inglés auténtico de Chicago...

—¿Estás de broma?

—¿Por qué habría de estarlo?

—¿Con librea y todo?

—Con librea y todo. Arriba, en la Costa Dorada.

—¿Y quería que fueras educado como un caballero?

—No, claro que no quería. Me envió al instituto Armor para que estudiara ingeniería química.

Pero cuando murió yo cambié de escuela.

Se calló, y pensó en la rapidez con que lo había calado Raynor. Le faltaba tiempo para echar tu maleta encima de la mesa y desempaquetar todas tus cosas. Y después, en la calle, siguió reflexionando sobre hasta dónde podría haber llegado, y cuánto lo habría inducido a contar Raynor si no los hubiera interrumpido el gran estruendo causado por la señora Staika. Pero justo en ese momento una joven, una de las empleadas de Raynor, entró corriendo en el cubículo exclamando:

—¿No oyes el escándalo?

—No hemos oído nada.

—Es Staika, armando todo el escándalo que puede. Ya están llegando los reporteros. Ha dicho que telefoneó a los periódicos, y estamos seguros de que lo ha hecho.

—Pero ¿qué pasa? —dijo Raynor.

—Se ha traído la colada y la está planchando aquí, con nuestra corriente eléctrica, porque la beneficencia no le paga la cuenta de la electricidad. Ha extendido la tabla de planchar junto al mostrador de misiones y se ha traído a sus hijos, a los seis. Nunca van a la escuela más de una vez por semana. Siempre los está arrastrando por ahí con ella para mantener su reputación.

—No quiero perderme nada de esto —dijo Raynor, dando un salto.

Grebe, mientras lo seguía con la secretaria, preguntó:

—¿Quién es esa Staika?

—La llaman la «madre de sangre de la calle Federal». Es donante profesional en los hospitales. Me parece que pagan diez dólares por cada medio litro. Desde luego, no es ninguna broma, pero ella organiza un escándalo por ello y los niños siempre están saliendo en los periódicos.

Un pequeño grupo de gente, personal y clientes divididos por una barrera de contrachapado, se agolpaba en el estrecho espacio de la entrada, mientras Staika gritaba con una voz bronca y masculina, al tiempo que golpeaba la tabla con la plancha y la dejaba caer sobre el soporte de metal.

—Mi padre y mi madre vinieron en tercera, y yo nací en nuestra casa, en Robey, junto al Hudson. No soy ninguna sucia inmigrante. Soy ciudadana de Estados Unidos. Mi marido es un veterano de guerra al que hirieron en Francia. Tiene los pulmones más débiles que un papel, apenas puede ir solo al baño. Y a estos seis hijos míos tengo que comprarles los zapatos con mi propia sangre. Incluso una miserable pajarita blanca para la comunión significa para mí un par de gotas de sangre; un trocito de velo de mosquitera para que mi Vadja no se sienta avergonzada en la iglesia junto a las demás niñas; en la clínica de al lado de Goldblatt me sacan la sangre a cambio de dinero. Así es como sobrevivo. Estaríamos bien si tuviéramos que depender de la beneficencia. Y hay montones de gente en las listas... ¡Todos falsos! No hay nada que no puedan conseguir, pueden ir a que les envuelvan el tocino en Swift and Armar en cualquier momento. Los buscan junto a los muelles del puerto. Nunca se quedan sin trabajo. Lo que pasa es que prefieren quedarse metidos en sus piojosos catres y se comen el dinero del público.

No tenía miedo, en una oficina de mayoría negra, de gritar así contra los negros.

Grebe y Raynor trataron de acercarse para ver más de cerca a la mujer. Estaba encendida de rabia y de placer consigo misma, ancha y enorme, una mujer de pelo dorado que llevaba puesta una cofia de algodón ribeteada de rosa. No llevaba medias pero sí unas zapatillas negras de gimnasia. El delantal lo llevaba abierto, y sus grandes pechos, no muy contenidos por una camiseta de hombre, le impedían mover los brazos mientras trabajaba en un vestido de niña sobre la tabla de planchar. Y los niños, silenciosos y blancos, permanecían de pie detrás de ella. Había captado la atención de la oficina entera, y eso la llenaba de un enorme placer. Pero sus quejas eran auténticas. Estaba diciendo la verdad. No obstante, se comportaba como una mentirosa. Evitaba mirar de frente con sus pequeños ojos y, aunque estaba furiosa, también parecía estar tramando algo.

—Me envían a trabajadores sociales con estudios y pantalones de seda para que me libren de lo que me espera. ¿Son mejores que yo? ¿Quién los ha informado? Que los despidan. Que se vayan y se casen y así no tendrán que cortar la electricidad del presupuesto de la gente.

El señor Ewing, supervisor jefe, no fue capaz de hacerla callar y estaba allí de brazos cruzados al frente de sus empleados, con la cabeza pelada, diciéndoles a los subordinados, como el ex director de escuela que era:

—Pronto se cansará y se marchará.

—No, no se cansará —le dijo Raynor a Grebe—. Conseguirá lo que quiere. Ella sabe todavía más que Ewing de beneficencia. Lleva años en las listas, y siempre consigue lo que quiere porque monta un espectáculo espantoso. Ewing lo sabe. Pronto cederá. Solo está salvando la cara. Si consigue una publicidad mala, el comisionado lo enviará a los despachos más bajos, al centro. Ella lo tiene hasta el cuello; con el tiempo nos tendrá a todos así, y eso incluye a las naciones y a los gobiernos.

Grebe respondió con su característica sonrisa, completamente en desacuerdo. ¿Quién iba a obedecer las órdenes de Staika, y qué cambios iban a suponer sus gritos?

No, lo que Grebe veía en ella, el poder que hacía que la gente la escuchara, era que su grito expresaba la guerra entre carne y sangre, quizá un poco alocada y desde luego fea, en ese lugar y en esas condiciones. Y al principio, cuando él salió a la calle, el espíritu de Staika presidió de algún modo todo el distrito para él, y le quitó color a ella; él veía su color, en las luces desiguales de los clubes y en las fogatas de debajo del El, aquel camino recto de oscuridad sembrada de fuego. Más tarde, también, cuando entró en una taberna para tomar un trago de centeno, el sudor de la cerveza, la asociación con las calles polacas del West Side, todo ello hizo que volviera a pensar en ella.

Se limpió las comisuras de los labios con la bufanda, porque no lograba alcanzar donde tenía el pañuelo, y volvió a salir para proseguir la distribución de los cheques. El aire soplaba frío y duro y unos cuantos copos de nieve se formaron cerca de él. Un tren pasó a su lado y dejó temblando las estructuras y un erizado silbido helado sobre los raíles.

Cruzó la calle y bajó un tramo de escalones de madera para llegar a una tienda que estaba en un sótano, con lo que empezó a sonar un pequeño timbre. Era un almacén oscuro y alargado que te atrapaba con sus olores a carne ahumada, jabón, melocotones secos y pescado. Había un fuego retorciéndose y agitándose en el pequeño hornillo y detrás del mostrador estaba el propietario, un italiano con rostro largo y hundido y bigotes testarudos. Se calentaba las manos debajo del delantal.

No, no conocía a Green. Conocía a la gente pero no sus nombres. El mismo hombre podía tener el mismo nombre dos veces. La policía tampoco lo sabía porque en gran medida no le importaba. Cuando a alguien lo mataban de un balazo o de un navajazo se llevaban el cadáver y no buscaban al asesino. Para empezar, nadie les iba a decir nada. De manera que se inventaban un nombre para el

juez de instrucción y lo consideraban caso cerrado. Además, en segundo lugar, no les importaba un pepino de todas formas. No podían llegar al fondo de un asunto incluso aunque quisieran. Nadie conseguía saber ni la décima parte de lo que sucedía entre esa gente. Acuchillaban y robaban, cometían toda clase de delitos y abominaciones de los que se hubiera podido hablar, hombres con hombres, mujeres con mujeres, padres con hijos, peor que animales. Vivían a su modo, los horrores se desvanecían como el humo. Nunca hubo nada así en toda la historia del mundo.

Era un discurso largo, con cada palabra el hombre aquel ahondaba en su fantasía y pasión y se volvía cada vez más sin sentido y terrible: un enjambre amasado por sugerencias e invenciones, un ruido enorme, que te envolvía desesperado, una rueda humana de cabezas, piernas, barrigas, brazos, que daban vueltas por la tienda.

Grebe sintió que debía interrumpirlo. Dijo bruscamente:

—¿De qué me habla? Todo lo que le he preguntado es si conocía a este hombre.

—Esa no es la dinámica del problema. Yo llevo aquí seis años. Probablemente usted no quiera creerlo, pero supongamos que fuera verdad.

—En todo caso —dijo Grebe—, debe de haber algún modo de encontrar a una persona.

Los ojos demasiado juntos del italiano habían estado concentrados de un modo extraño, como sus músculos, mientras se inclinaba por encima del mostrador para tratar de convencer a Grebe. Ahora renunció al esfuerzo y se sentó en su banco.

—Supongo. De vez en cuando. Pero ya le he dicho que ni siquiera los polis lo consiguen.

—Ellos siempre persiguen a la gente. No es lo mismo.

—Bueno, pues siga intentándolo si quiere. Yo no puedo ayudarlo.

Pero no siguió intentándolo. No le quedaba tiempo para malgastarlo con Green. Deslizó el cheque de Green hacia el final del cuaderno. El siguiente nombre de la lista era Field, Winston.

Encontró la casita sin ningún problema; compartía patio con otra casa, con unas columnas que las separaban. Grebe conocía este tipo de arreglo. Los habían construido en masa en la época anterior a que se llenaran los pantanos y se levantaran las calles, y todos eran iguales: un caminito alrededor de la cerca, muy por debajo del nivel de la calle, tres o cuatro postes con una bola encima para poner tendederos, una madera verdosa, unas piedras de color apagado y un tramo largo, largo, de escaleras para llegar a la puerta de atrás.

Un niño de unos doce años lo hizo pasar a la cocina, y allí estaba el viejo, sentado junto a la mesa en su silla de ruedas.

—Ah, es en nombre del gobierno —le dijo al niño cuando Grebe sacó los cheques.

—Dey, tráeme la caja de los papeles. —El viejo aclaró un espacio en la mesa.

—No tiene que tomarse tantas molestias —le dijo Grebe. Pero Field sacó los papeles y los extendió sobre la mesa: tarjeta de la Seguridad Social, certificado de beneficencia, cartas del hospital del Estado en Manteno y una baja naval fechada en San Diego en 1920.

—Eso es más que suficiente —dijo Grebe—. Ahora solo tiene que firmar.

—Tiene usted que saber quién soy —le dijo el viejo—. Usted es un enviado del gobierno. El cheque no es suyo, es del gobierno, y nadie le manda ir entregando cheques hasta que no esté todo demostrado.

Le encantaba toda la ceremonia, y Grebe no puso más objeciones. Field vació la caja y le acabó de enseñar todas las tarjetas y cartas.

—Aquí está todo lo que he hecho y los sitios donde he estado. Solo falta el certificado de

defunción para que puedan cerrar mi libro. —Esto lo dijo con un cierto orgullo feliz y con magnificencia. Pero siguió sin firmar; se limitó a sostener el pequeño bolígrafo hacia arriba encima de la pana dorada verdosa de su pantalón. Grebe no le metió prisa. Sentía las ganas de conversar del viejo—. Tengo que conseguir un carbón mejor —prosiguió—. Tengo que mandar a mi nietecito a la carbonería con mi pedido y le llenan el vagón de basura. Esta estufa no puede con eso. Se le cae la rejilla. En el papel pone que tiene que ser carbón de tamaño de un huevo del condado de Franklin.

—Informaré sobre ello y veré lo que se puede hacer.

—No puede hacerse nada, creo. Usted lo sabe y yo también. No hay forma de hacer que las cosas vayan mejor y lo único grande es el dinero. Eso es lo único valioso, el dinero. Nada es negro donde él brilla y el único sitio donde se ve negro es donde no brilla. Lo que la gente de color necesitamos es tener nuestros propios ricos. No hay otro modo.

Grebe permaneció sentado, la enrojecida frente emparejada con su pelo bien cortado y las mejillas metidas a los lados del cuello de la camisa. El fuego endurecido brillaba con fuerza dentro de los marcos de cola de pescado y de hierro, pero la habitación no era confortable. Se quedó allí sentado escuchando al viejo mientras le contaba su plan. El plan consistía en crear una vez al mes un millonario negro por suscripción popular. Un joven inteligente y de buen corazón que se eligiera cada mes firmaría un contrato en el que se comprometiese a hacer uso del dinero para iniciar un negocio en el que empleara a negros. Esto se anunciaría mediante cartas en cadena que irían convocando a todos los asalariados negros, los cuales contribuirían con un dólar al mes. En cinco años habría sesenta millonarios.

—Eso nos conseguirá respeto —dijo con un sonido entrecortado que le salió como algo dicho en extranjero—. Hay que tratar de organizar todo el dinero que se tira en la rueda de la política y en las carreras de caballos. Mientras te lo puedan quitar, no te van a respetar. El dinero, jese es el sol de la raza humana!

Field era un negro mestizo, quizá de cherokee o de natchez porque tenía la piel rojiza. Y tal como hablaba de un sol dorado en esa habitación oscura, y por su aspecto —greñado y con la cabeza aplastada— con la sangre mezclada de su rostro y sus gruesos labios, y con el pequeño bolígrafo aún tieso en la mano, parecía uno de los reyes subterráneos de la mitología, el viejo juez Minos en persona.

Ahora sí aceptó el cheque y firmó. Para no manchar el recibo, lo sujetó con los nudillos. La mesa oscilaba y crujía, aquel centro oscuro y pagano de los restos prehistóricos de la cocina, cubierta de pan, carne y latas y el lío de papeles.

—¿No cree usted que mi plan funcionaría?

—Vale la pena pensarlo. Es verdad que habría que hacer algo, en eso estoy de acuerdo.

—Funcionará si la gente lo hace. Eso es todo. Eso es lo único siempre. Cuando todos lo entiendan así.

—Eso es cierto —dijo Grebe, levantándose. Su mirada se cruzó con la del viejo.

—Sé que tiene que irse —le dijo—. Bien, que Dios te bendiga, muchacho. No has sido malo conmigo. Eso se ve enseguida.

Volvió por aquel patio enterrado. En una carbonera alguien trataba de hacer que no se apagara una vela, donde un hombre descargaba leña de un cochecito de niño con las ruedas torcidas y dos voces mantenían una conversación a gritos. Mientras subía por el paso cubierto oyó un gran golpe de viento en las ramas y contra las fachadas de las casas, y entonces, al llegar a la acera, vio el rojo del

ojo de aguja de las torres de cables allí arriba en el cielo helado, cientos de metros por encima del río y las fábricas: aquellos puntos luminosos.

Desde allí le impedían la visión hasta la South Branch con sus orillas de madera y las guías junto al agua. Esta parte de la ciudad, que habían reconstruido después del Gran Incendio, cincuenta años más tarde volvió a estar en ruinas, con las fábricas cerradas con tablas, los edificios abandonados o derrumbados y trozos de pradera entre ellos. Pero lo que esto le hacía sentir no era tristeza, sino más bien una falta de organización que liberaba una energía enorme, el poder sin medida, sin ataduras y sin normas de aquel sitio gigante y salvaje. No solo debía de sentirlo la gente sino que, o al menos eso le parecía a Grebe, se veían obligados a estar a su altura. En sus propios cuerpos. Él no menos que los demás, de eso se daba cuenta. Digamos que sus padres habían sido sirvientes en su época, mientras que se suponía que él no debía serlo. Pensó que ellos nunca habían hecho un servicio como este, que no requería a nadie visible, y probablemente ni siquiera podía ser realizado por alguien de carne y hueso. Como tampoco podía nadie mostrar por qué debía realizarse; ni ver adónde podía llevar su realización. Esto no significaba que quisiera que lo liberaran de él, pensó con rostro pensativo y grave. Todo lo contrario. Tenía algo que hacer. La obligación de sentir esta energía y sin embargo no tener nada que hacer... Eso era lo terrible; aquello sí que era sufrimiento; y él sabía lo que era eso. Ahora era el momento de abandonar. Las seis de la tarde. Podía irse a casa si quería, es decir, a su habitación, a lavarse con agua caliente, echarse encima de la colcha, leer el periódico y comer un poco de pasta de hígado con galletas saladas antes de salir a cenar. Pero de hecho el pensar en esto lo ponía un poco enfermo, como si hubiera hecho algo mal. Le quedaban seis cheques y estaba decidido a entregar al menos uno de ellos: el cheque del señor Green. De manera que volvió a empezar. Le quedaban por examinar cuatro o cinco bloques oscuros, pasando por patios abiertos, casas cerradas, cimientos antiguos, escuelas clausuradas, iglesias negras, montones de tierra, y pensó que debía de haber mucha gente viva que hubiera visto una vez aquel barrio recién construido y nuevo. Ahora había una segunda capa de ruinas; siglos de historia logrados gracias a la masificación humana. La cantidad de gente le había conferido a aquel lugar la fuerza para crecer; la misma cantidad de gente lo había destrozado. Objetos que una vez fueron tan nuevos, tan concretos que nunca se le habría ocurrido a nadie que ocupaban el lugar de otras cosas, se habían venido abajo. Por tanto, pensó Grebe, su secreto estaba expuesto. El secreto consistía en que se mantenían de pie de mutuo acuerdo y eran naturales y no antinaturales por acuerdo, y cuando las cosas en sí se derrumbaban aquel acuerdo se hacía visible. Si no, ¿qué era lo que hacía que las ciudades no parecieran raras? Roma, que era casi permanente, no había suscitado ideas comunistas. ¿Y era verdaderamente tan perdurable? Pero en Chicago, donde los ciclos se sucedieron tan rápido y lo familiar se desvanecía, y volvía a surgir transformado, y volvía a morir a los treinta años, se veía el acuerdo o pacto común, y se sentía uno obligado a pensar en las apariencias y las realidades. (Se acordó de Raynor y sonrió. Raynor era un chico listo.) Una vez que uno había entendido esto, muchísimas cosas se volvían inteligibles. Por ejemplo, la razón por la que al señor Field se le podía ocurrir un plan así. Por supuesto, si la gente se ponía de acuerdo para crear un millonario, surgiría un millonario de verdad. Y si uno quería saber qué inspiró al señor Field para que pensara esto, pues claro, tenía a la vista de la ventana de su cocina el esquema, el mismísimo esqueleto de su plan de éxito: el E 1 con los confetis azules y verdes de sus señales. La gente aceptaba pagar diez centavos para subir a aquellos coches que no eran más que cajas de estruendo, y por eso era un éxito. Pero qué absurdo parecía todo; qué poca realidad había para empezar. Y sin embargo Yerkes, el gran

financiero que lo construyó, había sabido que podría conseguir que la gente aceptase hacerlo. Por sí mismo, parecía el plan de entre los planes, lo más cercano a una aparición. Entonces, ¿por qué extrañarse de la idea del señor Field? Lo que había hecho era entender un principio. Y Grebe recordó también que el señor Yerkes había creado el Observatorio Yerkes y lo había dotado de millones. Pero ¿cómo se le habría ocurrido en su palacio de Nueva York, que parecía un museo, o en su yate de viaje hacia el Egeo, la idea de darles dinero a los astrónomos? ¿Le asombraba el éxito de su extraña empresa y por tanto estaba dispuesto a gastar dinero para averiguar en qué lugar del universo el ser y el parecer eran idénticos? Sí, quería saber lo que era permanente; y si la carne es la hierba de la Biblia; y ofrecía dinero para quemar en el fuego de los soles. Muy bien, entonces, siguió pensando Grebe, estas cosas existen porque la gente acepta existir con ellas —hasta aquí hemos llegado— y además porque existe una realidad que no depende del consentimiento sino dentro de la cual el consentimiento es un juego. Pero ¿qué pasa con la necesidad, la necesidad que mantiene en su posición a tantos miles y miles? Respóndame a eso, *caballere te privado y alma decente* (estas palabras las usaba contra sí mismo con desprecio). ¿Por qué se le dará el consentimiento a la miseria? ¿Y por qué es tan dolorosamente fea? ¿Por qué hay algo deprimente y permanentemente feo? Aquí suspiró y abandonó la idea, y pensó que ya bastaba por el momento. Ahora él tenía un cheque real para el señor Green, que también debía de ser real sin ninguna duda. Ojalá sus vecinos no creyeran que tenían que esconderle. Esta vez se paró en la segunda planta. Encendió una cerilla y encontró una puerta. Al final un hombre respondió a su llamada y Grebe tenía el cheque preparado y lo mostró incluso antes de empezar a hablar.

—¿Vive aquí Tulliver Green? Vengo de la beneficencia:

El hombre entrecerró la puerta y habló con alguien que tenía detrás.

—¿Vive aquí?

—Eeee... no.

—¿O en algún lugar de este edificio? Es un hombre enfermo y no puede venir a recoger su pasta.

Enseñó el cheque a la luz, que estaba llena de humo —el aire olía a tocino quemado— y el hombre se echó la gorra hacia atrás para estudiarlo.

—Eeee... nunca he visto este nombre.

—¿No hay nadie por aquí que use muletas?

Parecía reflexionar, pero la impresión de Grebe era que simplemente esperaba que pasase un intervalo decente.

—No, *señó*. Nadie que yo vea.

—Llevo toda la tarde buscando a este hombre —de pronto Grebe habló con súbita energía—, y me voy a tener que llevar este cheque de vuelta a la oficina. Me parece raro no poder encontrar a una persona para *darle* algo cuando lo estás buscando por un buen motivo. Supongo que si trajera malas noticias para él lo encontraría bastante pronto.

En el rostro del otro hombre se produjo un movimiento de reacción.

—Eso es verdad, supongo.

—Casi no sirve de nada tener un nombre si no te pueden encontrar con él. No representa nada. Para eso igual le daría no tener nombre —prosiguió, sonriendo. Era la mayor concesión que podía hacer a su deseo de echarse a reír.

—Bueno, hay un *hombresillo vieho* y todo lleno de *nudo* al que veo de *vé* en cuando. Podría ser el que está buscando *usté*. Abajo.

—¿Dónde? ¿A la derecha o la izquierda? ¿Cuál de las puertas?

—No lo sé. Uno pequeñín de cara *flaca*, *jorobao* y con un *bahtón*.

Pero nadie contestó en ninguna de las puertas de la primera planta. Fue hasta el final del pasillo, buscando a la luz de una cerilla, y solo encontró una salida sin escalera al patio, una caída de unos dos metros. Pero había una cabaña cerca de la senda, una casa vieja como la del señor Field. Saltar no era seguro. Corrió desde la puerta principal, por el pasaje subterráneo, y entró en el patio. En aquel lugar había alguien. Se veía una luz por entre las cortinas, en el piso de arriba. ¡Y el nombre que había en la etiqueta de debajo del roto y deforme buzón era Green! Llamó el timbre con alegría y empujó la puerta cerrada. El cerrojo chasqueó levemente y ante él se abrió una larga escalera. Alguien bajaba despacio..., una mujer. En aquella luz tenue tuvo la impresión de que la mujer se arreglaba el cabello mientras bajaba, poniéndose presentable, porque vio que tenía los brazos levantados. Pero era en busca de apoyo por lo que los levantaba; buscaba el camino a tientas, por la pared abajo, dando tumbos. A continuación pensó en la presión de los pies de la mujer sobre los escalones; no parecía que llevara zapatos. Y la escalera hasta bailaba. El timbre la había sacado de la cama, quizá, y había olvidado ponérselos. Y entonces vio que la mujer no solo no llevaba zapatos, sino que también estaba desnuda; estaba completamente desnuda y mientras bajaba hablaba sola, una mujer gruesa, desnuda y borracha. Se le echó encima dando traspiés. El contacto de sus pechos, aunque solo le tocaron el abrigo, lo hizo retroceder hasta la puerta con una impresión ciega. ¡Mira lo que había encontrado en su juego de encontrar casas!

La mujer se estaba diciendo a sí misma, furiosa:

—De modo que no sé follar, ¿eh? Yo le enseñaré a ese hijoputa lo que sé hacer.

¿Qué iba a hacer ahora?, se preguntó Grebe. Tenía que irse. Tenía que dar la vuelta y marcharse. No podía hablar con esa mujer. No podía dejar que se quedara allí de pie y desnuda con ese frío. Pero cuando lo intentó se encontró incapaz de dar la vuelta.

Le dijo:

—¿Vive aquí el señor Green?

Pero ella seguía hablando consigo misma y no lo oyó.

—¿Es esta la casa del señor Green?

Ella volvió su mirada furiosa y ebria hacia él.

—¿Qué quieres?

Apartó de nuevo la mirada errante; tenía un punto de sangre en aquel brillo rabioso. Él se preguntó por qué ella no sentía frío.

—Soy de la beneficencia.

—Muy bien, ¿y qué?

—Tengo un cheque para Tulliver Green. Esta vez lo oyó y extendió la mano.

—No, no, para el señor Green. Tiene que firmar —le dijo él. ¿Cómo iba a conseguir la firma de Green esa noche?

—Yo lo cogeré. Él no puede.

Grebe sacudió la cabeza con desesperación, pensando en las precauciones que había tomado el señor Field con la identificación.

—No puedo dárselo a usted. Es para él. ¿Es usted la señora Green?

—Puede que sí, puede que no. ¿Quién lo quiere saber?

—¿Está él arriba?

—Muy bien. Súbeselo tú, idiota.

Desde luego que era idiota. Por supuesto que no podía subir porque probablemente Green estaría desnudo y borracho también, y quizá pronto apareciese en el descansillo. Miró ansioso hacia arriba. Bajo la luz había un muro marrón alto y estrecho. ¡Vacío! ¡Permaneció vacío!

—Pues entonces vete al infierno —la oyó gritar. Para entregar un cheque para comida y ropa, la estaba dejando a ella allí en medio del frío. Ella no lo sentía, pero su rostro ardía del frío y del ridículo. Se apartó de ella.

—Volveré mañana. Dígaselo.

—Ah, vete al infierno. ¿Qué haces aquí en medio de la noche? No vuelvas —gritó tanto que él le vio la lengua. Ella se quedó allí sentada a horcajadas en el frío poyo de la entrada y se agarró a la barandilla y a la pared. La propia casa tenía una forma parecida a una caja, una caja alta y torpe que apuntaba al cielo helado con sus luces frías e invernales.

—Si es usted la señora Green, le daré a usted el cheque —dijo él, cambiando de opinión.

—Entonces dámelo. —Ella cogió el cheque, agarró el bolígrafo que él le tendía con la mano izquierda y trató de firmar el recibo en la pared. Él miró a su alrededor, casi como para ver si alguien observaba su locura, y casi le pareció creer que había alguien de pie sobre un montón de neumáticos usados en la tienda de repuestos de coches que había al lado.

—Pero ¿es usted la señora Green? —se le ocurrió preguntar ahora inútilmente. Ella ya estaba subiendo las escaleras con el cheque, y si había cometido un error, si se había metido en un lío, ya era demasiado tarde para deshacer lo que había hecho. Pero no se iba a preocupar por ello. Aunque era posible que ella no fuera la señora Green, él estaba convencido de que el señor Green sí que estaba arriba. Fuera quien fuera, aquella mujer representaba a Green, al que él no iba a ver esta vez. Bueno, so tonto, se dijo a sí mismo, de modo que crees que lo has encontrado. ¿Y qué? Es posible que de veras lo hayas encontrado... ¿y qué? Pero era importante que hubiera un auténtico señor Green al que no podían evitar que llegase porque les parecía que era emisario de unas apariencias hostiles. Y aunque el ridículo que sentía desapareció muy lentamente, y su rostro seguía enrojecido en consecuencia, sentía, a pesar de todo, una gran alegría.

—Porque después de todo —se dijo—, ¡he logrado encontrarlo!

Primos

Justo antes de que se dictara la sentencia contra Tanky Metzger en un caso memorable, sobre todo para sus familiares más inmediatos, le escribí una carta al juez Eiler del Tribunal Federal (me obligaron, me presionaron, me retorcieron el brazo). Tanky y yo somos primos, y la hermana de Tanky, Eunice Metzger, insistió en que yo intercediera, porque se había enterado de que yo conocía bien a Eiler. Eiler y yo nos conocimos hace años cuando él estudiaba Derecho y yo dirigía un programa de televisión en el Canal 7 en el que se debatían aspectos curiosos de las leyes. Más tarde fui maestro de ceremonias en un banquete del Consejo de Relaciones Exteriores de Chicago, y en los periódicos apareció una fotografía en la que yo y Eiler, vestidos de etiqueta, nos estrechábamos la mano con una sonrisa.

De manera que, cuando se rechazó la apelación de Tanky, como tenía que pasar, Eunice me llamó por teléfono. Primero se echó a llorar con un llanto tan apasionado que me inquietó muy a mi pesar. Cuando recuperó el control me dijo que debía hacer uso de mi influencia.

—Mucha gente dice que conoces al juez.

—Los jueces no son así... —me corregí—. Puede que algunos jueces lo sean, pero Eiler no.

Eunice siguió presionando con más fuerza.

—Por favor, Ijah, no puedes librarte de mí. A Tanky le podrían caer hasta quince años. No me encuentro en posición de contarte todos los detalles. Sobre sus socios, quiero decir...

Yo sabía muy bien a lo que se refería; me estaba hablando de sus contactos en la mafia. Tanky tenía que mantener la boca cerrada si no quería que los socios ordenaran su ejecución.

Le respondí:

—Lo entiendo más o menos.

—¿No te da pena?

—Claro que sí.

—Tú has llevado una vida muy distinta al resto de la familia, Ijah, pero yo siempre he dicho que querías mucho a los Metzger.

—Eso es verdad.

—Y querías a mi padre y a mi madre, en los viejos tiempos.

—Nunca los olvidaré.

Ella volvió a perder el control, y por qué sollozaba con tanta fuerza ningún experto, ni siquiera el más sabio, lo podría indicar exactamente. No lo hacía por debilidad. Eso puedo decirlo con certeza. Eunice no es uno de nuestros frágiles bajeles. Es fuerte como su difunta madre, tenaz y decidida. Su madre había sido honorable y directa, limitada y primitiva. Era un error decir: «Nunca los olvidaré», porque Eunice se consideraba la representante de su madre aquí entre los vivos, y era en parte por Shana por lo que sollozaba así. Unos sonidos como esos nunca habían pasado por la silenciosa línea de teléfono de mi oficina. Qué desgracia para Shana que su hijo fuera un delincuente condenado. ¿Cómo habría soportado la anciana una herida así? Aun negándose a abandonar a su madre a la muerte, Eunice (¡jella sola!) lloraba por lo que habría sufrido Shana.

—Recuerda que mi madre te idolatraba, Ijah. Decía que eras un genio.

—Eso es cierto. Era una opinión intramuros. El mundo no estaba de acuerdo con ella.

En cualquier caso, aquí estaba Eunice rogándome por Raphael (el auténtico nombre de Tanky). Por su parte, Tanky no se preocupaba un carajo por su hermana.

—¿Habéis mantenido el contacto, vosotros dos?

—No contesta a las cartas. Últimamente tampoco a las llamadas telefónicas. ¡Jah! ¡Quiero que él sepa que me preocupo!

Aquí mis sentimientos, iluminados y brillantes por el recuerdo de los viejos tiempos, se volvieron oscuros y pesados. Ojalá Eunice no utilizara ese lenguaje. Me resulta duro de tragar. Hoy día NOS PREOCUPAMOS está escrito en las paredes de los supermercados y de las empresas de préstamos. Puede ser porque su madre no sabía inglés y también porque Eunice tartamudeaba cuando era niña por lo que le satisfacía tanto tener mucha desenvoltura y hablar como lo hacen los norteamericanos más avanzados.

Pero yo no podía decirle: «Por Dios santo, no me vengas con tonterías». En vez de eso tuve que consolarla porque estaba muy abatida, su corazón estaba rodeado por una gruesa capa de abatimiento. Le dije:

—Puedes estar segura de que él sabe cómo te sientes.

Aunque fuera un gángster.

No, no puedo jurar que el primo Raphael (Tanky) sea realmente un gángster. No debo dejarme llevar (ni enloquecer) por los clichés de su hermana hasta la exageración. Él tiene trato con gángsters, pero también lo tienen los concejales, los funcionarios del municipio, los periodistas, los grandes constructores y los que recaudan fondos para las instituciones de caridad (la mafia es un generoso donante). Y los gángsters no son los peores. Yo puedo nombrar a gente más mala. Si yo hubiera sido un Dante, lo habría descrito todo con gran detalle. Por guardar las formas, le pregunté a Eunice que por qué había acudido a mí. (No había que ser adivino para ver que era Tanky el que la había inducido a ello.) Ella respondió: «Bueno, tú eres un personaje público».

Se estaba refiriendo al hecho de que hace muchos años inventé el programa de televisión de juicios famosos, y también aparecía como moderador y maestro de ceremonias. Entonces me encontraba en una fase muy distinta de mi existencia. Tras haberme graduado casi el primero de la clase en la facultad de Derecho, había rechazado puestos ofrecidos por bufetes importantes porque me sentía demasiado activo, o cinético (hipercinético). No podía garantizar que fuera a portarme bien en ninguna de las prestigiosas sociedades del centro de la ciudad. De manera que imaginé un programa llamado *Tribunal de Leyes*, en el que brillantes estudiantes de Chicago, Northwestern, DePaul o Johri Marshall volvían a juzgar casos importantes, muchas veces famosos, de los anales del derecho. Hacíamos hincapié en la inteligencia, no en el puesto que se ocupaba. Algunos de nuestros oradores más diabólicos venían de las escuelas nocturnas. Las oportunidades para la sutileza dialéctica, la impostura, el descaro, el alarde excéntrico, el narcisismo de mal gusto, la locura y otras cualidades para ejercer el derecho eran obvias. Mi cometido era elegir a concursantes entretenidos (defensa y acusación), presentarlos y mantener el ritmo: establecer el tono. Yo elegía los casos con ayuda de mi mujer (la que era mi mujer entonces, que también era abogada). A ella le atraían los casos criminales relacionados con los derechos civiles. Yo prefería las rarezas personales, los misterios de carácter, las ambigüedades en la interpretación, que tenían menos probabilidades de proporcionar un buen espectáculo. Pero demostré que tenía un don para representar esos dramas. Antes del programa siempre invitaba a los concursantes a cenar temprano en Fritzel's, en la avenida Wabash. Para mí siempre pedía lo mismo: un filete solo, sobre el que vertía un pequeño jarro de salsa roquefort. De postre, un helado de caramelo, con el que tragaba tanta ceniza de cigarrillo como chocolate. No hacía ningún papel. Más tarde decidí moderar esta excentricidad y desparpajo de los

primeros tiempos, y al final desapareció por completo. Si no yo podría haberme convertido en un «desmadre total», en palabras de *Variety*, un chiflado. Pero pronto me di cuenta de que a aquellos jóvenes listos a los que iba a conducir al debate (en su mayor parte trabajadores tenaces a punto de examinarse para obtener el título de abogado, que ya buscaban con avidez clientes y publicidad) les complacía enormemente mi extraño comportamiento. La cena en Fritzel's relajaba a los participantes. Durante el programa los guiaba, los aguijoneaba, los provocaba y los azuzaba unos contra otros, haciendo al mismo tiempo caso omiso de ellos. En la conclusión, Sable, mi mujer (Isabel, yo la llamaba Sable^[2] por el oscuro color de su piel), leía el veredicto y la decisión del tribunal. Desde entonces muchos de nuestros participantes se han hecho líderes de la profesión, ricos y famosos. Tras el divorcio, Sable se casó primero con uno y después con otro de ellos. Al final tuvo un gran éxito en las comunicaciones, en la Radio Pública Nacional.

El juez Eiler, que entonces era un joven abogado, apareció más de una vez como invitado del programa.

De manera que, para mis primos, treinta años después, yo seguía siendo el presentador y estrella de *Tribunal de Leyes*, una personalidad de los medios de comunicación. Alguien mágico, con atributos de inmortalidad, casi como si hubiera ganado una tonelada de dinero, como Klutznick o Pritzker. Y ahora me enteraba de que para Eunice no solo era una figura de los medios de comunicación, sino también alguien lleno de misterio.

—En los años en que no estuviste en Chicago, ¿no trabajaste para la CIA, Ijah?

—No. Durante cinco años, en California, trabajé para la Rand Corporation, depósito de ideas para estudios especiales. Investigaba y preparaba informes y análisis. Se parecía mucho a lo que hace ahora para los bancos el grupo privado al que pertenezco...

Yo quería desvanecer el misterio: esparcir el mito de Ijah Brodsky. Pero por supuesto a ella las palabras «investigación» y «análisis» le sonaban a espías.

Hace unos años, cuando Eunice salió del hospital después de una operación importante, me dijo que no tenía a nadie en el mundo con quien hablar. Me dijo que su marido, Earl, no la «apoyaba emocionalmente» (me sugirió que tenía los puños duros). Sus hijas se habían ido de casa. Una de ellas se había alistado en el Peace Corps y la otra, a punto de graduarse en medicina, estaba demasiado ocupada para ir a verla. Yo invité a Eunice a cenar, tomando unas copas primero en mi apartamento de Lake Shore Drive. Ella me dijo:

—Todas estas habitaciones viejas y oscuras, y los cuadros viejos y oscuros, las alfombras orientales apiladas una encima de la otra, y los libros en lenguas extranjeras... y viviendo solo. —Lo que significaba que yo no tenía horribles peleas matrimoniales por una cuenta de gas de ocho dólares —. Pero debes de tener chicas, ¿amigas?

Estaba insinuando la «cuestión de los chicos». ¿Ocultaba el lujo sombrío en el que yo vivía el hecho de que me había vuelto rarito?

Oh, no. Eso tampoco. Solo soy raro (para Eunice). Ni siquiera es que vaya a otras fuentes. Es que yo no voy.

Pero, para volver a nuestra conversación telefónica, por fin le saqué a Eunice que me había llamado por sugerencia del abogado de Tanky. Me dijo:

—Tanky llegará esta noche en avión desde Atlantic City —vaciló— y ha preguntado si puede cenar contigo mañana.

—Vale, dile que nos encontraremos en el Italian Village, en la calle Monroe, arriba, en uno de los

reservados, a las siete de la tarde. Que pregunte por mí al jefe de los camareros.

Yo no había hablado realmente con Tanky desde que le dieron de baja en el ejército, en 1946, cuando aún era posible mantener una conversación con él. Una vez, en O'Hare, hace aproximadamente diez años, nos encontramos por casualidad cuando yo me disponía a subir a un avión y él venía en el vuelo que llegaba. Entonces él era alguien importante en su sindicato. (Exactamente lo que significaba esto lo he sabido después por los periódicos.) En fin, él me reconoció en medio de la gente y me presentó al hombre con el que viajaba. «Quiero que conozcas a mi famoso primo, Ijah Brodsky», le dijo. En ese momento me sorprendió una visión particular. Vi lo que podíamos parecerle los dos a una mente sin cuerpo que flotara por encima de nuestras cabezas. Tanky tenía el cuerpo de un jugador de fútbol profesional con suerte que en su madurez podría ser el propietario de un club propio. Sus anchas mejillas eran como sonrosadas porcelanas de Meissen. Lucía una barba rubia y rizada. Sus dientes eran grandes y cuadrados. ¿Cuáles son las palabras que describirían mejor a Tanky en ese momento? Voluminoso, copioso, lleno de vitaminas, potente, rico, insolente. Para divertirse exhibía a su primo: al calvo de Ijah, con sus ojos de orangután y el rostro plano y redondo, que transmitía una candidez más adecuada para una bestia del zoo: los brazos largos y el pelo naranja. Debía de ser que yo no emitía ninguna de las señales que podían exigir que me tomaran en serio, un hombre al que no le preocupaba el trabajo del mundo en ninguna categoría que tuviera un sentido completo. Se me ocurrió que una vez, a principios de siglo, cuando le preguntaron a Picasso lo que hacían los jóvenes de Francia, él respondió: *La jeunesse, c'est moi*. Pero yo nunca había estado en posición de ilustrar o representar *nada*. Tanky, para divertirse, me ofrecía a su colega como intelectual y, aunque no me importaba que me consideraran listo, confieso que sí me molesta que me consideren un intelectual.

Por contraste, piensen en Tanky. Le había ido bien con sus tinglados. Era una de esas personas corpulentas que necesitan media hectárea de tela para hacerse un traje, que comen filetes de cuarto trasero de Nueva York en Eli's, que firman contratos de millones de dólares y van en avión a Palm Springs, Las Vegas o las Bermudas. Tanky decía: «En nuestra familia, Ijah era el genio. En todo caso, uno de ellos; teníamos dos o tres».

Yo ya no era el niño prodigio de la facultad de Derecho al que le habían previsto un futuro brillante: hasta ahí era cierto. El tono de desdén estaba justificado, en la medida en que yo había disfrutado de ser la «rosa de esperanza» de la familia.

En cuanto al oscuro socio de Tanky, yo no tenía ni idea de quién podía haber sido: quizá Tony Provenzano, o Sully (Bugá) Briguglio, o Dorfman, o el grupo de seguros de la Unión de Sindicatos. No era Jimmy Hoffa. Por aquel entonces, Hoffa estaba en la cárcel. Además, yo, como otros millones de personas, lo habría reconocido. Lo conocíamos personalmente, porque, después de la guerra, Tanky y yo habíamos sido empleados los dos de nuestro primo Miltie Rifkin, quien en aquella época dirigía un hotel en el que se suponía que Hoffa tenía intereses. Cada vez que Hoffa y su banda venían a Chicago se alojaban allí. Por aquel entonces, yo le daba clases al hijo de Miltie, Hal, que era demasiado rápido y astuto como para perder tiempo con los libros. Como estaba deseando ver acción, Miltie lo puso con solo catorce años a cargo del bar del hotel. En aquel verano, a sus padres les divirtió dejarlo hacer de director, de manera que cuando los viajantes de licores se acercaban a él, Miltie podía permitirse decirles: «Tendrá que hablar usted con mi hijo Hal, él es el que hace las compras. Pregunte por el joven que se parece a Eddie Cantor». Y en la oficina se encontraban con un muchacho de catorce años. Yo estaba allí para supervisar a Hal y para enseñarle las normas que

regían el uso del ablativo (era alumno de una escuela de latín). No le quitaba la vista de encima. Era un niño listo del que sus padres estaban inmensamente orgullosos.

Tenía que pasar necesariamente mucho tiempo en el bar, y así conocí al grupo de Hoffa. Eran en su mayoría matones, aparte de Harold Gibbons, que era muy fino y cortés y en su conversación, al menos conmigo, mostraba interés por los libros. Los otros eran muy duros, desde luego, y el primo Miltie cometió el error de tratar de plantarles cara, hombre a hombre, como una bestia viril. No estaba a la altura de este desafío que se había impuesto a sí mismo. Él podía ser duro, y en principio aceptaba el nihilismo, pero la voluntad ejecutiva de una fuerza superior simplemente no la tenía. Miltie no podía decir, como le dijo César a un centinela que tenía orden de no dejarlo pasar: «Para mí es más fácil matarte que discutir contigo». Los Hoffa son así.

Tanky, que acababa de terminar el servicio militar, fue contratado por Miltie para que le buscara bienes procedentes de desahucios. Aquel era uno de los negocios secundarios de Miltie. Los desahucios eran muy corrientes en aquella época. De manera que fue por Miltie Rifkin por quien el primo Tanky (Raphael) conoció a Red Dorfman, el antiguo boxeador que hacía de enlace entre Hoffa y el crimen organizado de Chicago. Dorfman, que entonces era profesor de gimnasia, heredó a Tanky de su padre, de Red, el viejo boxeador. Todo un conjunto de contactos que, con las bandas, formaba parte del legado. Estas eran algunas de las personas que dominaban el mundo en el que yo pretendía llevar a cabo lo que a menudo se denomina «actividades de orden superior». «Deseaba alcanzar lo mejor que hubiera existido nunca»: este no era un proyecto abstracto. Yo no lo aprendí en un pupitre del seminario. Era una necesidad física, fisiológica, temperamental, basada en simpatías que no podían adquirirse. Una absorción humana en los rostros, los actos, los cuerpos, todo me atraía hacia la metafísica. Yo me apoyaba en esta metafísica especial como las criaturas que vuelan se apoyan en las alas. Al madurar descubrí que la metafísica estaba en mi cabeza. Y la escuela, como acabo de decir, tenía poco que ver con ello. Como estudiante universitario que viajaba todos los días y que pasaba horas sentado en trenes elevados que hacían ruido, chirriaban, rechinaban y aceleraban a velocidad máxima, por encima de los barrios del South Side, yo me ponía al día en Platón, Aristóteles o santo Tomás para la clase del señor Perry.

Pero estas preocupaciones no importan ahora. Allí, en el Italian Village, estaba Tanky, en libertad bajo fianza de quinientos mil dólares, esperando a que dictaran sentencia contra él. No tenía buen aspecto. Después de todo, sus colores no eran indelebles. Su gran rostro estaba hinchado por años de trato brutal. El médico aficionado que yo llevaba dentro diagnosticó hipertensión: 250/165 fueron las cifras que se me ocurrieron. El hombre coqueteaba en su interior con un ataque como alternativa a la cárcel. Tanky mantenía recatada la barba eduardiana, en honor de la moral, y aquella precisa mañana, como estábamos en un momento otoñal, era posible que el barbero le hubiera dado un toque de dorado. Sin embargo, había desaparecido de ella aquella onda de vigor excesivo. A Tanky no le hubiera gustado mi lástima. Estaba bastante animado, un hombre preparado para afrontar su destino. El menor indicio de que yo le tenía lástima lo habría irritado. A pesar de eso, los que tienen experiencia en sentirla por los demás me comprenderán si digo que había una masa de problemas condensada en su lado del comedor. Esa masa emitía unas señales para las que a mí me faltaba el código completo.

Se trataba de un tugurio de los viejos tiempos enfrente del edificio del First National, donde yo tengo mi oficina en la planta cincuenta y uno (aquellas curvas sin barrer que suben y suben). El Italian Village es uno de los pocos restaurantes de la ciudad que tienen reservados para la seducción o el

trapicheo. Se remonta a los años veinte y está decorado como una feria en medio de Litde Italy, con tiras de bombillas y ruedas de luces. También recuerda a una galería de tiro. O a un escenario expresionista. Como la ley seca ya casi no existía, el viejo laberinto lo habían convertido en oficinas, y el Village se había transformado en un lugar respetable, conocido de todas las estrellas de los musicales. Allí las divas de paso y los grandes barítonos se inflaban de risotto después de cantar en el Lírico. En las paredes colgaban fotos dedicadas de artistas. Sin embargo, el sitio conservaba su atmósfera estilo Al Capone: una salsa tan roja como la sangre, el olor a pies de los quesos y muchos platos compuestos por invertebrados sacados del fango del mar.

Hablamos poco de cosas personales. ¿Trabajaba yo enfrente?, me preguntó Tanky. Sí. Si me hubiera preguntado cómo pasaba los días, habría empezado por decirle que me levantaba a las seis para jugar al tenis de mesa y que la sangre empezara a circular, y que cuando llegaba a la oficina leía el *New York Times*, el *Wall Street Journal*, el *Economist* y el *Barron's*, y que hojeaba algunos recortes y mensajes que me preparaba mi secretaria. Cuando había tomado nota de los principales hechos, los ponía todos a mi espalda y dedicaba el resto de la mañana a mis intereses privados. Pero el primo Tanky no me preguntó cómo pasaba yo los días. Mencionó nuestras edades respectivas —yo tengo diez años más que él— y dijo que mi voz se había vuelto más profunda con los años. Sí. Mi bajo profundo no servía para nada más que para añadir profundidad a las pequeñas galanterías que pronunciaba. Cuando le ofrezco una silla a una dama en una cena, se siente envuelta en la profundidad de mi voz. O cuando consuelo a Eunice, y Dios sabe que lo necesita, mis murmullos incoherentes parecen darle una sensación de seguridad.

Tanky dijo:

—Por alguna razón, tú estás al tanto de la vida de todos los primos, Ijah.

El profundo sonido que emití en respuesta era neutro. No me parecía bien hacer referencia, ni siquiera levemente, a la carrera de él en el sindicato o a su reciente proceso.

—Cuéntame lo que fue de Miltie Rifkin, Ijah. Me dio un respiro cuando me licenciaron del ejército.

—Ahora Miltie vive en el Sunbelt. Se casó con la telefonista del hotel.

Vaya, Tanky me podría haber proporcionado *a mí* una información fascinante sobre Miltie, porque sé que el primo Miltie había estado deseando meter más a Hoffa en lo del hotel. Hoffa tenía unas enormes reservas de dinero detrás, todos aquellos miles de millones en el fondo de pensiones. Miltie era grueso, casi obeso, con un agradable rostro de halcón, un perfil orgulloso, su animado cuerpo más vestido de la cuenta, de manera barata y ostentosa, y la mirada desafiante y guerrera. Un tío listo para hacer dinero, de temperamento colérico y, cuando le daban los ataques, peligrosamente rápido para dar puñetazos. Era una locura que peleara tanto. Su anterior mujer, Libby, que pesaba más de ciento diez kilos, andaba siempre de prisa por el hotel con sus tacones de aguja: era lo que solíamos llamar una «rubia suicida» (teñida por su propia mano). Se ocupaba de los suministros, las reservas, la dirección, las amenazas, los rapapolvos del *garde manger*, los despidos de las gobernantas y la contratación de camareros. Libby tenía exactamente el físico de un actor de teatro tradicional japonés. Tratar de contener a Miltie (eran menos marido y mujer que socios en el negocio) era el trabajo ideal para ella. Varias veces Miltie se quejó a Hoffa de uno de sus matones, cuyos cheques personales no se podían cobrar. El matón, cuyo nombre he olvidado, pero recuerdo que para aparcar el coche tenía una pegatina de clérigo en el parabrisas de su Chrysler, tumbó a Miltie a puñetazos en el vestíbulo, para después estrangularlo hasta casi matarlo. Este suceso llamó la

atención de John F. Kennedy, que por entonces trataba de atrapar a Hoffa, de modo que Kennedy firmó una orden de comparecencia para que el primo Miltie testificara ante la Comisión McClellan. Prestar testimonio contra la gente de Hoffa habría sido una locura. Libby se puso a pegar gritos cuando se enteró de que había una orden de citación en camino: «Mira lo que has hecho. ¡Te van a cortar en pedazos!».

Miltie huyó. Se fue en coche a Nueva York, donde embarcó el Cadillac en el *Queen Elizabeth*. No huyó solo. La telefonista le hacía compañía. En Irlanda fueron huéspedes del embajador norteamericano (por mediación del senador Dirksen y de su ayudante especial, Julius Farkbash). Mientras se alojaba en la embajada de Estados Unidos, Miltie compró nas tierras en lo que más tarde se convertiría en el nuevo aeropuerto de Dublín. No obstante, compró en el lugar equivocado. Después de aquello él y su futura esposa volaron al continente en un avión de transporte que llevaba también el Cadillac. Durante los vuelos se entretuvieron haciendo crucigramas. Aterrizaron en Roma...

Le ahorré a Tanky estos detalles, muchos de los cuales probablemente conocía. Además, aquel hombre había visto tanta acción que no habría valido la pena mencionarlos. Habría supuesto una infracción de algún tipo hablar de Hoffa o hacer referencia a la evasión de una orden de citación. Tanky, por supuesto, se había visto obligado a rechazar la oferta usual de inmunidad federal. Habría sido fatal aceptarla. Uno entiende estas cosas mejor ahora que han salido a la luz las cintas del FBI y otros elementos de prueba del juicio Williams-Dorfman. Mensajes como: «Dile a Merkle que, si no nos vende el control de su empresa con nuestras condiciones, nos vamos a ocupar de él. Y no solo de él. Dile que también cortaremos en pedazos a su mujer y estrangularemos a sus hijos. Y de paso dile a su abogado que le haremos lo mismo a él, a su mujer y a sus hijos».

Tanky no era ningún asesino. Él era la mano derecha de Dorfman, un miembro de su equipo jurídico y financiero. No obstante, sí que lo enviaban a intimidar a personas que tardaban en cooperar o en pagar. Él aplastaba su puro en las delicadas terminaciones de los escritorios y rompía retratos enmarcados de esposas e hijos (lo cual en algunos casos me parece buena idea). Tenía que haber en juego millones de dólares. Él no se ponía violento por menudencias.

Naturalmente, también habría sido ofensivo hablar de Hoffa, porque Tanky podía ser uno de los pocos que sabían cómo había desaparecido Hoffa. Yo mismo, después de leer mucho (teniendo como motivo un primo preocupado), estaba convencido de que Hoffa había entrado en un coche para ir a una reunión «de reconciliación» en Detroit. De inmediato lo golpearon en la cabeza y es probable que lo asesinaran en el asiento de atrás. Su cuerpo lo hicieron jirones en una máquina y lo incineraron en otra.

En el aspecto de Tanky se veía que sabía mucho de esos acontecimientos, en la hinchazón de su cara: un edema lleno de secretos mortales. Este conocimiento lo hacía peligroso. Porque por eso iba a ir a prisión. La organización, convencida de que era inquebrantable, se ocuparía de él. Lo que necesitaba de mí no era más que una carta privada al juez. «Su Señoría: le presento este escrito en nombre del acusado en el caso Estados Unidos *versus* Raphael Metzger. La familia me ha pedido que interceda como amigo ante el tribunal y lo hago plenamente convencido de que el jurado ha hecho bien su trabajo. No obstante, voy a tratar de persuadirlo de que sea indulgente a la hora de dictar sentencia. Los padres de Metzger eran personas buenas, decentes...». Podría añadir, quizá: «Yo lo conocí en su infancia» o «Yo estaba presente en su circuncisión».

Estos no son asuntos que haya que contarle al tribunal: que era un niño enorme; que nunca se

instaló algo tan grande en una sillita alta; o que sigue teniendo la misma expresión con la que nació, una expresión de seguridad, de alegre insolencia. Su caso es el del proverbio español: «Genio y figura hasta la sepultura». El sello divino o, como la mayoría preferiría decir, el sello genético, es visible incluso en la corrupción y la ruina. Él y yo pertenecemos a la misma fuente genética, con una cierta diferencia de escala. Yo tengo una constitución mucho más estrecha. No obstante, algunos de esos mismos rasgos se encuentran allí: los pliegues en las mejillas, un aire en la punta de la nariz y, sobre todo, la tendencia a tener el labio inferior grueso. Esa manera en que la boca se inclina hacia el mundo normal. Estas características se podrían encontrar también en los retratos familiares de la patria: los ortodoxos, un tipo humano totalmente diferente. Y sin embargo los homólogos de los hombres con barba, una banda deferente debajo de un ancho cráneo, el choque de una mirada fija procedente de un par de ojos esotéricos, todavía pueden reconocerse en sus descendientes.

Unos primos en un restaurante italiano, examinándose el uno al otro. No era ningún secreto que Tanky me despreciaba. ¿Cómo podía ser un secreto? El primo Ijah Brodsky, que hablaba con palabras extrañas, que nunca tenían sentido realmente, y que actuaba por motivos extraños, raros. Estudió piano, lo promocionaron como una especie de prodigio, causó sensación en el Kirnball Building (el arca de Noé de los maestros músicos europeos extraviados), trabajó para la Enciclopedia Compton, editó una revista, estudió idiomas (griego, latín, ruso, español) y también lingüística. Yo había tornado Norteamérica de la manera equivocada. Solo había un idioma para un realista, y ese era el idioma de Hoffa. Tanky pertenecía a su escuela, que en más de la mitad de sus postulados era prácticamente idéntica a la escuela de Kennedy. Si uno no hablaba auténtico, hablaba falso. Si uno no era duro, era blando. Y no olvidemos que, en una época, cuando sus jefes estaban en prisión, Tanky, el ayudante, dirigió una institución que posee más propiedades que el Chase Manhattan Bank.

Pero volvamos al primo Ijah: la música, no; la lingüística, tampoco; lo siguiente que hizo fue distinguirse en la escuela de Derecho de la Universidad de Chicago, después de desengañarse con los metafísicos de la universidad. Pero tampoco ejerció el derecho; aquella era simplemente una fase más. Una estrella que nunca significó nada. Se enamoró de una concertista de arpa que solo tenía ocho dedos. Como no fue correspondido, la cosa no resultó; ella le era fiel a su marido. La mujer de Ijah, que organizaba el programa de televisión, había sido astuta como el diablo. Tampoco pudo hacer nada con él.

Como era ambiciosa, lo desechó cuando estuvo claro que Ijah no estaba hecho para trabajar en equipo y que carecía de los instintos del cazador. Ella era como Libby, la mujer del primo Miltie, y se consideraba a sí misma parte de una pareja imperial, la pareja dominante.

¿Qué iba a hacer Tanky con alguien como Ijah? Ijah *no* era pasivo. Ijah sí tenía un plan de vida. Pero ese plan era incomprensible para sus contemporáneos. De hecho, parecía que no tenía ningún contemporáneo. Tenía contactos con los vivos. Y eso no era exactamente lo mismo.

La característica principal de nuestra existencia es el *suspense*. Nadie, nadie en absoluto, puede decir cómo va a acabar. Lo curioso y cómico para Tanky era que Ijah fuera tan respetado y que tuviera contactos tan importantes. Aquel Ijah de la voz profunda, miembro de tantos clubes y asociaciones de la clase alta, era un caballero. ¡El primo de Tanky un *caballero*! La calva cabeza de Ijah, con el rostro razonablemente arreglado, salía en la prensa. Era obvio que ganaba bastante dinero (menudencias para Tanky). Era posible que se resistiera a desvelarle a un juez federal que era pariente cercano de un delincuente convicto. Pero, si eso era lo que pensaba Tanky, se equivocaba. Años antes, Ijah era una especie de loco. Su programa de televisión era como una comedia, uno de

los números de los hermanos Marx. Era una sucesión de absurdos. La conducta de Ijah es muy distinta hoy día. Hoy día es tranquilo, un caballero. ¿Qué hace falta para ser un caballero? Solía ser necesario heredar tierras, tener linaje y conversación. Hacia finales del siglo pasado, con el griego y el latín bastaba, y yo conozco un poco de cada uno de ellos. Si vamos a eso, yo tengo una ventaja suplementaria porque no tengo que ser antisemita ni fortalecer mis credenciales de persona civilizada atacando a los judíos. Pero eso no importa ahora.

«Su Señoría, podría resultar instructivo conocer los hechos tal y como se produjeron en un caso que ha juzgado usted. En el banquillo, uno se entera rara vez de las circunstancias que rodean un caso. Como primo de Metzger, yo puedo ser *amicus curiae* en un sentido más amplio.

»Recuerdo a Tanky en su silla alta. Tanky es como lo llamaban en el equipo de fútbol del Instituto Schurz. Para su madre era R'foel. Ella lo llamaba Folya, o Folka, porque era una mujer de pueblo, nacida detrás de la valla de la granja. Era un niño tremendo, ahí atado, luchando con sus ataduras. Tenía una voz potente y los mofletes sonrosados. Como a otros niños, debieron de alimentarlo con Pablum o Farina, pero la prima Shana también le daba de comer otras cosas más fuertes. En su cocina preparaba platos primitivos como la gelatina de pies de ternera, y yo recuerdo haber comido pulmones estofados, que tenían una textura esponjosa, sabrosa pero correosa, con mucho cartílago. La familia vivía en la calle Hoyne, en una casita de ladrillo con toldos rayados, unas rayas anchas alternadas en blanco y naranja. La prima Shana era una persona de mucha fuerza, y llevaba la casa como se había hecho durante cientos de años. Era una mujer ancha, una especie de caldera humana. Su conversación era de estilo exclamativo. Empezaba diciendo, en yídish: “¡Oídmme, oídmme, oídmme, oídmme!”. Y entonces te decía su opinión. Es posible que las personas de su clase se hayan extinguido en Norteamérica. A mí me impresionaban enormemente. Nos queríamos mucho, y yo iba a casa de los Metzger porque allí me sentía en casa y también para ver y oír una vida familiar normal.

»La tía de Shana era mi abuela. Mi abuelo paterno formaba parte de aquella decena de hombres que habían memorizado el Talmud babilónico al completo (¿o era el de Jerusalén?, no lo sé). Toda mi vida me he preguntado para qué harían eso. Pero lo hicieron.

»El padre de Metzger vendía artículos de mercería en el Boston Store, abajo en el Loop. En el imperio austrohúngaro había recibido una formación de cortador y también de diseñador de ropa de hombres. Era un hombre muy habilidoso y siempre iba bien vestido, bajo y fornido, calvo a excepción de un rizo en la frente, peinado para que el rizo se desviara hacia la derecha. Algunos hombres son calvos calladamente; la calvicie de Metzger era una calvicie expresiva; en la piel se le formaban bultos por el estrés, que se disolvían cuando volvía la calma. No hablaba mucho; en vez de eso, sonreía y sonreía, y, si es que hay un meridiano celestial del buen humor, ese meridiano pasaba por su rostro. Tenía unos dientes cándidos y breves separados por espacios considerables. ¿Qué más? Insistía mucho en el respeto. Nadie debía dar por hecha su amabilidad. Cuando se enfurecía, como no encontraba palabras, su aspecto se volvía sofocado, mientras que bajo su cuero cabelludo se formaban grandes bultos. Siq embargo, esto se veía rara vez. Tenía un tic en los párpados. Además, sobre todo a los chicos, les decía obscenidades inofensivas en yídish (esto era señal de que te otorgaba su confianza). Y que seríais amigos cuando tú tuvieras edad suficiente.

»Solo una cosa más, Su Señoría, si le importan los antecedentes personales del acusado. Al primo Metzger, su padre, le gustaba darse un paseo al caer la tarde y a menudo venía a jugar a las cartas con mi padre y mi madrastra. En invierno bebían té con confitura de frambuesa; en verano me enviaban al almacén a comprar un paquete de un cuarto de helado de tres sabores: vainilla, chocolate y fresa.

Había que pedir un napolitano. Jugaban al póquer con peniques y muchas veces se quedaban hasta más de medianoche.»

—Tengo entendido que eres amigo de Gerard Eiler —dijo Tanky.

—Conocido ...

—¿Has ido alguna vez a su casa?

—Hace unos veinte años. Pero la casa ha desaparecido, al igual que su mujer. También solíamos vernos en las fiestas, pero el hombre que las celebraba falleció. Aproximadamente la mitad de aquel círculo social está en el cementerio.

Como de costumbre, di más información de la que necesitaba mi interlocutor, ya que aprovechaba cualquier ocasión para transmitir mi visión de la vida. Antes de mí, mi padre también solía hacer lo mismo. Pero esa costumbre puede ser irritante. A Tanky no le importaba quién estaba en el cementerio.

—¿Conocías a Eiler antes de que fuera juez?

—Oh, mucho antes...

—Entonces tú podrías ser la persona que le escribiera sobre mí.

Sacrificando una hora en mi escritorio, podía ahorrarle a Tanky un montón de años de prisión. ¿Por qué no iba a hacerlo por los viejos tiempos, por sus padres, a los que yo quería tanto? *Tenía* que hacerlo si quería continuar con estos ejercicios de memoria. Mis recuerdos serían una porquería si dejaba en la estacada al hijo de Shana. No tenía espacio para decidir si esta decisión era sentimental o moral.

También podía escribirle a Eiler para presumir de la influencia que tan extrañamente poseía. La interpretación que Tanky hiciese de mis motivos sería un tema curioso. ¿Deseaba yo dejar claro que, a pesar de parecerle a él un cerebro de mosquito, había motivos sensatos por los que una carta mía podía tener su peso con un veterano del poder judicial federal como Eiler? ¿O demostrar que yo había vivido bien? Él nunca iba a reconocerlo. En todo caso, con una condena larga encima de su cabeza, no estaba de humor para estudiar los misterios de la vida. Estaba muerto, muy deprimido.

—Ahí enfrente, en el First National, es todo bastante llamativo.

Abajo, en la plaza, está el gran mosaico de Chagall, que costó millones, y que tiene como tema el Alma del Hombre en América. Muchas veces dudo que el viejo Chagall tuviese la fuerza necesaria para hacer esa lectura. Es demasiado etéreo. Demasiada fantasía.

Yo expliqué:

—El grupo para el que trabajo asesora a los banqueros en lo referente a los préstamos extranjeros. Nos especializamos en derecho internacional: economía política y todo lo demás.

Tanky dijo:

—Eunice está muy orgullosa de ti. Me manda recortes de prensa sobre cómo hablas en el Consejo de Relaciones Extranjeras. O cuando te sientas con el gobernador en el mismo reservado de la ópera. También acompañaste a la esposa de Anwar el-Sadat cuando le concedieron el título honorífico. Y juegas al tenis de mesa con *políticos*.

¿Cómo era posible que los intereses esotéricos del primo Ijah le dieran acceso a esas personas destacadas: mecenas, políticos, señoras de la alta sociedad, viudas de dictadores? Tanky atacaba mucho a los políticos. Sobre políticos él sabía más de lo que yo sabría nunca, conocía a la gente *de verdad*; había hecho negocios con la gente de la maquinaria del Estado, tenía relaciones de hecho con ellos. Podía decirme *a mí* quién tomaba dinero de quién, qué grupo poseía cada cosa, quién era

proveedor de las escuelas, los hospitales, la cárcel del condado y otras instituciones, quién ordenaba las viviendas públicas, quién concedía las franquicias y quién cerraba los mejores tratos. A menos que uno estuviera dentro desde hacía tiempo, no era posible averiguar los oscuros manejos entre la mafia y la maquinaria del Estado. A veces se revelaban algunos. Hace muy poco, dos sicarios trataron de asesinar a un proveedor de droga japonés en su coche. Su nombre era Tokio Joe Eto. Le dispararon tres veces en la cabeza y los expertos en balística aún no son capaces de explicar por qué ninguna de las balas penetró en el cerebro. Como no tenía nada más que perder, Tokio Joe dio los nombres de los asesinos, uno de los cuales resultó ser ayudante del sheriff del condado. ¿Había otros empleados de la ciudad o del condado haciendo horas extra para la mafia? Nadie se ofreció a investigarlo. El primo Tanky conocía la respuesta a muchas preguntas de ese tipo. De ahí la mirada burlona que me dirigió en el comedor. Pero incluso esa mirada estaba diluida, muy por debajo de su fuerza habitual. Al enfrentarse a las sombras de prisión, no se sentía bien. En la familia teníamos nuestra relación de delincuentes, pero pocos habían acabado en la penitenciaría. No obstante, él no tenía intención de hablar de eso conmigo. Todo lo que quería es que yo hiciera uso de la influencia que pudiera tener. Valía la pena intentarlo. Otra plancha en el fuego. En cuanto a mis motivos para aceptar interceder, eran demasiado oscuros para que mereciera la pena examinarlos. Sentimientos. Locura excéntrica. Vanidad.

—Muy bien, Raphael. Le escribiré una carta al juez.

Lo hice por el tic del primo Metzger. Por las tres capas de helado napolitano. Por el furioso crecimiento hacia arriba del pelo teñido de la prima Shana y por las ávidas venas que tenía en las sienes y en medio de la frente. Por la fuerza con que avanzaban sus pies desnudos mientras pasaba la mopa por el suelo y extendía las páginas del *Tribune* por encima. Era también por el tartamudeo de la prima Eunice y por las lecciones de dicción que lo curaron, por los recitados de James Whitcomb Riley que le hacía a la cautivada familia y la determinación del «a-a-a-a-a-a-a-a» con que se enfrentaba al reto de «El hielo envuelve a la calabaza». Lo hice porque yo había estado presente en la circuncisión del primo Tanky y había oído su llanto. Y porque su descomunal cuerpo estaba ahora rodeado de derrota. Le había desaparecido el rizo de la barba. Parecía el contrincante de la muerte y tenía las mejillas maltratadas bajo los ojos. Y si él creía que yo era el sentimental y él el nihilista se equivocaba. Yo mismo tengo algo de experiencia del mal y de la disolución de los viejos lazos de la existencia; de las heridas que han surgido en el cuerpo de la humanidad, que yo, sin embargo, siento el impulso de tocar con mis propias manos.

Escribí aquella carta porque los primos son la elección de mi memoria.

«Su Señoría, los padres de Raphael Metzger era gente trabajadora, respetuosa de la ley, ni siquiera una multa de tráfico en su expediente. Hace más de cincuenta años, cuando los Brodsky llegaron a Chicago, los Metzger les acogieron durante semanas. Dormimos ambos en el suelo, como hacían entonces los inmigrantes sin dinero. A nosotros, los niños, nos vestía, nos bañaba y nos daba de comer la señora Metzger. Esto era antes de que naciera el acusado. Es cierto que Raphael Metzger se convirtió en un tipo duro. Sin embargo, no ha cometido ningún delito violento y es posible que, con esos antecedentes familiares, llegue a convertirse en un buen ciudadano. En la sentencia previa de la vista, los especialistas han testimoniado que padece enfisema y también presión sanguínea alta. Si tuviera que cumplir una condena en una de las presiones más duras, su salud podría resultar dañada de manera irreparable.»

Esto último eran puras bobadas. Una buena prisión federal es como un sanatorio. Más de un ex

convicto me ha dicho: «En la cárcel hicieron de mí un hombre nuevo. Me arreglaron la hernia y me operaron las cataratas, me dieron dientes postizos y me proporcionaron una ayuda para el oído. Yo solo no habría podido permitírmelo».

Un veterano como Eiler ha recibido muchas cartas pidiendo clemencia. Miles de ellas las envían líderes de organizaciones cívicas, miembros del Congreso y, aseguró, otros jueces federales, y todos ellos hacen uso del lenguaje bajo de la moralidad: cartas hablando a favor de votantes con buenos contactos o amiguetes de la política, o viejos amigos de negocios. Se podía confiar en el juez Eiler para que leyera entre líneas. Puede incluso que yo resultara eficaz. A Tanky le cayó una condena corta. Desde luego, Eiler comprendía que Tanky actuaba por instrucciones de sus superiores. Si hubo sobornos, no guardó mucho dinero. Es probable que algunos pavos se le pegaran a los dedos, pero nunca habría sido propietario de cuatro grandes casas, como algunos de sus jefes. Creo también que el juez conocía las investigaciones secretas que se estaban llevando a cabo entonces y las acusaciones que preparaban los grandes jurados. El gobierno buscaba presas más grandes. Estos no son asuntos que Eiler vaya a tratar nunca conmigo. Cuando nos vemos, hablamos de música o tenis, y a veces del comercio exterior. Cotilleamos sobre la universidad. Pero Eiler sabría que una condena dura podía poner en peligro la vida de Tanky. Habría sospechado que habían dado información para salir antes. Todo el mundo sabe que al patrón de Tanky, Dorfman, lo asesinaron el año pasado después de cumplir condena por el caso del soborno de Nevada, porque lo iban a mandar a cadena perpetua y por tanto era probable que lo hubieran elegido para hacer un trato con las autoridades. A Dorfman le pegaron un tiro en la cabeza el invierno pasado dos hombres, lo ejecutaron con mucha destreza en un aparcamiento. Las cámaras de televisión tomaron muchos planos cercanos de la nieve fangosa manchada de sangre. Nadie se molestó en limpiarlo, y en mi imaginación la ratas venían por las noches para lamerlo. Como esperaba morir, Dorfman no tomó ninguna medida para protegerse. No contrató a ningún guardaespaldas. Un tiroteo generalizado entre los guardaespaldas y los matones podría haber tenido como consecuencia represalias para su familia. De manera que soportó en silencio la sensación de ser un hombre condenado mientras esperaba el golpe inevitable.

Hay un comentario sobre cómo piensa la gente sobre esas cosas en Chicago, sobre una cierta estabilidad que han aceptado todos. Compra barato y vende caro constituye el alma misma del negocio. Los cimientos de la estabilidad política, de la democracia, incluso según sus eminentes filósofos, son la estafa y el fraude. Ahora bien, si el fraude se hace bien, se gana la propia inmunidad. A los grandes directivos, los abogados y los centros de poder, que son los que extienden las redes más fatales, a esos nunca los cortan en pedazos y los incineran, esos nunca se dejan la sangre y los sesos por los aparcamientos. Por tanto, la gente de Chicago les tiene un cierto respeto a esos delincuentes con cuatro mansiones que arriesgan la vida en delitos de alta visibilidad. Estamos ante el miedo a la muerte que define al burgués básico. El público de Chicago no examina sus actitudes tan de cerca, pero ahí lo tienen: el pez gordo de la mafia ha preparado su alma para la ejecución. *Tiene* que hacerlo. El hombre de la calle sigue agradeciendo recordatorios tan elementales como que la justicia existe. (Estoy sufriendo un momento de indignación impotente; dejémoslo ya.)

Tengo que confesar que me avergonzaron con la entrega de una caja de Lafite Rothschild antes de que se dictara la sentencia. Yo aún no le había enviado mi carta al juez. Como miembro (no en activo) del colegio de abogados, recuerdo este detalle como algo desagradable. Nadie tiene que saberlo. El camión de los licores Zimmerman me trajo una docena de deliciosas botellas demasiado contaminadas por la conciencia como para poder beberlas. Se las di a mis anfitrionas, como regalos

en cenas. Por lo menos, Tanky sabía lo que era un buen vino.

En el Italian Village yo había pedido Nozzole, un Chianti bastante decente que Tanky apenas probó. Peor para él si no se permitía beber un poco. Yo le podía haber hecho una divertida confidencia entre primos (sin que nadie lo supiera). En realidad, también participo en el préstamo de grandes sumas. Tanky trataba con millones. Yo, en calidad de la persona que prepara los documentos, participo en el préstamo de miles de millones a México, Brasil, Polonia, y otros países sin arreglo. Aquel mismo día, el representante de un Estado del oeste africano había sido enviado a mi oficina para debatir algunos aspectos de los problemas que tenía su país con el dinero en efectivo; en particular, la restricción a las importaciones de productos europeos de lujo, especialmente los automóviles alemanes e italianos que utilizan los miembros de su gobierno (en ellos hacen excursiones los domingos con sus esposas y sus hijos para presenciar las ejecuciones públicas: la mayor diversión de la semana; esto me lo dijo en su encantador inglés de la Sorbona).

Pero Tanky nunca habría respondido con confidencias sobre su equipo, de manera que realmente no hubo oportunidad de iniciar esa conversación que prometía ser tan interesante entre dos primos judíos que manejaban sumas tan grandes de dinero.

En lugar de ese diálogo privado y confidencial, se produjo un profundo silencio. Los pozos de silencio son lo que da a un bajo profundo como el mío su resonancia oceánica cuando se reanuda la conversación.

Hay que decir que lo que más me absorbe no es el trabajo de la oficina. Me consumen distintos intereses y pasiones. A eso voy.

Si le quitaban algún tiempo por buen comportamiento, Tanky tendría que cumplir únicamente unos ocho meses en una cárcel decente del Sunbelt, donde, por su formación de contable, podía estar seguro de que le asignaran algún trabajo ligero, sobre todo relacionado con ordenadores. Uno creería que eso lo iba a satisfacer. Pues no, estaba inquieto e impaciente. Al parecer, creía que Eiler sentía debilidad por el raro y estrambótico primo Ijah. Puede que incluso llegara a la conclusión de que Ijah «sabía algo» del juez, si es que yo sé algo sobre la manera en que funcionan las mentes en Chicago. En todo caso, la prima Eunice volvió a telefonar para decir: «Tengo que verte». Si hubiera sido para ella, habría dicho: «Me gustaría verte». De manera que supe enseguida que era para Tanky. ¿Y ahora qué?

Reconocí que no podía negarme. Estaba atrapado. Porque cuando Coolidge era presidente, los Brodsky habíamos dormido en el suelo de la prima Shana. Estábamos hambrientos y ella nos dio de comer. Las palabras de Jesús y los profetas nunca pueden extraerse de la sangre de algunas personas.

Vaya, yo estoy completamente de acuerdo con Hegel (conferencias en Jena, 1806) en que toda la masa de ideas que han estado vigentes hasta ahora, «las propias ataduras del mundo», se están disolviendo y derrumbando como una visión en un sueño. Está a punto de surgir —o más vale que así sea— un nuevo espíritu. O, como lo ha expresado otro pensador y visionario, durante mucho tiempo a la humanidad la sostuvo una música no escuchada que la mantenía a flote y le daba continuidad, coherencia. Pero esa música humanística ha cesado y ahora surge una música distinta y bárbara, ha empezado a manifestarse una fuerza elemental y diferente, que hasta ahora no tiene forma.

Eso también es una buena manera de presentar la cuestión: una orquesta cósmica que envía música ha cancelado de pronto su concierto. ¿Y dónde nos deja eso en lo referente a primos? Yo me limito a los primos. Es cierto que tengo hermanos, pero uno de ellos es un funcionario de Exteriores al que nunca veo, mientras que el otro tiene una flota de taxis en Tegucigalpa y ha renunciado por

completo a volver a Chicago. Yo estoy bloqueado en un pequeño puerto histórico, a decir verdad. No puedo navegar hacia delante; ni siquiera puedo liberarme de los lazos judíos de los primos. Puede que la disolución de los lazos del mundo afecte a los judíos de distintas maneras. Toda la masa de ideas que hasta ahora eran corrientes, los propios lazos del mundo...

Pero ¿qué tiene que ver Tanky con lazos o ataduras? Pasó años en los bajos fondos. Desprecia a su hermana. Piensa que su primo Ijah es un tío raro. Aquí, ante nuestros ojos, hay una vida que todos han aceptado. Pero no el primo Ijah. ¿Por qué se resiste? ¿De qué espera él que proceda todo? Si no se mete en las cosas tan satisfactorias para las personas más poderosas e importantes de por aquí, entonces, ¿dónde satisface sus instintos?

Muy bien, nos vimos en el Italian Village para beber Nozzole. El Village tiene tres plantas y tres comedores, que yo llamo el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. La ternera al limón la comimos en el Paraíso. En su momento de necesidad, Tanky se volvió hacia Ijah. La consanguinidad judía: un fenómeno especial, un arcaísmo del que los judíos se estaban despojando hasta que el presente siglo los frenó. El mundo, en su disolución, se derrumbó al parecer en sus cabezas, y ese despojo no pudo continuar. Muy bien, pues ahora llevo a Eunice a comer en la planta de arriba del rascacielos del First National, uno de los más curiosos monumentos del presente (¿hasta dónde puede llegar la rareza de este presente?). Le muestro la vista y a lo lejos, muy lejos, por debajo de nosotros, está el Italian Village, una pequeña porción de arquitectura del viejo mundo, de la época de Hansel y Gretel. El Village está rodeado de un lado por los exuberantes y opulentos espacios verdes de la nueva central de Xerox y del otro por la Bells Savings Corporation.

Soy dolorosamente consciente de que a Eunice la han operado de cáncer. Sé que debajo de la blusa lleva una atormentada rosa de tejido en carne viva y la última vez que nos vimos me contó los dolores que tiene debajo del brazo y el terror a que se reproduzcan. Por cierto, que su dominio de la terminología médica es impresionante. Y nunca encuentra una oportunidad de olvidar cuánta ciencia del comportamiento ha estudiado. Para contrarrestar los viejos afectos y la piedad, yo doy un rodeo de autodefensa para evitar mencionar cualquier hecho negativo sobre la familia Metzger. Primero la brutalidad de Tanky. Después el hecho de que el viejo Metzger solía frecuentar los espectáculos burlescos y subidos de tono cuando podía sacar una hora de sus deberes en el Boston Store. Yo lo veía en aquellos tugurios oscuros y verdosos de la calle South State cuando yo hacía novillos. Pero aquello no era tan negativo. Era más conmovedor que pecaminoso. Era su manera de volver a la vida; una especie de respiración artificial. Cualquier hombre que tenga un poco de delicadeza sexual puede sentirse golpeado en los genitales por un paso de baile atrevido después de cumplir con sus obligaciones conyugales en los suburbios. La prima Shana era un encanto pero en ella no había nada del ideal erótico de mujer. En todo caso, la calle South State no era más que lujuria barata en el Chicago barato. En el refinado Oriente, incluso en las ciudades santas, se ofrecían al público espectáculos infinitamente más corruptos. Entonces traté de buscar cómo podía condenar a la prima Shana, e incluso cómo podía renegar de ella.

Hacia el final de su vida, propietaria de un gran edificio de apartamentos, hacía autoestop en Sheridan Road para ahorrarse el billete del autobús. Para dejarle más dinero a Eunice, se mataba de hambre, según decían algunos primos. Añadían que ella, Eunice, iba a necesitar hasta el último penique porque Earl, su marido, empleado de Park District, depositaba en el banco su cheque semanal tan pronto como se lo pagaban, lo encerraba en su cuenta personal de ahorros. Rechazaba toda responsabilidad financiera. Eunice pagó completamente sola todos los gastos escolares de sus hijas.

Era psicóloga en la junta de Enseñanza. Su profesión eran los tests mentales (su «especialidad», como habría dicho Tanky).

Eunice y yo nos sentamos a la mesa que tenemos reservada en la cima del First National Bank y ella me transmite la nueva petición de Tanky. La ansiedad de servir a su hermano la consume. Es una madre como su propia madre, toda sacrificio, y una hermana que acompaña. Tanky, que procuraba ver a Eunice una vez cada cinco años, ahora está en contacto permanente con ella. Ella me trae los mensajes de él. Yo soy como el gran pez del cuento de Grimm. El pescador lo liberó de su red y se le han concedido tres deseos. Ahora estamos en el deseo número dos. El pez escucha en el comedor de ejecutivos. ¿Qué pide Tanky? Otra carta al juez, para pedirle exámenes médicos más frecuentes, una visita a un especialista, na dieta especial. «Las cosas que le dan de comer lo ponen enfermo.»

Ahora el gran pez debería decir: «¡Cuidado!». En vez de eso lo que dice es: «Puedo intentarlo».

Habla con sus tonos más profundos, una profundidad hermosa, tres notas sacadas del bajo doble, o ese barítono extraño: un antiguo instrumento de cuerda, en parte guitarra y en parte viola baja; Haydn, que amaba el barítono, escribió unos tríos conmovedores para él.

Eunice dijo:

—Mi misión especial es sacarlo vivo de allí.

Para que reanude su existencia aún más metido dentro de la esfera del dinero ilícito, trabajando con hoteles del tipo de Las Vegas, con buen aspecto (para su enfermedad) en medio de artefactos brillantes diseñados para representar ante todo el mundo el retrato de la salud perfecta.

Eunice estaba llena de sentimientos para los que no había expresión. Ella dedicaba sus habilidades articularias a temas más accesibles. Lo que hacía difícil la comunicación era que estaba muy orgullosa del vocabulario especial que había llegado a dominar. Estaba muy orgullosa de su título en Psicología de la Educación. «Soy una profesional», decía. Esto lo metía en la conversación todas las veces que le era posible. Ella era la que cumplía los oscuros y fuertes designios de su madre, su ambición por su hija. Eunice no era bonita, pero Shana la amaba infinitamente. La habían vestido con tanta delicadeza como a las otras niñas, con vestidos de fiesta estampados y pololos (visibles) del mismo tejido estampado, al estilo de los años veinte. Para las demás niñas de su edad era, sin embargo, una gigante. Además, la tensión del tartamudeo le congestionaba el rostro. Pero después aprendió a hablar con atrevidas frases declarativas que absorbían y contenían la terrible energía del tartamudeo. Con una disciplina admirable, había conseguido dominar las fuerzas de su desgracia.

Me dijo:

—Siempre has estado dispuesto a aconsejarme. Siempre sentí que podía volverme hacia ti. Te estoy agradecida, Ijah, por tener tanta compasión. No es ningún secreto que mi marido no es una persona que me apoye mucho. Dice que desprecia todo lo que yo sugiero. Todo el dinero tiene que estar totalmente separado. «Yo, el mío; tú, el tuyo», me dice. No quería que las niñas fueran más allá del instituto: toda la educación que tuvo él. Tuve que vender el edificio de mamá, yo misma hice la hipoteca. Es una pena que los precios estuvieran tan bajos entonces. Ahora están por las nubes. Financieramente, con ese negocio metí la pata hasta el fondo.

—¿No te aconsejó Raphael?

—Me dijo que estaba loca por gastarme toda mi herencia en las niñas. ¿Qué iba a hacer cuando fuera vieja? Earl utilizó el mismo argumento. Nadie debería depender de nadie. Él dice que todos debemos ser independientes.

—Tu dedicación a tus hijas es algo fuera de lo común... Yo solo conocía a la menor, Carlotta,

que tenía ese tipo oscuro y el porte altivo de un esquimal. Para mí eso no es nada peyorativo. Por el contrario, me fascinan las regiones polares y sus pueblos. Carlotta tenía unas uñas largas, afiladas y pintadas, una mirada febril, una conversación apasionada e inconsecuente. En una cena familiar a la que asistí, tocó el piano tan mal que la conversación estaba descartada, y cuando la prima Pearl le pidió que tocara más bajo se echó a llorar y se encerró en el baño. Eunice me dijo que Carlotta iba a dimitir del Peace Corps para irse a vivir a un asentamiento armado de la Ribera Occidental.

Annalou, la hija mayor, tenía unas ambiciones más firmes. Sus notas no habían sido lo suficientemente buenas como para entrar en las mejores escuelas de medicina. Ahora la prima Eunice me hizo un relato sorprendente de su educación profesional.

—Tuve que pagar más —me dijo—. Sí, tuve que comprometerme a hacer una gran donación a la escuela.

—¿Habías dicho que era la Escuela de Medicina Talbot?

—Eso es lo que dije. Incluso para hablar con el director había que hacer un pago. Se necesita una recomendación de una persona de su confianza. Tuve que prometerle a Scharfer...

—¿Qué Scharfer?

—Nuestro primo Scharfer, el recaudador de impuestos. Hay que tener un mediador. Scharfer me dijo que arreglaría la entrevista si yo le hacía primero un regalo a su organización.

—¿Por debajo de la mesa, en una escuela de medicina?

—dije yo.

—Si no no podía entrar siquiera en el despacho del director. Bien, pues a Scharfer le hice una contribución de veinticinco mil. Aquel fue su precio. Y después tuve que comprometerme con Talbot por cincuenta mil dólares.

—¿Aparte de las matrículas?

—Aparte. Ya puedes imaginarte lo que vale luego un título en medicina, los ingresos que garantiza. Una escuela pequeña como Talbot, sin legados, no cuenta con fondos. No se puede contratar a un personal decente a menos que sea uno competitivo en cuestión de salarios, y no se puede conseguir acreditación si no se tiene un personal adecuado.

—¿De modo que tuviste que pagar?

—Hice un primer pago de la mitad, y prometí pagar el resto antes de la graduación. «No tendrá el título hasta que no esté hecho el pago», me dijeron. Es una de esas interfaces ocultas que el público en general nunca ve.

—¿Y tuviste que pagar todo eso?

—Incluso a pesar de que Annalou era delegada de su clase, me hicieron saber que estaban esperando el último pago. Me desesperé bastante. Ten en cuenta que yo tenía una hipoteca al cinco por ciento y que hoy día el tipo de interés es de aproximadamente el catorce. Earl ni siquiera quería hablar de ello. Entonces le planteé el problema a mi psiquiatra, quien me aconsejó que le escribiera al director de la escuela. Entre los dos redactamos una declaración, una promesa de que pagaría los veinticinco mil restantes. Yo declaré que era una persona de la «máxima integridad». Cuando fui a ver a mi abogado para que verificara el lenguaje, me aconsejó que quitara lo de «máxima». Con «integridad» bastaba. De manera que escribí: «Les doy mi palabra como persona de conocida integridad». Y entonces permitieron que Annalou se graduara, por eso.

—¿Y...? —le dije.

Mi pregunta la intrigó.

—Un sello de veinte centavos me ahorró una fortuna.

—¿No vas a pagar?

—Ya escribí la carta... —respondió.

Nos separaba una diferencia de énfasis. Ella estaba sentada en posición más recta, rechazando el respaldo de la silla, estirándose hacia arriba desde la base de la espina dorsal. La pequeña Eunice se había vuelto muy huesuda, era solo una tía vieja, a excepción del atractivo de la nobleza, el perfil alto y prominente, el rostro cargado del color de su madre, en parte la sangre, en parte la irracionalidad. Juntos, si se podía, pero ella estaba orgullosa de esos reflejos de antigüedad patricia.

Pero si uno de nosotros era un anacronismo, ese era yo. Una vez más, el primo Ijah, sin decir nada. ¿Por qué motivo? Por motivos no especificados, yo no felicité a Eunice por su logro. Ella estaba deseando que yo le dijera qué cosa tan inteligente había hecho, qué lista era, y yo parecía decidido a decepcionarla. ¿Qué podía significar mi sorprendente resistencia?

—¿Solo esas palabras, «máxima integridad», te ahorraron veinticinco mil dólares?

—Solo «integridad». Te lo acabo de decir, Ijah. Quité el «máxima».

Bueno, ¿y por qué no iba Eunice a utilizar una buena palabra? Todas las palabras estaban ahí para ser utilizadas. Su comprensión de la política era mejor que la mía. A mí no me gustaba que jugaran con la palabra «integridad». Supongo que la mejor razón que yo podía aducir era la defensa de la poesía. Era una razón estúpida, teniendo en cuenta que ella estaba defendiendo aquel cuerpo suyo con un solo pecho. Una metástasis la podía dejar en bancarrota.

Cambiamos de tema. Hablamos un poco de su marido, que había trabajado mucho en Grant Park, a la orilla del lago. Por el aumento alarmante de la tasa de criminalidad, la junta de administración del parque había decidido cortar todos los arbustos que podían servir de escondrijo y demoler los servicios a la antigua. Los violadores usaban los arbustos para esconderse y ya habían apuñalado a varias mujeres en los retretes, de manera que lo que había ahora eran latas de tipo centinela, que solo admitían una persona cada vez. Karger administraba las nuevas instalaciones. Eso me dijo Eunice toda orgullosa, aunque el relato que me hizo de su marido, cuando se tenían en cuenta todas las referencias, no dejaba una impresión favorable. Era extraño y callado y rechazaba todos los intentos de entablar conversación con él. La conversación no le servía de nada. Puede que tuviera razón, yo lo comprendía. Por el lado de las ventajas, no le importaba un carajo lo que pensara la gente de él. Era un solitario excéntrico. Su independencia me atraía. En todo caso, no interpretaba ningún papel.

—Yo tengo que pagar la mitad del alquiler —dijo Eunice—. Y también los gastos.

De nuevo la historia de su mala suerte.

—¿Por qué seguís juntos? Ella me explicó:

—Yo estoy cubierta por su Escudo Azul de la Cruz Roja...

—A la mayoría de la gente ya la habría convencido con esta explicación. Pero mi respuesta fue neutra; yo estaba tratando de tener en cuenta todos los datos.

Cuando terminamos de comer, ella quiso saber cómo era mi despacho.

—Mi primo el genio —me dijo, muy complacida por el tamaño de la habitación. Yo debía de ser importante si ocupaba tanto espacio en el piso cincuenta y uno de un gran edificio—. No te voy a preguntar lo que haces con todos estos cachivaches, documentos y libros. Por ejemplo, estos libros verdes y enormes. Estoy segura de que te aburre tener que explicarlo.

Los enormes libros de un verde desvaído, que databan de comienzos de siglo, no tenían nada que ver en absoluto con lo que a mí me pagaban por hacer. Cuando los leía estaba en realidad haciendo novillos. Eran dos volúmenes de la serie de informes sobre la expedición Jesup, publicada por el Museo de Historia Natural de América. Etnografía de Siberia. Fascinante. A mí esas monografías me distraían de mis penas (unas penas considerables). Dos tribus, los koriakos y los chukchos, como los describían Jochelson y Bogoras, me absorbían completamente. Igual que al viejo Metzger lo habían atraído magnéticamente las fulanas desde el Boston Store (distrayéndolo de sus funciones de vendedor), así descuidaba yo el trabajo de la oficina por estos libros. Los radicales políticos Waldemar Jochelson y Waldemar Bogoras (curiosos nombres de pila para un par de judíos rusos) fueron exiliados a Siberia en la década de 1890 y, en la región en la que los soviéticos establecieron después sus peores campos de trabajo, Magadan y Kolyman, los dos Waldemar dedicaron años al estudio de las tribus primitivas. Sobre este desierto ártico, purificado por hielos tan inclementes como el fuego, yo leía para mi placer como si estuviera leyendo la Biblia. En la oscuridad del invierno, incluso dentro de un campamento siberiano, podrías perderte si el viento te tumbaba, porque la velocidad de caída de la nieve era tan grande que te enterraba antes de que pudieras volver a ponerte de pie. Si uno ataba a los perros podían encontrarlos a veces asfixiados cuando cavaba al buscarlos por la mañana. En esta oscura tierra se entraba en las casas por una escalera que había dentro de la chimenea. A medida que iban subiendo las nieves, los perros trepaban para oler lo que se estaba cocinando. Se peleaban por un sitio en las cimas de las chimeneas y a veces caían dentro del caldero. Había fotografías de perros crucificados, una forma común de sacrificio. Los poderes de la oscuridad los rodeaban. Un informador chukcho le dijo a Bogoras que había enemigos invisibles que acosaban a los seres humanos por todas partes, espíritus exigentes cuyas bocas siempre estaban abiertas. La gente se arrastraba y pagaba el rescate, para comprar la protección de estos fantasmas delirantes.

La geografía del viaje mental no puede ser la misma de un siglo para otro; los reinos del oro se trasladan, flotan en el pasado. En todo caso, en mi oficina se formaba a mi alrededor un maravilloso silencio cuando yo leía sobre estas tribus, sus espíritus y chamanes. Se duplicaba y cuadruplicaba. Se convertía en diez veces el mismo silencio, justo en medio del Loop de Chicago. Mis ventanas dan a Grant Park. De vez en cuando, yo posaba la vista en la orilla del lago, donde el primo Karger había arrancado los arbustos en flor para privar de su escondite a los maniacos sexuales y había colocado estrechos inodoros para un solo ocupante. El monumental parque, y el estanque para los yates, con elegantes barcos que pertenecían a abogados y ejecutivos de grandes empresas. Días laborables con brutalidades sexuales allí ancladas; y los domingos esos mismos maniáticos navegaban pacíficamente con esposa e hijos. Y nos estamos preparando para un renacimiento del espíritu o la agonía de la disolución final (y este es el *suspense* al que se hace referencia varias páginas atrás), dependiendo de lo que uno creyera, sintiera y deseara sobre ese tipo de manifestación o aparición, sobre las habilidades cabalísticas que se desarrollan en la interpretación de estas formaciones contemporáneas. Mi intuición es que los koriakos y los chukchos me llevan en la dirección adecuada.

De mapera que entro en trance con Bogoras y Jochelson en la oficina. Nadie me molesta mucho. En épocas de conferencias me despierto. Me convierto en una especie de vidente y a los socios de la empresa les gusta escuchar mis análisis. Yo tenía razón en lo de Brasil, también en lo de Irán. Yo

preví la revolución de los mulás, cosa que no hicieron los asesores del presidente. Pero tuvieron que rechazar mis opiniones. Con unas ganancias tan enormes para las entidades crediticias, y protegidas por garantías del gobierno, no podía esperar que se aceptaran mis recomendaciones. Mi compensación es que me elogian y me califican de «profundo» y «brillante». Donde los niños de Logan Square solían ver los ojos de un orangután, mis colegas ven la mirada de un clarividente. A nadie se le ocurre, pero todo el mundo lee mis informes y lo principal es que me dejan solo para proseguir mi investigación espiritual. Yo me enfrasco en una vieja fotografía de unas mujeres yukaghir a orillas del río Nalemna. La orilla más alejada está desierta: nieve, rocas, árboles clavados. Las mujeres están entretenidas colgando una captura de grandes pescados blancos apilados en primer plano, trabajando con hilo y aguja a treinta y cinco grados bajo cero. El trabajo las hace sudar, de manera que pueden quitarse la parte de arriba de las pieles y están medio desnudas. Incluso se «arrojan grandes pedazos de nieve al pecho». Mujeres primitivas con demasiado calor a treinta y cinco bajo cero y refrescándose los pechos con trozos de nieve. Mientras leo me pregunto quién en este edificio, este rascacielos que apunta hacia arriba y contiene a miles de personas, tendrá las imaginaciones más extrañas. ¿Quién sabe las ideas secretas que tienen otros, los sueños de estos banqueros, abogados, mujeres de carrera: sus sueños y visiones proféticos? Ellos mismos no podrían manifestarlos, asustados por su loca intensidad. Seres humanos que por definición están locos la mitad del tiempo.

¿A quién le va a importar que yo devore estos libros? De hecho, los estoy releyendo. Mi primera aproximación a ellos se remonta a hace muchos, muchos años. Yo tocaba el piano en un bar cerca del Capitolio en Madison, Wisconsin. Incluso cantaba algunas especialidades, una de las cuales era *La princesa Papooli tiene bastante papaya*. Compartía habitación con mi primo Ezequiel en el lado equivocado de las vías. Zeke, al que llamábamos Seckel en la familia, daba para entonces clase de lenguas primitivas en la universidad del estado, pero su empresa principal lo llevaba a los bosques del norte todas las semanas. Todos los miércoles conducía su polvoriento Plymouth para grabar cuentos populares mohicanos. Había encontrado a algunos supervivientes mohicanos y, en la península superior, hacía exactamente lo mismo que había hecho Jochelson, con la ayuda de su mujer, la doctora Dina Brodsky, en Siberia oriental. Seckel me aseguraba que esta doctora Brodsky era prima nuestra. A principios de siglo, los Jochelson habían llegado a Nueva York para trabajar en el Museo Americano de Historia Natural con Franz Boas. Seckel insistía en que en aquella época la doctora Brodsky había buscado a la familia.

¿Por qué eran los judíos unos antropólogos tan ávidos? Entre los fundadores de la ciencia se encontraban Durkheim y Lévy Bruhl, Marcel Mauss, Boas, Sapir y Lowie. Puede que creyeran que eran científicos y que su motivación era destruir mitos y su objetivo último aumentar el universalismo. Yo no lo veo así. Una explicación más cercana a la realidad sería la proximidad de los guetos a la esfera de la revelación, con lo que suponía un movimiento fácil para la mente desde calles putrefactas y platos rancios, un ascenso directo a la trascendencia. Esta era por supuesto la situación de los judíos orientales: Los occidentales estaban saltando y bailando como alemanes cultos. ¿Y estaban los judíos polacos y rusos (enemistados con el juicio civilizado, afligidos con tuberculosis y ojos enfermos) tan lejos de la imaginación de prácticas salvajes? No tenían que tomar una decisión simbolista para enajenar los sentidos; habían nacido así. Eran la gente exótica que se dedicaba a hacer ciencia sobre gente exótica. Para que después saliera todo en forma rabínico-germánica o cartesiano-talmúdica.

El primo Seckel, por cierto, no tenía ninguna inclinación a teorizar. Su talento se decantaba por el aprendizaje de idiomas extraños. Se desplazaba a la tierra bayou de Luisiana para aprender un dialecto indio de su último hablante, que estaba moribundo. En cuestión de meses hablaba perfectamente el idioma. De manera que, en su lecho de muerte, el viejo indio por fin tuvo a alguien con quien hablar, y cuando murió solo quedó Seckel en posesión de aquellas palabras. La tribu sobrevivió solo en él. Yo aprendí una de las canciones de amor de los indios: «Hai y'hee, y hee y ho», «Bésame antes de partir». Él fue el que me animó a tocar en el salón de cócteles. También me transmitió una receta para hacer jambalaya criollo (jamón, arroz, cangrejo de río, pimientos, pollo y tomates), que como soltero que soy nunca tengo ocasión de preparar. También tenía mucha habilidad para hacer cunitas primitivas, y tenía en su haber una historia sobre figuras indias hechas con cuerda. Algunas de esas crónicas todavía me las arreglo yo para contarlas, cuando hay niños a los que distraer.

Seckel, un joven fornido, de espalda encorvada, tenía una palidez hasídica. Su relleno rostro estaba lleno de líneas graves y las arrugas de su frente parecían los trastes de un instrumento musical. Su cabeza estaba cubierta de cabello oscuro en viriles rizos, algo polvorientos por sus viajes semanales de ochocientos kilómetros a la región india. Seckel no se bañaba mucho y no se cambiaba a menudo la ropa interior, pero eso no le importaba a la mujer que lo amaba. Era holandesa, se llamaba Jennie Bowsme, y transportaba sus libros en una mochila. En mis recuerdos la veo con una boina y calcetines a la altura de la rodilla, las piernas medio desnudas y aspecto hinchado en medio del invierno de Wisconsin. Cuando estaba en el saco con Seckel, gritaba fuerte. No había puertas, solo cortinas en nuestros cuartitos. Seckel se afanaba para salir y entrar. Tenía las pantorrillas y los glúteos muy desarrollados, blancos, musculosos. Me pregunto cómo entró en la familia una musculatura tan clásica.

Le alquilábamos las habitaciones a un maquinista ferroviario. Ocupábamos la planta baja de una vieja casa con estructura de madera.

El único libro que Seckel escogió aquel año fue *El último mohicano*, cuyo primer capítulo leía para irse a dormir. Del lado de la teoría, decía que era pluralista. El marxismo estaba *pasado de moda*. También rechazaba la posibilidad de una ciencia de la historia: sobre esto adoptaba una postura muy enérgica. Se describía a sí mismo como difusionista. Toda la cultura había sido inventada una vez, y procedía desde una sola fuente. Había leído de hecho a G. Elliot Smith y creía firmemente en una teoría según la cual todo tenía orígenes egipcios.

Sus ojos soñolientos eran engañosos. Su mirada aturdida era una pantalla para trabajos de lingüística que nunca cesaban. O hacían un doble trabajo, porque a veces eran críticos (y aquí me refiero a la crisis moderna, la fuente del *suspense*). Una vez me encontré a Seckel en Ciudad de México en 1947, no mucho antes de que muriera. Encabezaba una delegación de indios que no hablaban español y, como ninguno de los funcionarios mexicanos hablaba la lengua de ellos, Seckel hacía de intérprete y sin duda también de instigador de sus quejas. Estos indios silenciosos, hombres con sombreros, y con caídos calzones blancos, con el negro pelo creciéndoles en las comisuras de los labios, salían del sol, que era su elemento, para meterse allí, en medio de las columnatas del edificio del gobierno.

Todo esto lo recuerdo muy bien. Lo único que he olvidado es lo que estaba haciendo yo en México.

Fue a través de Seckel, por mediación de la doctora Dina Brodsky, como supo del trabajo de

Waldemar y Jochelson (del que probablemente era primo por matrimonio) sobre los koriakos. En una venta de damas caritativas compré un libro encantador llamado *Los confines de la Tierra* (de John Perkins y el Museo Americano de Historia Natural), y encontré en él un capítulo sobre las tribus de Siberia oriental. Entonces recordé las monografías que había visto por primera vez hacía años en Madison, Wisconsin, y tomé prestados los dos volúmenes de Jesup en la biblioteca Regenstein. Las mujeres de los mitos koriakos, según he leído, eran capaces de arrancarse los genitales en caso necesario y colgarlos de los árboles; y Raven, un comediante sobrenatural, el mítico padre de la tribu, cuando exploró el interior de su esposa, penetrando en ella desde atrás, se encontró para empezar de pie en una vasta cámara. Al contemplar aquellas invenciones o fantasías, uno debería tener en cuenta la vida tan dura que llevaban los koriakos, y cómo luchaban para sobrevivir. En invierno los pescadores tenían que cavar en el hielo sólidos agujeros de dos metros de profundidad para que sus cañas llegaran al río. Durante la noche esos agujeros se llenaban y se volvían a helar. Las cabañas koriakas estaban repletas de gente. En una mujer, sin embargo, había espacio. La madre mítica de la tribu era como un palacio.

Muy compasiva conmigo (estoy seguro de que no solo está siendo entrometida), mi ayudante, la señorita Rodinson, entra en la oficina para preguntarme por qué me he pasado una hora inclinado sobre el alféizar de la ventana, al parecer mirando fijamente la calle Monroe. Es solo que estas monografías gigantes de cubiertas verde mate tornadas del Regenstein son difíciles de sostener a pulso, y por eso las apoyo en el alféizar de la ventana. En la ansiedad de su compasión por mí, la señorita Rodinson desea quizá poder entrar en mis pensamientos y hacer algo útil. Pero ¿en qué puede ayudarme? Es mejor no entrar en este verde pelágico sin brillo, la puerta de entrada a una Siberia salvaje que ya no existe.

Dentro de dos semanas me envían a una conferencia en Europa, sobre la reorganización de la deuda, y ella quiere que yo prevea las disposiciones para el viaje. ¿Aterrizaré primero en París? Le digo, vagamente, que sí. ¿Y me quedaré dos noches en el Montalernbert? Después Ginebra, y el regreso vía Londres. Todo esto es rutinario. Ella es consciente de que no llega a mí. Entonces, como le he hablado de Tokio Joe Eto (ya que mi interés por esos ternas ha aumentado desde que asesinaron al patrón de Tanky, Dorfman), me entrega un recorte del *Tribune*. Los dos hombres que prepararon la ejecución de Tokio Joe han sido ejecutados a su vez. Encontraron sus cuerpos en el maletero de un Buick aparcado en el Naperville residencial. El coche despedía un terrible hedor y había moscas desfilando por la tapa del maletero, una nube más densa que el Primero de Mayo en la Plaza Roja.

Eunice me volvió a llamar, esta vez no para hablarme de su hermano sino de su tío Mordecai, el primo carnal de mi padre, el cabeza de familia, en la medida en que hay una familia, y en la medida en que tiene una cabeza. Mordecai —el primo Motty, como lo llamábamos— había resultado herido en un accidente de automóvil, y como tenía cerca de noventa años era algo grave, de manera que yo estaba al teléfono con Eunice, hablando desde un rincón oscuro de mi oscuro apartamento. Evidentemente, yo no sabría decir por qué tenía que ser tan oscuro. Está claro que yo prefiero la luz y las líneas simples, pero me gusta también crear la atmósfera adecuada. Me he dado un entorno para el que no estaba preparado, una atmósfera del Santo Sepulcro, demasiadas alfombras orientales compradas al señor Hering, de Marshall Field's (hace poco se retiró y se dedica a sus caballos), y unos libros con encuadernaciones antiguas, que hace mucho tiempo que dejé de leer. Durante meses, mi única materia de lectura han sido los informes de la expedición Jesup, y me atraen ciertos libros de Heidegger. Pero no se puede hojear a Heidegger; es un trabajo duro. A veces también leo los

poemas de Auden, o sus biografías. Esos no están ni aquí ni allí. Sospecho que creé este entorno tan antipático en un esfuerzo por revisarme o recolocarme desde dentro. Lo fundamental está todo presente. Lo único que hace falta es ordenarlo de manera adecuada.

Ahora bien, el porqué alguien tendría un proyecto así en una de las capitales de la superpotencia norteamericana es también un tema interesante. Nunca he hablado de esto con nadie, pero algunos colegas me han dicho (sintiendo que yo estaba haciendo algo diferente) que en una ciudad como Chicago había tanta acción espectacular, sucedían tantas cosas en el mundo exterior, que la propia ciudad estaba tan llena de oportunidades para un progreso real, que era un centro semejante de riqueza, poder, drama, un lugar rico incluso en crímenes inicuos, en enfermedades y en monstruosidades intrínsecas —no accidentales—, que era tonto e infantil concentrarse en uno mismo. La vida diaria era más absorbente que cualquier cosa interior de nadie. Bueno, sí, yo creo que tengo menos ilusiones románticas sobre estas cosas interiores que la mayoría. Lo más recóndito y consciente, cuando uno va a mirarlo, es piadosamente vago. Además, yo evito todo lo que pueda parecer una iniciativa grandiosa. Tampoco estoy aislado por gusto. El problema es que no consigo encontrar a los coetáneos que necesito.

Después volveré a hablar de esto. El primo Mordecai tiene bastante que ver con ello. Eunice, al teléfono, me estaba contando lo del accidente. La prima Riva, la mujer de Motty, iba al volante, ya que a Motty le habían quitado el permiso de conducir años antes. Mala suerte. Acababa de descubrir para lo que servía el espejo retrovisor, después de llevar conduciendo cincuenta años. A Riva le tenían que haber quitado el permiso también, según Eunice, a la que nunca le había gustado Riva (había habido una larga guerra entre Shana y Riva; que prosiguió a través de Eunice). Riva anulaba a todo el mundo y no soltaba su Chrysler. Se había vuelto demasiado pequeña para conducir una máquina tan enorme. Bien, pues por fin la había destrozado.

—¿Se han hecho daño?

—Ella en absoluto. Él sí: la nariz y la mano derecha, bastante mal. Además, en el hospital pilló una neumonía.

Al oír esto sentí una punzada en el corazón. Pobre Motty, ya estaba en bastante mal estado antes del accidente.

Eunice prosiguió. Noticias desde las fronteras de la ciencia:

—No pueden ocuparse ahora de la neumonía. Esa enfermedad solía llevárselos tan rápido que los médicos la llamaban «la amiga de los viejos». Ahora lo han mandado a casa...

—Ah.

Habíamos conseguido otra suspensión. No podía aplazarse por mucho tiempo, pero cada uno de los aplazamientos era un alivio. Mordecai era el superviviente más anciano de los de su generación, y su extinción estaba próxima, de modo que había que preparar los sentimientos para el desenlace.

La prima Eunice tenía más cosas que decir:

—No le gusta levantarse de la cama. Incluso antes del accidente tenían con él ese problema. Después del desayuno se volvía a meter bajo las mantas. Esto era duro para Riva, porque a ella le gusta estar activa. Fue al trabajo con él todos los días de su vida. Decía que daba miedo que Motty estuviera tapado y en la cama. Era un comportamiento anormal, y ella lo obligó a ir a una asesora familiar en Skokie. La mujer era muy buena. Les dijo que Motty se había tenido que levantar toda su vida a las cinco de la mañana para ir a la tienda y que no era extraño que después de haber perdido tanto sueño quisiera recuperarlo.

Yo no estaba de acuerdo con esta interpretación. No obstante, no dije nada.

—Ahora déjame que te cuente las últimas noticias —dijo Eunice—. Sigue teniendo líquido en los pulmones y tienen que obligarlo a sentarse. A la fuerza.

—¿Cómo lo hacen?

—Tienen que atarlo a una silla.

—Me parece que prefiero no hacer esa visita.

—No puedes hacer eso. Siempre fuiste uno de sus favoritos.

Eso era verdad, y yo comprendía ahora lo que había hecho: había buscado el afecto de Motty, le había dado el mío, lo había tratado con respeto, había recordado sus cumpleaños y había compartido con él el amor que había sentido por mis propios padres. Con estas acciones, yo había rechazado ciertos avances revolucionarios de los pasados siglos, las opiniones avanzadas de los iluminados, el desprecio por los mayores ilustrados por el encanto y la agudeza de Samuel Butler, quien había dicho que la mejor forma de nacer era solo, con un billete de veinte mil libras agarrado con un alfiler al pañal. Yo me había perdido las clásicas lecciones de Mirabeau y de su padre, de Federico el Grande, de Papá Goriot y sus hijas, de los parricidas de Dostoievski: había rechazado lo que Heidegger nos presenta como «lo horrendo», haciendo uso de las antiguas palabras griegas *deinon* y *deinotaton* y diciéndonos que lo horrendo es la puerta para lo sublime. Las propias masas están volviendo la espalda a la familia. El primo Motty, en su inocencia, no era consciente de estos cambios. Por estas y otras razones —razones perdidas— yo me resistía a visitar al primo Motty, y Eunice tenía bastante razón al recordarme que esto ponía en entredicho mi afecto. Estaba en un aprieto. Una vez iniciadas, estas relaciones tienen que llevarse hasta el final. Yo no podía rajarme. Ahora bien, Tanky, que era sobrino de Motty, no le había puesto los ojos encima al viejo en veinte años. Esto era plenamente racional y coherente. La última vez que lo vi el viejo no podía hablar, o no quería. Estaba hundido. Volvió la espalda y no quiso ni verme.

—Siempre te quiso, Ijah.

—Y yo lo quiero a él. Eunice dijo:

—Se da cuenta de todo.

—Eso es precisamente lo que yo temo.

El autoexamen, si se dejaban a un lado todas las consideraciones teóricas, me decía que yo seguía queriendo al viejo. Un amor imperfecto, lo reconozco. Y sin embargo, ahí estaba. Siempre había estado ahí. Eunice, como había descubierto hasta qué punto yo estaba dominado por los sentimientos hacia mis primos, aumentaba su influencia sobre mí. Y aquí estaba yo recogiénola en mi coche y llevándola a Lincolnwood, donde Motty y Riva vivían en una casa tipo rancho.

Cuando entramos por la puerta, la prima Riva alzó los ahora retorcidos brazos en un gesto de bienvenida, y dijo:

—Motty se va a alegrar tanto...

Bastante distinta de este cordial saludo era la mirada que nos echaron sus astutos ojos. No apreciaba a Eunice en absoluto, y a mí me había mirado durante cincuenta años con ojos escépticos, no sin simpatía sino más bien esperando a que yo manifestara unos signos fiables de normalidad. Para mí ella se había convertido en una dulce ancianita que era al mismo tiempo muy dura. Recordaba a Riva como una mujer de cuerpo entero, pelo oscuro, lozana y de piernas rectas. Ahora toda la geometría de su figura había cambiado. Las rodillas se le habían venido abajo como el gato de un automóvil, hasta alcanzar una postura de diamante. Seguía esforzándose por moverse con

rapidez, como si estuviera bailando detrás de la Riva que había sido en otro tiempo. Pero ya no lo era. El redondeado rostro se había alargado y había adquirido un aspecto voltariano. Su mirada azul te lo decía directamente: Explícame esta absurda transformación, el pelo blanco, la voz cascada. Mi transformación, y ya que estamos en eso la tuya. ¿Dónde está tu pelo, y por qué estás inclinado? Y quizá había algunas premisas comunes. Todas estas alteraciones físicas parecen liberar la mente. Para mí hay aún otras sugerencias: que a medida que el orden social se desbarata y se eliminan las barreras de siglos, y se abren las costuras de la historia, sea como sea, se abren también los muros por las esquinas, se disuelven los lazos y quedamos libres para pensar por nosotros mismos —suponiendo que podamos encontrar la fuerza para aprovechar la oportunidad—, para escapar por los huecos, sin sucumbir en medio de lamentos sino trepando a la cima de toda esa pila dormida.

Había hijos y nietos, y eso satisfacía a Riva, sin duda, pero no era una abuelita típica. Había sido mujer de negocios. Ella y Motty habían construido un gran negocio partiendo de una tienda con dos carretillas de reparto. Hace sesenta años el primo Motty y su hermano Shimon, junto con mi padre, que era su primo hermano, y un pequeño ejército de panaderos polacos, habían surtido a unos cientos de tiendas de inmigrantes de pan y bollos del káiser, y de pasteles —buñuelos, pasteles rellenos, pasteles de café y de crema, pasteles tipo Bismarck, palos de nata—. Todo ello lo habían fabricado en tres hornos alimentados con restos de leña, retazos del molino que todavía conservaban la corteza, apilados junto a las paredes, y con sacos de harina y azúcar, barriles de gelatina, bañeras de manteca, cajones de huevos, grandes cubas de amasar en forma de capachos, y unas delgadas palas de cuatro metros de largo que entraban y salían del horno para sacar las barras de pan. Todo el mundo estaba cubierto de harina salvo la prima Riva, que trabajaba en un despacho debajo de la escalera, donde guardaba los libros y preparaba las cuentas y la nómina.

El título de mi padre en la tienda era director, como si los ardientes hornos y la fragancia que envolvía todo el bloque tuvieran algo que ver con «dirigir». De todos modos, él nunca fue capaz de dirigir nada. Un título más apropiado para él habría sido «centro nervioso de angustias», con el principal punto de concentración en medio de su frente, como una especie de tercer ojo para ver todo lo que podía estropearse durante la noche, cuando era él el encargado. Construyeron un gran negocio (no mi padre, que se independizó y nunca tuvo ningún éxito considerable), y el negocio se amplió hasta que alcanzó los límites de su época, cuando no pudo adaptarse a las condiciones impuestas por los supermercados: envió a larga distancia en cámaras frigoríficas, uniformidad del producto, volumen (una demanda de millones de docenas de bollos káiser). De manera que se liquidó la empresa. No fue culpa de nadie.

La vida inició una nueva fase, un periodo maravilloso o supuestamente maravilloso de retiro: Florida y todo lo demás, lugares en que el cálido clima favorece el sueño y la gente, si no se ha vuelto demasiado inquieta y distorsionada, puede recuperar la exaltación de un estado anterior. Imposible, como todos sabemos. Bueno, pues Motty hizo un serio esfuerzo por convertirse en un buen norteamericano. Un buen norteamericano le hace propaganda a lo que sea que la existencia lo ha obligado a convertirse. En Chicago, Motty iba a su club del centro a nadar todos los días. Allí era «un personaje». Durante una década entretuvo a la clientela con sus chistes. Eran unos chistes excelentes. Yo se los había oído casi todos a mi padre. Muchos de ellos requerían conocer un poco la patria: textos hebreos, parábolas, proverbios. La gran mayoría era material fosilizado, de manera que si uno no sabía que en el *shtetl* los ortodoxos, mientras realizaban sus tareas, se recitaban a sí mismos los salmos en voz baja, tenía que pedir explicaciones. Motty deseaba, y merecía, que lo conocieran

como un anciano respetable y alegre que había tenido una carrera distinguida, quizá como el mejor panadero de la ciudad, rico, magnánimo, una persona de probada integridad. Pero, cuando fueron muriendo los miembros más ancianos del club, no quedó nadie con quien intercambiar unos valores de tanto peso. Motty, que se acercaba a los noventa, seguía esperando a la gente para contarles cosas graciosas. Aquellos eran sus únicos dones. Se repetía. Los corredores de Bolsa, políticos, abogados, negociantes y tunantes, vendedores y promotores que se entrenaban ahora en el club perdían la paciencia con él. Les molestaba en los vestuarios, envuelto en su toalla. Nadie sabía de lo que hablaba. En sus cantos había demasiado chino, demasiado provenzal. El club pidió a la familia que no lo dejaran ir más.

—Y ha sido socio durante cuarenta años —dijo Riva.

—Sí, pero todos sus contemporáneos están muertos. Los nuevos no lo aprecian.

Yo siempre había creído que Motty, con sus chistes interminables, lo que estaba pidiendo era aceptación, defendiendo su caso, y que al divertir a la gente en los vestuarios experimentaba una transformación en su carácter. Cuando era más joven solía hablar mucho menos. Cuando era jovencito en los baños rusos, en medio de un montón de hombres hechos y derechos, yo había admirado el tamaño de Motty cuando nos agachábamos en medio del vapor. Cuando estaba desnudo parecía un guerrero indio. Por el centro de su cabeza crecía una banda de pelo rizado. La dignidad era algo innato en él. Ahora ya no tenía ninguna banda de pelo en el medio. Había menguado. Su rostro se había reducido. Durante la década feliz en que nadó y brilló, siempre le encantó verme, rebosando de afecto. Me decía:

—He llegado a los *shmonim* —ochenta— y todos los días me hago veinte largos de piscina y proseguía—: ¿Has oído la historia de...?

—Seguro que no:

—Escucha. Un judío entra en un restaurante. Se supone que el restaurante es bueno, pero en realidad es asqueroso.

—Ah.

—Y no hay menú. La comida la pides de lo que hay en el mantel, por las manchas. Señalas una mancha y dices: «¿Qué es esto? ¿*Tzimmes*? Tráigamelo».

—Ah.

—Y el camarero no te trae la cuenta. El cliente se dirige directamente a la cajera. Ella le agarra la corbata y dice: «Ah, ha tomado usted rábanos también».

Esto ya no es un chiste sino un ingrediente básico de la vida mental. Cuando uno lo ha oído cien veces se convierte en un mito, como el del Raven introduciéndose en el interior de su esposa y encontrándose en una vasta cámara. Ahora, sin embargo, todos los chistes han cesado.

Antes de que subamos, la prima Riva dice:

—Ya veo dónde el FBI ha efectuado una especie de Operación Greylord en toda tu profesión y va a haber cientos de acusaciones.

No tiene intención de molestar. Está bromeando, sin auténtica maldad, simplemente ejercitando sus facultades. Le gusta pincharme, consciente de que no practico la abogacía, no toco el piano, no hago ninguna de las cosas por las que era famoso (una fama intramuros). Entonces dice, sin cambiar la forma mesurada de hablar:

—No debemos permitir que Motty se acueste, tenemos que obligarlo a estar sentado, si no el líquido se acumula en sus pulmones. El médico nos ha ordenado que lo obliguemos.

—Eso no le debe de gustar mucho.

—Pobre Motty, lo odia. Se ha escapado un par de veces.

Yo me siento mal por él. Todos hacemos...

Motty está atado a un sillón con correas. Tiene las hebillas detrás. Mi primer impulso es desatarlo, a pesar de las órdenes del médico. Es cierto que los médicos prolongan la vida, pero no podemos saber cómo se siente Motty con las condiciones que le han impuesto. Reconoce nuestra visita con un gesto seco, más leve que un saludo, y después vuelve la cabeza. Es humillante que lo vean a uno así. Se me ocurre que al escribir la carta al juez Eiler se me había pasado por la cabeza que Tanky en su sillita alta había luchado en silencio, decidido a liberarse de sus ataduras.

Motty no va a hablar, no puede. De manera que no decimos nada en absoluto. Es una visita y nos limitamos a visitarlo. De todas formas, ¿qué quiero yo ahora de Motty, y por qué he hecho un viaje al Loop para molestarlo? Su rostro es incluso más pequeño que la última vez que lo vi: genio y figura hacen su última aparición, y los componentes están a punto de perderse. Ahora ya está a la altura de la naturaleza y se las entiende directamente con la muerte. No es ninguna amabilidad venir a presenciar esto.

En mis primeros recuerdos, Eunice tenía un papel pequeño, se chupaba el dedo. Ahora es ella la protagonista, y es a Riva a quien casi no se ve. La prima Riva parece haber menguado. No hay manera de imaginar lo que está pensando. El televisor está apagado. Su abultado cristal es como la frente de algún intruso que se haya metido en su malvado secreto, dentro de las oscuras y pequeñas células grises de la pulida pantalla. Detrás de las corridas cortinas está la calle North Richmond, estática y vacía como todas las demás calles residenciales, pues todo el interés humano que puedan tener está absorbido por fuerzas mayores, por la acción principal. Lo que no está relacionado con la acción principal se marchita y es devorado por la muerte. Motty se convirtió en el patriarca chistoso cuando liquidó su negocio, pero ahora no quedan formas para que las asuma la vida.

Hay que decir algo para terminar, y Eunice recurre a sus habilidades, que son científicas-y de asesoramiento. Además, parece que la mueve una especie de instinto para la comicidad. Dice:

—Deberías conseguir un fisioterapeuta que trate la mano del tío Motty. Si no, va a perder el uso de esa mano. Me sorprende mucho que hayáis descuidado este aspecto. —Ante lo cual la prima Riva se pone furiosa. Ya se culpa a sí misma por el accidente, le habían advertido que no condujera, y también por la silla con las correas, pero no va a permitir que la prima Eunice adopte ese tono crítico.

—Me parece que se puede confiar en mí para que cuide de mi marido —le contesta, y abandona la habitación.

Eunice la sigue, y yo oigo explicar todo con detalle a la testaruda «profana». La cura de su tartamudez hace cincuenta años la vendió para siempre a los profesionales. Su lema es «Consigue lo mejor».

Para sentarme en la cama aparto a un lado los libros y revistas de Riva. De pronto me acuerdo de que solían gustarle Edna Ferber, Fannie Hurst y Mary Roberts Rinehart. Una vez, en el lago Zurich, en Illinois, me prestó un ejemplar de *La escalera circular* para que lo leyera. Con esto me vinieron todos los detalles nimios, circunstanciales e innecesarios. La familia salió de la ciudad un día de verano en tres coches y por el camino el primo Motty se detuvo en un almacén de la avenida Milwaukee y compró una cuerda de tender ropa para atar las cestas de picnic al techo del Dodge. Se puso de pie sobre los parachoques y la parte de delante del vehículo y ató las cestas por todos lados,

con muchos cruces y nudos.

Como el plato en el que uno limpia los pinceles de la acuarela, el lago Zurich es amarillo verdoso, el lodo es profundo, los juncos son espesos, el aire está cargado y el bosquecillo no huele a naturaleza sino a bocadillos y a plátanos. En la mesa de picnic hay una partida de póquer que preside la madre de Riva, que ha bajado el velo de su gran sombrero para apartar a los mosquitos y quizá también para disimular su mirada ante los demás jugadores. Tanky, que entonces tiene alrededor de dos años, se escapa desnudo de su madre y del puré de patata que ella le grita que se tiene que comer. Los hermanos de Shana, Motty y Shimon, se pasean por el bosque hablando de asuntos de la panadería. El montañoso Shimon tiene una joroba, pero es una joroba de fuerza, no una desfiguración. De sus mangas cuelgan unas manos enormes. No le preocupa en absoluto la chaqueta de fieltro que cubre su abultada espalda. Él la compró, él es su dueño, pero por el modo en que la lleva la vuelve contra sí. Se convierte en una especie de broma antiamericana. Sus enérgicos pasos destruyen las plantitas. Es tremendamente astuto y tus secretos de adolescente arden en el fuego azul de su negativa sonrisa. Yo no le gustaba a Shimon. Mi cuello era demasiado largo; mis ojos, demasiado raros. Yo era estudioso. Yo apoyaba una norma falsa, una negación de la vida auténtica. El primo Motty me defendía. No soy capaz de decir que yo tuviera toda la razón. La prima Shana solía decir de mí: «Este chico tiene la cabeza abierta». Con eso quería decir que aprender de los libros era fácil para mí. En la medida de lo posible, la intuición del primo Shimon era más acertada. A la orilla del lago Zurich yo debería haber estado gritando en el barro con los otros niños, no leyendo un libro estúpido (tenía la cubierta en relieve marrón monocromo) de Mary Rinehart. Yo me resistía a entregar mi alma a las «condiciones reales», que son las condiciones que ahora: descubre el agujón del FBI. (Las revelaciones de la corrupción no llegarán muy lejos; los peores de los tipos malos tienen poco que temer.)

La prima Shana estaba equivocada. Lo que decía se interpreta mejor como metafísica. No era la cabeza lo que estaba abierto. Era otra cosa. Entramos en el mundo sin previo aviso, nos manifestamos antes de que seamos conscientes de la manifestación. Existe una conciencia original o, si se prefiere, un alma original. Puede que sea como sugirió Goethe, que el alma es un teatro en el que puede mostrarse la Naturaleza, el único teatro de ese tipo que tiene. Y esto tiene sentido cuando trata uno de explicar algunas clases de observación apasionada: la observación de los primos, por ejemplo. Si fuera solo observación en el sentido habitual del término, ¿para qué serviría? Pero si se expresa: «Como es el hombre, así de pronto como se forma el ojo, así son las posibilidades», entonces es algo distinto. Cuando me encontré con Tanky y su colega matón en O'Hare y se me ocurrió que podía ser un William Blake etéreo, estaba invocando mi propia perspectiva fundamental, la de una persona que se dedica a reconocer las distorsiones en la forma ordinaria de ver pero nunca ha abandonado el hábito de referir todas esas observaciones verdaderamente importantes a esa conciencia o alma original.

Yo creía que Motty en su silencio estaba consultando a la «persona original». La distorsionada podía morir sin arrepentimiento, puede que incluso ya estuviera muerta.

. Cuando se abren las costuras, las ataduras se disuelven, y la insostenibilidad de la existencia te vuelve a soltar a la conciencia original. Entonces estás libre para buscar un ser real bajo los desechos de las ideas modernas, y en un trance mágico, si se quiere, o con una lucidez completamente distinta de la lucidez de los tipos de conocimiento aceptados.

Fue alrededor de ese momento cuando el primo Motty me hizo un gesto con la cabeza. Tenía algo

que decir. Era muy poco. Casi nada. Desde luego, no era nada que yo estuviera preparado para oír. Yo esperaba que me pidiera que lo desatara. Cuando me incliné sobre él le puse una mano en el hombro, sintiendo que eso era lo que él quería que yo hiciera. Y quizá habría sido apropiado hablarle en su idioma nativo, como Seckel con los bayou le había hablado a su indio, el último de su pueblo. La palabra que dijo ahora Motty no podía haber sido *Shalom*. ¿Por qué me iba a dirigir un saludo tan formal? Al ver cómo me había sorprendido, volvió sus ojos hacia mí con interés: eran muy grandes. Lo volvió a intentar. Así que le pregunté a Riva por qué decía eso y ella me contestó:

—Ah, está diciendo «Scholem». Una y otra vez me recuerda que hemos estado recibiendo correspondencia para ti de Scholem Stavis.

—¿Del primo Scholem? ¿No *Shalom*?

—No debe de tener tu dirección.

—No estoy en la guía. Y no nos hemos visto en treinta años. Tú le podrías haber dicho dónde encontrarme.

—Querido, yo estaba muy ocupada. Ojalá te llevaras todo esto. Me llena un cajón entero de la despensa, y ha estado en la mente de Motty como algo sin terminar. Se sentirá mucho mejor cuando te lo lleves.

Mientras decía «Ojalá te llevarás todo esto» miraba a Eunice. Era una mirada cargada de sentido. «Quítame esta cruz», era su mensaje. Suspirando, me llevó a la cocina.

Scholem Stavis, que era Brodsky por parte de madre, era uno de los primos de ojos azules, como Shimon y Seckel. Cuando Tanky había hablado en aquel momento memorable en el aeropuerto O'Hare de los genios de la familia, «Teníamos dos o tres», se estaba refiriendo también a Scholem, elevándonos a los dos al ridículo. «Si eres tan listo, ¿cómo es que no eres rico?», era la categoría en la que entraba su comentario, junto a: «¿Cuántas divisiones tiene el Papa?». Las familias de inmigrantes a la antigua habían buscado prodigios desesperadamente. Algunos de sus hijos habían tratado de colmar esas esperanzas. No se podía culpar a Tanky por sonreír ante el fracaso de esas expectativas.

Scholem y yo, que crecimos en calles vecinas, y fuimos a las mismas escuelas, habíamos intercambiado libros y, como Scholem no se interesaba por nada trivial, se trató siempre de Kant y Schelling, Darwin y Nietzsche, Dostoievski y Tolstói, y en nuestro último año de instituto fue Oswald Spengler. Un año entero le dedicamos a *La decadencia de Occidente*. En sus cartas (Riva me regaló una bolsa de la compra de la isla del tesoro para que las transportara), Scholem me recordaba estos intereses comunes. Escribía con una dignidad anticuada que yo apreciaba bastante. Sonaba un poco como las traducciones de Dostoievski hechas por Constance Garnett. Se dirigía a mí como «Brodsky». Sigo prefiriendo las traducciones de Garnett a todas las posteriores. No es auténtico Dostoievski si no dice «Así debe ser, Porfiri Petrovich», o «Yo adoraba a Tania, como quiera que fuera». Yo abordo las cosas con un estilo más brusco. Tengo debilidad por la velocidad moderna e incluso un toque de blasfemia. Ofrezco como ejemplo el comentario de Auden sobre Rilke: «El mayor poeta lesbiano desde Safo». Solo para subrayar que no podemos permitirnos olvidar la disolución de los lazos (anunciada en Jena, 1806). Peropor supuesto yo no discutía la superioridad de Dostoievski o Beethoven, a los que Scholem siempre se refería como los Titanes. Scholem siempre había sido y seguía siendo un seguidor de los Titanes. Los documentos que me llevé a casa de la despensa de Riva me mantuvieron despierto hasta las cuatro de la mañana. No dormí nada.

Scholem creía que había hecho un descubrimiento en biología que hacía con Darwin lo que

Newton había hecho con Copérnico y lo que Einstein había hecho con Newton, y el desarrollo y aplicación del descubrimiento de Scholem iban a posibilitar un avance en la filosofía, el primer avance importante desde la *Crítica de la razón pura*. Yo podía haber predicho, por mis primeros recuerdos de él, que Scholem no haría nada a medias. Estaba hecho de un material duradero. ¿Gastarse ese material? Bien, en el ciclo de la naturaleza todos nos gastábamos, pero la vida nunca iba a acabar con él. En los viejos tiempos solíamos pasear por Raveswood, y Scholem era capaz de meter más palabras en un solo aliento que cualquier conversador que yo hubiera conocido nunca. De hecho se resistía incluso a respirar, por considerarlo una interrupción. De rostro blanco, delgado, y paso extrañamente elástico, con los pulgares colgados de los bolsillos del pantalón, siempre iba por delante de mí, enfebrecido y pálido. Su aliento tenía el olor de la leche hervida. Mientras conversaba se le iba formando una pasta blanca en las comisuras de los labios. En su estado visionario, apenas oía lo que tú estabas diciendo, sino que te envolvía con anillos galácticos con una voz ahogada por la urgencia. Más tarde volví a pensar en él cuando leí a Rimbaud, especialmente el «Le Bateau Ivre»: era una intoxicación y revolución del cosmos similar, con la única diferencia de que Scholem la complicaba, no la hacía sensual. En nuestros paseos elegía algún tema como las categorías de la muerte para Kant, y el paseo con su tema nos llevaba hacia el oeste por la avenida Foster, después hacia el sur al gran Cementerio Bohemio y después dando vueltas y vueltas por North Park College y arriba y abajo por los puentes del canal de drenaje. Al proseguir nuestra conversación enfrente de los escaparates de automóviles de la avenida Lawrence, no era probable que observáramos nuestros gestos distorsionados en los cristales.

En la foto en color que acompañaba a muchos de los documentos que había enviado tenía un aspecto totalmente distinto. Ahora tenía las cejas espesas y pobladas, un color oscuro, un aspecto triste, los ojos más cerrados, la boca comprimida y llena de arrugas profundas. A Scholem no lo habían destruido, pero se veía cuánta presión había tenido que soportar. Esa presión había dejado una gran marca en su rostro y había aplastado el cabello contra su cráneo. En uno de los rincones del santo sepulcro de mi apartamento yo estudié la fotografía con más detalle. Era un hombre que realmente valía la pena examinar, un primo admirable, un luchador hecho de materia pura.

Por contraste, yo me parecía a mí mismo, un hombre más ligero. Podía entender por qué yo había probado suerte en el mundo del espectáculo en vez de lo que había hecho él, una serie cómica en el Canal 7: material de cabaret de la Segunda Ciudad, cena entre los matones y aspirantes a matones en Fritzel's, incluso dar saltos en el estúpido programa de entrevistas de Kupcinet antes de que mi autoestima me aconsejara que lo dejara todo. Ahora tenía de mí mismo una visión más equilibrada. Y sin embargo reconocía que en las cuestiones del intelecto le había cedido los honores principales al primo Scholem Stavis. Incluso ahora, la inquebrantable intensidad de su rostro, la dilatación de su nariz respirando fuego hacia la tierra, te dicen el tipo de hombre de que se trata. Como la fotografía se tomó cerca de su edificio de apartamentos, se ve la magnitud de su desafío, porque detrás de él está la ciudad de Chicago residencial, una calle de Chicago, un edificio de seis pisos, que era un buen domicilio hace sesenta años, con todas las ventajas de la clase media a disposición de los constructores de los años veinte: un entorno terrible para un hombre como Scholem. ¿Era esa una calle en la que escribir filosofía? Es por lugares como ese por lo que yo odio el evolucionismo que nos dice que debemos morir en fases de aburrimiento sucesivas para alcanzar la perfección definitiva de nuestra especie.

Pero en estas calles el primo Scholem escribió de hecho filosofía. Antes de cumplir los

veinticinco años, ya había descubierto cosas nuevas. Me dijo que él había realizado el primer avance real desde el siglo XVIII. Pero, antes de que pudiera terminar su obra maestra, los japoneses atacaron Pearl Harbor y la lógica de sus revolucionarios descubrimientos en biología, filosofía e historia mundial hizo que fuera necesario para él alistarse en las Fuerzas Armadas: como voluntario, por supuesto. Trabajé duro con las páginas que me había enviado, tratando de comprender las bases biológicas e históricas de todo esto. La evolución de gametos y cigotos; la división de las plantas en monocotiledóneas y dicotiledóneas, de los animales en anélidos y vertebrados: estas cosas me resultaban familiares. Cuando se trasladó de estos a un debate sobre los cimientos biológicos de la política moderna, fue solo mi buena voluntad la que arrastró consigo, no mi entendimiento. Las grandes masas terrestres estaban en manos de naciones pasivas y receptoras. Los estados más pequeños eran las fuerzas agresivas que lo impregnaban todo. Ningún resumen me podía ayudar; iba a tener que leer el texto completo, me escribía. Pero ahora deseaba decirme que la derecha y la izquierda eran fenómenos secundarios. La corriente principal se volvería al final un continuo revolucionario y amplio, centrista y libre que justo ahora estaba empezando a revelar su promesa en las democracias occidentales. Por esto es fácil de comprender por qué se alistó Scholem. Iba a la defensa no solo de la democracia sino también de sus ideas.

Fue fusilero de infantería y luchó en Francia y Bélgica. Cuando las fuerzas norteamericanas y rusas se encontraron en el Elba y partieron en dos a los ejércitos alemanes, el primo Scholem formaba parte de una de las patrullas que cruzaron el río. Los soldados rusos y norteamericanos vitorearon, bebieron, bailaron, lloraron y se abrazaron. No es difícil imaginar el estado de ánimo especial de un niño del noroeste de Chicago cuyos padres emigraron desde Rusia y que se encuentra de soldado en Torgau, en la patria de Kant y Beethoven, una nación que había organizado y llevado a cabo el asesinato en masa de los judíos. Solo hace un poco observé que un tal Ijah Brodsky, con su alma embelesada y entregada a los chukchos y los koriakos, no podía estar seguro de que sus pensamientos fueran los más curiosos dentro de la masa mental reunida en el edificio del First National, en la vanguardia del capitalismo norteamericano en su fase contemporánea más útil. Bueno, tampoco puede estar uno seguro de que entre los soldados que se abrazaban, lloraban y bebían armando jolgorio en Torgau (y tampoco olvido a las chicas que iban con las tropas rusas, ni a las viejas que se sentaron a refrescarse los pies en el río, muy rápido en aquel punto) no había alguien tan preocupado como él por las teorías biológicas e históricas. Pero el primo Scholem en la tierra de... bueno, Spengler (¿por qué teníamos que dejar fuera a Spengler, cuyos paralelos entre la antigüedad y la modernidad nos habían estimulado de manera intolerable cuando éramos niños en Ravenswood?). El primo Scholem no solo había estudiado la historia mundial, no solo meditó sobre ella y desentrañó algunos de sus nudos y enredos más sorprendentes y paralizantes justo antes de alistarse, también estaba experimentándola personalmente, y de hecho era fusilero. Los soldados de ambos ejércitos, y Scholem en medio de ellos, hicieron el juramento de ser amigos para siempre, no olvidarse unos a otros y construir un mundo en paz.

Durante años después de aquello mi primo se dedicó a labores de organización, llamadas a los gobiernos, actividades en las Naciones Unidas y en conferencias internacionales. Fue a Rusia con una delegación norteamericana y en el Kremlin le entregó a Krushev el mapa que había utilizado su patrulla cuando cruzó el Elba: un regalo del pueblo norteamericano al pueblo ruso, y una prueba de amistad.

La terminación y publicación de su obra, que él consideraba la única contribución genuina a la

filosofía pura del siglo xx, tuvo que ser pospuesta.

Durante unos veinte años, el primo Scholem fue taxista en Chicago. Ahora estaba retirado, era pensionista de la empresa de los taxis, y vivía en el North Side. Hacía poco que lo habían operado de cáncer en el hospital VA. Los médicos le dijeron que no le quedaba mucho tiempo de vida. Por eso es por lo que recibí tanto correo de él, una pila de documentos que contenía reproducciones de *Barras y estrellas*, fotos de las tropas abrazándose en Torgau, fotocopias de cartas oficiales y declaraciones finales, tanto políticas como personales. Yo miré por segunda y luego por tercera vez la fotografía más reciente de Scholem. La bizquera interior de sus ojos alargados, la fuerza emocional de su rostro... Había tratado de dar un sentido a su vida. Creía que su muerte tendría también un sentido. A veces yo mismo pienso qué será de la humanidad cuando yo me haya ido, y no puedo decir que prevea ningún efecto especial de mi desaparición final, mientras que el primo Scholem tiene la íntima convicción de haber logrado algo, y cree que su influencia proseguirá para mayor honor y dignidad de nuestra especie. Al final llega a esta conclusión de despedida. Me hace muchas peticiones especiales, algunas de ellas ceremoniales. Quiere que lo entierren en Torgau, en el Elba, cerca del monumento que conmemora la derrota de las fuerzas nazis. Pide que la ceremonia de su funeral comience con la lectura de la conclusión de *Los hermanos Karamazov*, en la traducción de Garnett. Pide que la ceremonia termine con el segundo movimiento de la séptima sinfonía de Beethoven, en la grabación de Solti con la Filarmónica de Viena. Me escribe la inscripción para su lápida. En ella se identifica con el duradero don intelectual que le lega a la humanidad y con su participación en aquel juramento histórico. Concluye citando a Juan 12,24: «En verdad os digo que si un grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto».

Como apéndice de la despedida, hay una carta del Departamento del Ejército, Oficina del Asistente General, en que se informa al señor Stavis de que tendrá que averiguar qué normas tiene la República Democrática Alemana (Alemania Oriental) con respecto al traslado a su país de restos mortales con fines de enterramiento. Puede preguntar en la cancillería de la RDA, en Washington DC. En cuanto a los gastos, desgraciadamente, las posibilidades del Gobierno de Estados Unidos son limitadas, y no puede permitirse pagar el transporte del cadáver de Scholem, mucho menos los pasajes de su enlutada familia. Las asignaciones de los cementerios y tumbas pueden obtenerse a través de la Administración de los Veteranos. La carta es decente y compasiva. Por supuesto, no puede esperarse que el coronel que la firma sepa lo extraordinario que es Scholem como persona.

Hay una última comunicación, acerca de una reunión que se celebrará en París el año próximo (septiembre de 1984) para conmemorar el septuagésimo aniversario de la batalla del Mame. Será una oportunidad de reunir a los taxistas que participaron en la defensa de la ciudad llevando los soldados al frente. Han invitado a taxistas de todo el mundo a esta celebración, incluso a los que pedalean en el sudeste asiático. La gran procesión se formará cerca de la tumba de Napoleón y después seguirá la ruta que se siguió en 1914. Scholem tiene intención de saludar a los últimos de los venerables taxistas expuestos en los Invalides. Como miembro del comité de organización, pronto irá a París para participar en los preparativos de este acontecimiento. De camino a casa se detendrá en Nueva York, donde visitará a los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad para pedirles que respeten el espíritu de gran día de Torgau, y para despedirse cálidamente de todos. Visitará la delegación de Francia en las Naciones Unidas a las nueve y media de la mañana, la de la Unión Soviética a las once, la de China a las doce y media, la de Gran Bretaña a las dos de la tarde y la de Estados Unidos a las tres y media. A las cinco de la tarde presentará sus respetos al secretario general.

Después volverá a Chicago y comenzará una nueva vida, la vida que se promete en Juan 12,24.

Al final pide ayuda financiera en nombre de la propia humanidad y vuelve a hacer referencia a la dignidad de la humanidad en este siglo.

Otros documentos menos importantes contienen declaraciones sobre el desarme nuclear y sobre las esperanzadoras perspectivas de una posible reconciliación entre las superpotencias, en el espíritu de Torgau. A las tres de la mañana mi cabeza no está lo suficientemente clara como para estudiarlas.

Dormir está descartado, de manera que, en vez de irme a la cama, me preparo un poco de café bien cargado. No sirve de nada irse al catre; solo seguiría pensando.

Insomnio no es la palabra con que yo defino los agudos estremecimientos de la conciencia que me sacuden en la profundidad de la noche. Durante el día los hábitos rezongones de toda una vida evitan que haga un descubrimiento real. He aprendido a agradecer las horas de la noche que aclaran los nervios y abren las venas: a «yacer en un éxtasis inquieto». Para desear esto, y soportarlo, se necesita un alma fuerte.

Me tiendo con el café en uno de mis rincones sirios (pero no pretendía crear este entorno oriental; ¿cómo llegó a crearse solo?), me echo cerca de la suave, iluminada y vacía superficie lunar del Outer Drive para reflexionar sobre lo que puedo hacer por el primo Scholem. ¿Por qué hacer nada? ¿Por qué no limitarse simplemente a enviarlo al departamento de las buenas intenciones? Después de que hubiera estado en la cámara de las buenas intenciones cinco o seis veces, yo podía casi sentir que había hecho algo por él. Sin embargo, las habituales técnicas de evasión no parecían funcionar en el caso del primo Scholem. Hijo de inmigrantes judíos (su padre se dedicaba a vender huevos en el mercado Fulton), el primo Scholem estaba decidido a encontrar ayuda para la libertad en la naturaleza y la historia y a mitigar, impedir o prohibir el miedo a la muerte que gobierna a la especie, la convulsiona. Además, era un patriota norteamericano (un afecto terriblemente anticuado) y un ciudadano del mundo. Por encima de todo, deseaba afirmar que todo iba a ir bien, hacer un don distinguido, bendecir a la humanidad. En todo esto, Scholem se ajustaba en realidad a la norma clásica de los judíos de la diáspora. Con el telón de fondo del Chicago de los salones de juntas y del anonimato, del fraude, el incendio, el asesinato, los matones, los sicarios, la ideología de la violencia diseminada desde unas fuentes de poder ocultas, la ley moral, que nunca fue más intensa en Chicago, esa piel de cebolla o papel de tela, era ahora un gas raro como el argón. En cualquier caso, imagínenselo, mientras la mente más brillante se paseaba por las carreteras al volante de un taxi, sus pasajeros descendientes de Belial hacían que la segunda carta a los corintios pareciera cosa de enfermos. Y a todo esto, Scholem, en medio de una decadencia sin igual, mantenía incluso más puros sus pensamientos. El esfuerzo le provocó un tumor maligno. Yo siempre he estado convencido también de que la tensión de estar conduciendo diez horas al día en el tráfico de la ciudad basta para provocarte un cáncer. Es la inmovilidad forzosa la que lo hace; y está también la mala voluntad agravada, el flujo de furia que desprenden los organismos, y quizá también los mecanismos. Pero ¿qué podía hacer yo por Scholem? No podía ir corriendo a su casa y llamar al timbre después de treinta años de ausencia. Tampoco podía aportarle ayuda financiera: no tengo bastante dinero para imprimir esos miles de páginas. Él necesitaría al menos diez mil, y a lo mejor esperaba que Ijah los sacara del aire del Loop. ¿No pertenecía Ijah a un grupo de vanguardia, de analistas financieros de élite? Pero el primo Ijah no era uno de los operadores que se habían hecho con una parte del dinero

importante disponible para los proyectos «intelectuales» o las reformas iluminadas, de los que conseguían subvenciones políticas y tienen millones con los que jugar.

Tampoco me apetecía sentarme con él en la soledad de su piso para hablar de la obra de su vida. Yo no tenía el lenguaje necesario para eso. La biología que estudié en la universidad se quedaría corta. Mi Spengler estaba más muerto que el cementerio bohemio en el que solíamos hablar de los grandes temas (un entorno digno, tumbas enormes, flores marchitas).

Tampoco tenía yo un lenguaje que compartir con el primo Motty, para abrirle mi mente por completo; y por su parte el primo Scholem no podía obtener mi apoyo para su sistema filosófico hasta que yo me hubiera calificado con años de estudio. Pero quedaba tan poco tiempo que eso estaba descartado. En aquellas circunstancias, todo lo que yo podía hacer era tratar de conseguir fondos para enterrarlo en Alemania Oriental. Los comunistas, al necesitar tanto el dinero contante y sonante, no rechazarían una propuesta razonable. Y entonces, por la mañana, mientras me lavaba y afeitaba, recordé que teníamos un primo en Elgin (Illinois), que no era un primo cercano, pero con el que yo siempre había tenido unas relaciones amistosas e incluso afectuosas. Quizá él pudiera ayudar. Los afectos tienen que acomodarse como pueden en unos tiempos tan extraños. Se mantienen vivos y almacenados, como sea, porque uno no ve a menudo al objeto de su afecto. Estos cultivos hidropónicos de la mente pueden ser, sin embargo, curiosamente duraderos y tenaces. La gente parece ser capaz de mantenerse unos a otros «a la espera» durante décadas. Las separaciones como esta saben a eternidad. Una interpretación de «no tener contemporáneos» consiste en que todas las asociaciones valiosas se mantienen en suspenso en el tiempo. Los ausentes parecen sentir que no han perdido su valor para ti. La relación se desarrolla *ritardando* en un instrumento en trance del que el resto de la orquesta solo es consciente de manera subliminal.

La persona a la que me refiero seguía allí, en Elgin. Mendy Eckstine, que fue periodista por cuenta propia y publicista, estaba ahora medio retirado. Eckstine había sido mi primo para los billares, el boxeo y los clubes de jazz. Mendy había disfrutado especialmente ser un norteamericano de su tiempo. Nació en Muskingum (Ohio), donde su padre tenía una tienda de ropa de caballero, asistió a una escuela secundaria de Chicago y creció para convertirse en un hombre alegre, de la calle, especializado en los jugadores de béisbol, los actores de voz melosa, los trompetistas y los músicos del boogie-boogie, los artistas embaucadores y los tipos que se dedicaban a la estafa de poca monta en el ayuntamiento. Un tipo que le encantaba era el paleta listillo: «El paleta con sus calabazas». El denso y rizado cabello de Mendy estaba peinado hacia arriba, sus mejillas eran firmes, señaladas por el acné, y después curadas hasta convertirse en una superficie blanca a parches. Adoptaba una pose maravillosa alzando la cabeza, como si fuera a declarar que él lo iba a arreglar todo. Solía hacer ese gesto cuando depositaba el cigarrillo en el borde de la mesa de billar del Rathkeller de la Universidad de Wisconsin y agarraba su palo para estudiar su siguiente movimiento. De Mendy, como de Seckel, yo había aprendido canciones. Le encantaban las piezas palurdas de jazz como «A mí me suena un poco a pifia», y en particular la parte que dice:

*Ay, las vacas se secaban y las gallinas no ponían
cuando él tocaba su corneta.*

Era una persona totalmente admirable, y un norteamericano completo, tan formal y completo a su manera como una obra de arte. A finales de los años treinta él y yo íbamos juntos a las peleas, o al

club de Lisa a escuchar jazz.

El primo Mendy era el hombre a quien tenía que dirigirme en nombre de Scholem porque en algún sitio había un fondo, creado por un pariente que llevaba muerto muchos años, el último de su rama de la familia. Tal y como yo entendía las disposiciones, este fondo se había creado para dar préstamos importantes a la familia y también para pagar la educación de los parientes pobres, si estaban dotados; quizá incluso sus actividades culturales superiores. Yo tenía una idea vaga de todo esto, pero estaba seguro de que Mendy lo sabría, y lo llamé por teléfono. Me dijo que iba a venir al centro al día siguiente, encantado, según me dijo, de que tuviéramos ocasión de charlar.

—Ha pasado demasiado tiempo, viejo.

El fondo era el legado de uno de los Eckstine mayores, Arcadius, al que llamaban Artie. Artie, del que no se esperaba nada y que nunca en su vida había sido capaz de atarse los cordones de los zapatos, no porque fuera demasiado corpulento (solo estaba relleño) sino porque le había anunciado al mundo que él era una persona *dégagé*, había conseguido algún dinero hacia el final de su vida. Antes de la revolución había llevado a los norteamericanos la versión de un escolar de la vida de Pushkin, y también hacía recitados de Pushkin incomprensibles para nosotros. La experiencia moderna nunca lo había afectado. Vista desde arriba, la redonda y rubicunda cabeza de Artie era como la de un niño, peinada con la inocencia de un niño. Se le hincharon un poco las mejillas y los párpados. Tenía los ojos verde kiwi. Perdió un dedo en una fábrica de alambre de espino en 1917. Quizá lo sacrificó para evitar tener que soportar las corrientes de aire. Todavía hay por ahí un «retrato de gabinete» de Artie y de su madre viuda, tomado hace alrededor de setenta años. Él posó con el pulgar bajo la solapa. Su madre, Tania, era regordeta, baja y de tipo oriental. Aunque en la fotografía tiene aspecto sereno, en realidad tiene el rostro inflado por la risa. ¿Por qué? Pues bien, porque, si sus piernas son tan gordas y cortas que no alcanzan el suelo, para ella sin duda la causa es una cómica deficiencia del mundo físico, ridículamente incapaz de adaptarse a la tía Tania. El segundo matrimonio de Tania fue con un basurero millonario, un personaje destacado en su sinagoga, un hombre sencillo y estrictamente ortodoxo. A Tania, que adoraba las películas, le encantaba ver a Clark Gable y nunca se perdía las reposiciones de *Lo que el viento se llevó*. «Üy, Clark Gable, ¡cómo me gusta!», solía decir.

Su viejo esposo la precedió para morir. Ella lo siguió con ochenta y tantos años, cinco después. En el momento de su muerte, Artie era viajante de salsa de manzana deshidratada y hacía una demostración de su producto en un pequeño almacén de las afueras del estado cuando se enteró de la noticia. Él y su mujer, que no tenían hijos, se retiraron casi inmediatamente. Él dijo que iba a reanudar sus estudios de filosofía, que era de lo que había obtenido el título en Ann Arbor Dios sabe cuántos años antes, pero la administración de sus propiedades y de su dinero lo mantuvo alejado de los libros. A mí solía decirme:

—Ijah, ¿qué opinas tú de Chou Dewey, eh?

Cuando estos primos Eckstine murieron, supimos que habían creado un fondo para los estudios superiores, una especie de fundación, según Mendy.

—¿Y se ha utilizado alguna vez?

—Muy poco.

—¿Podríamos sacar dinero de él para Scholem Stavis? Mendy respondió:

—Eso depende. —Dando a entender que él podría ser capaz de sacarlo.

Yo ya había preparado mis argumentos para convencerlo. Rápidamente comprendió en esencia el

problema de Scholem.

—No habría dinero bastante para publicar la obra de su vida. ¿Y cómo podemos saber si de verdad él es para Darwin lo que Newton fue para Copérnico?

—Sería difícil que lo decidiéramos nosotros.

—¿Y a quién le preguntarías? —dijo Mendy.

—Tendríamos que buscar algunos especialistas. Pero mi confianza en los académicos no es muy grande.

—¿Crees que le robarían a un genio amateur indefenso?

—A menudo el contacto con la inspiración molesta al trabajador constante...

—Suponiendo que Scholem esté inspirado. Artie y su mujer no vivieron lo suficiente para disfrutar de su herencia. No me gustaría malgastar mucho de su pasta en una idea que parece genial pero luego resulta no serlo —dijo Mendy—. Tendría más confianza en Scholem si no fuera tan dado a fanfarronear.

Hoy día, la gente no se fía de ti si no les muestras tu lado más humano. Leopold Bloom en el retrete, con su hedor cada vez mayor, las ubres de cabra de su mujer, o lo que fuera. Las normas elegidas para la humanidad común se han trasladado a estos niveles tan bajos.

—Además —dijo Mendy—, ¿qué es toda esa historia de cristiandad? ¿Por qué tiene que citar el más antisemítico de los evangelios? Después de todo lo que hemos pasado los judíos, no es esa la orientación que hay que tomar.

—Que yo sepa, es posible que sea el heredero de Immanuel Kant y no acepte una visión totalmente judía. También es un norteamericano que reclama su derecho natural a ocupar una posición importante en la historia del conocimiento.

—Incluso así —dijo Mendy—, ¿qué es eso de pedir que lo entierren detrás del telón de acero? ¿No sabe cómo odian esos rusos a los judíos... justo allí arriba con los alemanes? ¿Cree acaso que al yacer allí enjugará todo ese odio como si fuera papel secante? ¿Los va a curar? Puede que crea que sí..., que solo él puede hacerlo.

Se estaba preparando para acusar a Scholem de megalómano. Esos términos psicológicos que rondan por todas partes, tentándonos a que los utilicemos, son una amenaza. Deberían meterlos todos en camiones y tirarlos a un vertedero.

Era interesante examinar la evolución del propio Mendy. Él mismo era muy inteligente, aunque uno podía no creerlo si había observado cómo se había dramatizado a sí mismo como norteamericano medio del periodo Hoover o de la primera etapa Roosevelt. Copiaba las idioteces e incluso las penas de sus modelos protestantes, desgracias como la separación entre marido y mujer, o el autoflagelo sexual. Era capaz de emborracharse en el Loop y volver como una cuba en el tren, como otros norteamericanos. Se compró un bulldog inglés que irritaba a su mujer en grado sumo. Él y su suegra tenían todas las excentricidades cómicas norteamericanas del disgusto mutuo. Ella bajaba al sótano cuando él llegaba a casa y cuando ya se había acostado subía a prepararse una taza de cacao en la cocina. A mí solía decirme: «La he enviado a un especialista en nutrición porque no podía entender cómo podía tener ese aspecto tan sonrosado y saludable con un dieta de bollos y cacao». (Yo imaginaba que era toda aquella farsa la que la había conservado en un estado tan estupendo.) Mendy hizo de su hijo un aliado suyo; iban a pescar y visitaban campos de batalla de la Guerra Civil. Él era un hombre del Medio Oeste, un poco infantil, que representaba un guión del cómico W. C. Fields. Y sin embargo en los ojos que había debajo del ala de aquel sombrero siempre había habido un destello

judío, y después de haber cumplido los sesenta era visiblemente más judío. Además, como ya he dicho, el modelo norteamericano que había adoptado estaba ahora totalmente obsoleto. Los patriarcas del Antiguo Testamento eran infinitamente más modernos que los listillos del pueblo. Mendy no estaba volviendo a la religión de sus padres ni nada por el estilo, pero, en su medio retiro, allí plantado en Elgin, debía de haberse vuelto tan difícil de entender como el primo Motty había llegado a serlo en los vestuarios de su club. Por consiguiente, no le sorprendía que yo me tomara tanto interés por mis primos. Él mismo estaba interesado. A menos que yo estuviera malinterpretando la expresión de su ahora deforme rostro cálido, lleno de bollos, me estaba pidiendo que extendiera mi interés a él. Deseaba un acercamiento.

—¿No estarás siendo sentimental, Ijah, solo porque tú y Scholem dabais juntos esos paseos tan maravillosos? Probablemente serías capaz de juzgarlo si lees su bomba de libro. En la Rand Corporation no contrataban a tontos: algún día te pediré que me hables más de aquel superdepósito de ideas.

—Yo prefiero llamarlo simpatía, no sentimentalismo.

En el aspecto moral, era una ignorancia salvaje, la anarquía más absoluta.

Mendy dijo:

—Si trataras de hablar con él, te largaría un sermón desde una posición superior, ¿verdad? Y, como tú no entiendes de cigotos y gametos, te verías obligado a sentarte y escuchar...

Lo que Mendy estaba tratando de decirme era que él y yo, *nosotros*, podíamos entendernos el uno al otro, porque éramos de la misma clase. Los judíos que habíamos crecido en las aceras de Norteamérica. *No* éramos extranjeros en ningún sentido, y habíamos aportado tanto entusiasmo, brío y amor a esta vida norteamericana que nos habíamos convertido en ella. Era extraño que ella empezara a rodar hacia el olvido justo cuando nos estábamos perfeccionando en esta democracia admirable. Sin embargo, nuestra democracia estaba *passé*. La *nueva* democracia con sus *nuevas* abstracciones era cruelmente descorazonadora. Ser norteamericano siempre había sido una especie de proyecto abstracto. Venías como inmigrante. Te hacían una propuesta de lo más razonable y decías que sí. Te habían *encontrado*. Con las nuevas abstracciones estabas *perdido*. Exigían un chocante abandono de la opinión personal. Por ejemplo, la carta de Eunice a la escuela de medicina. Al usar la palabra «integridad» uno podía engañar con la conciencia tranquila. Si tenías experiencia con las nuevas abstracciones, ya no tenías que preocuparte por la verdad y la mentira, el bien y el mal. Lo que te excusaba del bien y del mal era el esfuerzo que invertías en ese aprendizaje. Trabajabas duro en tu lección limitada, la aprendías y ya estabas absuelto para siempre. Podrías decir, por ejemplo: «La culpabilidad tiene que morir. Los seres humanos tienen derecho al placer sin culpabilidad». Habiendo aprendido esta valiosa lección, ya podías aceptar que se follaran a tus hijas, cosa que en el pasado te habría ahogado. Te compensaba la satisfacción de una lección bien aprendida. Bueno, pues esas son las nuevas ideas. Y es posiblemente de nuestra capacidad para las ideas de la que depende nuestra supervivencia: todas las decisiones racionales que tienen que tomarse. Y óiganme. No estoy divagando en absoluto. El primo Scholem era una criatura noble que vivía en los bosques de las ideas *antiguas*. Una criatura excelente, si de verdad era lo auténtico. El primo Mendy insinuaba que no lo era. El primo Mendy deseaba recordarme que él y yo éramos representantes de un peculiar híbrido entre judío y norteamericano (borrado por la historia) y que teníamos en común infinitamente más de lo que cualquier prodigio anticuado podría entender nunca.

—Quiero hacer algo por Scholem, Mendy.

—No estoy seguro de que podamos gastar el dinero del primo Artie para enterrarlo en Alemania Oriental.

—De acuerdo. Ahora bien, supongamos que consigues el dinero necesario para que se lea su gran obra, que encuentras a un biólogo que la examine. Y a un filósofo y a un historiador.

—Quizá. Lo examinaré con los albaceas. Me pondré en contacto contigo —dijo Mendy.

De esto supuse que él mismo era uno de los albaceas.

—Tengo que ir al extranjero —le dije—. Es posible incluso que vea a Scholem en París. En su carta de despedida menciona un viaje para planificar el asunto de los taxis del Mame.

Le di a Mendy el teléfono de la señorita Rodinson.

—Volarás en el Concorde, supongo —dijo Mendy, sin envidia. Me habría agradado su compañía.

Me detuve en Washington para consultar con la gente del Fondo Monetario Internacional la probable reanudación de los créditos de bancos comerciales a los brasileños. Encontré el tiempo para pasar unas horas en la Biblioteca del Congreso, buscando material sobre Bogoras y Jochelson, y para poner en marcha las indagaciones en la cancillería de Alemania Oriental. Después telefoneé a mi ex mujer a la Radio Pública Nacional. Isabel se ha convertido en una de sus voces más conocidas. Después de tres matrimonios, ha vuelto a adoptar su apellido de soltera. A veces oigo que la mencionan después de la saltarina música de la sintonía del programa: «Y ahora oiremos la voz de nuestra corresponsal Isabel Greenspan desde Washington». La invité a cenar conmigo. Me dijo que no, ofendida quizá porque yo no la había llamado antes desde Chicago. Me dijo que vendría al hotel Hay-Adams a tomar una copa conmigo.

La idea que me sugiere de manera persistente Isabel cuando nos encontramos es la de que el hombre es un animal que todavía no se ha estabilizado. Con esto no solo quiero decir que es común encontrar tipos defectuosos, enfermos, abortivos (Isabel no es ni defectuosa ni enferma, por cierto) sino también que la mayoría de los seres humanos nunca alcanzaron el equilibrio y son por naturaleza capciosos, fastidiosos, irritables, incómodos, buscan un alivio de su trabajo y se enfadan porque no lo encuentran. Una mujer como Isabel, decidida a dar la impresión de un equilibrio perfecto, refleja esta desgraciada inestabilidad. Me identifica con errores de los que ya se ha liberado; mide sus progresos por nuestra divergencia cada vez mayor. Es lo suficientemente lista como para pertenecer a la sociedad Mensa (alto coeficiente intelectual) y, en la radio, es una persona encantadora, pero conmigo siempre estaba algo seria, como si no estuviera satisfecha del todo con su «perspicacia». Como personaje conocido en el país, por un programa que ofrece una interpretación lúcida de la realidad a millones de oyentes, Sable está «comprometida», «ocupada»; pero, como mujer inteligente, en secreto está aterrorizada por esa lucidez.

Me habló de Chicago, con el que, en algunos aspectos, me identifica. «Concejales blancos como máquinas haciendo lo que quieren con el alcalde negro mientras despojan a la ciudad hasta del último pago. Mientras que tú, por supuesto, lo ves todo. Tú siempre lo ves todo. Pero prefieres seguir pensando en las musarañas.» Había una diferencia notable en Sable aquella tarde. A la hora del cóctel, estaba tan arreglada como si fuera el alba. Su oscuro cabello era la noche que se alejaba. Estaba más perfumada que el alba. Aparte de eso, era una buena comparación. No se puede negar que es una mujer atractiva. Llevaba un vestido de seda oscura, del color del té, con un dibujo en escarlata. No siempre se ponía tan atractiva para nuestros encuentros.

Es vano pretender que yo «lo veo todo», pero lo que ella quería decir con «pensando en las musarañas» estaba bastante claro. Tenía dos sentidos claros y relacionados entre sí:

1) mis preocupaciones particulares, y 2) mi relación soñadora de toda la vida con Virgie Dunton, de soltera Miletas, concertista de arpa de ocho dedos. A pesar de su defecto congénito, Virgie había conseguido dominar todo el repertorio del arpa, omitiendo unas pocas obras imposibles, y tenía una carrera de éxito. Es perfectamente cierto que a mí nunca se me habían curado mis sentimientos por Virgie: sus ojos negros, su rostro redondeado, su blancura, su tendencia a echarse hacia delante, sus emanaciones femeninas, las promesas de humanidad o amabilidad que despedían. Incluso la ligera mutilación de su corta nariz (consecuencia de un accidente de automóvil: se negó a someterse a la cirugía estética) era una atracción para mí. Es perfectamente cierto que para mí la palabra «hembra» tenía en ella a una representante de lo más significativo. Cuando me era posible, asistía a sus conciertos; caminaba por su barrio con la esperanza de tropezarme con ella, me la imaginaba paseando por los grandes almacenes. Los encuentros fortuitos (cinco en treinta años) los recordaba con minuciosa exactitud. Cuando su marido, un gran bebedor, me prestó el libro de Galbraith sobre sus logros en la India, lo leí de cabo a rabo, y esto solo puede explicarse por el efecto ampliado de concentración de la energía psíquica que se había producido en mí. Virgie Miletas, la Venus de los pulgares mutilados, con su fuerza de atracción eléctrica, era el auténtico objeto del comentario de Sable de «Tú prefieres seguir pensando en las musarañas». La perfecta felicidad que yo podía haber experimentado con la señora Miletas-Dunton, como la unión largamente ansiada de unos seres rotos en el mito del amor de Aristófanes (aquí evito invocar al Eros superior que describió Sócrates) durante los largos viajes de los estruendosos trenes del El que solían transportarme a mí, el estudiante de filosofía inspirado, desde la calle Van Buren y sus casas de empeño hasta la calle Sesenta y tres con su muchedumbre de yonquis: era un sueño de amor artificial y Sable tenía bastante razón al despreciarlo.

En el Hay-Adams, bebiendo gin-tonic, Sable me hizo un comentario que me sorprendió; no se parecía en nada a los comentarios de costumbre, que ya no me sorprendían. Me dijo:

—No creo que pensar en las musarañas sea la expresión adecuada. Para ser más exactos, tienes una euforia que te guardas para ti. Una energía local que es absolutamente característica de tu ser. Por esta carga tan alta puedes hacer frente a los sucios hechos que otras personas tienen que padecer, quieran o no. Lo que tú eres es un acumulador de euforia, Ijah. Vives sumergido en medio de esa acumulación. Te mataría el estar deprimido, como lo están otros.

Este era un ataque curioso. Había algo detrás. Por eso le di todo el crédito que merecía. No obstante, opté por reflexionar sobre ello tranquilamente en vez de contestar de inmediato. De manera que empecé a hablarle del primo Scholem. Le conté todo el problema. Si lo fueran a entrevistar en la radio pública nacional, para así recibir la atención que merecía (el héroe de guerra-filósofo-taxista), podía lograr estimular el interés y, lo que es más importante, la extraña generosidad del público. Pero Sable rechazó esta propuesta inmediatamente. Dijo que sería demasiado pesado. Si anunciaba que en él se había encontrado por fin a un sucesor de Kant y Darwin, los oyentes dirían: ¿quiénes están locos? Admitió que los taxis del Mame podían tener mucho interés humano, pero la celebración no se haría hasta 1984; aún faltaba un año. Observó también que su programa no estaba a favor de las iniciativas de recolección de fondos. Me preguntó:

—¿Estás seguro de que se está moviendo de verdad? Solo tienes su palabra.

—Esa es una pregunta despiadada —respondí.

—Quizá. Pero tú siempre has sido muy blando con tus primos. La familia inmediata enfriaba tu euforia, y simplemente recurríste a tus primos. Yo solía pensar que serías capaz de abrir todos los cajones de la morgue si alguien te decía que podrías encontrar allí a un primo tuyo. Pregúntate a ti mismo cuántos de ellos irían a buscarte a ti.

Esto me hizo sonreír. Sable siempre había tenido un gran sentido del humor.

Me dijo también:

—En el momento en que se está rompiendo la familia nuclear, ¿a qué viene esta excitación por parientes más lejanos? La única respuesta que se me ocurrió venía de la izquierda. Le dije:

—Antes de la Primera Guerra Mundial, Europa estaba gobernada por primos, los reyes.

—¿Sí? Pues resultó muy bien, ¿no?

—Hay gente que piensa que esa época fue la edad de oro. La última ocasión para disfrutar la antigua *douceur de vivre* y todo lo demás.

Pero yo no lo creía realmente. La milenaria historia del nihilismo culminó en 1914, y la brutalidad de Verdún y Tannenberg fue un preludio a la destrucción todavía mayor que comenzó en 1939. De manera que aquí está otra vez el omnipresente *suspense*, las costuras de la historia que se abren, los lazos que se disuelven (Hegel), las limitaciones de los hilos que desaparecen. A menos que uno tenga la cabeza dura, esto no le producirá nada más que ataques de vértigo, pero, si uno no cede ante esos ataques, puede que alcance una especie de libertad. El desorden, si no te mata, te da ciertas oportunidades. Eso no puedo imaginármelo cuando me siento por las noches en mi apartamento del Santo Sepulcro (el entorno que dejó a Eunice perpleja cuando vino a visitarme: «Todas estas alfombras orientales y lámparas, y tantos libros», me dijo), no podría imaginarlo cuando me concentro en las estrategias para saltar apasionadamente sobre la libertad que hace posible la disolución. Cientos de libros, pero solo medio estante que valga realmente la pena. No se consigue una mayor bondad con unos conocimientos mayores. Uno de los escritores a quienes recurro con frecuencia se dedica al estudio de la pasión. Te invita a comparar el amor y el odio. Para él, el odio no es ciego. Por el contrario, el odio es perspicaz. Si uno deja que germine el odio, le devora y consume todo su ser, lo que intensifica la reflexión. No ciega, sino que aumenta la lucidez, abre al hombre; lo hace llegar más lejos y concentra su ser de manera que es capaz de entenderse a sí mismo. El amor también es lúcido y no es ciego. El amor verdadero no es engañado. Como el odio, es una de las fuentes primitivas del saber. Pero el amor es difícil de encontrar. El odio lo hay a patadas. Y está claro que uno pone en peligro su ser en la espera de una pasión que es tan rara. De manera que tiene uno que confiar en el odio, que es tan abundante, y abrazarlo con toda su alma, si espera lograr algo de claridad.

Yo no iba a hablar de esto con Sable, aunque ella fuera perfectamente capaz de entenderlo. Ella seguía hablando de mi debilidad por mis primos. Me dijo:

—Si te hubieras preocupado por mí como te preocupas por esos tontos y cobardes primos tuyos, y por gente de ese estilo, nunca nos habríamos divorciado.

Lo de «gente por el estilo» era un golpe en la dirección de Virgie.

¿Me estaba insinuando que volviéramos a intentarlo? ¿Era por eso por lo que había venido maquillada como el alba y tan bien vestida? Me sentí muy halagado.

Por la mañana fui a Dulles y me marché en el Concorde. El Fondo Monetario Internacional estaba

esperando a que el Parlamento de Brasil tomara una decisión. Tomé algunas notas para mi informe y después ya estuve libre para pensar en otras cosas. Examiné por qué Sable me estaba incitando a que le hiciera una propuesta. Me gustaba lo que me había dicho de que yo acumulaba euforia. En su opinión, a través de mis primos, o de Virgie, yo me daba el gusto de tener unos afectos fáciles de mantener. Carecía de la auténtica seriedad moderna. Quizá para ella yo satisfacía las necesidades del artista visitando viejas galerías, paseando por museos llenos de belleza, feliz con los encantos de la parentela, bastante contento con las reliquias, y no lo suficientemente duro como para disfrutar con las formas más enérgicas, ni purificado por el fuego nihilista.

En cuanto al matrimonio... La vida de soltero era cansada. Sin embargo, había en el matrimonio algunos aspectos desagradables que no debían olvidarse. ¿Qué iba a hacer yo en Washington? ¿Qué haría Sable si se viniera a vivir a Chicago? No, ella no iba a querer mudarse. Nos pasaríamos el tiempo volando de acá para allá. Para resumir el asunto, detenidamente, Sable se había convertido en una moderadora de la opinión pública. Y la opinión pública es el poder. Ella pertenecía a un grupo que ejercía un gran poder. No era, sin embargo, el tipo de poder que a mí me interesaba. Aunque los de su grupo no eran unos estúpidos peores que sus homólogos conservadores, sin embargo seguían siendo estúpidos, más numerosos en su profesión que en otras esferas, y desagradablemente influyentes.

Yo estaba ya en París, bajándome del taxi enfrente del Montalembert. Había renunciado a ir a un hotel que me gustaba más cuando encontré cucarachas en mi equipaje, de esas negras, que habían cruzado el Atlántico de vuelta conmigo y salieron listas para conquistar Chicago.

Inspeccioné la habitación del Montalembert y después caminé por la Rue du Bac hasta llegar al Sena. Es maravilloso cuánto bien le pueden hacer todavía estas capitales monumentales a un norteamericano. Casi podía sentir que aquí hasta el propio sol debía tomar una forma monumental, algo parecido al calendario de piedra mexicano, para brillar encima de la Sainte Chapelle, la Conciergerie, el Pont Neuf y otros vestigios medievales.

De vuelta al hotel después de la cena, encontré un mensaje de la señorita Rodinson desde Chicago: «El fondo Eckstine le concederá diez mil dólares al señor Stavis».

¡Bravo por el primo Mendy! Ahora ya tenía noticias para Scholem, y como mañana iba a ir a los Invalides, si estaba vivo y había conseguido llegar a París para la reunión de planificación, yo tendría algo más que ofrecerle que mera simpatía después de tantas décadas. Mendy quería que la subvención se utilizara para determinar si la filosofía pura de Scholem, basada en la ciencia, era todo lo que él pretendía que era, un avance de la *Crítica de la razón pura*. Inmediatamente empecé a pensar en formas de burlar la vigilancia de Mendy. Podía elegir yo mismo a los lectores de Scholem. Les ofrecería pequeñas cantidades; de todos modos no merecían más, esos idiotas académicos. (Yo estaba furioso con ellos, compréndanme, porque habían hecho muy poco para evitar que Estados Unidos se hundiera en la decadencia; de hecho, yo los culpaba por acelerar nuestra degradación.) Cinco expertos a doscientos pavos por cabeza, a los que podía pagar yo mismo, me permitirían darle los diez mil intactos a Scholem. Usando mi influencia en Washington, podía obtener un permiso de enterramiento de los alemanes orientales por dos mil o tres mil, incluidos los sobornos. Eso dejaría bastante dinero para el transporte y los últimos ritos. Porque si Scholem tenía la convicción clarividente de que si lo enterrábamos en Torgau se reduciría la ya muy grande locura del mundo, podía valer la pena intentarlo. Si lo enterrábamos en Waldheim, en Chicago, junto al escandaloso tráfico de camiones de la avenida de Harlem, no podíamos esperar que tuviera ningún efecto.

Para adaptarme a la hora europea, me quedé despierto hasta tarde jugando al solitario con un mazo de cartas demasiado grandes que hacían innecesarias las gafas y esto me puso de un humor proclive a meterme en la cama sin que me diera un ataque de euforia. Con la calma y la tranquilidad suficientes, yo soy capaz de entender mi situación. Pensando aquí y allá con mis cartas, comprendí la queja de Sable de que yo había arruinado nuestro matrimonio negándole una transfusión de esa euforia. Ella, al hablar de mis sentimientos por mis primos, había hecho referencia indirectamente al misterio de ser judío. Sable tenía una hermosa nariz judía, quizá un poco demasiado grande. Además, como quien no quiere la cosa, me había dejado entrever sus piernas, conociendo mi debilidad por ellas. Tenía un busto bien formado, un cuello agradable, unas buenas caderas y unas piernas que seguían siendo capaces de dar juego en el dormitorio: yo solía llamarlas «esas piernas de acero».

Ahora bien, ¿había seguido pensando Sable después de tres matrimonios que yo era su único marido de verdad, o estaba probando sus fuerzas por última vez contra su rival de Alejandría (la de Egipto)? La inocente Virgie era el principal objeto de su odio, y el odio te hacía perspicaz, si fallaba el amor. Heidegger habría aprobado esto. De hecho, su idea me había contagiado. Yo estaba empezando a obsesionarme con las dos pasiones que te hacían más perspicaz. Como de amor no hay mucho y el odio es tan omnipresente como el nitrógeno o el carbono, puede que el odio sea inherente a la propia materia y que por tanto sea un componente de nuestros huesos; nuestra propia sangre está quizá llena de odio. Porque la frialdad moral en la cadena ártica que yo había encontrado era una imagen física en el entorno siberiano de los koriakos y los chukchos: el desierto polar cuyos hielos queman tanto como el fuego, un emplazamiento adecuado para tener esclavos. Juntando todo esto, mi idilio con Virgie podía entenderse como una huida cobarde de la frialdad reinante.

Bueno, yo le podría haber dicho a Sable que no tenía posibilidades contra un *amour* no consumado de tantos años. Después de todo, la mujer que uno *no* ha poseído es la que tiene el efecto más mortal.

Reconozco, sin embargo, que el auténtico reto consiste en capturar y tomar la maldad. Sin esto se queda uno en suspenso. A la merced del suspenso sobre el nuevo renacimiento del espíritu... Pero de esto yo ya no entendía nada.

Por la mañana tenía en la bandeja del desayuno un sobre de la señorita Rodinson. En ese momento no estaba de humor para abrirlo; podía contener información sobre un compromiso profesional, y no quería eso. Yo iba a los Invalides a encontrarme con Scholem, si es que él había conseguido llegar. La reunión de organización de los taxistas del mundo, a la que asistirían, según leí en *Le Monde*, unos doscientos delegados procedentes de cincuenta países, empezaría a las once de la mañana. Me metí el sobre de la señorita Rodinson en el bolsillo junto a la cartera y el pasaporte.

Llegué aprisa en un taxi a la gran cúpula y entré. Era una maravillosa obra de arquitectura religiosa: Bruant en el siglo xvii y Mansart en el xviii. Admiré su grandeza de manera intermitente. Hubo momentos en que la cúpula no era más que una huevera, debido a mi excitación errante: mi locura. Las manchas de sudor de debajo de mis brazos eran cada vez mayores. La pérdida de humedad me secaba la garganta. Pedí información sobre los taxistas del Mame y me indicaron un rincón. Los taxistas aún no habían empezado a llegar. Tuve que pasearme alrededor de media hora, y subir al primer *étage* para mirar hacia abajo a la cripta de la Chapelle Saint-Jérôme. ¡Uuuuh! ¡Qué magnificencia, qué belleza! Aquellos arcos y columnas y estatuas, y los frescos flotando y galopando. Y el suelo con aquellas teselas tan suaves. Me entraron ganas de besarlo. Recordé también las fúnebres palabras de Napoleón en Santa Elena: «*Je désire que mes cendres reposent sur les bords de la*

Seine en medio de esa nación, *ce peuple français*, que yo tanto amé». Ahora Napoleón estaba apretado bajo treinta y cinco toneladas de hormigón.

Mientras bajaba las escaleras saqué el sobre de la señorita Rodinson y me sentí mareado, aturdido, mientras leía la carta de Eunice: eso era todo lo que contenía. En ella venía el tercer deseo de Tanky: que yo volviera a escribirle al juez Eiler para pedirle que los últimos meses de su condena pudiera cumplirlos en un centro de reinserción social en Las Vegas. En uno de esos centros, me explicaba Eunice, la supervisión era mínima. Uno se registraba al salir por la mañana y volvía a registrarse al entrar por la noche. El día era de uno, para dedicarse a sus asuntos privados. Eunice me escribía: «Me parece que la cárcel ha sido una experiencia muy didáctica para mi hermano. Como después de todo es muy inteligente, ya ha aprendido todo lo que había que aprender allí. Podrías tratar de decirle eso mismo al juez, con tus propias palabras». Bueno, pues, para ponerlo con mis propias palabras, aquel pez gordo se tambaleaba en aquel momento en las grandiosas escalinatas llenas de oscuridad, borracho y oyendo la llamada turbulenta de los mares. Una voz interior le decía: «¡Esta es la tuya!». Y en su interior sentía ganas de abrir su gran boca carmesí y romper el papel con los dientes.

Yo quería enviarle también un mensaje a ella: «Yo no soy el primo idiota, ¡soy un pez gordo que puede conceder deseos y que tiene unos poderes colosales!».

En vez de eso me calmé rompiendo el papel de carta de Eunice, seis, siete, diez veces, y después arrojé los trozos en una papelería. Para el momento en que llegué al lugar de la reunión, ya estaba más tranquilo, aunque no normal del todo. Aún me tambaleaba y la cabeza me daba vueltas.

Cerca de cien delegados se habían reunido en el rincón de los taxis, si reunión es la palabra adecuada para un grupo semejante de tipos exóticos y agitados. Había gente de todos los rincones del mundo. Llevaban gorras, uniformes, insignias militares, pantalones batik, bombachos, arrugados pantalones indios, túnicas carmesíes africanas, faldas escocesas, faldas griegas y turbantes sij. Toda la reunión me recordaba una gran sesión de las Naciones Unidas a la que asistieron Krushev y Castro, y donde yo había visto a Nehru con sus hermosos ropajes blancos y una rosa roja en la solapa y una especie de gorra de panadero en la cabeza, yo había estado presente cuando Krushev se quitó el zapato para golpear la mesa con furia. Entonces me acordé de cómo nos enseñaban geografía en las escuelas de Chicago cuando yo era un niño. Nos repartían una serie de folletos: «Nuestros amigos los japoneses», «Nuestros amigos los marroquíes», «Nuestros amigos los rusos», «Nuestros amigos los españoles». Yo leía todas aquellas amables descripciones del pequeño Iván y la pequeña Conchita, y mi corazón hambriento se abría a ellos. Claro, estábamos cerca; después de todo, éramos todos uno (igual que Tanky era muy inteligente «después de todo»). No éramos españoles, italianos o alemanes de mierda; éramos primos. Aquella era una idea espléndida, y aquellos de nosotros que abríamos nuestros excitados corazones a la unión mundial de primos éramos felices, como lo era yo, al dar nuestro dinero para caramelos a un fondo para la reconstrucción de Tokio después del terremoto de los años veinte. Después de Pearl Harbor nos vimos obligados a bombardearlo todo otra vez. Es poco probable que los niños japoneses leyeran libros sobre sus primos norteamericanos. A la junta de Educación de Chicago nunca se le había ocurrido pensar en esto.

Había presentes dos nonagenarios franceses, supervivientes de 1914. Eran el centro de una gran atención. Aquella era una ocasión de lo más agradable, pensé, o lo habría sido si yo hubiera estado menos nervioso. No vi a Scholem por ninguna parte. Supongo que tendría que haberle dicho a la señorita Rodinson que llamara a su número de Chicago para pedir información, pero le habrían

preguntado quién llamaba y qué deseaba. Yo no me arrepentía de haber venido a este sitio tan imponente. De hecho, no me lo habría perdido por nada del mundo, pero estaba preparándome emocionalmente para encontrarme con Scholem. Incluso me había preparado unas palabras para decírselas. No podía soportar la idea de no verlo. Salí de la muchedumbre y la rodeé. A los delegados los estaban conduciendo al lugar de reunión y yo me coloqué estratégicamente cerca de una puerta. Los llamativos trajes aumentaban la confusión.

En todo caso, no fui yo el que encontró a Scholem. No habría podido. Había cambiado demasiado: estaba consumido. Fue él el que me reconoció a mí. Un hombre al que ayudaba una joven, que resultó ser su hija, me miró de frente a la cara. Se detuvo y dijo:

—No sueño mucho porque no duermo mucho, pero si esto no es una alucinación, este es mi primo Ijah.

¡Sí, sí! ¡Yo era Ijah! Y allí estaba Scholem. Ya no se parecía al anciano de la fotografía, la persona que bizqueaba un poco bajo unas espesas cejas. Como había perdido mucho peso, tenía el rostro consumido, y el estirado de la piel le había devuelto su aspecto juvenil. Era un hombre mucho menos visionario y fanático que el de la fotografía, que despedía un aliento profético. Parecía tener una especie de inocencia. El tamaño de sus ojos era excepcional: como los ojos de un recién nacido en la primera presentación de genio y figura. Y de pronto yo pensé: ¿Qué es lo que hago aquí? ¿Cómo le digo a un hombre como este que tengo dinero para él? ¿Se supone que tengo que decirle que le traigo el dinero para su entierro?

Scholem estaba hablando, y le decía a su hija: «¡Mi primo!». Y a mí me dijo:

—¿Vives en el extranjero, Ijah? ¿Recibiste mi correo? Ahora lo entiendo: no me contestaste porque querías darme una sorpresa. Pero ahora tengo que pronunciar un discurso, dar la bienvenida a los delegados. Siéntate con mi hija. Hablaremos más tarde.

—Por supuesto...

Pediría ayuda a la joven; la informaría de la beca Eckstine.

Ella prepararía a su padre para la noticia.

Entonces, de pronto, sentí que me abandonaban las fuerzas. ¿No era el peso excesivo de la existencia? Yo había recordado, estudiado y observado a mis primos, y esos estudios parecieron fijar mi propia esencia y mantenerme como había sido. Yo no me había incluido entre ellos, y de pronto alguien me hacía pagar por ese descuido. En la presentación de esta cuenta se me aflojaron extrañamente las piernas. Y cuando la chica, al darse cuenta de que yo parecía no poder caminar, me ofreció su brazo, me entraron ganas de decirle: «¿Qué significa esto? Yo no necesito ayuda. Todavía juego al tenis todos los días». Pero en vez de eso me agarré de su brazo y ella me condujo pasillo abajo.

Zetland: impresiones de un testigo

Sí, yo conocía a aquel tipo. Habíamos pasado los dos nuestra infancia en Chicago. Era un tipo maravilloso. A los catorce años, cuando nos hicimos amigos, ya había comprendido las cosas y te contaba de buen grado cómo había sido todo. Fue así: primero la Tierra estaba formada por elementos fundidos que brillaban en el espacio. Entonces empezó a caer una lluvia cálida. Se formaron unos mares hirvientes. Durante la mitad de la historia de la Tierra, los mares fueron azoicos, y luego empezó la vida. En otras palabras, primero fue la astronomía, luego la geología, y después poco a poco la biología, y a la biología le siguió la evolución. A continuación llegó la prehistoria, luego la historia: la épica y los héroes épicos, las grandes eras y los grandes héroes; después eras más pequeñas con hombres más pequeños; después la antigüedad clásica, los hebreos, los romanos, el feudalismo, los papas, el Renacimiento, el racionalismo, la revolución industrial, la ciencia, la democracia y todo lo demás. Todo esto Zetland lo sacó de los libros a finales de los años veinte, en el Medio Oeste. Era un chico listo. Su gusto por los libros agradaba a todo el mundo. Sobre sus ojos azul pálido, que a veces parecían cansados, llevaba unas grandes gafas. Tenía unos labios gruesos y unos dientes grandes e infantiles, muy espaciados. Su pelo rubio, peinado muy tirante hacia atrás, dejaba al descubierto una ancha frente. La piel de su redondeado rostro parecía a menudo tensa. Era bajo, gordito, de constitución robusta pero sin buena salud. A los siete años de edad había tenido peritonitis y neumonía a la vez, seguidos de pleuresía, enfisema y tuberculosis. Su recuperación fue completa, pero nunca se liberó del todo de otras dolencias menores. Su piel era muy peculiar. No le permitía quedarse al sol mucho tiempo. La exposición al sol le provocaba unas manchas subcutáneas de color marrón mate, unas iridiscencias amargas. De manera que muchas veces, cuando brillaba el sol, él echaba las persianas y leía en su cuarto a la luz de una lámpara. Pero no era en absoluto un inválido. Aunque solo jugaba en los días nublados, era bueno al tenis y nadaba a braza con movimientos de rana y cara de lo mismo. Tocaba el violín y era un buen lector.

El barrio era mayormente polaco y ucraniano, sueco, católico, ortodoxo y luterano evangelista. Los judíos eran pocos y las calles eran duras. Los edificios eran casas de una planta y casas de ladrillo de tres plantas. Las escaleras traseras y los porches estaban hechos de fea madera gris. Los árboles eran olmos y aligustres del Japón, el césped eran malas hierbas; los arbustos, lilos; las flores, girasoles y orejas de elefante. El calor era corrosivo, el frío como una guillotina cuando uno esperaba el tranvía. La familia, el testarudo padre de Zet y dos tías solteronas que hacían de «enfermeras» con los pacientes que no se podían mover de casa (generalmente moribundos) leían novelas rusas, poesía yídish, y estaban locas por la cultura. A él lo animaban para que fuera un pequeño intelectual. De manera que, todavía con pantalones cortos, era un Immanuel Kant junior. Le gustaba la música (como a Federico el Grande o los Esterházy), era ocurrente (como Voltaire), un radical sentimental (como Rousseau), carecía de dioses (como Nietzsche) y se dedicaba en cuerpo y alma al corazón y a las leyes del amor (como Tolstói). Era serio (la sombra temprana de la severidad de su padre) pero también le gustaba jugar. No solo estudiaba a Hume y a Kant sino que también descubrió el dadá y el surrealismo cuando su voz estaba cambiando. El pícaro proyecto de cubrir los grandes monumentos de París con tela de colchón le atraía. Hablaba de la importancia del ridículo, de la paradoja del juego subliminal. Dostoievski, me decía, tenía razón. El intelectual (un insignificante burgués-plebeyo) era un megalómano. Vivía en una caseta de perro y sus ideas abarcaban todo el universo. De ahí provenían aquellas graciosas agonías. Y recordaba a Nietzsche y su *gai savoir*. Y a

Heine y el «Aristófanes del cielo». Era un adolescente culto, así era Zetland.

En Chicago se podían obtener libros. En los años veinte la biblioteca pública tenía muchas filiales a lo largo de las líneas de tranvía. En verano, bajo las paletas de goma del ventilador, que no dejaban de girar, los niños y niñas leían en aquellas sillas duras. Los tranvías carmesí se balanceaban y traqueteaban en los raíles. En 1929 el país se fue a la ruina. En el estanque público, mientras remábamos, nos leíamos a Keats el uno al otro mientras las algas aprisionaban los remos. Chicago no estaba en ninguna parte. No tenía escenario. Era algo que se había soltado en el espacio norteamericano. Aquí llegaban los trenes; aquí se enviaban los giros postales. Pero en el estanque, con los botes dando vueltas, el agua y el cielo verde claro, azul puro, la aburrida energía de un gran centro industrial parado (no había humo, los molinos estaban torcidos: la crisis industrial beneficiaba a la atmósfera), Zet recitaba: «En el dulce medio de la noche...», mientras los niños polacos tiraban piedras y manzanas desde la orilla.

Él estudiaba su francés, su alemán, sus matemáticas y su música. En su habitación tenía un busto de Beethoven, una litografía de Schubert (también con lentes redondos) sentado al piano, conmoviendo los corazones de sus amigos. Las persianas estaban echadas, la lámpara ardía. En la acera, los caballos de los vendedores ambulantes llevaban sombreros de paja para protegerse de la insolación. Zet se mantenía alejado de los espacios abiertos, las inmobiliarias, los negocios y la mano de obra de Chicago. Él estudiaba su Kant. Con la misma asiduidad leía a Breton y a Tristan Tzara. Citaba: «La tierra es azul, como una naranja». Y se le ocurrían preguntas de todo tipo. ¿Había esperado Lenin de verdad que el centralismo democrático funcionara dentro del partido bolchevique? ¿Era irrefutable el argumento de Dewey en la *Naturaleza humana y conducta*? ¿Era la posición de la «forma significativa» aprovechable para la pintura? ¿Cuál era el futuro del primitivismo en el arte?

Zetland escribía sus propios poemas surrealistas:

Labios rellenos suben el verde de las dormidas colinas...

O:

¡Rabinos furiosos frotan peces eléctricos!

El apartamento de los Zetland era espacioso, incómodo, del triste estilo que estaba de moda en 1910. Estaba lleno de aparadores encastrados y vitrinas de cerámica, un revestimiento de paredes de madera en el comedor y muchas bandejas holandesas, un tronco de gas ardiendo en el hogar y dos pequeñas ventanas de vidriera encima de la chimenea. En un gramófono de cuerda sonaba «Eli, Eli», la suite de *Peer Gynt*. Chaliapin cantaba «La pulga» de Fausto, Galli-Curci la «Canción de la campana» de *Lak mé*, y había coros de soldados rusos. El hosco Max Zetland le daba a su familia «de todo», según decía. El viejo Zetland había sido inmigrante. Sus comienzos en la vida fueron lentos. Aprendió el negocio de los huevos en el mercado de pollos de la calle Fulton. Pero ascendió a asistente de compras en unos grandes almacenes del centro: quesos importados, jamón checo y galletas y mermeladas inglesas, todo productos de lujo. Estaba hecho como un defensa de fútbol, con una hendidura negra en la barbilla y una larga boca. Uno podía adaptarse tratando de hacer que esa boca abandonase su expresión de desaprobación permanente. Desaprobaba las cosas porque él las conocía de verdad. Su primera mujer, la madre de Elías, murió en la epidemia de gripe de 1918. De su segunda esposa, el viejo Zetland tenía una hija tonta. La segunda señora Zetland murió de un tumor

cerebral. La tercera, prima de la segunda, era mucho más joven. Venía de Nueva York; había trabajado en la Séptima Avenida; tenía un *pasado*. Por culpa de este *pasado*, Max Zetland se dejaba llevar por los celos y organizaba escenas desagradables, rompiendo platos y gritando brutalmente: *Des histoires*, decía Zet, que por aquel entonces practicaba su francés. Max Zetland era un hombre musculoso que pesaba casi cien kilos, pero aquello eran solo escenas: no había ningún peligro. Como de costumbre, a la mañana siguiente, de pie en su cuarto de baño, se afeitaba minuciosamente con su Gillette de latón, se acicalaba su censurador rostro y se aplastaba el cabello como un ejecutivo americano, con dos cepillos militares. Después, al estilo ruso, se bebía su té a través de un terrón de azúcar, hojeando el *Tribune*, y se marchaba a su puesto en el Loop, más o menos *in Ordnung*. Un día normal. Al bajar las escaleras de la parte de atrás, que eran un camino más corto para el El, miraba por la ventana del primer piso a sus ortodoxos padres en la cocina. El abuelo se rociaba la barbada boca con un atomizador, pues tenía asma. La abuela hacía dulce de cáscaras de naranja. Las cáscaras se secaban durante todo el invierno en los radiadores de vapor. Los dulces se guardaban en cajas de zapatos y se servían con el té.

Sentado en el E1, Max Zetland se humedecía el dedo con la lengua para pasar las páginas del grueso periódico. Debajo de las vías se veían casitas de ladrillo. El E1 parecía el puente de los elegidos sobre la condenación de los barrios bajos. En aquellas casitas, polacos, suecos, irlandeses, hispanos, griegos y negros vivían sus tontos dramas de alcoholismo, juego, violación, hijos bastardos, sífilis y muerte rampante. Max Zetland ni siquiera tenía que mirar; podría leerlo todo en el *Trib*. Los trenecitos tenían asientos de paja amarilla. Unas puertas de metal curvado, a la altura del pecho, se abrían a mano para dejarte salir del vagón as estaciones del El estaban cubiertas por tejadillos de ata que semejaban pagodas. A cada persona que subía por las escaleras le anunciaban el compuesto vegetal de Lidia Pinkham. La pérdida de hierro hacía palidecer a las jovencitas. El propio Max Zetland tenía el rostro blanquecino, los carrillos blancos, era un ruso sarcástico, pero pasablemente agradable, el que entraba en el palacio de las mercancías de la avenida Wabash, impecable en su oficina, elegante al teléfono, con un inglés fluido a excepción de una ligera dificultad típicamente rusa con las haches iniciales, que respondía con un sosegado gruñido y tenía una mente ideal para memorizar datos, tablas, precios y contratos. Contenía el humo de sus cigarrillos cuando se sentaba al escritorio. El humo se escapaba poco a poco por su nariz. Con la mirada baja, buscaba cosas. Juzgaba con furioso esnobismo judío la laxitud y falta de cerebro del *goy* jugador de golf que podía permitirse caminar en pantalones cortos por la senda restringida, que podía ser lo que parecía, que no tenía furia interior, no se había casado con ninguna chica lasciva de Nueva York, no tenía huérfanos tontos, ni una casa de la muerte. La dura panza de Max Zetland sometida por el corte de su chaqueta. Los tensos músculos de sus pantorrillas asomaban por las perneras de sus pantalones, la nariz retenía el humo, la rabia del silencio: bueno, en el mundo de los negocios uno tiene que ser simpático. Él era ejecutivo en una gran empresa y era simpático. Era un hombre de cabeza cuadrada cuyo cráneo no tenía mucha profundidad. Pero su rostro era ancho, fuertemente masculino, conscientemente centrado entre los hombros. Llevaba el pelo con raya al medio y peinado aplastado. Había un gran espacio entre sus dientes frontales, que Zet heredó. La hendidura que no se podía afeitar en la barbilla era el único signo de patetismo, y este indicio del Max Zetland lamentable se compensaba con su porte de militar ruso, con su cortante estilo al fumar, con el chasquido con el que bebía un vaso de schnapps. Delante de sus amigos su hijo lo llamaba de diversas maneras. El General, el Commissar, Osipovich, Ozymandias. Esto último se lo llamaba a

menudo: «Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes: ¡mirad mis obras, oh poderosos, y desesperad!».

Antes de su tercer matrimonio, Ozymandias el viudo solía volver a casa del Loop con el *Evening American* en la mano, impreso en papel de color melocotón. Se tomaba un vaso de whisky antes de la cena y supervisaba a su hija. Puede que no fuera tonta, solo un poco retrasada. Su brillante hijo trataba de explicarle que Casanova fue hidrocefálico hasta los ocho años y que lo creían imbécil, y que Einstein fue un niño atrasado. Max esperaba que le pudieran enseñar a coser. Empezó con los modales a la mesa. Durante una temporada, las comidas fueron terribles. Era imposible enseñarle nada. En ella el rostro de la familia estaba comprimido, reducido, condensado en forma de rostro de gato. Tartamudeaba, se tambaleaba y tenía las piernas largas y poco desarrolladas. Se subía la falda cuando había visita y se metía en el baño sin cerrar la puerta. En la niña se escapaban todos los defectos de la raza. Los parientes eran compasivos, pero Max sentía que esta compasión era más bien autocomplacencia. La rechazaba con gravedad, y miraba fijamente hacia delante y estiraba la recta boca. Cuando la gente le hablaba con compasión de su hija parecía que estaba pensando en el mejor modo de asesinarlos.

Zedand padre leía poesía en ruso y en yídish. Prefería la compañía de músicos y artistas, sastres bohemios, seguidores de Tolstói, de Emma Goldman y de Isadora Duncan, revolucionarios que utilizaban quevedos y blusas al estilo ruso y que lucían barbas como Lenin o Trotski. Asistía a conferencias, debates, conciertos y lecturas; los utópicos lo divertían; respetaba la inteligencia y sentía debilidad por la gran cultura. En aquellos días era posible obtenerla en Chicago.

Los anarquistas y amantes del escándalo de Chicago se reunían en la avenida de California, enfrente de Humboldt Park; los escandinavos tenían sus hermandades, sus iglesias, un salón de baile; los judíos de Galitzia, una sinagoga; las hijas de Sión, su guardería de caridad. En la calle Division, después de 1929, los pequeños bancos de ahorro quebraron. Uno se transformó en tienda de peces. Con los mármoles del banco construyeron un tanque para las carpas vivas. La cámara acorazada se convirtió en nevera. Un cine pasó a ser una funeraria. Allí cerca, las flores rojas crecían entre las malas hierbas. Los vegetarianos tenían una gran fotografía del viejo conde Tolstói en el escaparate del restaurante vegetariano Tolstói. Vaya barba, vaya ojos, y ¡vaya nariz! Los grandes hombres repudiaban la trivialidad de las cosas humanas y corrientes, incluso lo que era también simplemente humano en ellos mismos. ¿Qué era una nariz? Simplemente cartílago. ¿Y una barba? Celulosa. ¿Un conde? Un símbolo del sistema de castas, algo producido por siglos de opresión. Solo el amor, la naturaleza y Dios son buenos y grandes.

En el Chicago contemporáneo y cien por cien industrial, donde faltaban las sombras de la belleza, un trozo plano de terreno frente a un trozo plano de agua fresca, a los chicos inteligentes como Zet, aunque también les gustaba el mundo, no les interesaban mucho los fenómenos de superficie. Nadie llevaba a Zet a pescar. No iba a los bosques, nadie le enseñó a disparar, ni a limpiar un carburador, ni siqJliera a jugar al billar o a bailar. Zet se concentraba en sus libros: la astronomía, la geología, etcétera. Primero la ardiente masa de materia, después los mares sin vida, después unas criaturas pulposas que trepaban a la superficie, formas simples, formas más complejas, y de ahí en adelante; después Grecia, después Roma, después el álgebra arábica, después la historia, la poesía, la pintura. Aún llevaba pantalón corto y ya lo invitaban los grupos de estudio del vecindario a hablar del aliento vital, o de las diferencias entre Kant y Hegel. Era magistral, germánico, el *wunderkind*, el arma secreta de Max Zetland. El viejo Zet sería el *hombre* y el joven Zet el *genio* de la familia.

—Quería que yo fuese una especie de John Stuart Mill —decía Zet—. O un prodigio Izkowitz en

miniatura. Griego y cálculo a los ocho años, ¡maldita sea!

Zet estaba convencido de que le habían robado su infancia, le habían arrebatado un derecho que era suyo simplemente por haber nacido. Creía en todas esas viejas historias del sufrimiento de la infancia, el paraíso perdido y la crucifixión de la inocencia. ¿Por qué era enfermizo, por qué era miope, por qué tenía el color verdoso.? Vaya, el siniestro viejo Zet quería que fuera todo médula y nada de hueso. Lo encarcelaba en un silencio punitivo y censor, le exigía que asombrara al mundo. Y él nunca —nunca jamás— aprobó nada.

Ser un intelectual era la siguiente fase de desarrollo humano, el destino histórico de la humanidad, si lo prefieren así. Ahora las masas leían, y, según Zet, así de mal les iba. Las fases tempranas de esta expansión de la mente no podían dejar de producir excesos, crimen, locura. ¿No era aquel, según Zet, el significado de libros como *Los hermanos Karamazov*, la decadencia que producía el racionalismo en el campesino feudal ruso? ¿Y no era el parricidio la primera consecuencia de la revolución? ¿La resistencia ante la situación y los tópicos modernos? ¿La terrible lucha entre el pecado y la libertad? ¿La megalomanía de los pioneros? Ser intelectual era ser un advenedizo. Estos advenedizos se dedicaban a purgarse de sus primeros impulsos salvajes y, en su loca bajeza, querían cambiarse a sí mismos, volverse desinteresados. Amar la verdad. Ser grandes.

Naturalmente, a Zetland lo mandaron a la universidad. La universidad lo estaba esperando. Ganó premios de poesía y concursos de redacción. Se hizo miembro de un club literario y de un grupo de estudio marxista. Como estaba de acuerdo con Trotski en que Stalin había traicionado la revolución de Octubre, se unió a la liga juvenil Spartacus, pero como revolucionario era bastante confuso. Estudió lógica con Carnap, y más tarde con Bertrand Russell y Morris R. Cohen.

Lo mejor de todo es que salió de su casa y se dedicó a vivir en habitaciones alquiladas, mientras más sucias mejor. La que más disfrutó fue un antiguo depósito de carbón blanqueado en la avenida Woodland. El carbón, que seguía almacenado en el cobertizo de al lado, se colaba por entre los tablones encalados. No había ventanas. En el suelo de cemento había una alfombra de retazos, hecha jirones y cada día más deshecha. Le proporcionaron una vieja mesa de roble de biblioteca con quemaduras de cigarrillos y una lámpara de pie sin pantalla. Los contadores de toda la casa estaban encima del catre de Zet. El alquiler le costaba dos dólares y medio a la semana. El sitio era alegre: bohemio, europeo. Y, lo mejor de todo, ¡era ruso! El dueño, Perchik, decía que había sido batidor de caza para el gran duque Cyril. Lo abandonaron en Kamchatka cuando empezó la guerra con los japoneses, y atravesó Siberia a pie para volver. Con él Zet conversaba en ruso. Perchik tenía los dientes largos y una barba rala, y los alambres de sus gafas de tienda de diez centavos estaban torcidos. En la parte trasera había construido una casita con botellas de soda, recogidas en un carrito por los callejones. En el horno se quemaban trapos y basura, y los humos se colaban por los registros. El casero cantaba baladas e himnos antiguos del ejército. La verdad es que aquel sitio no podía haber sido mejor. Desordenado, sucio, irregular, libre, y uno podía hablar durante toda la noche y levantarse tarde. Era exactamente lo que se necesitaba para pensar, para sentir e inventar. En medio de su felicidad, Zet entretenía a la familia Perchik con sus adivinanzas, discursos, bromas y canciones. Era capaz de imitar un rodillo de lavandería, un reloj, un tractor y un telescopio. Hacía todos los personajes y voces de *Don Giovanni*: «Non sperar, se non m'incendi... Donna folle, indarno fridi». Era capaz de imitar el fondo de clavicordio en los recitados o el llanto del oboe cuando el alma del Commendatore abandonó su cuerpo. Para continuar podía imitar a Stalin dirigiendo la palabra a un congreso del Partido, a un vendedor de cepillos alemán o a un comandante

de submarino hundiendo una fragata *amerikanische*. Zet también tenía habilidades más prácticas. Ayudaba a la gente en las mudanzas; cuidaba a los niños de los estudiantes casados; cocinaba para los enfermos; cuidaba los perros y gatos de la gente que se iba de viaje y hacía las compras de las ancianas cuando nevaba. Ahora era algo intermedio entre el dios opulento y el joven corto de vista con ideas extrañas y motivaciones exóticas. Era cariñoso, prácticamente franciscano, un tontorrón, por Dios santo, fácil de engañar. Un ingenuo, vamos. A la edad de diecinueve años tenía mucho del corazón dickensiano. Cuando ganaba algo de dinero limpiando suelos en el hospital Billings lo compartía con los enfermos, les compraba cigarrillos y comida, les prestaba dinero para el autobús o los acompañaba para cruzar el Midway. Era sensible al sufrimiento y a sus símbolos y los de la miseria, y los ojos se le llenaban de lágrimas cuando entraba en alguna tienda de la Depresión. Las patatas marchitas, las cebollas florecidas y el rostro tristón del tendero podían con él. Su gata tuvo un aborto y él lloró también por eso, porque la gata estaba de duelo. Yo tiré los gatitos que habían nacido muertos por el sucio váter sin tapa del sótano. Él me ponía de mal humor al comportarse así. Yo le decía que malgastaba sus sentimientos en todo el mundo y él me advertía a mí que mi corazón se iba a endurecer demasiado. Yo le decía que lo exageraba todo y él me acusaba de falta de sensibilidad. Era una discusión extraña para dos adolescentes. Supongo que el poder de la americanización falló durante la Depresión. Nos separamos y nos hicimos más *extranjeros*. Formábamos una pareja ridícula de intelectuales universitarios que no podían abrir la boca sin citar a William James y Karl Marx, o a Villiers de l'Isle d'Adam, o a Whitehead. Decidimos que uno de nosotros era el de la mente blanda y el otro el de la mente dura de William James. Pero James había dicho que el saber todo lo que sucedía en una ciudad en un solo día aplastaría incluso la más dura de las mentes. Nadie podía ser más duro de lo que él necesitaba ser. «Te quedarás sin compasión si no tienes cuidado», me decía Zet. Así es como hablaba. Su lenguaje era siempre elegante. Dios sabe de dónde le venía su estilo patricio: de lord Bacon, quizá, más Hume y un cierto toque de Santayana. Organizaba debates con sus amigos en aquel sótano encalado. Su lenguaje era muy puro y musical.

Pero es verdad que era musical. No era capaz de caminar por la calle sin practicar un cuarteto de Haydn, o de Borodin o de Prokofiev. Con el abrigo abotonado hasta el cuello, levantaba el maletín y hacía las paradas del violín dentro de sus guantes forrados de pelo mientras soplabla la música con su garganta y mejillas. Con buena fe, con una piel que era del color de las uvas amarillas, hacía el violonchelo con el pecho y los violines con la nariz. Los árboles se apostaban en la nieve barrida mezclada con barro y estaban atados al suelo de debajo del sótano y enriquecidos por las aguas residuales. Zetland y las ardillas disfrutaban de los privilegios del movimiento espontáneo.

Cuando entraba en Cobb Hall, el calor podía con él. El interior era marrón, austero, barnizado, baptista, muy parecido a las iglesias viejas. El edificio se mantenía a una temperatura muy elevada, y Zet sentía el calor en su rostro inmediatamente. Le golpeaba las mejillas. Sus gafas se empañaban. Abandonaba el lento movimiento de su cuarteto de Borodin y suspiraba. Después del suspiro adoptaba una expresión intelectual, no musical. Ya estaba listo para la semiótica, la lógica simbólica: el lector de Tarski, Carnap, Feigl y Dewey. Un joven regordete y pálido, cuyo rubio cabello, peinado aplastado, con reflejos verdosos, se sentaba en la dura silla del seminario y buscaba sus cigarrillos. Desempeñaba bien su papel, y aquí su papel era el de cerebro. Con Jones el Flaco, el del jersey enredado y las mellas, con Tisevich, cuyas cejas eran algo pervertidillas, con Devvie la Oscura —una chica encantadora, ácida y pálida— y con la señorita Krehayn, pelirroja y tartamuda, desempeñaba el papel de un positivista lógico de vanguardia.

Durante un tiempo. En lo referente a trabajo mental, era capaz de hacer lo que fuera, pero no estaba dispuesto a convertirse en lógico. Sin embargo, le atraía el análisis racional. La lucha emocional de la humanidad nunca se había resuelto. Se volvieron a hacer las mismas cosas una y otra vez, con pasión, con estupidez apasionada; como si fuéramos insectos, repetíamos las mismas luchas emocionales en el día a día: instinto, necesidad, deseo, conservación, crecimiento, búsqueda de la felicidad, búsqueda de justificación, la experiencia de existir y de dejar de existir, de la nada a la nada. Muy aburrido, aterrador, el destino. Ahora bien, la lógica matemática podía sacarte de toda esta existencia sin sentido.

—Mira —decía Zet sentado en su silla de lona de Bauhaus, las gafas caídas acortando su ya corta nariz—. Como las proposiciones son verdaderas o falsas, lo que es, es correcto. Leibniz no era ningún tonto. Suponiendo que uno sepa realmente que lo que es, es en efecto. Sin embargo, aún no he decidido nada sobre la cuestión religiosa, como debería hacerlo un auténtico positivista.

Justo en ese momento, en el Chicago de las normas estrictas, azul por el invierno, marrón por el atardecer, cristalino por el hielo, empezaron a sonar las sirenas de las fábricas. Cinco de la tarde. La nieve gris de ratón y las casitas como ratoneras, el horno ardiendo y la pala de Perchik buscando en la carbonera. La radio atronaba a través del suelo, a nosotros que estábamos abajo. Era el *Anschluss*: Schuschnigg y Hitler. Ahora mismo, en Viena hacía tanto frío como en Chicago; pero Viena era mucho más triste.

—Me está esperando Lottie —dijo Zet.

Lottie era bonita. También era teatral, a su manera: la chica de las fiestas, la belleza pagana con flores en los dientes. Era una joven inteligente y le gustaban los hombres divertidos. Fue a visitar la guarida de Zet. Él durmió en la habitación de ella. Encontraron juntos un sótano que amueblaron con una mesa de roble y basuras de terciopelo rosa. Tenían gatos y perros, una ardilla y un cuervo. Después de su primera pelea, Lottie se untó los pechos de miel en signo de paz. Y antes de la graduación pidió prestado un automóvil y fueron juntos a Michigan City para casarse. Zet había conseguido un puesto como profesor de filosofía en Columbia. Celebramos una boda y una fiesta de despedida para ellos en la avenida Kimbark, en un viejo piso. Después de haber estado separados durante cinco minutos, Zet y Lottie corrieron por todo el pasillo, se abrazaron temblando y se dijeron:

—¡Cariño, de pronto miré y no estabas!

—Cariño, siempre estoy contigo. ¡Siempre estaré!

Dos jóvenes tontorrones, exagerándolo todo, exponiendo su amor en público. Pero había algo más que esa exteriorización. Se adoraban el uno al otro. Además, ya habían vivido como marido y mujer durante un año con todos sus perros y gatos y pájaros y peces y plantas y violines y libros. Ingenuamente, Zet imitaba a los animales. Se lavaba como un gato, se quitaba las pulgas de las patas como un perro y ponía cara de pez, agitando las puntas de los dedos como si fueran aletas. Cuando fueron a la iglesia ortodoxa en Pascua, aprendió a arrodillarse y hacer el signo de la Cruz al estilo oriental. Charlotte medía el tiempo en su cabeza cuando tocaba el violín, solo un poco con su adorado metrónomo. Zet estaba actuando siempre y Lottie era también muy expresiva. Probablemente no hay forma de que los seres humanos dejen de actuar, eso lo decía siempre Zet. Mientras uno sepa dónde tiene el alma, no hace ningún daño hacerse el Sócrates. Es cuando no se localiza al alma cuando jugar a ser otra persona se convierte en algo desesperado.

De manera que Zet y Lottie no solo se casaron, sino que se casaron felizmente. En vez de una

pobre chica macedonia cuya rezongona madre echaba maldiciones y conjuros a Zet y cuyo padre afilaba cuchillos y tijeras, que iba calle abajo y calle arriba tocando una campanilla, Zet obtuvo *das Ewig-Weibliche* una energía natural, universal y maravillosa. En cuanto a Lottie, solía decir: «No hay nadie en el mundo como Zet». Y añadía: «En ningún aspecto». Entonces bajaba la voz, y hablaba con la boca ladeada, imitando el absurdo encanto de la Dietrich, al estilo duro de Chicago, para decir: «Y yo no soy exactamente una chica sin experiencia. Eso quiero que lo sepas». Aquello no era ningún secreto. Había vivido con un tipo llamado Hiram, psicólogo de la educación, que tenía el labio leporino, sobre el cual se dejaba crecer el bigote. Antes de eso había habido otra persona. Pero ahora estaba casada y llena de amor marital. Le planchaba las camisas y le untaba las tostadas. Le encendía el cigarrillo y lo miraba como una pequeña virgen española, toda encendida. A algunos esto les divertía, esta dulzura y *Schwarmerei*. A otros les irritaba. Zetland padre estaba furioso.

La pareja salió de la estación de la calle La Salle con destino a Nueva York en autobús. La estación tenía un aspecto arcaico, mineral. El vapor subía hasta los tragaluces cubiertos de hollín. Los pilares del Et vibraban en la calle Van Buren, donde estaban las tiendas de empeño y los almacenes del ejército y las barberías de tres al cuarto. El mozo cogió las maletas. Zet trató de decirle algo a Ozymandias sobre los aires regios de los mozos negros. También estaban allí las tías. No comprendían fácilmente cuando hablaba Zet ni algunos de sus extraños comentarios sobre el negro color de la estación y los mozos negros y su pausado y armonioso estilo africano. La mirada que se echaron las dos viejas era para decirse que ya no decía nada con sentido, pobre Elias. Le echaban la culpa a Lottie.

Excitado porque estaba empezando a vivir, recién casado, profesor de la universidad de Columbia, sentía que su padre estaba proyectando en él su propia tristeza, tratando de que tuviera remordimientos. Zet se había dejado un gran bigote marrón. Sus grandes dientes de niño, tan espaciados, se combinaban mal con estos maduros mostachos. La figura baja, pechugona y fornida era una versión más baja de la de su padre. Pero Ozymandias tenía el porte de un militar ruso. No creía en sonreír ni en agacharse ni en esconderse ni en las imitaciones. Lottie les gritó cosas cariñosas a todos. Llevaba un vestido del color de las flores del manzano y un turbante a juego y zapatos de tacón alto del color de las flores del manzano. Los trenes sonaban y se movían, pero aún se oía el rápido taconeo de Lottie. Sus ojos orientales, su graciosa nariz de campesina, su agradable pechera y su terso trasero sexual con el que la mano de Zet no dejaba de tener contacto, llamaban la atención de Ozymandias. Ella lo llamó «Pa». Él filtró el humo del cigarrillo por entre los dientes con una expresión que quiso ser una sonrisa. Sí, se las arregló para parecer amable a pesar de todo. Los nuevos parientes macedonios no aparecieron. Estaban en un tranvía atrapados en un atasco.

En esta ocasión triste y alegre al mismo tiempo, Ozymandias se contuvo. Tenía un aspecto muy europeo a pesar del sombrero de paja de verano que llevaba puesto, con una banda roja, blanca y azul. El comprador del centro, muy experimentado en discernir, dominó los gruñidos de su corazón y apretando la barbilla con el agujero negro en medio disimuló su rabia. Temporalmente estaba perdiendo a su hijo. Lottie besó a su suegro. Besó a las tías, a las dos enfermeras aficionadas que leían a Romain Rolland y a Warwick Deeping junto a la silla de ruedas y el lecho de muerte. Su opinión era que Lottie podría ser más cuidadosa con su higiene femenina. La tía en su inocencia, no estaba familiarizada con el olor de una mujer que ha estado haciendo el amor en un día cálido. Los jóvenes aprovechaban todas las oportunidades para fortalecerse.

En imitación de su hermano, también las tías dieron falsos besos con labios poco experimentados.

Entonces Lottie lloró de alegría. Se iban de Chicago, el sitio más aburrido del mundo, y se deshacían del gruñón de Ozymandias y de su madre la bruja y de su pobre padre, el afilador de cuchillos. Estaba casada con Zet, que tenía un millón de veces más encanto y calidez y más cerebro que nadie.

—¡Oh, Pa! ¡Adiós! —Zet abrazó emocionado a su padre de hierro.

—Pórtate bien. Estudia. Haz algo de tu vida. Si tienes problemas, telegrafía para que te enviemos dinero.

—Querido Pa, te quiero. Masha, Dunia, también os quiero —dijo Lottie, que ya tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas. A todos les dio besos entre sollozos. Entonces, por la ventanilla del tren, diciendo adiós con la mano, la joven pa reja se besó y el tren se fue deslizándose hasta que desapareció de la vista.

A medida que se marchaba el Pacemaker, Zetland padre enarbolaba el puño contra el vagón de observación. Daba patadas en el suelo. A Lottie, que estaba arruinando a su hijo, le gritó: «¡Espera y verás! Ya nos veremos las caras. Cinco, diez años, pero nos veremos las caras». Le gritó también: «¡Putas! ¡Conejo sucio!».

Con rabia rusa, gritaba con fuerza: ¡Koneho! Sus hermanas no entendieron nada.

Zet y Lottie llegaron a Nueva York desde el cielo: así es como se sentía uno en el Pacemaker, que corría junto al Hudson al amanecer. Primero muchas ramitas azules que colgaban por encima del agua, después un color rosado y después el fuerte destello del río bajo el sol de la mañana. Estaban en el vagón restaurante, con los ojos cansados por la cantidad de impresiones nuevas. Estaban fatigados por la noche de sueño entrecortado en el vagón sin camas y estaban maravillados. Bebían café de tazas tan granuladas como la esteatita. Por fin llegaron a Nueva York. Estaban en el este, donde todo era mejor y los objetos eran diferentes. Allí el aire tenía un sentido más profundo.

Después de cambiar en Harmon a una locomotora eléctrica, empezaron a viajar a paso rápido y ansioso. Otros árboles, el agua, el cielo pasaron corriendo, flotando, como pasaban puentes, estructuras, y al final un túnel, donde los frenos de aire jadearon y se comprobó la máquina. Había bombillas amarillas colgando de un cable y el aire subterráneo se colaba por los huecos. Las puertas se abrieron y los pasajeros, estirándose las ropas, salieron en masa y recogieron sus equipajes. Zet y Lottie llegaron a la calle Cuarenta y dos, refugiados del árido e inhibido Chicago, de aquella tierra vacía. Se abrazaron y besaron varias veces en la calle. Habían llegado a aquella ciudad mundana, donde todo era mejor y más resonante, donde podían ser ellos mismos libremente, tan expresivos como quisieran. El intelecto, el arte, lo trascendental, no necesitaban excusas allí. Cualquier taxista podía entenderlo, o eso creía Zet.

—Un sitio donde es normal ser un ser humano.

—¡Oh, Zet, amén! —dijo Lottie temblorosa y llorosa.

Al principio vivieron en las afueras, en el West Side. Los pequeños y ruidosos trolebuses seguían circulando por el inclinado Broadway. Lottie escogió una habitación que describían como estudio, en la parte trasera de un edificio de piedra marrón. Había un solo dormitorio y el baño hacía también de cocina. La bañera, cubierta con una tabla pesada, se convertía en la mesa de la cocina. Se podía alcanzar el hornillo de gas desde el retrete. A Zet le gustaba aquello. Freírse un huevo mientras estaba en el retrete. Se podía oír el ruido del desagüe cuando uno bebía café, o mirar cómo las cucarachas trepaban por los armarios. El muelle del tostador funcionaba más que bien. Escupía el pan. A veces

salía una cucaracha tostada. Los techos eran altos. Había poca luz natural. El hogar estaba hecho de pequeñas losetas. Podías llevar a casa una caja de fruta de Broadway y hacer un fuego de diez minutos, que dejaba un poco de tizne y muchos clavos torcidos. El estudio se convirtió en el lugar favorito de Zet, de Zet y de Lottie: puertas oscuras y sucias, alfombras de tiendas de segunda mano, sillas tapizadas con los brazos pelados que brillaban, según Zetland, como la piel de un gorila. La ventana daba a un conducto de ventilación, pero, incluso en Chicago, Zet había vivido detrás de cortinas corridas o en una carbonera encalada. Lottie compró lámparas con pantallas de porcelana rosa con los bordes curvados como platos de mantequilla antiguos. La habitación tenía la agradable oscuridad de una capilla, la penumbra de un santuario. Cuando yo visité las iglesias bizantinas de Yugoslavia pensé que había encontrado el modelo, el arquetipo del lugar de residencia de Zet.

Los Zetland se instalaron. Migas de pan, colillas, posos de café, platos de comida de perro, libros, periódicos, atriles, olores de comida macedonia (cordero, yogur, limón, arroz) y vino blanco de Chile en botellas con forma de bombilla. Zetland hizo un reconocimiento del Departamento de Filosofía, trajo a casa montones de libros de la biblioteca y se puso a trabajar.

—Ah, cariño, cariño, gracias a Dios —decía Zet.

Su industriiosidad podría haber complacido a Ozymandias aunque, según él, nada podía complacer verdaderamente al viejo. O quizá su mayor placer consistía precisamente en nunca estar complacido, y nunca aprobar nada. Como ella también tenía un título universitario, en sociología, Lottie se puso a trabajar en una oficina. Mírala, decía Zet, una joven tan impulsiva, y tan eficiente, una secretaria ejecutiva tan eficaz. Mira qué firme es, qué poco se queja de tener que levantarse a oscuras, y qué empleada tan de fiar ha resultado ser aquella gitana de los Balcanes. Esto le producía una especie de tristeza y al mismo tiempo estaba asombrado. A él el trabajo de oficina lo habría matado. Ya lo había probado. Ozymandias le había encontrado empleos. Pero la rutina y el papeleo lo paralizaban. Había trabajado en el almacén de la empresa ayudando al zoólogo a buscar qué enfermedad aquejaba a las avellanas y los higos y las uvas, a mantener a los parásitos a raya. Aquello era interesante, pero no por mucho tiempo. Y había trabajado una semana en la tienda del museo del campo, aprendiendo a hacer hojas de plástico para plasmar los tipos de hábitat. Allí aprendió que a los animales muertos los conservaban con muchos venenos y eso era exactamente lo que él sentía al trabajar en oficinas: que para él era tóxico.

Así que la que trabajaba era Lottie, y las tardes se hacían muy largas. Zet y la perra la esperaban siempre a las cinco en punto. Al final llegaba, cargada de comida, corriendo desde el este, desde Broadway. En la calle Zet y Miss Katusha corrían hacia ella. Zet la llamaba: «¡Lottie!», y la perra rascaba la acera o aullaba.

Lottie venía pálida del metro, y cálida, y hacía sonidos de contralto con la garganta cuando se acercaban. Traía a casa carne de hamburguesa y yogur, huesos para Katusha y pequeños regalos para Zetland. Seguían de luna de miel. Eran felices en Nueva York. Tenían aquellos embelesos animales como de perro, a falta de otra imagen mejor. En el edificio hicieron amistad con un escritor de novelas de bolsillo y su mujer: Giddings y Gertrude. Giddings escribía novelas del Oeste: Zet lo llamaba el Balzac de Malolandia. Giddings lo llamaba a él el Wittgenstein del West Side. De modo, que Zetland encontró público para sus divertidas ocurrencias. Leía en voz alta frases graciosas de la *Enciclopedia de ciencias unificadas* y parodiaba a H. Rider Haggard, el novelista favorito de Giddings, con el lenguaje de la lógica simbólica. Por las noches, Lottie se transformaba de nuevo en la gitana macedonia, la hija de su madre. La madre era una nigromante de Skopje, según Zetland, y

hacia encantamientos con orines de gato y ombligos de serpiente. Conocía los secretos eróticos de la antigüedad. Naturalmente, Lottie también los conocía. Pronto quedó claro que las cualidades de Lottie como mujer eran ricas, profundas y dulces. El romántico de Zet no se cansaba de decir cosas fervientes y agradecidas sobre ella.

De tanta dulzura, una vida de caramelo, unos nervios que ardían con demasiado calor, le daban ataques de ansiedad. A su manera, la ansiedad era también deliciosa, según Zet. Y explicaba que él tenía dos tipos de éxtasis, el sensual y el enfermizo. Aquellos primeros meses en Nueva York fueron demasiado para él. Volvió a padecer su problema de pulmón y contrajo unas fiebres; tenía dolores y evacuaba la orina con dificultad; yacía en la cama, mientras el pijama de color vino desvaído le apretaba la entrepierna y debajo de los gruesos brazos. Su piel volvió a tener la antigua irritabilidad. Durante unas semanas volvió a vivir su infancia de inválido. Era horrible que le volviera a pasar, ya crecido y recién casado, pero también era delicioso. Él recordaba muy bien el hospital, cómo le retumbaba la cabeza cuando le ponían éter y la horrible herida abierta en la barriga. Estaba infectada y no sanaba. Evacuaba por un tubo de goma cerrado por un imperdible ordinario de los de los pañales. Comprendía que se iba a morir, pero seguía leyendo los periódicos cómicos. Todo lo que tenían para leer los niños en el hospital eran los periódicos cómicos y la Biblia: Slim Jim, Boob McNutt, el arca de Noé, Hagar e Ismael se superponían como los mil colores de las tiras cómicas. Era un duro invierno en Chicago; por la mañana, los dorados rayos del sol entraban por ventanas heladas, y los tranvías pasaban zumbando, golpeando y haciendo estruendo. De algún modo se las arregló para salir del hospital, y sus tías lo cuidaron en casa con caldo de tuétano, leche hervida, mantequilla derretida y galletas de soda grandes como naipes. En Nueva York su enfermedad volvió a traer la abertura de la herida con el olor a podrido y el tubo de goma al que un imperdible de pañal le impedía caer dentro de la barriga, y las ganas de estar sin moverse en la cama y tener que aprender de nuevo a caminar a los ocho años.

Un sentido muy temprano y auténtico de la toma de la materia por la energía de la vida, la dolorosa, difícil e intrincada transformación y organización electroquímica, magnífica y llena de colores radiantes, y todos los perfumes y todos los hedores. Esta combinación era demasiado dura. Daba demasiadas vueltas. Lo acongojaba e intimidaba demasiado el alma. ¿Para qué estábamos aquí, las más extrañas de todas las criaturas y seres? Unos ojos claros y pequeños con los que ver, durante un tiempo, leer también, un universo palpitante, y ¡tantos mensajes humanos que transmitir y recibir! Y la caja de huesos para pensar y para almacenar ideas, y un corazón empañado para los sentimientos. Las efemérides, aplastar a otras criaturas, despedazar y calentar su carne, para después devorarla. Una especie de plenitud provocada por el conocimiento de la muerte y también por los deseos infinitos de fundirse con ea. Éstas frases internas peculiares no eran intencionadas. Era simplemente así, simplemente se le ocurrían a Zedand, de manera natural, involuntaria, cuando él se consultaba a sí mismo sobre este lío de cualidades brillantes y aterradoras.

De manera que Zet dejó a un lado sus libros de lógica. Habían perdido su utilidad. Fueron a amontonarse con los periódicos cómicos que ya había dejado de lado cuando tenía ocho años. Ya no le servían ni Rudolf Carnap ni Boob McNutt. Le dijo a Lottie: «¿Qué más libros tenemos aquí?». Ella se acercó al estante y leyó los títulos. Él la detuvo en *Moby Dick*, y ella le entregó el grueso volumen. Después de leer unas cuantas páginas supo que nunca iba a ser doctor en filosofía.

El mar entró en su tierra adentro, un alma del lago Michigan, me contó. El frío del océano era exactamente lo que necesitaba para la fiebre. Se sentía contaminado, pero leyó sobre la pureza. Había

llegado a un mal momento, un momento de un egoísmo ilimitado, de falta de afecto, de falta de voluntad para existir; estaba enfermo; quería *acabar*. Y entonces leyó este libro sorprendente. Se metió en él. Creyó que se iba a ahogar, pero no se ahogó: flotó.

Aquella criatura de carne y hueso, y enferma, fue al cuarto de baño. Por el estado de sus intestinos tenía que arrastrarse para llegar a sentarse encima de la tapa o de la porcelana, encima de aquel agujero conectado al desagüe y a sus aguas: era una desgracia necesaria. Y cuando las borrosas baldosas del suelo empezaron a flotar bajo su mirada enferma como ondas, la amatista del océano estaba también allí, en los bordes biselados del espejo del armario del cuarto de baño, como también el poder blanco de la ballena, de la que la bañera le daba una indicación borrosa. La cloaca estaba allí, también la náusea y la comodidad de los olores intestinales: la vuelta a la infancia, a aquellos viejos colores amarronados. Y la consternación y la dulzura de volver a toser como un descosido y el pantano tropical de la fiebre. Pero allí surgieron también los mares. Derechos por el conducto de ventilación, desde el oeste, y giraron hacia la izquierda, hacia el Hudson. Allí estaba el Atlántico.

Decidió que el auténtico sentido de su vida era la visión general. Había estado trabajando en filosofía con la teoría del parecido de los universales. Tenía un enfoque original con respecto al predicado «parecer». Pero aquello había acabado. Cuando se ponía enfermo decidía pronto. Le habían entrado sudores y estaba tosiendo flema azul con el puño metido en la boca y los ojos hinchados. Se aclaró la garganta y le dijo a Lottie, que estaba sentada en la cama sosteniéndole el té durante el ataque de tos:

—Creo que no puedo seguir con la filosofía.

—Realmente te preocupa, ¿verdad? La otra noche hablabas de filosofía en sueños.

—¿De verdad?

—Hablabas de epistemología o algo así. Yo no entiendo de esas cosas, ya sabes.

—Bueno, tampoco es para mí.

—Pero, cariño, no tienes que hacer nada que no quieras.

Cambia a otra cosa. Yo te apoyaré siempre.

—Eres un encanto. Pero tendremos que arreglarnos sin la beca.

—¿Y de qué sirve? De todas formas, esos tacaños no te dan suficiente para vivir. Zet, cariño, a la mierda el dinero. Ya veo que has cambiado mucho después de haber leído ese libro.

—Oh, Lottie, ese libro es un milagro. Te saca de este mundo terrenal.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te saca del universo de las proyecciones mentales o de las ficciones que te aíslan o de la práctica social ordinaria o del hábito psicológico. Te da una libertad elemental. Lo que realmente te libera de esas ficciones sociales y psicológicas que te aislaban es la otra ficción, la del arte. Realmente, no hay vida humana sin esa poesía. Ay, Lottie, me estaba muriendo de ganas de lógica simbólica.

—Ahora yo tengo que leer ese libro —dijo ella.

Pero no llegó muy lejos. Los libros del mar eran para hombres, y de todos modos a ella no le gustaba mucho la lectura; era demasiado impulsiva para poder quedarse sentada demasiado tiempo. Aquella era la especialidad de Zet. Él le contaría todo lo que tenía que saber sobre *Moby Dick*.

—Tendré que ir a hablar con el profesor Edman.

—En cuanto estés fuerte, ve y dimite. Simplemente dimite. Será lo mejor. ¿Para qué demonios quieres ser profesor? ¡Ay, la perra! —Katusha había iniciado un duelo de ladridos con un animal del

parque de al lado—. Cierra el pico, ¡perra! A veces realmente odio a esa perra piojosa. La siento ladrar dentro de mi cabeza.

—Regálasela al chino de la lavandería; a él le gusta.

—¿Le gusta? La cocinaría. Mira, Zet, no te preocupes por nada. A la mierda la lógica. ¿De acuerdo? Puedes hacer mil cosas. Sabes francés, ruso, alemán, y eres un verdadero cerebro. No necesitamos mucho para vivir. Yo no necesito muchas tonterías. Compró en Union Square, ¿y qué?

—Con ese hermoso cuerpo macedonio —dijo Zet—, Klein es tan bueno como la alta costura. Benditos sean tu busto, tu barriga y tu trasero.

—Si te baja la fiebre para el fin de semana, iremos al campo, a ver a Giddings y Gertrude.

—Papá se disgustará cuando se entere de que he salido de Columbia.

—¿Y qué? Sé que lo quieres, pero es tan gruñón que de todas formas no podrías complacerlo. Muy bien, que se vaya a la mierda también.

En 1940 se mudaron al centro y vivieron en la calle Bleecker una docena de años. Pronto llamaron la atención en Greenwich Village. En Chicago habían sido bohemios sin saberlo. En el Village identificaron a Zet con la vanguardia de la literatura y con la política radical. Cuando los rusos invadieron Finlandia, los políticos radicales se convirtieron en absurdos. Los marxistas debatían sobre si el Estado trabajador podía ser imperialista. Esto era demasiado idiota para Zetland. Después se firmó el pacto nazi-soviético y se declaró la guerra. Durante la guerra nació Constantine (Lottie quería que tuviera un nombre balcánico). Zedand quiso alistarse. Cuando mostraba voluntad, Lottie siempre lo apoyaba, y lo apoyó contra su padre, quien por supuesto desaprobó la decisión.

Dejando la casa amarilla

Los vecinos —eran en total seis blancos los que vivían en Segó Desert Lake— se dijeron unos a otros que la vieja Hattie ya no podía aguantar sola. La vida en el desierto, incluso con un horno de aire en la casa y el gas butano que le traían de la ciudad en un camión, seguía siendo demasiado difícil para ella. Había en el condado mujeres incluso más viejas que Hattie. A treinta kilómetros de distancia vivía Amy Walters, la viuda del minero de oro. Era una vieja fuerte, más astuta y más dura que Hattie. Todos los días del año se daba un baño en el lago helado. Y Amy estaba loca por el dinero y sabía cómo administrarlo, al contrario que Hattie. Hattie no era exactamente una borracha, pero le daba bastante a la botella, y ahora estaba en un lío y había un límite en la ayuda que podía esperar de sus vecinos.

La apreciaban, sin embargo. No se podía evitar apreciar a Hattie. Era grande y alegre, hinchada, cómica, fanfarrona, y tenía una espalda grande y encorvada y unas piernas tiesas y bastante largas. Antes de que empezara el siglo se había graduado en una escuela de señoritas y había estudiado órgano en París. Pero ahora no distinguía una nota de una sartén. Le daban ataques cuando jugaba a la canasta. Y todo lo que le quedaba de su hermoso pelo rubio estaba quemado a lo largo de su frente en pequeños rizos grises. No tenía la frente muy arrugada, pero su piel era azulada, del color de la leche desnatada. Al andar daba pasos largos a pesar del peso de sus caderas. Se impulsaba con los hombros, la espalda encorvada, mostrando las suelas planas de goma de sus zapatos.

Una vez a la semana, alegremente también, insistente pero ausente, se quitaba la falda corta y la sucia cazadora de aviador con el cuello de lana y se ponía una faja, un vestido y zapatos de tacón. Cuando se ponía esos tacones su viejo y gordo cuerpo temblaba. Llevaba una gran gorra escocesa de color marrón con un broche de diez centavos, ladeada pero colocada con sumo cuidado.

Se hacía una línea recta con lápiz de labios en la boca, dejando parte del labio de arriba de color pálido. Al volante de su viejo coche en forma de torreta conducía, con apariencia metódica pero a una velocidad peligrosa, por sesenta kilómetros de desierto montañoso para comprar pasteles de carne congelados y whisky. Iba a la lavandería y a la peluquería, y después almorzaba con dos martinis en el Arlington. A continuación solía visitar el hotel Silvernine de Marian Nabot en la calle Miller, cerca de los barrios bajos, y pasaba el resto del día chismorreando y bebiendo con sus amigas, viejas divorciadas como ella que se habían establecido en el oeste. Hattie ya no jugaba nunca y no le gustaba el cine. A las cinco de la tarde se volvía a casa a la misma velocidad, con calma, en parte dada por el humo del cigarrillo. El cigarrillo la hacía llorar. Los Rolfe y los Pace eran los únicos vecinos blancos que tenía en Segó Desert Lake. Estaba también Sarn Jervis, pero era solo un viejo ganso que le hacía algunos trabajillos en el jardín, y ella no lo contaba. Como tampoco contaba entre sus vecinos a Darly, el vaquero del rancho que trabajaba para los Pace, ni a Swede, el telegrafista. Pace tenía un rancho de vacaciones, y Rolfe y su mujer eran ricos y se habían retirado. De manera que había tres buenas casas en el lago, la casa amarilla de Hattie, la de los Pace y la de los Rolfe. Todo el resto de la población —Sarn, Swede, Watchtah, el capataz de sección, y los mexicanos y los indios y los negros— vivía en chozas y vagones. Había muy pocos árboles, álamos y bojs ancianos. Todo lo demás, hasta la orilla, era enebro y artemisa. El lago era lo que quedaba de un antiguo mar que había cubierto las montañas volcánicas. Hacia el norte había algunas minas de tungsteno; hacia el sur, a veinticinco kilómetros, había una aldea india: chozas construidas con contrachapado o traviesas del ferrocarril.

En este sitio tan árido, Hattie había vivido más de veinte años. Su primer verano lo pasó no en una casa sino en una tienda india junto a la orilla del lago. Solía decir que había mirado las estrellas desde aquel refugio casi sin techo. Después de su divorcio se lió con un vaquero llamado Wicks. Ninguno de ellos tenía dinero —era la época de la Depresión— y vivieron en el campo, cazando coyotes para subsistir. Una vez al mes iban a la ciudad, se alquilaban una habitación y se iban de juerga. Hattie contaba esto con tristeza, pero también con orgullo, y con muchos adornos. Cualquier cosa que pasaba se transformaba en algo distinto.

—Nos vimos atrapados en una tormenta —decía—, y cabalgamos duro, hacia el lago, y llamamos a la puerta de la casa amarilla. —Que ahora era su casa—. Alice Parmenter nos dejó entrar y nos permitió dormir en el suelo.

Lo que había pasado en realidad es que soplaban el viento —no había habido ninguna tormenta— y de todas formas no estaban lejos de la casa; y Alice Parmenter, que sabía que Hattie y Wicks no estaban casados, les ofreció camas separadas; pero Hattie, con aire arrogante, había dicho en voz alta: —¿Por qué ensuciar dos juegos de sábanas?

Y ella y su vaquero habían dormido en la cama de Alice mientras ella dormía en el sofá.

Después Wicks se marchó. Nunca hubo nadie como él en la cama; lo habían criado en una casa de putas y las chicas le habían enseñado todo, según Hattie. En realidad, no entendía muy bien lo que estaba diciendo pero creía que estaba hablando a la manera del oeste. Más que nada quería que la creyeran una mujer dura y experimentada del oeste. Y sin embargo también era una dama. Tenía plata buena y porcelana buena y papel de cartas grabado, pero también guardaba judías en lata y salsa A-1 y atún y botellas de ketchup y ensalada de frutas en los estantes de la biblioteca del salón. En la mesilla de noche tenía la Biblia que le había regalado su piadoso hermano Angus —el otro hermano era un demonio—, pero detrás de la puertecita de la cómoda había una botella de bourbon. Cuando se despertaba por las noche\$ bebía hasta que se volvía a dormir. En la guantera de su viejo coche tenía botellitas de muestra para las emergencias del camino. El viejo Darly las encontró después del accidente.

El accidente no se produjo muy adentro del desierto como ella siempre había temido, sino muy cerca de su casa. Una noche se había tomado unos cuantos martinis con los Rolfe, y cuando iba a casa en el coche cruzando el paso del ferrocarril perdió el control del volante y viró por encima del cruce. La explicación que dio era que había estornudado y que el estornudo la había acelerado y la hizo mover el volante. El motor se destrozó y las cuatro ruedas del coche se quedaron aplastadas sobre los raíles. Hattie salió arrastrándose por la puerta, muy lejos de la carretera. Se apoderó. de ella un gran miedo —por el coche, por el futuro y no solo por el futuro sino también por el pasado— y empezó a correr con sus cortas piernas atravesando la artemisa htacia el rancho de Pace.

Pero los Pace habían salido a cazar y habían dejado a cargo a Darly; se estaba ocupando del bar en la vieja cabaña que se remontaba a los días del pony exprés, cuando entró Hattie de sopetón. En ese momento había dos clientes, un minero y su chica.

—Ayúdenme. He tenido un accidente —dijo Hattie.

¡Cómo cambia el rostro de un hombre cuando una mujer tiene malas noticias que contarle! Eso es lo que le pasó entonces al viejo Darly; sus ojos adoptaron un aspecto desgano, movió la mandíbula hacia dentro y hacia fuera, sus arrugadas mejillas empezaron a colorearse, y dijo:

—¿Qué pasa, qué tripa se te ha roto ahora?

—Estoy atrapada en las vías. Estornudé. Perdí el control del coche. Sácame, Darly. Con la

furgoneta. Antes de que llegue el tren.

Darly arrojó el trapo y dio un taconazo con sus botas de alto tacón.

—¿Qué es lo que has hecho? —dijo—. Te dije que te quedaras en casa después de anocheecer.

—¿Dónde está Pace? Toca la campana y llámalo.

—No hay nadie en la finca más que yo —dijo el viejo—. Y se supone que no puedo cerrar el bar.

Tú lo sabes tan bien como yo.

—Por favor, Darly. No puedo dejar mi coche encima de la vía.

—¡Mala suerte! —dijo él. Sin embargo salió de detrás de la barra—. ¿Cómo has dicho que ha pasado?

—Ya te lo he dicho, estornudé —dijo Hattie.

Todos, como después contó Hattie, estaban tan borrachos como una cuba; Darly, el minero y la chica.

Darly cojeaba mientras cerraba con llave la puerta del bar. Un año antes, una coz de una de las yeguas de Pace le había roto las costillas mientras la cargaba en el camión, y todavía no se había recuperado. Era demasiado viejo. Pero disimulaba el dolor. Las estrechas botas de tacón alto le ayudaban a ello, y su dolorosa inclinación parecía la postura encorvada normal de un vaquero. Sin embargo, Darly no era un auténtico vaquero, como Pace, que había crecido en la silla del caballo. Él había llegado tarde del este y, hasta la edad de cuarenta años, nunca había montado a caballo. A este respecto, él y Hattie eran iguales. No eran auténticos personajes del oeste.

Hattie salió corriendo detrás de él por el patio del rancho.

—¡Maldita sea! —le dijo él—. Le había sacado treinta pavos a ese primo y quién sabe lo que le habría sacado si tú te metieras en tus asuntos. Pace se va a poner como un demonio.

—Tienes que ayudarme. Somos vecinos —dijo Hattie.

—No estás preparada para vivir aquí fuera. Ya no puedes seguir así. Además, siempre estás borracha.

Hattie no podía permitirse el lujo de responderle. La idea de que su coche estuviera en medio de la vía la ponía frenética. Si ahora pasaba un tren de mercancías y lo aplastaba, su vida en Segó Desert Lake estaría acabada. ¿Y adónde iba a ir ella entonces? Le decían que no estaba preparada para vivir allí. Nunca había conseguido ningún título, solo fingía que lo había hecho. Y Darly, ¿por qué le decía cosas tan desagradables? Él mismo había cumplido sesenta y ocho años y tampoco tenía adónde ir; para colmo, Pace no lo trataba bien. Darly no se iba porque su única alternativa era marcharse al asilo de los soldados. Además, las mujeres del rancho todavía se arrastraban hasta su catre. Querían un vaquero y creían que él lo era. Vaya, ni siquiera era capaz de levantarse de su litera por las mañanas. ¿Y dónde si no iba a conseguir mujeres? «Después de la estación de trabajo fuerte en el rancho —quiso decirle ella—, siempre tienes que ir al hospital de Veteranos para que te recompongan.» Pero ahora no se atrevía a ofenderlo.

La luna estaba a punto de salir. Apareció mientras iban por el camino de tierra sin clasificar hacia el cruce donde el coche en forma de torreta de Hattie descansaba sobre los raíles. Iban muy rápido, y Darly conducía el camión salpicando tierra sobre el minero y su chica, que los habían seguido en su coche.

—Ponte detrás del volante y conduce tú —le dijo Darly a Hattie.

Ella subió al asiento. Esperando al volante, levantó el rostro y dijo:

—Por favor, Dios mío, que no haya torcido el eje ni roto el depósito del aceite.

Cuando Darly se metió debajo del parachoques del coche de Hattie, el dolor de las costillas de pronto le cortó la respiración, así que en vez de doblar la cadena del remolque la ató a todo lo largo. Se levantó y volvió corriendo al camión con las botas en la mano. El movimiento le parecía el único alivio para su dolor; ni siquiera la bebida le servía ya. Puso el camión en marcha y empezó a tirar. Uno de los lados del coche de Hattie cayó en la carretera con un estruendo de muelles. Ella se quedó sentada con la cara descompuesta, asustada y golpeada por la conciencia, dándole al motor hasta que lo ahogó.

El minero le gritó:

—La cadena es demasiado larga.

A Hattie la elevó en el aire el ruido de las ruedas. Tuvo que tirarse por la ventanilla para salir porque el tirador de la puerta llevaba años atascado por dentro. Hattie luchó para salir por el lado levantado gritando:

—Será mejor que avise a los Swede. Y tú deberías hacer señales. Va a pasar un tren.

—Venga, hazlo ya —dijo Darly—. Aquí no sirves de nada.

—Darly, ten cuidado con mi coche. Ten mucho cuidado.

En ese lugar, el antiguo lecho del mar era plano y bajo, y las luces del coche y del camión y del Chevrolet del minero eran grandes y brillaban a treinta kilómetros de distancia. Hattie estaba demasiado asustada para pensar en eso entonces. Todo lo que se le ocurría era que ella era una vieja que siempre posponía las cosas; había vivido con esos retrasos; había pensado en dejar de beber; lo había ido retrasando y ahora se había cargado el coche: aquello era un fin terrible y suponía un juicio terrible para ella. Bajó al suelo y, subiéndose la falda, empezó a pasar por encima de la cadena.

Para demostrar que no había que acortar la cadena, y para terminar con el asunto, Darly volvió a tirar del camión hacia delante. La cadena se estiró y golpeó a Hattie en la rodilla. Ella cayó de bruces y se rompió el brazo. Gritó:

—Darly, Darly, me he hecho daño. Me he caído.

—La vieja ha tropezado con la cadena —dijo el minero—. Eche para atrás y yo tiraré por usted. No está consiguiendo nada.

El minero, borracho, se tiró al suelo en la oscuridad, sobre las blandas cenizas rojas de la vía. Darly se había echado hacia atrás para aflojar la cadena.

Darly también hirió al minero. Le arrancó la piel de los dedos por echarse hacia delante antes de que la cadena estuviera asegurada. Sin quejarse, el minero se envolvió la mano en el faldón de la camisa diciendo:

—Ahora que lo haga ella.

El viejo coche bajó de la vía y se quedó plantado a un lado de la carretera.

—Ahí tienes tu maldito coche —le dijo Darly a Hattie.

—¿Está todo bien? —dijo ella. Tenía el lado izquierdo del cuerpo cubierto de tierra, pero se las arregló para ponerse de pie, jorobada y pesada, con las piernas anquilosadas—. Estoy herida, Darly —trató de convencerlo.

—Al demonio si lo estás —dijo él. Creía que ella estaba fingiendo para eludir la culpa. El dolor de las costillas lo impacientaba especialmente con ella—. Cristo, si ya no puedes cuidar de ti misma no tienes nada que hacer aquí.

—Tú también eres viejo —le dijo ella—. Mira lo que me has hecho. No aguantas la bebida.

Esto lo ofendió mucho. Le dijo:

—Te voy a llevar a casa de los Rolfe. Para empezar, son ellos los que te han dado de beber, así que será mejor que sean ellos los que se preocupen por ti. Estoy harto de tus tonterías, Hattie.

Salió corriendo colina arriba. La cadena, la pala y la palanca chocaron a los lados del camión. Ella estaba asustada, se agarraba el brazo y se quejaba. Los perros de Rolfe saltaron para lamerla cuando atravesó la verja. Ella se echó un poco hacia atrás llorando: «Abajo, abajo».

—Darly —gritó en la oscuridad—, cuida de mi coche. No lo dejes ahí en la carretera. Cuídalo, por favor.

Pero Darly, con su enorme sombrero y el gesto torcido, pequeño y avinagrado, con un dolor furioso en las costillas, se largó a gran velocidad.

—Dios, qué voy a hacer ahora —dijo ella.

Cuando Hattie abrió la puerta, los Rolfe se estaban tomando una última copa antes de la cena, sentados junto al fuego de trozos de traviesa de ferrocarril. Hattie tenía la rodilla ensangrentada, los ojos enrojecidos del susto y el rostro grisáceo por el polvo.

—Me he herido —dijo desesperada—. He tenido un accidente. Estornudé y perdí el control del volante. Jerry, ve a ver mi coche. Está en la carretera.

Le vendaron la rodilla y la llevaron a casa y la acostaron.

Helen Rolf e le envolvió el brazo en una manta eléctrica.

—No me pongáis la manta eléctrica —se quejó Hattie—. El interruptor se enciende y se apaga y cada vez que lo hace pone en marcha el generador y gasta gas.

—Ahora no es el momento de ser tacaña, Hattie —le dijo Rolfe—. Por la mañana te llevaremos a la ciudad para que te examinen. Helen telefoneará al doctor Stroud.

A Hattie le entraron ganas de decir: «¡Tacaña yo! Sois vosotros los tacaños. Yo simplemente no tengo nada. Tú y Helen estáis dispuestos a pegaros el uno al otro por cualquier cosa cuando jugáis a la canasta». Pero los Rolfe se portaban bien con ella; eran los únicos amigos que tenía allí. Darly la habría dejado tirada en el patio toda la noche y Pace la habría vendido al comerciante de huesos. Se la daría al matarife por un solo pavo.

De manera que no les contestó a los Rolfe, sino que tan pronto como se fueron de la casa amarilla, caminando bajo la clara luz de la luna y el seto de boj para dirigirse a su propia caravana, Hattie apagó el interruptor y oyó el pesado rugido del generador. Pronto empezó a sentir en el brazo un auténtico dolor, más profundo, y se quedó rígida, calentándose la parte herida con la mano. Le parecía que podía sentir cómo se le salía el hueso. Antes de marcharse, Helen Rolf e le había echado encima una manta que había pertenecido a India, la querida amiga de Hattie, de la que había heredado la casita y todo su contenido. ¿Había estado la manta en la cama de India la noche que murió? Hattie trató de recordar, pero tenía la cabeza hecha un lío. Estaba bastante segura de que la almohada del lecho de muerte estaba en la buhardilla, y le parecía a ella que había puesto la ropa de aquella cama en el baúl. Entonces, ¿de dónde había salido aquella manta? Ahora no podía hacer nada más que retirarla del contacto directo con su piel. Le mantenía calientes las piernas y eso podía aceptarlo, pero no la quería más cerca que eso.

Hattie veía cada vez más su vida como si, desde el nacimiento hasta el presente, cada momento hubiera sido filmado. Su idea era que cuando muriese vería la película en el otro mundo. Entonces sabría qué aspecto tenía por la espalda, al regar las plantas, en el cuarto de baño, dormida, tocando el órgano, besando: todo, incluso esta noche, en medio del dolor, casi el último, quizá, porque ya no podría aguantar mucho más. ¿Cuántos rincones y ángulos tenía que mostrarle todavía la vida? No

podía quedar mucha película. Estar allí echada despierta y tener esas ideas era lo peor del mundo. Era mejor la muerte que el insomnio. Hattie no solo amaba el sueño, también creía en él.

El primer intento de poner el hueso en su sitio no tuvo éxito. «Mirad lo que me han hecho», les decía a sus visitantes, mientras les mostraba el descolorido pecho. Tras la segunda operación empezó a desvariar. Tuvieron que levantar los lados de la cama, porque en su delirio vagaba por las salas. Maldijo a las enfermeras cuando la encerraron. «No podéis encerrar a la gente así sin juicio. Estamos en una democracia, brujas.» De Wicks había aprendido a decir palabrotas. «Él sí que sabía decirlas», solía decir. «A mí se me pegó inconscientemente.» Durante varias semanas su mente no estuvo clara. Cuando estaba dormida parecía muerta; tenía las mejillas hinchadas y la boca, que ya no sonreía, estaba pequeña y redondeada. Helen suspiraba cuando la veía.

—¿Nos ponemos en contacto con su familia? —le preguntó al médico.

Tenía la piel blanca y espesa y el pelo de color castaño, un pelo abundante y muy seco. A veces les explicaba a sus amigas: «Durante la guerra tuve una enfermedad tropical».

El médico preguntó:

—¿Es que hay una familia?

—Hermanos viejos. Hijos de primos —dijo Helen.

Ella estaba tratando de pensar a quién llamarían a su lecho de muerte (era lo suficientemente vieja como para eso). Rolfe velaría por que se ocuparan de ella. Contrataría a enfermeras privadas. Hattie no podía permitirse eso. Ya había gastado más de lo que tenía. Una empresa de fideicomiso de Filadelfia le pagaba ochenta dólares al mes. Tenía también una pequeña cuenta de ahorros.

—Supongo que dependerá de nosotros sacarla del apuro —dijo Rolfe—. A menos que se presente el hermano que tiene en México. Es posible que tengamos que telefonar a uno de esos viejos.

Al final no hubo necesidad de llamar a ningún pariente. Hattie empezó a recuperarse. Por fin reconocía a las visitas, aunque su mente todavía estaba hecha un lío. Muchas cosas de las que habían sucedido no las recordaba.

—¿Cuánta sangre tuvieron que ponerme? —no dejaba de preguntar—. Me parece recordar cinco, seis, ocho transfusiones distintas. La luz del día, la luz artificial... —Trataba de sonreír, pero aún no era capaz de poner una cara agradable—. ¿Cómo voy a pagar? —decía—. A veinticinco pavos el litro, el poquito dinero que tengo se va a acabar enseguida. La sangre se convirtió en su tema de conversación constante, su preocupación. Se lo decía a todos los que venían a verla:

—... y tuvieron que reemplazar toda esa sangre. Me metieron litros y litros. Litros. Solo espero que fuera toda buena —Y, aunque estaba muy débil, empezó a sonreír y reír de nuevo. En su risa había más silbidos entre dientes que antes; la enfermedad le había afectado el pecho.

—Ni cigarrillos ni alcohol —le dijo el médico a Helen.

—Doctor —le preguntó ella—, ¿espera usted que cambie?

—De todas formas, es mi obligación decirlo.

—Es posible que una vida sin beber no le atraiga demasiado —dijo Helen.

Su marido se rió. Cuando Rolfe se reía fuerte uno de sus ojos se volvía ciego. Su rostro irlandés se ponía rojo; y en el puente de su pequeña y puntiaguda nariz la piel se volvía blanca.

—Hattie es como yo —dijo—. Estará en activo hasta que acabe del todo. Y si el lago Segá se volviera de whisky ella haría uso de sus últimas fuerzas para echar abajo su casa amarilla y construir con ella una balsa. Seguiría así, flotando en el whisky. ¿Para qué hablar de abstinencia?

Hattie también reconocía el parecido entre ellos. Cuando él venía a verla le decía:

—Jerry, tú eres el único al que le puedo hablar de mis problemas. ¿Qué podría hacer para conseguir dinero? Tengo el seguro de Hotchkiss. He estado pagando ocho dólares al mes.

—Eso no te servirá de mucho, Hat. ¿No tienes nada con la Cruz Azul?

—Hace diez años que no lo pago. Quizá podría vender alguna de mis propiedades.

—¿Y qué propiedades tienes? —le dijo él. Su ojo empezó a flaquear de la risa.

—Vaya —dijo ella, desafiante—, pues hay más cosas. Para empezar está la hermosa y preciosa alfombra persa que me dejó India.

—¡El carbón de la chimenea lleva quemándola años, Hat!

—La alfombra está *perfectamente* —dijo ella con un balanceo furioso de los hombros—. Un objeto precioso como ese nunca pierde su valor. Y la mesa de roble del monasterio español tiene trescientos años.

—Con suerte podrías sacarle veinte pavos. Te costaría cincuenta sacarla de aquí. Lo que tendrías que vender es la casa.

—¿La casa? —dijo ella. Sí, ella ya lo había pensado—.

Tendría que conseguir por ella veinte mil por lo menos.

—Ocho mil es un precio justo.

—Quince mil —ella estaba ofendida, y su voz recuperó su fuerza—. India le puso ocho mil en dos años. Y no olvides que el lago Segó es uno de los lugares más hermosos del mundo.

—Sí, pero ¿dónde está? A más de ochocientos kilómetros de San Francisco y a más de trescientos de Salt Lake City. ¿Quién quiere vivir aquí fuera más que unos cuantos excéntricos como tú, India y yo?

—Hay cosas a las que no se les puede poner precio. Cosas hermosas.

—¡Maldita sea, Hattie! Tú no distingues la basura de las cosas hermosas. No más que yo. Yo vivo aquí porque me gusta y tú porque India te dejó la casa. Y justo a tiempo, además. Sin ella no habrías tenido nada tuyo.

Sus palabras ofendieron a Hattie; más que eso, la asustaron. Se quedó en silencio y después se puso a pensar, porque ella apreciaba a Jerry Rolfe, y él a ella. Él tenía sentido común y, además, solo había dicho lo que ella ya pensaba. No dijo más que la verdad sobre la muerte de India y la casa. Pero ella se dijo a sí misma que él no lo sabía todo. Habría que pagarle a un arquitecto de San Francisco diez mil dólares solo para que *pensara* una casa así. Antes de que empezara a dibujar una línea.

—Jerry —le dijo la anciana—, ¿qué voy a hacer con la sangre del banco de sangre?

—¿Quieres un poco de la mía, Hat? —Su ojo empezó a cerrarse.

—No me serviría. Hace dos años que tuviste ese tumor. Me parece que Darly debería dar un poco.

—¿El viejo? —Rolfe se rió de ella—. ¿Quieres matarlo?

—¡Vaya! —dijo Hattie furiosa, alzando el redondo rostro. La fiebre y la transpiración le habían deshinchado el rizado flequillo y por detrás de su cabeza el pelo se había enredado y apelmazado de tal manera que tuvieron que afeitarlo—. Darly casi me mata. Es por su culpa por lo que estoy en este estado. Debe de tener dentro algo de sangre. Corre detrás de todas las mujeres; todas, las jóvenes y las viejas.

—Venga, tú también estabas borracha —dijo Rolfe.

—Llevo conduciendo borracha cuarenta años. Fue el estornudo. Ay, Jerry, me siento como si me hubieran retorcido

—dijo Hattie, ojerosa, echándose hacia delante en la cama.

Pero su rostro estaba hendido por su tonta risa. No era una persona que pudiera estar sin reír mucho tiempo; tenía la expresión de una superviviente perenne.

Un día sí y otro no iba a ver a la fisioterapeuta. La joven trabajaba el brazo por ella; lo cual era un placer y un consuelo para Hattie, a quien le habría encantado dejar toda la recuperación en sus manos. Sin embargo, le dieron otros ejercicios que hacer, y esos no eran tan fáciles. Le instalaron una polea y Hattie tenía que agarrar los dos extremos de una cuerda y balancearla hacia delante y hacia atrás por la ruedecita chirriante. Movía los brazos por encima de la cabeza y tosía por culpa del cigarrillo. Pero el ejercicio más importante de todos lo eludía. En ese tenía que apoyar la palma de la mano contra la pared al nivel de las caderas y, presionando lentamente con las puntas de los dedos, hacer que la mano subiera hasta la altura del hombro. Aquello era doloroso y muchas veces olvidaba hacerlo, aunque el médico la advirtió:

—Hattie, no querrás que aparezcan bandas inflamatorias, ¿verdad?

Un destello de desesperación cruzó la mirada de Hattie.

Entonces dijo:

—Ay, doctor Stroud, cómpreme mi casa.

—Yo soy soltero. ¿Qué iba a hacer con una casa?

—Yo conozco a una chica que le iría bien a usted: la hija de mi prima. Encantadora y muy inteligente. Acaba de obtener el doctorado.

—A usted le tienen que hacer también muchas proposiciones —le respondió el médico.

—Solo las ratas locas del desierto. Me persiguen. Pero cuando pague todas las cuentas me veré en una situación bastante mala. Ojalá pudiera devolver toda esa sangre del banco de sangre. Entonces estaría mucho más tranquila.

—Si no hace lo que le dice la terapeuta, Hattie, tendrán que operarla otra vez. ¿Sabe usted lo que son las bandas inflamatorias?

Sí que lo sabía. Pero Hattie pensó: ¿Cuánto tiempo más voy a tener que ocuparme de mí misma? Le irritaba oírlo hablar de otra operación. Tuvo un momento de pánico, pero lo disimuló. Con él, con este joven cuya piel ya era tan espesa como el suero de la leche y cuyo pelo castaño estaba tan seco como la muerte, siempre adoptaba el papel de una niña. Con una vocecita infantil le dijo:

—Sí, como todo el mundo. —Pero tenía el corazón furioso. Día y noche se repetía, sin embargo: Yo he visitado el valle de las sombras. Pero ahora estoy viva. Estaba débil, era vieja, no era capaz de seguir una idea con mucha facilidad, sentía que la cabeza le daba vueltas. Pero seguía allí; allí seguía su cuerpo, un cuerpo que llenaba un espacio, un gran cuerpo. Y aunque tenía preocupaciones y problemas, y de vez en cuando le parecía que el brazo le iba a dar la última de todas las puñaladas; y aunque su pelo era viejo y gastado, como raíces de cebolla, y revuelto como si nadara bajo el peine, se sentaba y se entretenía con las visitas; su gran sonrisa le dividía la cara; su corazón se calentaba con cada palabra amable.

Y pensó: La gente me ayudará a salir de esto. Nunca me ha sentado bien preocuparme. En el

último minuto siempre ha surgido algo, cuando yo menos lo esperaba. Marian me quiere. Helen y Jerry me quieren. Half Pint me quiere. Nunca me dejarían tirada. Y yo también los quiero a ellos. Si esto les pasara a ellos, yo nunca los dejaría en la estacada.

Por encima del horizonte, en una enorme extensión que Hattie visitaba sola ocasionalmente, surgían a veces los rasgos de India, su *sombra*. India estaba indignada y le reñía. No era mala. No realmente. Poca gente había sido realmente mala con Hattie. Pero India está enfadada con ella.

—El jardín se está yendo al diablo, Hattie —le decía—.

Todos los setos de lilas están marchitos.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? La manguera está podrida.

Se rompió. No alcanza ya.

—Pues entonces cava una trinchera —le decía el fantasma de India—. Haz que el viejo Sam cave una trinchera. Pero salva los setos.

¿Sigo siendo una criada?, se dijo Hattie. No, pensó, que cada uno se ocupe de lo suyo.

Pero ahora no desafiaba a India más de lo que lo había hecho cuando vivían juntas. Se suponía que Hattie tenía que mantener a India alejada de la botella, pero muchas veces las dos empezaban a emborracharse después del desayuno. Olvidaban vestirse, y en bragas vagaban las dos por la casa y se chocaban una con otra, para después desesperarse por haber sido tan débiles. Por la tarde se sentaban en el salón, esperando la puesta del sol. El sol se iba encogiéndose, quemándose sobre los bordes afilados de las montañas. Cuando el sol se ocultaba, la furia de la luz del día se suavizaba y las superficies de las montañas se ponían más azules, rotas, como acantilados de carbón. A ella le recordaban caras. Por el este empezaban a aparecer estrellas y el lago parecía menos inhumano y altanero. Al final India decía: «Hattie, ha llegado la hora de encender las luces». Y Hattie tiraba de las cadenas de las lámparas, varias de ellas, para dar un buen tirón al generador. Encendía algunas de las sofisticadas lámparas de estilo siglo XVIII cuyas pantallas salían de los cuerpos como alas de libélula. El motor del cobertizo se arrastraba, después escupía, después se cargaba con un estrépito y la primera débil luz se alzaba desigual en las bombillas.

—¡Hettie! —gritaba India.

Después de beber estaba arrepentida, pero esa penitencia también le afectaba a Hattie, y mientras peor era su humor más británico se volvía su acento.

—¿Dónde demonios estás, Hettie?

Después de su muerte, Hattie encontró algunos poemas que había escrito en los que a ella, a Hattie, la mencionaba con afecto e incluso de manera conmovedora. Aquello era algo bueno: la literatura, la educación, la clase. Pero el interés de Hattie por las ideas era muy escaso, mientras que India había viajado por todo el mundo. India estaba acostumbrada a codearse con las compañías más selectas. Pretendía hablar con ella de religión oriental, de Bergson y Proust, y Hattie no tenía cabeza para eso, de manera que India le echaba la culpa de que bebía.

—No puedo hablar contigo —le decía—. No entiendes de religión ni de cultura. Yo estoy aquí porque no puedo ir a ningún otro sitio. Ya no puedo vivir en Nueva York. Es demasiado peligroso para una mujer de mi edad vagar borracha por la calle de noche.

Y Hattie, al hablar sobre India con sus amigos del oeste, les decía:

—Es toda una dama. —Dando a entender que eran iguales—. Es una persona creativa. —Por eso era por lo que congeniaban tanto la una con la otra—. Pero está completamente desamparada. Vaya, ni siquiera sabe ponerse la faja sola.

—¡Hettie! Ven aquí. ¡Hettie! ¿Sabes lo que es la pereza?

Desvestida, India se sentaba en la cama con el cigarrillo en la mano borracha y arrugada y hacía quemaduras en las plantas. En el orgullo de Hattie dejó también muchas pequeñas heridas. La trataba como a una criada.

Llorando, India le pedía después perdón.

—Hettie, por favor no me condenes en tu corazón. Perdóname1 querida, sé que soy mala. Pero con mi maldad me hiero más a mí que a ti.

Hattie solía ponerse muy rígida. Alzaba el rostro con la nariz enrojecida y los ojos hinchados y decía:

—Yo soy cristiana. Nunca guardo rencor. —Y a fuerza de repetir eso llegaba de hecho a perdonar a India.

Pero por supuesto Hattie no tenía ni marido, ni hijos, ni habilidades ni ahorros. Y nadie sabe lo que habría hecho si India no hubiera muerto dejándole la casa amarilla.

Jerry Rolfe le dijo en privado a Marian, la amiga de Hattie, que se dedicaba a los negocios en la ciudad:

—Hattie no es capaz de hacer nada por sí sola. Si yo no hubiera estado por allí durante la tormenta de nieve del cuarenta y cuatro, tanto ella como India se habrían muerto de hambre. Siempre ha sido descuidada y perezosa y ahora ya no es capaz siquiera de echar a una vaca del patio. Está demasiado débil. Lo que tendría que hacer es irse al este con su maldito hermano. Hattie habría acabado en el asilo de los pobres si no hubiera sido por India. Pero, además de la maldita casa, India le debió de haber dejado algún dinero. No usó su maldita cabeza.

Cuando Hattie volvió al lago se quedó en casa de los Rolfe.

—Bueno, vieja tortuga —le dijo Jerry, ya tienes mejor aspecto.

En efecto, con los ojos alegres, el cigarrillo en la boca y el pelo recién rizado y cayéndole por la frente, parecía que había vuelto a triunfar. Estaba pálida, pero sonreía, se reía y sostenía un bourbon a la antigua con una cereza y una rodaja de naranja dentro. Estaba racionada: los Rolfe le permitían tomar dos al día. Heleo se dio cuenta de que tenía la espalda más inclinada que antes. Las rodillas las tenía hacia fuera y las apoyaba débilmente; los pies, sin embargo, los metía hacia dentro.

—Ay, queridos Heleo y Jerry, estoy tan agradecida, tan contenta de haber vuelto al lago... Ahora puedo volver a cuidar de mi casa, y estoy aquí para ver la primavera. Es más hermoso que nunca.

Mientras Hattie estuvo fuera había llovido mucho. Las lilas, que florecían únicamente si el invierno había sido húmedo, brotaban de la tierra suelta, especialmente alrededor del pozo de marga; pero incluso en el granito quemado parecían crecer. Estaba empezando a aparecer el melocotonero del desierto, y en el patio de Hattie los rosales se estaban llenando de hojas. Las rosas eran amarillas y abundantes, y el perfume que exhalaban era como el de las hojas húmedas de té.

—Antes de que empiece a hacer calor suficiente para que salgan las serpientes de cascabel —le dijo Hattie a Heleo—, deberíamos subir al rancho de Marky a buscar berros.

Hattie iba a ocuparse de muchas cosas, pero aquel año el calor llegó pronto y, como no había televisor para mantenerla despierta, se pasaba dormida la mayor parte del día. Era capaz de vestirse sola, aunque había pocas cosas más que pudiera hacer. Sam Jervis preparó la polea para ella en el porche y de vez en cuando ella se acordaba de utilizarla. Las mañanas en que tenía fuerza se acercaba

a su propia casa, a examinar las cosas, sentirse importante y darle órdenes a Sam Jervis y Wanda Gingham. A los noventa, Wanda, que era una india shosone, seguía siendo una excelente costurera y limpiadora.

Hattie examinó su coche, que estaba aparcado bajo un álamo. Probó el motor. Sí, la vieja tartana todavía funcionaba. Orgullosa y contenta, escuchó el sonido de los cilindros; el viejo y seco tubo de escape se estremeció cuando el humo salió por detrás. Trató de hacer funcionar la palanca de cambios, de mover el volante. Pero eso todavía no podía hacerlo. Sin embargo, ella confiaba en que pronto podría.

En la parte trasera de la casa, el terreno se había hundido un poco por encima de la fosa séptica y unas cuantas de las viejas traviesas de ferrocarril se habían podrido encima. Aparte de eso, todo estaba bien. Sam había cuidado del jardín. Había preparado un nuevo cerrojo para la cancela después de que los caballos de Pace —quizá porque nunca pudo permitirse mantenerlos con heno— se habían metido allí y Sam los encontró pastando y los echó. Por suerte, no le habían estropeado muchas plantas. Hattie sintió por un momento una furia salvaje contra Pace. Ella estaba segura de que Pace había llevado los caballos a su casa para que comieran gratis. Pero su rabia no duró mucho. Se reabsorbió en la sensación de dorado placer que la envolvía. Ella tenía poca fuerza, pero todo lo que tenía era un placer para ella. De manera que perdonó incluso a Pace, aquel que deseaba echarla de su casa, que siempre la había utilizado, avergonzado, engañado jugando a las cartas y estafado. Todo lo que Pace hacía lo hacía por sus caballos. Estaba loco por los caballos. Lo estaban arruinando. Los caballos de carreras eran una diversión de millonario.

Hattie vio los animales a distancia, pastando sin silla, las yeguas parecían desnudas; le recordaban a mujeres desnudas que pasearan sus brillantes costados por las lilas encrespadas en el suelo. Las flores eran amarillentas, como la lana, pero fragantes; las yeguas, desnudas y tranquilas, paseaban por en medio de ellas. Su paso, su perfecta belleza, el sonido de sus cascos sobre la piedra, tocaron algo profundo en el corazón de Hattie. Todo el mundo conocía su amor por los caballos, las aves y los perros. Los perros encabezaban la lista. Y en ese momento un trozo cortado de una manta verde le recordó a Hattie a su perro Richie. La manta la había cortado ella y la había hecho tiras que había colocado bajo las puertas para que no entraran las corrientes de aire. En la casa encontró más recuerdos de él: pelos que había dejado en los muebles. Hattie iba a pedirle prestada la aspiradora a Helen, pero en realidad no había bastante corriente para que tirara como debía. En el pomo de la puerta de la habitación de India estaba colgado el collar del perro. Hattie había decidido que se iba a trasladar al lecho de India cuando le llegara la hora de morir. ¿Por qué tenía que haber dos lechos de muerte en la casa? Una mirada peligrosa se le instaló en los ojos, los labios apretados de manera imponente. «Te sigo —dijo, hablándole a India con voz interior—, así que no te preocupes.» Al final —pronto ella también tendría que dejar a su vez la casa amarilla. Y, al entrar en la sala, pensando en el testamento, suspiró. Pronto tendría que pensar en eso. El abogado de India, Claiborne, le ayudaba con esas cosas. Lo había telefoneado a la ciudad, mientras estaba con Marian, y lo había hablado todo con él. Él le había prometido que trataría de vender la casa; quince mil era el precio más bajo que aceptaba ella. Si no encontraba comprador, quizá podría encontrar a un inquilino. Doscientos dólares al mes fue la renta que fijó. El hombre se echó a reír. Hattie le dirigió una de aquellas miradas orgullosas y opacas que siempre adoptaba cuando estaba enfadada. Le dijo altanera:

—¿Para el verano en Segó Lake? Me parece razonable.

—Compíte usted con el rancho de Pace.

—Pues vaya, si allí la comida es asquerosa. Y además Pace engaña a la gente —dijo Hattie—. De verdad los engaña, a las cartas. Nunca me pillaré usted jugando al blackjack con él.

¿Y qué iba a hacer, pensó Hattie, si Claiborne no conseguía ni alquilar ni vender la casa? Esta pregunta la apartaba de su mente con tanta frecuencia como se le ocurría. No tengo por qué ser una carga para nadie, pensaba Hattie. Muchas otras veces la cosa se ha puesto fea, pero cuando llegaba el momento de la verdad me las arreglé. De alguna manera. Pero se discutía a sí misma: ¿Cuántas veces? Cuánto tiempo? Dios: soy una vieja débil, no sirvo para nada. ¿Quién tenía derecho a poseer propiedades?

Estaba sentada en el sofá, que era muy viejo —era el de India— y tenía dos metros y medio de largo y forma de riñón, y estaba hinchado y calvo. Un rosado brillo asomaba por debajo del color verde original; los cojines tapizados recordaban a las almohadillas de las patas de los perros, porque entre ellos había matas de pelos. Aquí Hattie se recostaba, para descansar, con las rodillas muy separadas y un cigarrillo en la boca, los ojos medio cerrados pero con muy buena vista. Las montañas parecían estar no a veinticinco kilómetros sino a quinientos metros de distancia, el lago era una banda azul; y un olor parecido al de las rosas, aunque aún no estaban abiertas, ya impregnaba el aire, porque Sam las estaba regando al calor. Agradecida, Hattie gritó: «¡Sam!».

Sam era muy viejo y todo piernas. Sus pies eran enormes. La vieja chaqueta del ferrocarril la llevaba apretada en la espalda por lo jorobado que estaba. Un dedo doblado con la uña grande y ancha sobre la boca de la manguera hacía que el agua se rociara y brillara. Contento de ver a Hattie, volvió la larga mandíbula, vacía de dientes, y los grandes ojos azules, que parecían volverse hacia atrás para penetrar en sus sienes (era su rostro el que se volvía del revés, no su cuerpo) y dijo:

—Vaya, Hattie. ¿Has conseguido llegar a casa hoy? Bienvenida, Hattie.

—Toma una cerveza, Sam. Ven por la puerta de la cocina y te daré una cerveza.

Ella nunca dejaba a Sam entrar en la casa por la enfermedad de la piel que padecía. Tenía trozos pelados en la barbilla y detrás de las orejas. Hattie tenía miedo de que la infectara si la tocaba, pues había decidido que lo que tenía era impétigo. Le daba la lata de cerveza, nunca un vaso, y se ponía guantes para tocar las herramientas del jardín. Como él no aceptaba dinero de ella —Wanda Gingham cobraba un dólar al día—, Hattie hacía que Marian buscara ropas viejas para él en la ciudad y dejaba comida en la puerta del vagón con olor a humedad y leña que habitaba.

—¿Cómo tienes el ala, Hat? —le preguntó.

—Ya va sanando. Podré conducir el coche antes de que te des cuenta —le respondió ella—. Para el Primero de Mayo estaré conduciendo de nuevo. —Todas las semanas retrasaba un poco la fecha—. Para el Día de los Caídos espero volver a estar como antes —le dijo.

A mediados de junio, sin embargo, seguía sin poder conducir. Helen Rolfe le dijo:

—Hattie, Jerry y yo nos vamos a Seattle la primera semana de julio.

—Vaya, no me lo habíais dicho —dijo Hattie.

—No me digas que es la primera vez que lo oyes —dijo Helen—. Lo hemos estado diciendo desde el principio, antes de Navidad.

No era fácil para Hattie encontrarse con su mirada. Al final bajó la cabeza. Su rostro se puso muy seco, especialmente los labios.

—Bueno, no es necesario que os preocupéis por mí. Estaré bien aquí —dijo.

—¿Quién va a cuidar de ti? —dijo Jerry.

Él mismo no eludía ninguna cuestión y no toleraba que nadie eludiera las cosas. Pero, como sabía

muy bien Hattie, con ella hacía todo lo posible. Pero ¿quién iba a ayudarla? No podía contar con su amigo Half Pint, realmente tampoco podía contar con Marian. Solo había tenido a los Rolfe. Helen, que trataba de ser firme, la miró y movió la cabeza tristemente sin darse cuenta, a veces asintiendo y a veces como si no estuviera de acuerdo. Hattie, con su voz interior, la insultó: Ojos de bruja. No puedo estar como ella porque soy vieja. ¿Es eso justo? Y sin embargo, ella admiraba los ojos de Helen. Hasta la piel que los rodeaba, ligeramente arrugada, pesada por debajo, era conmovedora y hermosa. Tenía una pesadez en el busto que le iba, como por acoplamiento, a la pesadez de los ojos. La cabeza, las manos y los pies debían haber pertenecido a un cuerpo más delgado. Helen, según Hattie, era lo más parecido a una hermana que tenía. Pero no tenía ningún motivo para ir a Seattle: nada verdaderamente importante. ¿Por qué demonios tenían que ir a Seattle? Era solo ociosidad, unas vacaciones. La única razón era la propia Hattie; esa era su manera de decirle que había un límite a lo que podía esperar que hicieran por ella. La nerviosa cabeza de Helen tembló, pero su decisión era firme. Sabía lo que se le estaba pasando a Hattie por la cabeza. Como Hattie, era una mujer ociosa. ¿Por qué iba a valer más su derecho a la ociosidad? ¿Por el dinero?, pensó Hattie. ¿Por la edad? ¿Porque ella tiene un marido? ¿Porque ella ha tenido una hija que ha ido a Swarthmore College? Pero entonces se le ocurrió una idea interesante. A Helen le disgustaba estar ociosa, mientras que la propia Hattie no se planteaba ningún problema por ello: una vida ociosa era todo para lo que servía. Pero para ella todo había sido cuesta arriba, porque cuando Waggoner obtuvo el divorcio no le quedó ni un centavo. Incluso tuvo que mantener a Wicks durante siete u ocho años. Menos con los caballos, Wicks no tenía sentido común. Y después había tenido que recoger toneladas de basura de India. Yo soy la elegida, se dijo Hattie. Yo sabría qué hacer con las ventajas que tiene Helen. Ella solo sufre por ellas. Y si quiere dejar de ser una mujer ociosa, ¿por qué no empieza conmigo, su vecina? La piel de Hattie, a pesar de toda su hinchazón, ardía de rabia. Les dijo a Rolfe y Helen:

—No os preocupéis. Me las arreglaré. Pero si me caigo al lago estaréis diez veces más solos que antes. Ahora me vuelvo a mi casa.

Alzó el viejo y ancho rostro y sus labios parecían los de una niña enojada. Nunca iba a retirar lo que había dicho.

Pero el problema no era un problema normal. Hattie era consciente de que divagaba, olvidaba los nombres y contestaba cuando no había hablado nadie.

—Simplemente no podemos hacernos cargo de ella —decía Rolfe—. Y lo que es más, debería estar cerca de ella un médico. Tiene siempre la pistola cargada para disparar en caso de que le ocurra algo en su casa. Pero ¿quién sabe a quién le va a disparar? Yo no me creo que fuera Jacamares el que mató a ese perro suyo.

Rolfe entró en el patio el día después de que ella se mudara a la casa amarilla de nuevo y le dijo:

—Voy a la ciudad. Puedo traerte un poco de comida si quieres.

Ella no podía permitirse rechazar su oferta, aunque estuviera enfadada, y le dijo:

—Sí, tráeme algo del mercado de la calle Mountain. Que lo apunten en mi cuenta.

Solo tenía unas pocas gambas congeladas y algunas latas de cerveza en la nevera. Cuando se marchó Rolfe puso el paquete de gambas a descongelar.

En realidad, en el oeste la gente solía ayudar a los demás. Ahora Hattie se consideraba una de las pioneras. La raza moderna había llegado más tarde. Después de todo, ella había vivido en el campo como una veterana. Wicks salía a cazar para la cena de Navidad y ella la cocinaba: venado. Los cazaba en la reserva, y si los indios lo hubieran cogido habrían tenido que pagar una barbaridad de

multa.

Hacía calor, las nubes pesaban calmas en un gran cielo. El horizonte era tan ancho que en el lago debía de parecer un plato de leche. ¡Leche!, pensó Hattie. Decían que seiscientos metros más abajo, tan profundo que ningún cadáver podría recuperarse nunca, había un cuerpo que se movía con la corriente. Y había rocas como colmillos, y manantiales calientes, y en el fondo había peces incoloros que nunca se podían atrapar. Ahora que los pelícanos blancos estaban anidando, patrullaban por las rocas en busca de serpientes y otros ladrones de huevos. Eran tan grandes y volaban tan bajo que uno podía imaginar que eran ángeles. Hattie ya no visitaba la orilla del lago; la caminata la agotaba. Ahorraba sus fuerzas para ir al bar de Pace por las tardes.

Se quitó los zapatos y las medias y caminó de un extremo al otro de la casa. Del lado de la tierra vio a Wanda Gingham sentada cerca de las vías, donde su bisnieto jugaba con la suave gravilla roja. Wanda llevaba puesto un gran chal rojo y la cabeza al desnudo. Todo en ella era... Era nada, pensó Hattie; se había tomado un trago, rompiendo su propia norma. Nada más que montañas, tiradas como si fueran cuerpos de hombre; la salvia era el pelo de sus pechos.

El cálido viento trajo polvo del pozo de marga. Ese polvo blanco hacía que el cielo fuera menos azul. Al lado del agua estaban los pelícanos, puros como almas, ligeros como ángeles, bendiciendo el aire mientras volaban con sus grandes alas.

¿Debía o no decirle a Sam que hiciera algo con la enredadera de la chimenea? Los gorriones anidaban en ella, y eso a Hattie le daba alegría. Pero durante todo el verano las serpientes los perseguían y a ella le daba miedo andar por el jardín. Cuando los gorriones aterrizaban en el suelo para buscar semillas daban un salto gracioso; ponían las patas tías y echaban el polvo hacia atrás con los pies. Hattie se sentaba a su vieja mesa de monasterio español, observándolos en medio de la morbosa calidez del día, agarrándose las manos, con una risita triste. Los setos estaban llenos de rosas amarillas, y ahora la mitad ya estaban podridas. Los lagartos se abrían paso de sombra en sombra. El agua era suave como el aire, chillona como la seda. Las montañas sucumbieron, durmiéndose en medio del calor. Adormilada, Hattie yacía en el salón, rodeada de aquellos cojines que le seguían pareciendo patas de perro. La venció el sueño y cuando se despertó era ya medianoche. Como rto quería alarmar a los Rolfe encendiendo las luces, aprovechó la luz de la luna para comerse unas cuantas gambas descongeladas e ir al baño. Se desvistió, se metió en la cama y se acostó allí sintiendo el dolor de su brazo. Ahora se daba cuenta de cuánto echaba de menos a su perro. Todo el asunto del perro le pesaba mucho en el alma. Estuvo a punto de echarse a llorar, pensando en él, y se durmió oprimida por el secreto.

Supongo que será mejor que me tranquilice un poco, pensó Hattie, nerviosa, por la mañana. No puedo limitarme a dormir. Ella sabía cuál era su problema. Antes de plantearse cualquier cuestión seria, su mente se daba por vencida. Se dispersaba, se dividía. Se decía a sí misma: Veo las cosas brillantes, pero yo me siento borrosa. Supongo que ya no soy tan animada como era. Quizá me estoy volviendo un poco tocada de la cabeza, como mi madre. Pero no era tan vieja como había sido su madre cuando hacía aquellas cosas extrañas. A los ochenta y cinco años había que frenar a su madre para que no saliera desnuda a la calle. Todavía no estoy tan mal como eso. ¡Gracias a Dios! Sí, me metí en las salas de los hombres, pero eso fue cuando tenía fiebre, y además llevaba puesto el camisón.

Se tomó una taza de Nescafé que la confirmó en su determinación de hacer algo por sí misma. En el mundo solo tenía a su hermano Angus a quien acudir. Su hermano Will había llevado una vida dura

y ahora era un viejo bebé que los volvía locos a todos. Era demasiado gruñón, pensó Hattie. Además, estaba furioso porque ella había vivido mucho tiempo con Wicks. Pero Angus la perdonaría. Sin embargo, él y su mujer no eran de su clase. Con ellos no podría beber, no podría fumar, tendría que ser prudente con lo que decía y tendría que esperar a que leyeran un capítulo de la Biblia antes del desayuno. Hattie no podía soportar tener que esperar para las comidas. Además, por fin tenía una casa de su propiedad. ¿Por qué iba a tener que dejarla? Nunca había poseído nada antes. Y ahora no le permitían disfrutar de su casa amarilla. Pero la voy a conservar, se dijo a sí misma con rebeldía. Juro ante Dios que la conservaré. Vaya, si acabo de llegar. No he tenido tiempo. Y salió al porche a trabajar con la polea y hacer algo con respecto a las bandas inflamatorias de su brazo. Ahora estaba segura de que estaban allí. ¿Qué voy a hacer? se gritó así misma. ¿Qué voy a hacer? ¿Por qué se me ocurrió ir a casa de los Rolfe aquella noche? ¿Y por qué perdí el control en el cruce? Ahora ya no podía decir «estornudé». Ni siquiera podía recordar lo que había pasado, excepto que veía las rocas y los raíles azules y torcidos y a Darly. Todo era culpa de Darly. Él mismo estaba enfermo y viejo. *El* era el que no podía arreglárselas solo. Le envidiaba su casa y su vida pacífica de mujer. Desde que volvió del hospital ni siquiera había ido a visitarla. Únicamente decía: «Demonios, lo siento por ella, pero fue culpa suya». Lo que más le dolía era que ella hubiera dicho que él no era capaz de beber.

La furia y los juramentos no servían de nada. Ella seguía siendo la misma vieja testaruda. Ahora tenía que contestar a una carta de los seguros Hotchkiss y acudir a la entrevista. Iba a telefonar a Claiborne, el abogado, pero se le olvidó. Una mañana le anunció a Helen que le parecía que iba a solicitar el ingreso en una institución de Los Angeles que se hacía cargo de los bienes de los ancianos y los administraba por ellos. Te daban unos apartamentos junto al mar, y las comidas y la atención médica estaban incluidas. Había que entregarles la mitad de las propiedades.

—Me parece justo —dijo Hattie—. Lo que hacen es una apuesta. Yo podría vivir hasta los cien años.

—No me sorprendería —dijo Helen.

Sin embargo, Hattie nunca llegó a pedir el prospecto a Los Angeles. No obstante, Jerry Rolfe se encargó de escribirle una carta a su hermano Angus sobre el estado en que ella se encontraba. Y también mantuvo una conversación con Amy Walters, la viuda del minero de oro que vivía en Fort Walters, como lo llamaba la anciana. El fuerte era un viejo edificio de hormigón alquitranado encima de la mina. El pozo hacía que no fuera necesario tener una fosa séptica. Desde la muerte de su segundo marido nadie había buscado oro allí. En un montón de piedras cerca de la carretera habían colocado un cartel rojo que decía FORT WALTERS. Detrás tenía una bandera. Allí se izaba todos los días la bandera estadounidense.

Amy estaba trabajando en el jardín; llevaba puesta una de las viejas camisas del difunto Bill. Bill había traído agua desde las montañas en un acueducto casero para que ella pudiera cultivar sus propios melocotones y verduras.

—Amy —dijo Rolfe—, Hattie ha vuelto del hospital y vive completamente sola. Tú no tienes a nadie y ella tampoco. No voy a dar muchos rodeos: ¿por qué no vivís juntas?

El rostro de Amy tenía mucha delicadeza. Sus baños invernales en el lago, sus sopas de verdura, los valsos que tocaba para ella sola en el gran piano que tenía junto a la chimenea, las historias de asesinatos que leía hasta que la caída de la noche la obligaba a cerrar el libro: esa vida que llevaba la

había vuelto lejana. Parecía delicada, pero no había forma de afectar su compostura, no podían tocarla. Era algo muy extraño.

—Hattie y yo tenemos costumbres distintas, Jerry —dijo Amy—. Y a Hattie no le agradaría mi compañía. No puedo beber con ella. Yo soy abstemia.

—Eso es cierto —dijo Jerry, recordando que Hattie se refería a Amy como si fuera un fantasma. No podía hablarle a Amy de la solitaria muerte que le esperaba. Hoy no había en el árido cielo ni una nube, y tampoco había ninguna sombra de muerte para Amy. Ella estaba tranquila, parecía tener un suministro continuo de una especie del fluido puro que podía alimentar su vida lentamente durante muchos años todavía.

Le dijo:

—A una mujer como Hattie le podría pasar todo tipo de cosas en la casa amarilla, y nadie se enteraría.

—Eso es cierto. No sabe cuidar de sí misma.

—No puede. Su brazo no ha sanado.

Amy no dijo que lo sintiera. En lugar de esas palabras, se hizo un silencio que podría haber significado eso. Entonces dijo:

—Yo podría ir allí algunas horas al día, pero ella tendría que pagarme.

—Venga, Amy, sabes tan bien como yo que Hattie no tiene dinero, no mucho más que su pensión. Solo la casa.

Enseguida Amy dijo, sin dejar pausa entre las palabras de él y las suyas:

—Yo la cuidaría si ella aceptara dejarme la casa a mí.

—¿Quieres decir que la dejara en tus manos? —dijo Rolfe—. ¿Para administrarla?

—No. En su testamento. Para que me perteneciera a mí.

—Vaya, Amy, ¿y qué harías tú con la casa de Hattie? —dijo Rolfe.

—Sería mi propiedad, eso es todo. La tendría yo.

—Quizá tú le podrías dejar a ella Fort Walters en tu testamento —dijo él.

—Ay, no —dijo ella—. ¿Por qué? Yo no le estoy pidiendo ayuda a Hattie. No la necesito. Hattie es una mujer de la ciudad.

Rolfe no podía volver a Hattie con esa propuesta. Era demasiado prudente como para mencionarle su testamento.

Pero Pace no tenía tanto cuidado con los sentimientos de Hattie. Para mediados de junio, Hattie había empezado a visitar su bar regularmente. Tenía tantas cosas en que pensar que no podía quedarse en casa. Cuando Pace entró un día del patio —había estado guardando las ruedas del camión de los caballos y se estaba limpiando la grasa de los dedos— le dijo con su brusquedad habitual:

—¿Qué te parecería que te pagara cincuenta pavos al mes durante el resto de tu vida, Hat?

Hattie tenía en la mano el segundo bourbon a la antigua del día. En el bar hacía como que estaba respetando el límite; pero ya había empezado a beber en su casa. Uno antes del almuerzo, uno durante y uno después. Empezó a sonreír, esperando que Pace hiciera una de sus bromas. Pero él llevaba el sombrero de vaquero en forma de ala tan derecho como un cuáquero, y había bajado la barbilla, señal de que hablaba en serio. Ella dijo:

—Eso sería agradable, pero ¿cuál es la trampa?

—No hay trampa —dijo él—. Esto es lo que haríamos: yo te daría quinientos dólares en efectivo y cincuenta dólares al mes durante el resto de tu vida, y tú me dejarías alojar a algunos vaqueros en la casa amarilla, y me dejarías la casa a mí en tu testamento.

—¿Qué clase de trato es ese? —dijo Hattie, cambiando de actitud—. Creía que éramos amigos.

—Es el mejor trato que vas a conseguir nunca —le dijo él. El calor era sofocante, pero hasta ahora Hattie había pensado que era agradable. Había estado soñolienta pero cómoda, preparada para empezar a disfrutar del día; pero ahora sentía que esa crueldad e injusticia habían estado esperando para atacarla, y pensó que habría preferido morir en el hospital a desilusionarse tanto. Gritó:

—Todos quieren echarme. Eres un tramposo, Pace. ¡Dios! Te conozco. Elige a otra persona. ¿Por qué tienes que cebarte conmigo? ¿Solo porque da la casualidad de que estoy aquí?

—Vaya, no, Hattie —le dijo él, tratando de ser más cuidadoso—. Era solo una oferta de negocio.

—¿Por qué no me das algo de sangre para el banco si eres tan amigo mío?

—Bueno, Hattie, de todas formas, bebes demasiado y no tendrías que haber estado conduciendo por ahí.

—Estornudé, y tú lo sabes. Todo pasó porque estornudé. Todo el mundo lo sabe. Yo no te daría mi casa. Antes se la daría a los leprosos. Tú dejarías que me llevaran y nunca me enviarías ni un centavo. Nunca le pagas a nadie. Ni siquiera puedes comprar ya al por mayor en la ciudad porque nadie se fía de ti. Estoy pasando un mal momento, eso es todo, un mal momento. Sigo diciendo que este es mi único hogar en el mundo, aquí es donde están mis amigos, y el tiempo siempre es perfecto y el lago es hermoso. Pero ahora deseo que este maldito sitio solitario se vaya al infierno. No es humano, como tampoco lo eres tú. Pero estaré aquí el día que el sheriff venga a llevarse tus caballos: ¡no te preocupes! ¡Estaré aquí bailando y aplaudiendo!

Entonces él le dijo que otra vez estaba borracha, y lo estaba, pero estaba más que eso, y aunque la cabeza le daba vueltas decidió volver a casa enseguida y ocuparse de algunas cosas que había estado postergando.

Se sentó a la mesa con bolígrafo y papel, tratando de pensar qué iba a escribir.

«Quiero que esto conste —escribió—. Podría darme de patadas en la cabeza cuando pienso cómo me ha engañado. Yo he sido su presa fácil un millón de veces. Como aquella vez que un borracho estrelló su avión a la orilla del lago. Ante el jurado él hizo que yo cargara con toda la culpa. Declaró que cuando yo trabajaba para él me había dado instrucciones de que nunca admitiera a ningún borracho. Y aquel piloto estaba muy borracho. Solo llevaba encima una camiseta y unos pantalones cortos y volaba desde Sacramento hacia Salt Lake City. En la encuesta Pace declaró que ella había desobedecido sus instrucciones. Lo mismo hizo cuando aquella cocinera se volvió loca. Era una mujerzuela. Él nunca contrataba a personas decentes. La engañó con la cuenta del bar y me echó a mí la culpa. Ella empezó a perseguirme con un cuchillo de los grandes. Yo no le gustaba porque la criticaba por beber en el bar con el bañador blanco de una pieza, en medio de aquellos clientes rudos. Pero él me la echó encima. Y además insinuó que él le había prestado a India determinados servicios. Ella nunca le habría dejado tocarle ni un solo pelo de la ropa. Era demasiado vulgar para ella. Nunca podrá decirse de India que no fuera una dama en todos los aspectos. Él cree que es el mayor artista del momento. En realidad, solo le gustan los caballos. No tiene sobre esta casa amarilla ningún derecho que pueda demostrar, oralmente o por escrito. Quiero que esto figure con mi firma debajo. Él fue cruel con Tetas-en-conserva, su primera mujer. Y no es mejor con la encantadora mujer que tiene ahora. No sé por qué lo soporta ella. Debe de ser la desesperación.» Hattie se dijo a sí misma:

Supongo que será mejor que no envíe esto.

Seguía enfadada. El corazón le latía con fuerza; los profundos latidos, como si acabase de tomar un baño caliente, le golpeaban la parte trasera de los muslos. El aire de fuera estaba lleno de partículas transparentes. Las montañas eran tan rojas como escorias de horno. Las hojas de los lirios eran varillas de abanico: salían como el pelo de Jiggs.

Siempre acababa por mirar a través de la ventana al desierto y al lago. Ellos te sacan de ti misma. Pero después de haberte sacado, ¿qué es lo que hacen contigo? Era demasiado tarde para averiguarlo. Nunca lo sabré. No estaba escrito que lo hiciera. No pertenezco a ese tipo de persona, reflexionó Hattie. Quizá eso es algo demasiado cruel para las mujeres, sean jóvenes o viejas.

De manera que se puso de pie y, al levantarse, tuvo la sensación de que se había convertido poco a poco en un contenedor de sí misma. Te vuelves vieja, tu corazón, tu hígado, tus pulmones parecen ampliar su tamaño, y las paredes del cuerpo se vuelven hacia fuera, hinchándose y ganando peso, y es como si tomases la forma de una vieja jarra, con la boca cada vez más ancha. Y te llenas de lágrimas y grasa. Ni siquiera le parecía ya oler como una mujer. Su rostro, con la piel demasiado dormida, era solo algo ligeramente parecido al rostro que había sido el suyo, como una nube que ha cambiado de forma. Era un rostro y se convirtió en una bola de hielo. Se había abierto. Se había dispersado.

Yo nunca fui una sola cosa de todos modos, pensó. Nunca fui la misma. Solo era un préstamo a mí misma.

Pero aquello todavía no había acabado. De hecho ella no sabía seguro si iba a acabar alguna vez. Una solo tenía la palabra de otras personas sobre la muerte: decían que era como esto pero un poco distinto. ¿Cómo puedo saberlo yo?, se preguntó a sí misma con aire retador. La furia la había despejado durante un momento. Ahora volvía a estar borracha ... Era extraño. Es extraño. Puede que siga siendo extraño. Siguió pensando: Yo solía desear la muerte mucho más de lo que la deseo ahora. Entonces no tenía nada de nada. Cambié cuando conseguí tener un techo propio sobre mi cabeza. ¿Y ahora? ¿Tengo que irme? Creí que Marian me quería, pero ella ya tiene una hermana. Y creí que Helen y Jerry nunca me abandonarían, pero lo han hecho. Y ahora Pace me ha insultado. Todos creen que no lo voy a conseguir.

Se dirigió al aparador, allí es donde guardaba la botella de bourbon. Bebía menos porque cada vez tenía que levantarse y abrir la puerta del aparador. Y, como si la estuvieran observando, se sirvió una copa y se la bebió de un trago.

La idea de que en ese vacío alguien la estaba viendo estaba relacionada con la otra idea de que desde su nacimiento hasta su muerte alguien la estaba filmando. Eso lo estaban haciendo con todos. Y después uno podía ver su vida. Era una película póstuma.

Hattie quería ver un poco ahora, y se sentó entre los cojines en forma de pata de perro de su sofá y, con las rodillas separadas y una sonrisa de anhelo y miedo, inclinó la encorvada espalda, quemó un cigarrillo en el rincón de su boca y vio algo: la iglesia de Saint-Sulpice, en París, a donde solía llevarla su profesora de órgano. Le parecía ver paredes de piedra, pero hacia arriba y hacia fuera había torres. Ella era muy joven. Sabía música. Cómo podía haber sido tan inteligente alguna vez se le escapaba. Pero sí que sabía. Era capaz de leer todas aquellas notas. El cielo estaba gris. Después de eso vio algunas cosas entretenidas que le gustaba comentarle a la gente. Se vio cuando era una joven esposa. Estaba en Aix-les-Bains con su suegra, y jugaban al bridge en un balneario con un general británico y su ayuda de cámara. En la piscina había olas artificiales. Y ella perdió su bañador porque era de una talla mayor que la suya. ¿Cómo salió de allí? Ah, entonces tú eras capaz de salir de todo.

Vio a su marido, James John Waggoner IV. Estaban aislados, bloqueados por la nieve en New Hampshire.

—Jimmy, Jimmy, ¿cómo se deshace uno de su esposa? —le preguntó—. ¿Has olvidado el amor? ¿He bebido demasiado?... ¿Te he aburrido?

Él se había vuelto a casar y tenía dos hijos. Se había cansado de ella. Y, aunque era un hombre vanidoso sin motivos para serlo —ni el aspecto, ni demasiada inteligencia, nada más porque procedía de una familia antigua de Filadelfia—, ella lo había querido. De hecho, ella también había sido esnob en lo tocante a sus parientes de Filadelfia. ¿Renunciar al apellido Waggoner? Ni hablar. Por esa razón nunca se había casado con Wicks.

—¿Qué te has creído? —le había dicho a este último—, ¿vienes sin afeitarte y con la camisa sucia y llena de mugre a pedirme que me case contigo y esperas que acepte? Si quieres declararte, ve y lávate primero. —Pero la suciedad era solo un pretexto.

¿Cambiar a Waggoner por Wicks?, se volvió a preguntar con un encogimiento de hombros. No se le habría pasado por la imaginación. Wicks era un hombre excelente. Pero era un vaquero. Socialmente, no era nadie. Ni siquiera sabía leer. Pero ella seguía viéndolo todo en su película. Estaban en el cañón de Athens, en una casa parecida a una jaula, y ella le leía en voz alta *El conde de Montecristo*. Él no la dejaba terminar. Mientras caminaba para ‘estirar las piernas, ella leía, y él la seguía para no perder ni una palabra. Después de todo, ella lo quería mucho. ¡Qué hombre! Ahora lo veía saltar del caballo. Vivían en el campo, cazando coyotes. Era justo la segunda fase del atardecer, momentos después de que se hubiera puesto el sol. Había un animal en la trampa, y él fue a matarlo. No malgastaba balas sino que los mataba de una patada, con su bota. Y entonces Hattie vio que este coyote era completamente blanco: enseñaba los dientes con un gruñido y tenía el pescuezo blanco. «¡Wicks, es blanco! Blanco como un oso polar. No lo irás a matar, ¿verdad?» Él tiró el animal al suelo. Gruñía y gritaba. No podía escapar porque la trampa era pesada. Y Wicks lo mató. ¿Qué otra cosa podía hacer? El blanco bicho yacía muerto. El polvo de las botas de Wicks apenas se veía en su cabeza y su mandíbula. Del hocico salía sangre.

Y ahora en la película de Hattie salió algo que ella trató de rehuir. Era ella misma la que había matado a su perro, Richie. Porque, exactamente como le habían advertido Rolfe y Pace, era un perro malo, tenía el cerebro retorcido. Ella, como estaba siempre dispuesta a defender a todas las criaturas tontas, lo defendió cuando mordió a la mujerzuela con la que estaba viviendo Jacamares. Quizá si hubiera tenido a Richie desde que era un cachorro él no se habría vuelto contra ella. Pero cuando se lo dieron tenía ya un año y medio y no le pudo quitar los hábitos que ya había adquirido. Sin embargo, creía que solo ella era capaz de entenderle. Y Rolfe la había advertido:

—Te llevarán ante los tribunales, ¿sabes? El perro la emprenderá con alguien más listo que esa mujer de Jacamares, y lo vas a pagar tú.

Hattie se vio a sí misma encogerse de hombros y contestar:

—Tonterías.

Pero qué miedo había pasado cuando el perro se tiró hacia ella. De pronto vio, por el cráneo y por los ojos, que era malvado. Le gritó: ¡Richie! ¿Y qué le había hecho ella? Nada. Él había estado todo el día echado bajo la cocina de gas y gruñendo sin querer salir. Ella trató de hacerlo salir con la escoba, y él la agarró con los dientes. Ella tiró de él, y entonces el perro soltó el palo y la mordió a

ella. Ahora, como espectadora de la escena, los ojos de Hattie se abrieron, más allá de la preñada cortina y de la ola de aire del polvo de marga, la nieve del verano, esparciéndose por encima del agua. «¡Ay Dios mío! ¡Richie!» Le había agarrado el muslo con los dientes. Los dientes atravesaron la falda. Ella sintió que se iba a caer. ¿Se caería? Entonces el perro se le echaría a la garganta, y caería sobre ella la negra noche, una boca maloliente, y la sangre brotaría de su cuello y de sus destrozadas venas. El corazón se le encogió cuando los dientes le penetraron el muslo. No podía perder ni un segundo más, de modo que descolgó del clavo el hacha de hacer astillas, apretó el mango de suave madera y golpeó al perro. Descargó un solo golpe. Lo vio morir en un instante. Y entonces, por miedo y por vergüenza, escondió el cadáver. Cuando llegó la noche lo enterró en el patio. Al día siguiente acusó a Jacamares. A él le echó la culpa de la desaparición del perro.

Se levantó y se habló a sí misma en silencio, como era su costumbre. Dios, ¿qué voy a hacer? He matado. He mentido. He prestado falso testimonio. Me he estancado. ¿Y ahora qué voy a hacer? Nadie me va a ayudar. Y de pronto se decidió a hacer lo que había estado aplazando durante semanas, es decir, probar el coche, de modo que se colocó los zapatos y salió. Los lagartos corrían delante de ella sobre el sediento polvo. Abrió la caliente y ancha puerta del coche. Alzó la débil mano hasta el volante. Con la mano derecha trató de tirar hacia la izquierda con todas sus fuerzas. Entonces puso el motor en marcha y trató de salir del patio con el coche. Pero no era capaz de soltar el freno de mano con su áspero palo. Trató de meter bajo el volante la mano buena, la derecha, y apretó el pecho contra él y tiró. No, no era capaz de cambiar de marcha y conducir. Ni siquiera era capaz de llegar al freno de mano. El sudor empezó a brotar de su piel. El esfuerzo había sido excesivo. Tenía el brazo profundamente dolorido. La puerta del coche volvió a abrirse y ella le dio la espalda al volante y con las rígidas piernas colgando de la puerta se echó a llorar. ¿Qué iba a hacer ahora? Y, cuando había llorado bastante por la ruina de su vida, salió del viejo coche y volvió a la casa. Cogió el bourbon del aparador, la botella de tinta y un cuaderno, y se sentó a escribir su testamento.

«Mi testamento», escribió, sollozando. Desde la muerte de India se había preguntado innumerables veces: ¿A quién? ¿Quién heredará esto cuando yo muera? Inconscientemente había puesto a prueba a la gente para averiguar si lo merecía. Eso la hizo más severa que antes. Ahora escribió: «Yo, Harriet Simmons Waggoner, en plena posesión de mis facultades y desconociendo lo que pueda sucederme a la edad de setenta y dos años (nacé en 1885), con domicilio en Segó Desert Lake, sola, doy instrucciones a mi abogado, Harold Claiborne, del tribunal de Painte County, para que redacte mi última voluntad y testamento en los siguientes términos».

En ese momento se quedó totalmente quieta para oír en su interior quién sería el afortunado, quién heredaría la casa amarilla. La casa por la que ella había esperado tanto. Sí, había esperado la muerte de India, atragantándose con su pan porque era la criada de una mujer rica y aguantando sus palizas. Pero ¿quién había hecho por ella, por Hattie, lo que ella había hecho por India? ¿Y quién, aparte de India, le había tendido nunca una mano? Amabilidad, sí. Aquí y allá la gente había sido amable. Pero la palabra que ella tenía en mente no era amabilidad, era socorro. ¿Y quién le había dado eso a ella? ¿Quién la había socorrido? Solo India. Si al menos le hubieran dado lo siguiente después del socorro, si alguien la hubiera sacudido y le hubiera dicho: «Deja de aplazar las cosas. No seas tan lenta, vieja, y actúa». Una vez más, era solo India la que le había hecho algún bien. Ella le había ofrecido su socorro.

—¡Hettie! —decía aquella máscara borracha—. ¿Sabes lo que es la pereza? ¡Maldita seas! ¡Maldita vieja lerda!

Pero yo esperaba, pensó Hattie. Yo esperaba y pensaba: La juventud es terrible, aterradora. Y esperaré lo que haga falta. ¿Y los hombres? Los hombres son crueles y fuertes. Piden cosas que yo no les puedo dar. En cuanto a los hijos, no había niños en mí, pensó Hattie. Y no es que no me hubiera encantado tenerlos, pero mi naturaleza era así. ¿Y quién puede culparme por odiarla? ¿A mi naturaleza?

Bebió de un vaso su bourbon a la antigua. No había en él ni naranja, ni hielo, ni licor amargo ni azúcar, solo el claro y punzante bourbon.

De manera que, siguió pensando, mirando el polvo acuñado por el sol y las últimas flores del rojo melocotonero salvaje, ¿me voy a tener que ir a vivir con Angus y su mujer? ¿Y tener que oír un capítulo de la Biblia antes del desayuno? ¿Una vez más en la casa, quizá no de un extraño, pero tampoco muy distinto de eso? En otras casas, en las casas de otras personas, el tener que esperar las horas de las comidas siempre había sido un suplicio para ella. Siempre lo sentía en la garganta y en el estómago. Y le volvería a pasar, hasta el mismísimo final. Pero ahora tenía que pensar en alguien a quien dejarle la casa.

Y lo primero que quería era portarse bien con su familia. Ninguno de ellos había soñado nunca que ella, Hattie, tendría nunca nada que dejarles en su testamento. Hasta hace unos pocos años había parecido desde luego que iba a morir en la miseria. De manera que ahora podía mantener la cabeza bien alta y enfrentarse al más orgulloso de ellos. Y, tal y como se le ocurrió, así alzó el rostro con la ancha nariz y los ojos victoriosos; si su pelo se había vuelto viejo como raíces de cebolla, si, por detrás, su cabeza era redonda y calva como el poste de arranque de una escalera, ¿qué le importaba a ella eso? Su corazón experimentó una especie de gloria infantil, aún no estaba cansada de ella después de setenta y dos años. Ella también había hecho algo. Haré algo bien, pensó. Ahora me parece que debería dejárselo a, a... Volvió al viejo problema. Lo había decidido muchas veces y muchas veces había cambiado de opinión. Trató de pensar: ¿Quién aprovecharía más esta casa amarilla? Era una experiencia dolorosa. Si no hubiera sido la casa sino, en vez de eso, algún objeto frágil que pudiera coger en su mano, entonces lo que habría hecho habría sido tirarlo y romperlo, y así el objeto y ella misma habrían sido destruidos para siempre. Pero era tonto tener esas ideas. ¿A quién debía dejársela? ¿A sus hermanos? No. ¿Los sobrinos? Uno de ellos era comandante de submarino. El otro era un solterón que trabajaba en el Departamento de Estado. Entonces empezó con la lista de primos. ¿Merton? Tenía una hacienda en Connecticut. ¿Ana? Tenía cara de bolsa de agua caliente. Eso le dejaba solo a Joyce, la hija huérfana de su primo Wilfred. Joyce era la heredera más probable. Hattie ya le había escrito y la había invitado al lago para Acción de Gracias dos años antes. Pero esta Joyce también era una mujer un poco rara; ya había cumplido los treinta años, bueno, sí, pero era plácida, casi gorda, y estudiosa (se había pasado diez años en Eugene, Oregón, para obtener su título universitario). En opinión de Hattie, esto era otra forma de pereza. Sin embargo, Joyce aún tenía esperanzas de casarse. ¿Con quién? No con el doctor Stroud, desde luego. Él no querría. Y a pesar de todo Joyce aún tenía unas esperanzas vagas. Hattie lo comprendía: al menos podría tener un hombre con el que discutir.

Ahora estaba más borracha que nunca desde el accidente. Volvió a rellenar el vaso. ¿Tienes ojos y no ves? ¡Despierta, dormilona!

Con las rodillas separadas se quedó sentada todo el atardecer, pensando. ¿Marian? Marian no necesitaba otra casa. ¿Half Pint? No sabría lo que hacer con ella. El siguiente era su hermano Louis. Louis había sido actor, pero ahora había fundado una iglesia para indios en el cañón de Athens. Las

estrellas de Hollywood de la época muda aún le enviaban prendas de ropa interior; él las retocaba y se las ponía para subir al púlpito. A los indios les encantaba su espectáculo. Pero, cuando Billy Shawah se voló la cabeza después de aquella juerga de dos semanas, ellos echaron abajo la choza y levantaron las placas del suelo para echar al fantasma. Seguían teniendo su antigua religión. No, al hermano Louis no. Lo único que haría en la casa amarilla sería echar películas para la tribu o convertirla en guardería para los mocosos indios.

En ese momento empezó a pensar en Wicks. La última vez que tuvo noticias de él estaba al sur de Bishop, California, haciendo un poco de todo en un *saloon* cerca del Valle de la Muerte. No fue ella la que tuvo noticias de él sino Pace. De hecho ella no había visto a Wicks desde... —¡qué bajo había caído, entonces!— aquella época en que vendía hamburguesas en la carretera 158. Aquel pequeño negocio los mantenía a los dos. Wicks vagaba por allí y se sentaba en el último banco a enrollar cigarrillos (ella lo veía en la película). Después se pelearon. Las cosas fueron de mal en peor. Él empezó a quejarse un poco de todo. Por último protestó por la comida. Ella lo vio y lo oyó.

—Hat —le dijo él—, estoy harto de hamburguesas.

—Vaya, ¿y qué crees que como yo? —dijo ella con aquel movimiento de hombros rotundo y desafiante que ella misma reconocía como característico de su personalidad (así soy yo, pensaba). Pero él abrió la caja registradora y sacó treinta centavos. Cruzó la calle para ir al carnicero y se trajo un filete. Lo arrojó sobre la plancha.

—Fríelo —le dijo. Ella lo hizo, y lo observó mientras se lo comía, pero cuando acabó ella no pudo soportar más tiempo la rabia.

—Ahora —le dijo—, ya te has comido tu carne. Fuera. No vuelvas nunca. —Tenía siempre una pistola debajo del mostrador. La cogió, la levantó y le apuntó con ella al corazón—. Si vuelves a atravesar esa puerta, te mato —le dijo.

Ella lo veía todo ahora. Lo que no podía soportar era caer tan bajo, pensó, y ser esclava de un vaquero holgazán.

Wicks le dijo:

—No hagas eso, Hat. Supongo que me he pasado. Tienes razón.

—Nunca tendrás oportunidad de arreglarlo —le gritó ella—. ¡Fuera!

Con ese grito él desapareció, y desde entonces ella no lo había vuelto a ver.

—Wicks, cariño —dijo—. ¡Por favor! Lo siento. No me condenes en tu corazón. Yo misma me hice daño en aquel momento. Tanto como a ti. Siempre he tenido la cabeza muy dura. Nací con la cabeza dura.

Volvió a llorar, esta vez por Wicks. Era demasiado orgullosa. Una esnob. Ahora podrían haber vivido juntos en esta casa, como viejos amigos. Tan sencillo como eso.

Ella pensó: De verdad era un buen amigo.

Pero ¿qué haría Wicks con una casa como esa, solo, si es que estaba vivo y la sobrevivía? Él era demasiado áspero para camas suaves y butacas.

Y era ella la que le había dicho seriamente a India: «Yo soy cristiana. Yo no guardo rencor».

Ah, sí, pensó para sí misma. Me pilló a mí misma en falta demasiadas veces. ¿Cuánto tiempo durará esto? Hattie empezó a pensar, o a tratar de pensar, en Joyce, la hija de su prima. Joyce era como ella, una mujer sola, que ya era mayorcita, y también torpe. Probablemente nunca había follado siquiera. Mala suerte. Ella habría dado mucho, ahora, por socorrer a Joyce. Pero ahora le parecía que eso también, lo del socorro, había sido una invención. Primero una imaginaba la historia pura. Pero

después venía la historia impura. Ambas historias. Ella había pagado con años de su vida, primero a una sombra, y luego a la otra.

Joyce vendría aquí a la casa. Tenía una pequeña renta y podía arreglárselas. Viviría como Hattie había vivido, sola. Aquí se pudriría, quizá empezaría a beber, y un día tras otro se levantaría, y un día tras otro se acostaría. ¿No era esto muy hermoso? Sí, pero en el fondo te quemaba. ¡Menudo vacío te quedaba dentro! Te volvía todo cenizas.

¿Cómo puedo condenar a una persona joven a esta misma vida?, se preguntó Hattie. Esta vida es para alguien como yo. Cuando era más joven no lo era. Pero ahora lo es, y encajo en ella. Solo yo encajo aquí. Esto se hizo para mi vejez, para que yo pasara mis últimos días en paz. Si no hubiera dejado que Jerry me emborrachara aquella noche... ¡Sino hubiera estornudado! Por culpa de este brazo tendré que vivir con Angus. Y se me romperá el corazón lejos de mi único hogar.

Ahora estaba muy borracha, y se dijo a sí misma: «Toma lo que te traiga Dios. Él arregla a los que no están liados. Les hace préstamos».

Reanudó su carta de instrucciones al abogado Claiborne. «En las siguientes condiciones — escribí por segunda vez—. Porque he sufrido mucho. Porque hace muy poco que recibí lo que tengo que entregar. No puedo soportarlo —la sangre borracha se le estaba subiendo a la cabeza. Pero su mano era lo suficientemente firme. Escribió—: ¡Es demasiado pronto! ¡Demasiado pronto! Porque en mi corazón no consigo querer a nadie como desearía. Como estoy abandonada y sola, y no hago ningún daño donde estoy, ¿por qué tendría que ser así? Esto me rompe el corazón. Además de todo el resto, ¿por qué tengo que preocuparme por esto, por lo que tengo que abandonar? Estoy atormentada. Incluso aunque sea por mi culpa por lo que me he colocado en esta posición. Y no estoy preparada para abandonar esto. No, todavía no. De manera que esto es lo que voy hacer: dejo estas propiedades, las tierras, la casa, el jardín y los derechos sobre el agua, a Hattie Simmons Waggoner, ¡a mí misma! Me doy cuenta de que esto está mal y equivocado. Es posible. Y sin embargo es lo único que deseo hacer, de manera que Dios se apiade de mi alma.»

¿Cómo pudo suceder aquello? Estudió lo que había escrito (finalmente reconoció que no había alternativa).

—Estoy borracha —dijo—, y no sé lo que hago. Moriré y se acabó. Como India. Tan muerta como un seto de lilas. Entonces se le ocurrió que había un principio y un medio.

Como en la última temporada. Volvió a empezar... Un principio. Después de eso, estaba el principio del medio, la mitad del medio, el final de la mitad del medio y un medio bastante tardío. En realidad, todo lo que conozco yo es el medio. El resto son solo rumores. Pero esta noche no soy capaz de dar la casa. Estoy borracha y, por tanto, la necesito. Y mañana, se prometió a sí misma, volveré a pensarlo. Lo resolveré, seguro.

¿Qué tal día has pasado?

Mareada por sus perplejidades, seducida por un espíritu inquieto, Katrina Goliger hizo un viaje que no debería haber hecho. ¿Qué le sucedió, por qué se movía de ese modo? Ella era una matrona de los suburbios divorciada y con dos hijas pequeñas, ¿estaba perdiendo terreno, se estaba desvaneciendo su belleza o es que se estaban reduciendo sus posibilidades con tanta rapidez que eso la ponía nerviosa? La belleza no era su problema; era bastante bonita, con pelo oscuro y atractivos ojos. Tenía buena figura, un poco rellenita, pero le sacaba partido. A Victor Wulpy, el hombre de su vida, le gustaba tal y como era. Lo peor que se podía decir de ella es que era patosa. La patosidad, sin embargo, podía confundirse con ingenuidad si se sabía llevar. Pero había pocas cosas que Trina supiera llevar. La verdad, para resumir, es que era pasablemente bonita, un poco desgarrada, y salvajemente inquieta.

Con toda justicia, sus opciones las limitaba Victor, y cada vez más. Y no es que él fuera caprichoso. Tenía unas dificultades muy especiales con las que lidiar: el estado de su salud, ciertas discapacidades físicas, lo avanzado de su edad y, además de todo eso, su importancia.

Porque Victor era una figura importante, un intelectual de relieve mundial, un grande en el mundo del arte, y había sido bohemio mucho antes de que la bohemia formara parte de la vida diaria. El mundo civilizado sabía muy bien quién era Victor Wulpy. No se podía hablar de pintura moderna, poesía —y algunos temas importantes más— sin hacer referencia a él.

Bueno, pues, hacia la medianoche, y en medio del crudo invierno —Evanston, Illinois, donde se vive en lo más bajo del helado frío continental—, suena el teléfono de Katrina y Victor le pregunta, de hecho, le dice:

—Tienes que estar aquí mañana por la mañana muy temprano.

«Aquí» es en Buffalo, Nueva York, donde Victor ha estado dando conferencias.

Y Katrina, dejando a un lado todas las consideraciones de sentido común o de respeto a sí misma, responde:

—Tomaré un vuelo temprano.

Si hubiera tenido un romance con un hombre más joven, Katrina podría haberle respondido con una carcajada, y decirle: «Eso es realmente gracioso. Será una broma, ¿no?, y precisamente lo que me apetece con este tiempo helado. Pero ¿qué se supone que voy a hacer con mis hijas con tan poco plazo?». Podría haber mencionado también que su ex marido la había llevado a los tribunales por la custodia de las niñas, y que mañana tenía cita con el psiquiatra que el tribunal había nombrado para que informara sobre su capacidad. Habría mezclado estas excusas con la broma, y las habría combinado con un «Venga ya: mejor nos vemos el jueves. Te compensaré». Pero con Victor la negativa no formaba parte de las opciones. Últimamente era casi imposible decirle que no. La mala salud era un eufemismo. El año pasado casi había muerto.

Varias fuerzas —y ella lo sentía del todo— le habían robado la energía para resistir. Victor era un monumento tal, y llegaba tan lejos en la historia de la cultura moderna... Había que recordar que había empezado a publicar en *transition*, revista de *avant-garde*, siempre en minúsculas, y *Hound and Horn*, antes de que ella naciera. Estaba empezando a ganarse una reputación de *avant-garde* mientras ella seguía en el patio de la escuela. Y, si uno pensaba que no estaba cansado y no tenía más sorpresas en la manga, se equivocaba, ese no era Victor Wulpy. Hasta sus más acérrimos detractores, los más intransigentes, tenían que admitir que seguía siendo un personaje de primera. Y ¿sobre cuántos norteamericanos habían dicho líderes del pensamiento como Sartre, Merleau-Ponty o Hannah Arendt:

«Chapeau! Es un verdadero genio»? A Merleau-Ponty lo impresionaron especialmente los ensayos de Victor sobre Karl Marx.

Además, Victor era personalmente tan impresionante ... Tenía esa cara, esa estatura...; sin tener que fingir, era tan imponente que a menudo impresionaba a la gente como si fuera un rey, o perteneciera a una clase extraña. Un rey al estilo de Nueva York, profundamente norteamericano: bienhumorado, accesible, pero siempre dejando claro que el soberano era él; que no admitía tonterías de nadie. Pero el año anterior —le llegó ese momento de la vida, alrededor de los setenta y cinco años— se vino estrepitosamente abajo. Le ocurrió en Harvard, y lo llevaron al Hospital General de Massachusetts para que lo operaran. Allí los médicos lo habían arrastrado desde el borde de la tumba. O puede que él mismo desdeñara la tumba, envuelto en vendajes como estaba con tubos en la nariz y drogado hasta más no poder. Al verlo así echado, nunca se hubiera creído que iba a salir por su pie. Pero lo hizo.

Supongamos, sin embargo, que Victor hubiera muerto. ¿Qué habría hecho Katrina? Pensarlo la confundía. Pero la hermana de Katrina, Dorothea, que nunca perdonaba a nadie, explicaba con detalle las consecuencias de la muerte de Victor. Dorothea, para decir la verdad, no podía dejar de hablar del tema.

—Este ha sido el principal acontecimiento de tu vida. Esta vez, niña, de verdad has cantado. — Aquella metáfora era un poco rara para Katrina, que era bonita y regordeta y casi nunca alzaba la voz siquiera—. Tendrás que hacerle frente cuando por fin suceda. Seguro que eras consciente de que solo tenías un tiempo corto.

Katrina ya sabía todo lo que Dotey tenía que decirle. La situación se resumía de la siguiente manera: Dejaste a tu marido para tener esta aventura fuera de lo común. La excitación sexual y la ambición social iban parejas. Tenías por objetivo introducirte en los altos círculos culturales. No sé lo que creíste que tú tenías que ofrecer. Si creemos lo que decía papá, y él lo repetiría incluso desde el otro mundo, no eres más que una tonta del montón que vive en los suburbios del norte de Chicagolandia.

Era bastante cierto que el difunto Billy Weigal había llamado a sus hijas la tonta número uno y la tonta número dos. Las envió a la universidad del estado en Champaign-Urbana, donde formaron parte de una hermandad y estudiaron lenguas romances. ¿Que las niñas querían estudiar francés? Bueno. ¿Arte dramático? Seguro, por qué no. El viejo Doc Weigal hacía como que eran todo pamplinas. Había sido político, pero sobre todo un amañador de impuestos con elevados contactos en la maquinaria democrática de Chicago. Su mujer también era un peso pluma mentalmente hablando. Era parte de la convención que las mujeres tuvieran cerebro de mosquito. Aquello complacía a su corrupto y protector corazón. Como señaló Víctor una vez (todas las interpretaciones superiores procedían de él), esto era simplemente la ideología de siempre de la clase media, cuyos componentes eróticos no era difícil imaginar. La mujer ignorante era un fuerte estímulo para el hombre que se consideraba duro. A un nivel infinitamente superior, Baudelaire había aconsejado a los hombres que se alejaran de las mujeres cultas. Las intelectuales y las damas burguesas provocaban la parálisis sexual. Los artistas solo podían confiar en las mujeres del pueblo.

En todo caso, a Katrina la habían educado para que se considerara a sí misma una boba. Que ella supiera que no lo era era uno de los postulados secretos e importantes de su sabiduría como mujer. Y de hecho no se oponía al modo en que Dorothea trataba su intrincado y fascinante problema con Víctor. Dorothea decía:

—Quiero que lo veas desde todos los ángulos. —Lo que eso quería decir en realidad era que Dotey iba a tratar de joderla por todos lados—. Empecemos por el hecho de que como señora de Alfred Goliger nadie en Chicago se fijaba en ti. Cuando el señor Goliger invitaba a la gente para que vieran sus maravillosas colecciones de marfil, jade y piedras semipreciosas, y mientras él se ocupaba de dar conversación a los invitados, lo único que pedía de ti es que sirvieras las bebidas y los aperitivos. Y para la gente con la que él trataba de pasar el tiempo, los tipos de la ópera lírica, tú no eras más que el ama de casa corriente.

»Y entonces de pronto, gracias a Wulpy, empiezas a conocer a todos los Motherwell y Rauschenberg, Ashbery y Frankenthaler, y abandonas a los intelectuales de medio pelo de la ciudad tirados en el polvo. Sin embargo, cuando tu viejo mago muera, ¿qué va a suceder? A las viudas se las olvida rápido, excepto a las que tienen talento para promoverse. ¿Qué pasa con las novias?

Al llegar a la Northwestern University para impartir sus seminarios sobre pintura norteamericana, a Víctor los Goliger lo habían tratado como a un personaje. Alfred Goliger, quien, entre sus vuelos a Bombay y Río, se había dedicado a las gemas, a las antigüedades y a los objetos de arte y había comprado joyas de Estado y también porcelana, plata, cerámica y estatuas en todos los continentes, ansiaba formar parte del mundo del arte. No era uno de esos maridos renqueantes; en Brasil y en la India hacía más o menos lo que le daba la gana. Pero no había entendido bien a Katrina si creyó que en ella tenía a un ama de casa que dedicaría su tiempo a elegir papeles pintados y asistir a reuniones de la comunidad de vecinos. Víctor, el perfecto personaje, mientras se relajaba en medio de los admiradores de Evanston y sorbía martinis y comía aperitivos, analizó al ansioso marido, agresivo y en formación, y después estudió a la bonita esposa, que en todos los sentidos de la palabra era una mujer misteriosa. Percibió que era aún más misteriosa ahí donde había más oscuridad. Las circunstancias habían hecho que Katrina pareciera vulgar. Ella hacía lo que los caracteres fuertes hacen cuando se les imponen esas circunstancias; las utilizaba como camuflaje. De ese modo se acercó a Wulpy *como* si fuera corta de vista, una persona que tiene que acercarse mucho para ver algo. Se acercó tanto que se podía oler su aliento. Y además su mirada baja, casi testaruda, se posaba en ti justo en ese momento de más que llevaba ya un mensaje sexual. Era la incompetencia con la que se presentaba, el fruncido del ceño con sorpresa y la cortedad de vista lo que transformaba definitivamente tu percepción de ella. La primera vez que se estrecharon la mano lo informó a él de una disposición, una inclinación. Él vio que todos los preparativos de ella habían sido dispuestos. Con una especie de silencio grabado alrededor de la boca bajo la ancha barra de su bigote, Wulpy registró toda aquella información. Todo lo que tenía que hacer era dar la señal para empezar. Su intención era precisamente esa.

Al principio no fue nada más que el tonto de la visita de un anciano famoso y un poco caprichoso. Pero Wulpy era un hombre demasiado grande para andarse con tonterías. Era un intelectual disciplinado. Representaba al E}Q. A la edad de setenta años, había ordenado sus ideas casi del todo y definitivamente: no había en él nada de la debilidad ni de la deriva que supuestamente hacían que la gente educada fuera despreciable. ¿Cómo puede uno llamarse un pensador moderno si carece del realismo suficiente para distinguir con rapidez dónde falla un matrimonio, si no sabe lo que es la hipocresía, si no ha llegado a conocer la mentira, si, en determinadas condiciones, la gente todavía puede decir sobre ti: «Es un encanto»? Nadie hubiera soñado siquiera con llamar a Víctor «un encanto». ¿Era esto maldad? No, un criterio experimentado. Pero, fueran cuales fueren sus intenciones originales, la aventura se fue transformando en permanente. ¿Cómo se calibra a una

mujer que sabe cómo atar a un mago así a su lado? Tiene que ser algo más que una tonta de los suburbios con piernas torpes. Y esto es algo más que el cruel absurdo, el declive y la esclavitud sexual de un hombre distinguido que se ha hecho (¡con cuánta rapidez!) viejo.

El divorcio fue feo. Goliger estaba furioso, y fue vengativo. Cuando se mudó de la casa, la despojó y se llevó sus tesoros orientales, la colección de jade, el cristal, las colgaduras, los elefantes pintados y dorados, la porcelana china e incluso algunas de las valiosas joyas que le había regalado a ella y que ella no tuvo la previsión de meter en el banco. Estaba decidido a echarla también de la casa, pues era una casa buena y antigua. Y podría hacerlo si obtenía la custodia de las niñas. Las niñas notaron poco la desaparición de los objetos indios y venecianos, aunque el abogado de Trina declaró ante el tribunal que su desaparición las había desorientado. Dorothea dijo de sus sobrinas:

—Me interesaría averiguar qué es lo que pasa por la cabeza de esos dos personajes misteriosos. En cuanto a Alfred, esto es la guerra declarada.

Ella creía que Katrina era demasiado distraída como para ser una buena guerrera.

—Pero ¿te das cuenta?

—Claro que me doy cuenta. Siempre estaba yendo a alguna subasta. Nunca estaba en casa. ¿Qué hacía él, allí lejos en la India?

Katrina seguía a la mesa, terminando la cena, cuando llamó Víctor. El invitado era el teniente Krieggstein, de la policía. Llegó tarde, por el mal tiempo, y contó algo de haber patinado en la tormenta de nieve y tener que esperar a un camión de arrastre. Casi había perdido la voz y declaró que necesitaría una hora para descongelarse. Como era amigo de la familia, no necesitaba permiso para subir leña del sótano y encender fuego. La casa había sido construida en la mejor época arquitectónica de Chicago (hecho como un Stradivarius, según Krieggstein), y las curvadas baldosas del hogar («¡Ah..., los viejos oficios!») eran del mismo azul que las plumas del martín pescador.

—No es la primera vez que veo mal tiempo, pero esto es lo peor que he visto nunca —dijo, y pidió salsa picante para echarla encima de su curry, mientras bebía vodka de una jarra de cerveza. Su rostro seguía ardiendo por el hielo, y, ya a la mesa, sus ojos siguieron llorando—. Ay, menudo lujo es este fuego para mi espalda.

—Espero que no exploten tus municiones.

El teniente llevaba siempre al menos tres pistolas. ¿Iban todos los policías de paisano («de calle») armados hasta los dientes, o era que este tenía más armas porque era bajito? Él se presentaba como elegante pero imponente. Bastaba con retarlo para enfrentarse a una acción fatal. Victor decía de él que estaba justo a este lado de la raya de la cordura pero que siempre la estaba cruzando.

—Un peón solitario a ambas orillas del Río Grande al mismo tiempo. —En general, él veía a Krieggstein con ojos indulgentes.

Era casi medianoche en Buffalo. Katrina no esperaba que Victor la llamara en ese momento. Plenamente familiarizada con su forma de ser, Katrina sabía que su viejo gigante debía de haber pasado una noche decepcionante, probablemente se había tirado en la cama del Hilton cansado, con más de la mitad de sus ropas por el suelo y una pinta de Black Label cerca para «mantener los motores auxiliares en marcha». El viaje era más duro de lo que él quería admitir. Beila, su mujer, le había aconsejado que no lo hiciera, pero sus opiniones no contaban. El director subordinado no le decía al presidente de la junta lo que tenía que hacer. Iba a ver a Katrina, por supuesto, las conferencias eran solo un pretexto. «Se lo he prometido a esos tipos», dijo él. Sin embargo, no era del todo un pretexto. Estaba muy solicitado, y le pagaban precios altos. Esa noche había hablado en la

universidad del estado, y al día siguiente hablaría para un grupo de ejecutivos de Chicago. La operación de Buffalo era una operación combinada. La hija menor de los Wulpy, Vanessa, que estaba estudiando allí, estaba teniendo problemas. Para Victor, los problemas familiares nunca pudieron ser lo que eran para las demás personas: él *no podía* tenerlos. Vanessa lo estaba provocando y él estaba irritado.

Cuando sonó el teléfono, Katrina dijo: «Ahí está Victor. Es un poco temprano. Es posible que tarde un rato». Con Krieggstein no era necesario andarse con ceremonias. La cena había terminado, y si ella tardaba demasiado al teléfono él no necesitaba que nadie lo acompañara a la puerta. Katrina, con su gran belleza pesada y sus formas redondeadas (justo dentro de los límites), salió del comedor lo más rápido que su figura le permitió. Soltó el pestillo de la puerta de la cocina. Por supuesto, Krieggstein tenía intención de quedarse y escuchar. La aventura no era ningún secreto y él se consideraba el confidente. Para ello tenía todas las calificaciones: era policía, y los policías lo ven todo; era un héroe de la guerra del Pacífico; y era su amigo de los tiempos de explorador. Para escuchar, volvió su gruesa y rosada cara hacia el fuego, puso las hinchadas piernas en una posición comfortable y cruzó los cortos brazos sobre el jersey.

—¿Cómo te ha ido, Victor? —dijo Katrina. Lo cansado que estaba después de haber viajado así en invierno era lo que ella tenía que determinar por el tono de su voz y de las palabras que utilizara. Debía de haber sido un viaje excepcionalmente duro. Era un trabajo agotador para un hombre de su tamaño, y además con una rodilla operada, abrirse camino con un bastón por entre la marea humana que poblaba los aeropuertos. Como llevaba puesta su gorra de marino griego, era mucho más llamativo. A todos sitios iba con aspecto de resignación voluntaria y sabiduría. Aceptaba de buen humor sus impedimentos físicos (una familiaridad diaria y de toda la vida con el dolor) y no se quejaba por ir solo. Otros viejos famosos tenían ayudantes. Ella había oído que Henry Moore tenía nada menos que seis asistentes. Víctor no tenía a nadie. Su vida había adoptado una intensidad alocada que no podía compartir con nadie. El secreto era necesario, evidentemente. En el centro de tantas cosas obvias había un misterio sin resolver: ¿por qué? La respuesta de Katrina era por amor. Víctor no lo decía, siempre declinaba dar una respuesta. Quizá él mismo aún no había encontrado la respuesta a aquella pregunta.

Katrina pensaba también que tenía un aspecto misterioso. Debajo de la gorra de estilo griego o a lo Lenin había una especie de maraña de ciempiés en los ojos. Tenía los ojos achinados, que se extendían curiosamente hacia las sienes. Su tez estaba tan sonrosada cuando estaba enfermo como cuando estaba sano; casi nunca estaba pálido. Se movía con una admirable e inclinada gracia, sin adoptar poses, grande pero sin pesadez. No era un peso pesado. Tenía estilo. Si uno quería podía llamarlo un viejo bohemio, pero esas clasificaciones no te llevaban muy lejos. Ninguna categoría podía atrapar a Víctor. La parte de viajar como celebridad era muy cansada. Uno llegaba en avión y en el aeropuerto lo esperaban personas que no conocía y que lo ponían a prueba porque querían que se acordara de ellos individualmente, llamar su atención, congraciarse con él, provocar, halagar; todo era lo-mismo. En el camino desde el aeropuerto, se encontraba encerrado en un coche con ellos durante cerca de una hora. Después había bebidas: el alboroto del cóctel. Después de cuatro o cinco martinis había que ir a cenar y le presentaban a mujeres que no siempre eran atractivas. Tenía que recordar sus nombres, conversar y concederles un tiempo igual. Era como presentarse a las elecciones a un cargo público, tantas manos había que estrechar. Él se comía su chuleta y se bebía el vino, y antes de haber pronunciado su discurso en el atril ya estaba hecho polvo. Según Victor, era

mejor no oponerse a todo esto, si se opone uno se cansa mucho más. Normalmente, a Victor le gustaba el ruido, la bebida y la conversación de extraños. Tenía tantas cosas que decir que abrumaba a todos los que se acercaban a él. En pleno fragor de un cóctel era capaz de oírlo todo y de hacer que lo oyeran; su voz de tenor semejava a la de un pífano cuando decía algo importante, y sabía expresarse muy bien.

Si después de la conferencia se desarrollaba un buen debate, se quedaba despierto media noche bebiendo y hablando. Eso era lo que le gustaba, y para él estar en la cama antes de medianoche era una derrota. De manera que o estaba extremadamente fatigado o la noche había sido un desastre. Debían de haberle dicho cosas estúpidas. Y aquí estaba, un hombre que había tenido contactos con André Breton, Duchamp, las estrellas de su generación, agotador hasta la médula, en la helada Buffalo (podía uno imaginarse que más de la mitad de las cataratas del Niágara estaban congeladas), llamando a su novia a Evanston, Illinois. Añádase a la lista de malas circunstancias que detestaba pasar horas vacías en las habitaciones de hotel. Añádase también que probablemente se había quitado los pantalones, como ya lo había visto hacer ella cuando estaba de ese humor, y los había arrojado contra la pared, más sus grandes zapatos, y la camisa hecha una bola. Él tenía sus momentos de indignación, especialmente cuando no había habido ni un solo signo de inteligencia o diversión. Ahora para consolarse (o quizá era por irritación) telefoneaba a Katrina. Era más que probable que hubiera tomado un par de copas, allí desnudo, pasándose la mano por el pelo del pecho, lo que a veces lo calmaba. A excepción de los calcetines, en esos momentos se parecía a los viejos que Picasso había puesto en sus últimos grabados eróticos. El propio Victor había escrito sobre la serie de pintor y modelo que hizo en Mougins en 1968, palabras feroces de artista sátiro y odaliscas abiertas de piernas. A través de agujeros de cerradura, viejos arrugados espiaban a poblaciones gigantes. (Victor era a veces el pintor y a veces el anciano rey.) La hermosa asimetría de Katrina podría haber complacido el gusto de Picasso. (Por cierto, Victor no admiraba mucho a Picasso.)

—¿De manera que Buffalo no ha sido un éxito?

—¡Buffalo! Demonios, no entiendo siquiera por qué existe.

—Pero dijiste que tenías que ir para ver a Vanessa.

—Esa es otra tarea que con gusto dejaría de hacer. A las siete desayunaremos juntos.

—¿Y la conferencia?

—Les leí mi ensayo sobre *El 18 brumario de Luis Bonaparte* de Marx. Pensé que para gente universitaria ...

—Bueno, mañana será más importante, más interesante

—dijo Katrina.

Habían invitado a Victor a dirigir la palabra a la Asociación de Ejecutivos, organización de banqueros, economistas, antiguos asesores presidenciales y gente del tipo del Consejo Nacional de Seguridad. Victor le aseguró que aquello era mucho más importante que la tan cacareada Comisión Trilateral, que, según él, era una organización que se servía de los ex presidentes y otras estrellas explotadas para distraer la atención de las auténticas operaciones. La gente que lo llevaba a Chicago quería que hablase sobre «cultura y política, este y oeste». Sí que se preocupan mucho por el arte y la cultura, decía Victor. Pero les parecía que había que tratarlas; se suponía que tenían poderes, nada inmediato ni preocupante, pero uno tenía que saber lo que pensaban los intelectuales. «Han oído ya a profesores y a otros seudoexpertos —dijo Victor—, y quizá creen que deben buscar a un tipo de viejo judío. Pagadle su precio y escribirá sin engaños de qué va todo.» El poder de los grandes ejecutivos

no lo asustaba. Según él, esa gente estaba hecha de espuma. No obstante, estaba complacido. Habían pedido lo mejor, y lo mejor era él: aquello era un juicio realista virtualmente libre de vanidad. Según Katrina, le pagarían unos honorarios de diez mil dólares. «No espero el tipo de pasta que le dan a Kissinger, o a Haig, aunque yo valgo más», le dijo él. Sin embargo no mencionó una cifra. Dotey, que no era mala observadora, dijo que él hablaría libremente sobre cualquier cosa en el mundo menos del dinero: su dinero.

Las observaciones de Dotey, sin embargo, eran vulgares. Hablaba con lo que Katrina había aprendido a llamar *ressentiment*, detrás de una pantalla de quejas. ¿Qué podía entender una persona como Dotey sobre un hombre como Victor, a quien llamaba «el gigante cojo»? ¿Qué sabía ella si este gigante había sido en su época uno de los hombres más guapos del mundo? ¿Y que seguía teniendo unos dedos de las manos y de los pies exquisitos; un escroto de seda que incluso ahora (mientras estaba al teléfono) podía tocarse, atusándose los pelos más largos, un hábito inconsciente cuando estaba en la cama? Además, ¿qué sabía ella de que él fuera una mina de conocimientos, un tesoro de pensamientos en todas las cuestiones acerca de las necesidades e intereses reales de los seres humanos modernos? ¿Podía Dorothea valorar el *descanso*, o la independencia, que le ofrecía a una mujer una persona tan extraordinaria? ¿Podía sentir lo que significaba estar libre de tanta basura?

—Por cierto, Victor —dijo Katrina—. ¿Recuerdas las notas que dictaste al teléfono para quizá utilizarlas mañana? Te las he pasado a máquina. Si las necesitas, te las llevaré mañana por la mañana al O'Hare.

—Tengo otra idea —dijo Victor—. ¿Qué te parecería venir hasta aquí?

—¿Yo? ¿Tomar un avión para Buffalo?

—Exacto. Vienes conmigo, y vamos juntos a Chicago. Inmediatamente, todas las mejores expectativas de Katrina se volvieron del revés, y desde el fondo surgió en vez de ellas todo tipo de temores imaginables. Mientras Víctor tomaba su avión por la mañana, ella no estaría preparándose, dándose un largo baño, y después colocándose su traje de punto de color verde pino Vivanti y poniéndose Cabochard, su perfume favorito. Estaría levantada hasta las dos de la mañana, improvisando, tratando de revelarlo todo, cancelando su cita en el centro y poniendo el despertador para las cinco. Odiaba levantarse cuando era todavía de noche.

Debía de haber una explicación sensata para eso, pero Katrina no era capaz de preguntar cuál era, como por ejemplo: «¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?». También tenía algunas preguntas insostenibles que plantearse a sí misma: ¿Tendré que llevarlo al hospital? ¿Por qué yo? Su hija está allí. ¿Necesita una operación de urgencia? Volvió a revivir todas las cosas horribles que habían pasado en el Hospital General de Massachusetts. Un amor que empezó con besos apasionados y terminaba con rayos X, drogas duras y malos olores. ¿La aburrida esposa que volvía a tomar el control?

No vayas tan rápido, se dijo a sí misma. Se recompuso y reordenó sus sentimientos en un lugar distinto. Él estaba completamente solo y tenía miedo de empezar a desmoronarse en el asiento del avión: un hombre como Víctor, que era lo más cercano a un príncipe que uno podía encontrar (en lo que él mismo describía como «esta época echada a perder»), un hombre así teniendo que telefonar a una niña, y para Víctor, si se pensaba en serio, ella era una niña, una de muchas (aunque estaba bastante segura de que ella había vencido a las demás). Tenía que apelar a una niña («He tenido otra idea») y exponerle su debilidad.

Lo que hacía falta ahora era hablar como siempre, de manera que cuando él dijo: «He ordenado que hagan una reserva para ti, si quieres usarla... ¿Sigues ahí?», ella le contestó: «Deja que encuentre

un bolígrafo y lo escriba». Tenía un bolígrafo perfectamente bueno colgando de una cuerda. Lo que necesitaba era reponerse mientras pensaba en una alternativa. No era lo suficientemente lista como para sacar algo, de manera que empezó a anotar los números que él le daba. ¿Asustada? Por supuesto que lo estaba. La obligaban a considerar su posición desde el punto de vista de «lo peor que puede haber pasado». La madre de dos niñas en la orilla norte, con un matrimonio en estado de deterioro, que había empezado a estar disponible desde el punto de vista sexual para los visitantes. De manera selectiva. Era cierto que se habían producido un par de errores salvajes. Pero entonces se había presentado un enviado de los dioses, Víctor.

En las largas conversaciones con su analista (al que ya no necesitaba), había aprendido el papel tan importante que tenía su padre en todo esto, en la formación o deformación de su carácter. Hasta que tuvo diez años no había conocido más que amabilidad por parte de su papá. Entonces, con los primeros indicios de la pubertad, empezaron sus problemas. Exasperado con ella, él le decía que cada vez se parecía más a un cochinito de Indias. La llamaba falsa artista. Ella estaba haciendo el papel de la hija del granjero con el viajante. «Esa expresión sorprendida, como si no recordaras si una docena son once o trece. ¿Y qué crees que pasa con el huevo número trece, eh? Pronto dejarás que un extraño te lleve al armario de las escobas y te quite las bragas.» ¡Vaya! Gracias, papá, por todas las sugerencias que plantaste en la mente de una niña. Como era de esperar, empezó a ser maliciosa y a buscar la ocasión del placer, y sí que representó el papel de la hija del granjero, adaptándolo y modificándolo hasta que se convirtió en la madura Katrina. Al final (bendito milagro) todo acabó bien, porque el resultado fue exactamente lo que había atraído a Víctor, una personalidad de vanguardia a la que precisamente le encantaba justo aquella mezcla erótica. La insignificante sexualidad burguesa, y encima retrógrada, precisamente excitaba a Víctor. De manera que aquí estaba esta tonta suburbana, el cliché de las predicciones de su padre: podía llamarse lo que uno quisiera. Voluptuosa, belleza, lo curioso, el sexo confundido, y una dieta carnal con piernas de piano, ya que su apariencia (con la boca medio abierta o medio cerrada) lo significaba todo o nada. Pero esta gracia en medio de la torpeza era el afrodisiaco para uno de los líderes intelectuales del mundo moderno. Ella rechazaba la sugerencia (sugerencia de Dotey) de que era su decadencia la que la había introducido a ella en su vida, que ella apareció cuando él ya estaba viejo, decadente, en estado de desesperación o de necesidad erótica. Y era cierto que cualquier día la tierra se abriría y él ya no estaría allí.

Mientras tanto, no era tan poderoso como había sido en una época (como si un poco de polvo se hubiera establecido en su superficie), pero seguía siendo poderoso. Su color era fresco y su pelo, vigoroso. De vez en cuando, por un instante, podía parecer apurado, pero cuando tenía una copa en su mano, conversando, su voz era tan fuerte y sus opiniones tan seguras que era inconcebible que fuera a desaparecer nunca. Tal y como ella se lo imaginaba a veces, él era más que su amante. Era también su instructor. A ella la había admitido en su clase magistral. Nadie más obtenía esa instrucción.

—Ya tengo todos los números.

—Tendrás que tomar el vuelo de las ocho.

—Aparcaré en el Orrington porque si voy a estar todo el día fuera no quiero que el coche esté enfrente de la casa.

—Muy bien. Y me encontrarás en la sala VIP. Deberíamos tener tiempo para una copa antes de tomar el vuelo de la una de la tarde.

—Mientras pueda volver para media tarde... Y podré llevarte las notas que dictaste.

—Bien —dijo Víctor—. Te podría haber dicho que eran indispensables.

—Comprendo.

—Te pido que vengas a encontrarte conmigo y parece que es una propuesta oriental, como si el sultán le dijera a la concubina que saliera más allá de los muros de la ciudad con los elefantes y los músicos...

—Qué agradable que hables de elefantes —dijo Katrina, alerta.

—Mientras que es solo Chicago-Buffalo-Chicago.

Que él recibiera con una sola palabra su rompecabezas de elefante, el pobre intento que ella había hecho de hacer algo con un tema de elefantes, era una concesión poco habitual. Ella había dejado de mencionarlo porque hacía que Víctor se aburriera con buen humor. Pero ahora él le había dado un indicio de que ordenarle que fuera con él a Buffalo era igual de tedioso, igual de malo que su intento desesperado de ser creativa con un elefante.

Katrina no prosiguió con el tema. Solo le dijo:

—Me gustaría poder ir mañana a tu charla. Me encantaría oír lo que les dices a esos ejecutivos.

—Completamente innecesario —dijo Víctor—. Tú oyes cosas mejores de mi boca en la cama de lo que nunca les diré a esos tipos.

Y era verdad que decía cosas remarcables durante sus horas de mayor intimidad. Solo Dios sabe cuánta inteligencia le atribuía él a ella. Pero era un hablador, tenía que hablar, y durante aquellas largas conversaciones de cama (monólogos), cuando se dejaba ir, no paraba para explicarse; era una confianza ciega, era *faute de mieux*, lo que lo hacía confiar en ella. Mientras proseguía, era más picante, escandaloso, e incluso asesino. Cuando empezaba a destruir las reputaciones y rompía a la gente en pedazos. Tal y tal era un plagiador que no sabía qué robar; X, que era un filósofo en el fondo, no era más que un niño de coro; Y tenía un cerebro de tonto: seis estúpidos aperitivos y nada de plato principal. En la cama, Víctor y Katrina fumaban, bebían, se tocaban el uno al otro (la tenencia de la complicidad) y reían; *pensaban*, ¡Dios mío, pensaban! Víctor la transportaba a unas esferas de especulación totalmente extrañas. Él vivía para las ideas. Y no contaba con la comprensión de Katrina; no podía con la incompreensión, oscurecía tristemente su vida. Pero era una condición fija, una premisa dada. Y cuando era malo ella lo entendía bastante bien. No estaba desperdiciando su ingenio con ella, como cuando dijo sobre Fonstine, un rival que estaba tratando de destruirlo: «Dirige un albergue para vagabundos al estilo de Procrusto, para ideas que salen del culo»; más tarde Katrina tomó notas y rezó para no ser exacta. De manera que, como de costumbre, Víctor había acertado: era verdad que ella podía oír en la cama cosas mejores de las que él pudiera decir en público. Cuando se tomaba libre una tarde entera para ese tipo de recreo, se entregaba a ello completamente: le encantaba holgazanear durante días enteros. Cuando, por el contrario, se sentaba a escribir sus cosas, trabajaba también el día entero, y ella ni siquiera existía para él. Nadie.

Ya había tomado las disposiciones para el día siguiente, y estaba lista para acabar.

—Tendrás que llamar a algunos sitios para despejarlo todo —dijo—. En televisión anuncian un tiempo desagradable cerca de Chicago.

—Sí, Krieggstein ha venido en medio de una tormenta de meve.

—¿No me dijiste que lo habías invitado a cenar? ¿Sigue ahí? Pues que sirva para algo.

—¿Como qué?

—Como pasear al perro. Alguna cosa pqdrá hacer por ti.

—Oh, eso se ofrecerá a hacerlo. Bueno, buenas noches.

Ya tendremos un jolgorio cuando llegues aquí.

Al colgar, se preguntó si no había dicho lo del «jolgorio» demasiado fuerte (Krieggstein) y también si a Víctor no lo echarían para atrás esas palabras anticuadas, típicas de la universidad en los años sesenta. Los indicios del pasado no lo perturbaban: ¿qué le importaba a él la vida sexual que ella hubiera tenido en la universidad? Pero era muy quisquilloso con respecto al lenguaje. Igual que a otros los echaba para atrás la grosería, a él le molestaba el mal estilo. Ella se metió en un lío en San Francisco cuando insistió en que él viera *MASH*. «Insisto, Victor, no debes perderte esa película.» Después, él apenas podía soportar hablar con ella, aquello había sido inolvidable. Al final consiguió hacer las paces con él, después de largos días de frialdad. La conclusión a la que llegó fue: «No puedo permitirme ser como las demás».

Pero volvamos a Krieggstein: qué rincón tan distinto dentro del edificio humano ocupaba Krieggstein. «Así que tienes que salir de la ciudad», le dijo. Junto al fuego, sombrío y sólido, le prestaba la mayor atención a su problema. A menudo ella había sospechado que fuera un chiflado total. Si lo era, ¿cómo se había convertido en su mejor amigo? Bueno, había un puesto que rellenar y no había nadie más con quien rellenarlo. Y recordemos que él era un auténtico héroe de guerra. No era fácil imaginarse quién o qué era realmente Sammy Krieggstein. Bajo, ancho, calvo, tosco, aparentemente pertenecía a las fuerzas del orden. A veces decía que pertenecía a la brigada antivicio, y a veces hablaba de homicidio o narcóticos; y de vez en cuando no decía nada en absoluto, como si su trabajo fuese alto secreto, superclasificado. «Solo te diré esto, querida, a veces en la calle me vendría bien un lanzallamas.» Había sido boxeador en el torneo de los Guantes de Oro, mucho antes de la guerra del Pacífico, y para demostrarlo tenía en la cara algunas marcas. Mucho antes había sido luchador en las calles. Consiguió ser muy duro: una persona aterradora que también era un caballero y un buen amigo. La primera vez que ella lo invitó a tomar una copa él pidió una taza de té, pero colocó todas sus pistolas en la mesa. Bajo el brazo llevaba una Magnum, en el cinturón una pistola pequeña y otra atada a la pierna. Con estas pistolas había entretenido a las niñas. «Es perfectamente seguro —dijo. ¿Por qué deberíamos dejarle el monopolio de las armas a los salvajes que andan por las calles?» Cuando la llevaba a Le Perroquet le hablaba a Katrina de apuñalamientos y despertadores, persecuciones en coche y tiroteos. Cuando hacía poco en un bar un matón lo había confundido con un pobre desgraciado, le mostró una de sus pistolas y le dijo: «Muy bien, amigo, ¿te gustaría tener otro agujero del culo entre los ojos?». Sacando una conclusión teórica ante esta anécdota, Krieggstein le dijo a Katrina: «Vosotros —sus interpretaciones iban dirigidas principalmente a Víctor— deberíais tener una idea mejor de la que tenéis de lo salvaje que es todo ahí fuera. Cuando el señor Wulpy escribió sobre *La casa de los muertos*, habló de los “criminales absolutos”. En Norteamérica estamos ya muy lejos de eso. Hace cien años, Rusia seguía siendo un país religioso. No tenemos a los santos que se supone que van con los pecadores ...». El teniente valoraba su amistad con el famoso. Él mismo, a los sesenta años, trabajaba en un doctorado en criminología. Sobre cualquier tema de interés general, Krieggstein estaba dispuesto a tener una opinión inmediatamente.

Víctor lo llamaba el Papá Noel de las amenazas. Le divertía. También decía:

—Krieggstein pertenece a la edad dorada de las simplezas norteamericanas.

—¿Qué quieres decir con eso, Víctor?

—Para empezar, pienso en las señoras a las que saca a pasear, divorciadas con las que es muy atento. Les envía dulces y flores, pañuelos de Gucci, tarjetas del nuevo año judío. Se acuerda de sus cumpleaños.

—Comprendo. Sí, es verdad.

—Es mitad suave mitad duro. Trata de ser como uno de esos personajes de Balzac, como... Cómo se llama... Vautrin.

—Pero ¿qué es *realmente*? —dijo Katrina.

Para Víctor, acerca de lo que alguien como Krieggstein fuese realmente ni siquiera valía la pena pensar. Y sin embargo, cuando ella volvió al comedor, el sonido de la puerta de doble batiente contra su espalda fue también el sonido de su dependencia. Ella *necesitaba* a alguien, y aquí estaba Krieggstein, que se ofrecía voluntario. Por lo menos, eso parecía. No muchos llegaban tan lejos como eso. Ni siquiera hacían el gesto. Aquí estaba ella pensando en su hermana Dorothea.

—Un mal momento, ¿eh? —dijo Krieggstein con gravedad—. Tienes que ir. ¿Otra vez está enfermo?

—No me lo ha dicho.

—No es su estilo. —Krieggstein, contraído por la gravedad, tenía el aspecto de la pintura nueva sobre la vieja: el óxido con pintura roja encima.

—Tengo que ir.

—Desde luego, si es eso. Pero no es tan grave, ¿verdad? Tienes suerte de tener a esa vieja negra que se ocupa de las niñas igual que te cuidó a ti y a tu hermana.

—Eso suena mejor de lo que es en realidad. A estas alturas Ysole debería ser de toda confianza. Uno creería...

—¿No lo es?

—Es una anciana muy compleja y a medida que envejece es cada vez más dura de interpretar. Siempre fue satírica y aguda.

—Está tomando posiciones; ya te lo he dicho antes. Desaprueba el divorcio. Te vigila. Tú sospechas que coge dinero de Alfred a cambio de información. Pero ella no ha tenido niños propios.

—Nos quería cuando éramos niñas...

—¿Pero transfirió su lealtad a tus hijas? Yo no tengo lo que hace falta para averiguar cuáles son sus motivos.

Katrina pensó: Pero ¿con quién estoy teniendo esta conversación? La cabeza desnuda, el rostro desnudo de Krieggstein, que a la luz del fuego tiene la forma que se veía en los libros de Edward Lear sobre tonterías: huevos distorsionados. La intención de él era adoptar una expresión de preocupación al estilo de Churchill: la puerta del destino. Le estaba diciendo que no sería buena idea perder la cabeza. Los grandes artistas y los grandes cerebros no se comportaban como la gente normal. Le daba el ejemplo de Casal a los noventa años, o Bertrand Russell, etcétera. Incluso Francisco Franco en su lecho de muerte. Cuando le dijeron al viejo que un tal general García estaba allí para despedirse de él, respondió: «¿Por qué, se va de viaje?».

Katrina quiso sonreír ante esto pero, con la ansiedad y las dificultades, una sonrisa estaba descartada.

El teniente dijo:

—Puedes estar segura de que te ayudaré en lo que pueda.

Cualquier cosa, lo que necesites.

Krieggstein, siempre con mucho tacto y respeto, insinuaba que le gustaría figurar de manera más personal en su vida. Era el más humilde de sus admiradores, pero seguía siendo un admirador. Esto también necesitaba ser tomado con diplomacia, y Trina no siempre supo qué hacer con él.

Ella le dijo:

—Tengo que aplazar una cita con el psiquiatra del tribunal.

—¿Una segunda vez?

—Alfred metió a Victor en el asunto. Dijo que nuestra relación les estaba haciendo daño a las niñas. Ese psiquiatra fue muy grosero conmigo. Para esa gente, los padres son criminales. Fue tan grosero que Dorothea sospechó que estaba comprado.

—Algunas veces los psiquiatras demuestran su imparcialidad siendo rudos con ambas partes —dijo el teniente—. De todas formas, es una sospecha realista. ¿Le mencionaste a tu abogado lo que sugirió tu hermana?

—Y no quiso contestar. Los abogados solo se entienden entre ellos. Si es que se entienden.

—Este médico puede ser legal. Esa es otra causa de confusión. Como solía decir un compañero mío en Guadalcanal, la persona en cuestión puede ser la Honradez en persona, yo podría ir a esa cita para ti. Tengo todas las credenciales.

—¡Por favor, no lo hagas! —dijo Katrina.

—Objetivamente, yo podría defenderte de manera maravillosa.

—Únicamente con que llamaras a su secretaria y fijaras otro momento de la semana me ayudarías.

Dorothea siempre estaba advirtiéndole a Trina contra Krieggstein, al que había conocido en una de aquellas meriendas de las pistolas.

—Yo no lo tendría mucho por casa. Me parece que está loco. ¿Es realmente un policía, o algún Kojak imaginario?

—¿Por qué no iba a ser real? —dijo Katrina.

—Podría ser un guardia nocturno. No... Si trabajara por las noches no saldría con tantas mujeres solas de mediana edad. Sigue llevándolas a bailes. ¿Has comprobado sus credenciales? ¿Tiene permiso para esas tres pistolas?

—Las pistolas no son nada.

—Puede que sea un policía de paso. Estoy segura de que está loco.

Pero Krieggstein le seguía preguntando a Katrina:

—¿Le dijiste al psiquiatra que estabas escribiendo un libro para niños?

—No. Nunca se me ocurrió.

—¿Ves? No te haces justicia a ti misma, defiéndete, muestra lo mejor de ti.

—Lo que realmente me ayudaría, Sam, sería que pasearas a la perra. La pobre no ha salido hoy.

—Por supuesto —dijo Krieggstein—. Debería haberseme ocurrido.

La nieve crujía bajo su paso cuando llevó a la gran Sukie por el porche de madera. Las nuevas farolas de la calle eran graciosas, hermosas, todo el mundo estaba de acuerdo, doradas y puras. En verano, sin embargo, su luz confundía a los pájaros, que pensaban que el sol había salido y se agotaban silbando. En invierno las luces parecían haber descendido del espacio exterior. Arropado en su abrigo, Krieggstein siguió a la robusta y lenta perra. Víctor lo llamaba «fantast». ¿Qué otra persona utilizaría una palabra así? «Un fantast que carece de imaginación», decía. Pero el teniente era un acompañante seguro. Llevó a Trina a ver a Yul Brinner al McCormick.

En realidad, las tres pistolas la hacían sentirse segura. Se sentía protegida. Él era su amigo leal.

Se encontró repitiéndole esto a Dorothea más tarde, después de que se hubiera marchado. A menudo, ella y su hermana hablaban a medianoche por teléfono.

Después de que muriera su esposo, Dorothea vendió la gran casa de Highland Park y se mudó a la ciudad antigua, que estaba más de moda, llevándose con ella la cama nupcial china que ella y Winslow habían comprado en Gump's en San Francisco. El dormitorio era pequeño. Solo había una habitación que daba a la calle de atrás. Pero ella no podía separarse de su cama china, y ahora yacía con el teléfono dentro del marco grabado. Para Katrina todos aquellos grabados eran como la corona de espinas. No era extraño que Dotey se quejara de migraña e insomnio. ¿Y era ella la que iba a arreglar a Katrina?

—Estás encerrada en esta aventura sin futuro, aislada, y el único hombre que resulta seguro ver es este tonto policía. Ahora te largas a Buffalo.

—Krieggstein es una persona decente.

—Está fuera del plato en sus tres cuarta partes.

Con el pelo de un caniche, más delgada, y nerviosa, con lo que papá solía llamar unos brazos y piernas «del noreste», y unos grandes ojos negros listos para salirse de la cara, Dorothea era una persona muy susceptible, siempre se estaba quejando.

—Las niñas irán a la escuela como siempre con la niña de la casa del lado. Ysole viene a las diez.

—Tienes que salir corriendo y tomar un avión porque el gran hombre te dice que lo hagas. Argumentas que no tienes elección, pero a mí me parece que te gusta. Me recuerdas a aquella mujer de la escuela dominical: «Su pie no habita en su hogar». Unos estudios de un año en Francia fueron un maravilloso privilegio para ti y para mí después de graduarnos, pero también nos hizo daño, si quieres que te diga la verdad. Papá se estaba liberando de una parte del dinero que robó en la oficina de impuestos, y era más agradable convertirnos en damas parisinas que lavar la pasta de la manera usual. Era una fanfarronada. Nos perdimos en París. Nadie nos prestaba ninguna atención. Hoy día me servirían realmente esos dólares.

¡Ay, Dotey! Orgullosa y quejosa en la misma frase. Su marido había sido propietario de una fábrica de plásticos. Ya se estaba hundiendo cuando murió. De manera que ahora ella tenía que vender productos plásticos. Su hijo preparaba un máster pero no en una escuela de primera línea. Una mujer en su situación necesitaba una buena dirección, y la renta que pagaba en el centro era escandalosa.

—Por este dinero por lo menos podrían exterminar a las ratas. Pero firmé un contrato de dos años, y el casero se ríe de mí.

Obligada a meterse en el mundo de los negocios, cada vez sonaba más como papá. Pero podía dar todo aquello de las ventas. Para Dorothea era la muerte tener que ir a algún sitio, o tener que hacer algo. Salir de la cama por las mañanas era más de lo que ella podía soportar. Mientras filtraba el café maldecía ciegamente, con los ojos hinchados y llenos de rabia mientras silbaba la tetera. Para arrastrar el peine por su cabeza tenía que reunir todas sus fuerzas. Como ella misma decía: «Como la señora de Racine: *Tout me nuit, et conspire a me nuire*». (Metía el habla de Chicago en su educación francesa y su educación francesa en el habla de Chicago.) «Tú eres como Fedra, cariño, enferma de amor.»

Dorothea salió de la casa temblando. Imaginen lo duro que era para ella visitar a compradores de almacenes y agentes de compra institucionales. Incluso se las arregló para entrar en la radio a fin de

promover su producto, agenciándose indicaciones de las emisoras étnicas de UHF y las de la mayoría moral como mujer ejecutiva. A veces parecía que se iba a desmayar debajo de toda esta tarta, se le cerraban los párpados morados. Sin embargo, en el aire siempre era amena y encantadora. Y, cuando la provocaban, era muy dura.

—Que se vaya a casa si está enfermo. ¿Por qué no va su mujer a buscarlo?

—No olvides que casi perdí a Victor el año pasado —dijo Katrina.

—Casi te perdiste.

—Es cierto que a ti te operaron en esa misma semana, y yo no estaba allí, pero lo tuyo no era grave, Dotey.

—No me refería a mí sino a su mujer, esa pobre mujer, y lo que ha sufrido por ti y otras mujeres ... Si tuviera ella que dejar la habitación, esta tonta de Evanston entraría corriendo y se echaría en brazos del enfermo.

No servía de nada decirle a Dotey que no fuera tan grosera y vulgar. Katrina la escuchaba con una cierta pasividad, incluso con satisfacción, era casi placer. Podríamos llamarlo el placer de la perturbación. Dotey prosiguió:

—No está bien que ese hombre utilice su inmenso prestigio con una pobre mujer de los suburbios. Es como cazar un pájaro muerto. Tú me vas a decir que tienes el secreto mágico de cómo excitarlo...

—Yo no creo que eso sea lo que hago, Dotey. Simplemente soy yo. Incluso le gustan mis venas varicosas, que yo trataría de esconder de cualquier otra persona. O la línea desigual de mis encías, que siempre han sido mi mayor vergüenza. Y cuando tengo los ojos hinchados, incluso eso lo atrae.

—Cristo, entonces eso es —dijo Dorothea, de mal genio—. Tú tienes el número de la suerte. Con él se le levanta. Katrina pensó: ¿Por qué tenemos que hablar con tanta intimidad si no va a haber ninguna comprensión? Era triste. Pero, desde un punto de vista más razonable, no se podía culpar a Dorothea de estar irritable, enfadada y envidiosa. Ella tenía un negocio decadente que dirigir. Necesitaba un marido. Y no tenía ninguna esperanza. Odia el hecho de que yo ahora esté completamente fuera de su grupo, se dijo Katrina a sí misma. En estos cuatro años he conocido a gente como John Cage, Bucky Fuller, De Kooning. Vuelvo a casa y le cuento cómo estuve charlando con Jackie Onassis o Franoise de la Renta. Todo lo que ella tiene que contarme es lo duro que resulta empujar las bolsas de plástico y lo desagradables y malos que son esos agentes de compras.

Dorothea había perdido la paciencia. Cuando creía que la aventura con Victor era una cosa momentánea, había sido más tolerante y había estado dispuesta a escuchar. Katrina la había convencido incluso para que leyera algunos de los artículos de Victor. Había empezado con uno fácil, «Desde Apollinaire hasta e. e. cummings», pero después siguieron con textos más difíciles, como «Paul Valéry y la mente completa», «El marxismo en el pensamiento francés moderno». No trataban del propio Marx, pero había en ellos tanto francés como para hacer el *Monsieur Teste* de Valéry, y quedaron para almorzar en el centro comercial del Viejo Huerto para así poder hablar de ese extraño libro. Pero primero estuvieron mirando ropas, porque con tantos metros cuadrados de mercancía de lujo a su alrededor les habría resultado imposible concentrarse en *Teste*. Katrina siempre había tratado de ampliar sus horizontes. Durante muchos años había tomado lecciones de vuelo. Tenía una licencia de piloto para aviones de un solo motor. Tras una pausa de veinte años, había tratado de reanudar las lecciones de piano. Había estudiado guitarra, mantenía su francés al día en el centro de la calle Ontario. Una vez, durante los peores tiempos, se había aficionado a los coches deportivos

extranjeros, conduciendo y dando vueltas y vueltas por los suburbios del norte sin ir a ninguna parte. Había aprendido mucho latín, que no le servía para nada en especial. En un momento consideró la posibilidad de estudiar Derecho, y aprobó el test de aptitud con altas notas. Estaba tratando de conseguir una especie de perfección. Y entonces, en uno de los reservados del Old Orchard, Katrina y Dorothea habían fumado cigarrillos y examinado a Valéry: ¿cuál era el significado de la mente completa, «el hombre como conciencia plena»? ¿Por qué complacía a Madame Teste el ser estudiada por su marido, tan contenta por ser estudiada como por ser amada? ¿Por qué hablaba de él como «el Ángel de la conciencia pura»? Comprender a Valéry ya era bastante difícil. Wulpy sobre Valéry era completamente inaccesible para Dorothea, y le pidió a Trina que le explicara.

—Aquí está comparando a Monsieur Teste con Karl Marx, ¿qué quiere decir con eso?

—Bueno —dijo Katrina, intentando desenredarla—, volvamos a esta afirmación. Dice: «Las mentes que vienen del vacío a este extraño carnaval y traen la lucidez del exterior...».

Entonces Dotey gritó: «¿Qué vacío?». Llevaba el peinado de caniche para protegerse de transmitir las limitaciones de su cabeza. Pero incluso esto podía haber sido una pose, porque en realidad era muy inteligente a su manera. Lo único que sucedía era que su pecho estaba lleno de una mezcla hirviente de sentimientos por su hermana, vejación y resentimiento. Soportaba a Katrina un rato y después decía:

—¿Qué es lo que hay entre tú y la intelligentsia? ¿Por qué íbamos al bar de Pont Royal y ninguno de aquellos filósofos trató de ligar con nosotras? ¿O es que estás compitiendo intelectualmente con la mujer de ese hombre?

No, Beila Wulpy no tenía esas pretensiones. El papel de la mujer de aquel gran hombre era el que desempeñaba. Lo hacía con dignidad. Era oscura y gruesa, hermosa a su manera, recordaba un poco a Catalina de Aragón: una majestad de la que han abusado. Aunque ella misma no era una intelectual, sabía muy bien lo que significaba serlo: lo auténtico. Era una mujer lista.

Katrina trató de responder.

—El extraño carnaval es la historia de la civilización tal y como golpea a una mente indiferente...

—Nosotras no jugamos en esta liga —dijo por fin Dotey—. No es para gente como nosotras, Trina. Y tu cerebro no es el órgano que le interesa.

—Y yo creo que también estoy a la altura de esto, a mi manera —dijo Katrina, obstinada. Trataba de mantener la conversación controlada. Lo de «la gente como nosotras» la hería, y sintió que se le estaban nublando los ojos. Se enfrentó a la amenaza de las lágrimas, o de los sollozos, hundiéndose en lo que ella había llamado siempre su «estado de la carne»: las mejillas se le hinchaban y se sentía físicamente incompetente, ordinaria. Dotey hablaba con una dureza que había heredado de su padre, el del City Hall: «Solo soy una tonta que tiene que empujar cosas de plástico para estúpidos que me proponen cosas». Katrina entendía muy bien que cuando decía «soy una tonta», le estaba diciendo a ella «y eso es lo que tú eres también». Entonces Dotey dijo:

—No me cuentes la historia del «extraño carnaval». —Y añadió—: ¿Y qué pasa con el elefante?

Esto era un golpe bajo. Durante algún tiempo, Katrina había estado intentando escribir una historia para niños sobre un elefante. Esperaba conseguir algún dinero con ella, y establecer así su independencia. Había sido un error mencionárselo a Dotey. Lo había hecho porque era una historia que a menudo se contaba en la familia. «¿Recuerdas aquella vieja historia del elefante que nos contaba papá? La voy a utilizar.» Pero, por un motivo u otro, aún no había despejado los detalles. Dotey estaba siendo mala al atacarla por el lado del elefante. La conversación sobre Valéry en el Old

Orchard había acabado en esto.

Pero por supuesto tenía que decirle a Dotey que se iba a Buffalo, y Dotey, sentada con el teléfono en la mano en su tallada cama china, le dijo:

—De manera que, si pasa algo, lo que quieres es que te cubra las espaldas delante de Alfred.

—No espero que la cosa llegue a tanto. Pero, solo para estar segura, dame un número al que pueda llamarte durante la tarde.

—Tengo que estar por toda la ciudad. Los competidores están tratando de robar a mi químico. Sin él tendré que cerrar. Estoy cerca del punto de ruptura, y me vendría bien no tener más cargas. Escúchame bien, Trina, ¿de verdad te importa tanto? Imagina que el tribunal le da las niñas a Alfred.

—Eso no lo aceptaré.

—Puede que no te importe tanto después de todo. El interés de mamá por ti y por mí fue mínimo. Le interesaban más los pliegues de su falda. Hasta hoy, ahora que está en Bay Harbor Island, sigue siendo así. Me vas a decir que tú no eres como mamá, pero algunas cosas se pegan.

—¿Qué tiene esto que ver con mamá?

—Solo te digo lo que hace la gente en realidad. No se llegará a ninguna parte con esas niñas. La casa es una carga. Alf red se llevó todas las cosas bonitas. Se lleva demasiado dinero de manutención. ¿Y si Alf red consiguiera la custodia? Te mudarías al este con todos los pintores y conservadores de museo. No tendrías más que artes y letras. El grupo de Victor...

—No hay ningún grupo.

—Tiene a muchedumbres detrás. Podrías insistir en que estuvierais juntos de manera más abierta, porque Victor te debería algo si perdieras a las niñas. Mientras él siguiera vivo...

—En medio de estas conversaciones, Dotey, se me ocurre cuántas veces he oído a otras mujeres decir: «Ojalá tuviera una hermana».

Dorothea se echó a reír.

—¡Las mujeres que tienen hermanas no lo dicen! Bueno, para ser una buena hermana, yo vengo y enciendo todas las luces. Estuviste posponiendo lo de tener niños hasta que casi fuiste demasiado vieja. Alfred estaba disgustado por ello. Él es de los que actúan rápidamente. Los joyeros tienen que ser así. Él es alguien en su círculo. Le echa una mirada a un diamante y te da un precio. ¿No querías niños de él? ¿Tratabas de mantener abiertas tus opciones? ¿Estabas esperando una oportunidad mejor? Naturalmente, Alfred tratará de engañarte.

Eso está bien, comentó Katrina en silencio, trata de asustarme. Nunca voy a lamentar lo que he hecho. Y en voz alta le dijo:

—Será mejor que ponga el despertador.

—Te daré un par de números donde podrás encontrarme al final de la tarde —dijo Dorothea.

A las cinco y media sonó el despertador. A Katrina nunca le habían gustado esas oscuras horas del invierno. Se sentía desanimada mientras abrió la puerta del armario y se empezó a vestir. Con el traje verde eligió un jersey negro de lana y unas medias a juego. Se tendió torpemente en el diván, con las piernas en el aire, para colocarse las medias. Las botas eran de piel de avestruz y las había comprado en la tienda especializada en vaqueros urbanos de la calle South de la que eran clientes los negros y negras de moda. El cuero marcado, suave y hermoso, estaba hecho para unas piernas más delgadas que las suyas. ¿Qué importaba eso? Esas piernas —y ella misma— le daban a Victor la mayor

satisfacción posible.

Había dejado quince minutos para la perra. En invierno Ysole no quería sacarla. A su edad, una caída en el hielo era todo lo que necesitaba. («¿Me cuidará usted si me rompo la cadera?», le preguntaba la vieja.) Pero a Katrina le gustaba sacar a Sukie. Era en parte lo que le había dicho Dorothea: «Sus pies no pertenecen a su casa». Pero la casa, a la que Alfred había despojado de las mejores alfombras y sillas, los elefantes de porcelana de la India y los dorados leones chinos, sin embargo, sí que le parecía vacía a Katrina. Y no es que nunca le hubiera gustado en realidad ser ama de casa. Ella necesitaba acción, y había un poco de acción incluso en sacar a la perra. Se podía hablar con otros propietarios de otros perros. Era sorprendente las cosas que a veces decían: las absurdas propuestas que se hacían. Como ya no necesitaba tomarlas en serio, simplemente podía disfrutarlas. En cuanto a Sukie, le había llegado la hora. El veterinario no dejaba de insistir en que un perro enfermo y ciego debía ser sacrificado. Quizá Krieggstein le haría el favor de llevar al animal a la Reserva Forestal para matarlo. ¿Les daría pena a las niñas? Puede que sí y puede que no. No se podía sacar mucho de aquellas niñas silenciosas. Estudiaban a su madre sin hacer comentarios. Krieggstein decía que eran unas niñas estupendas, pero Katrina dudaba que fueran el tipo de niñas con las que podría encariñarse un amigo de la familia. Uno que perteneciera a la Edad de Oro de la Simpleza quizá. Una de las sugerencias más extrañas de Krieggstein había sido que matriculara a las niñas en un curso de artes marciales; Katrina debería animarlas a ser más agresivas. También trató de persuadirla de que le dejara llevarlas a las prácticas de tiro de la policía. Ella le dijo que a ellas les asustaría enormemente el ruido. Él insistió por el contrario en que les haría mucho bien. Dorothea se refería a sus sobrinas diciendo que eran «esas niñas misteriosas».

Uno no podía meter prisa a la perra. Tenía el pelo negro, la espalda torcida, era tranquila, y olfateaba cada huella de perro que había en la nieve. Daba la vuelta y cambiaba de opinión. ¿Dónde lo hago? Si lo hacía en el lugar incorrecto, eso desharía el equilibrio de las cosas. Todos tienen su parte que desempeñar en la gran sinfonía de los instintos (Victor *dixit*). Incluso en un día tan frío como aquel, con el hielo cortante bajo sus pies, la perra se tomó su tiempo. Un tímido sol se alzó en el cielo. Durante unos escasos minutos las circulares partículas de nieve brillaron, y entonces descendió sobre ellas un muro de nubes. Iba a ser un día gris.

Katrina despertó a las niñas y les dijo que se vistieran y bajaran a tomar el desayuno. Mamá tenía que ir a una reunión. La vecina de al lado, Kitty, vendría a las ocho para llevarlas a la escuela. Las niñas apenas parecían escucharla. ¿En qué se parecen a mí? A veces se lo preguntaba. Sus bocas tenían el mismo encanto medio abierto (o medio cerrado). A Victor no le gustaba hablar de niños. Evitaba especialmente hablar de las niñas de ella. Pero sí que hacía observaciones teóricas sobre la nueva generación. Decía que se les había dado una licencia para acosar a sus mayores con culpa. Se consideraba a los niños como dignos de lástima porque sus padres no eran nadie. Tan pronto como podían, se distanciaban de sus mayores, a los que consideraban niños fracasados. Uno podría haber pensado que esas opiniones deprimirían a Victor, pero no, estaba contento y de buen humor. Y tampoco era algo esporádico; tenía un temperamento muy equilibrado.

Cuando Katrina, lista para marcharse, entró en la cocina enfundada en su chaqueta de forro polar, las niñas seguían sentadas delante de los cereales. La leche se había vuelto marrón mientras se entretenían.

—Voy a dejar una lista en el tablón, decídselo a Ysale.

A vosotras os veré después de la escuela.

No hubo respuesta. Katrina salió de la casa medio sin querer admitir lo bien que le sentaba salir de allí, lo contenta que estaría de llegar a O'Hare, lo maravilloso que sería volar en avión incluso a pesar de que Victor, que la esperaba en Buffalo, pudiera estar enfermo.

Los motores del avión aspiraron y expulsaron el aire helado; el enorme avión se elevó; el gris suelo se fue alejando y se alzaron por encima de los hangares, las factorías, los lagos, las casas, los campos de fútbol, las incisiones cosidas de las vías de ferrocarril que se cruzaban por la nieve. Y después, la comunidad de rascacielos del sur. Más abajo, en un edificio que no puedes ver desde aquí, tus niñas van a la escuela y a lo mejor están oyendo los motores, sin saber que su mamá está volando por encima de ellas. Ahora el agua gris del gran lago aparece por debajo con todos sus acentos, molinos de viento, colas. Adiós. El estar por encima de las nubes siempre tranquilizaba a Katrina. Y entonces..., ¡bing!..., la luminosa luz del sol que llegaba a través del espacio infinito (una negrura refrigerada, como se solía decir) llenó la cabina de luz y calor. Una vez, en un libro de Kandinsky que había cogido en la habitación de Victor, había leído que el pintor, en una parte remota de Rusia en la que los interiores de las casas estaban decorados con iconos, había llegado a la conclusión de que también los cuadros debían ser interiores, y que el artista debía inducir al espectador a que entrara. ¿Quién no lo preferiría? Eso era. Bebiendo café por encima del estado de Michigan, Katrina disfrutó de su hora de calma y lujo. El avión estaba casi vacío.

Incluso pudo pensar un poco en su proyecto de los elefantes. ¿Lo terminaría o no?

En la historia de Katrina, el elefante, que era en realidad una elefanta, había sido cedida como inteligente idea de promoción para impulsar las ventas de juguetes para niños en la quinta planta de unos almacenes. El cuidador del animal había tenido problemas para meterlo en el ascensor de carga. Después de tantear el suelo con un pie y encontrarlo móvil, ella había frenado, pero Nirad, el cuidador indio, la había convencido por fin de que entrara. Una vez en la tienda lo había pasado muy bien. Las ventas fueron fabulosas. El nombre de la elefanta era Margey, pero los periódicos, que no paraban de hablar de ella, la llamaban Largey. La dirección del local estaba entusiasmada. Pero cuando terminó el mes y llevaron de nuevo a Margey-Largey al ascensor de carga y ella tanteó el suelo con su pata, nada pudo convencerla para que entrara. Ahora se habían quedado con una elefanta en la última planta de unos almacenes de la avenida Wabash, y a nadie se le ocurría una manera de sacarla de allí. Hubo conferencias y asambleas de la dirección. Se llamó a expertos. Legiones de gente imaginativa inundaron las líneas telefónicas con sugerencias. ¿Abrir el tejado y sacar al animal con una grúa? ¿Drogarla y, una vez inconsciente, meterla en el ascensor de carga? Pero ¿cómo la iban a mover cuando estuviera dormida? La sociedad protectora de animales no estaba de acuerdo. El circo al que habían alquilado a Margey-Largey tenía que abandonar la ciudad y exigió a los almacenes que respetaran su contrato. Nirad el cuidador estaba frenético. La gran criatura estaba triste y sufría de insomnio. ¿No había ninguna solución? Katrina no tenía suficiente imaginación como para sacar una. Simplemente no le llegaba la inspiración. Krieggstein se preguntaba si las Fuerzas Armadas no tendrían un helicóptero de gran tamaño. O si el almacén no tenía una galería central o un pozo como Marshall Field's. Después de dos o tres intentos, Katrina había dejado de tratar de hablar de esto con Victor. Uno no podía molestarlo con tonterías. La diferencia entre Victor y Krieggstein se podía medir.

Si hubiera estado muy enfermo, Victor habría cancelado la conferencia, de manera que debió de mandarla a buscar porque deseaba verla (el máximo de lo deseable), o simplemente porque necesitaba compañía. Estas razonables conclusiones la ponían cómoda, y durante por lo menos una

hora voló por el brillante cielo como si estuviera dentro de un cuadro. Entonces, justo al este de Cleveland, la luz empezó a marcharse, lo que significaba que el avión estaba descendiendo. Volvió la oscuridad. Por debajo de ella estaba el lago Erie, un retrete abierto, como había oído ella que lo llamaba un defensor del medio ambiente. Y ahora el avión llegaba a la gris Buffalo, y ella estaba cada vez más nerviosa. ¿Para qué la había llamado? Porque estaba viejo y enfermo, a pesar de la inmortalidad en la que parecía estar envuelto, y era culpa de Katrina que estuviera en la carretera. Lo había hecho por ella. No solía viajar con asistentes (como Henry Moore u otros dignatarios de su calaña) porque tener una aventura sexual imponía el secreto; porque Alf red la estaba persiguiendo, él, que siempre había estado por encima de ella y que estaba rabioso por este cambio de las circunstancias. Y si Alf red ganaba el caso, Victor tendría a Katrina en sus manos. Pero ¿la aceptaría él? Ella creía que nunca llegaría tan lejos.

Después de aterrizar en Buffalo, se detuvo en un baño y cuando se miró en el espejo no estaba nada satisfecha con el grosor de su rostro y sus nerviosos ojos. Se puso lápiz de labios (la rabia de Alfred asomaba y ardía en el horizonte si ella se ponía lápiz de labios). Hizo lo que pudo con el peine y salió a buscar indicaciones para el salón de reposo de los pasajeros de primera clase.

Victor nunca viajaba en primera clase... ¿Para qué desperdiciar el dinero? Solo hacía uso de los servicios. Los ejecutivos que viajaban en primera no eran de su tipo. Él siempre había vivido como un artista, y por tanto su sitio estaba al final de la cabina. Debido a la rodilla hinchada, sí que pedía que lo sentaran primero, junto a los niños pequeños y a los paraplégicos. No alardeaba de su enfermedad, pero necesitaba un sitio al lado del pasillo para su pierna rígida. Lo que sí era cierto es que asumía una especie de inmunidad presidencial con respecto a todos los inconvenientes. Por algún motivo esto irritaba especialmente a Dorothea, que adoptaba un tono de ¡quién demonios se ha creído que es! Cuando ella decía:

—Lo da todo por hecho. Cuando vino a la Northwestern, ¡aquella visita fatal!, pidió prestado un coche que más bien era un cacharro y ni siquiera se gastó cincuenta pavos para una batería, sino que todos los días telefoneaba a algún imbécil para que viniera con los cables y le diera un empujón. Y estamos hablando de un hombre que debe de poseer más de un millón solo en pinturas modernas.

—No lo sé —dijo Katrina (cuando estaba en un momento testarudo bajaba los ojos y cuando parecía que estaba sometiéndose era cuando más resistía)—. Victor cree *realmente* en la igualdad. Pero no creo que en su caso un poco de consideración especial sea inadecuada.

Es cierto que cuando Victor aparecía en una fiesta la gente le abría paso y que le traían un escabel y le ponían una bebida en la mano. Cuando lo elogiaban, él no interrumpía su conversación. Incluso sus amigos más ricos se alegraban de hacer un esfuerzo por él. Enviaban coches. Liberaban apartamentos (en lugares como el Waldorf) que él rara vez utilizaba. Él era un habitante del Village de siempre, y seguía manteniendo una habitación para poder escribir en ella en la calle Sullivan, en medio de vecinos italianos, y mientras trabajaba agarraba un trozo de provolone y unos cuantos pedazos de la panera, bebía un whisky o un café de su recipiente de pirex, se echaba en la cama (las sábanas se cambiaban quizá una vez al año) para refinar sus ideas y las pasaba por su mente como si la mente fuera una sucesión de cámaras de alta energía. Lo que importaba era pensar. Tenía aquellos oscuros ojos pensando y brillando detrás de aquellos párpados de largas pestañas, las grandes y diabólicas cejas, autoritarias pero no poco amables. Los ojos estaban colocados, o *tirados* en sus mejillas, en un ángulo raro. El motivo del ángulo raro se le aparecía en muchas formas. Y en la calle Sullivan no necesitaba ninguna consideración especial. Compraba su propio salami y su propio

queso, y los cigarrillos, en la tienda italiana, se los llevaban a su habitación de la tercera planta (trasera), trabajaba hasta la hora de las copas, perfectamente independiente. En las afueras de la ciudad era posible que aceptara que lo llevaran en limusina. Una vez, en la cámara aislada de un Rolls, Katrina lo había oído hablar durante media hora de paseo hasta el centro con un multimillonario de Berlín. (Escapó de los nazis en los años treinta con las patentes para la goma sintética y había comprado docenas de cuadros de Matisse a un precio barato.) Víctor estaba siendo serio con él, y Katrina había tratado de prestar atención a los temas de los que hablaban entre la calle Setenta y seis y Washington Square: la política de la Alemania moderna desde el Sacro Imperio Romano Germánico hasta el Pacto Molotov-Ribbentrop; de qué había tratado *realmente* el comunismo surrealista; la arquitectura de Kiesler; la influencia de Hans Hoffmann; los límites que imponía la democracia liberal al desarrollo de las artes. Y otros tres o cuatro temas interesantes que ella no recordaba. Diversas opiniones sobre la crisis económica, la Guerra Fría, la metafísica, la física del sexo. El inteligente y afortunado viejo judío de Berlín, que tenía la cabeza como un pan redondo con demasiada masa, toda irregular y espolvoreada de harina, había planteado las preguntas correctas. No era como si Víctor hubiera estado cantando por el paseo que le daban. Él no hacía esas cosas.

Dorothea intentaba, y lo intentaba demasiado, encontrar la peor palabra posible para definir a Víctor. Decía por ejemplo:

—Es un Tartufo.

—A mí me llamaste Madame Bovary —decía Katrina—. ¿Qué tipo de pareja nos haría eso?

Dotey, conseguiste tu título universitario bien. Ahora quédate con tus bolsas de plástico.

Aquellos comentarios, censurados con tacto, parecían hinchar los labios de Katrina. Muchas veces se veía una especie de movimiento silencioso en su boca. Si lo interpretabas, te decía que Víctor era un personaje realmente importante y que ella estaba orgullosa de... bueno, de aquella intimidación especial. Él confiaba en ella. Ella conocía sus verdaderas opiniones. Eran compinches. Ella estaba con él en su ligero y rápido despegue de todo a lo que la gente (casi todos) estaba apegada. En un país en que la opinión pública importaba, él hacía sus propias opiniones. Ella era su única alumna, y pagaba su matrícula con alegría.

Éste al menos era uno de los posibles resúmenes de sus relaciones, el que ella prefería.

Al pasar por los pasillos de paredes de cristal del aeropuerto, a Katrina no le gustó el aspecto del cielo: una especie de cólico en las nubes, y los copos de nieve que venían y se retorcían encima de los campos de hormigón. Sin embargo, el tráfico era normal. Los aviones llegaban y rodaban hasta las pistas de aterrizaje. El cielo tenía un aspecto tenebroso, pero una no quería trasladar sus miembros a las condiciones meteorológicas. En todo caso, el tiempo se quedaba fuera cuando uno entraba en el salón VIP. Los salones de primera clase eran siempre habitaciones interiores, con poca luz, zonas de tranquilidad y reposo. Las bebidas eran gratis y Víctor, con un vaso en la mano, descansaba las piernas en una mesita baja. Tenía el bastón junto a él en medio de los cojines del sofá. La acción del whisky no era suficiente, sin embargo, porque tenía el abrigo de pana amarillo verdoso abotonado y subido hasta el cuello para darse calor. Cuando ella lo besó el aroma de Cabochard subió de su vestido, pañuelo, garganta: ella misma era capaz de olerlo. Entonces se miraron uno a otro a la cara para ver qué sucedía. Ella no habría dicho que él estaba enfermo: no lo parecía, y no tenía en él el sabor enfermo con el que ella se había familiarizado durante la enfermedad. ¡Por lo menos! De manera que no había motivo para el pánico. Sin embargo, estaba incómodo; definitivamente, algo le

pasaba, disgusto o irritación. Ella conocía la fuerza de aquellos humores silenciosos. Había depositado varios bultos al lado del sofá. La bolsa de viaje que ella conocía tan bien; de tejido pesado, manchado, podría haber contenido las herramientas de un fontanero, pero había algo más al lado, justo detrás del sofá.

Bueno, me llamaste y he venido. ¿Me necesitabas o era solo una irritabilidad suprema?

—Justo en el clavo —dijo ella, dando vueltas al reloj en su muñeca.

—Bien.

—Todo lo que tengo que hacer es llegar de vuelta a tiempo.

—No hay motivo para que no puedas. No te habrá causado muchos problemas prepararlo, ¿verdad?

—Solo posponer una cita con el psiquiatra del tribunal y arriesgarme al enfado consiguiente de Alfred.

—Ese comportamiento en los tiempos que vivimos —dijo Victor—. ¿Por qué tiene que interponerse tu marido como si fuera el director, y comportarse como un loco de opereta?

—Bueno, ya sabes. Alfred siempre fue muy seguro, pero su autoestima no podía soportar la rivalidad contigo.

Victor no era del tipo de los que se interesan por los problemas de personalidad. En la medida en que no fueran nada más que personales, no le importaban los problemas de nadie. Eso incluía los propios.

—¿Qué tienes ahí en la bolsa?

—Te lo diré tan pronto como hayamos pedido un whisky para ti.

Beber tan temprano no era usual; significaba que necesitaba un empuje adicional. Cuando levantó el brazo, nadie podía hacer caso omiso de aquella señal, y la camarera vino enseguida. En el antiguo mediterráneo o en Asia se podrían haber encontrado ejemplos del tipo físico de Victor. Era muy alto. También se inclinaba, debido a la pierna. Katrina nunca había averiguado exactamente qué es lo que le pasaba desde el punto de vista médico. Para drenarla, estaba pinchada en dos lugares, exactamente a través de la carne. A veces había un depósito alrededor de los agujeros, y era algo granular, como el azúcar moreno. Aquello necesitaba que uno se acostumbrara, un poco por lo menos. Él hacía bromas sobre su tamaño. Decía que era demasiado grande para las operaciones humanas más sutiles. Hablaba de los mamuts, ellos no lo habían conseguido, y él señalaba cuántos genios eran pequeños.

Pero aquello eran solo palabras. En el fondo le agradaba como era. Nada parecido a un mamut. Seguía siendo uno de los hombres con aspecto más dramático del mundo, y además, como tenía motivos para saber, sus reacciones nerviosas eran muy buenas. Un rostro como el de Victor podría haber se puesto en la portada de un libro sobre el mundo antiguo: los poderosos planos horizontales: frente, mejillas, los grandes e inteligentes ojos, las cejas, agotadas ahora por la edad, y con mechones que podían ser malvadas. Su boca era grande y el cuidado bigote era amplio. Por la manera en que todo el rostro se dilataba cuando hablaba con énfasis, uno reconocía que en el fondo era una especie de tirano del pensamiento. Tenía las mejillas rojas, como un actor maquillado; el agudo color no lo había abandonado incluso en los momentos críticos. Parecía un error que se estuviera muriendo. Además, era tan grande que uno se preguntaba qué es lo que hacía en una cama para pacientes ordinarios, pero cuando abría los ojos, aquellos anchos canales visuales, el mensaje era: «¡Me estoy muriendo!». Y sin embargo, solo un par de meses más tarde volvía a estar circulando, comiendo y bebiendo, escribiendo críticas: plenamente en control. Una persona formidable, Victor Wulpy. Era

formidable incluso la forma en que cojeaba, no como si arrastrara la pierna sino más bien como si golpeará las cosas a su paso. Todo el respeto de Victor se reservaba para las personas que vivían de acuerdo a sus ideas. Porque, lo supiera uno o no, uno siempre tenía una idea, elevada o baja, inteligente o estúpida. Solía llegar como si fuera el rey de algo, quizá de los judíos. Al final, uno se daba cuenta del contraste tan grande que había en Victor; no estaba tanto por encima como por debajo. Para decirlo de forma simple, tenía los zapatos viejos y llevaba los pantalones caídos, pero cuando se había calentado con la segunda copa y se quitaba la chaqueta de pana, descubriendo una de sus típicas camisas, se parecía a uno de los lienzos de Paul Klee, aquellos que estaban llenos de diminutas formas rectilíneas: verdes, color rubí, amarillas, violeta, gastadas pero aún hermosas. Su enorme tronco era una cálida obra de arte. Después de todo, era un cacique y entendido en el mundo del arte, un hombre poderoso; incluso sus rarezas (naturalmente) tenían poder. Era real, artístico, democrático, y siempre había estado ahí. Sin embargo, se estaba gastando. Pero incluso ahora lo perseguían las mujeres.

Con la voz fortalecida por la bebida, empezó a hablar.

Dijo:

—Vanessa dice que sus profesores la calentaron para que me trajera a dar una conferencia, pero fue sobre todo idea de ella. Y encima después ella no asistió. Tenía que tocar música de cámara.

—¿Conociste a su novio cubano?

—Ahora voy a llegar a eso. Es mucho mejor que los otros.

—¿De manera que no hay más religión?

—Después de todo el lío para convertirse en rabin, y los problemas para que entrara en el Hebrew Union College, se marchó. Parece que su idea era mandar en los judíos, adultos, en sus templos y gritarles desde el púlpito. Muchos de ellos están tan hechos polvo que no solo lo aceptarían sino que no dejarían de hablar de ello. Hoy día uno se aprovecha de la gente y encima ellos van y ponen anuncios en el periódico para decir lo progresista que es que a uno le peguen en la cara.

—Ahora se ha enamorado de este estudiante cubano. ¿Siguen siendo católicos con Castro? Te embarca en una conferencia y da un concierto en la misma noche.

—Y no solo eso —dijo Víctor—. Me ha hecho llevar el violín a Chicago para que se lo repare. Es un instrumento valioso y tengo que llevarlo a Beins and Fushi en el Fine Arts Building. No puede dejar que lo reparen en Buffalo. Es un Guarnerius.

—¿De manera que os visteis para desayunar?

—Sí. Y después me llevó a conocer a la familia del chico. Parece ser que es una especie de joven Arquímedes, un prodigio. Son refugiados, probablemente viven del Estado. Después de todo, es justo que entre todos los criminales que nos han soltado los cubanos haya un genio o dos...

—Por cierto, ¿estás seguro de que es un genio?

—A mí no me puede engañar. Tiene una gruesa beca de cuatro años en fisiología. Sus hermanos son ayudantes de camareros, si vamos a eso. Y ahí es donde se está metiendo Nessa. La madre está frenética.

—Y entonces te dio el violín: ¿un encargo?

—Acepté para evitar algo peor. Pagué un buen precio por el instrumento y ahora ha quintuplicado su valor. Quiero que Bein and Fushi lo valoren, por si acaso a Nessa se le ocurre vender el violín y comprarle este Raúl a su madre. Fugarse. Quién sabe qué... Podemos ir juntos a Bein.

Más encargos para Katrina. Victor había mandado lejos a Vanessa para evitar que se encontrara

con su amiga, su Madame Bovary.

—Podemos poner el violín debajo de un asiento. Supongo que hubo estudiantes de izquierdas en tu charla.

—¿Por qué? Tuve más gente que eso. La aplicación de *El 18 brumario* a la política y la sociedad americana ..., la farsa del segundo imperio. Muy oportuno.

—A mí no me suena muy norteamericano.

—¿Qué, más exótico que la electrónica japonesa, los automóviles alemanes o la cocina francesa? ¿O que los exiliados de Laos asentados en Kansas?

Sí, ella comprendía eso, como también comprendía por qué ese tema le podría parecer natural a Victor Wulpy de Nueva York, originario del East Side, chico de la calle, al que le gustaba la Nortemérica mezclada, inmigrante y extranjera; muy tolerante con el novio cubano; él mismo exótico, con aquella cara, y la gorra griega que probablemente había sido fabricada en Taiwán.

Victor había seguido hablando. Le estaba hablando de una nota que había recibido en el hotel de un tipo que había conocido hacía años: una sorpresa que no le había gustado.

—Adopta el tono de un viejo colega. Maravilloso encontrarse de nuevo después de treinta años. Da la casualidad de que está en la ciudad. Y aquellos tiempos de Greenwich Village... Odio revivir estas relaciones que nunca existieron. Mientras tanto, es verdad que se ha convertido en alguien muy famoso.

—¿Lo conozco yo?

—Larry Wrangel. Hace poco tuvo mucho éxito con una película llamada *El factor Cronos*. Del tipo de *2001* o *La guerra de las galaxias*.

—Por supuesto —dijo Katrina—. Es el Wrangel que apareció en la revista *People*. Un éxito ya mayor, lo llamaron. Hace diez años seguía haciendo películas pornográficas. Interesante. —Habla con cautela, porque ya había metido la pata en San Francisco. Incluso ahora no podía estar segura de que Victor la hubiera perdonado por arrastrarlo a ver *MASH*. En algún lugar de su mente seguía habiendo seguro una marca negra. Mal gusto cercano a la criminalidad, le había dicho una vez él—. Debe de ser muy rico. En *People* decían que poseía por lo menos cuatrocientos millones. ¿Asistió a tu conferencia?

—Me escribió diciendo que tenía un compromiso, así que podía llegar un poco tarde, y que si podíamos tomar una copa después. Me dio un número pero no lo llamé.

—Estabas ¿qué?... ¿Cansado? ¿Contrariado?

—En los viejos tiempos podía soportarlo alrededor de diez minutos cada vez... Era solo un personaje que deseaba que lo tomaran en serio. Del tipo de los que aburren más mientras más interés ponen. Vino del Medio Oeste para estudiar filosofía en la Universidad de Nueva York y se enganchó con los pintores del bar Cedar y con los escritores de la calle Hudson. Lo recuerdo bien: un tipo pequeño, estafalario, astuto, fuera de lo común. Supongo que vivía de lo que escribía para libros de tiras cómicas: Buck Rogers, Batman, Flash Gordon. Llevaba un cuaderno en la chaqueta y anotaba las ideas. Perdí el contacto con él y no me interesa volver a encontrarlo: Trina, me preocuparon algunos descubrimientos que hice sobre mi invitación de la Asociación de Ejecutivos.

—¿Qué pasa con los ejecutivos?

—Descubrí que un tipo llamado Bruce Beidell es el principal asesor del comité de oradores, y resulta que fue él el que preparólo de la invitación, pero procuró que fueran otros los que me lo dijeran a mí. Él sabe que no me gusta. Es una rata, un académico del Departamento de Inglés que se

convirtió en político en Washington. En los primeros años de Nixon levantó grandes expectativas con respecto a Spiro Agnew. Él solía decirme que Agnew siempre estaba estudiando libros valiosos y serios, pidiéndole mejores y mayores clásicos. ¡Leyendo! Para leer la mente de Beidell habría que utilizar un proctoscopio. De pronto me encuentro con que estará allí esta noche, y será uno de los oradores. Y eso no es todo. Es incluso más curioso. El hombre que me presentará es Ludwig Felsher. Supongo que el nombre no significará mucho para ti, pero es uno de los viejos. Antes de 1917 había un grupo de inmigrantes rusos en Estados Unidos, y Lenin utilizó a algunas de estas personas después de la revolución para que hicieran negocios para él: gente del tipo de Armand Hammer, que hicieron ingeniosas combinaciones con grandes sumas de dinero y la política mundial comunista y se hicieron enormemente ricos. Felsher trajo aquí obras maestras del Hermitage para conseguir divisas para los bolcheviques. Duveen y Berenson ofrecieron un bajo precio por esos tesoros.

A Victor lo había ofendido personalmente Berenson y lo detestaba incluso póstumamente.

—De manera que tendrás mala compañía. Es verdad que nunca te gusta compartir el estrado.

Él utilizó ambas manos para poner la pierna en una posición más comfortable. Después de este esfuerzo era siempre muy seco.

—He estado en medio de imbéciles antes. Puedo soportarlo. Pero es desagradable aparecer con estos estúpidos. Por unos miles de pavos: despreciable. Conozco a este Felsher. Desde la GPU hasta la KGB, y su situación con los capitalistas norteamericanos es impecable. Es viejo, gordo, calvo, con la cara roja y parece un servidor que se va a caer. No importa quién seas, si tienes suficiente pasta recibirás abrazos de oso del director ejecutivo. Has hecho contribuciones a la campaña, llevas mensajes extraoficiales a Moscú, y te abrazan en el despacho oval.

Inquieto. Caído en medio de ladrones. Por eso era por lo que la había mandado llamar, no porque de pronto sospechara que se había producido una metástasis.

—Odiaré ver a Beidell. Tiene el noventa por ciento de la cabeza lleno de alcohol. El resto es todo malicia e intriga. ¿Por qué son tan tontos estos tipos de las empresas?

Katrina lo animó a decir más. Cruzó sus piernas enfundadas en las botas y le ofreció un rostro atento. Tenía la barbilla apoyada en los brazos cruzados.

—Con estos auspicios, no me importa decirte que estoy a la que salta —dijo él.

—Pero, Victor, podrías volver la situación contra todos ellos. Podrías darles lo suyo.

Naturalmente que podía. Si quería. Le costaría mucho sin embargo. Pero no era uno de esos neuróticos sin escrúpulos e intelectuales maquilladores de hoy día. De esos se apartaba cortésmente. Katrina lo veía principalmente bajo dos aspectos. En uno de ellos, Victor le recordaba cómicamente al tipo enorme y malo de una película muda de Chaplin, el matón que doblaba farolas de gas en la calle para encender el puro y tenía grandes cejas llenas de pintura. Al mismo tiempo, era una persona de la mayor delicadeza y con más contrastes de lo que nunca podría ella distinguir. Cada vez más a menudo desde que se puso enfermo había estado diciendo que necesitaba guardar sus fuerzas para lo que importaba. ¿Importaban aquellos ejecutivos? No importaban en absoluto. Según decía, el Chase Manhattan, el Banco Mundial y las conexiones del Consejo Nacional de Seguridad no importaban un pimiento. Él no les había buscado. Y no era como si ellos no supieran lo que pensaba. Más de una vez había escrito, sobre el tema que se anunciaba para esta noche, que en la cima de cualquier jerarquía, al este o al oeste, no podía encontrar la verdadera personalidad. Entre ellos las superpotencias tenían la capacidad de matar a todos, pero no había pruebas de facultades humanas superiores que se pudieran encontrar en aquellos líderes. Ambos lados del poder estaban en manos de comediantes y

seudopersonas. El descuido, humillación y rechazo del arte era una causa primaria de esta degeneración. Si Victor estaba lo suficientemente animado, los ejecutivos dirían cosas atrevidas y poco usuales sobre el valor de la vida cuando estaba atada con la valoración activa del arte. Pero estaba enfermo, contrariado; su mente no estaba despejada. Esta era la condición del propio Victor. Estaba pensando que no debía ni siquiera estar allí. ¿Qué estaba haciendo allí en el aeropuerto de Buffalo en medio del invierno? ¿En esta sala? ¿Ir a Chicago? No estaba exactamente en el centro de su propia experiencia en días como este. Había sensaciones que debían hacerse desaparecer por completo. Y tampoco podía hacer eso. Se sentía rehén de unas fuerzas oblicuas y no identificadas.

Le dijo:

—Sin embargo, sí que tengo un recuerdo agradable de este Wrangel. Tocaba el violín al revés. Como era zurdo, tuvo que hacer que le recolocaran las cuerdas y que movieran los puestos de sonido. En aquel entonces era importante tener una pequeña especialidad. Se tomó muchas molestias, considerando la pequeña escala de su ingenuidad. Se convirtió en un gran ilusionista.

La azafata le había llevado a Katrina una pequeña botella de Dewar's. Al servírsela, sujetó el vaso contra la luz para observar la poderosa fuerza de aquella bebida, como una espiral, más fina que el humo. Entonces dijo:

—Puede que sirva de algo mirar las notas que te pasé a máquina.

—Sí, hagámoslo.

Ella usaba gafas para leer; Víctor no las necesitaba. En algunos aspectos, no había envejecido en absoluto. Para ser un hombre grande tenía gracia, y para ser viejo tenía juventud. Era posible que Krieggstein tuviera razón y que la excitación del pensamiento evitase la decadencia: el policía debía de haber oído esto en alguna parte o haberlo sacado de la sección «femenina» del *Tribune*. Él solo no era capaz de hacer esas observaciones.

La decoración de aquella sala se parecía a la de la cabina de un avión, y Víctor tuvo que agarrarse al periódico para coger la inclinada barra de la luz del techo.

—Una cosa rápida —dijo—. No espero mucho. «¿Por qué le ha dado a la gente por decir que la verdad es más extraña, o he dicho “más fuerte”, que la ficción? Porque la democracia liberal permite formas debilitadas de timidez: ¿quién dijo que hablar por uno mismo nunca cambiaría el mundo público, con toda su dureza e imperfecciones, por el ahogo de un mundo privado? Son mitos estúpidos, historias pobres. La falta de una idea. La compra colectiva de ideas por parte de grupos profesionales (abogados, médicos, ingenieros). Hacen un simulacro de “normas”, y este simulacro se convierte en la moralidad de su profesión. Desaparece todo sentido de engaño individual. Para ellos, el primer paso hacia la “estabilidad” es la cancelación de las ideas individuales. Entonces se puede asumir el liderazgo por parte de personajes ficticios.»

—¿Dirías tú que nuestros líderes son personajes ficticios? —dijo Katrina.

—¿Tú no?

Ahora Víctor no tenía buen aspecto. El rojo de sus mejillas era de irritación y había otros signos peligrosos de mal humor. La miraba a ella en aquella forma que tenía de parecer, una vez más, que estaba examinando sus credenciales. Era humillante. Pero se unió a él en sus dudas y sintió pena por él. A él le convenía más no hablar. Incluso cuando tenía que superar la certeza de que lo entendían. Agachó la cabeza como un toro mientras decidía si corneaba o no, y después siguió hablando. Ella prefería cuando la conversación de él era perversa y traviesa: cuando decía que un hombre no tenía cerebro sino una vejiga de pez en el cráneo. La seriedad era más preocupante y en este momento él

estaba siendo serio. Le dijo a Katrina ahora que no creía que estas notas fueran útiles. Las mismas cosas las había dicho en su conferencia sobre Marx y las había dicho mejor. Marx conectó la conciencia individual con la lucha de clases. Cuando a las clases sociales les impedían actuar políticamente, y la lucha de clases caía en desuso, temporalmente, la conciencia también se confundía: despertar, dormir, soñar, todo mezclado.

¿Seguía considerándose a sí mismo marxista? Katrina quería saberlo. La asustaba su propia temeridad, pero la asustaba aún más ser tonta.

—Te lo pregunto porque hablas de lucha de clases. Pero también porque tú consideras que los países comunistas son un gran fracaso.

Él contestó que, bueno, él había formado su mente con textos marxistas duros en sus primeros años y eso le había influido permanentemente. ¿Por qué no? Después de volver a leer *El 18 brumario*, estaba convencido de que Marx tenía el número actual de Norteamérica. Y aquí Víctor, con la pierna extendida como uno de los cañones del almirante Nelson envuelto en trapos, le dirigió una mirada característica y deslumbradora desde debajo de la primigenia maraña de sus cejas y le dijo que la charla de Buffalo y la de Chicago estarían relacionadas. Cuando los asalariados, la clase media, los profesionales, perdían la pista de sus verdaderos intereses materiales, se salían de la historia, por así decir, y entonces tomaban la primacía los intereses no clasistas, y cuando eso sucedía la propia sociedad se derrumbaba por sus neurosis. Comenzaba una era de fingimiento. Los enormes cambios revolucionarios los ocultaban las trivialidades de los actores. Regían todo los payasos y los actores, o al menos parecían hacerlo. La realidad profunda era todo menos eso.

En su conjunto era un ser tan excepcional que debido a la enorme diferencia (con gente menos importante, según Katrina) él mismo podía parecer un actor. El intervalo de conversación sería lo había hecho parecer a sí mismo: lo había revivido. Ahora Katrina admitió:

—Estaba preocupada por ti, Vic.

—¿Por qué? ¿Porque te pedí que vinieras? Estoy molesto por esos tipos de Chicago y quería contártelo. Me sentía frustrado y agotado.

A mí me puede contar cosas que es demasiado digno para decir de otra manera. Puede comportarse como un niño, concluyó Katrina. Cosa que ni mis propias hijas son para mí. Como madre yo parezco un producto artificial. ¿Será porque no puedo poner nada de sexo en ser una madre? A Víctor le dijo:

—Supongo que el mal tiempo y el agotador viaje pudieron contigo.

Vaya, hablando de mal tiempo. Examinándola a ella, llegó a la conclusión de que «malo» significaba algo diferente para él. Como tampoco se refería a tener la moral baja cuando había dicho «agotado». No tenía la moral baja, sino más alta de lo que quería, muy alta, en peligro de sufrir una desconexión. Estaba más que lúcido, lo que siempre quería estar, pero esta lucidez tenía un precio: las ideas claras se volvían incluso más claras cuanto más se abría el terreno bajo tus pies. La iluminación aumentaba a medida que avanzaba tu progreso fisiológico hacia la muerte. Nunca he esperado vivir para siempre, pero tampoco esperé esto. Y no se podía decir lo que era precisamente esto. Era tanto definido como borroso. Y aquí Katrina le daba apoyo, materialmente. Katrina, una señora de cuerpo entero, sentada en su hinchada parte de abajo. Llevaba un traje de punto verde oscuro. Sus gruesas piernas enfundadas en botas negras. Donde una vez habían crecido las plumas del avestruz, la superficie del cuero tenía burbujas. Para él destacaban mucho en su figura las grandes fuerzas físicas del tronco humano y la enormidad del cuerpo, la separación de los muslos. La compostura con que

ella se sentaba tenía en él el efecto contrario: ¿lo sabía ella o no? ¿Era consciente de que su pulcritud lo calentaba? Él no se lo decía, de manera que ella no tenía ni idea de la atracción que ejercían sus manos, especialmente los nudillos y las puntas de lo que llamaba, solo para él, los dedos de tocarme la polla. Katrina era para él la manifestación de Eros, esta señora preocupada y cómica con respecto a la que sentía unas emociones tan complejas, por la que aguantaba tantas idioteces, y luchaba con tantas invitaciones. Ella podía irritarlo hasta el punto del desengaño, de manera que se preguntaba si valía la pena y por qué no largaba ya a esta estúpida tonta; ¿no podía pasar mejor su vejez, o habían perdido totalmente su influencia las estrellas que lo protegían? Él solía ser capaz de ir a donde le diera la gana. Aquella disponibilidad pagana se estaba apagando. Al principio, ella había sido para él un trocito de amor. Él contó las fases. Al principio solo fue diversión. La siguiente fase fue de risa, como él reconocía en realidad que su época erótica podía ser después de todo victoriana, con sus efectos especiales. Entonces pareció haber una especie de fase tipo Baudelaire,

*... tu connais la caresse
qui fait revivre les morts...*

Pero en realidad él no creía eso. Su sexualidad no era un ejemplo de problema clínico. Se sentía muy lejano de todas aquellas tonterías. Ella tenía de hecho el efecto de revivir a los muertos: los muertos de él. Pero en ello no había brujería ni oscuridad sádica. Él estaba más allá de sentir la desgracia de lo común que era. Ella lo mantenía vivo y él tenía que confesar que no sabría lo que hacer en absoluto si no siguiera vivo. Por tanto iba de aquí para allá. No esta listo para sucumbir. No prestaba más atención a la muerte de la que prestaría a un montón de cachorros que le tiraran de los pantalones.

En cuanto al invierno tan crudo, le dijo a Katrina:

—Tengo problemas para sentir calor. He oído que el pimiento picante ayuda. Para los capilares. Anoche fue terrible. Tuve que meter los pies en agua caliente. Me puse dos pares de calcetines y aún sentía frío.

—Yo puedo ocuparme de eso.

Son maravillosos los poderes que se apropian las mujeres.

—Y Vanessa, ¿cómo fue esta mañana?

—Bueno —dijo él—, lo que quieren realmente estos niños es hacer que obedezcas a los mismos poderes que ellos tienen que servir. En realidad, la generación más vieja coopera con ellos. La madre cubana estaba sorprendida. Se le notaba en la mirada: «¿Qué demonios están haciendo ustedes?».

—Entonces la has conocido.

—Puedes apostar a que sí. Esta mañana estaba sentado en su cocina y el chico era el intérprete. El coeficiente intelectual de ese chico debe de ser más alto de lo que uno ve a primera vista. La mujer dice que no tiene nada contra Vanessa. Vanessa se ha convertido en parte de la familia. Se ha ido vivir con ellos. Pela patatas y lava cachorros. Ella y el chico no van a restaurantes ni al cine porque él no tiene dinero y no la deja pagar a ella. De manera que estudian día y noche y están ambos en la lista del decano. Pero mi hija solo se está metiendo. Ha secuestrado al genio de la familia que se supone que tenía que ser la salvación de sus hermanos y de su mamá.

—Pero ella dice que lo quiere y te mira con esos grandes ojos que heredó de ti.

—Es una tunanta. Descubrí que le estaba dando a su madre consejos sobre sexo. Cómo una esposa

moderna puede satisfacer mejor a su marido. Y uno tiene que encontrar nuevas formas para satisfacer a un viejo. Le contó a Beila todo lo que había que saber sobre una especie de enciclopedia homosexual. Le dijo que no la comprara pero le dio la dirección de una tienda donde podía leer algunos pasajes.

En esto Katrina no veía nada de gracioso. Estaba furiosa.

—¿Se acercó a ti? ¿Cómo?

—¿Quién, Beila? Todo el mundo se tendría que volver loco.

No, no Beila. Solo había que pensarlo para ver lo imposible que sería. Beila se comportaba con el orgullo de la mujer que presidía, la esposa. Sus derechos los mantenía una especie de dignidad nativa norteamericana. Era una persona triste. (Victor la había hecho triste, eso podía comprenderse.) Era como la mujer de un jefe indio, o Catalina de Aragón. Había algo de cada tipo de mujer en los trajes alegre-tristes que diseñaba Beila para ella misma. Era tremendo aquel silencioso aire de respeto por sí misma. Que una persona tan orgullosa experimentase algo sugerido por un manual homosexual estaba fuera de cuestión, totalmente. Sin embargo, Katrina se había sentido herida. Falta de respeto. Mala voluntad. También era falta de respeto por parte de Beila. Beila era una mujer que sufría. En su corazón, era una mujer generosa. Katrina lo había adivinado.

—De manera que esa es la nueva generación —dijo Victor—. Cuando se consideran los hechos, a veces parecen llevarte a la conclusión de que es mejor el aborto. ¡Mi hija pequeña! La más salvaje de las tres. Ahora ha abandonado el plan de ser rabiña y parece más judía que nunca, con esos tirabuzones de pelo junto a las orejas.

Era curioso lo impersonal que podía ser Victor. Categorías como esposa, padre, hijo, nunca podrían afectar a su criterio. Podía hablar de una hija como de cualquier otro tema que se presentara a su consideración concentrada y radiante: con la misma distancia generalizadora. No era que no fuera amable. Tampoco era egoísmo ordinario. Katrina no sabía qué palabra aplicarle.

En todo caso, ahí estaban los dos en aquella sala, y tenerlo todo para ella era uno de sus mayores placeres. A él siempre lo estaban reconociendo por las calles de Nueva York, acorralándolo los lectores, fastidiándolo los pintores (y había millones de personas que se dedicaban a la pintura), pero aquí, en este rincón tranquilo, Katrina no esperaba que los molestaran. Se equivocaba. Apareció un hombre; claramente entró buscando a alguien. Aquel alguien solo podía ser Victor. Ella le dio una señal de aviso —levantó la cabeza— y Victor prudentemente se volvió y dijo en voz baja, un poco taciturna:

—Es él, el personaje que me mandó la nota.

—Oh, oh.

—Es un tipejo decidido... Menudo abrigo de pieles lleva puesto. Debe de estar diseñado por F. A. O. Schwartz. —El decir esto pareció suavizar su malhumor. Sonrió un poco.

—Es una prenda cara —dijo Katrina.

Era una cosa llamativa, hermosa pero llevada de manera descuidada. Tenía círculos de piel, algo parecido a los círculos neumáticos de Michelin, y llegaba casi al suelo. Larry Wrangel era delgado, menudo, y tenía una cabeza calva y desmesuradamente larga. El lado de pelo gris, sin cepillar, tenía un aspecto como si hubiera dormido sobre algo mojado. Sobre la piel le caía una larga y sucia bufanda blanca, de pesado tejido. Bajo la bufanda tenía atado un pañuelo rojo de Woolworth's. El abrigo de piel blanco lo debía de haber llevado para el viaje. Porque no le debía de haber servido de mucho en California del sur. El bronceado rostro era delgado, con la piel estirada: ¿quizá una

operación?, se preguntó Katrina. Tenía el cráneo manchado con pecas californianas. Las oscuras cejas formaban un arco agradable. La boca delgada, tímida y también astuta.

Mientras se estrechaban la mano Victor dijo:

—Anoche no pude llamarlo.

—Realmente no lo esperaba.

Wrangel tiró de una de aquellas sillas modernas suecas y se sentó hacia delante envuelto en sus rollos de piel blanca. No quitarse el abrigo era quizá su manera de resolver la diferencia de tamaño entre ellos: volumen contra altura.

Dijo:

—Imaginé que estaría rodeado y también agotado al final de la noche. Teniendo en cuenta el tiempo, había bastante gente.

Wrangel no era indiferente a las mujeres. Mientras hablaba inspeccionaba a Katrina. Podría haber estado tratando de determinar por qué Victor se había enganchado con esta. A Victor solían perseguirlo clases enteras de chicas estudiantes. Katrina se reconcilió rápidamente con Wrangel: un hombre pequeño y listo que no era altanero con ella ni se comportó como su enemigo. Solo tenía ganas de hablar, desde hacía mucho tiempo, de tener una conversación seria y de primera. Victor, enfermo, herido, pensaba desde luego en cómo librarse de aquel hombre.

Wrangel hablaba rápidamente, pues quería impresionar positivamente y al mismo tiempo evitar perder el tiempo. Su próximo movimiento sería el bar Cedar y el club de los artistas de la calle Octava. Habló de Baziotes y de Arshile Gorky, del ático de Gorky en Union Square. Recordó que Gorky no podía pronunciar bien el nombre de Walt Whitman y que se refería a él como «Vooterman». Mencionó a Parker Tyler, y el libro de Tyler sobre Pavel Tchelitchev, y nombró también a Edith Sitwell, que había estado enamorada de Tchelitchev (ante este último nombre Wulpy sonrió y dijo: «Poemas tintineantes, como cascabeles»). Wrangel se echó a reír, lo que dejó ver mucha tensión en su risa. La timidez y la astucia lo hacían parecer díscolo e incluso burlón. Quería ser expansivo, agradable. Pero no tenía habilidad para eso. Como ella era experta en complacer a Victor, Katrina podría haberle dicho en lo que se estaba equivocando. La actitud de Victor era de enfadada circunspección e impaciencia mal disimulada. Trina pensó que estaba siendo demasiado severo. Este Wrangel merecía al menos una pequeña oportunidad. Lo estaban rechazando con demasiada fuerza porque era famoso.

Más de cerca, la blanca piel que debería haber sido inmaculada estaba manchada de comida y bebida; tampoco había ninguna razón (¡era tan rico!) para que la bufanda blanca estuviera tan sucia. A ella le gustó Wrangel, sin embargo, porque él insistió en incluirla a ella en la conversación. Si mencionaba un nombre como Chiaromonte o Barrett, decía, en un aparte: «Uno de los mayores intelectuales de ese círculo», o: «La persona que introdujo a los norteamericanos en la fenomenología alemana».

Pero Víctor no quería admitir nada de esta nostalgia, y dijo:

—¿Qué es lo que está haciendo usted en Buffalo? Es una estación muy mala para salir de California.

—Tengo un motivo disparatado —dijo Wrangel—. Como usted sabe, los psicólogos muchas veces me envían sugerencias para películas, inspirados por las fantasías de sus pacientes locos. De manera que una vez al año me paseo por algunos manicomios seleccionados. Y aquí en Buffalo he visto a algunos jóvenes locos por la informática, una cosa que ahora está institucionalizada.

—Esa cosa es nueva —dijo Victor—. Yo habría creído que para eso no había que dejar California.

—¿Que los locos más locos están en la tosta? ¿Eso cree?

—Bueno, ahora no, quizá —dijo Victor. Entonces hizo una de sus afirmaciones características—:

Hace falta una vida política seria para mantener la realidad tal y como es. De manera que hay partes del país donde la blandura del cerebro se acelera. Y desde el principio, el sur de California se ha distinguido por el máximo de lo que sea que no va bien en las cabezas norteamericanas. Cultivan tontos igual que cultivan lechugas y naranjas.

—Sí, supongo que así es —dijo Wrangel.

—En cuanto al papel que desempeñan los intelectuales ... Bueno, supongo que a ese respecto no hay mucha diferencia entre California y Massachusetts. Están en esto juntos con todos los demás. Me refiero a los intelectuales. Es imposible resistir. Además, están tan mal educados que ni siquiera distinguen el mal. Hasta Vespasiano cuando recolectaba su impuesto de retretes tuvo que justificarse: *Pecunia non olet*. Pero hemos llegado a un punto en que solo es el dinero lo que no apesta.

—Cierto, los intelectuales están en una forma penosa ...

Katrina observó que los ojos de Wrangel tenían el color del yodo. Tenían un tono de yodo incluso en la parte blanca.

—La principal gente del dinero desprecia a la intelligentsia, me refiero especialmente a los tipos que llevan las sugerencias de la industria del entretenimiento para agravar la catalepsia general. O la histeria.

Wrangel recibió esto con bastante modestia. Parecía que todo eso ya se le había ocurrido a él y que ya estaba pensando en otra cosa.

—Por supuesto, los bancos... —dijo—. Hace falta alrededor de veinte millones de pavos para hacer una de esas grandes películas, y se necesitan unos beneficios cercanos al trescientos por ciento. Pero en lo que respecta al dinero, todavía recuerdo cuando Jackson Pollock conducía a máxima velocidad por entre los árboles de East Hampton mientras cortejaba a una chica en su jeep. Si hubiera vivido no lo habría hecho por cupones de comida o por la beneficencia. Jugaba con las chicas, con el arte, con la muerte, y con los dólares. ¿Qué consiguen ahora esos lienzos llenos de goterones? —Wrangel dijo esto en un tono tan moderado que lo consiguió—. Es cierto que los golem de las inversiones piensan en mí como una mina de oro e invierten en ella. Yo también los detesto a ellos en contrapartida. —A Katrina le dijo—: ¿Escuchó usted la conferencia de Victor anoche? Era la primera vez en cuarenta años que me encontré de hecho tomando notas como un estudiante.

Katrina no podía saber exactamente qué opinión se estaba formando Victor de este Wrangel. Cuando tuviera suficiente se levantaría y se marcharía. Ningún hombre aburrido podría atraparlo nunca. Pero todavía no había ningún signo de que fuera a largarse. Ella se alegraba de eso; encontraba a Wrangel entretenido y era tan discreta como podía serlo mientras le daba vueltas a la pulsera del reloj en su muñeca. Con mucho tacto se levantó la manga para ver la hora. Al cabo de muy poco las niñas estarían tomando la merienda. Pearl la silenciosa y Soolie sin palabras. No había conseguido impresionarlas con la historia de los elefantes. Una respuesta aguda le habría ayudado a terminarla. Pero simplemente no se podía hacer que esas niñas reaccionaran. Es posible que Kriegstein las confundiera cuando se levantó los pantalones y mostró la funda de la pistola atada a su corta y gruesa pierna. Además, a veces llevaba peluca y a veces no. Aquello también podría confundirlas.

Victor había decidido darle a Wrangel una oportunidad. Si al final resultaba una pérdida de

tiempo, se echaría hacia delante, recogería sus piernas, agarraría el bastón desde arriba hacia abajo como un bastón de polo y se marcharía, tan silencioso como Pearl, sin palabras como Soolie. Como le encantaba la conversación, su salida sería un juicio implacable para el hombre.

—Durante la noche me ha dado mucho que pensar —dijo Wrangel—. Sus comentarios sobre la no revolución de Luis Napoleón y su muchedumbre de vagos, y especialmente la aplicación de esa idea al momento presente: lo que usted llamó el presente proletarizado. —Sacó un pequeño cuaderno de notas, que Trina reconoció como producto de Gucci, y leyó en voz alta una de sus notas—: «Proletarización: personas privadas de todo lo que antes definía a la humanidad como humana».

No importaba lo que pensara aquel tipo para la noche, Victor estaba tratando de ajustarse al día, cambiando de marco, buscando una posición que no disparara dolores por su muslo. Desde la operación, su estómago estaba especialmente tierno, distendido y abultado, y los pequeños pelos lo pinchaban como dardos ardientes. Como si estuvieran creciendo hacia dentro. Las terminaciones nerviosas de alrededor de la herida eran como la punta de un hilo de cobre con los filamentos deshechos. Por su parte, Wrangel parecía estar en forma: mayor pero juvenil, frágil pero duradero, probablemente vegetariano. Mientras intentaba fijar la posición de Wrangel, en algún lugar entre los clásicos del pensamiento (Hegel) y las tiras cómicas, se presentaron ante Victor las figuras del Happy Hooligan y del Capitán de *Los chicos Katzenjammer* con los habituales colores separados, tiras de bermellón chino y bloques de verde bosque. Con aspecto majestuoso pero sintiéndose muy nervioso, Victor permaneció sentado y escuchó. Los ojos de Wrangel estaban inflamados; debía de haber pasado realmente una mala noche. Tenía en el rostro una expresión irónica, nostálgica, ambientada, y su estandarte de seda hacía pensar en el pañuelo que había roto el cuello de Isadora. Ahora estaba empezando su principal extremo. Había leído *El 18 brumario*, y podía probarlo. ¿Por qué se había hecho la Revolución francesa al estilo romano? Todos los revolucionarios habían leído a Plutarco. Marx señaló que se había inspirado en la «poesía antigua».

—Las antiguas tradiciones que yacían como una pesadilla en el cerebro de los vivos.

—Veo que ha estudiado a Marx.

—Es maravilloso. —Wrangel se negaba a sentirse ofendido. Toda la simpatía de Katrina estaba con él. Se estaba portando bien. Dijo—: Ahora veamos si puedo combinarlo con sus conjeturas. Sigue siendo una lucha con la carga de la historia. *Le mort saisit le vif* Y usted sugiere que la *avant-garde* moderna esperaba liberarse de esta barra mortal de la tradición. Que el arte se convirtiera en una actividad en que la vida proporciona a los artistas material en bruto y el artista utiliza su imaginación para producir un mundo propio sin deber nada al viejo humanismo.

—Sí, muy bien. ¿Y qué? —dijo Victor.

La impresión de Katrina era que Wrangel estaba complacido consigo mismo. Pensaba que estaban haciendo un examen oral.

—Entonces dijo usted que la parodia de una revolución en 1851, la historia como farsa, podría interpretarse como preludeo a la política actual de engaño: el gobierno de comediantes que utilizan técnicas de entretenimiento de masas. Personalidades amañadas, pseudoacontecimientos.

Ahora Katrina estaba preocupada por él, por lo que se movió hasta el filo del asiento. Pensó que podría ser necesario levantarse pronto, marcharse, cortar.

—De manera que viaja usted por el país y habla con psiquiatras —dijo.

Su intervención no fue acogida con agrado, aunque Wrangel fue educado:

—Sí.

—Un acercamiento sensato al entretenimiento popular —dijo Victor—. Hacer que participen los psicópatas.

—Trato de dejarlos fuera, en cualquier nivel —dijo Wrangel, solo ligeramente tenso. Añadió—: En Detroit voy a visitar a una persona llamada Fox. Ha publicado un documento de un cierto D'Amiens, que a veces también se llama Boryshinski. Se supone que los dos han desaparecido sin dejar huella. Había hecho el peligroso descubrimiento de que el planeta está controlado por poderes de otros mundos. Todo esto según el libro del señor Fox. Estos poderes de otros mundos han programado la transformación y control de la especie humana mediante algo que se llama CORP-ORG-MIENTO. Trabajan a través de un banco de datos central y ya controlan las mayores empresas, círculos bancarios y élites políticas. Algunos de sus dirigentes son David Rockefeller, Whitney Stone de Stone and Webster, Robert Anderson de Arco. Y el plan general es destruir nuestro sistema de supervivencia y después evacuar el planeta. Trasladarán la raza humana a un lugar más adecuado.

—¿Y qué pasará con la Tierra? —dijo Katrina.

—Se convierte en el infierno, el infierno para los inadaptados a los que la CORP planea dejar atrás. Cuando comience el largo reino de la Cuantificación, según Boryshinski, la humanidad aceptará una mentalidad puramente artificial, y la mente divina será desplazada por la mente tecnócrata.

—¿Y esto le suena como una posible película? —dijo Katrina.

—Si no piden mucho por los derechos, podría interesarme.

—¿Y qué haría usted para salvarlos, quiero decir en la película? —dijo Victor—. Puede que Marx sugiera algún ángulo por el que conectar con la mente divina.

Katrina esperaba que Wrangel reaccionara ante Victor como hizo. El ser diferente no te lleva a ningún sitio; había que pelear con él si quería uno su buena opinión. Wrangel dijo:

—Había olvidado lo gran escritor que era Marx. ¡Qué imágenes tan maravillosas! Los fantasmas de Roma rodeando a la cuna de la nueva era. La revolución burguesa yendo de éxito en éxito. «Éxtasis para el espíritu diario.» «Hombres y cosas talladas en brillantes.» Pero una revolución que saca su poesía del pasado está condenada a terminar en depresión y aburrimiento. Una revolución auténtica no es indicativa ni histriónica. Es un acontecimiento real.

—Muy bien —dijo Victor—. Se muere usted por decirme lo que piensa. Así que dígamelo y acabemos de una vez.

—Mi problema es con la lucha de clases —dijo Wrangel—. El destino de las clases sociales. Usted argumenta que la parálisis de las clases produce estos efectos de ilusión: mentira, engaño, falsas apariencias. Todo parece real, pero lo auténticamente real es la convulsión escondida que hay por debajo de las apariencias. Usted impone ideas de clase europeas a los norteamericanos.

Katrina pensó: Ay, quiere jugar con los grandes. Tenía miedo de que lo hirieran.

—¿Y cuál es su idea? —dijo Victor.

—Bueno —dijo Wrangel—. Tengo un amigo que dice que las almas creadas de la gente, de los norteamericanos, se las han quitado. El alma creada ha sido sustituida por un alma artificial, de manera que ya no hay nada real a lo que puedan referirse los seres humanos cuando tratan de juzgar cualquier cosa por sí mismos. Viven principalmente por las *racionales*. Tienen sistemas de orientación artificiales.

—Esa es la mentalidad artificial de su Boryshinski —dijo Victor.

—No tiene nada que ver con Boryshinski. Boryshinski vino mucho después.

—Ese amigo suyo, ¿es de California? ¿Es un gurú? —dijo Victor.

—Ojalá tuviéramos tiempo para hablar en general —dijo Wrangel—. Usted siempre da un gran valor a las ideas, Victor. Eso lo recuerdo. Bien, pues yo he estudiado esto desde muchos ángulos, y estoy convencido de que la mayoría de las ideas son triviales. Una idea de lo real es también una imagen de lo real; si es una idea auténtica, es una imagen auténtica y va acompañada también de un sentimiento auténtico. Sin esto, nuestras ideas son cadáveres...

—¡Bueno, por Dios!

Victor agarró el bastón, y Katrina temió que empezara a golpear a Wrangel, que se ensañara con él, pero no, plantó el bastón delante de él y empezó a levantarse. Era una operación complicada. Inclinandose hacia delante, se apoyó en sus nudillos. Levantó la pierna hinchada; tenía un color agitado. Recuerda (Katrina recordó) que casi siempre le dolía.

Katrina explicó mientras agarraba la bolsa y la funda del violín:

—Tenemos que coger un avión.

Wrangel respondió con una sonrisa triste:

—Ya veo. No puede uno luchar contra los planes de vuelo, ¿verdad?

Victor se colocó bien la gorra y se dirigió a la puerta, con pasos grandes a pesar de su incapacidad.

Fuera ya de la sala, Katrina dijo:

—Todavía nos queda alrededor de media hora.

—Nos ha echado.

—Esto lo ha desilusionado terriblemente.

—Seguro. Ha venido al este solo para hablarme. Puede que su gurú le dijera que era lo suficientemente fuerte, por fin. Se traicionó cuando mencionó a Parker Tyler y Tchelitchev. Tchelitchev me atacó, ¿sabes? Me dijo que tenía una visión del mundo, mientras que la pintura abstracta que yo defendía era como una señora loca que esperase una visita del médico y se untase de excrementos para estar más atractiva: como una poción amorosa. Wrangel estaba tratando de colarme este insulto.

Un tiempo amenazador, el malvado viento del norte canadiense que cruzaba la frontera a ráfagas blancas, no retrasó el embarque. El primero en entrar en el avión fue Víctor. Su necesidad especial, un asiento en el pasillo de atrás, lo hacía legítimo. A Katrina la deprimía entrar en la cabina vacía y oscura. El cielo parecía sucio y ella estaba nerviosa. Sus asientos estaban en la cola, cerca de los baños. Ella colocó el violín encima de sus cabezas y la bolsa debajo del asiento. Víctor se acomodó en su asiento, se estiró, se echó hacia atrás y cerró los ojos. O estaba muy cansado o quería que lo dejaran solo con sus pensamientos.

El avión se llenó. Confortaba un poco que, a pesar del mal aspecto del tiempo, la gente práctica nunca dudara que se levantarían del suelo en Buffalo y aterrizarían en Chicago: el negocio de costumbre. En manos de Dios, pero también una rutina. Katrina, que tenía el mismo aspecto sensato del resto de los pasajeros, no sabía qué hacer con sus nerviosas dudas, no se sentía capaz de arrinconarlas y echarles la llave. Había algo en lo que Dotey tenía toda la razón: Katrina saltaba ante la oportunidad de ir corriendo a estar con Victor. Victor, aunque estuviera enfermo, aunque no fuera realmente posible vivir con él —no podía durar mucho—, era completamente distinto de las demás

personas. Las demás personas generalmente tenían una especie de aspecto sombrío. Tenían sobre ellos las marcas de la privación. Alrededor de ellos había una falta de espacio y de aire, estaban humanamente vacíos, mientras que Victor desprendía una gran luz. El extraño y pequeño Wrangel podía ser un idiota pretencioso. Quería intercambiar ideas serias; es posible que se estuviera hinchando de manera absurda, que exigiera, como sospechaba Victor. Pero cuando había hablado de éxtasis como el espíritu de todos los días o de los hombres y las cosas engarzados en brillantes, ella había entendido exactamente lo que decía. Había entendido incluso mejor cuando dijo que, cuando la corriente se paraba, el aburrimiento y la depresión eran peores que nunca. Para seguir con esa metáfora, ella nunca podría generar ningún brillante por sí misma. Si tenía a alguien que la pusiera en marcha, podía sumarse a él y quizá hacer alguna contribución. Esta contribución sería femenina y sexual. Podría ser importante, podría incluso ser indispensable, pero no sería inventiva. Sin embargo, ella podía ser inventiva en el engaño. Y realmente había hecho un esfuerzo para engancharse con la historia del elefante. Sin embargo, había metido la pata gravemente con lo de *MASH*. El propio cine había formado parte de su desgracia. Estaban rodeados de hippies, y además no muy jóvenes, y en la fila de delante había un tipo con barba que sorbía helados y se levantaba hacia un lado para echarse sonoros pedos. Victor dijo:

—Ese es un cambio del general por el caviar que se ha comido. —A Katrina aún no se le había ocurrido *aquella*. Entonces Victor se puso de pie y dijo—: ¡Nome voy a quedar en este sitio sucio!

Cuando llegaron a la calle, la desgracia y el horror de haberse expuesto con *MASH* y de que la asociaran con los degenerados de San Francisco hizo que Katrina deseara tirarse delante de un tranvía que corría colina abajo desde el Mark Hopkins.

Ahora se puso una mano sobre los ojos y miró lejos, al otro lado de Victor, que estaba mirando el campo. ¿Había algo que ella pudiera hacer con ese maldito elefante? Supongamos que surgiera un hombre que hipnotizara a los jugadores de fútbol y pudiera hacer lo mismo con un animal. Ahora se estaban descubriendo nuevos poderes mentales en los mamíferos grandes. Por ejemplo, las ballenas cantaban; incluso se creía que eran capaces de hacer rimas. Las ballenas construían muros de burbujas de aire y podían rodear y atrapar a millones de gambas. ¿Y si un zoólogo excéntrico visitara a la dirección con una nueva idea? Mientras tanto la dirección tenía que mandar a buscar pasto para la elefanta mientras la elefanta echaba al suelo auténticas pirámides de mierda. La criatura estaba melancólica y lloraba unas lágrimas tan grandes como albaricoques. El cuidador pedía barro. Si Margey no tenía pronto un buen lugar donde volcarse, se enfadaría y destrozaría la planta completa. Abercrombie y Fitch (¿seguían en Chicago?) ofrecieron enviar a un cazador de caza mayor. Para ellos sería una publicidad increíble matarla de un disparo. Los de las protectoras de animales estarían indignados. ¿Y si una chica bonita de un instituto salía con una solución? ¿Y si fuera una chica china? En la mitología china, eran los elefantes y no los hombres los que alguna vez fueron dueños del mundo. ¿Entonces?

La mente de Victor también estaba trabajando, aunque uno no podía decir lo que pensaba. Sobre su cuerpo parecía haberse extendido algo suave y pesado. Recordaba el delantal de plomo que te ponían encima los técnicos de los rayos X. Victor estaba extendido bajo este peso muerto y suave y sintiéndose como se sentía uno cuando se despertaba de un profundo sueño: incapaz de levantar el brazo. En el campo, a la luz del invierno, las máquinas eran más pálidas que el aire, y todo el aeropuerto estaba envuelto en un marco de nieve, con aspecto de grabado de hierro. A él le recordaba el Lower East Side de 1912 (o alrededor de esa época). Los niños (que hoy día eran ancianos, los que

estaban vivos) leían el Pentateuco. La calle, la acera sucia, era también como una página de texto hebreo, algo que se podía traducir si se sabía cómo. Jacob soñaba con una escalera que subía al cielo. *V'hinei malachi elohim*: contempla a los ángeles de Dios que suben y bajan. Esto no le había causado ninguna sorpresa a Victor. ¿Qué edad tenía él entonces, unos seis años? Para él no era un sueño. Jacob soñaba, mientras que Victor estaba despierto, leyendo. No había ningún «tiempo lejano». Todo estaba sucediendo ahora. La clase del sótano tenía una estrecha ventana a nivel de la acera, lo justo para permitir una limitada mirada hacia arriba que mostraba salidas de incendio bajo la nieve, el dorado cartel de la lavandería china colgado de un poste de hierro, y los ángeles que subían y bajaban. Esto no había que interpretarlo. Te venía en un trance, como si estuviera debajo del peso de plomo del flexible delantal. Ahora el avión estaba empezando su carrera de despegue, y pronto se apagaría el indicador de PROHIBIDO FUMAR. A Victor le habría gustado fumar, pero el peso de sus manos hacía imposible todo movimiento.

No era su estilo tener ese tipo de recuerdos, aunque los tenía, y últimamente habían sido más frecuentes. Ahora empezó a recordar que su madre le había dado la tráquea de un ganso después de secarla en el horno holandés de la cocina de carbón, y que le había hecho un agujero con la navaja de su padre y se había hecho un silbato. Cuando lo hizo no le gustó. A pesar de estar seca había conservado su terrible color rojo, era muy áspera al tacto y le había dejado un sabor desagradable en la boca. Esto no era exactamente la pesadilla de la historia de Marx de la que había que liberar a la humanidad. El gusto crudo del ave era desagradable. Los ángeles de la salida de incendios, sin embargo, eran muy agradables, y su conciencia de ellos, aunque tuvieran cuatro mil años de edad, había sido también exactamente contemporánea. Aún no le habían impuesto ideas distintas sobre el tiempo y el espacio. Una luz amplia contenía a todos. Entre el resto —padres, patriarcas, ángeles, Dios— estabas tú. Víctor no se sentía obligado a comprender el misterio de esto; era solo un trance, probablemente efecto de la fatiga y la herida. De pronto pensó en el Hospital General de Massachusetts, donde le habían quitado un tumor de un pozo de sangre en su barriga, y se acordó de que seguía siendo convaleciente: se acordó también de que Baudelaire creía que el artista siempre se encontraba en un estado convaleciente desde el punto de vista espiritual. (Realmente este era el día de Baudelaire; hacía muy poco había sido el tacto el que devolvía a los muertos a la vida.) El convaleciente, que acababa de volver de la sombra de la muerte, inhalaba con agrado los cercanos colores humanos del avión. La contaminación no importaba, ya que el estado del convaleciente era el estado de un niño emborrachado por las impresiones. El *genio* debía ser la recuperación de los poderes de la infancia por un acto de la *voluntad* creativa. Víctor conocía todo esto como la palma de su mano o la nariz que tenía en la cara. Al combinar la fuerza de un hombre (el poder analítico) con el éxtasis de un niño, podía descubrir lo nuevo. Lo que suponía la revelación de Dios era que los judíos (sus niños) desearían con obstinación (y con inteligencia madura) la promesa divina al adulto. Esto les conseguiría el odio de todo el mundo. Siempre fueron arcaicos y siempre fueron contemporáneos: eso se podía resolver más tarde.

Pero ahora supongamos que esto no fuera complacencia sino otra cosa distinta y que él estuviera en el circuito no porque se estaba recuperando sino porque estaba perdiendo terreno. ¿Se estaba desmoronando? Aquí era donde entraba Katrina. Gracias a ella resucitaba, o reunía y reintegraba sus poderes físicos que si no se estarían desintegrando. Se preguntó: El hecho de que le guste, ¿quiere decir que me quiere o significa simplemente que pertenezco a la clase de mujer que él necesita? No le gustó la pregunta que se estaba haciendo. Pero estaba teniendo muchas sensaciones difíciles,

innumerables impresiones de invierno, los inviernos de siete décadas uno encima del otro. El mundo del invierno incluso le trajo un sonido, no para el oído sino para otro órgano. Y nada de esto podía comunicarse claramente, ni siquiera valía la pena. Era simplemente parte de la continuidad de la vida de todo ser humano. Todo el mundo estaba lleno de visiones que se habían reprimido y amasado involuntariamente y cuando estabas enfermo eran más difíciles de dispersar.

—Ahora puedo decirte, ahora que ya estamos en el aire, Victor, que estoy *aliviada*. No estaba segura de que fuéramos a volver. —El avión les proporcionó una sola mirada sobre el lago Erie, que se inclinaba verde hacia la derecha, y después se elevaba en nubes de nieve gris oscuro. Fue un vuelo accidentado. El viento era fuerte—. ¿Alguna vez te he hablado del marido de mi ama de llaves? Es un negro viejo y guapo que solía ser camarero en un tren. Ahora juega. Es impresionante a la vista. Ysole le tiene miedo.

—¿Por qué hablamos de él?

—Me pregunto si no debería hablar sobre Ysole con su marido. Si acepta dinero de Alfred, mi ex marido, si va a testificar contra mí en el caso, podría ser grave. El abogado de Alfred podría averiguar que fue ella quien me crió, y por lo tanto conoce todos mis puntos flacos.

—¿Querría ella hacerte tanto daño como eso?

—Bueno, siempre ha estado un poco loca. Solía creer que era una hechicera. Es astuta y está llena del demonio.

—Me pregunto por qué estamos volando a esta altitud. Ya deberíamos estar encima de las nubes —dijo Victor.

Habían estado quince minutos en cielo abierto y entonces volvieron a bajar a la oscuridad.

—Sí, ¿por qué volamos tan bajo? —dijo Katrina—. Así no vamos a ningún sitio.

La señal del cinturón de seguridad seguía encendida y el piloto anunció:

—Debido al mal tiempo, el aeropuerto de O'Hare está provisionalmente cerrado. Dentro de cinco minutos aterrizaremos en Detroit.

—¡Yo no puedo quedarme en Detroit! —dijo Katrina.

—Tranquila, Katrina. En Chicago no es ni siquiera la una. Probablemente nos sentaremos un rato en el aeropuerto y despegaremos enseguida.

De pronto podían ver los campos por debajo de ellos: almacenes, hangares, autopistas, agua. El tren de aterrizaje se colocó en posición, como Katrina había visto que lo hacía muchas veces desde el suelo, cuando se abría la barriga del Boeing y descendían sus tripas negras y erizadas. Victor consiguió atraer la atención de una de las ocupadas azafatas, quien le dijo que en Chicago la situación se presentaba mal. «Está todo cubierto de nieve.»

Cuando desembarcaron se encontraron inmediatamente en medio de un gentío de pasajeros que también procedían de aterrizajes de emergencia. Una vez que uno se metía en un gentío de ese tipo, su mayor temor era no volver a salir. Qué suerte que Victor no estuviera molesto. Avanzaba con ese paso a saltitos peculiar de él, y sus cejas parecían esos champiñones en forma de estante que crecen en los viejos troncos de árbol. Por su parte, Katrina estaba paralizada por la tensión. Las señales que iba leyendo le decían bien poco. RECOGIDA DE EQUIPAJES: no había ningún equipaje. Ella llevaba en la mano el precioso violín de Vanessa. TERMINAL: ¿por qué tenía Victor que arrastrarse todo el camino hasta la terminal únicamente para que volvieran a enviarlo a alguna de las puertas?

—Deberían tener aquí a algún agente que diera información.

—De ningún modo. No están organizados para eso —dijo Victor—. Y no podemos acercarnos a

los teléfonos. Hay al menos diez personas esperando para cada uno. Veamos si podemos encontrar dos asientos y tratar de imaginarnos lo que podemos hacer.

Fue todo muy lento. Alternativamente les llegaba un soplo de viento helado de las puertas y calor de los calefactores en las piernas y en el rostro. Encontraron un solo sitio, y Victor se sentó en él. Él poseía aquella imperturbabilidad superlativa frente al accidente y los problemas mundanos que invitaba a Katrina a compartir si podía. Beila parecía haber aprendido a hacerlo. Trina aún no. Victor apoyó el pie en la bolsa de viaje. La funda del violín se la puso entre las piernas. Con el bastón improvisó una barrera para mantener a la gente alejada y que no le pisaran.

Al ir a buscar información, Katrina encontró a un hombre con uniforme azul grisáceo que tenía aspecto de ingeniero de vuelo. Estaba apoyado contra el muro, con los brazos cruzados. Ella se dio cuenta de lo bien lustrados que tenía los negros zapatos y de que tenía el rostro fresco. Pensó que podría hablarle. Pero cuando le dijo:

—Perdone. —Él se negó a darse cuenta de que le hablaba y se volvió de espaldas. Ella insistió—: Me pregunto si podría usted ayudarme. Mi vuelo ha aterrizado. ¿Dónde puedo averiguar lo que sucede?

—¡Cómo lo puedo saber yo!

—Porque usted lleva uniforme, y yo pensé... Él le puso la mano en el pecho y la empujó.

—¿Qué hace usted? —dijo ella. Sintió cómo se le inundaban los ojos de lágrimas, se le nublaban—. Pero ¿qué le ocurre?

Lo que vino a continuación fue aún peor. Mientras la miraba directamente el rostro, no hacia abajo, le pisó un pie. La estaba pisando con fuerza. Y esto no lo hacía con rabia. No parecía rabia en absoluto; era algo distinto por su intensidad. Ella trató de leer el nombre en la insignia que aquel hombre llevaba prendida al pecho, pero ya se había ido antes de que ella pudiera poner juntas las letras. Pensó: Me he puesto en una posición en la que la gente puede herirme impunemente. Como si hubiera salido de Evanston para hacer algo malo y lo llevara escrito por todo el cuerpo. Puede que haya sido un misógino u otro tipo de psicópata con uniforme. De pronto le llegó una corriente caliente y amarga desde muy abajo, se le metió por las tripas como un calor interno y empezó a subirle por el pecho, la garganta y las mejillas. Con lo acalorada que estaba, imaginó que podría haber sido la falta de respeto por su profesión lo que lo puso tan furioso, como si fuera un general al que han abordado como a una azafata. O puede que estuviera expulsando ondas de magnetismo de odio y rogando que se le acercara alguien, para cargarle con eso. Victor, si hubiera estado allí, habría golpeado a aquel tipo en la cabeza con su bastón. Enfermo o sano, tenía presencia de ánimo.

Mientras esperaba en la cola de información sobre los vuelos, Katrina se concentró en restar importancia al incidente y recobrar la calma. Probablemente aquel hombre pertenecía a una familia agradable de los suburbios, gente de clase media y comfortable, a juzgar por el modo en que llevaba su uniforme; lo que Victor, cuando se calentaba, llamaba la «medianía humana animal» y, citando a uno de sus escritores, «la oscura masa equívoca y saturada de falsedad». Le gustaba utilizar aquellas expresiones tan duras. Qué suerte llevar puestas las botas de avestruz. Si no el hombre podría haberle roto algo. Cuando le llegó el turno, la mujer que había detrás del mostrador tenía poca información que darle. Los nuevos vuelos se anunciarían tan pronto como O'Hare abriera sus pistas.

—Todo el mundo querrá asientos. Será mejor que compre asientos en primera clase —dijo Katrina.

—No puedo darle una reserva. El ordenador no tiene información, no importa a qué tecla le dé.

—Sin embargo, voy a comprar dos pasajes abiertos de primera clase. Los cargaré a mi tarjeta de crédito. Pueden devolverse si no los utilizo.

Mientras se acercaba a Victor desde un lado, él tenía un aspecto bastante agradable con su gorra: silencioso, divertido, distraído. Era en la parte inferior del rostro donde los signos de la edad eran más perceptibles, en el acortamiento de la mandíbula y en el afilamiento de sus lados. De perfil los signos se notaban más, preocupaban más, inspiraban más pena. Katrina no creía que la traicionara su rostro, con la boca recién pintada, y como llevaba el pecho tan erguido, pero estaba desanimada: la enfermedad de él, el lío de los pasajeros, el desprecio del hombre que la había pisado, la agonía de estar atrapada allí. Por delante, Victor tenía un aspecto tan «de rico» como siempre. Y sin embargo ella no podía obtener mucha fuerza de él. Hasta aquí en Detroit había seguidoras de Wulpy que habrían venido corriendo al aeropuerto en una maraña de coches si hubieran sabido que estaba aquí. Seguro que ellas estaban mucho más preparadas para apreciarlo que una mujer que lo había convencido para ver *MASH*. Estas admiradoras de la ciudad hablarían, beberían con él, lo llevarían a casa. Todo lo que ella podía hacer era quedarse en la Casilla Número Uno: una mujer de Evanston, a la que la desesperación no animaba sino que la desanimaba, que no tenía en ella ni una sola partícula de inventiva.

Rara vez podía ver uno a Victor como loco. No estaba muy disgustado, por lo menos no todavía.

—¿No tienes hambre? Yo sí —dijo.

—Deberíamos comer, supongo.

—Supongo que podríamos encontrar un sitio de comida rápida.

—Algo más sustancioso que una hamburguesa.

—... Para no estropear el banquete de esta noche —dijo él.

Empezó su paseo por el pasillo. Normalmente Víctor andaba bastante rápido, paciente con su enfermedad. Pero una masa sólida como la suya era desalentadora. El movimiento se complicaba aún más por los carros de equipajes, los barrenderos y las sillas de ruedas, y pronto Katrina dijo:

—No estamos volando a ninguna parte, y ya es más de la una en Chicago.

Víctor dijo:

—Yo no me desesperaría todavía. Está allí el ama de llaves. Tu hermana. Tu amigo el policía.

—Mi hermana no es que me ayude exactamente.

—Muchas veces me hablas de lo crítica que es. Pero no creo que te vaya a dejar en la estacada.

—Yo la apoyé incluso en los malos tiempos. El verano pasado se presentó en casa con una pala en el maletero del coche y dijo que iba al cementerio a sacar a su marido. Dijo que simplemente tenía que volverlo a ver. Yo la llevé al jardín y la emborraché. Entonces me dijo que yo la había dejado en la estacada, que me había ido a Boston contigo cuando a ella la estaban operando. Le quitaron aquel tumor del cuello del útero.

Víctor, lejos de sorprenderse, asintió mientras ella hablaba: esposas en duelo, hermanas histéricas. Leer sobre esas cuestiones en un libro bien escrito podría haber tenido interés; oír hablar de ellas, no. Katrina no podía transmitir lo horrible que había sido llevar a su hermana a que la escayolaran: el calor húmedo, el delgado rostro de Dotey sudando. Por qué el color de yeso bajo tus pies te recordaba a una tumba. Solo había que tratar de imaginarse a Dotey con sus brazos delgados, cavando. Se habría muerto en cuestión de minutos.

Víctor estaba lleno de escenas de la historia mundial, de un conocimiento plenamente documentado del mal: batallas, deportaciones a los campos de concentración desde la Umschlagplatz

de Varsovia, las terribles escenas de la evacuación de Saigón, y desde luego podía imaginarse a Dorothea tratando de recuperar el cadáver de su marido. Pero en qué momento uno podía dedicar su imaginación a fenómenos de esta clase seguía siendo poco claro. Él había escrito sobre lo «inhumano» como elemento de lo moderno, sobre la debilidad, la maldad, la borrachera del hombre moderno, y sobre las consecuencias de esto para el arte y la política. Su reputación se basaba en los análisis que había hecho del fenómeno modernista. Él era profesor de famosos pintores y escritores. Ella se había concentrado en sus libros admirables y sin embargo, como comprenderán, tenía que tratar con él en el plano personal. Y en el plano personal, bueno, él tenía más que decir sobre el arte como solución para el vacío, como cubierta para la desnudez moderna, que sobre cómo rellenar los vacíos personales o las deficiencias. Y sin embargo incluso aquí no era totalmente predecible. Nunca se acababan las sorpresas.

—Veo que te inclinas sobre tu pie izquierdo. ¿Te pincha la bota?

—Me han pisado.

—¿Has tropezado con alguien?

—Un agradable hombre rubio salió corriendo cuando lo paré para pedirle información, pero antes me pisó.

Victor se detuvo, mirándola desde su altura.

—¿Por qué no lo has denunciado?

—Ha desaparecido.

—Cada vez hay más locos que se nos acercan. ¡Cómo ha cambiado todo!... Cuando se hundió el *Titanic* las mujeres y los niños iban primero. La galantería de la clase media desapareció con el Biedermeier.

—No me ha hecho tanto daño. Solo me duele un poco. Pero, Victor, piensa en el tiempo que hemos perdido para comer algo malo. ¿No podemos hacer nada para salir de aquí?

—Podía tratar de telefonar al tipo que se encarga de las disposiciones de esta noche. Deja que mire en mi cartera. —Enganchando el bastón en el hombro, examinó su cartera de bolsillo del ejército—. Sí. Banco Continental. Horace Kinglake. ¿Por qué no lo llamamos? Si quiere que yo hable esta noche será mejor que organice nuestro rescate. ¿Por qué no lo llamas tú, Katrina?

—¿Quieres que hable yo?

—¿Por qué no? Seguro que tiene contactos de alto nivel con la United o la American. Espero que hayas traído la tarjeta de crédito para el teléfono.

—Sí —dijo Katrina.

—Los aeropuertos solían tener buenos servicios centrales. Incluso Grand Central tenía operadoras de teléfono. Veamos si encontramos uno. —Acababan de empezar a andar cuando Victor detuvo a Katrina, diciéndole—: Allí veo a nuestro amigo Wrangel. Se dirige hacia nosotros.

—Seguro que nos ve. Eres bastante llamativo.

—¿Y qué?... La verdad es que Wrangel dijo que iba a Detroit, ¿verdad?

—Cuando tú te largaste yo me sentí avergonzada —dijo Katrina.

—No era asunto suyo perseguirme hasta la sala de espera.

—Una forma distinta de verlo es que hizo todo el camino desde California para oír tu conferencia y hablar contigo.

—Para saldar una vieja deuda, me parece a mí. Hoy es un día en que los acontecimientos tienen una tendencia al sueño —dijo Victor—. Hay un verso sobre les *revenants qui vous raccrochent en*

plein jour.

—Será mejor que me des la tarjeta con el número de ese tal Kinglake.

Victor, curiosamente, no trató de evitar a Wrangel, y Wrangel, para sorpresa de Katrina, se mostró sumamente complacido de encontrárselos de camino. Habría estado justificado que estuviera un poco enfadado. En absoluto. A su manera, un poco tímida, estaba encantado.

—No me han dicho que también fueran a Detroit.

—No íbamos. No tenemos más remedio por el mal tiempo de Chicago.

—Ah, y tienen que esperar. En ese caso, ¿por qué no almuerzan conmigo?

—Ojalá pudiéramos —dijo Katrina—. Pero tenemos que conseguir un teléfono. Es urgente.

—Será mucho más fácil telefonar desde un restaurante. Hace solo un minuto pasé por delante de un bar grill de aspecto decente.

Era un sitio grande y oscuro, con un techo bajo y decoración Tudor. Tan pronto como apareció la camarera, Katrina vio cómo algo de dinero cambiaba de manos. Lo que Wrangel le deslizó a aquella mujer parecía un billete de diez dólares. ¿Y por qué no, si con *El factor Cronos* había ganado cuatrocientos millones? Inmediatamente tuvieron a su disposición un comedor con asientos de cuero. Víctor ocupó la esquina, extendiendo la pierna a lo largo del sofá que tenía a su derecha.

—¿Bebemos algo? —dijo Wrangel—. ¿Pedimos antes de que haga usted su llamada? Señorita —le dijo a la camarera—, indique por favor a esta señora dónde está su teléfono. ¿Qué pedimos para usted, querida?

—Un sándwich de pavo, con la carne blanca y el pan tostado.

—Para mí, pato a la naranja —dijo Víctor. En una sala tan oscura como aquella, donde no se podía ver lo que se estaba comiendo, Katrina habría preferido que también él tomara una comida más sencilla. La luz de tono ámga; descendía desde una lámpara que estaba encima de la cabeza de Wrangel y sobre las espesas y blancas pieles.

—Será mejor que hagas esa llamada —le aconsejó Víctor a Katrina.

Y era un buen consejo, porque Horace Kinglake era difícil de localizar. Fue necesario que pasara por diversas personas antes de dar con él. Por la voz que puso cuando dijo «Kinglake», reconoció que era un tipo eficaz y acostumbrado a mandar. De Víctor ella había heredado un cierto desprecio por aquellos ejecutivos tan pulidos. Y, sin embargo, era reconfortante hablar incluso con un hombre cuyas cortesías eran artificiales.

—¿Cómo? ¿Que están atrapados en Detroit? Vaya, eso no podemos consentirlo. Van a venir alrededor de doscientas personas. Un público de todos los rincones del país. Sería un desastre que el señor Wulpy... Esto me preocupa realmente. Y lo siento mucho. ¿No había un vuelo más temprano? —Probablemente por detrás estaba maldiciendo a Víctor por este problema de última hora.

—¿De verdad es tan malo el tiempo en Chicago? —Katrina pedía información que estuviera acorde con sus sentimientos.

Pero el señor Kinglake estaba recibiendo su llamada en un comedor privado, ¿y qué iba a saber un ejecutivo de alto nivel en sus oficinas de setenta pisos sobre el tiempo que hacía en la calle? Había oído algunos anuncios de una tormenta terrible.

—De todas maneras conseguiremos traer aquí al señor Wulpy. Dedicaré a ello a mi mejor empleado. Deme una media hora.

—Puede usted ponerse en contacto con nosotros en este número de Detroit ... Me pregunto: ¿está el aeropuerto O'Hare cerrado para todo el día?

—Si no está Midway, y también está Meigs Field.

Un poco más tranquilizada, Katrina volvió al comedor. Una mujer de su posición, poniéndose en peligro, haciendo locuras solo con objeto de estar al lado de Víctor, como la consorte del gran hombre; pero cuando lo había visto de perfil (justo después de que el ingeniero de vuelo la pisara, y cuando sintió que había unos sollozos que tenía que expulsar de su pecho), tuvo una nueva visión del deterioro que él había sufrido desde que empezó su relación con ella.

El doble trago de alcohol que se había bebido aparentemente le había hecho bien. Tenía un vaso grueso y grande en la mano: otra copa. Esto era lo que necesitaba su sistema, comida y bebida y un lugar tranquilo en el que descansar. Se podía haber permitido llevarla allí él mismo, y también deslizarle a la azafata diez pavos para conseguir el uso del teléfono. Pero él nunca habría hecho eso. Habría significado sacrificar sus principios. Y por eso es por lo que se había alegrado de ver a Wrangel. Wrangel lo había despertado. El pato a la naranja sería horrible. Él necesitaba un servidor, un asistente que se ocupara de aquellas menudencias. También alguien que corriera con los gastos. Ella admitió que esto era importante para él.

Trina hizo su informe, y Victor dijo:

—Bueno, ahora podemos relajarnos hasta que nos vuelvan a llamar. Hablaré yo mismo con él, sobre el programa de esta noche. Siéntate, niña, y tómate algo.

Katrina se sentó con él en su rincón. El violín de Vanessa estaba de pie junto a ellos. Justo en ese momento, Katrina sintió agradecimiento hacia Wrangel. Ella necesitaba ayuda con Victor. Le parecía inestable, descentrado. El término que se usaba a menudo en *Psychology Today* era «variable». Él era variable. Y no podía negar que ahora mismo le agradaba haberse encontrado a Wrangel. Parecía haber olvidado el comentario venenoso sobre Tchelitchev. Katrina pensó que era probable que Wrangel nunca hubiera oído aquel comentario. Por supuesto, Victor creía que las películas del tipo de las que hacía Wrangel infectaban la vida mental del país (y de la comunidad internacional), pero en aquel momento no estaban estudiando las películas de Wrangel. Evidentemente, sin embargo, habían estado hablando de películas eróticas, porque Wrangel estaba diciendo que no había participado personalmente en esos proyectos.

—Las producciones de ese tipo no necesitan guionistas.

—¿No? —dijo Victor—. ¿Solo parejas interraciales ligadas unas con otras?

—Me pregunto si puedes hacer que la camarera me traiga un bloody mary —dijo Katrina.

—Desde luego —respondió Wrangel—. Y ahora, para hablarle de mi carrera desde los días del Village, hice muchos tipos de trabajo escrito. Uno de los más curiosos fue con el equipo que ayudó a preparar en Texas las memorias del presidente Johnson.

—¿Y cómo le salió eso? —dijo Katrina.

—En la Bread Loaf Conference, conocí a algunos periodistas de Washington. También a J}obert Frost, y a algunos caballeros de Harvard. Y a mí me recomendó Dick Goodwin, de manera que allí me encontré, en Austin, rodeado por el equipo de escritores de Johnson. Para entonces ya se había retirado.

—¿Cómo se hizo aquello? Me refiero al trabajo —dijo Victor.

—Empezó con un curso de lavado de cerebro. Solíamos reunirnos en la última planta del Federal Building de Austin, construido por LBJ hacia el final de su administración. Él tenía su propia suite y llegaba en helicóptero, desde su rancho, y bajaba desde el tejado para pasar el día con nosotros. Repitió su versión de cada uno de los hechos hasta que lo teníamos grabado en la mente. Muchas

veces se cruza uno con estas leyendas que te hipnotizan a base de repetición. Uno se convierte en el receptáculo de su historia. Robert Frost era otra de aquellas leyendas de la versión autorizada. Ellos lo dicen todo y se repiten hasta que tu mente empieza a rechazar las versiones alternativas. Johnson también nos llevó a su rancho. Conducía por medio de los pastos en su Lincoln, y los guardaespaldas lo seguían en el suyo. Cuando necesitaba más bebida, bajaba la ventanilla y los guardias se colocaban al lado y le servían más whisky. A la mayoría de nosotros nos intimidaba: eso es más fácil de hacer con una persona como yo, Victor, que con alguien como usted.

—Oh, lo han intentado. Una vez en la Villa Berenson. Sacaron la famosa momia: otro Lirvak como yo. A mí me criaron para que respetara a mis mayores, pero a mí no me preocupaba tener tantas lindezas culturales encima.

—Las citas en latín... —le recordó Katrina.

—Las *lacrimae rerum*. ¡Guau! Si lo pudiera haber hecho besando el culo a sus patrones y patronas, B. B. habría secado muchísimas lágrimas. Entonces dijo que comprendía que yo era una persona importante en la vida bohemia de Nueva York. Y yo le dije que llamarme a mí bohemio era como describir a Juan el Bautista como defensor de la hidroterapia. Yo había esperado hablar de pintura moderna, pero por supuesto eso nunca sucedió.

Una conversación amigable. Ya eran las dos y media. Y pensar que a mediodía Katrina había temido que Victor golpeará a Wrangel en la cabeza con el bastón por decir «la mayoría de las ideas son triviales». Qué bien se estaban llevando ahora.

—¡No querría usted decir que fuera una especie de Juan el Bautista! —dijo Wrangel.

—No, solo me molesta que me traten con condescendencia.

Por el momento, Victor estaba siendo encantador.

—A la mayoría de la gente no se le escapan las virtudes del encanto —le había dicho una vez a Katrina—. Hasta la gente seca tiene su propio encanto seco. Algunos solo tienen encanto, como Franklin D. Roosevelt. Otros rechazan todo tipo de encanto, como Stalin. Cuando se reunieron los del encanto y los que no lo tenían en Yalta, ganaron los segundos sin duda.

En el fondo, Victor despreciaba el encanto. Estilo sí; el estilo era fundamental; pero el encanto tendía a dispersar las ideas. Y si ahora Victor estaba siendo encantador con Wrangel, bromeando sobre Juan el Bautista, se debía a que quería evitar que Wrangel sacara su agenda de Gucci y empezara a citar tópicos de *El 18 brumario*.

Estaba claro que el objetivo de Wrangel era reanudar o iniciar una conversación en serio. Era la motivación de tener una conversación en serio la que lo había hecho cruzar el continente desde Los Ángeles hasta Buffalo. Trina estaba empezando a ver una cierta eficiencia y dureza en Wrangel. No era por casualidad por lo que había ganado tantos millones. Aunque parecía «humildemente contento» en compañía de Victor, era también dogmático y obstinado. En el pasado, e incluso ahora, Victor lo había despreciado —porque no era una mente de categoría A— y Wrangel estaba decidido a obtener una puntuación mayor. Él creía que lo merecía. Esa era la opinión de Katrina. Aquel hombre tímido y astuto con el abrigo de zorro polar tenía a Victor Wulpy para él solo: un Victor enfermo, pero Wrangel no podía saberlo, ya que Victor tenía un aspecto muy firme, y después de unos cuantos tragos de whisky tenía el aspecto principesco de siempre. Sin embargo, estaba muy lejos de ser el de siempre. Se encontraba en uno de esos restaurantes de tierra de nadie mal iluminados (a propósito) en que se especializan los aeropuertos; ya se había comido todas las barritas de sésamo y todas las galletas de la mesa, y cuando metió una de las manos por debajo de la espalda del jersey que llevaba

Katrina, ella sintió algo helado dentro de la braga de seda.

Sirvieron la comida justo cuando llamaban a Victor al teléfono, y Wrangel le pidió al camarero que la devolviera a la cocina para mantenerla caliente.

Indinándose hacia la derecha para no golpearse con las colgaduras, Victor siguió a la camarera al teléfono.

—¿Sabe usted ... —dijo Katrina, en parte para eludir una conversación sobre Victor— que a mí me interesó oír que usted empezó inventando argumentos para tebeos de ciencia? Debe de ser usted muy rápido. Yo llevo mucho tiempo intentando escribir una historia para niños sobre una elefanta atrapada en la planta más alta de unos grandes almacenes de Chicago, y no tiene usted ni idea de cómo me desconcierta y preocupa esa historia. Cuando subieron al animal en el ascensor de carga tanteó el suelo y se resistió a caminar sobre él. Su cuidador —su *mahout*— la convenció para que diera el paso. Tuvo un gran éxito, pero cuando llegó el momento de bajar y volvió a probar el ascensor con el pie, se negó a entrar en él.

—¿Y está allí atrapada? ¿No saben cómo sacarla? —le dedicó una de sus intensas pero tímidas sonrisas—. ¿Qué se le ha ocurrido para resolverlo?

—Transportistas de pianos; los bomberos; drogarla; hipnotizarla; deshacer una pared; una rampa de madera por las escaleras...

—¿Y una grúa de construcción? —dijo Wrangel.

—Claro, pero habría que abrir el techo.

—Por supuesto. Aunque hubiera una trampilla. Pero mire: ¿y si refuerzan el suelo del ascensor desde abajo? Unas vigas de acero temporales. Y ella entra. Quizá porque una persona en la que ella confía está dentro y le da heno mezclado con algo dulce mientras unos mecánicos retiran los soportes a gran velocidad. Así la bajan y la pueden pasear triunfalmente por bulevar Michigan.

—¡Esa solución es perfecta! —dijo Katrina.

—Solo depende de que el suelo esté firme cuando ella lo pruebe.

—¡Fabuloso! ¿Les gustan los dulces a los elefantes? Es usted un mago. Ahora creo que podré terminar la historia. No tengo nada de experiencia, ¿comprende?

—Me alegro de haberla ayudado. Si vuelve a quedarse atrancada, aquí tiene mi tarjeta con todos los números a los que puede llamarme.

—Es muy amable. Gracias.

—Y es una idea muy brillante para un libro para niños.

Encantador. Espero que venda muchos.

Durante un momento, Trina consideró la posibilidad de decirle la diferencia que significaría para ella tener un éxito independiente; Ahora, a pesar de sus propios éxitos y celebridad, aquel hombre se le aparecía como un hombre que lo había pasado muy mal, que había tenido derrotas, decepciones, de manera que se sintió tentada a contarle la verdad. Eso llevaría algo de luz y calor a este día oscuro y helado, algo de emoción. Pero no sería prudente abrirse tanto. Era cierto que la había ayudado con la elefanta. Sin embargo, tenía que pensar en Víctor. Este Wrangel podía estar esperando a utilizar lo que le dijera ella para obtener un conocimiento privilegiado sobre Víctor, para el que quizá tenía un apetito desmesurado y excesivo.

—Víctor es un hombre maravilloso —dijo Wrangel—. Yo siempre lo he admirado mucho. Solo era un niño cuando lo conocí y no era posible que me tomara en serio. Durante mucho tiempo he tenido con él una relación de la que él no podía ser consciente. Lo he estudiado, ¿comprende? He

pensado muchísimo en él. Tengo que confesar que ha sido para mí una obsesión. He leído todos sus libros y coleccionado todos sus artículos.

—Él cree que vino usted al este con el único objetivo de hablar con él.

—Es cierto, y no me sorprende que lo haya adivinado. El año pasado estuvo enfermo, ¿verdad?

—Casi se muere.

—Ya se ve que no es el de siempre.

—Espero que no tenga usted la intención de ampliarle sus ideas, señor Wrangel.

—¿Quién, yo? ¿Cree usted que me escucharía a mí? No soy tan tonto como eso.

—Y no quiero que piense que si me cuenta sus opiniones yo se las voy a transmitir.

—¿Y por qué haría eso? Sería mucho más fácil enviarle mis opiniones por escrito. Puede creerlo o no, señorita Gallagher, pero es más bien una cuestión de afecto.

—¿Aunque no lo haya visto en treinta años?

—La psique tiene un calendario distinto —respondió él—. De todos modos, no me ha captado muy bien. Cualquiera que conozca a Víctor naturalmente quiere hablar sobre él. Hay tantas cosas que se pueden decir...

—Hay muchos temas sobre los que podría hablar en relación con él: los famosos pintores a los que influyó, o personas como Clement Greenberg o Kenneth Burke o Harold Rosenberg, o los teóricos del arte importantes. Además de todo un regimiento de esposas de otras personas.

—Supongo que se dedica usted a la música, señorita Gallagher. Lleva usted un violín.

—Pertenece a la hija menor de Victor y lo llevamos a Chicago para que lo reparen. Si yo fuera violinista, ¿para qué escribiría una historia sobre un elefante? Pero me parece que es usted el que solía tocar el violín.

—¿Ha recordado Victor cuando yo punteaba con la mano izquierda: mi instrumento especial?

—En todo caso, ¿qué iba usted a decir sobre Victor, señor Wrangel?

—Victor tendría que haber sido un gran hombre. Es muy, muy inteligente. Una mente poderosa. Una mente sutil. Completamente independiente. Tampoco es realmente un marxista. La semana pasada visité a Sidney Hook, que fue profesor mío en la Universidad de Nueva York, y hablamos de los radicales de la generación anterior en Nueva York. Sidney habló de ellos con un cierto desprecio. Nunca habían sido serios, nunca se organizaron para tomar el poder como hizo la izquierda europea. Se contentaban con hablar. Hablar de Lenin, hablar de Rosa Luxemburgo, o del fascismo alemán, o del Frente Popular, o de León Blum, o de la interpretación que daba Trotski al Pacto Molotov-Ribbentrop, o de James Burnham o de quien fuera. Se pasaban la vida hablando de todo. Si sentían que sus ideas eran correctas, eso los satisfacía. Eran un puñado de colibríes mentales. Desde luego las flores eran rojas, pero no era posible que hubiera en ellas ningún néctar. Sin embargo, a ellos les bastaba con ser muy ingeniosos, y con pintar un gran, gran cuadro, el mayor. Ahora apliquemos esto a lo que dijo Victor antes de tomar el último avión, en Buffalo, eso de que hace falta una vida política seria para mantener real la realidad...

Katrina imaginó que esto se lo estaba diciendo a la persona inadecuada.

—Yo no tengo ninguna habilidad teórica —dijo, y se inclinó hacia él como si fuera a llamar la atención sobre su frente, que no podía tener ninguna idea real detrás.

Ella era la hija de un granjero que no recordaba cuántas unidades había en una docena. Pero de la silenciosa carcajada de Wrangel —tenía la piel muy tirante, ¿se había estirado la piel o no en California?— dedujo, y de las líneas que tenía alrededor de la boca, que no se estaba engañando en

absoluto.

—Víctor era uno de esos escritores que se adueñaban de muchos pintores, les decían lo que estaban haciendo y lo que debían hacer. De todas formas, a la sociedad no le importaba el arte, estaba ocupada con otras cosas, y el arte se había convertido en el juego de los intelectuales. Los pintores de verdad, la pintura de verdad, son muy raros. Hay masas de gente educada que dirán que les encanta la poesía, la filosofía o la pintura, pero no las conocen, no se dedican a ellas y no les importan de verdad, no sacrifican nada por ellas y realmente no pueden dedicarles ningún momento al día: ni para leer ni para ver ni para oír. Sus auténticos intereses son comerciales, profesionales, políticos, sexuales y financieros. No viven por el arte, con el arte, a través del arte. Pero de algún modo desean que se les imponga, y eso es lo que hacen los expertos. También lo hacen con los artistas. A la gente del pincel la dirige la gente de la palabra. Es como una especie de general con una gran banda de música que lleva a los artistas a un cielo abstracto.

—Se expresa usted de manera inteligente, señor Wrangel. ¿Me está diciendo que Víctor no es más que un promotor?

—Ni por un momento. Víctor es un hombre vistoso, poderoso y complejo. A diferencia de los otros cretinos de críticos, él sí tiene alma. De verdad. En cuanto a lo de ser un promotor, no veo de qué otro modo podría mantenerse a la vanguardia si no se dedicara en cierta medida a promover y manipular. De todos modos, ¿para qué sirve la inocencia?, y ¿puede uno llegar a algún lado sin hipocresía? No es que yo lo esté llamando hipócrita; todo lo que digo es que no tiene tiempo que perder en tonterías, y es perfectamente consciente de que Norteamérica es un lugar en el que ser tonto no mata. Podemos permitirnos estar confusos, porque nuestro país es seguro y confortable. Por supuesto, esto ha sido fatal para el arte y la cultura...

—¿Es esta su manera de decirme lo corrupto que es Víctor? —preguntó Katrina.

De pronto le entró una gran angustia, aún más porque tenía sentimientos mezclados. ¿Debía hacer callar a este Wrangel? ¿Estaba siendo desleal al escucharlo? Pero por otro lado estaba fascinada y quería oír más. El propio Víctor la habría tachado de tonta si le hubiera planteado la cuestión de la lealtad. Él era demasiado grande para las trivialidades de la moralidad, las descartaba de un plumazo. Y Wrangel estaba aprovechando la breve ausencia de Víctor, metiendo tantos comentarios como podía. Era muy listo, y ahora sí que se sintió tonta por haberle contado lo del elefante.

Estaba tratando de impresionarla, pavoneándose un poco (¿estaba tratando también de agradarle a ella?), pero su pasión por entender a Víctor era genuina.

—Víctor es un promotor. Se las ha arreglado bien solo, sólidamente. Pero no ha fingido nada. De verdad estudió las cuestiones importantes del arte: arte y tecnología, arte y ciencia, arte en la era de la vida de las masas. Él entiende de qué manera se obstaculizan las facultades artísticas en Norteamérica, aunque no sea realmente una tierra de arte. Aquí el arte no es serio. No del modo en que una vacuna para el herpes es *seria*. E incluso para los profesionales, los críticos, los cuidadores, los editores, el arte es solo «¡bah!» Y debería ser como el aire que se respira, el agua que se bebe, algo básico, como el alimento o la verdad. Víctor sabe cuáles son las cuestiones reales y si se le pregunta qué es lo que pasa aquí contestará que sin arte no podemos juzgar lo que es la vida, no podemos entender nada en absoluto. Entonces la esfera «práctica» de la persona, en la que funcionan los «planificadores», generales, los hacedores de opinión y los presidentes, no es más real que la pelusa de debajo de la cama. Pero incluso para Víctor el interés real es la política. A veces su política también es idiota, como lo fue durante la crisis de los estudiantes franceses, cuando admitió como Sartre que estábamos

a punto de tener una revolución auténtica e inspiradora. Se dejó llevar. Su política habría sido un arte malo. En política, Víctor sigue siendo un poco sentimental. Tiene algunas ideas de Dios, y una percepción muy aguda de las complejidades humanas. Pero no podría entretenerse con los colores del cielo cerca de Combray, como le pasaba a Proust. No se le dan bien los brotes de espino ni las cúpulas de las iglesias, y nunca lo han matado cruzando la calle por tener visiones.

Katrina dijo:

—En el lugar de Víctor no sé yo cómo me sentiría con un estudio tan acertado.

—¿Me permite que le diga algo? Había más que una sospecha de Víctor Wulpy en las aventuras de Buck Rogers.

Este tipo pequeñín, el famoso al que entrevistaba *People* (testarudo, sensible, emocional), era definitivamente un caso raro. Bajo las bombillas en forma de llama con sus hilos incandescentes de azafrán, en su rostro se mezclaban la delicadeza, la obstinación y la felicidad.

Ahora empezó a hablar de su hijo, hijo único.

—De mi segunda esposa —aclaró—. Una mujer más joven que yo. Mi Hank tiene ahora veintiún años. Fue un problema desde el principio. Nació para sorprender. Algunos niños te echan ácido encima, otros roban coches: eso era lo de menos. Si firmaba cheques con mi nombre, yo podía resolverlo manteniendo la cuenta con poco dinero. Hizo que en la casa se estuviera tan mal que fue él el que echó a su madre. Ella no podía soportarlo y ahora vive con otra persona. Hank empezó con los tratos ilegales cuando tenía catorce años. Lo perseguía la policía por las autopistas. Engañó a algunos traficantes de droga y trataron de matarlo. No hay comunicación entre el chico y yo: él tiene demasiado ruido en su cabeza. Ahora está en un correccional donde no me permiten visitarlo. Allí tratan a los reincidentes como si fueran bebés. Incluso la dieta es infantil (papilla) y los obligan a llevar pañales. La teoría debe de ser que el problema reside en la infancia, de manera que el programa consiste en una regresión obligatoria. Así es como interpretan los especialistas en psicología la vida humana.

—Descorazonador —dijo Katrina.

—Oh, yo no puedo permitirme que me descorazonen. Él es mi Absalón, el loco. Su madre ha terminado con él. Me habla solo a mí. Nunca a él. Él se parece físicamente a ella: rubio y delicado. Nació para ser mecánico y es un genio con los motores, el único problema es que desmontaba mi Porsche y dejaba las piezas tiradas por el suelo.

—¿Lo odia a usted?

—Él no usa ese lenguaje.

Vaya, ese niño puede acabar matando, pensó Katrina. El más ilegal puede ser el que pague con su vida.

—Pero ya basta de eso —dijo Wrangel—. Volvamos a Victor. No fue con sus opiniones como influyó en mis actitudes hacia el arte, sino por cómo era él. A mí no me gustan realmente sus ideas. En los viejos tiempos lo comparaba mentalmente con Franklin D. Roosevelt, al que yo admiraba personalmente aunque criticaba su política.

¡Como Roosevelt! ¡Por supuesto! Los dos eran hombres impedidos. Katrina hizo algunas comparaciones rápidas. Beila era como Eleanor Roosevelt. Ella era como Missy Le-Hand, con la que Roosevelt había tenido una aventura amorosa. Missy cayó enferma y se preparaba para morir, pero Roosevelt, que estaba ocupado con la guerra, no tenía tiempo para pensar en ella y no preguntó siquiera lo que había sido de ella. FDR era tan frío como grande. Victor también hablaba de la

frialdad y el aislamiento de la gente: la marca de la modernidad. La verdad moderna era muy severa. Para hacer el amor a una mujer de clase media era necesario soportar sus sentimientos de calidez, pero para un juicio severo estos sentimientos carecían de realidad histórica. En el hombre moderno había monstruosidad y horror. Era inútil negar la deshumanización. Así era como hablaría Víctor, cuando yacía en la cama como uno de los viejos sátiros desnudos de Picasso. Pero tú, echada junto a él (la mujer completa, quizá la mujer gorda, con olor a mujer), quizá sabías más de él de lo que sabía él mismo.

Ahora vieron cómo Víctor volvía con dificultad al reservado, y Wrangel hizo señas a la camarera para que les sirvieran el almuerzo. El pato a la naranja glaseado tenía un aspecto claramente peligroso. Había círculos de grasa flotando en la especiada salsa. Hambriento, Víctor atacó su comida. Pronto su vaso de whisky estuvo lleno de huellas dactilares grasientas. Cortó a pedazos el pan encima del plato y se comió con la cuchara las grasientas sopas. Estaba irritable. Wrangel trató de iniciar una conversación, como debe hacer un buen anfitrión. Víctor le dirigió una mirada sombría, cuando no siniestra (para ser más exactos iracunda), cuando Wrangel trató de señalar las relaciones entre los personajes de cómic y las ideas abstractas. Cuando la gente hablaba de que las ideas eran «claras», ¿no querían decir más bien reactivas? Seres humanos reducidos, representados como cosas. Era bastante aceptable si eran graciosos. Pero supongamos que la intención no fuese hacer gracia, como a menudo ocurre con las representaciones averiadas de los humanos, cuando se obtiene una condensación abstracta del tema moderno. Tomemos por ejemplo a Picasso y Daumier como caricaturistas (en esto mostró mucha deferencia hacia Víctor, el experto). Podría ser justo decir que Daumier trató un tema social: la clase media, la sala de estar. Picasso no. En Picasso se obtenía el sabor del nihilismo que iba acompañado de una abstracción cada vez mayor. Wrangel, enfundado en sus rollos de pieles y con la barbilla sostenida por una bufanda de seda y un pañuelo de algodón, estaba nervioso, inseguro, inquieto.

—¿Qué quiere decir eso sobre la razón? —dijo Víctor—. Primero me dice que las ideas son triviales, que están muertas, y, después, ¿qué es lo que hace sino hablar de ideas conmigo?

—No hay contradicción si digo que las ideas abstractas y la caricatura van juntas, ¿o sí?

—Tengo muy poco interés en hablar de esto —dijo Víctor—. Va a continuar hasta que usted vuelva a California, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

—Bueno, pues entonces escóndalo, sálteselo, guárdelo.

—Es una pena que mi éxito en la ciencia ficción se utilice contra mí. En realidad, tengo una formación más que buena en filosofía.

—Bueno, pues yo no estoy de humor para filosofía. Y no tengo ganas de hablar del nihilismo que va con la razón. Supongo que usted ya habrá hecho suficiente para fastidiar la conciencia de millones de personas con esa mezcolanza de astrofísica y divinidad que lo ha hecho tan famoso. Su problema es que le gustaría colarse en lo auténticamente serio. Bueno, pues ya ha hecho su contribución. Hemos tomado nota de su afirmación.

—Usted mismo ha escrito sobre la «enfermedad divina», Víctor. Supongo que cualquier criatura, independientemente de su situación en el mundo, tiene derecho una entrada simple si ha sufrido, si ha pagado su precio.

Pero Víctor no tenía intención de oírlo hasta el final. Puso una cara tan satírica, violenta y asesina que Katrina habría evitado mirarla si no hubiera sido tan extraordinaria: un aspecto de Víctor que

nunca se había manifestado antes ante ella. Apretó los labios en expresión de ataque. Fingió que graznaba, aunque ni un solo sonido salió de su boca. Sacó la lengua como un perro al que se le acaba el resuello. Apretó los ojos tanto que no se veía nada más que las cejas y las pestañas, como si fueran un ciempiés. Se puso los pulgares a ambos lados de la cabeza y movió los dedos. Entonces salió del reservado, agarró su bolsa y empezó a caminar hacia la puerta. Katrina también se puso de pie. Tenía en los brazos el violín de Vanessa, y dijo:

—Me disculparía por él si usted no lo conociera tan bien como yo. Se encuentra muy mal, señor Wrangel, eso puede verse. El año pasado casi lo perdemos. Y todos los días tiene dolores. Trate de recordar eso. Siento este incidente. No deseo que le afecte.

—Bueno, es una lección. Por supuesto, me entristece mucho. Sí, ya veo que no está en forma. Sí, realmente es una pena.

Lo había dejado cortado, y Katrina sentía pena por él.

—Gracias —dijo, retirándose y dándose la vuelta, mientras pensaba: «Espero no tener un aspecto demasiado torpe por detrás».

Victor la esperaba en la explanada y ella le habló enfadada:

—Eso ha sido un comportamiento muy grosero. No me ha gustado formar parte de él.

—Cuando empezó a hablarme de Daumier y Picasso, no pude resistirlo, ni un minuto más.

—Te sientes fatal y la pagaste con él. Él reconoció esto en silencio.

—Conmigo tampoco te has portado bien. No has dicho ni una palabra sobre tu conversación con Kinglake, ni sobre si vamos a salir de aquí o no.

—Nos va a enviar un avión de la empresa. Me asegura que puede llegar.

—Pero tú sabes que yo tendré problemas si me quedo atrapada en Detroit esta noche.

—No vas a quedarte atrapada. Va a venir un avión a buscarnos.

Una vez más, miles de personas. Nada de lo que ella pudiera pensar la libraba de la pena que sentía en aquella explanada llena de gente. Víctor se detuvo frente al brillante escaparate de una joyería y la miró a la cara. Le estaba hablando pero ella no podía oírlo. Parecía que tenía los oídos tapados.

—Podrías habérmelo dicho antes. Ya sabes lo nerviosa que me pongo cuando me siento atrapada.

—¿Y por qué *tengo* que aguantar yo a un tipo como Wrangel? —dijo él—. A mí me abordan miles de personas. Vienen a justificarse o a tratar de cambiar del todo. Quieren que yo les proporcione clichés mejores por los que vivir. Un hombre como Wrangel tiene que conseguir una nueva «identidad» porque se encuentra en una posición que nunca esperó alcanzar. Cuando llegó al Village hace mucho tiempo, se hizo notar por la forma tan extraña en que tocaba el violín o por dedicarse a escribir tiras cómicas cuando en realidad sus intereses estaban con Hegel y Pascal. Ahora se ha convertido en un gran símbolo, así que está completamente perdido. Viste pieles de zorro polar. Muy bien; si uno no está a la altura de las condiciones reales de la vida con fuerza y astucia, está condenado a vivir por una ficción u otra, de la que uno es únicamente un vulgar intérprete. Estos tipos se sienten profundamente heridos por su vulgaridad, y esto los lleva a tratar de ser originales. Mira con cuánto interés lo intentaba Wrangel. Quería que yo lo adoptara y fuera su tío espiritual o algo así: es demasiado viejo para que yo sea su padre. Hace algún tiempo recibí una carta de un tipo, un artista, que se dedica a trabctjar con material de extinción de incendios. En la carta me decía que se dedicaba a proteger el alma humana del fuego del mal. Nunca pintaba nada más que extintores. Quería mi bendición. Yo no tengo ningún servicio secreto que me proteja a mí. Yo me tengo que

defender solo.

—Muy bien... Pero, ahora, ¿qué se supone que vamos a hacer hasta que llegue el avión?

—En este local hay un hotel, arriba, fuera de este manicomio. Kinglake nos ha reservado una habitación.

—¡Gracias a Dios! No podría soportar más empujones y tirones por estos pasillos —dijo Katrina—. ¿Qué tipo de avión nos envían?

—Un avión corriente. ¿Cómo puedo saberlo yo? Estás exagerando la nota. Esta situación no es tan terrible. Esa mujer negra no va a abandonar a las niñas. Y además está tu hermana.

—Eso es lo que he estado tratando de decirte. Mi hermana está medio loca.

—Hablé con Kinglake sobre Felsher, el hombre que se supone que me va a presentar. Le dije que era un viejo estúpido estalinista y que le quitaría importancia a la ocasión. Es demasiado tarde para cambiar el programa, pero quería que contara mi desacuerdo.

—¿Podemos subir a la habitación, Victor? Tú descansas mientras yo utilizo el teléfono.

Se acercaron a la recepción del hotel. Los esperaban. Victor firmó la tarjeta y rechazó al botones.

—No necesitamos ayuda. No tenemos nada que llevar. Solo estamos esperando un avión. —¿Por qué debía costarle un pavo que alguien le abriera la puerta?

Cuando entró en la habitación, Victor se arrojó pesadamente sobre la cama y Katrina le quitó los zapatos. Debían de ser por lo menos de la talla dieciséis. Sin embargo, tenía unos pies de aspecto delicado. Cuando le quitó los zapatos de ellos surgió una especie de calor humano. Le colocó almohadas detrás de la cabeza. Mientras se ponía cómodo, él se dio cuenta de que se le volvían a erizar las terminaciones nerviosas en el estómago. Eso eran los daños de la cirugía. Las terminaciones deshilachadas de unos hilos de cobre. Una especie de dardos de pelo que le crecían dentro.

—Voy a llamar a mi hermana. No te preocupes, le diré al operador que corte.

Repasó la lista de números que le había dado Dotey. La gente que le contestó era desagradable y colgaba: cada vez era peor el comportamiento que se encontraba. Por fin logró dar con su hermana, quien le dijo que estaba en el extremo del South Side, a veinticinco kilómetros de su casa y a cuarenta de Evanston. Conducción peligrosa.

—Mala suerte lo de la nieve —le dijo. Sin embargo, notó que su voz expresaba satisfacción y no comprensión.

—¿Has llamado a Evanston? ¿Está allí Ysale?

—Ysale quería que yo le dijera dónde estabas tú. No creía que estuvieras en Schaumburg. Me dijo que Krieggstein había llamado varias veces. Él sí que te apoya, ¿no es cierto? Está enamorado de ti, Trina.

—Es un buen amigo.

—¿Dónde estás tú, por cierto?

—Tuvimos que aterrizar en Detroit.

—¡Detroit! ¡Jesús! Yo oí que iban a cerrar O'Hare. ¿Podrás volver?

—Un poco tarde. No mucho. ¿Dijo Ysole si había llamado Alfred? A estas alturas el psiquiatra le habrá dicho al abogado que cancelé mi cita, y si lo ha oído su abogado también lo habrá oído el mío.

—Tú le das demasiadas esperanzas a Krieggstein —dijo Dotey.

—Soy una entre tantas. Corteja a diez señoras a la vez.

—Eso dice él. Pero está fascinado contigo. Cuando Victor se vaya, se acercará más aquí. Puede

que estés tan derrotada que no seas capaz de resistir.

—Estás siendo muy desagradable conmigo, Dorothea. Victor se había colocado una almohada encima de la cabeza a modo de capucha. Tenía los ojos cerrados, y dijo:

—No te dejes enredar por ella. Oculta tus sentimientos.

—Acabemos. Estoy bloqueando una línea de clientes —dijo Dotey.

—Cuento contigo para que estés...

—Que yo vaya a Evanston esta noche está descartado.

He aceptado una invitación a cenar.

—Eso no lo mencionaste anoche.

—Estoy rodeada de socios del negocio —le dijo Dotey—.

Puedes llamarme a casa entre las seis y las ocho.

—Muy bien —dijo Katrina. Muy calladamente, obedeciendo a Victor, colgó el teléfono.

—Sé buena y apaga el aire acondicionado, Katrina. Odio este maldito flujo de aire falso de los hoteles. El motor me mata. Estos lugares cada vez se parecen más a funerarias.

El rostro de Katrina cuando le dio al interruptor estaba hinchado por los pinchazos que le había dado su hermana.

—Dotey tiene una especie de instinto contra mí. Cuando tengo problemas siempre está dispuesta a contribuir.

—Te las arreglarás sin ella. Volaremos de vuelta en un jet privado. Tú volverás a Evanston en limusina. —A estas palabras de consuelo Victor añadió—: A los niños les encanta la nieve. Tus hijas estarán fuera jugando y contentas. Te apuesto lo que quieras.

Hasta él estaba un poco sorprendido por la gentileza de su tono. Se sentía tierno. Le parecía que incluso cuando le había puesto los morros a Wrangel no se había sentido duro: más bien con ganas de bromear. De qué manera se podía ver una ocurrencia de este tipo: el jefe Iffucan, un indio con su túnica, un viejo con el pelo erizado y teñido de henna. Un encanto bárbaro. Era posible para Wulpy adoptar esa actitud. La habitación le había calmado sus heridas. No escuchó la siguiente conversación de Katrina, que fue con Ysole. Lo que empezó a pensar (que, una vez más, se le ocurría con frecuencia) eran los límites con los que hasta ahora nunca había contado. Ahora tenía límites por todos lados: «Has fijado unos límites que no puedes sobrepasar». Para el representante de la energía y de la acción norteamericanas estos límites omnipresentes y tangibles resulta han gracioso y al mismo tiempo lamentables. ¿Para qué servía un «bárbaro» *débil*? Los hombres modernos necesitaban fuerza. Los filósofos de la acción debían poder actuar. Por supuesto, Wulpy había tenido sus presentimientos de indefensión (los «límites fijados» de la Biblia no contaban, esos se referían a otra vida: el *yivrach katzail*, que «se mueve como una sombra», que había estudiado de niño). La pierna mala no había sido una limitación. Había sido una ayuda para ascender. Como lo fue quizá el pie de Edipo. Pero, solo tres años antes, había tenido a su madre acostada en el asiento de atrás de su gastado Pontiac, que durante aquella tarde sirvió de ambulancia. Una prima lo había telefoneado para decirle que su madre estaba prácticamente sin habla en el asilo donde vivía. Por fin había ido a inspeccionar aquel edificio indescriptible. Le hizo la maleta y la sacó de allí. Aquella tarde, con un calor terrible, fue de un sitio a otro para tratar de colocarla. Visitó asilos, encerrándola en el coche (barrios peligrosos) mientras él subía escaleras —con el tormento de tener que poner los pies en cada peldaño— para visitar habitaciones, inspeccionar cocinas y baños y discutir las condiciones con una variopinta población de «administradores», también conocidos como «locos por el dólar», que le

arrancaban el dinero de las manos. (Y no es que él no luchara por cada pavo. «Esto es un abuso permitido —les dijo—. Un robo indescriptible».) A las cuatro de la tarde todavía no había encontrado un lugar adecuado para ella, aquel monumento semiinconsciente acostado en el asiento de atrás de aquel cacharro.

Y mientras iba con su coche por Astoria y Jackson Heights —en su fantasía— llevaba a Katrina detrás en otro coche, pegado por entre muros de ladrillo muerto. Aquella Katrina imaginaria no llevaba puesto más que un abrigo, debajo del cual iba desnuda, en un estado de buena disposición sexual. Cuando aparcaba y entraba en un edificio, imaginaba que ella había frenado detrás, invisible, y que lo seguía cubierta por el abrochado abrigo Aquascutum. Él sabía bien que aquella era una fantasía muy corriente. Pero lo aceptaba. Al parecer necesitaba imaginar el olor a mujer —aquel olor como de cloaca y la fiebre que lo acompañaba era muy suya. Por fin Wulpy encontró un buen sitio, o puede que solo renunciara, y llevaron a su madre al interior mientras él escribía un cheque. Para entonces la vieja parecía indiferente. En cuestión de meses estaba muerta, dejando a Victor con sus ideas y sus viajes, sus actividades eróticas, en suma, con su razón de vivir: él era un hombre importante que hacía declaraciones importantes y publicaba artículos importantes. Poco después de que muriera su madre, él mismo ingresó en el Hospital General de Massachusetts. Allí estuvo a punto de morir, pero se dio cuenta de que era necesario respetar los límites fijados. Algo parecido a un gran río iba a cambiar de curso. Una especie de Mississippi estaba a punto de encontrar un nuevo lecho. Ciudades enteras se iban a hundir. Las mansiones flotarían por el golfo de México, levantadas de sus cimientos, y llegarían a tierra sobre las arenas de Venezuela.

—¿Dónde está usted en todo caso, Trina? —le dijo Ysole.

—Tuve que asistir a una reunión en Schaumburg, y estoy atrapada aquí.

—Muy bien —dijo Ysole—. Deme el número de la casa en la que está —cuando Katrina no contestó, Ysole dijo—: Nunca diría usted la verdad si pudiera decir una mentira.

Veámoslo de este modo: había un inhóspito espacio de invierno entre ellas. La cuadrada mujer negra con sus bajas y deformadas caderas que acerca el teléfono a su oreja, rodeada de pelo blanco, era mucho más astuta que Katrina y (con su negra nariz y su boca marrón que fueron formadas por naturaleza para la diversión) le divertían las mentiras e historias de Katrina. Katrina se paró a pensar. Y se dijo: «Estoy en un hotel de Detroit con Victor Wulpy. Y ahora mismo se levanta de la cama para ir al baño». ¿De qué le servirían esos hechos a ella? Ysole dijo:

—Su amigo el policía y su hermana han llamado para ver cómo estaba.

—Si no estoy en casa para las cinco, cuando llegue Lilburn, sírvale una copa, y beba usted también.

—Esta es la noche en que vamos al bingo. Hoy toca la cena de la iglesia.

—Le pagaré cincuenta pavos, que es más de lo que puede ganar en la iglesia.

Ysole volvió a decir que no.

De nuevo Katrina sintió: Todo el mundo tiene poder sobre mí. Alfred me castiga, el juez, los abogados, el psiquiatra, Dotey, incluso las niñas. Todos ellos me aplican normas que a nadie más le sirven, como no sea para liarlo. Eso es lo que me atrajo hacia Victor, que no dejaba que nadie le impusiera condiciones. Que sean otros los que cedan. A mí me gustaría ser así. Lo que pasa es que yo no tengo un ego como el suyo, porque él tiene toda una montaña de ego. Ahora le toca a Ysole.

—¿Me estás dejando plantada, Ysole? —le dijo.

—Trina, no me quedaría ni por quinientos. Tuve que pelearme con Lilburn por esta noche única

de la semana. ¿Cuándo cree que volverá a casa?

—Lo antes posible.

—Bueno, las niñas están bien. Las puertas están cerradas con llave y ellas pueden ver la televisión. Nos odian, se dijo Trina a sí misma cuando Ysole colgó. Nos odian terriblemente.

Necesitaba Visine para aliviarse el dolor de los ojos. En invierno se le inflamaban. Ella creía que era porque los gases de los tubos de escape se quedaban más cerca del suelo por las bajas temperaturas y por eso el aire del invierno apestaba más. Abrió el bolso y se sentó en el borde de la cama buscando por entre llaves, maquillajes, pañuelos de papel, billetes de dólar, tarjetas de crédito y limas de uñas.

—Ya veo que no has conseguido nada al teléfono —dijo Victor.

Ahora estaba por encima de él, y él le pasó la mano por el pelo. Siempre había un poco de escepticismo mezclado con su ternura cuando se acercaba a ella, como si le tuviera lástima, por todo lo que ella nunca entendería, o lo que él nunca haría por ella. Entonces hizo unas cuantas observaciones distraídas: una cosa muy rara en él. Volvió a mencionar el aire acondicionado. No encontraba el interruptor que lo apagaba. Le recordaba la máquina que había oído por primera vez cuando de niño le pusieron éter para operarle una pierna. Inconsciente, vio una luna brillante y llena. Una vieja trató de pasarle una barra por encima: el diámetro de aquella luna tan grande. Si lo hubiera hecho se habría muerto.

—Aquellas máquinas podrían haber sido los propios latidos de mi corazón. Desde entonces siempre me ha afectado la maquinaria que no se puede ver. Y ya se sabe cuántas máquinas invisibles hay en un lugar como este: todos esos motores y ordenadores con chips de silicio... Ahora, Katrina, haz algo por mí. Mete la mano debajo de mi cinturón. Ponla ahí, es delicioso. Necesito que me toques. Es una de las pocas cosas que todavía me sirven de algo.

Ella lo hizo. No era mucho pedir para una mujer madura. Una cuestión de amigos. Los signos de ansiedad eran siempre instantáneos. Nunca fallaban.

—¿Qué te parece uno rápido, Trina?

—Pero podría sonar el teléfono.

—Mucho mejor, con presión.

—¿Con estas botas?

—Limítate a bajarte la ropa.

Victor se agachó hacia ella. A todo lo que estaba al aire le aplicó sus mejillas, calidez con calidez, a sus muslos, a su estómago con su leve traza de vello por debajo del ombligo. El teléfono permaneció en silencio. No sonó. Estaban ganando, ganando, ganando, ganando. ¡Ganaron!

Eso es lo que le dijo Victor.

—Hemos conseguido algo.

—Se supone que íbamos a descansar —dijo Katrina—.

Mala suerte. Me da vueltas la cabeza.

—No nos movamos inmediatamente. No te levantes. Hay un proverbio ruso que dice: Si vas tarde, avanza despacio. Estamos mejor tal y como estamos. Kinglake nos habría llamado si el avión fuera de camino.

—¿Crees que ya se ha puesto el sol, Víctor?

—¿Cómo podemos saberlo desde aquí? Estamos en el interior del interior del interior. ¿Para qué preocuparse? Solo llegarás un poco tarde. Ellos tienen que llevarme allí. Si no está Wulpy, no hay

festival. Para ellos es una prueba, un reto que han aceptado.

Se quedaron al filo de la cama, con las piernas colgando. Él tomó la mano de ella entre las suyas y le besó los dedos. Era un hombre poderoso y cínico, pero a veces, como en este caso, estando con ella, dejaba a un lado el cinismo. Ella lo tomaba como signo de cuánto la quería. A él le gustaba hablar cuando estaban acostados juntos así. Ella recordaba muchas cosas memorables que él había dicho en esas ocasiones:

—Tú podrías escribir mejor que Fonstine —era uno de sus enemigos— si te quitaras los zapatos y golpearas el teclado con los hombros o los pies. O simplemente levantándote la falda y sentándote en la máquina con tu hermoso trasero. Los resultados serían más inspiradores.

Ahora Víctor mencionó a Wrangel.

—Solo quería establecer una relación conmigo.

—Te respeta mucho, te admira —respondió Katrina—. Eso ya se lo dijo cuando llegó al Village a finales de los cincuenta, era solo un niño: tú estabas en la misma clase que Franklin D. Roosevelt. Ya estabas destinado a ser un gran hombre.

—Estaba seguro de que hablaría mucho contigo mientras yo estaba al teléfono. Bueno, no voy a ser modesto sobre ello, Katrina... —¿Y qué es lo que había por lo que pudiera ser modesto? Se quedaron allí echados juntos al pie de la cama, desnudos de cintura para abajo. Él seguía rodeándole a ella los hombros con su brazo—. En algunos aspectos comprendo... Creí que sabía lo que iba a hacer con el poder. Me daba una ventaja sobre los intelectuales que nunca trataban de pensar en el poder. Por eso es por lo que no podían *pensar*. Yo tengo más hierro en mi interior. Mis ideas tenían más autoridad porque yo concebía lo que podría hacer con la autoridad. Yo soy así por naturaleza... —Hizo una pausa—. Era así por naturaleza. Ahora voy a tener que separarme de mi naturaleza. Esto es un motivo más para aumentar la visión desapasionada que siempre preferí.

—¿Y hablar así, justo después del sexo? —dijo Katrina.

—Me habría ido bien en un puesto de mando. Tengo las características temperamentales. No me importa que me desapruében. Soy naturalmente político, y siento un desprecio natural por la gente que en su vida privada no se deja llevar por el poder. Puede ser en el pensamiento o en la pintura. Tiene que ser una lectura poderosa de la verdad de la existencia. Una pasión metafísica. Uno consigue tanta verdad como tiene el valor de conseguir.

Y no tiene a nadie más que a mí para decirme esto. Esta era una de las ideas frecuentes de Katrina: ella se sentía decepcionada por él. Si hubiera tenido un cuaderno a su lado habría tomado notas. Porque ella tenía en efecto una idea de lo que decía.

—Algunos de los dolores más agudos que sentimos vienen del silencio que impone en nuestro interior más profundo lo que hacemos. La gente que menos lo parece puede ser la más profunda. Muchas veces he pensado: «Este, o esta, trabaja intensamente, busca en una galería distinta, pero las galerías están muy separadas, en paralelos que nunca se encuentran, y los cargadores son sordos para el trabajo de los demás». Debe de ser una de las formas más sofisticadas de sufrimiento humano. Y puede explicar las formas horribles que a menudo toma lo que llamamos «originalidad».

—¿Nada de lo que dijo Wrangel tenía ningún valor?

—Me podría haber interesado su gurú. Yo tenía un sentido para apreciar las opiniones de segunda mano. No creo que Wrangel tuviera nada nuevo que aportarme. Si estamos en algo parecido al final de los tiempos, para esta civilización, ya está todo bastante claro y legible para las mentes que están alerta. En nuestros pensamientos reales, y no quiero decir en lo que decimos, lo que decimos son

sobre todo tonterías, en lo que pensamos, las personas que están alerta reconocen lo que está sucediendo. Puede que hubiera algo en lo que dijo Wrangel, porque sigue haciéndose eco de su gurú, sobre las relaciones que adoptan las ideas reales: una idea real puede que no tenga una imagen real que le corresponda. ¿Sabes por qué se rompió la comunicación con Wrangel? Era poco agradable oír una parodia californiana de las cosas que yo ya había pensado. He estado muy preocupado, Katrina. Y las ideas que he desarrollado durante sesenta años no parecen ayudarme a resolver este problema. Me comprometí hasta el extremo con la lucidez...

—¿Pero no estás lúcido?

—Esa es mi lucidez *mental*. He estado teniendo impresiones lúcidas (sueños o visiones) en vez de ideas lúcidas.

—¿Qué quiere decir eso?

—Bueno, hay algunos conocimientos compartidos de los que no hablamos. Esa búsqueda sorda en la mina.

—¿Como por ejemplo?

—Algunas sugerencias crípticas persistentes: los muertos no están realmente *muertos*. Ahora bien, nosotros no creamos las ideas, como parecía sugerir ese tonto que hace películas. Una idea es algo real, que ya está creado, y una idea real puede decidir visitarte. Me parece que comprendo por qué esto me sucede a mí. Después de tantos años dedicado a las artes, uno empieza a comprender que el valor de la vida está ligado al valor del arte. Y para esto no hay ninguna base racional. Entonces uno empieza a sospechar que es a lo «racional» a lo que le falta un sentido real. Los racionales contestarían que esto lo sugiere el debilitamiento del organismo. Pero es un argumento estúpido.

Víctor evitó hablar del lado erótico de todo esto —mágico, estético, erótico— o de lo que podría significar este estallido final de erotismo. Podría significar que estaba pagando con sus últimos vestigios la lucidez de la impresión y la confirmación sexual del hecho de que seguía existiendo. Pero la fuerza plena, unas cifras fuertes, solo te hacían más capaz de mentirte aquí mismo, de mantener la *mauvaise foi*, la descripción falsa de tu realidad personal. No le mencionó a Katrina la música underground que significaba (había significado para Marco Antonio) que el dios Hércules se estaba marchando.

Cambió de tema. Le dijo a Katrina:

—En realidad es gracioso que Wrangel me confunda en su mente con FDR.

También Roosevelt se estaba muriendo en un momento en el que era más necesario que nunca tener fuerza. ¿Y acaso no había habido una mujer con él en Warm Springs cuando tuvo la hemorragia cerebral?

—¿Se te ocurrió alguna vez a ti? —dijo Katrina.

—Se me ocurrió, pero traté de no pensar en ello. Stalin se burló totalmente de ese hombre. Aquellos viajes a Teherán y Yalta debieron de matarlo al pobre. Lo arruinaron físicamente. Estoy seguro de que Stalin lo que quería era acelerar su muerte. Fueron unos viajes terribles. Roosevelt se sentía retado a demostrar su vigor. Stalin no cambió de opinión. Roosevelt se dejó destruir, mientras demostraba su fortaleza como dirigente de una gran potencia, y también su «nobleza».

Katrina, que había acercado aún más su redondeado rostro —como una chica posando para una «foto de novios», cara a cara—, le dijo:

—¿No tienes frío? ¿No quieres que te cubra con la manta? ¿No? Por lo menos pon los dedos bajo mi cuerpo para que se calienten.

Para alentarlo se volvió de lado. Aquella era una táctica con la que siempre podía contar: la suave forma de su trasero, su blancura de crema de Chantilly. Él siempre reía cuando ella se ofrecía así, y acercaba sus manos grandes y delicadas. Era realmente un tipo duro, y especialmente con las distorsiones de la edad: el destrozado Sileno de Picasso que intenta alcanzar a la belleza desnuda. Ella sentía en él una especie de delicadeza aristocrática cuando manipulaba sus formas redondas. Realmente era un poco una locura, el orgullo con el que trataba su trasero. Él agarró las marcas que tenía a cada lado (tenía dos marcas de nacimiento) como si fueran ojos.

—Ahora estás bizca. Ahora solo un poco. Ahora parece que planeas una conspiración. —Victor se detuvo y dijo—: Esto es lo que decía el pequeño Wrangel sobre las tiras cómicas y las abstracciones, ¿verdad? ¿Qué hacen estas caras? —Entonces la acarició suavemente y dijo—: No es una metáfora cuando digo que tu cuerpo me deja sin habla.

En ese momento el teléfono empezó a sonar, una vez y otra, sin piedad. Era la dirección del aeropuerto. Su avión estaba aterrizando. La limusina iba a buscarlos. Tenían que estar abajo en cinco minutos.

Esperar en medio del frío, bajo las brillantes luces. Victor tenía su bastón y la gorra de marinero: el amplio bigote, el maravilloso rostro, la noble soltura en todas las circunstancias. El Príncipe Pensador. Ella, nunca bastante a la altura, se sentía un poco torpe junto a él. Además le tocaba ocuparse del maldito violín. Llevar un instrumento que no sabía tocar. Eso la convertiría en una portadora nativa. Debería acostumbrarse a ello. Y allí estaban, en las afueras de Detroit, de pie debajo de un rayo de luz. Igual que las demás estúpidas ciudades de la constelación del norte —Buffalo, Cleveland, Chicago, Saint Louis— todos aquellos campos de ruina que de noche tenían un aspecto tan dorado y hermoso.

—Esto no es una limusina —dijo Victor, irritado, cuando llegó el coche—. Es un maldito Honda compacto.

Pero no volvió a protestar por ello. Abrió la puerta del coche y se agarró al filo del techo para instalarse en el asiento delantero. Primero tenía que meter la pierna tesa, hasta el extremo del conductor, junto al embrague, y entonces metió la cabeza y la enorme espalda de manera que, cuando se volvió, el coche estaba lleno hasta arriba. Entonces se posó sobre el asiento laboriosa y pacientemente. Era como una operación difícil. Pero, tan pronto como estuvo colocado, y mientras Katrina se acomodaba en el asiento de atrás, ya había empezado a hablar. ¿Se estaba preparando para la próxima conferencia, afinando las cuerdas?

—¿Acabaste el libro de Céline que te presté?

—¿El *Viaje*? Sí que lo acabé, por fin.

—No es agradable, pero es importante. Es una de esas cosas francesas que he tenido en la mente.

—¿Como el de Baudelaire?

—Exacto.

El conductor había empezado a circular por una carretera oscura, junto a un borde de setos. Victor se estaba esforzando por volverse en el pequeño asiento; quería mirarla. Al parecer quería transmitirle algo no solo con palabras sino también con el gesto.

—¿No te pareció verdaderamente estupendo? Utiliza el lenguaje que utiliza realmente la gente en todas partes. Expresa las ideas y sentimientos que todos ellos comparten.

—La última vez que hablamos de ello me dijiste que esas eran las ideas que hicieron que Francia se hundiera en 1940. Y que los alemanes también tenían las mismas ideas.

—No creo que eso fuera exactamente lo que dije. Y hablando de nihilismo ...

¿Por qué le había pedido a ella que leyera aquel libro? Hacia el final —una pesadilla— cierto aventurero de nombre Robinson se negaba a decirle a una mujer que la amaba, y aquella «amante» mujer, enfurecida, lo había matado de un disparo. Ni siquiera cuando le apuntó con la pistola dentro de un taxi fue capaz de hacer que dijera las palabras «te amo». La «amante» mujer era en realidad una maniaca, mientras que el hombre, el «amante», aunque él mismo era un sinvergüenza, una escoria, un asesino, tenía aún un atisbo de honor, aunque aquello también estuviera en fase terminal. Era mejor estar muerto que ser transportado de por vida por esa ogresa loca a la que tendría que decirle que la «amaba». No era tanto el libro lo que le había chocado a Katrina —al fin y al cabo, un libro era solo un libro— sino más bien el hecho de que él, Victor, le hubiera dicho que lo leyera. Por supuesto, siempre estaba presionando para que ella tuviera la perspectiva más amplia posible sobre la realidad histórica. Su campo de operaciones era todo el universo. Era un cosmopolita en el más amplio sentido de la palabra, un gigante de la comprensión, y él ocupaba el puesto central de mando de la comprensión.

—Hay que enfrentarse a los hechos destructivos. No sirven los paliativos —era el tipo de cosa que solía decir.

—Ese libro era algo muy cercano a los campos de concentración —le dijo ella.

—No lo niego.

—Bueno, pues en el hotel dijiste que la gente atenta en todo el mundo reconocía los mismos hechos. Pero ésa no es exactamente la manera en que se trataba en el libro de Céline. Ni siquiera para ti, Victor.

No hubo tiempo para contestar. El coche se detuvo en el pequeño aeropuerto privado. Cuando el chófer acudió corriendo para abrirle la puerta, ella creyó ver que tenía el rostro desencajado. Quizá era solo el frío el que le hacía poner ese gesto. Tratando de liberarse del coche, Victor volvió a agarrarse al techo y saltó hacia atrás, para recoger la pierna mala.

Entraron en una nave con demasiadas luces. En el mostrador, donde no dejaban de sonar los teléfonos, Trina le dio el nombre de Wulpy al encargado. El hombre le dijo:

—Sí, su Cessna los está esperando. Dentro de unos minutos podrán embarcar.

Ella le comunicó la noticia a Victor, quien asintió con la cabeza pero siguió hablando.

—Es cierto que a los franceses les jugó una mala pasada su ideología. Una ideología es una maldición que echan los que mandan, una red de mentiras, y el descubrir esto puede enfurecer a la gente. Por eso es por lo que Céline es violento.

—¿La gente? *Alguna* gente.

Tiene uno una aventura amorosa y le pide a su amante que lea un libro en el que se desacredita el amor, y es el libro más extremo que se puede elegir. Menudo regalo de San Valentín.

Con sus botas de piel de avestruz, ella no se sentía muy elegante delante de él para entrar en el Cessna. Se sentía torpe y gorda, todas las cosas inelegantes que puede ser una mujer, y llevaba el instrumento de Vanessa pegado al pecho. A la luz de la refulgente burbuja del fuselaje, observó cómo ayudaban a Victor a subir al avión. Los dos hombres que componían la tripulación recibieron a Victor y Katrina con una consideración especial. Así es como formaban al personal para estos trabajos ejecutivos. Los pasajeros eran invitados. ¿Querían un café? ¿Un donut fresco, algunos

bizcochos? ¿O preferían un whisky? Los periódicos de la tarde aún no estaban disponibles cuando salieron de Chicago. Sin embargo, tenían *Barran's* y *The Wall Street Journal*. Los asientos eran lujosos: mucho espacio para las piernas y unas luces para leer excelentes. Había un panel con muchos interruptores. Ninguno de los pasajeros tenía intención de leer en aquel momento.

El piloto dijo:

—Aterrizaremos en Midway, y allí tomarán ustedes un helicóptero para Meigs.

—Bueno, esto ya está mejor —dijo Victor—. ¿Ves?

Ella interpretó ese «¿ves?» como una afirmación de que él no la había engañado. La había mandado llamar, y la volvía a llevar a Chicago. Él tenía el poder de convertir en realidad todas las promesas. Levantó el vaso de whisky. Bebamos por ti y por mí. Algo parecido a una sonrisa apareció en su rostro, pero también tenía aspecto cansado y triste. Sus ojos, aquellos estrechos canales, estaban negros, heridos mortalmente. Ninguno de aquellos poderes —mandar llamar máquinas especiales, ordenar privilegios especiales— parecía significar nada realmente. Eran tonterías para la jaula que ocupaba.

—Ah, sí, es verdad que tú misma eres piloto —recordó él.

—No de uno de estos aviones —respondió Katrina. Levantó el reloj de pulsera hacia la luz. Para esta hora, Ysole ya se habría marchado de la casa.

De pronto el silencio de la cabina se rompió con un rugido furioso. No se oía nada. El avión empezó a dar saltos por las heladas rayas del campo. Entonces empezaron a correr y ¡gracias a Dios! se elevaron del suelo. Aquel viaje los llevaría hacia el sur cruzando el lago Michigan. Poco importaba, con aquel tiempo, que el agua no pudiera verse. La impoluta limpieza de la cabina tenía por objeto infundir seguridad. Ella probó el café: estaba helado, no estaba caliente. Cuando mordió el donut de mermelada, le gustó la fragancia de la pasta frita pero no la gelatina rosada que salió de dentro.

Era posible que él no tuviera ninguna intención especial cuando le dio a leer el libro de Céline. Si era así, ¿por qué lo sacaba a colación ahora? ¿Y qué pasaba con Beila la matrona, a la que Vanessa había recomendado el libro sobre la homosexualidad? Eran todos una familia de lectores, ciertamente. Pero aquello no reflejaba bien quién era Beila. A veces Victor hablaba de «las esposas de cierto tipo». «Para las esposas de cierto tipo la felicidad completa consiste en inmovilizar a sus maridos.» Con esto quería sugerir que un hombre con más de setenta años que había estado a punto de morir en el hospital de Massachusetts y que tenía la pierna mala era un candidato perfecto para la inmovilización. Era igual que tratar de inmovilizar las cataratas del Niágara. Un juicio perfectamente objetivo de Beila, del que se eliminaba toda rivalidad y culpa, era el de que al menos se comportaba con dignidad. Cuando pareció que Víctor no iba a conseguir sobrevivir en el hospital, Beila le preguntó si quería ver a Katrina, que estaba escondida en una de las salas de espera. Claro que Victor quería verla, y Beila la mandó llamar, y además se retiró de la habitación, para dejarlos que se despidieran. Entonces Katrina y Victor se agarraron de la mano. Parecía que no eran capaces de hablar. Ella lloró con el corazón destrozado. Le dijo que siempre lo querría. Él le apretó la mano y le dijo: «Ha llegado el final, niña». Tenía la lengua trabada, pero hablaba serio y claro, eso lo recordaba ella. Desde entonces, ella pensó lo importante que había sido que le confirmaran su derecho de acceso, y que reconocieran lo que él sentía por ella. Aquel no era un adulterio como los otros. Ella no era una de las mujeres de paso. Antes de la muerte, las emociones estaban abiertas, y ella vino: cuando entró corriendo le pareció que iba a explotar. Le concedieron el derecho a sufrir. Certificaron

su relación; hizo falta una especie de impresión formal de la habitación del enfermo. El último adiós. Él se estaba muriendo. Cuando le soltó la mano, con lo que quería decir que era el momento de marcharse —quizá era demasiado para él, demasiado doloroso— y ella se marchó sollozando, vio en la distancia la figura inconfundible de Beila, que la observaba o la estudiaba.

Bueno, ¿y qué había logrado Beila con su generosidad, cuando Victor volvió a ponerse en pie? Aquello solo facilitó las cosas para los amantes. Y entonces aquella hija estúpida, rabínica, metomentodo y malcriada le aconsejó a su madre, con sesenta y muchos años, que aprendiera a dar masajes y a succionar, a utilizar técnicas avanzadas de seducción. (Por dos centavos le tiraría el violín en medio del lago. ¡Maldita putita!) Beila necesitaba toda la dignidad que pudiera reunir. Y especialmente con un marido cuya descripción podía ser: «¡Otros obedecen nuestros juicios, pero tú estás libre!». Y por último el propio Victor que le venía con aquella idea definitiva e infernal sobre el «amor» (que el amor era algo *déqueulasse*. Como la carne podrida; hasta los perros la rechazarían, pero los «amantes» le echaban encima un poco más de «salsa de ternura» y entonces se convertía en un plato delicado, digno de ser presentado ante un rey) al darle a leer aquel libro.

Así no había sido cuando estaba en el hospital, cuando tenía la muerte encima.

De pronto se le ocurrió que lo que pretendía era quitarle sensibilidad para que cuando él muriera —como seguramente presentía que iba a suceder pronto— sufriera menos.

Pero era muy duro con ella. Unos años antes había sugerido que Joe No Sé Qué, un agradable poeta joven, y también muy guapo, aunque no era ninguna maravilla, era muy atento con ella. «¿Crees que podría gustarte?» Puede que aquello fuera una prueba. También era posible que fuera un intento de librarse de ella, y su estimación del talento de aquel hombre (no era ningún secreto que no tenía talento) también le dijo algo a Katrina, la clasificó a ella en una escala realista: una mujer sensual pero gorda, con venas varicosas, mejillas desiguales y muslos de color de crema, pero tampoco ninguna maravilla. Daba la casualidad de que sus defectos le gustaban a Víctor. Pero estaban ya las ideas formadas, y las normas establecidas. Desde que se recuperó milagrosamente no le había hecho ninguna otra sugerencia de emparejamiento. Incluso parecía sospechar, celoso, que ya estaba mirando a su alrededor, al mundo de glamour al que él la había introducido. A ella no le habría sorprendido si, al insultar a Wrangel y tratar de hacer que ella participara en el insulto, Víctor hubiera tratado de eliminar a aquel productor famoso como rival. Víctor era un hombre muy astuto. Por ejemplo, el sexo de aquella tarde, ¿había sido el deseo o un soborno? No, no; hasta Dotey decía: «Tú eres la única que lo excita». Aquello era verdad. Ella lo devolvía a la vida. Era la *caresse quifait revivre les morls*. La resurrección sexual para aquel hombre.

La puerta de la cabina de mando estaba abierta. Por detrás de los hombros de los pilotos se veían las luces del panel de instrumentos. De vez en cuando el copiloto miraba hacia atrás, a los pasajeros. Entonces dijo: «El avión está dando muchos saltos. Será mejor que se aten los cinturones». ¿Estaban atravesando una tormenta? Era mucho peor que eso. El avión estaba siendo golpeado y zarandeado como una lancha a toda velocidad por las olas. Víctor, que había estado muy silencioso hasta ese momento, por fin se dio por enterado. Agarró la mano de Katrina. Ahora los pilotos cerraron la puerta de la cabina. Debajo de sus pies, vasos de plástico, botellas de licor y donuts se deslizaban hacia la izquierda.

—¿Te das cuenta de lo inclinados que estamos, Victor?

—Deben de estar tratando de subir para evitar esta turbulencia. En un avión más grande no se notaría. Los dos hemos volado con un tiempo peor.

—No lo creo.

La luz de encima de sus cabezas se hizo cada vez más tenue. Pero diversas sombras oscuras eran lo que había en el rostro de Katrina. En las mejillas de Victor el color rojo parecía haber sido aplicado con un pincel.

—No es posible que haya un fallo en los motores. ¿A ti qué te parece, Victor?

—No lo creo.

Como era su costumbre, esbozó un resumen de la situación. En él incluía a Katrina y adoptaba el p'unto de vista más amplio posible. Estaban montados en un Cessna porque él había aceptado la invitación para dar una conferencia, un viaje que no era estrictamente necesario y que podría ser fatal (aunque por su parte se lo tomaba con calma). Para Katrina era incluso menos que necesario. Por ella lo sentía. Ella estaba aquí por él. Pero entonces se le ocurrió que no comprendía una vida tan distinta de la suya propia. ¿Por qué podía querer nadie llevar aquella vida que llevaba ella? Yo sé por qué he hecho lo que he hecho con la mía. ¿Por qué hace ella eso con la suya? Era una pregunta malévola, incluso si se la miraba desde la perspectiva cómica, porque es cierto que tenía visos de comedia. Pero cuando había planteado la pregunta se sintió expuesto, sin ningún tipo de aviso, a una especie de juicio doloroso. Supuestamente era su vida la que había tenido escala real, él había producido ideas genuinas, y esas ideas habían provocado innovaciones intelectuales y artísticas importantes. Todo aquello era algo serio. ¿Y Katrina? Ella no era seria. Se había divorciado para perseguir a una figura destacada: ¿iba detrás de la pasión, de un placer elevado? La misma historia de siempre... ¡Aquello no era serio! No obstante, ahora estaban juntos, y los dos se inclinaban igual en aquel avión que daba botes; el mismo destino para los dos. Él era el motivo de que ella se encontrara allí, y ella era (indirectamente) el de él. Vanessa, por razones femeninas, enfurecía a Katrina, pero sus rodillas (que incluso en este momento tenían un atractivo sexual) no dejaban de agarrar con fuerza el violín. A menudo había dicho, o admitido, que el misterio más oscuro y poderoso, más profundo que la política, era el del entendimiento entre un hombre y una mujer. Y él sabía muy bien que Katrina había formado visiones absurdas de lo que podría hacer con él: apartarlo de Beila para servirlo durante el resto de su vida, y así alcanzar una posición social elevadísima e inexpugnable, presidir un salón, y, después de la muerte de él, que hablaran de ella como una mujer legendaria de profundos conocimientos y gran sutileza. Esta Katrina mezclada era un revoloteo de imágenes, tanto comunes como mágicas. Ante ella este hombre de la palabra se quedaba a veces mudo. Él la adoraba porque... porque ella estaba justo en la línea de separación entre gracia y torpeza, por el efecto sensual que tenían sobre él sus dedos, por el patetismo de sus rodillas agarrando el violín. Y ahora, ¿puede alguien decirme qué tiene que ver todo esto con las ideas de Victor Wulpy? Lo que lo había enfurecido de veras con Wrangel era que había dicho que la mayoría de las ideas eran triviales (con lo que quiso decir, sobre todo, que las ideas del propio Victor eran triviales). Y, si Victor era incapaz de explicar la atracción sexual que ejercía sobre él Katrina, el Eros que (de forma muy justa) impedía que él se desintegrara del todo, Wrangel tenía razón, ¿no? Katrina, como objeto del pensamiento, era la menos trivial de todos. De todo lo que se podía omitir en el pensamiento, lo peor era omitir el propio ser. Entonces era cuando uno había perdido. Uno oía la música subterránea de su antepasado Hércules que se iba haciendo más débil a medida que lo abandonaban. Todo lo que le quedaba era la lucidez, la lucidez última, muy clara, que duraba hasta que se alcanzaba la frontera de la muerte. En cualquier momento iba a descubrir qué aspecto tenía el otro lado de la frontera.

No era la primera vez que oía aviones haciendo ruidos de estrés, pero nunca había oído nada

parecido al crujido de metales que oía entonces, como si los remaches fueran a saltar a semejanza de antiguos botones de cuello. Después de todo, las alas eran muy ligeras. Incluso a la tranquila luz del día, cuando temblaban, pensabas: Son un par de tablas de planchar, eso es todo.

—Victor, nos inclinamos hacia el otro lado... Nunca he visto nada peor.

Sin comentarios. ¿Para qué negar lo evidente? El avión se venía abajo como un naípe.

—Si nos estrellamos...

—Será culpa mía. Yo te metí en esto.

Hubo un momento en que dejaron de descender. Victor se preguntaba por qué no había aumentado la frecuencia de sus pulsaciones. No se ahogaba, no transpiraba, cuando el avión volvió a caer.

—Ni siquiera te importa demasiado —dijo Katrina.

—Claro que me importa.

—Escúchame, Victor. Si vamos a morir pronto, si vamos a acabar en el agua... te voy a pedir que me digas una cosa.

—No empieces con eso, Katrina.

—Es muy sencillo. Solo quiero que lo digas.

—Déjalo, Katrina. Con tantas cosas en las que pensar, en un momento como este, ¿eso es lo que me pides? ¿Amor?

—La furia hizo que su voz volviera a sonar como un pífano. Abrió la boca, el bigote también se extendió. Estaba a punto de hablar con más violencia incluso.

Ella lo cortó.

—No seas horrible conmigo ahora, Victor. Si nos vamos a estrellar, ¿por qué no tendrías que decirlo?...

—Aprovechas esta oportunidad para forzarme a ello.

—Si no nos queremos, ¿qué estamos haciendo? ¿Cómo es que hemos llegado hasta aquí?

—Llegamos aquí porque yo soy un hombre y tú eres una mujer, y así es como llegamos aquí.

De pronto se le ocurrió una idea extraña: los ateos aceptan la extremaunción. La esposa insiste y el moribundo asiente con la cabeza. ¿Por qué no?

En el siguiente intervalo sintieron cómo la elevación de la nave era controlada. Habían vuelto a encontrar un aire más calmado y navegaban de forma más tranquila. Katrina, todavía inquieta, empezó a pensar en recomponerse el ánimo que la tormenta había descompuesto.

—Puede que todo acabe bien —dijo Victor.

Ella se sentía peor de lo que se había sentido nunca. ¡Dios mío! Cuánto terreno he perdido, pensaba.

La puerta de la cabina se volvió a abrir, y el copiloto dijo:

—¿Todo bien? Hemos atravesado una zona de inestabilidad, pero llegaremos al sur de Chicago dentro de un momento. Se oyeron unas palabras confusas, un crepitar incomprensible, que provenía de la torre de control de Midway.

Victor se había quedado callado, pero parecía de buen humor. ¡Vaya hombre para la compostura! Y no te echaba en cara cosas ridículas. Realmente por ese lado era muy decente. Lo de *MASH*, por ejemplo. Era incapaz de decir «Te quiero». Habría sido mala fe. Que hicieran frente a la muerte no era ninguna excusa. Ella volvió a examinar las palabras de él, una y otra vez, y las de ella, mientras el avión se preparaba para aterrizar. Lo estaba meditando todo incluso cuando se alejaron en el helicóptero, bajo las alas batientes. Aquella forma de adoctrinar a las muchachas: no te preocupes,

cariño, el amor resolverá tus problemas. Hazte digna de ser amada y te amarán. La gente está loca, pero no *demasiado* loca. De manera que no te vas a matar. Vas a estar bien. Y con esta explicación de una madre tonta (y su madre era realmente estúpida) una entraba en acción en el mundo.

Víctor le dijo:

—¿Ves cómo hacen las cosas estos ejecutivos?

—¿Qué hora es, sobre las seis? Voy a llegar a Evanston con dos horas de retraso.

—Cuando me dejen a mí, les diré que te lleven corriendo a casa. Hazme un favor y llévate el violín.

—Muy bien.

Al día siguiente tendría que llevarlo a Bein & Fu-shin. No le gustó el aspecto de él en Meigs Field. En otro momento es posible que le hubiera parecido excitante aterrizar allí. El azul de las luces del suelo era tan brillante, y el rojo dando vueltas, tan vívido, claro con la nieve de fondo. Pero Víctor descendió muy lentamente, cosa que a ella le llegó al alma. Un colega se adelantó a estrecharle la mano. Era el señor Kinglake, que los condujo a un gran automóvil. Salieron entre el acuario y el museo y prosiguieron, todo poder y lujo como una librea de funeral, hacia la calle Randolph, y hacia el norte por el bulevar Michigan hasta llegar al edificio 333. Víctor, que en todo ese tiempo había permanecido en silencio, le apretó los dedos cuando se apeó del automóvil.

—¿Mañana? —le dijo.

—Muy bien, mañana. Y *merde*, que tengas suerte. No dejes que puedan contigo.

—No te preocupes. Domino la situación —respondió Víctor.

Y era verdad. Además, la había traído de vuelta a Chicago. En la acolchada calidez de la limusina, en dirección norte, Katrina, mientras se imaginaba a Víctor elevándose a toda velocidad en el rápido y dorado ascensor de rico, sintió una punzada en el corazón y en las tripas: sentía pena por aquel hombre, una pena que él no sentía por sí mismo. Realmente no la sentía. Le faltaba tiempo. Tenía demasiadas cosas en que pensar. Todas aquellas cuestiones mentales sin terminar lo mantendrían ocupado por siempre. A él no le habría gustado que ella sintiera por él una punzada en el corazón.

Pero, entonces, ¿había sido correcto volverse hacia un hombre de su estatura y endosarle un cliché? Bueno, una de las cosas buenas que tenía Víctor era que se tomaba muy a la ligera tus pecados veniales, especialmente los femeninos. Sin embargo, en ese caso, podría haberle dado gusto, podría haber pronunciado las palabras que ella quería oír. No necesitaba preocuparse porque ella fuera a utilizarlas más tarde contra él.

El lago se acercaba mucho a la orilla a lo largo del Outer Drive y golpeaba violentamente las piedras y las playas, horriblemente blanco de espuma en comparación con los cientos de millas de oscuridad que acababan de cruzar en el Cessna. En la calle Howard los blancos mausoleos y las enormes cruces celtas estaban justo frente al agua. Era una pena desperdiciar con tumbas unos terrenos tan buenos. Este trozo de la carretera no le gustaba. Le dijo al chófer:

—Esta parte es una de las favoritas de la policía para poner multas por exceso de velocidad. —El chófer ni contestó. Ella le dijo—: Por favor, lléveme a Ovington.

Desde el garaje condujo su propio coche a casa, y tuvo que aparcar en una cuneta a cierta distancia porque nadie había quitado la nieve de la entrada de la casa.

La casa estaba a oscuras. Allí no había nadie. Lo primero que temió fue que Alfred hubiera venido a llevarse a las niñas. Entró en el cálido vestíbulo, empujando la hermosa y pesada puerta contra la resistencia de un ser vivo: Sulkie, por supuesto, la pobre vieja, que no era tan sorda como para no oír

el rascado de la llave de Katrina.

Al encender la luz del salón vio que Soolie y Pearl habían estado recortando papel después de la escuela. Probablemente Ysole les ‘había ordenado hacerlo. Tenían la costumbre de obligarte a darles órdenes. Pero ¿dónde se habían metido? Katrina miró en la cocina a ver si había un mensaje. No había nada en el tablón de corcho. Nada en la mesa del comedor. Llamó al número de Alfred. Si estaba allí, no contestó. Llamó a Dorotea y después de que el teléfono sonara dos veces oyó la pequeña grabación de Dotey, que Katrina nunca había oído con mayor desagrado. Dotey haciéndose la graciosa: «Cuando disminuyan las vibraciones del gong hagan el favor de dejar su nombre y su mensaje». El gong, para hacer juego con la cama, era chino también. Katrina dijo: «Dotey, ¿dónde demonios están mis niñas?». Inmediatamente apretó el botón, y cuando volvió a oír el tono del teléfono, marcó el número del teniente Krieggstein. Allí no había nadie tampoco. A continuación pensó en llamar a su abogado. Sabía que le molestaba sobremanera que lo llamaran a su casa, pero en aquel momento eso era lo que menos le importaba. Lo que sí le importaba era que no tenía nada que decirle aparte de que temía que el padre hubiera raptado a sus hijas mientras ella estaba ausente... Ausente, ¿dónde? En un avión con su amante.

Sulkie la había seguido hasta la cocina, y se apretujaba contra ella: necesitaba que la sacaran. Tierna y distraída, Katrina acarició el negro cuello del animal. Tenía el pelo espeso, pero fino al tacto. Será mejor que la saque mientras pienso en lo que voy a hacer, decidió Katrina, y ató la correa al collar de Sulkie. Todas las puertas de sus vecinos estaban despejadas de nieve; solo la casa de los Goliger seguía bloqueada. La perra se alivió inmediatamente. Estaba claro que nadie había pensado en ella en todo el día. Katrina se dirigió hacia la esquina con su paso lento y con gran movimiento de caderas, apartándose el sombrero de la frente: tan cansada que apenas se daba cuenta de que había nieve. Le dolía la cara por todas las tensiones del día. ¿Se había llevado Ysole a las niñas a su casa? ¿Al bingo de la iglesia? Aquello era lo más improbable.

Al volver de la esquina vio que un coche aparcaba enfrente de su casa. Como las luces la cegaban, no fue capaz de distinguirlo. Se echó a correr con las botas de piel de avestruz, tirando del perro por la correa, y diciendo: «Venga, chica, vamos».

En ese momento alguien levantaba a las niñas por encima de los montones de hielo y las posaba en la acera. Reconoció a Krieggstein por el sombrero. También por el impermeable, voluminoso e incómodo, y por sus movimientos.

—¿Adónde habéis ido? ¿Dónde habéis estado? No dejasteis ningún mensaje.

—Llevé a las niñas a comer.

—Soolie, Pearl... ¿Qué tal día habéis pasado? —dijo Katrina.

Ellas no respondieron nada, pero Krieggstein dijo:

—Lo hemos pasado muy bien en Burger King. No fríen las cosas como los demás sitios de comida rápida, sino que asan la carne a la parrilla. Después hicimos una parada en Baskin Robbins y compramos un cuarto de mousse de chocolate con gomitas de caramelo. Cosas ricas.

—¿Simplemente entraste aquí y te las encontraste?

—No, tomé el relevo de tu criada negra. Tú la llamaste, ¿no?

—Pues claro.

—Me puse de acuerdo con ella para venir —dijo Krieggstein—. ¿No te lo dijo ella?

—Me dio a entender que ella se marchaba a las cinco en punto.

—Su idea de una broma —dijo Krieggstein—. Le pedí que te dijera que yo estaría aquí.

—Gracias, Sam.

En el vestíbulo él la ayudó a quitarse el abrigo. Lo retiraron del cansado cuerpo de ella.

En aquel momento la mente de Katrina hizo una importante conexión. ¿Por qué tenía que declarar Victor «te quiero»? Era por ella por lo que viajaba. ¿Habría hecho un viaje así si no? Si de verdad era como FDR, cuya muerte Stalin había acelerado al obligarlo a viajar a Malta, Teherán, ¿por qué una mujer que pretendía amarlo le imponía aquellos esfuerzos?

—¿De quién es este violín? —dijo Krieggstein—. Nunca he visto un violín antes en esta casa.

Se estaba quitando el impermeable, retirando la chaqueta abultada por las pistolas, componiendo el rostro acalorado, frotándose los ojos enrojecidos por el frío.

Ella había tenido razón cuando dijo en el Cessna: «Ni siquiera te importa mucho». Victor lo había negado. Pero no podía hacer otra cosa. Ella imaginó que lo que deseaba era morir. Morir sería una iluminación. Había ideas estrechamente asociadas con la muerte que solo la muerte misma podía desvelar. Probablemente sentía que lo había pospuesto demasiado; aunque la quería no podía posponerlo mucho más.

—¿Llamaste al psiquiatra? —le preguntó a Krieggstein.

—Aún mejor, Trina. Como la recepcionista me dijo que te iba a cobrar la hora de todos modos, fui y tuve una charla con el tipo.

—¿Cobrarne *a mi*? Le cobrarán a Alfred. ¿Habló contigo?

—Cree en mí un poco. Uno no llega a teniente de la policía por torpe. Le di una impresión de estabilidad. Él y yo hablamos el mismo lenguaje. Yo trabajo en mi doctorado de criminología, de modo que nos entendimos bastante bien. Le expliqué que no habías podido ir por una emergencia femenina: habías tenido que ir al ginecólogo. Yo iba en tu lugar como amigo de la familia... Yo sé lo que es una mala madre por mi experiencia de policía: madres cocainómanas, ninfómanas, prostitutas armadas, madres alcohólicas. Le di mi palabra de lo estable que eres como persona.

—Voy a la cocina. Las niñas quieren su postre.

Habían colocado ya los cuencos y las cucharas. Ella aplicó la pala de helado a la mousse de chocolate. No le preguntaron «¿Dónde has estado, mamá?». No fue necesario que diera ninguna excusa. Sus pequeños rostros, con flequillos idénticos, no comunicaban nada. Realmente tenían unos ojos curiosos, ojos de ciencia ficción que deslumbraban y también amenazaban de lejos. Wrangel también podría haber visto aquello. Emisarias de otro planeta, que habían crecido de semillas venidas del espacio exterior, pequeñas invasoras con iridio en sus cráneos. Victor tenía razón, ¿saben?, sobre el modo en que las películas de *La guerra de las galaxias* corrompían a todo el mundo, implantaban la desconfianza en tu propia carne y tu sangre. Bueno, muy bien, pero ahora ya sé cómo liberar a mi elefanta.

Se volvió hacia Krieggstein para darle las gracias y para deshacerse de él. Sin duda él querría quedarse y regodearse en su agradecimiento.

—Qué bueno has sido al echarme una mano —le dijo—. Ysole me dio un susto, y creí que Alfred vendría a arrebatarme a las niñas.

—Yo haría cualquier cosa por ti, Katrina —dijo Krieggstein—. Ahora mismo estás obnubilada con Victor (por cierto, ¿cómo está?) y yo no espero nada a cambio de mi lealtad. No hay trampa...

Bueno, Katrina tenía que reconocer que Dotey había acertado de lleno. Krieggstein se ofrecía como sucesor, humilde pero decidido. Después de todo, quizá era un policía de verdad, y no un loco con pistolas. Había que concederle el beneficio de la duda. Supongamos que lo fuera de verdad.

Estaba estudiando para obtener un título en criminología. Iba a ser jefe de policía, director del FBI, puede incluso que hiciera que el propio J. Edgar Hoover pareciese insignificante... pero, en todo caso, era estafalario. Desde que Alfred se había llevado todos los objetos de arte, la casa había parecido muy vacía, pero con un hombre como Krieggstein ella conocería el verdadero significado de la palabra vacío.

—En este momento, lo más amable que podrías hacer, Sam, sería irte sigilosamente y dejarme sola. Yo me limitaré a cerrar la puerta con llave y tomar un baño. Tengo que darme un baño. Después acostaré a las niñas y me tomaré una píldora para dormir.

—Lo siento —dijo Krieggstein—. En el estado actual de tus asuntos, no tengo derecho a decir nada íntimo...

Ella se levantó y le acercó el impermeable.

—Si me dices algo íntimo ahora, Sam, me derrumbaré por completo. —Se cubrió los oídos con las manos y dijo—: Me desplomaré delante de ti.

Memorias de Mosby

Los pájaros no dejaban de trinar. Trrr, trrr, trrr. Y todas las cosas que hacen los pájaros, según los naturalistas. Expresaban profundos abismos de agresividad que solo el Hombre —el Estúpido Hombre— confundía con inocencia. Creemos que todo es muy inocente, porque nuestra maldad nos da miedo. ¡Ay, mucho miedo!

El señor Willis Mosby, después de su siesta, mirando montaña abajo a la ciudad de Oaxaca, donde todos seguían roncando: las bocas, las caderas, el largo cabello indio, la belleza antigua celebrada por Eisenstein en *Tormenta sobre México*. El señor Mosby —en realidad era el doctor Mosby, un erudito, quizá incluso demasiado profundo— pensaba mucho y llegaba muy lejos: había cometido algunos de los errores más interesantes que un hombre podía cometer en el siglo xx. Y ahora estaba en Oaxaca para escribir sus memorias. Para tal fin contaba con una subvención de la Fundación Guggenheim. ¿Y por qué no?

Las buganvillas se extendían por toda la colina, y los colibríes daban vueltas. A Mosby lo ponía enfermo todo este jaleo, estos colores y fragancias, listos para echarse sobre él. La juventud y la belleza le parecían muy peligrosas. Peligro mortal. Puede que hubiera bebido demasiado mezcal en el almuerzo (también cerveza). Detrás del verde y el rojo de la naturaleza, el aburrido negro parecía estar bien instalado como la parte de atrás de un espejo.

Mosby no se sentía muy bien: sus dientes, apretados, hacían que los músculos sobresalieran en sus hermosas y bronceadas mejillas de anciano. Tenía unos bonitos ojos azules, luminosos, directos, inteligentes, incrédulos; el pelo todavía espeso, con raya al medio; y unos fuertes surcos verticales entre las cejas, debajo de la nariz y en la parte de atrás del cuello. Había llegado el momento de introducir algo de humor en las memorias. Hasta ahora había sido: una familia fundamentalista en Missouri; un padre constructor de éxito; los primeros años de escuela; la universidad del estado; la beca Rhodes; las amistades intelectuales; lo que aprendí del profesor Collingwood; el Imperio y la rigurosidad mental de Gran Bretaña; mi poco ortodoxa interpretación de John Locke; mi trabajo para William Randolph Hearst en España; la personalidad del general Franco; las amistades radicales en Nueva York; el servicio en tiempo de guerra con la OSS; la limitada visión de Franklin D. Roosevelt; el retorno a Comte, Proudhon y Marx; una vez más De Tocqueville. Nada de esto era muy gracioso. Y sin embargo miles de estudiantes y de no estudiantes dirían: «Mosby tenía un gran sentido del humor». O le contarían a sus hijos: «Ay, aquel Mosby de la OSS», o: «Willis Mosby, que estaba conmigo en Toledo cuando cayó el Alcázar, casi nos morimos de risa». «Nunca olvidaré los comentarios de Mosby sobre Harold Laski», o: «Hizo reír al Tribunal Supremo al completo». «Sobre los juicios de purga rusos.» «Sobre Hitler.» De manera que ya iba siendo hora de que hiciera algo. Él lo había pensado un poco. Diría, cuando le enviaran el hielo desde el bar del hotel (se alojaba en una casita debajo del edificio principal, prácticamente cubierta de flores; envidiaba un poco las montañas sin problemas de la Sierra Madre) y cuando se hubiera enfriado el mezcal —caliente sabía a rayos— escribiría que, en 1947, cuando vivía en París, conoció a muchas personas raras. Conoció al conde de la Mine-Crevée, que alojó a Gary Davis, el ciudadano del mundo, cuando el ciudadano del mundo prendió fuego en público a su pasaporte. Conoció al señor Julian Huxley en la UNESCO. Habló de teoría social con el señor Lévi-Strauss pero no fue invitado a cenar: comieron en el Musée de l'Homme. Sartre se negó a conocerlo; creía que todos los estadounidenses, menos los negros, eran

agentes secretos. Mosby, por su parte, sospechaba que todos los rusos en el extranjero trabajaban para la KGB. Mosby hablaba bien francés; tenía mucha fluidez en español y era bastante bueno en alemán. Pero los franceses no son capaces de ver la originalidad en los extranjeros. Esa es la maldición de una civilización antigua. Es un planeta más pesado. Sus mejores mentes deben duplicar su potencia para superar el campo gravitatorio de la tradición. Solo unos pocos podrán volar. Volar y alejarse de Descartes. Volar y alejarse de los anacronismos políticos de la izquierda, el centro y la derecha que persisten desde 1789. Mosby consideraba a los franceses sumamente banales. Por su parte, los franceses lo encontraban a él demasiado estricto. Con ropas de buen corte, elegante y seco, y una piel cuidada y occidental, los ojos claros y la nariz firme, una boca hermosa y viriles arrugas.

Un type sec.

Ambas partes —es decir, Mosby y los franceses— tenían unas actitudes muy fijadas. Ambas, como reconocía últimamente él, se equivocaban bastante. Era posible que fueran equidistantes de la verdad, pero desde luego se encontraban en sectores distintos del error. Los franceses salían preparados porque sus errores eran colectivos. Los míos, pensaba Mosby, eran por lo menos peculiares. Los franceses estaban furiosos por el hundimiento en 1940 de *La France Pourrie*, su falta de voluntad militar, la amplia colaboración, las deportaciones en masa a las que no se opusieron (los daneses, e incluso los *búlgaros*, se resistieron a las deportaciones de los judíos) y, por último, por la humillación de ser liberados por los aliados. Mosby, en la OSS, tenía información que corroboraba esas afirmaciones. También dentro del Departamento de Estado tenía colegas de la universidad: antiguos alumnos y viejos conocidos. Había esperado que después de la guerra lo nombraran para un alto cargo, para el cual, como director del contraespionaje en Latinoamérica, tenía las calificaciones ideales. Pero Dean Acheson en persona lo miraba mal. Y tampoco lo aprobaba Dulles. Mosby, que era un fanático de las *ideas*, desagradaba a la nobleza institucional. Había dicho que el Foreign Service estaba lleno de desechos de la estructura de poder. A jóvenes caballeros de buenas universidades del este que no lograban triunfar como abogados en Wall Street se les permitía interpretar los supuestos intereses de su clase en la burocracia del Departamento de Estado. En los consulados extranjeros podían ser groseros con los desplazados y dar rienda suelta a su antisemitismo de club de campo que se estaba extinguiendo hasta en los clubes de campo. Además, Mosby había simpatizado con la posición de Burnham sobre el proteccionismo, al declarar, durante la guerra, que los nazis estaban ganando porque habían hecho antes su revolución administrativa. Ninguna combinación de los aliados podía conquistar, con su industrialismo obsoleto, a una nación que había alcanzado una nueva fase de la historia y que lograba el poder de lo inevitable, etcétera. Y entonces Mosby, manteniendo su postura en Washington, en medio de los vendedores de alcohol de élite, afirmó de manera absoluta que por muy horribles que hubieran sido los campos de concentración al menos mostraban la racionalidad de las ideas políticas alemanas. Los norteamericanos no tenían esas ideas. No sabían lo que estaban haciendo. No existía ningún designio. Los británicos no eran mucho mejores. Como declaraba él en su estilo seco, con frases afirmativas y contundentes, el bombardeo de Hamburgo era prueba del vacío idiota y de la falta de plan de los líderes occidentales. Por último, declaró que cuando Acheson se sonaba la nariz había gusanos en su pañuelo.

Entre los franceses derrotados, Mosby admitía que tenía un espíritu amargado. (Sus bromas no eran demasiado malas.) Y por supuesto bebía mucho. Trabajaba en Marx y Tocqueville, y bebía. No iba a detenerse por conflicto mental. El conde de la Mine-Crevée (improvisación del propio Mosby sobre un nombre noble y antiguo) lo mantenía con alcohol PX y le cambiaba el dinero en el mercado

negro. Él describía sus inclinaciones y era muy entretenido.

Ahora Mosby quería decir, al estilo de sir Harold Nicolson o Santayana o Bertrand Russell, escritores por cuyas memorias sentía una gran admiración, que el París de 1947, como la mitad del arca de Noé, estaba esperando a que llegara el segundo ejemplar de cada especie. Había uno de todo. Algo por el estilo. Especialmente los norteamericanos. La ciudad era muy amarga, oscura; el Sena tenía el aspecto y el olor de una medicina. En una fiesta norteamericana, un antiguo estudiante de francés de Minnesota, que ahora dirigía una empresa turbia, una agencia que se especializaba en el soborno, las investigaciones secretas y privadas y la búsqueda de chicas para los VIP, dijo algo muy emotivo sobre la Ciudad del Hombre, sobre el significado de Europa para los norteamericanos y el fracaso de los norteamericanos para preservar la escala humana, sin dejar de trabajar con el Hombre como medida. Y todas las demás coletillas que podía sacar de *La forja de la mente moderna* o las conferencias sobre la historia intelectual de Europa de Randall. «Me sentí tentado —quería decir Mosby (llegó el hielo en una cubitera con pinzas; los nativos ya no llevaban los calzones de color blanco sucio del pasado)—, tentado a... —se frotó la frente, que se proyectaba como la parte trasera de un vagón de observación—... a decirle que antes era pacifista y vegetariano, seguidor de Gandhi en la Universidad de Minnesota, y que ahora conducía un hermoso Bendey para ir al Tour d'Argent a comer pato a la naranja. Tentado de decirle: “Sí, pero venimos aquí al otro lado del Atlántico para regodearnos un poco con el pasado. Para recordar lo que dijo una vez Ezra Pound. Que haríamos otra Venecia, simplemente porque sí, qué demonios, en los pantanos de Jersey en el momento que quisiéramos. Jugando. Para distraernos con la época de colosal maestría que estaba por llegar. Reproducir lo que fuera por diversión. Unos babuinos entrenados para remar nos llevarían en góndolas a debates de astrofísica. Donde ahora la gente quema basura, y engorda cerdos y tira los aparatos viejos, desembarcaremos para oír un concierto”.»

Mosby el pensador, como muchos otros hombres ocupados, nunca tenía tiempo para la música. La poesía no era lo suyo. Los miembros del Congreso, los funcionarios del gabinete, los hombres de organización, los planificadores del Pentágono, los dirigentes de partidos o los presidentes, no tenían esos intereses. No podían ser lo que eran y leer a Eliot, u oír a Vivaldi o Cimarosa. Pero ellos planificaban para que otros pudieran disfrutar de esas cosas y beneficiarse de su poder. Quizá Mosby tenía más cosas en común con los dirigentes políticos y los jefes y presidentes juntos. Al menos, ellos ocupaban sus pensamientos más a menudo que Cimarosa y Eliot. Ahora reflexionaba con odio sobre sus errores, su superficialidad. Los sermoneaba sobre Locke para dejarlos en evidencia. A excepción de la voluntad del pueblo, expresada de forma nada ambigua, no había poder legítimo. El único demócrata absoluto de Estados Unidos (quizá del mundo, entre tantos miles de millones de mentes y almas) era Willis Mosby. A pesar de su estilo de conversación (o, más precisamente, de examen), lacónico, seco e intolerante, su lacia dignidad personal, sus huesos aristocráticos. Los oscuras y largas narices que apuntaban a las aflicciones que requerían la fuerza que podía verse en sus mandíbulas. Y, por último, los claros y doloridos ojos.

Es un animal de lo más peculiar, ingenioso, hambriento, ambicioso y desconsolado el que, al llamarse a sí mismo Hombre, piensa que puede escapar de lo que realmente es. Y no es cuestión de su definición, en el último análisis, sino de su ser. Que diga lo que quiera.

*Los reinos son de barro; nuestra tierra es de barro y es la misma.
Alimenta a la bestia igual que al Hombre;*

La nobleza de la vida es que se haga así.

«Así» quiere decir con amor. O cualquier otra opción sublime. (De todos modos Mosby se sabía bien a Shakespeare. Había una diferencia entre él y el presidente. Y del vicepresidente decía: «Yo no confiaría en él para que me fabricara una píldora. ¡Y eso que antes era farmacéutico!».)

Con los labios serenos sorbió el mezcal, y el criado con la chillona camisa naranja enriquecida con botones de metal le recordó que el coche llegaba a las cuatro en punto para llevarlo a Mida a visitar las ruinas.

—Yo sí que soy una ruina —bromeó Mosby.

El corpulento indio, sonriendo de medio lado —nada más que eso—, se retiró con una silenciosa inclinación. Puede que yo estuviera buscando algo, pensó Mosby. Quería que él me dijera que yo no era una ruina. Pero ¿cómo podía hacerlo? Para él yo soy una ruina.

Puede también que Mosby no tuviera mucho tacto. Sin embargo, él creía que sí tenía ojo para ciertos tipos de comedia. Y tenía que encontrar un modo de aliviar el rigor de aquel relato de sus batallas mentales. Además, realmente era capaz de recordar que en París en aquella época la gente, unos detrás de otros, se revelaban desde un punto de vista cómico. Por aquel entonces era así como él veía las cosas. Rue Jacob, Rue Bonaparte, Rue du Bac, Rue de Verneuil, Hotel de l'Université: todos llenos de gente graciosa.

Empezó por imaginar un nombre: Lustgarten. Sí, ahí estaba el hombre que buscaba. Himen Lustgarten, un marxista, o antiguo marxista, de Nueva Jersey. De Newark, me parece. Había sido vendedor de zapatos, y pertenecía a unos cuantos grupos heréticos, fanáticos y bolcheviques. Había sido leninista, trotskista, después seguidor de Hugo Oehler, posteriormente de Thomas Stamm, y por último de un italiano llamado Salemme que renunció a la política para hacerse pintor, pintor abstracto. Lustgarten también abandonó la política. Ahora quería tener éxito en los negocios: ser rico. Creía que las noches que había pasado estudiándose *Das Kapital* y *El Estado y la revolución* de Lenin le darían los conocimientos necesarios sobre los tratos comerciales. Nos alojábamos en el mismo hotel. Al principio yo no me imaginaba lo que estaban haciendo él y su mujer. Por fin lo entendí. El mercado negro. En aquella época no era algo reprobable. La Europa de la posguerra era así. Refugiados, aventureros, soldados. Incluso el conde de la Mine-Crevée. Europa seguía temblando por los golpes que había recibido. Nuevos gobiernos, inciertos y débiles. No había motivos por los que respetar su autoridad. Los soldados norteamericanos eran los reyes. Tenían fabulosos planes de negocio. Se robaban máquinas, fábricas enteras, y los tesoros se enviaban a casa. Un coronel norteamericano que se dedicaba al negocio de la madera empezó a aserrar la Selva Negra y a enviarla a Wisconsin. Y, por supuesto, los nazis escondían su botín en los campos de concentración. Joyas hundidas en los lagos de Austria. Obras de arte ocultas. Oro extraído de los dientes en los campos de concentración, fundido en lingotes y martilleado en forma de ladrillo en las paredes de las casas. Fortunas increíblemente enormes que hacer, y Lustgarten tenía intención de ser el propietario de una de ellas. Desgraciadamente, era un incompetente.

Se podía ver a primera vista que no era capaz de hacer ningún daño. A pesar de las atrevidas asociaciones revolucionarias, y de la fiereza de su doctrina antes de llevarla a la práctica. De la voluntad teórica de acabar con sus enemigos. Pero Lustgarten ni siquiera era capaz de enfrentarse con la gente prepotente en un *pissoir*. Era extremadamente dócil, corpulento, de tez morena, amable, con una sonrisa de labios de mora, una boca de aspecto de rana y curvada que producía unas arrugas

como agallas entre los oídos y la propia sonrisa. Y quizá, pensó Mosby, me acuerdo de él en México por su aspecto tolteca, mixteca, zapoteca, rechoncho y de pelo negro, con la punta de la nariz hacia abajo y los negros agujeros que se ensanchaban ampliamente cuando su amable sonrisa era bien acogida. Y un poco harto de lo traicionero y espantoso de la vida pero, respetuosamente tenaz, seguro de que iba a obtener su parte. Su estilo era la eficiencia: acción, determinación, pero también una malsana incompetencia que se adivinaba por debajo. Un error desafortunado. Pero él era tenaz.

Su conversación me divertía, en las comidas. Él estaba orgulloso de sus actividades revolucionarias, que habían consistido sobre todo en darle a la manivela de la máquina de las copias. Boletines internos. Miles de páginas de examen recóndito de los mejores aspectos de la doctrina para los miembros del partido. Si la clase obrera norteamericana debía prestar ayuda *material* al gobierno leal de España, que estaba controlado por los estalinistas y otros enemigos y traidores. Había que luchar contra Franco, pero había que luchar también contra Stalin. Por supuesto, no había ayuda material que dar. Pero si la hubiera habido, ¿se habría dado? Este problema puramente teórico causaba divisiones y expulsiones. Yo siempre me mantuve informado acerca de estas curiosas agonías del secretarismo; escribió Mosby. El único esfuerzo de los republicanos españoles para comprar armas en Estados Unidos fue frustrado por ese amigo de la libertad, Franklin Delano Roosevelt, quien permitió que cargaran un barco, el *Mar Cantábrico*, pero envió a la guardia costera a perseguirlo para que volviera a puerto. Fue, creo, ese *genio* de la diplomacia, el señor Cordell Hull, el responsable directo, pero la decisión, por supuesto, fue aprobada por FDR, al que Huey Long llamaba de broma Franklin de la ¡No! Pero quizá el más refinado de estos debates internos a la izquierda de la izquierda, cuyos documentos de prueba fueron publicados por un tal Jimmy Higgins, y el devoto trabajador del partido señor Lustgarten, tuvo que ver con la guerra en Finlandia. En este caso, el doloroso punto de la doctrina que había que resolver era si un Estado de los trabajadores como la Unión Soviética, aunque fuera un Estado de los trabajadores *degenerado*, un producto de la reacción termidor que siguió a la gloriosa revolución del proletariado de 1917, podía llevar adelante una guerra imperialista. Porque solo la burguesía podía ser imperialista. Técnicamente, el estalinismo no podía equivaler a imperialismo. Por definición. Pero, entonces, ¿qué tenía que decirle el Partido Revolucionario a los finlandeses? ¿Debían oponer resistencia a Rusia o no? Los rusos eran monstruos pero expropiarían a los terratenientes de la Guardia Blanca de Mannerheim, y avanzarían, aunque esto fuera doloroso, en la dirección histórica correcta. Esto yo lo disfruté mucho, como observador parcial. ¿Quiénes eran, después de todo, los norteamericanos? En el fondo eran unos pragmáticos. Aquello era demasiado rebuscado para Lustgarten. Después de la guerra decidió hacerse un hombre rico (y no fue muy difícil). Agarró sus ahorros y, creo que eso lo dijo su mujer, los de su madre, y se fue al extranjero para hacer fortuna.

En un año lo había perdido todo. Lo engañaron. Fue un socio alemán, sobre todo. Pero también lo pillaron las autoridades belgas haciendo contrabando.

Cuando Mosby lo conoció (aquí Mosby hablaba de sí mismo en tercera persona como había hecho Henry Adams en *La educación de Henry Adams*), cuando Mosby lo conoció, Lustgarten trabajaba para el ejército estadounidense, empleado por el Registro de Tumbas. Tenía algo que ver con conseguir las cruces. O con la supervisión de la hierba. Ese empleo oficial le proporcionó a Lustgarten bastantes privilegios. Estaba reconstruyendo sus cimientos financieros con la venta ilegal de cigarrillos. También trataba con cupones del gas que el gobierno francés, deseoso de obtener dólares, te daba si cambiabas tu dinero al tipo de cambio legal. Los cupones del gas se vendían en el

mercado negro. Los Lustgarten, marido y mujer, persuadieron una vez a Mosby para que lo hiciera. Para ellos, metió los dólares en el banco, no fue con el conde de la Mine-Crevée. La ocasión parecía importante. Mosby supuso que Lustgarten tenía que ir inmediatamente a Múnich. Allí se había dedicado al negocio de los aparatos dentales con un dentista alemán que ahora negaba que hubieran sido socios jamás.

Hubo muchas consultas entre Lustgarten (con su trenca de conspirador internacional, que le sentaba mal; la cabeza, el cuello y los hombros echados hacia atrás en una curva que recordaba a una rana) y su mujer, una joven con blusa de encaje y falda de terciopelo negro, una cinta de terciopelo atada en el redondeado y sano cuello. Lustgarten, en el suelo circular del banco, explicaba mientras se separaban. Y sudaba sangre; era muy razonable con Trudy, le explicaba cada detalle meticulosamente. Acababa con la paciencia del pobre Lustgarten. Sus manos gesticulaban débilmente. Porque ella preguntaba cosas femeninas o planteaba objeciones que a él le provocaban agonías de racionalidad paciente. Lo único que pasaba es que para empezar no había nada racional en ello. Es decir, él no tenía derecho legalmente a asociarse con el alemán. Todos esos acuerdos tenían que contar con una licencia del gobierno militar. Era una asociación del mercado negro y cuando empezó a dar beneficios el alemán echó fuera a Lustgarten. Con lo que se suele llamar impunidad. Porque Alemania en su conjunto había descubierto los límites de todos los sistemas civilizados de castigo en comparación con las posibilidades limitadas del crimen. El banco de París, donde estaban teniendo lugar estas explicaciones entre Lustgarten y Trudy, tenía un interior de una especie de pórfido rojo. Como carne cruda. Un color que la Francia burguesa parecía haber dotado con las ideas de potencia, entereza y grandeza. También en Les Invalides, el sarcófago de Napoleón era de piedra roja pulida, una gran cuna pulida e imponente que contenía el pequeño cadáver verde. (Para lo del color contamos con el testimonio del señor Rideau, el gran historiador bonapartista.) En cuanto a Bonaparte cuando estaba vivo, en opinión de Mosby, que compartía con Auguste Comte, había sido un anacronismo. La Revolución fue históricamente necesaria. Socialmente estaba justificada. Política y económicamente, constituía un paso adelante hacia la democracia industrial. Pero el drama napoleónico en sí pertenecía a una categoría arcaica de ambiciones personales, de ideas feudales de la guerra. Era más viejo que el feudalismo. Más viejo que Roma. El comandante al frente de sus ejércitos: no había nada racional en ello. La sociedad, que cada vez era más racional en su organización, no lo necesitaba. Pero evidentemente la humanidad lo deseaba. La guerra es un placer lujurioso. Una vez que se da la primera premisa del hedonismo hay que aceptar el resto. Los cimientos racionales de la modernidad son astutamente aceptados por el hombre como plataforma de lanzamiento de ideas mucho más irracionales.

Mosby, mientras, escribía estas reflexiones en un color azul verdoso de tinta que podría haber sido extraído del paisaje. Igual que el licor que bebía había sido extraído de las verdes espinas del mezcal, las extremidades agudas y carnosas de color verde oscuro de la planta que cubría aquellos campos.

Los dólares, los francos, las raciones de gas, el banco como una mina de carne de buey en el que invertía W. C. Fields, y el decadente pero persistente y oscuro Lustgarten entrando en su cochecito aparcado en una húmeda calle de París. Por aquel entonces, había pocos coches en París. Había mucho sitio para aparcar. Y las calles eran tan amarillas, grises, arrugadas y tristes... Pero incluso entonces los franceses le decían ferozmente al mundo que ellos tenían el *savoir-vivre*, el *gai savoir*. Especialmente a los norteamericanos, a los que perseguía su ética protestante. Dios mío: siéntate,

bebe vino, prueba el queso, rompe el pan, oye la música, conoce el amor, deja de correr y aprende la sabiduría antigua de la vida de Europa. En cualquier caso, Lustgarten se abrochó el abrigo, se echó hacia abajo el gran sombrero y se acomodó en el asiento. Las pequeñas manos marrones agarraron el volante del Simca Huit, y dijo adiós sonriendo pero desanimado.

—*Bon voyage*, Lustgarten.

La nariz zapoteca, los dientes como blancas semillas de granada. Con un suspiro del motor se puso en marcha para la devastada Alemania.

La reconstrucción es una gran cosa. Uno echa abajo una sociedad, disminuye la población, y vuelve a empezar de nuevo. Nuevas fortunas. Es posible que Lustgarten sintiera, como judío, que tenía derecho a enriquecerse en el boom alemán. Que todos los judíos tenían derechos naturales más allá del Rin. Era una tierra enriquecida por las cenizas judías. Y uno nunca podía estar seguro, al sentarse en un sofá, de que no estuviera relleno o tapizado con pelo judío. Tampoco deseaba utilizar el jabón alemán. Según Trudy le contó a Mosby, se lavaba las manos con Lifebuoy del PX.

Trudy, graduada de la escuela de profesores de Montclair, en Nueva Jersey, sabía francés, estudiaba redacción y había esperado trabajar con alguien como Nadia Boulanger, pero se vio obligada a conformarse con menos. Desde el banco, mientras Lustgarten se alejaba en una especie de condenado y potencialmente triste atrevimiento en la calle empapada por la lluvia, Trudy invitó a Mosby a la sala Pleyel, a escuchar a un pianista checo tocar a Schonberg. Aquel hombre, con su calvicie muscular, trabajaba muy duro sobre las teclas. Solo transmitía la dificultad de su empresa: el trabajo de la cultura, los problemas que representaba preservar el arte en la trágica Europa, el ejercicio devoto. Trudy tenía un rostro agradable para ir a conciertos. Su olor era agradable. Brillaba. En la parte izquierda de su rostro un ojo deambulaba. Mosby, el del corazón de piedra, que se reía de la carne y hueso, veía aquellos pequeños detalles humanos con sus cortos inventarios de lo bueno y de lo malo. El pobre checo con su chaqueta de botones perdidos y los músculos de su frente que se alejaban en protesta contra la *tabula rasa*: el cráneo pelado.

En esas ocasiones, Mosby era capaz de abstraerse. Cerrar el piano. Seguir pensando sobre Comte. ¡Apartaos, viejos sacerdotes y soldados feudales! ¡Marchaos con la teología y la metafísica! Y en la Época Positiva, la mujer iluminada empezaría a desempeñar su papel, vigilante, evitando que los administradores de la nueva sociedad abusaran de su poder. Por encima del trabajo, el bien supremo.

Bordando los árboles, las aves de México, mirando a Mosby, y al colibrí, tan hermoso en su lujuria, vibrando diminuto, y al lagarto que en el suelo bebía calor con su estómago. El bendecir a las pequeñas criaturas se supone que es muy bueno.

Sí, aquel Lustgarten era un hombre divertido. En Alemania lo engañaron, su socio se quedó con él, y él, impaciente porque no progresaba con el Registro de Tumbas, decidió importar un Cadillac. Entre los nuevos millonarios de posguerra de Europa había una gran demanda de Cadillacs. El gobierno francés, que se movía lentamente, aún no había tomado medidas contra esas importaciones para una reventa rápida. En 1947 no había ningún impuesto que evitara ese tipo de transacción. Lustgarten dio instrucciones a su familia en Newark para que le enviaran un Cadillac nuevo. Algo así como cuatro mil dólares fueron sacados de algún sitio por su hermano, su madre y el hermano de su madre, con este fin. El coche fue enviado. El cliente esperaba. Ya se había dado un primer pago. Se esperaba un doble beneficio. Sin embargo, en el día en que se descargó el coche en Le Havre entró en vigor una

nueva norma. El Cadillac no pudo venderse. Lustgarten se tuvo que quedar con él. Ni siquiera se podía permitir comprar gasolina. Un día vieron a los Lustgarten salir del hotel, en el coche. La señora Lustgarten se fue a vivir con unos amigos músicos. Mosby le ofreció a Lustgarten el uso de su lavabo para lavarse y afeitarse. El pobre Lustgarten, cansado, derrotado, deprimido y asustado por fin por su propia profundidad, se frotaba los bigotes, por las mañanas, con un ruido modesto de grillo, mientras suspiraba. Todo aquel dinero: los ahorros de su madre, la pensión de su hermano. No era extraño que sus párpados se hubieran vuelto azules. Y su sonrisa era como un saco de perfume de una solterona, como la última fragancia gastada hacía tiempo en un ajuar que no se llegó a utilizar. Pero los largos labios de batracio seguían sonriendo.

Mosby se daba cuenta de que debía sentir compasión por él. Pero al pasar por las noches por delante de aquel coche cerrado con llave y reluciente y ver dentro acurrucado a Lustgarten, dormido, cubierto por dos abrigos, en aquel asiento majestuoso, como Jonás dentro del Leviatán, Mosby no podía decir honestamente que lo que experimentaba fuera simpatía. Más bien se le ocurría que aquel vendedor de zapatos, en una Norteamérica apegada a las doctrinas extranjeras, que no podía renunciar a Europa en el Nuevo Mundo, se encontraba ahora, en París, durmiendo dentro del Cadillac, recubierto por este hermoso Fisher Body de Detroit. En su país era exótico y en Europa era un yanqui. Su tiempo había pasado. Esto lo reconocía él mismo. Pero en general creía que era demasiado temprano para él. Que él era un pionero. Por ejemplo, decía, en una voz que crujía con tímida autoafirmación, que los franceses estaban empezando solo ahora a ser marxistas. Él ya había pasado por allí hacía años. ¿Qué sabía esta gente? Y si no, que le preguntaran a él por los ingenieros Shakhty. O por el centralismo democrático de Lenin. O los juicios de Moscú. O el «fascismo social». Eran unos ignorantes. La revolución había sido totalmente traicionada, y ahora estos europeos descubrían de pronto a Marx y a Lenin. «¡Eureka!», decía en voz alta. Si detrás de todo ello estaba la guerra fría. Porque, si Norteamérica perdía, los intelectuales franceses se estaban preparando para colaborar con Rusia. Y si Norteamérica ganaba todavía seguían libres y serían unos radicales desafiantes bajo la protección de Norteamérica.

—Suenas usted como un patriota —dijo Mosby.

—Bueno, de algún modo lo soy —dijo Lustgarten—. Pero estoy empezando a ser objetivo. A veces me digo a mí mismo: «Si estuvieras fuera del mundo, si tú, Lustgarten, no existieras como hombre, ¿cuál sería tu opinión sobre esto o aquello?».

—Una verdad incorpórea.

—Me imagino que eso es lo que es.

—¿Y qué va a hacer con el Cadillac? —dijo Mosby.

—Lo voy a enviar a España. Lo podemos vender en Barcelona.

—Pero hay que llevarlo allí.

—Sí, por Andorra. Todo está preparado. Klonsky lo va a conducir.

Klonsky era un belga polaco que vivía en el hotel. Era uno de los socios de Lustgarten, deshonesto de nacimiento, en opinión de Mosby. Pero llamativo, con los ojos arrugados como aceitunas griegas, y nariz y boca de gato. Llevaba siempre unas botas rusas.

Pero tan pronto como Klonsky salió de camino a Andorra, Lustgarten recibió una oferta maravillosa por el coche. Un capitalista de Utrecht lo quería inmediatamente y estaba dispuesto a ocuparse de todos los problemas de impuestos. Tenía todos los contactos necesarios y una cantidad de dinero ilimitada. Lustgarten telegrafió a Klonsky en Andorra que se detuviera. Salió corriendo en

el tren de noche, recuperó el Cadillac y empezó el camino de vuelta inmediatamente. No había tiempo que perder. Pero, después de haber estado despierto toda la noche en el *rapide*, Lustgarten estaba soñoliento y, en la calidez de los Pirineos, se durmió al volante. Tuvo suerte, según dijo después, porque el coche descendió por una ladera y posiblemente no habría dado con la pared de piedra que lo frenó. Solo estaba a un pie o dos de la muerte cuando lo despertó el choque. El coche quedó destrozado. No estaba asegurado.

Todavía seguía sonriendo levemente, Lustgarten, con su cabestrillo y su bastón, se acercó a la mesa que ocupaba Mosby en el café del bulevar Saint-Germain. Se sentó. Se quitó el sombrero de un pelo asombrosamente negro y pidió permiso para colocar el pie herido en una silla.

—¿Es esta una conversación privada? —preguntó.

Mosby había estado charlando con Alfred Ruskin, un poeta norteamericano. Ruskin, aunque le faltaban algunos de los dientes de delante, hablaba muy claro y rápido. Era un hombre encantador. Un teórico empedernido. Había estado diciendo, por ejemplo, que Francia había matado a sus poetas colaboracionistas. Norteamérica, que no tenía ningún poeta que desperdiciar, metió a Ezra Pound en Saint Elizabeth's. Después continuó diciendo, apenas reconociendo la presencia de Lustgarten, que Norteamérica no había tenido historia, que no era una sociedad histórica. Las pruebas las sacaba de Hegel. Según Hegel, la historia era la historia de las guerras y las revoluciones. Estados Unidos solo había tenido una revolución y muy pocas guerras. Por tanto, históricamente estaba vacío. Prácticamente era el vacío completo.

Ruskin había hecho uso de los servicios que tenía Mosby en el hotel, porque era demasiado delicado para utilizar su propia letrina en los callejones argelinos de la Rive Gauche. Cuando salía del baño siempre tenía algo que decir.

—He descubierto el principal defecto de Kierkegaard.

O:

—Pascal le tenía terror al vacío universal, pero Valéry dice que la diferencia entre el espacio vacío y el espacio en una botella solo es cuantitativa, y no hay nada intrínsecamente aterrador en la cantidad. ¿Cuál es su opinión?

—No vivimos dentro de botellas —fue la respuesta de Mosby.

Lustgarten dijo, cuando Ruskin se marchó:

—¿Quién es ese tipo? Le ha sacado el café.

—Ruskin —dijo Mosby.

—¿Ese es Ruskin?

—Sí, ¿por qué?

—Creo que mi mujer salía con Ruskin cuando yo estaba en el hospital.

—Oh, yo no creería esos rumores —dijo Mosby—. Habrán tomado juntos una taza de café, quizá un aperitivo.

—Cuando un hombre tiene mala suerte —dijo Lustgarten—, es muy rara la mujer que no le hace la vida imposible además.

—Lo siento —respondió Mosby.

Y entonces, como recordaba Mosby en Oaxaca, cambiando de sitio para huir del sol —porque ya estaba muy rojo, y su rostro, sus huesos y sus ojos parecían curiosamente sedientos—, Lustgarten dijo:

—Ha sido una experiencia terrible.

—Sin ninguna duda, Lustgarten. Debe de haber sido terrorífico.

—Lo que se estrelló fue mi última apuesta. Tenía que ver con la familia. Mala suerte en el sentido de que yo no morí en el intento. Por lo menos el seguro habría cubierto la pérdida de mi hermano pequeño. Y de mi madre y mi tío.

Mosby no tenía ningún deseo de ver llorar a un hombre. No le interesaba experimentar esos momentos de sufrimiento. Aquellas emociones sin control eran horribles. Aunque quizá la violencia de esta abominación le podría haber enseñado algo sobre su propia constitución moral. Quizá Lustgarten no quería que trabajara su rostro. O quizá trataba de dominar su agitación, al ver en el silencio austero, aunque no poco amable, de Mosby que esto no le iba. Mosby era seguidor de Séneca. Por lo menos admiraba la masculinidad española: el «varonil» de Lorca. El «clavel varonil», tan masculino, la dureza clásica y clara del control honorable.

—Me imagino que vendió el coche como chatarra.

—Klonsky se ocupó de todo. Mire, Mosby. Ya he acabado con eso. He estado leyendo y pensando en el hospital. Yo vine a Europa para hacer fortuna. Como la fiebre del oro. Realmente no sé lo que me entró. Trudy y yo estábamos sin hacer nada durante la guerra. Yo era demasiado viejo para alistarme. Y los dos teníamos ganas de acción. Ella en la música. O en la vida. Algo excitante. Ya sabe, los sueños de pasar un momento mejor en la escuela del profesorado Montclair. Yo quería hacerlo por ella. Mantenerme al ritmo del mundo, o algo así. Pero en realidad, y de eso me di cuenta en el hospital, yo tenía razón al principio. Yo soy un socialista. Un idealista natural. Al leer sobre Atlee me volví a sentir en casa. Quedó claro que sigo siendo un animal político.

Mosby tenía ganas de decir: «No, Lustgarten. Está usted hecho para mecer a pequeños bebés morenos. Es usted un hombre ideal para llevar a alguien a cuestras como un caballito. Es usted un dulce judío de la vieja escuela, un papá». Pero no dijo nada.

—Y también leí sobre Tito —prosiguió Lustgarten—. Quizá la alternativa de Tito sea la única auténtica. Quizá todavía existe esperanza para el socialismo en algún lugar entre el Partido Laborista y el tipo de liderazgo yugoslavo. Siento que es mi deber investigar esto —le dijo Lustgarten a Mosby—. Estoy pensando en ir a Belgrado.

—¿Cómo?

—En realidad, ahí es donde podría intervenir usted —dijo Lustgarten—. Si fuera usted tan amable... No es usted simplemente un *estudioso*. Usted escribió un libro sobre Platón, al menos eso me han dicho.

—Sobre *Las Leyes*.

—Y otros libros. Pero además usted conoce el movimiento. A mucha gente. Tiene mas contactos que una centralita.

Aquel era el lenguaje de los años cuarenta.

—¿Conoce usted a alguien en el *New Leader*?

—No es mi tipo de periódico —respondió Mosby—. En realidad, soy conservador desde el punto de vista político. No soy exactamente lo que usted llamaría un maldito liberal sino más bien un conservador acérrimo. Yo estreché la mano de Franco, ya sabe.

—¿De verdad?

—Esta misma mano estreché la mano del Caudillo. ¿Le gustaría tocarla usted mismo?

—¿Y por qué querría hacerlo?

—Adelante —dijo Mosby—. Puede que signifique algo. Estreche la mano que estreché la mano.

Entonces, de manera muy extraña, Lustgarten extendió unos dedos gruesos y morenos. Parecía un poco cansado y un poco enfermo. Sonriendo, dijo:

—Ahora por fin entro en contacto con la política auténtica. Pero le hablaba en serio sobre lo del *New Leader*. Probablemente conozca usted Bonn. Necesito credenciales para ir a Yugoslavia.

—¿Ha escrito usted alguna vez para los periódicos?

—Para el *Militant*.

—¿Y qué escribió?

El culpable Lustgarten no sabía mentir. Era cruel por parte de Mosby divertirse de ese modo.

—Por alguna parte tengo un libro de recortes —dijo Lustgarten.

Pero no fue necesario escribirle al *New Leader*. Dos días después, al encontrarse a Lustgarten en el bulevar, cerca del carnicero, vio que ya se había quitado el cabestrillo y apenas necesitaba el bastón. Le dijo:

—Me voy a Yugoslavia. Me han invitado.

—¿Quién?

—Tito. El gobierno. Le están pidiendo a las personas interesadas que vayan como invitados para visitar el país y ver cómo están construyendo el socialismo. Oh, ya sé —dijo rápidamente, adelantándose a la objeción doctrinal típica—: uno no puede construir el socialismo en un solo país, pero ya no es la misma situación. Y realmente creo que Tito es capaz de redimir el marxismo transformando de hecho la dictadura del proletariado. Esto me transporta a mi primer amor: el movimiento radical. Nunca estuve hecho para ser un empresario.

—Probablemente no.

—Siento un poco de esperanza —dijo Lustgarten tímidamente—. Y además, ya llega la primavera.

Llevaba puesto el pesado sombrero de color de alce, y muchos otros signos de un invierno interminable. Era un candidato para la resurrección. Una oportunidad para que la gracia de la vida se revelara. Pero quizá, pensó Mosby, un hombre como Lustgarten nunca existiría en una forma adecuada, excepto quizá con ayuda sobrenatural.

—Además —dijo Lustgarten de manera conmovedora—, esto le dará a Trudy tiempo para reflexionar.

—¿Así están las cosas entre ustedes dos? Lo siento.

—Ojalá pudiera llevarla conmigo, pero no puedo colarles eso a los yugoslavos. Es una especie de trato VIP. Supongo que lo que desean es convencer a los radicales extranjeros. Habrá seminarios sobre dialéctica y cosas así. A mí me encanta. Pero no es lo que le va a Trudy.

Con mano firme, Mosby en su patio agarró el hielo con las piezas y se sirvió más mezcal aderezado con gusano de maguey (un gusano de delicado sabor). Aquellas notas sobre Lustgarten le agradaban. Era fundamental, en este punto de sus memorias, que revelara nuevas profundidades. Los capítulos anteriores habían sido pesados. Se dijeron muchas cosas poco convencionales sobre el estado de la teoría política. La debilidad de la doctrina conservadora, la escasez de alternativas conservadoras en Norteamérica, de resistencia al liberalismo predominante. Como persona que había tratado personalmente de crear un entorno más riguroso para los intelectuales descuidados, de obligarlos a hacer sus deberes, de endurecer las categorías de pensamiento político, Mosby era consciente de que tanto a la derecha como a la izquierda los resultados eran infructuosos. Absurdamente, los burros con educación universitaria de Norteamérica habían deseado un movimiento de izquierdas auténtico y basado en el modelo europeo. Seguían soñando con él. Pero no

eran menos absurdos los idiotas de derechas. No se puede hacer que crezca una rosa en una mina de carbón. Los propios alumnos de derechas de Mosby lo habían decepcionado. Eran solo un grupo de actores de televisión. Tipos malos para los programas de entrevistas de Susskind. Habían transformado los modos de elegancia ácida del maestro, de estrechez lógica, puntillosa con los hechos, y laceración sin piedad en el debate en una especie de vacío estilo a lo Noel Coward. El original, el auténtico enfoque de Mosby le aportó a Mosby nada más que odio, hizo que lo despidieran. La Universidad de Princeton le ofreció una cantidad de dinero para que se retirara siete años antes. Ciento cuarenta mil dólares. Porque su modo de discurso era tan desagradable para la comunidad académica, a Mosby no lo invitaron a ningún programa de televisión. Él era como la guerrilla Mosby de la guerra civil. Cuando entraba él, morían todos. Con el mayor cuidado, Mosby había estudiado las memorias de Santayana, Malraux, Sartre, lord Russell y otros. Desgraciadamente, ninguna era maravillosa de una forma constante o seria. Esos hombres cuyas vidas se habían dedicado al pensamiento, que habían tratado con grandeza de gobernar el desorden de la vida pública, de ponerla bajo alguna especie de autoridad intelectual, de hacer que las ideas salvaran a la humanidad o de ofrecerle ayuda mental para salvarse, de pronto se volvían unos idiotas consumados. Solo querían matar a todo el mundo. Por ejemplo, Sartre les pedía a los rusos que arrojaran bombas A en las bases norteamericanas en el Pacífico porque al parecer ahora Norteamérica era monstruosa. Y exhortaba a los negros a asesinar a los blancos. ¡Un filósofo de la moral! O Russell, el pacifista de la Primera Guerra Mundial, que instaba a Occidente a aniquilar a Rusia después de la Segunda Guerra Mundial. Y, a veces, en sus memorias (quizá estaba ya loco) era extrañamente ilógico. Cuando le dispararon a un zepelín sobre Londres, se vieron caer los cuerpos de los alemanes, y los brutales hombres de la calle aplaudieron con entusiasmo brutal, Russell lloró, y si no hubiera habido una hermosa mujer que lo consolara en la cama aquella noche, aquella brutalidad de la humanidad lo habría destrozado por completo. Lo que se omitía era el hecho de que aquellos mismos alemanes que cayeron del zepelín habían venido a bombardear la ciudad. Iban a hacer explotar a aquellos brutos de la calle, a los amantes. Esto lo comprendía Mosby.

Era de esperar con todo interés (y aquello era el mezcal que trataba de invadir su lenguaje) que Mosby eludiera el destino común de los intelectuales. La desviación de Lustgarten podría ayudar. Se podía corregir el orgullo con la risa.

Aún le quedaban veinte minutos antes de que el chófer viniera a llevar al grupo a las ruinas de Mitla. Mosby tenía tiempo para continuar. Para decir que en septiembre el Lustgarten que reapareció tenía aspecto temeroso. Había perdido por lo menos veinticinco kilos. Estaba quemado por el sol, arrugado, con un traje sucio y manchado, y los ojos enrojecidos. Le contó que había tenido diarrea todo el verano.

—¿Con qué alimentaban a sus VIP extranjeros?

Y Lustgarten, tímido pero con amargura (el delgado rostro y los ojos inflamados materializándose en una región espiritual muy distinta de ninguna que Mosby hubiera podido asociar anteriormente con Lustgarten), le dijo:

—Era solo un engaño. Trabajos forzados. Yo no comprendí el trato. Creí que nos invitaban, como le conté. Pero resultó que éramos voluntarios extranjeros para la construcción. Una brigada de trabajo. Y allá arriba en las montañas. Ni siquiera vi la costa dálmata. Apenas un refugio para la noche. Dormíamos en el suelo y comíamos mierda frita con aceite rancio.

—¿Y por qué no escapó? —preguntó Mosby.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—De vuelta a Belgrado. Por lo menos a la embajada norteamericana.

—¿Y cómo podía hacerlo? Yo era un invitado. Vine con los gastos pagados. Eran ellos los que tenían el billete de vuelta.

—¿Y no tenía dinero?

—¿Está de broma? Sin un centavo. En Macedonia. Cerca de Skopje. Picado por los bichos, muerto de hambre, y yendo toda la noche a la letrina. Todo el día trabajando en las carreteras, con los ojos llenos de pus, además.

—¿No había servicio médico de urgencia?

—Puede que tuvieran el de emergencia, pero nada más. Mosby consideró que era mejor no mencionar a Trudy. Ella se había divorciado de Lustgarten. Él lo sentía mucho, por supuesto.

Mosby sacudió la cabeza.

Lustgarten se marchó, con una especie de dignidad de mascarada. Él mismo parecía divertido por sus aventuras con el capitalismo y el socialismo.

¿Y aquello era el fin? No, todavía no. Había un colofón: aquello tenía bastante buena forma.

Lustgarten y Mosby se volvieron a encontrar. Cinco años más tarde. Mosby entra en un ascensor en Nueva York. Rápidamente a la planta cuarenta y siete. Al comedor ejecutivo de la Fundación Rangeley. En el ascensor hay solo otro pasajero. Y resulta ser Lustgarten. Sonriendo. Vuelve a ser el mismo, una vez más.

—¡Lustgarten!

—¡Willis Mosby!

—¿Cómo está usted, Lustgarten?

—Muy bien. Las cosas son completamente distintas. Soy feliz. Tengo éxito. Me casé. Tengo hijos.

—¿En Nueva York?

—No volvería a vivir en Estados Unidos. Es horroroso.

Inhumano. Estoy solo de visita.

Sin un parpadeo en su brillantez, sin una arruga en su energía, suave y controlada, y mientras el ascensor que nos contenía solo a los dos seguía subiendo. Era el mismo Lustgarten. Palabras fuertes, insuficiencia vocal, la nariz zapoteca, y bajo todo ello la sonrisa de rana, las amables branquias.

—¿Y adónde va ahora?

—Voy a la revista *Fortune* —dijo Lustgarten—. Quiero venderles una historia.

Estaba en el ascensor equivocado. Aquel no iba a *Fortune*. Se lo dije. Es posible que yo tampoco hubiera cambiado. Una voz que durante años había informado a la gente de sus errores dijo:

—Tendrá usted que volver a bajar. Es el otro grupo de ascensores.

En la planta cuarenta y siete salimos juntos.

—¿Dónde vive usted ahora?

—En Argel —dijo Lustgarten—. Tenemos una lavandería.

—¿Tenemos?

—Klonsky y yo. ¿Recuerda usted a Klonsky?

Habían legitimado su relación. Ahora lavaban chilabas. Él se había casado con la hermana de Klonsky. Yo podía imaginármela perfectamente. La misma cara de Klonsky: una cara de gato, una cabeza ferozmente envuelta en un pelo llamativo, unos ojos picasianos a distintos niveles, y unos dientes afilados. Si los peces que dormían en los acantilados tenían pesadillas, serían de esos dientes.

También los niños eran jóvenes Klonsky. Lustgarten llevaba las fotografías en la cartera de cuero de África del Norte. En su sonrisa, Mosby reconoció aquel orgullo de su éxito que era la droga de Lustgarten, su paraíso artificial.

—Creí —dijo Lustgarten— que a *Fortune* le gustaría un artículo sobre cómo nos va en África del Norte.

Volvimos a estrecharnos la mano. La mía era la mano que había estrechado la mano de Franco, la suya la que se había dormido al volante de un Cadillac. El iluminado ascensor se abrió para él. Entró. Se cerró.

Posteriormente, por supuesto, los argelinos expulsaron a los franceses y a los judíos. Y supongo que Lustgarten-Papá-Judío tuvo que fugarse a otro sitio. Era un papá apasionado. Cómo quería a aquellos niños. Para Platón, tener hijos supone el nivel más bajo de creatividad.

Y sin embargo, pensó Mosby, bajo la influencia del mezcal, mis padres me engendraron como un comité de dos personas. Lo embargó un sentimiento de lejanía y, aunque se dio cuenta de que el coche de Mitla ya había llegado, y lo esperaba brillante, anotó lo siguiente mientras miraba las montañas al atardecer:

*Hasta que tuvo algunos años
la gente se ocupó de él, le enfrió la sopa, le cantó, lo confortó,
le puso los largos calcetines, lo llevó arriba dormido.
Él recuerda a la orilla del lago verde
el solemne ombligo de su padre,
unos pezones como ojos de perro en medio del pelo,
el muslo de la madre con una glicina de venas azules.*

*Cuando se retiraron a morir,
él se ocupó de sus propios asuntos,
no demasiado modesto, no demasiado bien.
Pero aquí se encuentra, fumando en México,
estudiando las marrones montañas
cuyos gruesos senos se enrollan
encima de los cráneos de familias enteras.*

Lo acompañaban dos mujeres rurales galesas. Una de ellas era muy anciana, desgarbada. La Wellington de las damas viajeras. O como C. Aubrey Smith, el actor que solía ir al mando de regimientos en las películas sobre la India. Una gran nariz, una mandíbula desencajada, el labio doblado y un bigote considerable. La otra era más joven. Tenía una pequeña papada, pero sus mejillas eran redondeadas y los oscuros ojos, inteligentes. Una pareja muy satisfactoria. La palabra era: decente. Rasgos ingleses. Como muchos norteamericanos, Mosby deseaba tener esos rasgos él mismo. Sí, le gustaban las damas galesas. Aunque el guía no era adecuado. Se esforzaba demasiado. Sus gruesas mejillas tenían el color rojo de la cerámica, y conducía demasiado rápido.

La primera parada fue en Tule. Se apearon para inspeccionar el célebre árbol de la iglesia de Tule. Este monumento de la vegetación, intrincada y densamente enrevesado, un ciprés verde, de más de dos mil años de edad, con las raíces metidas en el fondo de un antiguo lago, más antiguo que la religión de aquel pequeño trozo blanco y brillante, aquella encantadora iglesia campesina. En el

cómodo suelo dormía un perro. Sin ningún respeto, pero inconsciente. La anciana, silenciosamente intrépida, se colocó un pañuelo en la cabeza y entró en la iglesia. La rígida genuflexión valía realmente la pena. Debía de ser cristiana. Mosby miró a las profundidades del árbol. ¡Aquello era un mundo por sí mismo! Podía contener comunidades enteras. Literalmente. Si recordaba bien lo que había leído de Gerald Heard, se supone que había un árbol primigenio ocupado por los primeros ancestros, toda la horda humana alojada en unos organismos tan atractivos, moteados, cómodos y totalmente hermosos. Los hechos no parecían venir a apoyar este dorado mito de un paraíso que nos incluyera a todos. Probablemente el hombre primitivo correteaba por el suelo, horriblemente violento y matando a todo lo que se le ponía por delante. Sin embargo, este sueño de gentileza, esta aspiración a la paz arbórea, no era un pequeño logro para los descendientes de tantos asesinos. Para su religión, este árbol iría muy bien, pensó Mosby. Él no necesitaba ninguna iglesia.

Le dio pena irse. Él podría haber vivido allí arriba. Por supuesto, en la cima. Si no, los excrementos caerían sobre su cabeza. Pero las damas galesas ya estaban en el coche, y el autoritario guía empezó a hacer sonar el claxon. Hacía calor para esperar.

La carretera hacia Mida estaba vacía. El calor hacía que el paisaje se difuminara de manera hermosa. El conductor sabía de geología, de arqueología. Era bastante feo, a pesar de la información. La Planicie de Agua, las Cavernas, el Periodo Triásico. ¡No me informe más! No caben en mi alma más detalles. ¡No soy capaz de usar lo que ya tengo! Y entonces apareció Mitla. La carretera continuaba para Tehuantepec hacia la derecha. Hacia la izquierda llegarían a la Ciudad de las Almas. La vieja señora Parsons (Elsie Clews Parsons, como le dijo a Mosby su sistema de almacenamiento mental) había estudiado allí etnografía, había estudiado a los indios en aquellas calles de adobe ardiente y basuras de frutas. En la sombra había un olor penetrante a orines. Un cerdo luchando por desembarazarse de la cuerda que lo ataba. Era una cerda. Por detrás, Mosby, que era muy observador, ya había descubierto la rosada abertura femenina. La sucia tierra que alimentaba igual a las bestias que a los hombres.

Pero allí había unos templos fascinantes, casi intactos. Aquel lugar no lo habían destruido los sacerdotes españoles. Todos los demás los habían arrasado, construyendo iglesias en los mismos lugares, utilizando incluso las mismas piedras.

Había un mercado para turistas. Rústicos vestidos de algodón, bordados indios, colgados debajo de toldos blancos como la harina, porque el polvo se posaba encima de la cerámica de la región, saxofones negros, bandejas negras de arcilla glaseada.

Siguiendo a las viajeras británicas y al guía, Mosby volvía a tener una de sus complejas fantasías. Se le ocurrió que estaba muerto. Había muerto. Sin embargo, seguía vivo. Su destino era vivir hasta el final como Mosby. En su fantasía, esto lo consideró como su purgatorio. Y ¿cuándo se había producido la muerte? En un choque, hacía años. Por aquel entonces le pareció que casi no había sucedido. Los coches quedaron destrozados. Mosby resultó muerto. Pero otro Mosby consiguió salir del coche. Un soldado le preguntó: «¿Está usted bien?». Sí, estaba bien. Se fue caminando de aquel sitio. Pero todavía le quedaba mucho por hacer, paso a paso, momento a momento. Y ahora oyó cómo parloteaba un loro. Y unos niños mendigaban y unas mujeres le hablaban, y a él se le estaban cubriendo los zapatos de polvo. Había estado trabajando en sus memorias y había estado escribiendo unos recuerdos divertidos de un hombre gracioso: Lustgarten. A la manera de sir Harold Nicolson. Mucho menos pulido, admitámoslo, pero de acuerdo con determinado protocolo, el lenguaje de la diplomacia, de la ironía mandarina. Sin embargo, había omitido algunos hechos. Por ejemplo, era

Mosby el que había arreglado que vieran a Trudy con Alfred Ruskin. Porque, cuando Lustgarten estaba cruzando el Rin, era Mosby el que yacía en la cama con Trudy. A diferencia de la hermosa amiga de lord Russell, ella no estaba confortando a Mosby por los desastres a que tenía que enfrentarse (con su compromiso intelectual). Sin embargo, no era Mosby el que le había aconsejado que abandonara a Lustgarten. No tenía intención de entrometerse. Pero, sin darse cuenta, le transmitió a Trudy su visión de Lustgarten como hombre gracioso. Y ella no podía ser la esposa de un hombre tan gracioso. Pero sí que lo era en efecto, ¡era un hombre gracioso! Era, como Napoleón a los ojos de Comte, un anacronismo. Era torpe y sin embargo deseaba ser un coloso, una especie de Napoleón, hacer millones, conquistar Europa, aprovechar la caída de Hitler para hacer una fortuna colosal. Estaba mal imaginado, no era original, eran viejas ideas, y muy ineficaces. Lustgarten no tenía que haber sucedido. Por eso era gracioso. También Trudy era graciosa, sin embargo. Qué barriga tan amplia tenía. Como a veces las personas nacen de una impregnación gemela, el organismo que lleva al hermano o hermana que no se ha desarrollado en forma de vestigio (a veces no es más que un órgano extra, un ojo rudimentario enterrado en la pierna, o un hígado o los principios de una oreja en algún lugar de la espalda), a menudo Mosby pensaba que Trudy tenía una hermana pequeña dentro de ella. Y para él era una payasa. Esto no significaba que la despreciara. Al contrario, le gustaba. El ojo parecía vagar en un hemisferio. Tampoco sabía cómo usar el perfume. Sus inanes composiciones eran tontas.

En aquella época, Mosby se había dedicado a reírse de la gente.

—¿Por qué?

—Porque lo necesitaba.

—¿Por qué?

—¡Porque sí!

El guía explicaba que los edificios se levantaban sin argamasa. Los cálculos matemáticos de aquellos sacerdotes habían sido perfectos. La precisión de la piedra era absoluta. Después de siglos no se encontraba ni un hueco, no se podía insertar ni siquiera la hoja de una navaja en ningún sitio. Aquellas masas geométricas estaban equilibradas por su propio peso. Aquí es donde vivían los sacerdotes. Los muros habían sido pintados. El tinte lo habían sacado de la cochinita o piojo del cactus. Aquí estaban los altares. Los espectadores se colocaban donde están ustedes ahora. Los sacerdotes utilizaban cuchillos de obsidiana. Los hermosos jóvenes tocaban las flautas. Entonces se rompían las flautas. El cuchillo ensangrentado se limpiaba en la cabeza del verdugo. Debía de tener el cabello lleno de enredos. Y aquí están las tumbas de los nobles. Hay unas escaleras que conducen abajo. Los zapotecas practicaron más tarde este tipo de sacrificio, bajo la influencia azteca.

Qué agradable era aquella vieja galesa. Era hermosa. No necesitaba ayuda para entrar y salir de aquellos pozos.

Por supuesto, uno no puede hacer de sí mismo una persona agradable y deseable. No puede meterse en ello sin tener en cuenta las cosas que tiene que hacer. Cosas interactivas. Comprensiones imperativas, obligaciones monstruosas del deber que te deforman. Con esas necesidades los hombres se vuelven feos. Este era director de espionaje. Aquel era un asesino. Para aligerar la densa textura de sus memorias, Mosby había imaginado a un Lustgarten cuyo destino era esta comedia. Un Lustgarten que no tenía que haber sucedido. Pero él mismo, Mosby, que también era una creación, un producto terminado, allí de pie, bajo el sol, encima de aquellos grandes bloques de piedra, en las escaleras que bajaban al pozo, él estaba completo. Se había completado a sí mismo de esta forma pensativa, nada

risueña, de piedra y hierro, sin sentido.

Después de haber dispuesto de todas las cosas humanas, debería haberse encontrado con Dios.

¿Ocurriría esto?

Pero, después de haber dispuesto de todo, ¿qué Dios había que encontrar?

Ahora los llevaban abajo, dentro de la tumba. Había una pesada puerta de hierro. Las piedras eran enormes. La cámara estaba cerrada. Se sintió oprimido. Tuvo miedo. Había mucha humedad. En los muros elaboradamente grabados en zigzag había unos tenues esbozos de luz fluorescente. Unas cajas planas de limo molido trataban de absorber la humedad. Su corazón se sintió paralizado. Sus pulmones no funcionaban. ¡Dios! ¡No puedo respirar! ¡Que me encierren aquí! ¡Morir aquí! ¡Si sucediera! No como si hubiera sucedido un accidente, que terminaba, pero no del todo, con la existencia. Muerto-muerto. Se inclinó y buscó la luz del día. Sí, seguía allí. Allí estaba la luz. Todavía estaba allí la gracia de la vida. O, si no era la gracia, al menos era aire. Continúa mientras puedas.

—Tengo que salir —le dijo al guía—. Señoras, no puedo respirar.

Él siempre metiendo la pata

Querida señorita Rose:

Casi empecé por «Mi querida niña», porque, en un sentido, lo que le hice hace treinta y cinco años nos hace al uno hijo del otro. De vez en cuando me acuerdo de que hace mucho tiempo gasté una broma pesada a costa suya y me he sentido mal por ello, pero hace poco me aclararon que lo que le dije fue tan malvado, tan asqueroso, tan grosero, insultante, insensible y salvaje que ni en mil años podría usted superarlo. Yo la herí de por vida, al menos eso me dicen, y mi culpa aún es mayor porque aquel ataque fue absolutamente gratuito. Solo nos habíamos encontrado de paso, apenas nos conocíamos. Ahora bien, la persona que me acusa de semejante crueldad no carece de prejuicios contra mí, se ha propuesto acabar conmigo, eso está claro. Sin embargo, desde que leí sus acusaciones he estado nervioso. Yo no estaba exactamente en la mejor de las formas cuando me llegó su carta. Como muchos ancianos, tengo que tragar todo tipo de pastillas. Tomo Inderal y quinidina para la hipertensión y las afecciones cardiacas, y también, por diversas razones psicológicas, me encuentro en este momento profundamente abatido y sin ninguna defensa del ego.

Puede que añada más sustancia a mis motivos para escribirle en este momento decirle que durante algunos meses he estado visitando a una anciana que lee a Swedenborg y a otros autores ocultos. Según ella (y un hombre con más de sesenta años no puede fácilmente resistirse a esas sugerencias), existe una vida en el futuro (espere y verá) y en esa vida sentiremos los dolores que hemos infligido a otros. Sufriremos todo lo que hemos hecho sufrir a otros, porque después de la muerte todas las experiencias se invierten. Entramos dentro de las almas de aquellas personas que conocimos en vida. Ellos también entran en nosotros y nos sienten y nos juzgan desde dentro. Suponiendo que esta vieja canadiense tenga razón, debo tratar de solucionar este asunto con usted. No es como si hubiera intentado asesinarla, pero sin embargo mi ofensa sigue siendo palpable.

Lo diré todo y luego revisaré y le enviaré a la señorita Rose solo las partes adecuadas.

En esta vida, entre el nacimiento y la muerte, mientras sigue siendo posible enmendar lo que uno ha hecho...

Me pregunto si usted me recuerda siquiera, de algún modo distinto que la persona que la hirió — un hombre alto y, en aquella época, muy moreno, con bigote (no muy grueso)—, físicamente una persona singular, con un aire de camello, y un toque divertido en su conjunto. Si es capaz de recordar al Shawmut de aquellos días, debería verlo ahora. *La edad con sus desgracias* es el título que le dio Goya al aguafuerte de un anciano que lucha para levantarse del orinal, con los pantalones caídos hasta los tobillos. «Junto a los comediantes más malos», como le dice perversamente Hamlet'a Polonio, en un comentario despiadado con los ancianos. A los trastornos que acabo de mencionar cabrían añadir los dientes con raíces podridas, y un arreglo en los dientes que exige la toma de antibióticos, que a su vez me provocaron diarrea y tuvieron como consecuencia unas hemorroides del tamaño de una avellana, además de la artritis galopante que tengo en las manos. En la Columbia Británica el invierno es triste y húmedo y cuando una mañana me desperté en esta tierra de exilio desde la que me expongo a la extradición, descubrí que algo le había pasado al dedo medio de mi mano derecha. La articulación había dejado de funcionar y el dedo estaba contraído como un caracol: una aflicción nueva y dolorosa. Bastante ridícula para mí. Y lo de la extradición es real. Ya me han enviado los papeles.

De manera que por lo menos puedo tratar de reducir los tormentos de la vida futura.

Puede parecerle que me dirijo a usted para quejarme de una historia de mala suerte después de treinta y cinco años, pero, como verá, no es eso en absoluto.

La he localizado gracias a la señorita Da Sousa del Ribier College, donde fuimos todos colegas a finales de los años cuarenta. Ella sigue allí, en Massachusetts, donde se conservan tantas cosas del siglo x1x, y fue ella la que me escribió cuando mis embarazosos y tontos problemas aparecieron en la prensa. Se trata de una mujer amable e inteligente que, *como usted*, ¿debería decir eso?, nunca contrajo matrimonio. Le respondí con gratitud preguntándole qué había sido de usted, y ella me dijo que era una bibliotecaria retirada y que vivía en Orlando, Florida.

Nunca creí que fuera a envidiar a las personas retiradas, pero aquello fue cuando el retiro todavía era una opción. Para mí ya no existe esa posibilidad. La muerte de mi hermano me deja en un agujero profundo desde el punto de vista jurídico y financiero. No la molestaré con los detalles del caso, que ya se han tergiversado bastante en la prensa. Baste con decir que sus delitos y mis propios defectos o vicios han acabado conmigo. Mal aconsejado desde el punto de vista legal, busqué refugio en Canadá, y los tribunales serán duros conmigo porque pretendí escapar. Es posible que no me envíen a prisión, pero tendré que trabajar durante el resto de mi vida en esta tierra, moriré al pie del cañón, y un cañón estúpido y maldito, arreando mi burro hacia una meta peculiar. Una de las parábolas favoritas de mi padre trataba de un caballo débil al que su conductor laceraba cruelmente. Un transeúnte trata de interceder: «La carga es demasiado pesada y la colina es empinada, es inútil que golpee a ese viejo caballo, ¿por qué lo hace?». «Porque ser caballo fue idea *suya*», responde el carretero.

Yo siempre he sentido debilidad por este tipo de humor judío, que puede resultarle extraño no solo porque es usted de origen escocés-irlandés (eso me dice la señorita Da Sousa) sino también porque usted, como bibliotecaria (de la era anterior a los ordenadores), estará en otra esfera o zona de calma, dentro de la circunferencia del sistema decimal de Dewey. Es posible que a usted le haya disgustado la vida de monja o pastora que una vez sugirió la palabra «bibliotecaria». Puede que esté resentida porque la han dejado fuera de la «acción» en el sentido moderno del término: la acción erótica, narcótica, dramática, peligrosa, picante. Quizá haya odiado distribuir los éxtasis ilegales de otras personas, o tratar con libros malvados (que en su mayoría eran falsos, créame, señorita Rose). Pero permítame suponer que es usted lo bastante anticuada como para no estar furiosa por haber llevado una vida útil. Si no es usted una persona anticuada no la habré herido tanto. Después de todo, ninguna mujer moderna guardaría durante cuarenta años la herida causada por una broma estúpida. Al contrario, diría: «¡Piérdete ya!».

¿Quién es el que me acusa de haberla herido? Eddie Walsh, ese es. Eddie se ha convertido en inspector jefe de las escuelas superiores de humanidades del estado de Missouri, o eso me dicen. En ese trabajo es maravilloso; un genio. Pero, aunque ahora vive en Missouri, parece que no piensa en otra cosa más que en el Massachusetts de los viejos tiempos. No puede olvidar todo el mal que yo hice. Él estaba allí cuando lo hice (sea lo que sea lo que hice), y me escribe: «No puedo evitar recordar cómo heriste a Carla Rose. Es tan característico de ti, cuando ella solo trataba de ser agradable, no solo no apreciar sus amables intenciones sino encima darle una patada en la cara. Da la casualidad de que yo sé que la traumatizaste para toda la vida». (Obsérvese cómo se utiliza el vocabulario liberal norteamericano como instrumento de tortura: por «característico» hay que entender: «No eres una buena persona, Shawmut».) Ahora bien, ¿la traumatiqué realmente, señorita Rose? ¿Cómo «da la casualidad» de que Walsh lo sabe? ¿Se lo contó usted? ¿O solo se trata, como imagino, de los rumores? Me pregunto si recuerda la ocasión siquiera. Sería una bendición que no la

recordara. Y no quiero arrojarle a la cara unos recuerdos no deseados, pero si de verdad la herí de manera tan cruel, ¿hay alguna manera de evitar recordar?

Volvamos entonces al Ribier College. Walish y yo éramos muy amigos por entonces, jóvenes profesores, él de Literatura y yo de Bellas Artes: mi especialidad era la historia de la música. Como si esto fuera una novedad para usted: mi libro sobre Pergolesi está en todas las bibliotecas. Es imposible que no se haya tropezado alguna vez con él. Además, hice aquellos programas sobre musicología en la televisión pública, que eran bastante populares.

Pero volvamos a los años cuarenta. El trimestre había empezado justo después del Día del Trabajo. Era mi primer puesto como enseñante. Después de siete u ocho semanas, seguía muy excitado. Déjeme que empiece recordando el hermoso paisaje de Nueva Inglaterra. Yo acababa de llegar de Chicago y de Bloomington, Indiana, donde había conseguido mi título. Nunca había visto abedules, helechos a los lados de la carretera, profundos bosques de pinos, pequeños campanarios blancos. ¿Qué podía ser yo mas que un desplazado? Me hacía llorar de risa el que me llamaran «doctor Shawmut». Me sentía absurdo, como un camello en un campo de césped. Soy un hombre alto y de piernas largas, susceptible de tener imágenes paradójicas y ridículas de sí mismo. Tampoco había empezado a conocer Ribier realmente. No era la auténtica Nueva Inglaterra, era una escuela bohemia para niños ricos de Nueva York que eran demasiado nerviosos para ir a escuelas mejores, niños inadaptados.

Pero bueno: Eddie Walish y yo paseábamos junto a la biblioteca de la escuela. Era un día cálido de otoño con el fondo del frío de los bosques que nos rodeaban, lo recuerdo como si fuera ayer. La biblioteca era un edificio de imitación del estilo clásico griego y la luz del porche recordaba al musgo y al sol: un musgo verde brillante, la luz del sol reflejada en él, y el liquen en las columnas. Yo estaba muy excitado, casi volando. En aquella época mis relaciones con Walish son fáciles de describir: muy alegres, sin ningún problema a la vista, ningún indicio de oscuridad. Yo estaba deseoso de aprender de él, porque nunca había visto una escuela progresista, nunca había vivido en el este y nunca había estado en contacto con el sistema del este del que tanto había oído hablar. ¿De qué hablábamos? Una chica a la que me habían asignado como pupila pidió a otra persona porque a mí no me habían psicoanalizado y ni siquiera me conocía. Y esa misma mañana había pasado dos horas en una reunión de profesores para decidir si la clase de historia debía ser obligatoria para los alumnos que se especializaban en Bellas Artes. Tony Lemnitzer, profesor de Pintura, había dicho: «Está muy bien que los niños lean la historia de los reyes y reinas pero ¿qué les importa eso a ellos?». El bueno de Tony, que se había criado en Brooklyn, y había huido de casa para dedicarse al circo, después se dedicó a pintar carteles y por último fue un expresionista abstracto. «No sientas pena por Tony —me aconsejó Walish—. Se casó con una millonaria. Ella le construyó un estudio digno de Miguel Angel. A él le da vergüenza pintar allí, solo hace esculturas. Esculpió dos bolas de madera dentro de una jaula de pájaro.» El propio Walish, antiguo hippy que había estudiado en Harvard, sospechó al principio que mi ignorancia era fingida. Era un hombre bajo que cojeaba ligeramente. Cuando me miraba, hacia arriba, era con auténtica astucia y una mueca de incredulidad en la boca. Soy de Chicago y tengo un doctorado de Bloomington, Indiana. ¿Puedo ser tan idiota como parezco? Pero soy buena compañía, y por fin él me cuenta (¿acaso era un secreto?) que, aunque viene de Gloucester, Massachusetts, no es un auténtico yanqui. Su padre, norteamericano de segunda

generación, es maquinista de tren jubilado, sin estudios. En una de las cartas del viejo dice: «Tu pobre madre, el médico dice que tiene un tumor en la vagina y que tendrá que operarla. Cuando entre en el quirófano espero que tú y tu hermana estéis allí a mi lado».

Había dos hombres que cojeaban en aquella comunidad, y sus nombres eran similares. El otro era Edmund Welch, juez de paz, y llevaba bastón. Nuestro Ed, que padecía de desviación de la columna, no quería llevar bastón, mucho menos un zapato con alza. Su comportamiento era despreocupado y divertido, y desafiaba a los ortopedas que lo advertían de que su espina dorsal se vendría abajo como un montón de fichas de dominó. Su estilo era desenfadado y ágil. Había que tomarlo como era, sin concesiones. Yo lo admiraba por eso.

Ahora, señorita Rose, ha salido usted de la biblioteca para respirar un poco de aire fresco y se apoya, con los brazos cruzados y la cabeza en una de las columnas griegas. Para parecer más alto, Walsh lleva el cabello peinado hacia arriba. No se podría meter un sombrero en esa cabeza. Pero yo llevo puesta una gorra de béisbol. Entonces, señorita Rose, dice usted, sonriendo: «Oh, doctor Shawmut, con esa gorra parece usted un arqueólogo». Y yo, antes de pensarlo, le respondo: «Y usted parece algo que acabaran de desenterrar».

¡Espantoso!

Nosotros dos, Walsh y yo, nos apresuramos por continuar nuestro camino. Eddie, con sus caderas desaliñadas, hizo un esfuerzo por caminar más deprisa, y cuando nos habíamos alejado lo suficiente de su pequeño templo bibliotecario vi que me sonreía, su cálido rostro mirándome con alegría, con admiración acusadora. Había sido testigo de algo extraordinario. Lo que pudiera ser esto, si entraba dentro de la diversión, de la psicopatología o de la maldad, todavía nadie podía juzgarlo, pero él estaba contento. Aunque no perdió tiempo en descargarse de toda culpa, aquel era precisamente su tipo de broma. Le encantaba hacerse el Groucho Marx, o darle a sus frases un tono del estilo de S. J. Perelman. En cuanto a mí, me había puesto muy serio, como generalmente me pongo después de uno de mis chistes. A mí me sorprenden tanto como a los demás. Puede que sean síntomas histéricos en el sentido clínico. Yo solía creer que era absolutamente normal, pero hace mucho tiempo que me di cuenta de que en determinados momentos mi risa bordea la histeria. Yo mismo era capaz de oír la nota anormal en aquel asunto. Pero Walsh sabía muy bien que a mí me daban aquellos ataques y, cuando sentía que se acercaba uno, me azuzaba. Después de haberse divertido solía decir, con una sonrisa de sátiro: «Qué hijo de puta eres, Shawmut. ¡Las puñaladas sádicas que eres capaz de dar!». Como ven, siempre tenía buen cuidado de que no lo acusaran de complicidad.

Y mi broma ni siquiera había sido inteligente, solo malvada, no había ninguna excusa; desde luego, no tenía nada que ver con la «inspiración». ¿Por qué tenía que ser tan idiota la inspiración? Era simplemente idiota y malvada. Walsh solía decirme: «Eres un surrealista a pesar de ti mismo». Su interpretación era que yo me había elevado a mí mismo con dolorosos esfuerzos de mis orígenes inmigrantes de clase media pero que me vengaba de aquellos tormentos y falsificaciones de mis saludables instintos, deformidades que me había impuesto esta adaptación a la respetabilidad, la presión del ascenso social. En aquella época era popular en Greenwich Village hacer análisis inteligentes e intrincados como aquel, y Walsh había adoptado la costumbre. Su carta del mes pasado estaba llena de análisis de ese tipo. La gente rara vez abandona el capital mental acumulado en sus «mejores» años. Con sesenta y tantos, Eddie sigue siendo un juvenil habitante del Village y se junta con jóvenes sobre todo. Yo he aceptado la vejez.

No es fácil escribir con artritis en los dedos. Mi abogado, cuyo fatal consejo seguí (es el hermano menor de mi mujer, que falleció el año pasado), me animó a que fuera a la Columbia Británica, donde, gracias a la corriente del Japón, crecen las flores en mitad del invierno y el aire es más puro. Es verdad que es primavera en medio de la nieve. Pero mis manos están impedidas y temo que me tengan que poner inyecciones de sales de oro si no mejoran. Sin embargo, enciendo el fuego y me siento en la butaca para concentrarme porque necesito que para usted valga la pena examinar estos hechos conmigo. Si de verdad tengo que creer lo que dice Walsh, desde aquel día usted ha estado temblando como una llama en un altar de clase media de humillación no merecida. Es usted uno de los insultados y heridos.

Por mi parte, tengo que admitir que me resultó duro adquirir unos modales decentes, no porque fuera naturalmente grosero sino porque sentía la presión de mi posición. Durante un tiempo llegué a creer que no podía continuar viviendo hasta que yo también tuviera una personalidad falsa como todos los demás, y por tanto me esforcé especialmente para ser considerado, deferente y educado. Y por supuesto exageraba las cosas y me lavaba dos veces cuando la gente de mejor educación que yo solo se lavaba una vez. Pero ningún programa de mejoramiento podía durarme mucho tiempo. Yo lo establecí y luego lo rompí y lo quemé en una hoguera ardiente.

Debo confesar que Walsh me regaña duramente en su carta. Me pregunta por qué, cuando la gente vacilaba en las conversaciones, yo introducía las palabras que faltaban y terminaba sus frases con pedantería burlona. Él afirma que yo solo estaba fanfarroneando, desprendiéndome de mis orígenes vulgares, fingiendo ser gentil y acumulando méritos como un judío aceptable (justo) para la sociedad cristiana de los sueños de T. S. Eliot. Walsh me pinta como un paria socialmente-ascendente y que busca unos lazos que me sujeten como otros buscarían la salvación. Según él, en reacción a esto, yo experimentaba ataques de rebelión y me ponía tremendamente insultante. Esto lo señala con gran claridad, pero nunca me lo dijo en los años en que estuvimos más próximos. Lo guardó todo para decírmelo después. En Ribier College nos agradá bamos el uno al otro. De algún modo éramos amigos. Pero al final, también de algún modo, él trató de ser para mí un enemigo mortal. Todo aquel tiempo estuvo haciendo los gestos de un amigo cercano y valioso, pero en realidad estaba preparando mi alma para que estuviera lista para ser asesinada. Quizá fue mi éxito en la musicología lo que a fin de cuentas fue demasiado para él.

Eddie le contó a su mujer lo que yo le había dicho a usted (en realidad, se lo contó a todo el mundo). Desde luego, todo el campus lo sabía. La gente se reía, pero yo estaba deprimido. Remordimientos: usted era una mujer pálida con brazos delgados, que absorbía los colores del musgo, el líquen y la piedra en su piel. Las pesadas puertas de la biblioteca estaban abiertas, y allí dentro había lámparas de lectura verdes y pesadas y pulidas mesas, y libros apilados hasta la galería y más arriba. Algunos de esos libros eran elevados, otros eran útiles e informativos, pero la mayoría de ellos solo eran capaces de bloquear la mente. Mi querida ancianita swedenborgiana dice que los ángeles no leen libros. ¿Por qué deberían hacerlo? Como tampoco pueden ser los bibliotecarios grandes lectores, imagino yo. Tienen demasiados libros, y la mayoría de ellos son pesados. Las abarrotadas estanterías despiden un halo atrayente, consolador y seductor que también está ligeramente teñido de algo pernicioso, de veneno y fatalidad. Los seres humanos pueden perder la vida en las bibliotecas. Alguien debería avisarlos. Y usted, una suma sacerdotisa de este templo, salía para mirar el cielo, y el señor Lubeck, su jefe, un amable refugiado que siempre estaba tropezando con su gran perro senil y pidiéndole disculpas al animal: «¡Ay, perrdone!» (pronunciando con fuerza

la erre).

Nota personal: la señorita Rose nunca fue bonita, ni siquiera lo que los franceses llaman una belle laide, o belleza fea, una mujer cuyo control sobre las fuerzas sexuales hace que la propia frialdad contribuya a su poder erótico. Una belle laide (¡tenía que ser una idea de los franceses!) ha de ser una especie de molino de pasiones. Sin embargo, en ella esa fuerza no se encontraba. No había ninguna base orgánica para ello. Cincuenta años antes, la señorita Rose se habría encontrado tomando el compuesto vegetal de Lydia Pinkham. No obstante, aunque su aspecto era verdoso, era posible que un hombre la hubiera amado, por su tímida calidez o por el valor que había tenido que reunir para felicitarme por mi gorra. Hace treinta y cinco años yo podría haber rechazado esa timidez con cumplidos y decirle: «Piense usted, señorita Rose, cuántos objetos de rara belleza han sido desenterrados por los arqueólogos: la Venus de Milo, los toros alados de Asiria con el rostro de los grandes reyes. Y Miguel Ángel incluso llegó a enterrar una de sus estatuas para que adquiriera el aspecto de antigüedad y después la desenterró». Pero ahora ya es demasiado tarde para galanterías retóricas. Me daría vergüenza. Ni bonita ni casada, y además la desagradable pequeña comunidad aprovechando mi broma. Y la pobre señorita Rose debía de estar desesperada.

Eddie Walsh, como ya le he dicho, se negaba a hacerse el inválido aunque tenía la espalda retorcida. A pesar de que no iba derecho y caminaba con el pie izquierdo hacia fuera, tenía un cierto estilo. Llevaba ropa de buen tejido inglés y zapatos de cuero de Lloyd & Haig. Él mismo decía que había tantas mujeres masoquistas como para animar a cualquier hombre a acicalarse y ponerse guapo. Los hombres discapacitados tenían mucho éxito con las chicas de cierto tipo. A usted, señorita Rose, le habría convenido más guardarse su cumplido para él. Pero en aquella época su mujer esperaba ya un hijo; y yo era soltero.

Durante los primeros días soleados del trimestre, salíamos a pasear casi todos los días. Por aquel entonces, yo encontraba a Eddie misterioso.

Solía pensar: pero ¿quién es este hombre, este amigo tan bueno (de repente)? ¿Quién es esta figura tan extraña, con la gran cabeza muy baja a mi lado, cuyo cabello crece espeso y alto? También le crece en las orejas, en un estilo diferente, como los hilos de la pana. Una de las señoras del campus me ha sugerido que le diga que se las afeite, pero ¿por qué tendría que hacerlo? A ella no le gustaría mucho más si lo hiciera, solo se imagina que sería así. Él tiene una especie de risa hueca, más parecida al sonido del oboe que al del clarinete, y la imparte tanto desde la nariz como desde la boca tallada en forma de calabaza. Sonríe como Alfred E. Neuman desde la portada de la revista *Mad*, el sucesor del chico malo de Peck. Sin embargo, sus ojos son cálidos y me incitan a acercarme cada vez más, pero retienen lo que más deseo. Yo deseo su afecto, desconfío de él y al mismo tiempo lo amo, por eso intento ganármelo con mis bromas. Porque es un tipo listo a su manera posmoderna, existencialista y taimada. También parece amable. Parece toda suerte de cosas. Le gustan Brecht y Weill, pero canta «Mackie Messer» y destroza la melodía muy derecho al piano. Esto, sin embargo, son simplemente las cosas de la época: el jazz del cabaret alemán de los años veinte, la respuesta de Berlín ante la guerra de trincheras y la explosión del humanismo. ¡Y pillar a Eddie dejándose pillar de esa manera haciendo algo anticuado! Porque él siempre ha estado en la vanguardia. Fue uno de los primeros admiradores de los poetas Beat, y el primero en citarme el maravilloso verso de Allen Ginsberg: «América, estoy arrimando mi extraño hombro».

Eddie me contagió el gusto de leer a Ginsberg, del que aprendí mucho sobre el ingenio. Puede que usted lo encuentre extraño, señorita Rose (a mí mismo me lo parece), pero sigo enganchado con

Ginsberg desde hace muchísimo tiempo. Permítame, sin embargo, que le cite un ejemplo de uno de sus libros más recientes, que es memorable y también encantador. Ginsberg escribe que Walt Whitman se acostaba con Edward Carpenter, el autor de *La mayoría de edad del amor*. Después Carpenter se convirtió en amante del nieto de uno de nuestros presidentes más oscuros, Chester A. Arthur; cuando ya era muy viejo, Gavin Arthur fue amante de un homosexual de San Francisco, quien, cuando se enredó con Ginsberg, completó el ciclo y puso al sabio de Camden en contacto con su único y auténtico sucesor y heredero. Todo se parece un poco al relato que hace el doctor Pangloss de cómo se contagió de la sífilis.

Por favor, perdóneme esto, señorita Rose. Me parece que vamos a necesitar el mayor fondo humano posible para esta investigación que puede afectar tanto a sus emociones y a las mías. Usted debería saber con quién estaba hablando aquel día cuando reunió el valor, sonriendo y temblando, para hacerme un cumplido: para darme, darnos, su bendición. Y yo se lo pagué con una ocurrencia mala que había sacado, típicamente, de lo más profundo de mi naturaleza, ese pozo de extrañas formulaciones. De modo que había olvidado aquel suceso cuando recibí en Canadá la carta de Walish. Para escribir esa carta (una extraña *megillah* de la que yo fui el chamán) debió de reflexionar con resentimiento durante décadas sobre mi carácter, dibujando el perfil de mi alma más profunda una y otra vez. Reunió una lista de todos mis defectos y mis pecados, y los detalles son tan sutiles, y el inventario tan amplio, el resumen tan condensado, que debió de dedicarse a coleccionar, archivar, formular y pulir furiosamente durante los años más cálidos y dorados de nuestra amistad. Recibir un documento así y —le pido que imagine, señorita Rose, cómo me afectó en un momento en el que yo sufría dolor y me hacía mucho daño, estaba de luto por mi esposa (y, lo que es bastante gracioso, también por el sinvergüenza de mi hermano)—, y experimentar *La edad con sus desgracias*, descubrir que ya no podía estirar el dedo corazón, recibiendo la carga del trabajo y la pena de los setenta años (que pronto llegarán). A nuestra edad, querida, nadie puede inclinarse ni sorprenderse cuando el mal se manifiesta, pero yo me pregunto una y otra vez: ¿por qué saca ahora Eddie Walish mis defectos de treinta y tantos años para echármelos en cara? Esto es lo que excita mi mayor interés, tanto que me hace gritar por dentro. La supina comedia que representa me asalta por las noches con la intensidad de los dolores del parto. Estoy acostado en la habitación de atrás de esta pequeña casa canadiense en forma de caja, que apenas está aislada, y me aguanto con fuerza para no gritar. Lo que me faltaba es que los vecinos oyeran esos ruidos a las tres de la mañana. Y no hay ni un alma en la Columbia Británica con la que yo pueda hablar de esto. Mi única conocida es la señora Gracewell, la anciana (y es muy anciana) que estudia la literatura oculta, y no puedo molestarla con una rama tan distinta de la experiencia. Nuestras conversaciones son completamente teóricas... Sin embargo, ella hizo un comentario que me ayudó, que fue: «La conciencia más baja es aquello a lo que el salmista se refería cuando decía: “Soy un gusano y no soy un hombre”. La conciencia más elevada, poca gente puede observarla. Por eso es por lo que las personas hablan tan mal unas de otras».

Más de una vez en el documento de Walish (su denuncia) se hace referencia a la poesía y la prosa de Ginsberg, de manera que por fin me decidí y envié un pedido a City Lights, la librería de San Francisco, y desde entonces he pasado muchas veladas estudiando libros suyos que no había leído: publica tantos y tan pequeños... Ginsberg defiende la auténtica ternura y la inocencia plena. La inocencia plena significa la literalidad de los excrementos y los genitales. Lo que Ginsberg elige es la

calidez de una comunidad que copula libremente, como hombre, como mujer, como camarada, en una «carretera abierta», pero que no descuida la meditación ni el rezo. Habla con horror de nuestra «cultura de plástico» que relaciona de algún modo obsesivamente con la CIA. Y además de la CIA hay otros nidos de espías, relacionados con la Exxon, la Mobil, la Standard Oil de California, el siniestro Occidental Petroleum con sus contactos en el Kremlin (eso desde luego es extraño, sin duda). El supercapitalismo y su tecnología petroquímica cancerígena están relacionados a través de James Jesus Angleton, alto funcionario de la comunidad de espionaje, con T. S. Eliot, su amigo. Angleton, que en su juventud fue editor de una revista literaria, tenía el objetivo declarado de revivir la cultura de Occidente contra los «llamados estalinistas». El fantasma de T. S. Eliot, entrevistado por Ginsberg en la proa de un barco en algún lugar de las aguas de la muerte, reconoce haber hecho pequeños trabajos de espionaje para Angleton. Por el contrario, el Hijo de la Oscuridad, Ginsberg en persona, mete en el mismo saco a los gurús, los meditadores con barba, los poetas leales a Whitman y Blake, a esos «asquerosos santos» y a los homosexuales líricos y poco sofisticados cuyos pequeños grupos investiga la policía secreta en sus ordenadores, y entre ellos mete también a los provocadores y a los que tratan de corromper con heroína. Esta visión psicópata, tan enternecedora porque, desde un punto de vista realista, hay tanto que temer, y también por el hombre de bondad que refleja, es una defensa de la belleza que yo valoro más de lo que la valora mi acusador, Walsh. Yo la comprendo plenamente. Ante los fuegos de artificio sexuales del 4 de julio de Ginsberg me entra la risa, pero después pienso con simpatía en sus obsesiones, mientras me atuso el bigote con los dedos, y mis ojos sienten la ansiedad mientras trato de imaginármelo. Yo soy un admirador de Ginsberg más desinteresado de lo que es Eddie. Eddie, por así decir, se acerca a la mesa con el rastrillo del croupier. Trabaja para la casa. Le saca punta a la poesía.

Uno de los problemas de siempre de Walsh era que tenía un aspecto claramente judío. Algunas personas no se fiaban y se ponían en contra de él con una hostilidad gratuita, sospechando que intentaba pasar por un norteamericano completo. A veces decían, como si descubrieran la fuerza que les daba el ser descarados (la fuerza siempre gusta), «¿Cuál era su nombre antes de ser Walsh?» (esa es una de las típicas preguntas que les hacen siempre a los judíos). Pero sus padres venían del norte de Irlanda. En realidad, eran protestantes, y el nombre de la familia de su madre era Ballard. Él siempre ha firmado como Edward Ballard Walsh. Pero siempre fingió que lo del nombre no le importaba. El gusto por la persecución lo convertía en cercano a los judíos, o eso decía él. Y yo, como estaba encantado con su amistad, prefería creerlo.

Resulta que, después de muchos años de tambalearse en secreto, Walsh llegó a la conclusión de que yo era tonto. Fue precisamente cuando el público empezó a tomarme en serio cuando él perdió la paciencia conmigo y su defecto se convirtió en rencor. Mis programas de televisión sobre historia de la música fueron la gota que colmó su vaso. Esto puede imaginarse: Walsh mirando la pantalla con un viejo batín de lana, agarrándose un codo con la mano y chupando un cigarrillo, mientras me ataca y yo en la pantalla sigo hablando sobre los últimos días de Haydn, o sobre Mozart y Salieri, o mientras surgen temas del clavicémbalo: «¡Superestrella! ¡Menudo idiota!». «¡Dios! ¿Hasta dónde vas a llegar?» «¡Mequetrefe!»

Evidentemente, mi propio nombre, Shawmut, también había sido objeto de bromas. Esto se hacía ya muchos años antes de que mi padre pusiera el pie en Norteamérica. Era su hermano Pynie, el que llevaba quevedos y copiaba música para Sholom Secunda. Es probable que llamaran a la familia Shamus, o, incluso más degradante, Untershamus. Los *untershamus*, lo más bajo de lo bajo en la

antigua sinagoga, eran incompetentes y perezosos, con la barba enredada y malditos por afecciones cómicas como una gran hernia o una escrófula, los pobres entre los pobres. Orm, como diría mi padre, *auf steiffieivent*. *Steiffieivent* era el tejido tieso de lino y crin que los marinos ponían en el forro de las chaquetas para darles forma. No había nada más barato. «Era tan pobre que se vestía con tela tonta.» Era más barato que un sudario. Pero en Norteamérica resulta que Shawmut es el nombre de una cadena bancaria de Massachusetts. ¿Qué le parece eso? Puede que haya oído usted cosas encantadoras y sentimentales sobre el yídish, pero se trata de un idioma *duro*, señorita Rose. El yídish es severo y te ataca sin compasión. Sí, es verdad que a menudo es delicado, tranquilo, pero también puede ser explosivo. «Tienes la cara como un orinal» o «Tienes la cara como un cubo de comida para cerdos». (Las connotaciones relacionadas con cerdos les dan una fuerza especial a los epítetos yídish.) Si hay un demiurgo que me inspire a hablar salvajemente, puede que le haya atraído este lenguaje violento sin piedad.

Mientras le cuento todo esto, quiero creer que me está siguiendo de buen grado, y siento por usted el mayor de los afectos. Estoy muy solo aquí en Vancouver, pero eso es mi propia culpa, también. Cuando llegué aquí, los músicos locales me invitaron a una fiesta, y no les gusté. Me hicieron la prueba canadiense para los visitantes de Estados Unidos: ¿era yo seguidor de Reagan? Yo no podía serlo, pero la cuestión clave era si El Salvador no podía ser otro Vietnam, y yo perdí la mitad de mi público en un momento con mi respuesta: «Nada de eso. Los vietnamitas del norte son soldados experimentados con una tradición militar de muchos siglos: gente realmente dura. Los salvadoreños son campesinos indios». ¿Por qué no mantuve la boca cerrada? ¿Qué me importa a mí el Vietnam? Permanecieron a mi lado dos o tres invitados amables, pero a esos los aparté de mí de la siguiente manera: un profesor de la Universidad de Berkeley observó que coincidía con Alexander Pope en lo referente a la irrealidad suprema del mal. Desde el punto más elevado de la metafísica. Para una mente racional, nunca pasa nada realmente malo. Estaba diciendo tonterías. ¡Bobadas!, pensé yo. Y le dije: «¿Ah? ¿Quiere usted decir que cada cámara de gas tiene un forro plateado?».

Eso acabó conmigo, y ahora doy mis paseos diarios completamente solo.

Esto es muy hermoso, con montañas nevadas y puertos tranquilos. Dicen que las instalaciones portuarias son limitadas y que los cargadores tienen que esperar (a un precio diario de diez mil dólares). Es agradable verlos anclados. Me recuerdan la *Invitation au Voyage* y también «En cualquier sitio, en cualquier sitio. ¡Fuera del mundo!». Pero ¡qué ciudad tan limpia y civilizada, con sus aguas claras del norte y, más allá, el sentido de una naturaleza salvaje e ilimitada que empieza donde se revisa el bosque, y se extiende hacia el norte durante millones de kilómetros cuadrados y termina con voluntad de hielo alrededor del polo!

Los académicos provincianos se ofendieron con mis comentarios. Mala suerte.

Pero, para que no le parezca que siempre me estoy buscando problemas, déjeme decirle, señorita Rose, que otras veces me han dado palos a mí, que otros virtuosos han podido conmigo, artistas mayores que yo, en la misma línea. El difunto Kippenberg, príncipe entre los musicólogos, una vez que estábamos en una conferencia en la Villa Serbelloni, a orillas del lago Como, me invitó una noche a sus habitaciones para que le ofreciera un adelanto de mi conferencia. Bueno, en realidad no me invitó. Yo estaba deseando hacerlo. Se lo sugerí y él no tuvo el valor de negarse. Era un hombre enorme vestido de terciopelo, con un traje suntuoso, de color verde oscuro, encima del cual su gran, pálida e inteligente cabeza parecía haber sido depositada por una explosión. Aunque necesitaba dos bastones para caminar, era una especie de *diable boiteux*, no había nadie más rápido con la palabra.

Había publicado la mayor obra sobre Rossini, y el propio Rossini había hecho bromas inmortales (como la famosa sobre Wagner: *Il y a de beaux moments mais de mauvais quarts d'heure*). También hay que imaginar la suite que ocupaba Kippenberg en la Villa, habitaciones dieciochescas, sofás de tafetán, brocados, frías estatuas, cálidas lámparas de seda. Los criados ya habían corrido las cortinas para la noche, de manera que la sala estaba muy cerrada. En todo caso, yo estaba allí leyéndole al mundano y sabio Kippenberg, todo hinchado y enfundado de verde, con la larga boca agradablemente sosegada. Aquel hombre tenía también unos ojos graciosos, colocados a los lados de la cabeza como si tuviera visión lateral, y unas cejas como gusanos del Árbol del Bien y del Mal. A medida que yo avanzaba en mi lectura noté que empezaba a mover la cabeza. Le dije: «Temo que lo estoy adormeciendo, profesor». «No, no, por el contrario, me mantiene despierto», respondió él. Aquello era genio, y además a mi costa, y era un privilegio haberlo provocado. Había estado sentado, con su enorme mole y sus dos bastones, como si estuviera en una ladera, esquiando hasta llegar a un profundo sueño. Pero incluso en el borde, cuando se estaba durmiendo, el tesoro único que su conciencia aún podía deslumbrar. Yo habría recorrido medio mundo para que me dijeran aquello.

Déjeme, sin embargo, que vuelva a Walish por un momento. La familia Walish vivía en una pequeña casa de campo que pertenecía a la escuela. Estaba abajo en el bosque, que en aquella estación estaba lleno de polvo. Puede que usted recuerde, ahora que está en Florida, cómo son los bosques de Nueva Inglaterra en un otoño seco: polen, humo, hojas muertas y harinosas, telas de araña, quizá el polvo de las alas de las polillas muertas. Al llegar a los pilares de piedra de la puerta de los Walish, si encontrábamos botellas que había dejado el lechero las agarrábamos por el cuello y, dando un grito, las tirábamos a los arbustos. La leche la pedían para Peg Walish, que estaba embarazada pero odiaba aquel líquido y de todas formas no se lo bebía. Peg estaba socialmente por encima de su marido. Cualquiera podía estarlo en aquella época; Walish únicamente tenía por debajo a los negros y a los judíos, y, por su aspecto judío, ni siquiera estaba seguro de esta última ventaja. Por tanto, la bohemia le daba fuerza. A la señora Walish le gustaba el estilo bohemio de su marido, o por lo menos eso decía. Mi Pergolesi y mi Haydn me hacían menos inaceptable para ella de lo que podría haberlo sido en caso contrario. Además, yo era una compañía agradable para su marido. Créame, él necesitaba esa compañía. Estaba deprimido; su mujer estaba preocupada. Cuando me miraba a mí yo veía que se le encendía una luz en los ojos pidiendo ayuda.

Como Alicia después de haberse bebido la botella con la etiqueta BÉBEME en el país de las maravillas, Peg era muy alta; huesuda pero delicada, se parecía a una estrella del cine mudo llamada Calleen Moore, una ingenua de ojos redondos con flequillo. En su cuarto mes de embarazo, Peg seguía trabajando en Filene's, y Eddie, que no tenía ganas de levantarse por las mañanas para llevarla en el coche hasta la estación; se pasaba los días en la cama bajo los descoloridos edredones de retales. El rosa, cuando no es fresco y vivo, puede ser un color de desesperación. El rosa de los edredones de Walish cuando yo iba a verlo me partía el corazón. La casita estaba revestida con paneles de color de avellano, y las habitaciones eran oscuras, especialmente la cocina. Yo lo encontraba arriba durmiendo, con la boca abierta y el labio prominente como un judío. La impresión que daba era tanto brutal como inocente. Dormido no tenía la confianza en sí mismo que le costaba tanto esfuerzo mantener. No muchos de nosotros estamos plenamente despiertos, pero Walish se enorgullecía en especial de estar siempre alerta. Su principal premisa era que él no era ningún tonto. Pero dormido no parecía inteligente.

Yo lo levantaba. Estaba avergonzado. Después de todo no era un bohemio completo. El estar tan

embotado a una hora tan tardía le molestaba, y gruñía, sacando las piernas de la cama. Íbamos a la cocina y empezábamos a beber.

Peg insistía en que fuera a ver a un psiquiatra en Providence. Esto me lo ocultó mucho tiempo, y al final admitió que necesitaba un arreglo, algunos ajustes menores. El ser padre lo agitaba. Al final su mujer dio a luz a dos gemelos varones. Estos hechos son triviales y no siento que esté traicionando ninguna confianza al revelárselos. Además, a Walish no le debo nada. Su carta me ha disgustado mucho. ¡Vaya momento que escogió para mandarla! Treinta y cinco años sin cruzar palabra. Me permite que cuente con su afecto y entonces me larga la patada. ¿Cuándo se traiciona a un amigo, cuándo se le ofrece la copa de veneno? No mientras sigue siendo lo suficientemente joven como para recuperarse. Walish esperó hasta el mismo final: *mi* final, por supuesto. Él sigue estando joven, según me escribe. Como prueba de ello se interesa verdaderamente por las jóvenes lesbianas allí en Missouri, solo él conoce sus sentimientos más profundos y ellas le permiten que les haga el amor: a Walish, la única excepción masculina. Como el explorador McGovern, que fue a Lhasa disfrazado, y fue el único occidental en penetrar en los sagrados recintos. Ellas solo confían en la juventud, pero confían en él, de manera que no debe de estar viejo.

Pero esta carta suya me destroza por completo. Y estoy de acuerdo, objetivamente, en que mi carácter no es un éxito absoluto. Soy poco atento, espiritualmente perezoso, me desconecto. He tratado de hacer que esta indolencia mía tenga un lado bueno, me dice él. Por ejemplo, nunca comprobaría la cuenta de un camarero; me negué a calcular mis propias devoluciones de impuestos; y era demasiado «poco realista» para gestionar mis propias inversiones, por lo que contraté a expertos {léase «sinvergüenzas»). El realista de Walish no era demasiado bueno como para pelear por unas monedas; lo que contaba era el principio, como contaba el honor para los grandes soldados de Shakespeare. Cuando empezaron a usarse las tarjetas de crédito, Walish, después de contar los intereses y los costes de servicio hasta el cuarto decimal, destrozó las tarjetas de Peg y las tiró por el retrete. Todos los años se peleaba con los recaudadores de impuestos, tanto federales como del Estado. Nadie iba a ser más listo que Eddie Walish. Con esos malos ratos se conectó con los ricos más roñosos: Rockefeller, el fundador, que nunca daba una propina de más de diez centavos, o Getty el multimillonario, en cuya mansión se obligaba a los invitados a utilizar teléfonos con monedas. No es que Walish fuera mezquino, era duro, estricto, más estrecho que el culo de una rana. No era simplemente el capitalismo básico. En la medida en que Walish era admirador de Brecht, se trataba también de dureza leninista o estalinista. Como si yo fuera, o pareciera ser, confuso en lo tocante al dinero, era posible que fuera una «estrategia semiinconsciente», según merecía. ¿Quería decir que yo trataba de destacar como un judío que desdeñaba el sucio dólar? ¿Quería que me confundieran con alguien mejor que yo? En otras palabras, ¿era aquello asimilacionismo? La única pega era que yo nunca admití que los antisemitas de ningún tipo fueran mejores que yo.

No estaba tratando de ser un buenazo distraído en lo tocante a mis finanzas. De hecho, señorita Rose, ni siquiera les prestaba atención. Mi ineptitud con el diner' o formaba parte del mismo síndrome histérico que me hacía meter la pata siempre. Ese síndrome lo padecía de verdad, y sigo padeciéndolo. El Walish de hoy día ha olvidado que, cuando fue un psiquiatra para que le curara el dormir dieciocho horas de golpe, yo le dije lo bien que comprendía su problema. Para consolarlo, le dije: «En un día bueno yo puedo ser agudo durante alrededor de media hora, entonces empiezo a

declinar y cualquiera puede quedarse conmigo». Le estaba hablando de la condición soñadora o estado de turbulencia en el que existimos la mayoría de nosotros, con momentos aislados de claridad. Y nunca se me ocurrió adoptar una estrategia para corregirme. Ya le he dicho antes que en un momento dado me pareció una necesidad adoptar una personalidad falsa, pero que pronto abandoné la idea. Walish, sin embargo, supone que todo hombre moderno e inteligente es su propia invención de vanguardia. Estar en la vanguardia significa alterarte a ti mismo, tener un proyecto personal que requiere una rutina histriónica: en resumen, actuar. Pero ¿qué tipo de actuación consiste en confiar en un pariente cercano que resulta ser un delincuente, o dejar a mi difunta esposa que me convenza para poner mis problemas legales en manos de su hermano pequeño? Fue mi cuñado el que me engañó. Cuando otros eran simplemente sinvergüenzas y delincuentes, él, además, estaba loco. Paciencia, ya voy a llegar a eso.

Walish escribe: «Me pareció que ya era hora de que supieras lo que eras en realidad», y me larga un sermón de tales proporciones que pocos hombres habrán sufrido. Yo insultaba y me reía de todo el mundo. Yo no podía soportar que la gente se expresara (esto lo irritaba especialmente; lo menciona varias veces) sino que les ponía yo mismo las palabras en la boca, terminaba por ellos sus frases, haciéndoles olvidar lo que iban a decir (yo suministraba las tonterías que ellos buscaban decir). Según dice, yo era «un almacén móvil de piezas sueltas de la clase media», con lo que quiere decir que yo estaba lleno de la información tonta y realmente loca que hace que la odiosa maquinaria social siga avanzando hacia un pozo sin fondo. Y continúa en ese tono. En cuanto a mi incondicional devoción por la música, eso era únicamente una tapadera. El auténtico Shawmut era un promotor astuto cuya *Introducción a la apreciación de la música* fue adoptada por un centenar de escuelas («cosa que no se produce por sí sola»), lo que le valió un millón de derechos de autor. Me compara a Kissinger, un judío que se hizo fuerte en el sistema, que no tenía ni clase política ni electorado pero logró colocarse gracias a su genio político, actuando como si fuera alguien famoso... Para Walish es imposible comprender la fortaleza de carácter, incluso la fuerza constitucional y biológica que necesitaría un logro de ese tipo; como apreciar (con el oído cubierto de pelo hundido en la almohada, y la pequeña figura doblada tres veces, como una pequeña salida de incendios, bajo los pliegues del rosado edredón) lo que necesita un hombre educado para lograr una posición de fuerza en medio de unos políticos semianalfabetos. No, la comparación es muy exagerada. Dedicarse a la música del siglo XVIII en la PBS no es lo mismo que hacerse cargo de la política exterior de Estados Unidos y hacer frente a borrachos y mentirosos en el Congreso o en el ejecutivo.

¿Un judío honrado? Ese podría ser Ginsberg el Confesor. Sin ocultar ni un solo hecho, Ginsberg agrada a los que odian a los judíos porque exagera todo lo que ellos les atribuyen a los judíos en sus fantasías patológicas. Los engaña, a mi parecer, con una simpleza absurda, con sus sueños reales de encontrar el ano de alguien en su sándwich o con sus poemas sobre clavarse un consolador a sí mismo. Ese erotismo materialista esencial atrae mucho a los estadounidenses, porque es prueba de sinceridad y autenticidad. Es a este nivel al que te dicen que se encuentran «al mismo nivel» que tú, aunque las deformidades y extremidades que se perciben deban asignarse por supuesto a otra persona, a algún marica morfinómano o a un yonqui raro. Cuando te dicen que están «a tu nivel», mi consejo es que escondas inmediatamente tu dinero.

Yo, sin embargo, veo que en Ginsberg hay algo más que eso. Es cierto que hace un papel de judío tradicional con su autodegradación cómica, exactamente como se hacía en la Roma antigua, y probablemente antes. Pero hay algo más, igualmente tradicional. Debajo de todo ese candor

revelador (o de su autodestrucción con agravantes) se encuentra su pureza de corazón. Como judío norteamericano que es debe afirmar y justificar también la democracia. Estados Unidos está destinado a convertirse en uno de los mayores logros de la humanidad, una nación hecha con muchas naciones (sin excluir a la nación rara: ¿cómo puede dejarse a nadie fuera?). Los propios Estados Unidos han de ser el mayor de los poemas, como profetizó Whitman. Y el único representante vivo auténtico del trascendentalismo norteamericano es ese gordo, calvo y barbudo homosexual con gafas sucias, inocente en su suciedad. La pureza procede de la suciedad, señorita Rose. Ese hombre es un microcosmos judío de esta tierra de Midas cuyos cadáveres enterrados hacen surgir frutos dorados. No se trata de un judío que va a Israel para luchar con el Levítico en la mano a fin de justificar su homosexualidad. Es un marica con una profunda fe budista en Norteamérica, su tierra natal. El enemigo capitalista petroquímico (un enemigo que necesita redención sexual y religiosa) está justo aquí, en casa. ¡Quién puede dejar de amar a un comediante así! Además, Ginsberg y yo nacimos bajo el mismo signo, los dos teníamos madres locas y nos gustan las frases inspiradas. Yo, sin embargo, me niego a dar demasiado valor a la vida erótica. No creo que el camino de la verdad tenga que pasar por todas las zonas de la masturbación y la sodomía. Pero él es coherente; hay que decir en su descargo que va hasta el final, cosa que no puede decirse de mí. De los dos, él es el más norteamericano. Él es miembro de la Academia Americana de las Artes y las Letras, y a mí ni siquiera me han propuesto como candidato; y, aunque él haya insinuado que algunos de nuestros más recientes presidentes eran imbéciles, nunca le han pedido que devuelva sus premios y medallas nacionales. Cuanto más habla en contra de ellos (¿utilizaba LBJ el LSD?), es probable que le den todavía más medallas. Por tanto tengo que admitir que él está más cercano a la corriente principal de pensamiento norteamericano de lo que lo estoy yo. Yo ni siquiera tengo aspecto norteamericano. (Ginsberg tampoco, si vamos a eso.) Yo nací en Hammond, Indiana (justo antes de la ley seca mi viejo tenía allí un *saloon*), pero podría venir directo de Kiev. Desde luego, no tengo el cuerpo de un nativo de Indiana: soy alto pero encorvado, y mis nalgas están más arriba que las del resto de la gente. Siempre he tenido la impresión de que mis piernas eran desproporcionadamente largas: haría falta un ingeniero para averiguar la dinámica de este cuerpo. Aparte de negros y paletos, en Hammond hay sobre todo extranjeros, muchos de ellos ucranianos y finlandeses. Estos, sin embargo, tienen un aspecto completamente norteamericano, mientras que yo reconozco rasgos como los míos en las decoraciones de arte de las iglesias rusas: los rostros compactos, con ojos pequeños y redondos, las cejas arqueadas y las cabezas calvas de los iconos. Y, en las situaciones sumamente delicadas en las que se requieren rasgos primordiales del norteamericano como son la prudencia y la discreción, yo siempre pierdo el control y soy, como dicen los árabes, esclavo de mi propia lengua.

Hasta aquí ha sido divertido, con lo que quiero decir que he evitado un examen riguroso, señorita Rose. Pero necesitamos acercarnos más al tema. Tengo que disculparme con usted, pero también hay aquí un misterio (quizá de karrria, como sugiere la vieja señorita Gracewell) que está pidiendo a gritos que lo investiguen. ¿Por qué dice nadie unas cosas como las que yo le dije a usted? Bueno, es como si un hombre fuera a salir en un día hermoso, un día tan hermoso que lo presionara de manera incomprensible a hacer algo, a llevar a cabo una acción acorde con el día, porque si no se sentiría como un inválido en una silla de ruedas junto a la orilla del mar, un hipocondriaco cuya enfermera le dice: «Quédese aquí sentado y observe las olas».

Mi difunta esposa era una mujer amable, delgada, bastante pequeña, construida según un principio medieval estricto. Tenía una manera especial de juntar las palmas de las manos bajo la barbilla cuando yo la molestaba, como si estuviera rezando por mí, y su color rosado se volvía más intenso, casi rojo. Sufría muchísimo con mis ataques y asumía el deber de reparar lo que yo había hecho, protegiendo mi reputación y convenciendo a la gente de que en realidad yo no quería hacer ningún daño. Era morena y su cutis era fresco. Si debía ese color a su salud o a su excitabilidad era algo discutible. Tenía los ojos ligeramente prominentes, pero no había en ellos ninguna deformidad; por lo que a mí respecta, aquel era uno de sus rasgos más bellos. Era de origen austriaco (de Graz, no de Viena), refugiada. Nunca me atraieron las mujeres de mi propio tamaño” dos personas altas formarían al juntarse un lío incomprensible. Además, yo prefería tener que buscar lo que quería. Cuando estaba en la escuela, nunca tuve ningún interés sexual por mis profesoras. Me enamoré de la chica más pequeña de la clase, y seguí con mis gustos primigenios casándome con una mujer pequeña del tipo de Van der Weyden o Lucas Cranach. El color rosado no se limitaba a su rostro. Tenía en la piel algo que no era exactamente de nuestra época, y su idea de la gracia también se remontaba a una época anterior. Había en ella un estilo inclinado: su figura se inclinaba cuando caminaba, las manos se inclinaban en la muñeca mientras cocinaba, comía así también, inclinaba la cabeza atentamente cuando se le decía algo serio y abría un poco la boca para instarte a que tuvieras más sentido común. En las cosas de principio, aunque fuera profundamente irracional, también era obstinada. La muerte ha puesto a Gerda fuera de la circulación, y ya la han envuelto y enviado lejos de manera definitiva. Ya no queda nada de aquel cuerpo rígido y sonrosado ni de los rosados pechos, como tampoco queda nada de aquellos ojos saltones y azules.

Lo que le dije a usted al pasar por la puerta de la biblioteca a ella la habría horrorizado. Le sentaba muy mal que yo fuera desagradable con la gente. Le pondré un ejemplo. Esto se produjo años después, en otra universidad (esta vez auténtica), una noche que Gerda organizó una cena para un gran grupo de académicos: los tres estamentos sociales estaban reunidos alrededor de nuestra mesa de cerezo escandinavo. Yo ni siquiera sabía quiénes eran los invitados. Después del plato principal, se mencionó a un cierto profesor Schulteiss. Era uno de aquellos tipos polivalentes y fanfarrones que molestaban a todo el mundo. Ya podía tratarse de cocina china o de física de las partículas o de las relaciones entre el bantú y el suahili (si es que había alguna), o de la razón por la que lord Nelson amaba tanto a William Beckford o del futuro de la ciencia de los ordenadores, uno no era capaz de interrumpirlo lo suficiente como para quejarse de que no te dejara meter ni una palabra. Era un hombre grande con barba, con un estómago que desafiaba los asaltos y las puntas de los dedos retorcidas, de manera que, si yo hubiera sido dibujante, lo habría retratado cantando al estilo tirolés, con unos mostachos negros y las puntas de los dedos echadas hacia atrás. Uno de los invitados me dijo que Schulteiss estaba terriblemente preocupado porque nadie sería lo bastante sabio como para escribir una esquila cuando él muriera. «No sé si yo estoy cualificado para ello —dije—, pero me encantaría hacerlo, si eso lo conforta en algo.» A la señora Schulteiss, que yo no podía ver por las flores que había encima de la mesa, le estaban sirviendo el postre en aquel momento. No importaba si me había oído o no, porque de inmediato cinco o seis de los invitados repitieron lo que yo había dicho, y la vi mover a un lado las flores para mirarme.

Por la noche traté de convencer a Gerda de que no se había hecho ningún daño real. Anna Schulteiss no era fácil de herir. Ella y su marido estaban siempre peleados... ¿Por qué si no había venido sin él? Además, era difícil de imaginar lo que pensaba y sentía; algunas de sus partículas (en

referencia a los conocimientos de Schulteiss en el campo de la física de partículas) estaban seguramente fuera de sitio. Este tipo de comentarios solo empeoraba las cosas. Pero Gerda no me dijo eso, solo se quedó muy rígida en su lado de la cama. Era una artista consumada en lo tocante a respiración nerviosa por la noche, y cuando suspiraba con fuerza no había forma de dormir. Yo me dejé dominar por la misma rigidez y sufrí con ella. El adulterio, que rara vez me tentó, no me habría provocado más culpa. Mientras yo me tomaba mi café por la mañana, Gerda telefoneó a Anna Schulteiss y quedó con ella para comer. Más tarde, fueron juntas a un concierto. Antes de que pasara un mes ya estábamos cuidando a los niños de los Schulteiss en su pequeña y sucia casita de la universidad, que habían convertido en un montón de escombros de la edad de piedra. Cuando habíamos llegado a aquella fase de reconciliación, Gerda se sintió mejor. Sin embargo, lo que yo creía era que un hombre que se permitía hacer aquellas bromas debería ser lo suficientemente desenvuelto como para llegar hasta el final, y no sucumbir ante la conciencia tan pronto como las palabras salían de su boca. Debía llevar las cosas hasta el fin como el príncipesco Kippenberg. En todo caso, ¿quién era el auténtico Shawmut, el hombre que gastaba bromas insultantes o el que se había casado con una mujer que no podía soportar que nadie resultara herido por sus insultos?

Se preguntará usted: con una mujer deseosa de luchar hasta la muerte para preservarlo de la venganza de las personas que usted quiere, ¿no se sentía perversamente tentado a causar problemas, solo para seguir avanzando? La respuesta es no, y la razón no es solo que yo amaba a Gerda (mi amor se vio terriblemente confirmado por su muerte), sino también que cuando yo decía las cosas las decía solo por el arte, es decir, sin perversidad ni malicia, ni tampoco como si la malicia tuviera un efecto parecido al alcohol y a mí me emborrachara esa maldad. Eso lo rechazo. Sí, tiene que haber algo de provocación en todo ello. Pero lo que sucede cuando me provocan sucede porque la tierra cede bajo mis pies, y entonces, aunque procedentes de lados opuestos de los cielos, recibo golpes simultáneos en ambos oídos. Me quedo sordo, y tengo que abrir la boca. Gerda, con su forma simple de ver las cosas, trataba de neutralizar los malos efectos de las palabras que salían de mi boca y trazaba planes para recuperar la amistad de todo tipo de personas poco probables cuyas partículas fundamentales faltaban y que no tenían capacidad para la amistad ni interés por ella. A esas personas les enviaba azaleas, begonias, flores cortadas, y llevaba a las mujeres a comer. Volvía a casa y me decía en serio cuántos hechos fascinantes había aprendido sobre ellos, lo poco que les pagaban a sus maridos, o que sus padres eran viejos y estaban enfermos, o que había locura en la familia, o chicos de quince años que robaban casas o que estaban enganchados a la heroína.

Yo nunca le dije nada malo a Gerda, solo a la gente que me provocaba. El suyo es el único caso que recuerdo en el que no hubo provocación. Señorita Rose..., de ahí esta carta de disculpa, la primera que he escrito nunca. Usted es la causa de mi examen de conciencia. Tengo intención de volver a esto más tarde. Pero ahora estoy pensando en Gerda. Por ella intenté controlarme, y al final empecé a aprender el valor de mantener la boca cerrada, y cómo puede fortalecer a un hombre bloquear las palabras inspiradas y dejar que la maldad (si en efecto es maldad) se absorba de nuevo en el sistema. Como el «discurso correcto» de los budistas, me imagino. Lo del «discurso correcto» es pura fisiología. Y ¿tenía mucho sentido escoger las palabras que uno iba a pronunciar en un momento en que las palabras se habían hundido en la grosería y la decadencia? Si volviera por aquí La Rochefoucauld, la gente se volvería de su lado a mitad de frase, y bostezaría. ¿Quién necesita máximas ahora?

Los Schulteiss eran colegas, y Gerda se dedicaba a ellos, tenía acceso a ellos, pero había ocasiones en que no podía protegerme. Por ejemplo, una vez estábamos en una cena formal de la universidad, y yo estaba sentado junto a una anciana que donaba millones de dólares a compañías de ópera y orquestas. Aquella noche yo era algo parecido a la estrella y llevaba frac con corbata blanca, porque acababa de dirigir un concierto del *Stabat Mater* de Pergolesi, seguramente una de las obras más conmovedoras del siglo XVIII. Uno podría haber pensado que esa música me había ennoblecido, por lo menos hasta la hora de irme a la cama. Pero no, pronto empecé a buscar problemas. No era por accidente que yo estuviera a la derecha de la señora Pergamon. Estaba destinada a recibir un empujón para que hiciera una gran contribución. Alguien había imaginado una *schola cantorum*, y se suponía que yo era el que tenía que convencerla (con tacto). El asunto se introduciría más tarde. Francamente, a mí no me gustaban los tipos que estaban detrás de aquel plan. No eran mala gente, pero una gran subvención les habría dado más poder del que era bueno para nadie. El viejo Pergamon le había dejado a su mujer una fortuna prodigiosa. Tener tanto dinero era casi un atributo sagrado. Y yo también había dirigido música sacra, de manera que era lo sacro contra lo sacro. La señora Pergamon me hablaba de dinero, ni siquiera había mencionado el *Stabat Mater* ni mi interpretación. Es cierto que en Estados Unidos el dinero predomina sobre todos los demás temas en una proporción de mil a uno, pero en aquella ocasión no se debía haber dejado de hablar de la música. La vieja me explicaba que los grandes filántropos tenían un acuerdo entre ellos, y cómo se repartían por campos entre Carnegie, Rockefeller, Mellon y Ford. En el extranjero estaban los diversos intereses de los Rotschild y la fundación Volkswagen. Los Pergamon se dedicaban fundamentalmente a la música. Mencionó las sumas gastadas en compositores electrónicos, música de ordenador, que yo detesto, y todo aquel tiempo yo estaba rabioso aunque a ella le dirigiese una mirada de perfecta cortesía desde Kiev. Había visto en la calle su limusina con los vigilantes del campus montando guardia, ayudando a la policía de la ciudad. Los diamantes en su pecho yacían como los lagos Finger entre las montañas. Me veo obligado a decir que aquella conversación sobre dinero tuvo sobre mí unos efectos curiosos. Llegó a lugares muy profundos. Mi difunto hermano, cuya vida estuvo enteramente dedicada al dinero, había sido el favorito de mi madre. Sigue siendo su favorito, y ella ya tiene más de noventa años. Al final oí cómo la señora Pergamon planeaba escribir sus memorias. Entonces le pregunté (y Nietzsche podría haber descrito aquella pregunta como surgida de mi *fatum* interior): «¿Utilizará usted una máquina de escribir o una calculadora?».

¿De verdad era necesario que yo dijera eso? ¿De verdad dije eso? Era demasiado tarde para preguntar, la tempestad había estallado. Me miró con bastante calma. Ella era una gran dama, y yo era de Bedlam. Como no había ninguna reacción visible en su viejo rostro difuso, y el azul de sus ojos estaba maravillosamente aclarado y aumentado por sus gafas, me sentí tentado a creer que no me había oído o que no me había comprendido. Pero no coló. Cambié de tema. Yo tenía entendido que, a pesar del interés casi exclusivo por la música, de vez en cuando ella había apoyado la investigación científica. La prensa informaba de que había dotado de fondos un proyecto para la investigación sobre la epilepsia. Inmediatamente traté de hablar de epilepsia. Mencioné el ensayo de Freud en el que se formulaba la teoría de que un ataque de epilepsia era una dramatización de la muerte del padre de uno. Por eso es por lo que te ponía tieso. Pero, dándome cuenta de que mi esfuerzo por escapar solo estaba empeorando las cosas, opté por dejarlo y me quedé allí en silencio y frío. Me concentré con toda mi alma en el *fatum*. *Fatum* significa que en cada ser humano hay algo inaccesible al examen. Ese no puede aprender nada. Quizá está basado en la Voluntad de Poder, y esa Voluntad de Poder no

es nada menos que el Ser en sí. Conmovido, o, como dirían los jóvenes, Hipado por el *Stabat Mater* (la madre gloriosa que no me había defendido a mí), yo había sentido el impulso de hablar desde las profundidades de mi *fatum*. Me parece que no entendí en absoluto a la vieja señora Pergamon. Hablarme a mí de dinero era por su parte amabilidad, incluso magnanimidad: un hombre que conocía a Pergolesi era como si fuera rico y una podía dirigirse a él casi como a un igual. Y, a pesar de mí, hizo una donación a la *schola cantorum*. Uno no penaliza a una institución porque en una cena un imbécil le hable como un salvaje. Era tan sumamente vieja que ya había visto a todos los tipos de maniaco que existen. Quizá yo me sorprendí a mí mismo más que a ella.

Se estaba comportando con gracia, señorita Rose, y yo traté de ser más listo que ella, de adelantarla en una curva peligrosa. ¿Un concurso de fuerza? ¿Qué podía significar aquello? ¿Por qué necesitaba yo fuerza? Bueno, es posible que la necesitara porque desde una posición de fuerza uno puede decir lo que sea. Los hombres poderosos ofenden a quien quieren con impunidad. Por ejemplo, pongamos lo que dijo Churchill sobre un miembro del Parlamento de nombre Driberg: «Es el hombre que hizo que la pederastia cayera en descrédito». Y Driberg, en vez de sentirse ofendido, se sintió halagado, de manera que, cuando otro miembro del Parlamento proclamó que aquel comentario había sido hecho sobre él, insistió en que era su nombre el que había pronunciado Churchill, Driberg le dijo: «¿Tú? ¿Por qué reconocería Winston la presencia de un marica insignificante como tú?». Esta pelea divirtió a Londres durante varias semanas. Pero, claro, Churchill era Churchill, el descendiente de Marlborough, su gran biógrafo, y también el salvador de su país. Que él te insultara te garantizaba un lugar en la historia. Sin embargo, Churchill era un vestigio de una era más civilizada. El caso de Stalin era menos civilizado. Stalin, una vez que recibió a una delegación de comunistas polacos en el Kremlin, dijo: «Pero ¿qué ha sido de aquella mujer tan inteligente, la camarada Z?». Los polacos se miraron los pies. Porque, como el propio Stalin había ordenado el asesinato de la camarada Z, no había nada que decir.

Eso es desprecio, no ingenio. Es despotismo oriental, directamente, señorita Rose. Churchill era humano, Stalin solo un coloso. En cuanto a nosotros, aquí en Norteamérica, somos una civilización demótica, híbrida. Tenemos nuestras virtudes pero no conocemos el estilo. Únicamente porque en la sociedad norteamericana no hay lugar para el estilo (en el sentido del estilo de Voltaire o Gibbon, estilo al modo de Saint-Simon o Heine) es por lo que es posible para un hombre como yo hacer esas declaraciones, con las que no perjudica a nadie más que a sí mismo. Si la gente se siente ofendida, es por la «intención hostil» que incluyen, no por la agudeza de las palabras. Entonces me clasifican como una curiosidad filosófica, una personalidad retorcida. Nunca se les ocurre tener una visión completa o biográfica. En el sentido auténtico de la palabra, la biografía se ha apartado de nosotros. Todos revoloteamos como pollos recién nacidos entre los pies de los grandes ídolos, los monumentos del poder.

De manera que ¿qué son las palabras? Un abogado, el primero, aquel que me representó en el caso contra las propiedades de mi hermano (el segundo fue el hermano de Gerda), el abogado número uno, que se llamaba Klaussen, me dijo cuando hubo que redactar una carta importante: «Hágalo usted, Shawmut. Usted es el hombre que tiene las palabras».

—¡Y usted es la puta con diez coños!

Pero esto no lo dije. Él era demasiado poderoso. Yo lo necesitaba. Yo tenía miedo.

Pero era inevitable que lo ofendiera, y al final lo hice.

No sé decirle *por qué*. Es un misterio. Cuando traté de hablar del ensayo sobre epilepsia de Freud

con la señora Pergamon, quería indicarle que yo mismo era objeto de extraños ataques que recordaban a la enfermedad. Pero no era solo patología cerebral, lesiones, o química con Q mayúscula. Era una especie de perversa *gaieté de coeur*. ¿Elementos de venganza, o blasfemias? Bueno, quizá. ¿Y dónde dejamos la inspiración demoniaca, los energúmenos, o al dios Dionisos? Tras un inquietante almuerzo con Klaussen en su formidable club, donde me intimidó en un comedor lleno de bravucones, una escena de Daumier (a mí me había vencido diez o doce veces, había echado abajo todas mis sugerencias, y yo le había pagado una fianza de veinticinco mil dólares, pero Klaussen todavía no se había molestado en enterarse de los hechos elementales del caso), después del almuerzo, como digo, cuando caminábamos por el vestíbulo del club, donde unos jueces federales, políticos de la gran máquina, vendedores de alimentos y presidentes de juntas diversas, conferenciaban en voz baja, se oyó un gran ruido. Unos obreros habían echado abajo todo un muro. Le dije a la recepcionista: «¿Qué sucede?». Ella contestó: «Están cableando todo el club de nuevo. Hemos estado teniendo problemas con el suministro de electricidad por culpa del viejo sistema eléctrico». Yo fui y le dije: «Mientras lo hacen podrían aprovechar para electrocutar a la gente del corredor».

Al día siguiente Klaussen me notificó que, por una u otra razón, ya no podía representarme. Yo era un cliente incompatible.

El intelecto del hombre que declara su independencia del poder mundano: muy bien. Pero yo había ido a Klaussen en busca de protección. Lo elegí porque era grande y arrogante, como los tipos que había contratado la viuda de mi hermano. Mi difunto hermano me había engañado. ¿Quería yo recuperar mi dinero o no? ¿Estaba luchando o gateando? Porque en los tribunales uno necesita descaro, o es muy arrogante o no consigue nada. Y con Klaussen, como con la señora Pergamon, no había nada que Gerda pudiera hacer: no les podía enviar flores ni los podía sacar a comer. Además, ella ya estaba enferma. Se moría pero le preocupaba mi futuro. Discutía conmigo.

—¿Por qué tenías que pincharlo? Es un hombre orgulloso.

—Cedí ante mi debilidad. ¿Qué me pasa? ¿Es que soy demasiado bueno para ser un hipócrita?

—La hipocresía es una gran palabra ... Más bien se trata de dar un poco de coba.

Y, una y otra vez, yo decía lo que no debía, especialmente teniendo en cuenta su estado de salud:

—Hay muy poca distancia entre dar coba y besar un culo.

—Ay, mi pobre Herschel, ¡nunca cambiarás!

Entonces se estaba muriendo de leucemia, señorita Rose, y tuve que prometerle que pondría mi caso en manos de su hermano Hansl. Ella creía que por ella su hermano me sería leal. Es cierto que a ella la quería. Quería a su hermana. Pero como abogado era un desastre, no por nada sino porque era en esencia un timador malo. Además, simplemente, estaba loco.

Aboga(!os, abogados. ¿Por qué necesitaba yo todos esos abogados?, me preguntará usted. Porque quería mucho a mi hermano. Porque hicimos negocios juntos, y no se pueden hacer negocios sin abogados. Se han construido una posición en el centro mismo del dinero: la fuerza en el centro de aquello que es más fuerte. Algunos de los pasajes más alegres de la carta de Walish se refieren a mi horrible litigio. Me dice: «Siempre supe que eras un tonto». Él mismo se preocupó mucho por no serlo nunca. Y no es que cualquier hombre pueda estar siempre absolutamente seguro de que su prudencia es perfecta. Pero contratar abogados es una prueba firme de que es uno un primo. En eso

reconozco que Walish tiene razón.

Mi hermano, Philip, me había ofrecido una propuesta de negocio, y aquello también fue culpa mía. Cometí el error de decirle cuánto dinero me había aportado mi libro sobre la apreciación de la música. Esto lo impresionó. A su mujer le dijo: «Tracy, ¡adivina quién está cargado de dinero!». Y entonces me preguntó: «¿Qué vas a hacer con ese dinero? ¿Cómo te proteges contra los impuestos y la inflación?».

Yo admiraba a mi hermano, y no porque fuera un «hombre de negocios creativo», como decía él en la familia (eso para mí significaba bien poco), sino porque..., bueno, de hecho no hay ningún «porque», está solo lo *dado*, un sentimiento de toda la vida, un misterio. Su interés por mis finanzas me excitó. Por una vez me habló en serio, y eso me volvió loco. Le dije: «Yo ni siquiera he intentado nunca hacer dinero, y ahora estoy hundido en él». Una declaración así era muy poco ingenua. Si lo prefiere, era una mentira. Adoptar ese tono también era un error, porque significaba que el dinero no era tan difícil de ganar. El hermano Philip se había vuelto loco por ganarlo mientras que el hermano Harry lo había ganado a montones, como por casualidad, mientras tocaba el violín. Esto, ahora lo reconozco, era una provocación. Tomó nota de ello con mala cara. Incluso vi cómo tomaba esa nota mentalmente.

De niño, Philip era muy gordo. Teníamos que dormir juntos y era como compartir la cama con un manatí. Desde entonces, había adelgazado bastante. De perfil, su rostro era ancho, con bolsas bajo los ojos, un rostro astuto y serio encima de un cuerpo fuerte. Mi difunto hermano era un hombre habilidoso. Era capaz de hacer planes a largo plazo. Sobre mí tenía la suprema ventaja de la distancia. Mi debilidad era mi cariño por él, despreciable en un varón adulto. Él recordaba ligeramente a Spencer Tracy, pero era más astuto y agudo. Tenía un bronceado de Texas, el peinado «a la moda», no simplemente del barbero, y llevaba anillos mexicanos en todos y cada uno de sus dedos.

Nos invitaron a Gerda y a mí a visitar sus propiedades cerca de Houston. Allí vivía por todo lo alto, y cuando me mostró el lugar me dijo:

—Todas las mañanas cuando abro los ojos me digo: «Philip, vives justo en medio de un parque. Tienes todo un parque para ti».

Yo le respondí:

—Desde luego, es tan grande como el Douglas Park de Chicago.

Él me detuvo porque no deseaba oír hablar del viejo West Side, de nuestros deprimentes orígenes. Roosevelt Road con sus puestos de pollos apiñados en las aceras, el molinillo de rábano del Talmud en la puerta de la pescadería o el drama diario de la cocina de los Shawmut en Independence Boulevard. Él odiaba aquellos recuerdos míos, porque él estaba plenamente americanizado. Por otro lado, él no pertenecía más a esa ciudad de Texas que yo. Quizá era eso: nadie pertenecía a ese lugar. Numerosos empresarios fracasados lo habían precedido en este parque privado, petroleros y promotores inmobiliarios que habían hecho que este monumento se construyera. Uno tenía la sensación de que todos debían de haber muerto en refugios para los sin techo o en manicomios del Estado, maldiciendo el grandioso destino que ahora pertenecía a Philip, o parecía pertenecerle. La verdad era que a él tampoco le gustaba; no tenía más remedio que aguantarse con él. Lo había comprado por diversas razones simbólicas, y por la presión de su mujer.

En confianza me dijo que tenía una inversión estupenda para mí. La gente se acercaba a él con cientos de miles de dólares para que los dejara participar, pero él los rechazaba a todos por mí. Por una vez, estaba en posición de hacer algo por mí. Después me expuso sus condiciones. La primera

condición era que nunca lo iba a cuestionar, así hacía él los negocios, pero yo podía estar seguro de que me protegería como un hermano y de que no había nada que temer. En aquellos jardines fragantes, pasó por un instante (no más) al yídish. Nunca iba a dejar que apoyara mi cabeza sensata en un lecho de enfermo. Entonces volvió a cambiar. Me dijo que su mujer, que era la mejor mujer del mundo y la propia alma del honor, respetaría sus compromisos y llevaría a cabo sus deseos con fanática fidelidad si algo le fuera a suceder a él. Su fidelidad fanática para con él era fundamental. Según él, yo no entendía a Tracy. Era una mujer difícil de conocer pero auténtica, y él no iba a consentir que hubiera ninguna cláusula en nuestro acuerdo que la obligara a ella formalmente. Ella se ofendería y él también. Y no creerá usted, señorita Rose, cómo me impresionaron todos estos clichés. Respondí como si fuera el acelerador que estaba bajo sus gordos y elegantemente calzados pies, un acelerador que introducía sangre, y no gasolina, en mi motor mortal. Yo estaba loco por mis sentimientos y le dije que sí a todo, ¡sí, sí! El plan era crear una fábrica de piezas de repuesto de automóviles, la mayor de Texas, que suministraría piezas a todo el sur y también a América Latina. Los grandes exportadores alemanes e italianos buscaban piezas de repuesto, como todo el mundo sabía; yo había experimentado esto por mí mismo, ya que una vez tuve que esperar cuatro meses a que me enviaran un estabilizador de la rueda delantera para mi BMW que no se podía obtener en Estados Unidos. Pero no fue la propuesta de negocio lo que me embaló, señorita Rose. Lo que me afectó fue el hecho de que mi hermano y yo estuviéramos realmente asociados por primera vez en nuestras vidas. Como nuestra empresa conjunta no podría ser nunca algo relacionado con Pergolesi, tenía que ser necesariamente algún negocio. A mí me movían de manera irracional emociones que habían esperado toda una vida para expresarse; debieron de introducirse en mi corazón a una edad muy temprana, y ahora salían con toda su fuerza para arrastrarme hasta el fondo.

—¿Qué tienes tú que ver con las piezas de automóviles? —dijo Gerda—. ¿Y la grasa, y el metal, y todo ese ruido?

Yo le dije:

—¿Qué ha hecho nunca el Servicio de Impuestos por la música para poder quedarse con la mitad de mis ganancias?

Mi mujer era una mujer culta, señorita Rose, y lo que hizo fue empezar a releer algunos libros y a contármelos, especialmente a la hora de acostarnos. Repasamos gran parte de la obra de Balzac. *Fere Goriot* (lo que las hijas pueden hacerle a un padre), *Le cousin Pons* (cómo un inocente anciano fue hundido por sus parientes que ambicionaban su colección de arte)... Un pariente tímido detrás de otro, y todos ellos sin piedad. Me relató la destrucción del pobre César Birotteau, el confiado perfumista. También me leyó pasajes de Marx sobre la destrucción del parentesco por el capitalismo. Pero nunca se me ocurrió que esos males pudieran afectar a un hombre que los había leído. Yo había leído sobre la enfermedades venéreas y nunca había contraído ninguna. Además, ya era demasiado tarde para hacer caso de un aviso.

En mi último viaje a Texas visité los enormes y humeantes terrenos de demolición de automóviles y, de vuelta en la mansión, Philip me contó que su mujer se dedicaba ahora a criar pit bulls. Puede que haya leído usted algo sobre estas criaturas, que han escandalizado a los norteamericanos amantes de los animales. Son los más terroríficos de todos los perros. Parte terrier, parte bulldog inglés, de piel suave y amplio pecho, inmensamente musculosos, atacan a todos los extraños, sean niños o adultos. Como no ladran no hay ningún aviso. Su intención es siempre matar, y una vez que han empezado contigo no hay nadie capaz de hacer que se retiren. La policía, si llega a

tiempo, tiene que dispararles. En el foso, los perros luchan y mueren en silencio. Los aficionados apuestan millones de dólares en las peleas (que son ilegales, pero ¿qué importa?). Las sociedades de protección de animales y los grupos de defensa de las libertades civiles no saben muy bien cómo defender a estos animales asesinos o los derechos legales de sus propietarios. En Washington hay un grupo que trata de exterminar esta raza, y mientras tanto los entusiastas siguen experimentando y haciendo todo lo posible para crear el peor de todos los perros.

Philip estaba sumamente orgulloso de su mujer.

—Tracy es una joya, ¿verdad? —decía—. Estos animales te dan la posibilidad de ganar mucho dinero. Siempre confío en ella cuando se interesa por una nueva moda. Hay gente que viene de todo el país para comprarle cachorros.

Me llevó a las perreras para mostrarme los pit bulls con orgullo. Cuando pasábamos a su lado, colocaban las patas en las rejas de metal y nos enseñaban los dientes. No me gustó aquella visita. Mis propios dientes temblaban. El propio Philip no estaba cómodo con los animales en absoluto. Él era su propietario, eran activos que tenía, pero no era el amo. Tracy, apareciendo en medio de los perros, me saludó en silencio con una inclinación de cabeza. Los empleados negros que llevaban la carne eran tolerados.

—Pero Tracy —dijo Philip— es su diosa.

Es posible que me paralizara el miedo, porque no se me ocurrió decir nada satírico ni irónico. Ni siquiera fui capaz de recordar ninguna impresión graciosa para contarle luego a Gerda, cuya diversión me preocupaba mucho en aquellos tristes días.

Pero como un eco, que es mi verdadera naturaleza, traté de conectar la crianza de estos terribles perros con el tono general del país. Los pros y los contras de la cuestión añaden algunas líneas curiosas al perfil espiritual de Estados Unidos. No hace mucho, una señora escribió al *Bastan Gabe* que había habido un error de juicio en los Padres Fundadores al no considerar el bienestar de los perros y gatos en esta democracia, teniendo en cuenta cómo es la gente. Los fundadores fueron demasiado blandos con la maldad del hombre, según ella, y en la Carta de Derechos se tendría que haber previsto la seguridad de esos inocentes que están obligados a depender de nosotros. El primer contacto que se me ocurrió era que el igualitarismo se estaba extendiendo ahora a los perros y los gatos. Pero no era simple igualitarismo, sino una fusión de distintas especies; la línea entre el hombre y los demás animales se estaba volviendo confusa. Un perro te va a dar más autenticidad de la que sacarás nunca de un amante o de un padre. Me parece recordar que en los años treinta (¿habré leído esto en las memorias de Lionel Abel?) el surrealista francés André Breton quedó escandalizado cuando visitó a León Trotsky en su exilio. Mientras ambos hombres hablaban de la revolución mundial, el perro de Trotsky se acercó para que lo acariciaran y Trotsky dijo: «Este es mi único amigo auténtico». ¿Qué? ¿Un perro el amigo de este teórico marxista y héroe de la Revolución de Octubre, el organizador del Ejército Rojo? Los actos simbólicos surrealistas, como es disparar al azar a una muchedumbre en la calle, Breton podía recomendarlos públicamente, pero ponerse sentimental por un perro como cualquier burgués era algo chocante. Los psiquiatras de hoy día no se escandalizarían. Si se les pregunta a quién quieren más, sus pacientes responden cada vez más a menudo: «A mi perro». A este paso, se está convirtiendo en una auténtica posibilidad lo de ver a un perro en la Casa Blanca. No un pit bull, desde luego, pero sí un hermoso y dorado perro doméstico cuyo veterinario sería entonces el secretario de Estado.

No le comuniqué estas reflexiones a Gerda. Como tampoco le dije que Philip también estaba

enfermo, porque habría sido inquietante para ella. Había estado yendo a un médico. Tracy lo había metido en un programa de forma física. Por las mañanas entraba en el anexo del dormitorio principal, en el que se había montado el equipo de gimnasia más moderno. Con unos calzones de boxeador de seda más largos de la cuenta (me parece que estaban decorados como un whisky amargo, porque tenían dibujos de trozos de naranja parecidos a ruedas), se colgaba con sus gordos brazos del brillante aparato, corría en una rueda con un metro, y tiraba de los pesos. Cuando se ejercitaba en el Exercycle, las ruedas como gajos de naranja de sus calzones ampliaban la fantasía del vehículo, pero no iba a ninguna parte. Qué cosas tan extrañas hacía ahora que era rico, ¡qué posición más falsa tenía! Sus hijos adolescentes eran sureños reaccionarios. El druídico musgo español vibraba al son de la música rock. Los perros criados para la crueldad esperaban su momento. Daba la impresión de que mi hermano era únicamente el administrador de su mujer y de sus hijos.

Y, sin embargo, le gustaba que yo lo observara mientras hacía sus ejercicios e impresionarme con su fuerza. Cuando hacía flexiones, sus caídas tetas tocaban el suelo antes de que lo hiciera su barbilla, pero su serio rostro censuraba cualquier comentario cómico que yo me pudiera sentir inclinado a hacer. Me llamaba para que presenciara que debajo de la grasa había un bloque de fuerza primitiva; en su torso, un corazón fuerte, unas grandes venas en su cuello, y en toda su espalda, bandas de músculo. «Yo no soy capaz de hacer nada de eso», le dije, y era verdad, señorita Rose. Mi trasero es como una mochila que ha perdido las correas.

No hacía ningún comentario porque yo era un socio general que había invertido seiscientos mil dólares en el despiece de automóviles oxidados. Tres kilómetros detrás de aquel parque privado había grúas y compactadores, y cientos de hectáreas llenas de restos metálicos y polvo. Para entonces yo entendía que la auténtica fuerza detrás de esta empresa era la mujer de Philip, un trozo redondo y bajo de rubia autosuficiencia, tan denso como un meteorito y que, de algún modo, estaba también en las nubes. Pero no, era yo quien estaba en las nubes, mientras que ella era sumamente astuta.

¡Y la mayoría de mis ideas conyugales procedían de la gentileza y atención de mi querida Gerda!

Durante esta última visita a mi hermano Philip, traté de hacerle hablar de nuestra madre. El interés que él se tomaba por ella era mínimo. Los sentimientos familiares no eran de su gusto. Todo lo que tenía era para la familia nueva; para la familia vieja, nada. Me dijo que no recordaba Hammond, Indiana, ni Independence Boulevard.

—Tú eras el único que me importaba —me dijo.

Él era consciente de que había dos hermanas que ya no estaban con nosotros, pero no se acordó de sus nombres. Sin intentarlo siquiera a medias, estaba por encima de André Breton, y nunca nadie lo podría superar. Para él el surrealismo no era una teoría, era una visión del futuro.

—¿Cuál era el nombre real de Chink?

Yo me eché a reír.

—Cómo, ¿has olvidado el nombre de Helen? Estás fanfarroneando. La próxima cosa que me digas será que no recuerdas tampoco a su marido. ¿Y qué pasa con Kramm? Fue él quien te compró tu primer par de pantalones largos. ¿Y Sabina? Fue ella la que te encontró el trabajo en la tienda de cubos del Loop.

—Se apagan en mi mente —respondió él—. ¿Para qué voy a mantener esas memorias polvorientas? Si quiero detalles puedo hacer que tú me los des. Tú tienes una memoria prodigiosa... ¿Para qué te sirve?

A medida que me hago viejo, señorita Rose, no discuto ese tipo de opinión o juicios sino que

tiendo en vez de eso a estudiarlos. Es cierto que yo contaba con la memoria de Philip. Quería que él recordara que éramos hermanos. Yo había esperado invertir mi dinero de manera segura y vivir de los ingresos procedentes de las piezas de los coches: veranos en Córcega, viajes a Londres al comienzo de la temporada musical. Antes de que los árabes hicieran que se pusieran tan caros los edificios en Londres, Gerda y yo hablamos de comprar un apartamento en Kensington. Pero esperamos y esperamos, y no llegaba nada de aquella asociación.

—Estamos ganando mucho —decía Philip—. Para el año que viene podré comprar la hipoteca, y entonces tú y yo tendremos más de un millón para repartirnos. Hasta entonces, tendrás que conformarte con los descuentos en los impuestos.

Y empecé a hablar de nuestra hermana Chink, creyendo que mi único recurso consistía en conmover los sentimientos familiares que pudieran haber sobrevivido en esta atmósfera entre el musgo español electrónicamente preparado por la música rock (mientras, por detrás, los pit bulls se ahogaban en silencio en la violencia de sus instintos sanguinarios). Yo recordaba que en Independence Boulevard habíamos oído una música muy diferente. Chink tocaba por ejemplo «Jimmy tenía diez centavos» al piano, y todos los demás cantábamos a coro, o gritábamos. ¿Recordaba Philip que Kramm, quien conducía un camión de refrescos (era debido al afecto, porque quería mucho a Helen, por lo que la llamaba Chink, «Tintineo»), podía colocar exactamente una caja llena de botellas en una pequeña abertura en la mismísima cima de la pirámide? No, el camión no estaba exactamente lleno como una pirámide, era un zigurat.

—¿Qué es un zigurat?

Una construcción asiria o babilonia, le expliqué, con terrazas que no llegaban a una cima.

Philip dijo:

—Fue un error enviarte a la universidad, aunque no sé para qué otra cosa habrías servido. Ninguno de los demás pasamos del instituto... Kramm estaba bien, supongo.

Sí, le dije, Chink hizo que Kramm pagara los gastos de mi educación. Kramm había sido soldado de infantería, ¿lo recordaba Philip? Kramm era bajo pero fuerte, con la cara redonda, la piel suave como un tipo de Samoa, y llevaba el pelo negro aplastado contra la cabeza al estilo de Valentino o de George Raft. Él nos mantenía a todos, pagaba la renta de la casa. Nuestro padre, durante la Depresión, vendía por las casas alfombras a las extranjeras del norte de Michigan. Él no podía pagar el alquiler. De arriba abajo, aquella gran casa se convirtió en la responsabilidad de mi madre, y si antes había estado un poco tocada, un poco melodramática, después de los cincuenta parecía que se había vuelto loca. Había algo militar en la manera en que se hacía cargo de la casa. Su puesto de mando era la cocina. A Kramm había que alimentarlo porque nos alimentaba a todos, y comía desmesuradamente. Ella cocinaba bañeras de coles rellenas y de chop suey para él. Él era capaz de comer litros de sopa, o de tragarse entero él solo un pastel de piña. Mamá compraba, pelaba, troceaba, freía, hervía, asaba, horneaba; servía y fregaba. Kramm comía hasta que no podía más y entonces, por las noches, era capaz de salirse de los pantalones del pijama, andando sonámbulo. Iba directo a la nevera. Recuerdo una noche de verano en que lo vi cortar naranjas por la mitad y atacarlas con los dientes. En medio de su sonambulismo se tragó alrededor de una docena, y entonces lo vi volverse a la cama, siguiendo a su barriga hasta la puerta de la habitación.

—Y jugaba en un tugurio llamado La Herradura de Diamantes. Kedzie y Lawrence —dijo Philip. Sin embargo, no tenía intención de que yo lo arrastrara a ningún recuerdo. Empezó a sonreír un poco, pero siguió básicamente serio y reservado.

Por supuesto. Había empezado uno de sus golpes más grandes.

Cambió de tema. Me preguntó si no admiraba yo la manera en que Tracy administraba su gran fortuna. Era una maga. No necesitaba decoradores, lo había hecho todo ella misma. Toda la ropa de casa era portuguesa. Los jardines eran maravillosos. Las rosas que ella cultivaba ganaban premios. Los aparatos eléctricos nunca daban problemas. Era una cocinera de primera. Es cierto que los niños eran difíciles. Pero era así como eran los niños de hoy día. Ella era una psicóloga maravillosa, y en lo esencial aquellos pequeños monstruos estaban bien controlados. Simplemente eran jóvenes norteamericanos. Su mayor satisfacción era que todo fuera tan norteamericano. Y es verdad que lo era: una producción norteamericana de principio a fin.

Para el desayuno, si yo llamaba con insistencia a la cocina, podía tener un café al lado y una rebanada de pan de molde. Me los traía a la habitación una persona negra que no respondía a ninguna pregunta. ¿Había huevos, una tostada, una cucharada de mermelada? Nada. A mí me hiere profundamente que no me den de comer. Mientras, estaba allí esperando que el criado viniera con aquel café helado y el pan como algodón absorbente, preparando los comentarios que podría hacerle a ella, examinando cómo podía equilibrar la sátira y el atractivo humano. Era una pérdida de tiempo intentar alcanzar un nivel humano con los criados. Estaba claro que yo era un invitado de poca importancia, señorita Rose. Nadie me escuchaba. Casi podía oír cómo se daban instrucciones a los criados para que «descansaran por servicios anteriores» o «utilizaran toda la negligencia que les diera la gana»: las palabras de Goneril en *El rey Lear*. Además, la habitación que me habían asignado había sido ocupada por una de las niñas, que ahora era demasiado grande para ella. El papel de las paredes, ilustrado con Simón el Simple y el Ganso Goosey, en aquel momento me pareció inapropiado (ahora me parece agudamente pertinente).

Y encima estaba obligado a escuchar las alabanzas que hacía mi hermano de su mujer. Una y otra vez me contó lo buena y sabia que era, lo inteligente y buena madre, lo brillante que era como anfitriona y cómo la respetaban los mejores propietarios de las fincas de mayor tamaño. Además, era una consejera astuta. (¡Eso sí que podía creerlo!) Además era cálida cuando él estaba nervioso, era una amante enérgica y le daba a él lo que nunca antes había tenido: paz. Y yo, señorita Rose, con seiscientos mil dólares hundidos allí, me veía obligado a escucharlo, asintiendo como un bobo. Obligado a asentir ante todas aquellas mentiras, a dar mi visto bueno a todas aquellas bondades que él vendía, yo murmuraba las palabras que él necesitaba para terminar sus frases. (¡Cómo se habría reído Walsh!) La muerte exhalaba su aliento sobre ambos hermanos, tan distintos, con la pura fragancia del aire subtropical: magnolia, madreSelva, azahar, o lo que fuera aquello, golpeando en nuestros rostros. Lo más extraño de todo fue la última confidencia de Philip (¡farsante!). Solo para mí, susurró en yídish, que nuestras hermanas habían gritado como papagayos, que por primera vez en su vida tenía silencio aquí, tranquilidad doméstica. No era verdad. Allí había música rock amplificadas.

Después de esta pausa, salió con una venganza. Para una cena familiar, fuimos en dos Jaguar a un restaurante chino, un enorme lugar construido en círculos, o pozos para cenar, con mesas elevadas como timbales sinfónicos. Allí Philip montó una escena. Pidió demasiados aperitivos, y cuando la mesa estaba llena de platos llamó al director para quejarse de que lo estaban presionando, él no había pedido porciones dobles de todos aquellos wan-tun fritos, rollitos de primavera y costillas asadas. Cuando el director se negó a retirarlos, Philip fue de mesa en mesa con los platos diciendo: «¡Tengan! ¡Gratis! ¡Yo invito!». Es cierto que los restaurantes siempre lo excitaban, pero aquella vez Tracy tuvo que llamarlo al orden. Le dijo: «Ya basta, Philip, hemos venido para comer, no para

elevante a todo el mundo la presión sanguínea». Pero a pesar de todo unos minutos más tarde él fingió que había encontrado una piedrecita en su ensalada. Yo ya había visto esto antes. Llevaba la piedrecita en el bolsillo adrede. Hasta los chicos estaban hartos de él, y uno de ellos dijo: «Siempre está haciendo lo mismo, tío». A mí me sobresaltó el oírme llamar tío.

Permítame un momento, señorita Rose. Estoy tratando de contarle todo lo antes posible. En toda Vancouver no hay ni un alma con la que poder hablar a excepción de la anciana señora Gracewell, y con ella me tengo que mover por los campos esotéricos. Philip fingió que se había roto un diente, con lo que pasó del americanismo de las revistas femeninas (mujer perfecta, hermosa casa, el más alto nivel de normalidad) al de los reaccionarios sureños de clase baja. Pegándoles gritos a los orientales, ordenándoles a sus hijos que llamaran a su abogado. La idiosincrasia ignorante de una bestia rica norteamericana. Pero ya no se puede ser un ignorante sin sofisticación, hay que ponerse a la altura de lo que uno odia.

Sin embargo, no sirve de nada hablar de «falsa conciencia» o de nada de toda esa basura. Phil se había puesto en manos de Tracy para una americanización plena. Para lograr este privilegio (obsoleto), pagó el precio de su alma. Pero, de todos modos, puede que nunca haya estado absolutamente seguro de que haya alguien así con alma. Lo que le molestaba de mí era que yo no dejara de indicar que las almas existían. ¿Qué era yo, un rabino reformista o algo así? A excepción de la ceremonia de un funeral, Philip no habría soportado a Pergolesi ni dos minutos seguidos. ¿Y acaso yo —olvidándonos de Pergolesi— no andaba buscando una buena inversión?

Cuando Philip murió poco después, puede que haya leído usted en los periódicos que estaba mezclado en negocios sucios en el Medio Oeste, con ladrones que robaban coches caros y los desguazaban para, exportarlos por piezas a América Latina y todo el Tercer Mundo. Sin embargo, el delito de Philip no era ese. Con el crédito conseguido con mi dinero, la sociedad compró y revendió tierras, pero muchas de aquellas propiedades carecían de un propietario claro, había derechos en contra. Los compradores defraudados pusieron pleito. Hubo muchos problemas. Cuando lo condenaron, Philip apeló, y después se saltó la fianza y huyó a México. Allí lo secuestraron mientras hacía deporte en el parque de Chapultepec. Sus secuestradores eran buscadores de fortuna. Las compañías que él había dejado a cargo de la Bolsa cuando escapó habían ofrecido un rescate por su extradición. Existen especialistas que son capaces de secuestrar a la gente, señorita Rose, si la recompensa es lo suficientemente grande como para hacer que el riesgo valga la pena. Después de que devolvieran a Philip a Texas, el gobierno de México inició el proceso de extradición basándose en que lo secuestraron ilegalmente, cosa que era cierta. Mi pobre hermano murió mientras hacía flexiones en la prisión de San Antonio durante la hora de los ejercicios. Aquel fue el fin de sus pintorescas aventuras.

Después de que hicimos luto por él, y yo tomé medidas para recuperar mis pérdidas de sus bienes, descubrí que sus bienes personales se elevaban a cero. Había entregado toda su riqueza a su mujer y sus hijos.

No me podían acusar de los delitos de Philip, pero, como él me había hecho socio general, sus acreedores me persiguieron. Conservé los servicios del señor Klaussen, y los perdí por el comentario que hice en la entrada de su club sobre electrocutar a las personas en el comedor. Aquella broma era dura, lo admito, aunque no más dura de lo que suele pensar la gente a menudo, pero el

nihilismo también tiene sus escrúpulos, y los profesionales no pueden permitir que sus clientes gasten esas bromas. Klaussen trazó la línea. Por eso, después de la muerte de Gerda, me encontré en manos de su enérgico pero desequilibrado hermano, Hansl, quien decidió, con motivos suficientes, que yo era un incompetente, y como él creía en la acción rápida, adoptó medidas dramáticas y pronto me colocó en mi posición actual. ¡Menuda posición! Dos hermanos a la fuga, uno al sur y el otro al norte y haciendo frente a la extradición. Por mí ninguna compañía ofrecerá una recompensa. No lo valgo. E, incluso aunque Hansl me prometió que en Canadá estaría seguro, él mismo no se molestó en comprobar la legislación. Fue uno de sus estudiantes el que lo hizo, y como era una chica inteligente y sexy no le pareció necesario examinar sus conclusiones.

Los simpatizantes que saben de lo que hablan, cuando me preguntan quién me representa, quedan impresionados cuando se lo digo. Me responden: «¿Hansl Genauer? Un tipo realmente listo. Todo va a salir bien».

Hansl se viste de manera muy agresiva, con trajes y camisas de Hong Kong. Es un hombre delgado, y tiene el estilo de un violinista de concierto y unos movimientos que, para un abogado, son plenamente convincentes. Por su hermana («Ella tuvo una vida maravillosa contigo, eso lo dijo hasta el fin»), era, o trataba de ser, mi protector. Yo era un pobre viejo, de luto, incompetente, próspero por casualidad, confiado de manera tonta, al que habían estafado por completo.

—Tu hermano te jodió bien. Él y su mujer.

—¿Ella participó?

—Trata de pensar un poco. ¿Ha contestado ella a alguna de tus cartas?

—No.

Ninguna, señorita Rose.

—Déjame que te diga cómo lo reconstruyo yo —dijo Hansl—. Quería impresionar a su mujer. Le tenía miedo. Por terror, quería hacerla rica. Ella le dijo que era toda la familia que necesitaba. Para demostrar que la creía, él tenía que sacrificar a su propia carne y sangre ante la nueva familia. Algo así como: «Yo te doy la vida que soñabas, todo lo que tienes que hacer es cortarle la garganta a tu hermano». Él hizo su parte, apiló pasta sobre pasta sobre más pasta (de todas formas, supongo que no le gustabas) y puso todo el botín a nombre de ella. De manera que, cuando murió, cosa que *nunca* iba a suceder...

La inteligencia es el instrumento de Hansl: lo utiliza como un desconocido, y se inclina con elegancia, como si estuviera plantando la estructura de una sonata, frase a frase, para su retrasado cuñado. ¿Para qué necesitaba yo todo aquello? Dios mío, ¿es que no hay nadie de mi lado? Mi hermano me engañó por el afecto ciego que yo le tenía como levanta uno a un conejo por las orejas. Hansl, que ahora se hacía cargo del caso, analizó para mí aquella traición, hasta las fibras más finas de sus lazos fraternos, y esto demostraba que él estaba totalmente de mi lado..., ¿verdad? Examinó los libros de mi asociación, cosa que yo nunca me había molestado en hacer, y señaló los engaños de Philip.

—¿Ves? Le alquilaba tierras a su mujer, como propietaria nominal, para su uso por parte de la empresa de desguace, y todos los años ese cerdo se pagó a sí mismo una renta de noventa y ocho mil dólares. Ahí están tus ganancias. Y hay más tratos de ese tipo en todas estas hojas de balance. Mientras tú planeabas pasar los veranos en Córcega...

A mí no me hicieron para hacer negocios, eso lo puedo entender.

Tu querido hermano era un sinvergüenza a tiempo completo. Podría haber creado un servicio de

fraudes a domicilio. Pero tú también provocas a la gente. Cuando Klaussen me entregó tus expedientes, me contó las cosas ofensivas y malvadas que decías. Entonces decidió que no podía representarte más.

—Pero no me devolvió la parte sin utilizar del grueso depósito que yo le había entregado.

—Yo me voy a ocupar de ti ahora. Gerda ya no está, y eso me deja a mí para vigilar que las cosas no empeoren: yo soy el único adulto de los tres. De mis clientes, los mayores lectores son siempre los que más problemas tienen. Si quieres que te diga la verdad, lo que se suele llamar cultura provoca más bien confusión e impide su desarrollo. Me pregunto si alguna vez comprenderás por qué dejaste que tu hermano te engañara de esa manera.

El mundo malo de Philip me tomó prestado para sus fines. Sin embargo, yo me había acercado a él esperando obtener ganancias, señorita Rose. Yo no estaba exento de culpa. Y si él y su gente — contables, directores, su mujer— me obligaron a sentir lo que yo sentía, me colonizaron con sus realidades, incluso con sus humores cotidianos, procuraron que yo sufriera todo lo que ellos tenían que sufrir, después de todo fue idea mía. Yo traté de utilizarlos a *ellos*.

Nunca volví a ver a la mujer de mi hermano, ni a sus hijos, ni la casa en que vivían, ni a los pit bulls.

—Esa mujer es un genio desde el punto de vista legal

—me decía Hansl.

Hansl me lo decía a mí:

—Será mejor que transfieras lo que te queda, la cuenta del fondo de inversiones, a mi banco, donde yo pueda cuidarlos. Tengo muy buenas relaciones con ese banco. Son eficientes, y no hay engaños. Se ocuparán de ti.

De mí ya se habían ocupado antes, señorita Rose. Walish tenía muchísima razón sobre «la vida de los sentimientos» y la gente que la vive. Los sentimientos son parecidos al sueño, y el sueño generalmente se hace en la cama. Era evidente que yo siempre estaba buscando un lugar seguro en el que acostarme. Hansl me ofreció buscarme un lugar seguro para que yo no tuviera que cansarme con las finanzas y los litigios, que me ponían demasiado nervioso, eran complicados y me molestaban; de manera que acepté su propuesta y nos encontramos con un empleado de su banco. En realidad, el banco tenía aspecto de ser una institución antigua y correcta, con alfombras orientales, pesado mobiliario tallado, cuadros del siglo XIX y docenas de metros cuadrados de atmósfera financiera por encima de nuestras cabezas. Hansl y el vicepresidente que se iba a ocupar de mí empezaron a hablar casualmente de l mercado de los productos básicos, los asuntos del ayuntamiento, las posibilidades de triunfo de los Chicago Bears, con la intimidad de un par de chicas en un bar de la calle Rush. Yo comprendí que Hansl necesitaba urgentemente los puntos que le iban a dar por conseguir mi cuenta. No le iba muy bien. Aunque se suponía que nadie tenía que decirlo, yo me di cuenta de ello. Pusieron delante de mí muchos impresos, y yo los firmé. Entonces extendieron delante de mí dos tarjetas definitivas justo cuanto mi ritmo de firma parecía irreversible. Pero apliqué el freno. Le pregunté al vicepresidente lo que eran y me dijo:

—Si está usted ocupado, o no está en la ciudad, estas tarjetas le darán al señor Genauer poderes para negociar por usted: comprar o vender existencias por cuenta suya.

Yo deslicé las tarjetas en mi bolsillo y dije que me las llevaría a casa y las enviaría por correo. Pasamos al siguiente punto de las negociaciones.

Hansl hizo una escena en la calle, arrastrándome fuera de las grandes puertas del banco y por una

estrecha callejuela del Loop. Detrás de la cocina de un local de hamburguesas me echó la bronca. Me dijo:

—Me has humillado.

Yo le dije:

—Antes no habíamos hablado de un poder notarial. Me cogiste por sorpresa completamente. ¿Por qué me lo sacaste de ese modo?

—¿Me estás acusando de tratar de sacar un beneficio fácil? Si no fueras el marido de Gerda te mandarían a la porra. Me has hecho perder valor ante un socio. Así lo hiciste con tu propio hermano, y yo estoy más cercano a ti por afecto de lo que él lo estaba por sangre, idiota. No habría comerciado con tus valores sin avisarte.

Se le habían saltado las lágrimas de rabia.

—Por Dios, alejémonos del ventilador de esta cocina —dije yo—. Estoy asqueado con estos humos.

Él me gritó:

—¡Tú estás fuera! ¡Fuera!

—Y tú estás dentro.

—¿Y dónde demonios se puede estar si no?

Señorita Rose, usted nos ha entendido, de eso estoy seguro. Estábamos hablando del torbellino. Una palabra más agradable para nombrarlo es la francesa, le *tourbillon*, o la vorágine. Yo no estaba fuera de él, solo era mi proyecto salir de él. Ha sido un problema de desorientación, querida. Yo sé que existe un estado ideal para cada uno de nosotros. Y, mientras yo no esté en el estado adecuado, el estado de visión en el que se supone que estaba destinado a estar, debo asumir las responsabilidades por la infelicidad que otros sufran por mi desorientación. Hasta que esto termine, solo puede haber errores. Para decirlo de otro modo, mis sueños de orientación o de visión auténtica me tientan al sugerirme que el mundo en el que yo vivo —junto a otros— es una invención, un parque de atracciones que, sin embargo, no me divierte. Se parece, para que nos entendamos, al parque privado de mi hermano, que se supone que debía demostrar por signos externos que él consiguió llegar al propio centro de la realidad. Philip había preparado el escenario, lo había pagado con engaños, pero no tenía nada que poner en él. Se vio obligado a huir, perseguido por cazadores de fortuna que lo secuestraron en Chapultepec, etcétera. Con su peso, en aquella altura, en medio de la niebla de Ciudad de México, el salto era suicida.

Entonces Hansl se explicó, porque cuando yo le dije: «De todos modos esos valores no pueden negociarse. ¿Comprendes? Los acreedores han hecho una lista de todas mis posesiones», él estaba preparado para hablarme.

—Sobre todo son obligaciones —me dijo—. Ahí es precisamente donde yo puedo ser más listo que ellos. Esa lista la copiaron hace dos semanas, y ahora está en el expediente de sus abogados y no la comprobarán durante meses. Creen que te tienen en un puño, pero esto es lo que vamos a hacer: vamos a vender esas viejas obligaciones y compraremos nuevas para ponerlas en su lugar. Cambiaremos todos los números. Todo lo que te costará son los honorarios de los agentes de Bolsa. Entonces, cuando llegue el momento, se darán cuenta de que lo que tienen apuntado son unas obligaciones que ya no son de tu propiedad. ¿Cómo van a averiguar los nuevos números? Y para entonces tú ya estarás fuera del país.

En este punto, la piel de mi cabeza se puso insoportablemente tirante, lo que quería decir un error

aún más grave, aún un mayor horror. Y, al mismo tiempo, la tentación. Hasta entonces, la gente me había pateado sin piedad y sin represalias. Mi idea era: es hora de que haga un movimiento atrevido. Estábamos allí en aquel callejón entre dos enormes instituciones del centro (el sitio de las hamburguesas estaba apretado en medio). Un camión blindado de la Brink difícilmente podría haber pasado entre aquellos dos colosales muros negros.

—¿Quieres decir que sustituya las viejas obligaciones por otras nuevas y que las venda desde el extranjero si lo necesito?

Viendo que yo empezaba a apreciar la exquisita sutileza de su plan, Hansl me dedicó una sonrisa terrorífica y me dijo:

—Y lo harás. Vivirás de esa pasta.

—Es una idea confusa —dije yo.

—Puede que lo sea, pero ¿quieres pasar el resto de tu vida peleando en los tribunales? ¿Por qué no vivir en el extranjero tranquilamente de lo que queda de tus bienes? Elegir un lugar en que el dólar sea fuerte y pasar el resto de tu vida estudiando música o lo que te dé la gana, maldita sea. Gerda, que Dios la bendiga, ya no está entre nosotros. ¿Qué es lo que te ata aquí?

—Nadie más que mi anciana madre.

—¿Con noventa y cuatro años? ¿Y siendo ya un vegetal? Puedes poner los derechos de tu libro a su nombre y esos ingresos servirán para mantenerla. De manera que lo siguiente que tenemos que hacer es comprobar algunas de las leyes internacionales. En mi oficina hay una chica sensacional. Ha salido en el *Yale Law Journal*. No las hacen más inteligentes. Ella te encontrará un país. Haré que me haga un informe sobre Canadá. ¿Qué te parece la Columbia Británica, donde se retiran los viejos canadienses?

—¿Y a quién conozco yo allí? ¿Con quién voy a hablar?

Y ¿qué pasa si los acreedores vienen a buscarme?

—No te queda tanto dinero. Tampoco les interesas tanto. Te olvidarán.

Le dije a Hansl que estudiaría su propuesta. Tenía que ir a visitar a mi madre en el asilo.

El asilo estaba decorado con la intención de hacer que todo pareciera normal. La habitación era como cualquier habitación de hospital, con helechos de plástico y sábanas a prueba de incendio. Las sillas, con aspecto de sillas de jardín de hierro fundido, eran también sintéticas y ligeras. Yo tenía problemas con los helechos. Me desagradaba tener que tocarlos para ver si eran auténticos. Era un reflejo de mi relación con la realidad el hecho de que no pudiera decirlo solo con mirarlos. Pero bueno, mi madre tampoco me reconocía, lo cual era un asunto más complejo que lo de los helechos.

Yo prefería ir a las horas de las comidas, porque había que alimentarla. Para mí, alimentarla era muy importante. Me ocupaba personalmente cuando estaba allí. Hacía mucho tiempo que había renunciado a decirle: «Yo soy Harry». Como tampoco pretendía establecer un contacto al darle de comer. Yo solía creer que había heredado algo de su carácter rico y loco y de su amor por la vida, pero ahora resultaba inútil tener aquellas ideas. Trajeron la bandeja y el ordenanza le ató el babero. Se tragó voluntariamente la sopa de crema de zanahoria. Cuando yo la animaba, ella asentía con la cabeza. De reconocimiento, nada. Dos rostros de la antigua Kiev, como bultos similares en la frente. Vestida con su bata del hospital, llevaba incluso un hilo de lápiz de labios en la boca. La agrietada piel

de sus mejillas también le daba color. En absoluto estaba en silencio, hablaba de su familia, pero no me mencionaba a mí.

—¿Cuántos hijos tienes? —le pregunté.

—Tres: dos hijas y un hijo, mi hijo Philip.

Los tres estaban muertos. Quizá ella ya estaba en comunicación con ellos. Le quedaba poco de realidad en su vida; quizá habían tomado contacto en otra. A mí no me contaba entre los vivos.

—Mi hijo Philip es un inteligente hombre de negocios.

—Lo sé.

Ella me miró fijamente pero no me preguntó cómo lo sabía. Mi inclinación de cabeza parecía decirle que yo era un tipo con muchos contactos, y eso le bastaba.

—Philip es muy rico —prosiguió.

—¿De verdad?

—Es millonario, y un hijo maravilloso. Siempre me daba dinero, y yo lo ahorraba. ¿Tiene usted hijos?

—No, no tengo.

—Mis hijas vienen a verme. Pero el mejor es mi hijo. Él es el que paga todas mis facturas.

—¿Tienes amigos en este lugar?

—Nadie. Y no me gusta. Me duele todo el tiempo, especialmente las caderas y las piernas. Lo paso tan mal que hay días en que pienso en saltar por la ventana.

—Pero no lo harás, ¿verdad?

—Bueno, siempre pienso: ¿qué van a hacer Philip y las chicas con una madre impedida?

Yo dejé que la cuchara se deslizara en la sopa y solté una risa. Fue tan abrupta y aguda que la incitó a examinarme.

En una época, nuestra cocina de Independence Boulevard había estado llena de aquellos gritos de cacatúa, sobre todo femeninos. En los viejos tiempos, las mujeres Shawmut se sentaban en la cocina mientras se cocinaban montones de comida, bañeras enteras de coles rellenas, trozos de pecho de ternera. Del horno salían pasteles de piña glaseados con azúcar moreno. En aquel lugar no había ninguna voz baja. En aquella jaula de pájaros uno no podía hacerse oír si no gritaba también, y cuando yo era niño había aprendido a gritar como el resto, como una de aquellas mujeres pájaro. Esto es lo que ahora oyó mi madre de mí, el sonido de una de sus hijas. Pero yo no tenía un peinado ahuecado, ya estaba calvo y tenía bigote, y en mis párpados no había lápiz de ojos. Mientras me miraba fijamente yo le sequé la cara con la servilleta y seguí dándole de comer.

—No saltes, madre, te harás daño.

Pero allí todo el mundo la llamaba madre; no había nada personal en ello.

Me pidió que encendiera la televisión para que pudiera ver *Dallas*.

Yo le respondí que aún no era la hora, y la entretuve cantándole trozos del *Stabat Mater*. Canté: *Eja mater, fonsamooris*. La música de cámara sacra de Pergolesi (distinta de sus misas formales para la iglesia napolitana) no era de su gusto. Por supuesto, yo quería a mi madre. Y ella me había querido en un tiempo. Recuerdo muy bien cómo me lavaba el pelo con una pastilla gruesa de jabón y lo que le molestaba que yo llorara porque tenía jabón en los ojos. Cuando me vestía con un traje de chino (pantalones cortos de seda china) para enviarme a una fiesta sorpresa, me besaba con éxtasis. Son acontecimientos que podrían haberse producido justo antes de la época de la rebelión Boxer o en las callejas de Siena hace seis siglos. El baño, el peinado, el vestido, los besos: ahora son todas

antigüedades remotas. A medida que me fui haciendo mayor no hubo forma de mantenerlas.

Cuando estaba en la universidad (me enviaron a estudiar ingeniería eléctrica pero yo me dediqué a la música) solía gustarme decir, cuando los estudiantes bromeaban sobre sus familias, que, como yo nací justo antes del Sabbath, mi madre estaba demasiado ocupada en la cocina para perder tiempo, y fue mi tía la que tuvo que darme a luz.

Besé a la vieja, y me pareció más liviana que si fuera de mimbre. Pero me preguntaba qué había hecho yo para merecer su olvido, y por qué Philip, con su culo gordo y sus manejos dudosos, tenía que ser su favorito, su auténtico hijo. Es cierto que él no le mentía sobre *Dallas*, ni intentaba por su propio bien resucitar sus emociones, o apelar a su memoria materna con música cristiana (latín del siglo XIV después de Cristo). Mi madre, con dos tercios de su personalidad borrados, y mi hermano —¿quién sabe dónde lo habría enterrado su mujer?— habían sido los dos fieles al mundo norteamericano presente y a sus más livianos intereses materiales. Por tanto, Philip le hablaba al entendimiento de ella. Yo no. Al sacudir mis largos brazos, dirigiendo la *Gran misa* de Mozart o el *Salomón* de Handel, yo me había alejado hacia lo sublime. De manera que durante muchos años yo no había tenido lógica, le había hablado a mi madre de cosas extrañas. ¿Qué tenía ella para recordarme? Hace medio siglo yo me había negado a formar parte del teatro de su cocina. Ella había pertenecido al regimiento universal de madres de Stanislavski. Durante los años veinte y los treinta esas mujeres se hicieron fuertes en miles de cocinas en todo el mundo civilizado desde Salónica hasta San Diego. Habían advertido a sus hijas de que los hombres con los que se casaran serían violadores a cuya voluntad tendrían que someterse por deber. Y cuando yo le dije que me iba a casar con Gerda, mi madre abrió el monedero y me dio tres dólares, diciendo: «Si de verdad lo necesitas tanto, ve a una casa de putas». Por supuesto, no era todo más que una escena.

«Al darme cuenta de cómo sufrimos», como escribió Ginsberg en *Kaddish*, yo me sentía profundamente atormentado. Había llegado a tomar una decisión sobre mamá, y era posible que estuviera jugando con el mazo de cartas, amontonándolas, diciéndome a mí mismo, señorita Rose: «Siempre fui yo el que se ‘Jcupó de esta vieja madre, loca, afligida y calamitosa, no Philip. Philip estaba demasiado ocupado trepando para ser un norteamericano imperialista». Sí, así es como yo lo veía, señorita Rose, pero llegaba incluso más lejos. La consumación del proyecto de Philip era hundirme. Consiguió ponerme en una posición comprometida, debajo del agua, y después, con un golpe directo, acabó con mi fortuna, como sacrificio para con Tracy y sus hijos. Y ahora se supone que me tienen que remolcar para reparar el viejo buque.

Le digo la verdad, señorita Rose, me enloquecía aquella injusticia. Me parece que tendrá que reconocer conmigo no solo que yo había sido una figura estúpida y grotesca, sino que lo seguía siendo. Yo podría haber sido el modelo para Simón el Simple, el de la cancioncilla infantil, y decorar las paredes de la niña en Texas.

Como fui brutalmente ofensivo con usted sin provocación, es posible que estas revelaciones, el relato de mi situación actual, le agraden. De este modo cualquier anciano, elegido al azar, puede proporcionar ese tipo de satisfacción a aquellos a quienes ofendió en otro tiempo. Uno solo tiene que observar la lista de hechos auténticos, el doloroso inventario. Déjeme añadir sin embargo que, mientras yo también tengo motivos para desear venganza, no he experimentado la intoxicación dionisiaca de la venganza. De hecho, he experimentado sentimientos de una calma y de una fortaleza cada vez mayores: mi desarrollo emocional ha sido firme y constante, no desigual.

La asociación de Texas, o lo que quedaba de ella, estaba siendo administrada por el abogado de mi hermano, que respondía a todas mis peticiones de información con papeles impresos por un ordenador. Al menos en el papel había ganancias de capital, pero yo estaba obligado a pagar impuestos por ellas también. Los trescientos mil dólares que quedaban se gastarían completamente en el proceso, si yo seguía adelante, de manera que decidí seguir el plan de Hansl aunque me llevara al *Gotterdammerung* de los bienes que me quedaban. Si no entiende usted estas explicaciones, mejor para su inocencia y para la paz de su mente. Según Hansl, era el momento de golpear yo. Su aspecto astuto era una pose. Que un hombre que se las arreglaba para parecer tan astuto no fuera en realidad un genio de la intriga era lo más improbable del mundo. Las arrugas que se le formaban cuando sonreía con profunda astucia hicieron que yo confiara en Hansl. Las obligaciones que los acreedores tenían anotadas se cambiaron en secreto por otras nuevas. Se cubrieron mis huellas y yo me fui al Canadá, un país extranjero en el que se habla mi propio idioma, o algo que se le parece. Allí me iba para acabar mis días en paz y disfrutar de un tipo de cambio favorable para mi dinero. He desarrollado una cierta simpatía por Canadá. No es fácil compartir frontera con Estados Unidos. La principal diversión de Canadá —no tiene elección— consiste en observar (desde un escenario maravilloso) lo que ocurre en nuestro país. La desgracia es que solo hay un espectáculo. Una noche tras otra se sientan en la oscuridad para contemplarnos en la iluminada pantalla.

—Ahora que ya has hecho tus preparativos, puedo decírtelo —dijo Hansl—. Estoy muy orgulloso de que te atrevas a responder al golpe. Si hubieras seguido dejando que te castigaran esos estúpidos habría sido una pena.

El siempre ocupado Hansl estaba realmente loco, incluso antes de que yo me fuera a Vancouver empecé a comprenderlo. Me dije a mí mismo que sus rarezas privadas no se extendían a su vida profesional. Pero, antes de marcharme, él vino con media docena de cosas inquietantes que yo tenía que hacer por él. Estaba un poco resentido porque, según él, yo no le había dejado hacer uso de mi prestigio cultural. Eso me sorprendió y le pedí un ejemplo. Me dijo que, para empezar, yo nunca le había ofrecido recomendarlo como miembro del Club de la Universidad. Lo había llevado a comer allí y resultó que le impresionó profundamente la clase de la Ivy League, la dignidad de la procesión judicial, los asientos de cuero y los grandes ventanales del comedor, decorados con los sellos de las grandes universidades en vidrieras. Yo me había graduado en DePaul, en Chicago. Él esperaba que yo le preguntara si le gustaría unirse al grupo, pero yo había sido demasiado egoísta o demasiado esnob para hacerlo. Como ahora él me estaba salvando la vida, lo menos que yo podía hacer era usar mi influencia con el comité de admisión. Yo comprendí esto y lo propuse de todo corazón, incluso lo disfruté.

Lo siguiente que me pidió fue que le ayudara con una de sus mujeres.

—Son gente de los Kenwood, una fortuna antigua, hecha con ventas por correo. La familia es musical y artística. Babette es una atractiva viuda. Su primer marido tuvo la gran C, y, si quieres que te diga la verdad, me pone un poco nervioso llegar detrás de él, pero puedo luchar contra eso. No creo que yo lo coja también. Ahora bien, Babette está impresionada contigo. Ha oído decir que eres director de orquesta y ha leído algunas de tus críticas y te ha visto en el Canal 11. A ella la educaron en Suiza, sabe idiomas, y en este caso podría venirme bien su cultura. Lo que te sugiero es que nos lleves a Les Nomades, donde se puede cenar privadamente sin ruido de platos. Ya le ofrecí la mejor comida italiana de la ciudad en el Roman Rooftop, pero allí no solo voltean los platos sino que la envenenaron con glutamato de sodio en la ternera. De manera que danos de comer en Les Nomades.

Puedes deducir el importe de la cuenta de mi próxima factura. Yo siempre he creído que la clase con la que impresionabas a la gente la tomaste de mi hermana. Después de todo, vosotros erais una familia de vendedores ambulantes rusos y tu hermano era un maldito delincuente. Mi hermana no solo te quería, también te enseñó algo de estilo. Algún día se reconocerá que si ese maldito Roosevelt no le hubiera cerrado las puertas a los refugiados judíos de Alemania hoy día este país no tendría tantos problemas. Podríamos haber tenido a diez Kissinger, y nunca sabrá nadie cuánto talento científico se difundió en el humo de los campos de concentración.

Bueno, pues en Les Nomades lo volví a hacer, señorita Rose. En vísperas de mi fuga era comprensible que yo estuviera nervioso. Si yo hubiera sido un recipiente, me empujaban hasta la última gota. La joven viuda con la que él tenía pretensiones era atractiva, de maneras con las que uno se tenía que reconciliar. Para mí resultaba fascinante que cualquiera con una boca de los Hapsburg hablara con tanta rapidez, y yo también habría dicho que era un poco demasiado alta como para estar cómodo con ella. Gerda, sobre cuyo modelo se había formado mi gusto, era una mujer baja y deliciosa. Sin embargo, no había ningún motivo para hacer comparaciones.

Cuando hay preguntas musicales yo siempre trato con mucho interés de contestarlas. Algunas personas me han dicho que resulta cómico lo testarudo que me vuelvo a este respecto, un hombre muy estricto. Babette había estudiado música, y su familia era patrocinadora de la ópera lírica, pero, después de que me hubiera pedido mi opinión sobre la producción de *La coronación de Poppea* de Monteverdi, tomó ella la palabra y se contestó sus propias preguntas. Es posible que su reciente pérdida le hiciera hablar demasiado. A mí siempre me alegra dejar que otro lleve el peso de la conversación, pero esta Babette, a pesar de sus grandes labios, era demasiado para mí. Conversadora incansable, repitió durante media hora lo que había oído de labios de parientes influyentes sobre la política relativa a las franquicias de la televisión por cable en Chicago. A esto le siguió una larga conversación sobre películas. Yo voy rara vez al cine. A mi mujer no le gustaba. También Hansl estaba perdido en todo este debate sobre directores, actores, novedades en el tratamiento de las relaciones entre los sexos, el progreso de las ideas sociales y políticas en la evolución del medio. Yo no tenía nada que decir. Pensé en la muerte y también en los mejores temas de reflexión apropiados para mi edad, la apertura agradable en general de las cosas hacia el final de la línea, los suburbios de la Ciudad de la Vida. No me importaba mucho la charla de Babette, admiraba su gusto para la ropa, las curvadas líneas blancas y ciruela de su encantadora blusa de Bergdorf. Ella estaba bien hecha. Puede que sus hombros fueran demasiado pesados, en proporción a la boca de los Hapsburg. A Hansl no le importaría; él estaba pensando en Cerebro Casado con Dinero.

Yo esperaba que no me diera un ataque en Canadá. No habría nadie para cuidarme, ni una discreta y gentil Gerda ni una charlatana Babette.

No era consciente de que se aproximaba uno de mis ataques, pero cuando nos encontrábamos a la altura de la puerta medio abierta del guardarropa y Hansl le decía al empleado que el abrigo de la señora era un tres cuartos de color arena, Babette dijo:

—Ahora me doy cuenta de que he monopolizado la conversación, he hablado sin parar toda la velada. Lo siento mucho...

—Exactamente —le respondí yo—. Además, no ha dicho nada.

Usted, señorita Rose, ocupa la mejor posición para juzgar los efectos de un comentario así. Al día siguiente Hansl me dijo:

—Simplemente no se puede confiar en ti, Harry, has nacido para traicionar. Yo sentía lástima por

ti, porque te veías obligado a vender tu coche y tus muebles y tus libros, y porque tu hermano te engañó, y por tu anciana madre, y por mi pobre hermana fallecida, pero no hay en ti ni un ápice de gratitud ni de consideración hacia nadie. Tú insultas a todo el mundo.

—No me di cuenta de que iba a molestar a la dama.

—Yo podría haberme casado con esa mujer. Lo tenía todo preparado. Pero fui un idiota. Tuve que meterte *a ti* en ello. Y ahora, déjame que te diga que te has hecho un nuevo enemigo.

—¿Quién, Babette?

Hansl prefirió no contestar a eso. En lugar de ello dejó caer sobre mí un silencio pesado y ambiguo. Sus ojos, estrechándose y dilatados por su descubrimiento de mi mal hábito, me enviaban ondas de locura. El mensaje que llevaban esas ondas era que los cimientos de su buena voluntad habían desaparecido. En todo el mundo, yo solo lo había tenido a él para pedirle ayuda. Todos los demás se habían alejado de mí. Y ahora tampoco podía contar con él. No fue una novedad agradable para mí, señorita Rose. No puedo decir que no me preocupara, aunque yo ya no creyera en la fiabilidad de mi cuñado. Si se lo medía con los niveles de estabilidad que formaban el núcleo duro de la sociedad norteamericana de los negocios, Hansl mismo era un bicho raro. Aparte de sus extraños hábitos mentales, lo descalificaban la pose de violinista que adoptaba, las nobles manos y las uñas color avellana con la manicura hecha, y sus ojos, que eran como los ojos que se adivinan en los caldeados rincones púrpura de la jaula de los pequeños mamíferos en la que se reproduce la penumbra de las noches tropicales. ¿Habría sido cliente suyo cualquier funcionario de la ARAMCO? Hansl no tenía ningún plan razonable, solo fantasías astutas, inquietos planes. Se hinchaban como la garganta de un lagarto y después explotaban como un globo de chicle.

En cuanto a los insultos, yo nunca insulté a nadie queriendo. A veces pienso que no tengo que decir ni una palabra para que la gente se sienta insultada por mí, que mi propia existencia los insulta. Llego a esta conclusión a regañadientes, porque Dios sabe que me considero un hombre de instintos sociales normales y que no soy consciente de ninguna voluntad de ofender. He estado tratando de decirle esto de diversas maneras, utilizando palabras como ataque, embeleso, posesión demoniaca, frenesí, *fatum*, locura divina o incluso tormenta solar: a escala microscópica. Mientras más buena es la gente, menos se ofende ante este don, o maldición, y yo tengo la impresión de que usted me juzgará con menos dureza que Walsh. Sin embargo, él acertó en una cosa: usted no hizo nada para ofenderme. Usted era la más dócil, la única entre todos aquellos a los que herí contra la que yo no tenía absolutamente ninguna razón para herirla. Eso es lo que más me apena. Pero aún hay más: la escritura de esta carta ha sido la ocasión de descubrimientos importantes sobre mí mismo, de manera que estoy aún más endeudado con usted, porque veo que me ha devuelto usted bien por el mal que yo le hice. Yo abrí la boca para hacer una broma de mal gusto a sus expensas y treinta y cinco años más tarde el resultado es una comunión.

Pero, para volver a lo que soy yo literalmente: un viejo básicamente sin importancia, achacoso, apartado de mis amistades, citado para una extradición, y con un futuro del que la visión más borrosa se justifica (¿debería quizá hacer que pongan otra cama en el dormitorio de mi madre y alegar enfermedad e incompetencia?).

Mientras paseaba por Vancouver este invierno, he considerado la posibilidad de editar una antología de dichos agudos. Sacaría así algún provecho de mi destino. Pero estoy demasiado

desmoralizado para hacerlo. No consigo ponerme a ello. En vez de eso, me vienen constantemente fragmentos de cosas leídas o recordadas mientras voy y vengo de mi casa al supermercado. No están organizados como los nuestros. Tienen menos marcas. Productos como la lechuga o los plátanos tienen precios por las nubes mientras que artículos de lujo como el salmón congelado son baratos en comparación. Pero ¿qué iba yo a hacer con un gran salmón congelado? No cabría en mi horno, y ahora, con las manos artríticas, ¿podría cortarlo en trozos? Fragmentos persistentes, epigramas inspirados, o expresiones espontáneas de mala voluntad van y vienen. Clemenceau diciendo de Poincaré que era un hidrocefálico con botas de cuero. O Churchill respondiendo a una pregunta sobre la reina de Tonga mientras ella pasa en una carroza durante la coronación de Isabel II:

—¿Es ese pequeño caballero con uniforme de almirante el consorte de la reina? Parece más bien que es su almuerzo.

Disraeli en su lecho de muerte, cuando lo informaron de que la reina Victoria ha venido a verlo y está en la antecámara, le dice a su criado:

—Su Majestad solo quiere que le lleve un mensaje a su querido Albert.

Todos esos detalles podrían ser deliciosos si no fueran tan repetitivos ni fueran acompañados de un desesperante sentido de que yo ya no controlo nada.

—Parece usted pálido y exhausto, profesor X.

—He estado intercambiando ideas con el profesor Y me siento absolutamente seco.

Peor que esto es el juego de palabras nervioso al que no logro dejar de jugar.

—Esa es la mujer que puso el «día» en «diabólico».

—Ese es el hombre que puso la «ración» en «racional».

—El «oso» en «infructuoso».

—El «timo» en «timorato».

Son todas recreaciones de una mente que se derrumba, señorita Rose. Quizá síntomas de la elevada presión arterial, o pequeños indicios de resistencia privada a la mano gigante y pública de la ley (esa mano que se retirará solo cuando yo muera).

No es extraño, por tanto, que pase tanto tiempo con la anciana señora Gracewell. En su salita con el tictac de Meissen y las incómodas sillas. Yo me siento como en casa. Ella lleva cuarenta años viuda y sostiene unas opiniones curiosas, pero le gusta mi compañía. Pocos visitantes quieren oírle hablar del Espíritu Divino, pero yo estoy preparado en serio para reflexionar sobre las misteriosas e intrigantes descripciones que ella da. El Espíritu Divino, me dice, se ha retirado en nuestro tiempo del mundo externo y visible. Podemos ver lo que hizo en otro tiempo, estamos rodeados de las formas que creó. Pero, aunque los procesos naturales continúan, la Divinidad en sí está ausente. Su labor es brillante y divina pero la Divinidad ya no está activa dentro de ella. La grandeza del mundo se está disolviendo. Y este es nuestro escenario humano, vacío de Dios, me dice ella muy en serio. Pero en medio de esta desierta belleza el propio hombre sigue viviendo como un ser invadido por Dios. Dependerá de él —de nosotros— traer de vuelta la luz que se ha ido de estos moldes a su imagen, si no nos lo impiden las fuerzas de la oscuridad. El intelecto, al que todos adoran, nos lleva hasta la ciencia natural, y esta ciencia, aunque muy grande, está incompleta. La redención de la *mera* naturaleza es que trabaja para el sentimiento y el ojo despierto del Espíritu. El cuerpo, según ella, está sujeto a las fuerzas de la gravedad. Pero el alma la gobierna la levedad, que es pura.

Yo escucho todo esto y no siento ningún impulso malicioso. Echaré de menos a la pobre anciana. Después de tantas tonterías, querida señorita Rose, estoy dispuesto a escuchar palabras de gravedad

definitiva. No me queda mucho tiempo. El jefe de la policía federal, cualquier día de estos, emprenderá camino desde Seattle.

Algo por lo que recordarme

Cuando están pasando muchas cosas, muchas más de las que eres capaz de soportar, puedes decidir imaginar que no está pasando nada en particular, que tu vida gira y gira como el plato de un tocadiscos. Y entonces un día te das cuenta de que lo que creíste que era el plato de un tocadiscos, suave, plano y nivelado, era en realidad un remolino, un torbellino. Mi primer momento de conciencia de la oculta labor de los días tranquilos se remonta a febrero de 1933. La fecha exacta no importa mucho. Sin embargo, me gusta creer que tú, mi único hijo, querrás oír hablar de esta oculta labor porque tiene relación conmigo. Cuando eras niño te gustaba la historia de la familia. Pronto comprenderás que no podía contarle a un niño lo que voy a contarte a ti ahora. Uno no le habla a un niño de muertes y torbellinos, no en estos días. En mi época mis padres no dudaban en hablar de muertes o de moribundos. Lo que rara vez mencionaban era el sexo. Ahora lo tenemos todo al revés.

Mi madre murió cuando yo era un adolescente. Muchas veces te lo he dicho. Lo que no te he dicho es que yo quería olvidar que se estaba muriendo al no permitirme a mí mismo pensar en ello, ¿qué te parece? Era el mes de febrero, como ya te he dicho, y añadiré que la fecha exacta no significará nada para ti. Debo confesar que yo mismo evité fijarla.

Chicago en invierno, con su armadura de hielo gris, el cielo bajo y el avanzar pesado. Yo estaba en el último curso del instituto, un estudiante indiferente, en general no muy popular, una figura de fondo de la escuela. En público solo destacaba como saltador de altura. Y no es que estuviera muy en forma: un curioso salto o convulsión de último minuto me elevaban por encima de la barra. Pero esto era lo que a la escuela le gustaba ver. Aunque no tenía muchas ganas de estudiar, sin embargo, me gustaban los libros. En familia no hablaba mucho de mi vida. La verdad es que no quería hablar de mi madre. Además, no tenía palabras con las que expresar la peculiaridad de mis extraños gustos.

Pero sigamos con aquel importante día de principios de febrero.

Empezó como cualquier otro día invernal de escuela en Chicago: ordinario y gris. La temperatura solo estaba unos pocos grados por encima de cero, en el cristal de la ventana se habían formado con el hielo unas formas botánicas, la nieve pasaba volando para ir a parar a montones y el hielo arenoso de las calles, un bloque detrás de otro, formaba un todo con el color hierro del cielo. Tomé un desayuno de cereales, tostadas y té. Tarde como siempre, me detuve un momento a mirar en la habitación donde mi madre yacía enferma. Me acerqué a ella y le dije: «Soy Louie, me voy a la escuela». Me pareció que asentía. Tenía los párpados marrones; el color de su rostro era mucho más claro. Me apresuré con los libros colgados de mi hombro por una correa.

Cuando llegué al bulevar al filo del parque, dos hombrecillos salían corriendo de un portal con rifles al hombro, dieron unas cuantas vueltas y apuntaron hacia arriba, para disparar a unas palomas que había cerca del tejado. Varios pájaros cayeron directamente al suelo, y los hombres recogieron los blandos cuerpos y corrieron hacia dentro, hombrecillos oscuros con agitadas camisas blancas. Cazadores de la Depresión y sus presas de la ciudad. Momentos antes el coche de la policía había pasado por allí a quince kilómetros por hora. Los hombres aquellos habían esperado a que pasara.

Esto no tenía nada que ver conmigo. Lo menciono simplemente porque sucedió. Rodeé las manchas de sangre y entré en el parque.

A la derecha del parque, detrás de las ramitas invernales de las lilas, la capa de nieve estaba rota. En la profundidad de la noche negra, Stephanie y yo nos habíamos besuqueado allí, mis manos debajo de su abrigo de mapache, debajo de su jersey, debajo de su falda, unos adolescentes besándose

sin moderación. El sombrero de piel de mapache que llevaba ella se deslizaba hacia atrás de su cabeza. Ella abría el abrigo, que olía a almizcle, para que yo me acercara más.

Al acercarme al edificio de la escuela, tuve que correr para alcanzar las puertas antes del último toque de campana. Tenía problemas con la familia; no había problemas con los profesores, ni tampoco te llamaban a ver al director en aquella época. Y sí que cumplía las reglas, aunque despreciaba el trabajo de clase. Pero gastaba todo el dinero que caía en mis manos en la librería de Hammersmark. Leí *Manhattan Transfer*, *La habitación enorme* y *El retrato del artista adolescente*. Pertenecía al Círculo Francés y al Club de Dialéctica de los mayores. El tema del club para aquella tarde era la elección de Hitler por parte de Von Hindenburg para formar un nuevo gobierno. Pero yo ahora ya no podía ir a las reuniones; tenía un trabajo después de clase. Mi padre había insistido en que me buscara uno.

Después de las clases, de camino al trabajo, me detuve en casa para cortarme una rebanada de pan y un trozo de queso de Wisconsin, y también a ver si mi madre estaba despierta. Durante los últimos días había estado muy sedada y rara vez decía nada. La alta botella cuadrada que tenía a su lado estaba llena de Nembutal, un líquido de color rojo claro. El color de este fluido era siempre el mismo, como si no pudiera admitir ninguna sombra. Ahora que ya no podía incorporarse para que se lo lavaran, mi madre tenía el pelo corto. Esto le hacía la cara más delgada, y además los labios los tenía con una expresión seria. Su respiración era seca y dura, obstruida. La persiana estaba medio subida. Tenía festones en el borde y un fleco blanco. El hielo de la calle era gris oscuro. La nieve estaba apilada contra los árboles. Sus troncos tenían aspecto mineral y negro. Esperando fuera en el invierno con sus armaduras de cocodrilo, acumulaban hollín de carbón.

Incluso cuando estaba despierta, mi madre no conseguía encontrar aliento para hablar. A veces hacía gestos. A excepción de la enfermera, no había nadie en la casa. Mi padre estaba en el trabajo, mi hermano tenía trabajo en el centro, mis hermanos hacían chapuzas. Albert, el mayor, era administrativo para un abogado del Loop. Mi hermano Len me había encontrado un empleo con los trenes del noroeste, y durante una temporada fui allí vendedor de caramelos, barras de chocolate y periódicos de la tarde. Cuando mi madre puso fin a esto porque me hacía llegar muy tarde, yo ya había encontrado otro empleo. En ese momento repartía flores para una tienda de la avenida North y viajaba en los tranvías llevando coronas y ramos a todos los rincones de la ciudad. Behrens, el florista, me pagaba cincuenta centavos por tarde; y con las propinas podía ganar hasta un dólar. Eso me daba tiempo para preparar la lección de trigonometría y para, muy tarde por las noches, después de haber visto a Stephanie, leer mis libros. Me sentaba en la cocina cuando todo el mundo estaba durmiendo, en profundo silencio, con la nieve acumulada bajo las ventanas y, más allá, la pala del portero raspando el cemento y resonando en la puerta del horno. Leía libros prohibidos que circulaban entre mis compañeros de clase, panfletos políticos, *Prufrock* y *Mauberley*. También estudiaba libros cercanos, demasiado profundos para comentarlos con nadie. Leía en los tranvías (que en los demás sitios llamaban troles). La lectura me alejaba de lo que veía. En realidad, no veía nada: más de lo mismo y después más de lo mismo. Escaparates, garajes, almacenes y estrechas casitas de ladrillo. La ciudad estaba diseñada como una enorme red, con ocho manzanas por kilómetro y una línea de tranvía cada cuatro calles. Los días eran cortos, las farolas asomaban poco y los sucios montones de nieve se convertían en fuente de luz hacia el atardecer. Yo llevaba el dinero del tranvía en el mitón, donde las monedas se mezclaban solas por lo gastado del forro. Aquel día llevaba lilas a una dirección en las afueras. Estaban envueltas y prendidas con alfileres y grueso

papel. Behrens, al explicarme mi encargo, estaba pálido, un hombre de rostro alargado que llevaba gafas sobre la punta de la nariz. En medio de las flores, él era el único que no tenía color: algo así como el precio que pagaba por ser humano. No malgastaba palabras: «Este encargo te llevará una hora de ida y otra de vuelta con este tráfico, de manera que será el único por hoy. Tengo a esta gente en los libros, pero asegúrate de que te firman la cuenta».

Yo no sabría decir por qué era un alivio tan grande salir de la tienda, del olor húmedo y cálido a tierra, de las densas espinas, de los punzantes cactus y de las laderas de cristal llenas de orquídeas, gardenias y rosas para lechos de enfermo. Yo prefería el aburrimento de ladrillo de la calle, las piedras del pavimento y los raíles de acero. Me eché hacia abajo los tres extremos de mi gorra de patinador y me fui con el torpe paquete en la mano a la calle Robey. Cuando llegó resoplando el tranvía encontré sitio en el largo asiento del lado de la puerta. Los pasajeros ni siquiera se desabrochaban los abrigos. Estaban helados, cautelosos, embozados, tristes. Yo llevaba lectura: el resto de un libro, sin pastas, con las páginas juntas por el hilo de encuadernar y algunos copos de pegamento. Llevaba quizá cincuenta o sesenta páginas en el bolsillo de mi chaqueta corta de piel de oveja. Con la mano que tenía libre no podía manejar aquel libro mutilado. Y en el tranvía Broadway-Clark, leer estaba descartado. Tenía que proteger mis lilas de los balanceos de la gente colgada de las correas y de la que empujaba hacia delante.

Me apeé en la calle Ainslie con el paquete derecho, que tenía la forma de una cometa forrada. El edificio que yo buscaba tenía un patio con palieres de hierro. El vestíbulo era el habitual: un suelo que se hundía en el medio, conjuntos de baldosas, trozos rellenos de basura y un panel de buzones de bronce con bocas de tubo. Cuando apreté el botón del timbre no sonó ninguna voz sino que, en vez de eso, el pestillo dio un zumbido discordante, traqueteó, y yo cambié el frío del vestíbulo exterior por la sobrecalentada atmósfera con olor a moho del vestíbulo interior. En el segundo piso una de las dos puertas estaba abierta y junto a la pared había una pila de zapatos y chanclos y galochas. Enseguida me encontré rodeado de gente que bebía. Todas las luces de la casa estaban encendidas, aunque faltaba por lo menos una hora para el anochecer. Había abrigos apilados en sillas y sofás. Por supuesto, en aquellos días todo el whisky era de contrabando. Sosteniendo las flores muy alto, pasé por en medio del duelo. Yo era casi algo oficial. El mensaje se fue pasando de boca en boca: «Dejad pasar al niño. Adelante, chico».

El largo pasillo también estaba lleno, pero el comedor se encontraba completamente vacío. Encima de la mesa había una chica muerta dentro de su ataúd. Sobre ella una lámpara de cristal colgada de una arteria pegada y deformada de cable que salía del roto yeso. Yo no esperaba encontrarme frente a frente con un ataúd.

Se la veía tal y como era, sin el maquillaje de la funeraria, una chica mayor que Stephanie, no tan rellenita, delgada, rubia, con el pelo lacio arreglado sobre los hombros de muerta. Había desaparecido todo sostén, era un peso muerto que dependía totalmente del apoyo que le dieran y no era tanto que yacía como que estaba hundida en aquel rectángulo gris. Vi lo que creí que era la marca de una presión de dedos sobre su mejilla. Si había sido bonita o no, no se consideraba siquiera.

Una mujer gruesa vestida de negro abrió la puerta batiente de la cocina y me vio allí de pie junto al cadáver. Creí que estaba disgustada cuando me hizo una señal con el puño para que me acercara. Cuando pasé a su lado se acercó ambos puños al pecho. Me dijo que pusiera las flores en el fregadero y entonces les quitó los alfileres y rompió el papel. Tenía los brazos grandes, las pantorrillas gruesas, el pelo recogido en un moño, la corta nariz delgada y roja. Era costumbre en Behren's atar

los tallos de las lilas a unos tallos delgados inertes. De ese modo se evitaba que se produjera ningún desperfecto.

En el escurridor del fregadero había un jamón al horno con rebanadas de pan alrededor de la bandeja, un jarro de mostaza francesa y unas paletas de madera para untarla. Yo veía y veía y veía.

Con la mujer me comporté lo más discreta y educadamente que pude. Miré al suelo para ahorrarme mi cara de conmiseración. Pero qué le importaría a ella mi discreción; ¿cómo había entrado yo allí sino como mensajero y servidor? Pero, si ella no quería observar mi comportamiento, ¿para quién me estaba comportando yo? Todo lo que ella quería era pagar la cuenta y echarme de allí. Cogió el bolso y lo apoyó contra su cuerpo, igual que había hecho con los puños.

—¿Qué le debo a Behren's? —me preguntó.

—Me dijo que podía usted firmar aquí.

Ella, sin embargo, no iba a malgastar amabilidad conmigo. Me dijo:

—No. —Y añadió—: No quiero tener deudas a mis espaldas.

Me dio un billete de cinco dólares y añadió una propina de cinco centavos, por lo que fui yo el que firmó el recibo, lo mejor que pude sobre los esmaltados cuencos del fregadero. Doblé el billete muy pequeño y busqué bajo el abrigo de piel de oveja el bolsillo del reloj, avergonzado de tomar dinero de ella allí en presencia de su hija muerta.

Yo no era el objeto de la severidad de aquella mujer, pero su rostro de algún modo me asustaba. La misma mirada se la echaba a las paredes y a la puerta. Yo no figuraba allí, sin embargo; esa muerte no era mía. Como si quisiera volver a ver la sencilla cara de la chica, volví a mirar dentro del féretro cuando salía. Y entonces, en la escalera, empecé a sacar las páginas del bolsillo de mi abrigo, y en el vestíbulo busqué las frases que había leído la noche antes. Sí, allí estaban:

La naturaleza no puede sufrir la forma humana en su sistema de leyes. Cuando está a su cargo, el ser humano que tenemos ante nosotros se reduce a polvo. La nuestra es la forma más perfecta que se encuentra en la Tierra. El mundo visible nos sostiene hasta que la vida se marcha, y en ese momento debe destrozarnos completamente. Entonces, ¿dónde está el mundo del que viene la forma humana?

Si alguien traga algún alimento y muere, ese trozo de comida que te habría alimentado en vida acelerará tu desintegración en la muerte. Esto significa que la naturaleza no hizo la vida; solo la albergó.

En aquellos días, leía muchos libros de ese estilo. Pero el que había leído la noche anterior era más profundo que el resto. Tú, mi único hijo, conoces demasiado bien mi obsesión o locura de toda la vida por los mundos lejanos. Solía aburrirte cuando hablaba de espíritu, o neuma, y de un *continuum* de espíritu y naturaleza. Tú estabas demasiado bien educado, respetablemente racional, como para formarte un juicio sobre esos términos. Podría añadir, para citar a un sabio famoso, que lo que es plausible puede pasar sin pruebas. No voy a proseguir en esta línea. Y sin embargo habría una grieta en lo que tengo que decir si fuera a excluir mi importante libro, y después de todo esto es un relato, no una discusión.

En cualquier caso, volví a meterme las páginas en el bolsillo del abrigo y entonces ya no supe qué hacer. Eran las cuatro de la tarde, ya no tenía más encargos, pero de algún modo no me sentía muy dispuesto a volver a casa. De manera que fui caminando bajo la nieve a la calle Argyle, donde mi

cuñado tenía su consulta de dentista, pensando que quizá podríamos volver juntos a casa. Preparé una explicación sobre por qué me presentaba allí. «Fui a entregar unas flores al North Side, vi a una chica muerta, me di cuenta de lo cerca que estaba de ti y por eso vine.» ¿Por qué me sentía obligado a explicar mi inocente comportamiento cuando era inocente? Quizá porque yo siempre estaba pensando en cosas ilícitas. Porque dirigía una pequeña fábrica de mentiras: pero el autoexamen, que una vez ejerció sobre mí una fascinación tan enorme, se ha vuelto tedioso.

La consulta de mi cuñado estaba en la segunda planta de un edificio sin ascensor: Philip Haddis, Médico Dentista. Tres ventanas en saliente en la esquina redondeada del edificio proporcionaban una visión completa de la calle y del lago, del lado este: con los trozos de hielo flotando. La puerta estaba abierta y cuando pasé por la diminuta y oscura sala de espera (sin ventanas) y no vi a Philip junto al sillón de dentista, grande e inclinado, creí que quizá habría entrado en el laboratorio. Era un buen técnico y hacía gran parte de su propio trabajo, lo que le ahorraba bastante dinero.

Philip no era alto, pero era un hombre muy grande, corpulento. Las mangas de la bata blanca ajustaban completamente los gruesos y desnudos antebrazos. La fuerza de sus brazos era importante cuando tenía que sacar dientes. Le enviaban a muchos pacientes para eso.

Cuando no tenía nada especial que hacer se sentaba en el sillón, estudiando el *Racing Form* junto al brazo del torno, inclinado como una mantis, la llama de gas y el agua que salía a chorros y daba vueltas en el recipiente de vidrio verde para escupir. Allí siempre era espeso el humo de puro. En medio de la consulta había un reloj debajo de una campana de cristal. En su base daban vueltas cuatro pesas doradas. Aquello era un regalo de mi madre. La vista de la ventana del medio estaba dividida por una cadena que no podría haber sido mucho más pequeña que la que frenaba a la flota británica en el Hudson. Esta cadena sostenía el peso del cartel de la farmacia: una maja y un mortero formados con bombillas. No quedaba mucha luz del día. Al mediodía entraba a raudales; para las cuatro de la tarde ya se había marchado. Por un lado la nieve acumulada se estaba poniendo azul, por el otro las tiendas la calentaban con sus luces.

El laboratorio del dentista estaba en un armario. Philip, que no se complicaba mucho la vida, orinaba a veces en el fregadero. El camino hasta el retrete era largo, porque estaba al otro extremo del edificio, y el vestíbulo no eran más que dos paredes: un túnel de yeso y un camino de alfombra rodeado de tiras de bronce. Philip odiaba ir al final del vestíbulo.

Tampoco había nadie en el laboratorio. Era posible que Philip estuviese tomando una taza de café en la máquina de abajo. También era posible que estuviera pasando un rato con Marchek, el médico con el que compartía el local. La puerta de conexión nunca se cerraba con llave y algunas veces yo me había sentado en la silla giratoria de Marchek con un libro de ginecología entre las manos, estudiando las coloreadas ilustraciones y memorizando los nombres latinos.

El cristal estrellado de Marchek era oscuro, y yo supuse que su consulta también estaba vacía, pero cuando entré me encontré una mujer desnuda echada en la camilla. No estaba dormida; parecía estar descansando. Al darse cuenta de que yo estaba allí, se estiró, y entonces, sin prisa, sin molestarse en absoluto, alargó el brazo para coger su ropa, que estaba amontonada en la mesa del doctor Marchek. Cogió las bragas y se las puso encima de la barriga, pero no las extendió. ¿Estaba contrariada, azorada? No, simplemente se tomaba su tiempo con tranquilidad para todo, se comportaba con una pereza excitante. Había unos cables que conectaban sus bonitas muñecas a una especie de aparato colocado encima de un soporte con ruedas.

—Lo correcto habría sido retirarme, pero ya era demasiado tarde para eso. Además, la mujer no

daba ningún signo de que le importara ni mucho ni poco. No se colocó las bragas sobre los pechos, ni siquiera juntó los muslos. Los vellos que la cubrían estaban separados. Despedía unos olores salados, ácidos, oscuros, dulces. Los olores surtieron efecto inmediatamente: yo estaba muy excitado. Tenía un brillo en la frente, una mirada agotada en los ojos. Yo creía que había adivinado lo que había estado haciendo aquella mujer, pero la habitación estaba medio a oscuras, y preferí evitar toda idea definida. Me pareció mucho mejor la duda o el engaño.

Recordé que Philip, a su manera, brusca y perezosa, había mencionado que en la puerta de al lado se estaba llevando a cabo un «proyecto de investigación». El doctor Marchek estaba midiendo las reacciones de los participantes en el acto sexual. «Coge a gente de la calle, los engancha y finge que colecciona los gráficos. Pero en realidad lo hace porque le gusta; la parte científica no es más que un cuento.»

De modo que la mujer desnuda era el objeto de algún experimento.

Yo me había preparado para contarle a Philip lo de la chica muerta de Ainsliest, pero la casa, la cocina, el jamón y las flores estaban ahora tan lejanos para mí como los trozos de hielo del lago y el frío cortante del agua.

—¿De dónde has salido tú? —me preguntó la mujer.

—De la consulta de al lado, la del dentista.

—El médico estaba a punto de desatarme, y ahora tengo que soltarme sola. Quizá tú podrás averiguar cómo se sueltan estos cables.

Si Marchek estaba en la habitación interior, no iba a salir ahora que oía voces. Cuando la mujer levantó los brazos para que yo pudiera desatar las correas, sus pechos oscilaron, y cuando me incliné sobre ella el olor de la parte superior de su cuerpo me recordó a los papeles marrones rizados de las cajas de bombones después de que se los hayan comido: una mezcla de recuerdo de lo dulce y de caja de cartón agria.

Aunque traté de evitarlo con todas mis fuerzas, me vino a la mente el pecho de mi madre, mutilado por la cirugía. El tejido retorcido de la herida. También evoqué los ojos cerrados de Stephanie y su rostro cuando me dejaba tocarla: cualquier cosa para eludir la atracción de aquella joven desnuda. Mientras deshacía las ataduras se me ocurrió que en vez de desconectarla a ella me estaba enganchando yo. Estábamos solos en aquella oficina casi a oscuras y yo deseaba que ella metiera la mano debajo de mi abrigo y me desabrochara el cinturón. Pero, cuando tuvo las manos libres, se limpió la gelatina que le cubría las muñecas y empezó a vestirse. Empezó por el sujetador, y bajó varias veces los pechos dentro de las copas. Cuando echó las manos hacia atrás para atarse los ganchos se inclinó mucho hacia delante, como si estuviera pasando por debajo de un sector muy bajo. Las células de mi cuerpo eran como abejas, cada vez más borrachas de miel sexual (espero que esto cambie el rostro del abuelo Louie, el viejo al que se recuerda como esto o como aquello pero nunca como un panal de abejas eróticas).

Pero yo no podía estar ciego ante el comportamiento de la mujer ni incluso ahora. Era muy evidente; se me echaba encima. Le veía la cara de perfil y, aunque la tenía inclinada hacia abajo, su sonrisa no ofrecía dudas. Para usar una expresión ya antigua, me estaba calentando. Ella sabía que yo estaba a punto de caer. Abrochó cada botón con lentitud deliberada, y la blusa que llevaba puesta tenía al menos veinte botones de aquellos, pero seguía desnuda de cintura para abajo. Aunque éramos tan insignificantes, ella y yo, un escolar y una cualquiera, teníamos unos instrumentos muy importantes que tocar. Y, si vamos a ir más lejos, lo que fuera que sucediese nunca saldría de aquella habitación.

Sería algo entre nosotros dos, y nadie lo sabría nunca. Y sin embargo Marchek, aquel pseudoinventor, esperaba probablemente para salir en la habitación de al lado. Era un viejo médico de cabecera, y debía de estar tanto avergonzado como furioso. Además, en cualquier momento podía aparecer Philip, mi cuñado.

Cuando la mujer bajó de la mesa de cuero, se agarró la pierna y dijo que le había dado un tirón en un músculo. Puso un pie en una silla y se frotó la pantorrilla, maldiciendo entre dientes y mirando a todas partes con ojos burlones.

Y entonces, cuando ya se había puesto la falda y se había atado las medias al ligero, metió los pies en los zapatos y cojeó alrededor de la silla, agarrándola del brazo. Me dijo:

—¿Me alcanzas mi abrigo, por favor? Pónmelo sobre los hombros.

Ella también llevaba un abrigo de mapache. Mientras yo lo descolgaba de la percha deseé que hubiera sido algo distinto. Pero el abrigo de Stephanie era más nuevo que aquel y dos veces más pesado. Aquellos cueros se habían secado y la piel estaba fina. La mujer ya se iba, y se inclinó cuando le coloqué el abrigo a la espalda. La consulta de Marchek tenía su propia salida al pasillo.

En lo alto de la escalera, la mujer me pidió que la acompañara hasta abajo. Le dije que sí, por supuesto, pero que yo tenía que volver a buscar a mi cuñado. Mientras se ataba la bufanda de lana bajo la barbilla me sonrió, con un guiño oriental en los ojos.

No ir a ver a Philip no habría estado bien. Mi esperanza era que volviera, que bajara por el estrecho corredor a su manera lenta, tranquila y descuidada. No recordarás a tu tío Philip. En la universidad había jugado al fútbol, y todavía tenía aspecto de placaje, con los antebrazos hinchados y compactos. (Hoy día resultaría insignificante en Soldier's Field; sin embargo, en su época era un hombre fuerte.)

Pero allí estaba la larga tira de alfombra en medio del valle que formaban las paredes, y nadie venía a rescatarme. Yo volví a su oficina. Aunque solo hubiera habido un paciente sentado en la silla y Philip le hubiera estado mirando la boca, yo habría vuelto a mi camino y me habría liberado de tener que aceptar el desafío de aquella mujer. Una alternativa era decir que no podía ir con ella, que Philip esperaba a que yo volviera con él al Northwest Side. Allí en la consulta vacía consideré la posibilidad de decir aquella mentira, inclinando la cabeza para no verme frente a frente con el reloj, con sus pesas silenciosas y medidas dando vueltas. Entonces, escribí en el bloque de notas de Phillip: «Louie ha pasado por aquí». Lo dejé en el asiento de la silla.

La mujer había metido los brazos en las mangas de aquel abrigo con aspecto de estudiante y apoyaba el trasero forrado de piel en la barandilla. Se pasaba el espejo del bolso arriba y abajo, y cuando yo salí lo cerró de golpe y lo metió en la cartera.

—¿Todavía tiene el calambre?

—También en los riñones.

Bajamos despacio poniendo ambos pies en cada uno de los peldaños. Yo me preguntaba cómo reaccionaría ella si yo la besara. Probablemente se reiría de mí. Ya no estábamos entre las cuatro paredes donde podría haber pasado cualquier cosa. En la calle, el espacio no tenía límites. Yo no tenía ni idea de hasta dónde íbamos, ni de hasta dónde sería yo capaz de llegar. Aunque era ella la que se quejaba de dolor, era yo el que me sentía enfermo. Me pidió que le agarrara los riñones con mi mano, y ahí descubrí la extraordinaria actividad que podían desplegar sus caderas. En una fiesta había oído una vez a una mujer mayor decirle a otra: «Yo sé cómo calentarlos». Oírlo bastaba para mí.

No era necesario ningún arte especial con un muchacho de diecisiete años, ni siquiera el que me

invitara a apoyarla con mi mano: sentir aquel trabajo intrincado y erótico de su espalda bastaba. Yo ya había visto a la mujer en la camilla de examen de Marchek y también había sentido todo el peso cuando se apoyó..., cuando apoyó su sustancia femenina sobre mí. Además, ella sabía perfectamente en lo que yo estaba pensando. Ella era el objeto de mis pensamientos continuamente, ¿y con cuánta frecuencia se encuentra el pensamiento a su objeto en estas circunstancias... cuando el objeto sabe que ha sido encontrado? Aquella mujer sabía cuáles eran mis expectativas. Ella era, en carne y hueso, esas expectativas. Yo no podría haber jurado que era una puta, una fulana. Podría haber sido una chica corriente a la que le gustaba el puterío, soltarse el pelo, divertirse conmigo, tener una aventura cómico-sexual, como a veces hacía la gente en aquella época.

—¿Adónde vamos?

—Si te tienes que ir, puedo seguir sola —me dijo—. Es justo en la calle Wynona, al otro lado de Sheridan Road.

—No, no. La acompañaré hasta allí.

Me preguntó si yo seguía en la escuela, señalando las páginas impresas que llevaba en el bolsillo del abrigo.

Mientras pasábamos por una frutería (un chico de mi edad vaciaba cajones de naranjas en el iluminado escaparate) observé que, a pesar del espeso color crema de la mujer, sus ojos eran del Lejano Oriente, negros.

—Tú debes de tener alrededor de diecisiete años —me dijo.

—Exacto.

Llevaba tacones sobre la nieve y daba cada paso con cuidado.

—¿Qué vas a hacer?... ¿Has elegido una profesión?

Yo no quería saber nada de profesiones. Ninguna en absoluto. Había incontables ingenieros en las colas para pedir sopa. En el mundo de la Depresión, las profesiones no servían para nada. Por tanto, uno era libre de hacer de su persona algo extraordinario. Podría haberle dicho, si no hubiera estado excitado casi hasta ponerme enfermo, que yo no daba vueltas en tranvía por la ciudad para ganar unos pavos ni para ser útil a mi familia, sino para observar aquella ciudad aburrida, deprimida, fea, interminable y podrida. Entonces no se me había ocurrido, pero ahora entiendo que mi objetivo era interpretar aquel sitio. Su poder era tremendo. Pero también podría serlo el mío. Yo me negaba en redondo a creer ni por un momento que la gente de allí estuviera haciendo lo que creía que estaba haciendo. Por debajo de la aparente vida de aquellas calles, estaba su auténtica vida, detrás de cada rostro estaba el rostro auténtico, detrás de cada voz y sus palabras el verdadero tono y el mensaje real. Por supuesto, yo no iba a decir aquellas cosas. En aquel momento estaba muy lejos de mi intención decirlas. Pero yo era sin embargo un chico de tono elevado. Mi crítico y satírico hermano Albert me llamaba «el Fino». El tener ideales en la adolescencia te expone a eso.

En aquel momento me había enganchado una chica encantadora y sensual. Yo no podía imaginar adónde me estaba llevando, ni a qué distancia, ni con qué me sorprendería, ni las consecuencias.

—¿De modo que el dentista es tu hermano?

—Mi cuñado, el marido de mi hermana. Viven con nosotros. ¿Me está preguntando cómo es? Es un buen tipo. Le gusta cerrar la consulta los viernes para irse a las carreras. A mí me lleva a las peleas. Además, en la parte de atrás de la farmacia juegan al póquer.

—Él no se pasea por ahí con libros en el bolsillo.

—Bueno, eso es cierto. A mí me suele decir: «¿Para qué te sirve eso? Hay demasiadas cosas que

conservar o que alcanzar. Nunca podrías hacerlo, ni en mil años, de modo que, ¿para qué molestarse?». Mi hermana quiere que ponga una consulta en el Loop, pero eso significaría demasiada tensión. Me parece que él prefiere la consulta de ahora. No está preparado para hacer nada más de lo que ya hace.

—¿Y que estás leyendo, de qué trata?

Yo no tenía intención de hablar con ella de nada. No era capaz de hacerlo. Lo que yo tenía en mente en aquel momento era algo completamente distinto.

Pero supongamos que yo hubiera sido capaz de explicar. Uno tiene en efecto una responsabilidad de responder a preguntas genuinas: «¿Sabe usted, señorita? Este es el mundo visible. Vivimos en él, respiramos su aire y comemos su sustancia. Cuando morimos, sin embargo, la materia vuelve a la materia, y entonces quedamos aniquilados. Ahora bien, ¿a qué mundo pertenecemos realmente, a este mundo de materia o al otro mundo, del que toma órdenes la materia?». No había mucha gente que quisiera hablar sobre esas ideas. Hasta a Stephanie la impacientaban. «Cuando mueres, ya está, se acabó. Lo muerto, muerto está», me decía. Le gustaba pasarlo bien. Y cuando yo no la llevaba al centro o al teatro Oriental no se privaba de la compañía de otros chicos. Volvía cargada de bromas pesadas de vodevil. Me parece que el Oriental formaba parte de un circuito nacional de diversión. Actuaban en él Jimmy Savo, Lou Holtz y Sophie Tucker. A veces yo era demasiado solemne para Steph. Cuando ella hacía imitaciones de Jimmy Savo y cantaba «Río, aléjate de mi puerta», juntando las rodillas y poniéndose rígida, yo me mondaba de risa, y eso la decepcionaba.

Uno hubiera creído que el libro o el fragmento del libro que yo llevaba en el bolsillo era un talismán de un cuento de hadas para abrir puertas de castillos o transportarme a las cimas de montañas. Y sin embargo cuando aquella mujer me preguntó lo que era yo estaba demasiado distraído para decírselo. Recuerden que seguía con la mano en su espalda, como ella me había indicado, atormentado por aquel movimiento sensual de sus caderas. Estaba descubriendo lo que había querido decir la mujer de la fiesta cuando dijo: «Yo sé cómo calentarlos». De manera que por supuesto no estaba en condiciones de hablar sobre el ego, la voluntad o los secretos de la sangre. Sí, yo creía en el conocimiento elevado, compartido por todos los seres humanos. ¿Qué más había para mantenerlos juntos si no era esta fuerza escondida detrás de la conciencia diaria? Pero el ser coherente sobre ello en aquel momento estaba absolutamente descartado.

—¿No me lo puedes decir? —me dijo.

—Esto lo compré por cinco centavos en un saldo.

—¿Así es como gastas tu dinero? —Creí entender que se refería a que no lo gastaba en chicas—. Y el dentista es un tipo agradable y perezoso —prosiguió ella—. ¿Qué tiene él que enseñarte a ti?

Yo traté de repasar mi archivo mental. ¿Qué decía Phil Haddis? Decía que un rabo tieso no tiene conciencia. En aquel momento aquello era todo lo que se me ocurría. A Philip le divertía hablar conmigo. Era mi amigo. Donde Philip era indulgente, mi hermano Albert, tu difunto tío, era áspero. Albert me podría haber enseñado algo si hubiera confiado en mí. Por aquel entonces era un estudiante de escuela nocturna que trabajaba en las oficinas de Rowland, el congresista mafioso. Era su mano derecha, y Rowland le pagaba, no para que estudiara derecho sino para que recolectara los pagos. Philip sospechaba que Albert se quedaba una parte, porque vestía muy bien. Llevaba un bombín (que en aquella época se llamaba un hongo de Baltimore) y un abrigo de pelo de camello y zapatos de punta, de mafioso. Conmigo, Albert era desdeñoso. Me decía: «Tú no entiendes ni un carajo. Nunca lo entenderás».

Nos estábamos acercando a la calle Wynona, y cuando llegáramos a su edificio ella ya no tendría qué hacer conmigo y me despediría. Yo no vería más que el reflejo del cristal y miraría fijamente mientras ella entraba. Ella ya estaba buscando las llaves en el bolso. Yo había dejado de sostenerle la espalda, y en lugar de eso me preparaba para murmurar una despedida cuando ella me sorprendió inclinando la cabeza hacia un lado e invitándome a entrar. Yo creo que había esperado (con esperanza contaminada de sexo) que ella me dejara en la calle. La seguí mientras atravesaba otro vestíbulo embaldosado y por la puerta interior. La calefacción de la escalera estaba muy fuerte, con radiadores de fuel, y el cielo temblaba tres pisos más arriba. El papel de las paredes se había despegado y se estaba rizando e inflando. Yo contuve la respiración. Era incapaz de meter todo aquel calor en mis pulmones.

Una vez, ese edificio había sido un edificio de apartamentos de lujo, construido para banqueros, agentes de Bolsa y profesionales desahogados. Ahora estaba ocupado por itinerantes. En la gran sala de delante, con sus ventanas francesas, había un juego de basura. En la habitación de al lado había gente bebiendo y dormitando en los viejos sillones de orejas. La mujer me llevó por lo que había sido en una época un bar privado: todavía quedaban algunos de los accesorios. Después pasamos por la cocina: yo habría ido a donde fuera sin hacer ninguna pregunta. En la cocina no había señales de que nadie cocinara, ni cacerolas ni trapos. El linóleo se estaba despedazando: unas fibras marrones erizadas como pelos. Ella me condujo hasta un pasillo más estrecho, paralelo al principal.

—Vivo en lo que solía ser la habitación de una criada —me dijo—. Tiene una vista agradable sobre el callejón, pero con cuarto de baño privado.

Y allí estábamos los dos: un espacio casi vacío. De manera que era así como trabajaban las putas, suponiendo que ella fuera una puta. Un suelo vacío, un catre estrecho, una silla junto a la ventana y un planchador de ropa torcido apoyado contra la pared. Me detuve bajo la lámpara mientras ella pasaba por delante de mí, como si me estuviera observando. Entonces, desde la espalda, me dio un abrazo y un besito en la mejilla, más prometedor que real. Los polvos que llevaba en la cara, o quizá fuera el lápiz de labios, tenían una especie de fragancia de plátano verde. Mi corazón nunca había latido tan fuerte.

Me dijo:

—¿Por qué no voy entrando yo en el baño para prepararme mientras tú te desnudas y te echas en la cama? Tienes aspecto de ser limpio, así que cuelga tu ropa en la silla. Será mejor que no la tires al suelo.

Temblando (aquella parecía la única habitación fría de la casa), empecé a quitarme la ropa, comenzando por las botas, arrugadas por el invierno. El abrigo lo colgué en el respaldo de la silla. Metí los calcetines en las botas y entonces mis pies desnudos se encogieron por la basura que pisaron. Me lo quité todo, como si quisiera desligar mi camisa y mi ropa interior de lo que fuera que iba a pasar allí, de manera que solo mi cuerpo pudiera ser culpable. Lo único que no se podía salvar. Cuando retiré la colcha y me metí dentro, se me ocurrió que las camas de la cárcel de Bridewell debían de ser así. La almohada no tenía funda; mi cabeza descansaba directamente sobre el relleno. Lo que vi del exterior eran los cables de servicio colgados entre los palos como las líneas de una partitura, solo que flojos, y los aisladores de cristal eran como grupos de notas. La mujer no me había dicho nada de dinero. Porque yo le gustaba. Yo no podía creer la suerte que tenía: suerte con una sospecha de desastre. Me cegué en aquel catre de metal de Bridewell, que no había sido hecho para dos. También sentí que no podría contar si me hacía esperar mucho. ¿Qué cosa femenina estaba

haciendo allí dentro? ¿Desabrocharse, lavarse, transformarse o cambiarse?

De pronto salió bruscamente. Había estado esperando, nada más. Todavía llevaba puesto el abrigo, incluso los guantes. Salió y avanzó muy rápido, casi corriendo, y abrió la ventana. Tan pronto como la ventana se abrió, entró por ella un soplo de aire frío, y yo me puse de pie en la cama pero era demasiado tarde para detenerla. Agarró mi ropa del respaldo de la silla y la echó afuera. Cayó al callejón. Yo grité: «¿Qué estás haciendo?». Todavía se resistía a mirarme a la cara. Cuando huyó corriendo, arrojándose con la bufanda, dejó la puerta abierta. Pude oír sus zapatos golpear el vestíbulo. Yo no podía correr tras ella, ¿no es cierto? Era incapaz de mostrarme desnudo ante la gente del piso. Ella contaba con eso. Cuando entramos debió de hacerle una seña al hombre con el que trabajaba y él había estado esperando en el callejón. Cuando salí corriendo a mirar, ya había reunido todas mis cosas. Todo lo que vi fue la espalda de alguien con un hatillo bajo el brazo que corría por la calle entre dos garajes. Yo podía haber cogido mis botas (esas me las había dejado) y saltar desde el primer piso, pero no podía perseguir al hombre muy lejos, y en unos minutos habría acabado en Sheridan Road desnudo y helado.

Había visto a un borracho con su traje roto, la cabeza sangrando después de que lo hubieran arrastrado y golpeado, tembloroso y gritando en la calle. Yo ni siquiera tenía camisa ni calzoncillos. Estaba tan desnudo como aquella mujer lo había estado en la consulta del médico, sin nada, ni siquiera los cinco dólares que me habían dado por las flores. El abrigo que mi madre me había comprado el año pasado también desapareció. Además del libro, el fragmento de libro sin título, de autor desconocido. Probablemente aquella era la pérdida más grave de todas.

Ahora podía pensar a mi vez en el mundo al que pertenecía realmente, fuera este u otro distinto.

Cerré la ventana y después me volví a cerrar la puerta. La habitación no tenía aspecto de que viviera nadie en ella, pero, suponiendo que tuviera un ocupante, ¿qué pasaría si entraba en aquel momento de pronto y me echaba? Por suerte, la puerta tenía cerrojo. Lo empujé para que entrara en su agujero y me puse a recorrer la habitación para ver lo que me podía echar encima. En el planchador torcido no había nada más que perchas de alambre y en el baño solo una toalla de algodón de tamaño lavabo. Arranqué la manta de la cama; si la rompía me la podría echar sobre la cabeza como un sarape, pero era demasiado delgada para servirme de mucho con aquel frío helado. Cuando arrastré la silla que había al lado del planchador y me puse de pie encima, encontré detrás de las molduras un vestido de mujer y una bata acolchada. En una bolsa de papel marrón había una boina escocesa de punto marrón. Me tuve que poner aquellas prendas. No tenía elección.

Debían de ser cerca de las cinco, pensé. Philip no tenía ningún programa fijo. No se quedaba en la consulta esperando a que alguien se presentara con un dolor de muelas. Después de la última cita cerraba y se iba. No se iba necesariamente a casa; no tenía muchas ganas de volver a casa. Si quería alcanzarlo tendría que correr. Con mis botas, el vestido, la boina y la chaqueta, salí del apartamento. Nadie se interesó por mí en absoluto. Se habían reunido más personas (Philip las habría llamado transeúntes): incluso era probable que el hombre que me había robado la ropa hubiera regresado y estuviera entre ellos. Ahora me sofocó el calor de la escalera y el papel de las paredes olía a quemado, como si se estuviera incendiando. En la calle me golpeó el viento del norte que venía directo del polo, y el vestido y la bata no me abrigaban mucho. Sin embargo, yo iba corriendo y no tenía tiempo para pensarlo.

Philip me diría: «¿Quién era esa putita? ¿Dónde te engancho?». Él nunca se excitaba, siempre estaba tranquilo, y yo lo divertía. Ana lo fastidiaba con el ejemplo de sus ambiciosos hermanos: ellos

no paraban, ellos leían libros. No se podía culpar a Philip por estar complacido. Yo me imaginaba lo que diría: «¿Conseguiste entrar en ella? Bueno, por lo menos no pillarás la gonorrea». Ahora yo dependía de Philip, porque no tenía nada, ni siquiera siete centavos para pagarme el tranvía. Podía estar seguro, sin embargo, de que no me echaría un discurso, se dedicaría a vestirme, sacaría un jersey de sus conocidos del barrio, o me llevaría a la tienda del Ejército de Salvación en Broadway si seguía abierta. Se dedicaría a estos quehaceres a su manera lenta, con el cuello grueso y decidido. Ni el baile lo aceleraba; espaciaba la música como le convenía cuando bailaba el fox-trot y apretaba su mejilla contra la de Ana. Tenía una sonrisa ancha y tranquila. Mi expresión privada para referirme a aquella expresión en concreto era «gatita complaciente». Yo veía a Philip gordo pero fuerte, fuerte pero amable, complacido pero siempre bromeando. Hacía un gesto de succión a uno de los lados de la boca cuando te iba a hacer algo, y era entonces cuando ponía la cara de gatita complaciente. Era un calificativo que nunca se me habría ocurrido pronunciar en voz alta.

Pasé corriendo por delante de los escaparates de la frutería, el delicatessen, la sastrería. Podía contar con la ayuda de Philip. Mi padre, sin embargo, era un hombre intolerante y seco. Más pequeño que sus hijos, guapo, con músculos de mármol blanco (o así me lo parecían a mí), él imponía la ley. Se pondría furioso si me veía así. Y era verdad que yo no había reflexionado mucho: mi madre moribunda, el suelo helado esperándola, un funeral dentro de poco, la tumba ya cavada y el paquete de arena de Tierra Santa que habría que esparcir sobre el sudario. Si yo me presentaba con aquella pinta asquerosa, el viejo sucumbiría ante su carga y se echaría sobre mí con una furia ciega, al estilo del Antiguo Testamento. Yo nunca pensaba en esto como crueldad sino como en el derecho arcaico y eterno. Incluso Albert, que ya ejercía de abogado en el Loop, tenía que soportar la ira del viejo: cuando estaba enfurecido se le hinchaban los ojos como a un loco, pero lo aguantábamos. A ninguno de nosotros nos pareció nunca que mi padre fuera cruel. Nos habíamos pasado del límite y nos castigaba.

En la consulta de Philip en el edificio no había luces. Cuando subí corriendo las escaleras, la puerta, con su cristales ahumados, estaba cerrada con llave. Todavía era raro encontrar paneles esmerilados en aquella época. Lo que teníamos era aquel producto estrellado para los retretes y otras ventanas privadas. Marchek —al que hoy día llamarían un *voyeur*— también se había ido, furioso. Yo le había jodido el experimento. Probé las puertas, creyendo que podría pasar la noche sobre la camilla de examen de cuero donde había yacido la bella desnuda. Desde la consulta también podría llamar por teléfono. Tenía algunos amigos, aunque ninguno de ellos podría ayudarme. Yo no habría sabido explicarles la situación en que me encontraba. Creerían que me estaba burlando de ellos, que era una broma: «Soy Louie. Una puta me robó la ropa y estoy atrapado en el North Side sin dinero para el tranvía. Llevo puesto un vestido. He perdido las llaves de mi casa. No puedo volver».

Corrí a la farmacia para buscar allí a Philip. A veces jugaba cinco o seis rondas de póquer en la trastienda del droguero, probando suerte antes de meterse en el tranvía. Yo conocía de vista a Kiyar, el droguero. Él no se acordaba de mí... ¿Por qué tendría que hacerlo? Me dijo:

—¿Qué puedo hacer por usted, jovencita?

¿De verdad me tomaba por una chica, por una cualquiera de la calle, una gitana de uno de los campamentos de adivinadores de fortuna? Ahora las había por todas partes. Peroni siquiera una gitana podría llevar puesta aquella bata de satén azul en vez de un abrigo.

—Me pregunto si Phil Haddis, el dentista, está en la trastienda.

—¿Para qué quieres al doctor Haddis: tienes dolor de muelas o qué?

—Necesito verlo.

El droguero era un hombrecillo compacto, y su cabeza calva y redonda tenía un aspecto dolorosamente sensible. Se me ocurrió pensar que precisamente por esa sensibilidad le podría pasar cualquier cosa. Pero de sus gafas salía un brillo astuto, y Kiyar tenía aspecto de ser un hombre de los que no cambian de opinión una vez que se han decidido. Extrañamente, tenía la boca pequeña, y unos labios como de bebé. Había estado en la calle... ¿cuánto tiempo? ¿Cuarenta años? En cuarenta años uno ya lo ha visto todo y nadie le puede decir nada nuevo.

—¿Tenía el señor Haddis cita con usted? ¿Es usted paciente suya?

Él sabía perfectamente que esto era algo personal. Yo no era ninguna paciente.

—No. Pero seguro que le gustaría saber que estoy aquí fuera. ¿Puedo hablar con él un minuto?

—No está aquí.

Kiyar se había colocado detrás de la reja del mostrador de las recetas. Yo no podía perderlo. ¿Qué iba a hacer si no? Le dije:

—Esto es importante, señor Kiyar.

Él esperó a que yo declarara lo que quería. Yo no estaba dispuesto a avergonzar a Philip desencadenando rumores. Kiyar no dijo nada. Era posible que estuviera esperando a que yo hablara. Tirarme de la lengua. Supongo que se enorgullecía de tener un negocio limpio, sin problemas. Para sincerarme con él le dije:

—Estoy en un apuro. Antes le dejé una nota al doctor Haddis, pero cuando volví ya no estaba.

Enseguida reconocí mi error. Los farmacéuticos y drogueros siempre estaban recibiendo peticiones de ayuda. Todas aquellas píldoras, botellas de remedios, luces brillantes y anuncios de medicinas atraían a las almas errantes y a los vagabundos. Todos decían que estaban en un lío.

—Puedes ir a la avenida Foster.

—¿Quiere decir a la policía?

Yo también había pensado en aquello. Siempre podía contarles la mala suerte que había tenido y ellos me retendrían hasta que hubieran comprobado todo y alguien viniera a buscarme. Probablemente sería Albert. A Albert le encantaría aquello. Me diría: «Vaya con el mocoso calentón». También bromearía con los policías y lo divertiría un rato.

—Estoy dispuesto a congelarme antes de ir a la avenida Foster —fue mi respuesta a Kiyar.

—Siempre está el coche de patrulla.

—Bueno, si Phil Haddis no está en la trastienda quizá siga en el barrio. No siempre se va d recto a casa.

—A veces se da una vuelta por las peleas que organiza Johnny Coulon. Pero para eso es un poco temprano. Podrías probar en el bar clandestino del final de la calle, en Kenmore. Es un sótano inglés, la entrada está al lado. Verás una luz junto al seto. El tipo de la entrada se llama Moose.

No me ofreció ni diez centavos de su caja. Si le hubiera dicho que estaba metido en un lío y que mi hermana era la mujer de Phil probablemente me habría dado para el tranvía. Pero yo no había confesado, y para eso había un castigo.

Al salir crucé los brazos sobre la bata y abrí la puerta con el hombro. Para el caso daba igual que no llevara nada puesto. El viento me quemaba las rodillas, y me eché a correr. Por suerte no estaba muy lejos. El tubo de hierro con la bombilla encima estaba a mitad de la manzana. Lo vi tan pronto como salí a la calle. Aquellos tugurios ilegales de bebida eran fáciles de encontrar; para eso estaban hechos. Los escalones eran de cemento, y al bajar cuatro o cinco de ellos vi la puerta. La trampilla se

abrió antes de que yo llamara y, en vez de los ojos del portero, lo que vi fueron sus dientes.

—¿Eres Moose?

—Sí. ¿Quién me busca?

—Me envía Kiyar.

—Pasa.

Sentí que caía en un sótano grande, caliente y pavimentado. No se veía casi nada. Había una especie de bar, unas cuantas cortinas, algunas mesas de una heladería y unas sillas con respaldo de alambre. Cuando uno miraba por la ventana de un sótano inglés, los ojos los tenía al nivel del suelo. Aquí habían echado alquitrán encima de los cristales. De todos modos, no habría habido nada que ver; un patio, un porche de madera, un tendedero, cables y un callejón lleno de montones de ceniza.

—¿De dónde vienes, hermana? —dijo Moose.

Pero allí Moose no era nadie. El del bar, el que mandaba, me llamó y me dijo:

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Tienes un mensaje para alguien?

—No exactamente.

—Ah. Entonces necesitabas tanto una copa que saltaste de la cama y viniste corriendo. ¿No pudiste entretenerte en vestirte?

—No, señor. Busco a alguien. Phil Haddis, el dentista.

—Aquí solo hay un cliente. ¿Es él?

No era. Mi corazón se hundió en la miseria.

—¿No buscas a un borracho?

—No.

El borracho estaba sentado en un taburete alto, las largas piernas colgando, los brazos hacia delante y la cabeza ladeada sobre la barra. Botellas, vasos y un barril de cerveza lo rodeaban. Detrás del camarero había un aparador sacado de la pared de un apartamento. Tenía un gran espejo: un óvalo acostado. Las serpentinas de papel se deslizaban desde las cañerías.

—¿Conoce usted al dentista de que le hablo?

—Puede que sí, puede que no —dijo aquel hombre. Era un gigante de aspecto desaliñado y cara larga: me recordaba un poco a un canguro. Aquello era por la cara larga combinada con la panza. Me dijo—: Ahora no hay muchos clientes. Es la hora de la cena, ya sabes, y somos solo un local de barrio.

No era más que un sótano, igual que el camarero no era más que un griego, enorme y aburrido. Igual que yo mismo, Louie, no era más que un hombre desnudo vestido de mujer. Cuando uno nombraba los objetos de esta forma tan elemental, no quedaba en ellos casi nada. El hombre del bar, del que ahora dependía todo, estiró los brazos todo lo que pudo y extendió las manos. El lugar olía a levadura salpicada de alcohol. Me dijo:

—¿Vives por aquí?

—No, a casi una hora de tranvía.

—Dame más detalles.

—Mi barrio es Humboldt Park.

—Entonces debes de ser ucraniana, polaca, escandinava o judía.

—Judía.

—Yo conozco bien Chicago. Y tú no has salido vestida así. Te helarías hasta morir en diez minutos. Eso es para el dormitorio, no para el invierno. Tampoco tienes forma de mujer. No tienes

caderas. ¿Estás cubriendo un par de aldabas? Apuesto a que no. De manera que, ¿cuál es la historia? ¿Eres hermafrodita? Déjame que te diga una cosa: hay algo que ha hecho por nosotros la Depresión. Sin ella nunca averiguarías todas las cosas extrañas que pasan. Pero una cosa que nunca creeré es que seas una jovencita con su fruta intacta.

—En todo eso tiene razón, pero la segunda parte es que no tengo ni un centavo y lo necesito para el tranvía.

—¿Quién te engañó, una mujer?

—Cuando subí a su habitación y me desnudé, agarró mis cosas y las tiró por la ventana.

—Te dejó desnudo para que no pudieras perseguirla. Yo la habría agarrado y la habría tirado en la cama. Apuesto a que ni siquiera se la metiste.

Ni siquiera, me repetía a mí mismo. ¿Por qué no la empujé mientras todavía tenía el abrigo puesto, tan pronto como entramos en la habitación? ¿Por qué no le quité la ropa, como habría hecho aquel hombre? Porque él había nacido para hacerlo, mientras que yo no. No era para lo que yo estaba hecho.

—De manera que eso es lo que pasó. Te engañó un equipo de profesionales. Ella te metió en la trampa. Era el cebo. Se supone que los judíos no se juntan con ese tipo de mujer. Pero cuando sales de casa quieres acción como todos los demás. De manera que... ¿y de dónde sacaste ese vestido con esas flores tan grandes? Supongo que te quedaste con el palo tieso y tuviste suerte de encontrar lo que fuera para ponértelo encima. ¿Era guapa?

Los pechos de ella, allí echada, habían conservado su forma. No se desmoronaron. Las líneas interiores de sus piernas, el muslo grueso y la pantorrilla hermosa. Los pelos negros y aplastados. Sí, era una belleza, en mi opinión.

Como el farmacéutico, el camarero le vio la gracia a la cosa: un adolescente metido en un lío, un vestido sucio y una bata de rayón o de satén. Yo tenía suerte de que no tuvieran muchos clientes en aquel momento. Si los hubieran tenido, no me habrían dado ni la hora.

—En resumen, te mezclaste con una puta y te dio tu merecido.

Si vamos a eso, yo no estaba muy orgulloso de mí mismo. Confesé que me lo merecía, un escolar judío, demasiado alto y grande como para ser ortodoxo, y con el ojo puesto en un destino especial. En casa, dentro, la norma arcaica; fuera, la vida misma. Ahora le tocaba a la vida misma. Su primer efecto era el ridículo. El echar mis cosas al callejón era para la mujer una broma. El droguero con su cabeza desnuda era la ironía pura. Y ahora también el camarero se iba a divertir con mi desgracia antes de, quizá, darme los siete centavos que necesitaba para el tranvía. Entonces podría pasar una hora entera de vergüenza dentro del vehículo. Mi madre, con la que era posible que no volviera a hablar, solía decir que yo tenía una línea de orgullo justo en el puente de la nariz, una línea tonta que ella era capaz de ver.

No tenía manera de imaginar lo que significaría su muerte para mí.

El camarero, como me tenía en sus manos, se estaba riendo de mí. Y Moose («Moosey», como lo llamaba el otro) se había acercado desde la puerta para no perderse la diversión. La boca de canguro del griego se retorció por las comisuras. Por fin se llevó la mano a la cabeza y se frotó el cráneo que tenía el pelo negro de punta. Algunos decían que bebían el aceite de oliva en vasos, aquellos griegos, para mantener el pelo tan brillante.

—Y ahora vuélveme a contar lo del dentista —dijo el camarero.

—Yo había venido a buscarlo, pero ahora seguro que ya está de camino a casa.

A aquellas horas, Phil estaría en el tranvía de Broadway y Clark, leyendo la edición en color melocotón del *Evening American*, un hombre ancho con una expresión inocente en la cara, comprobando los resultados de las carreras. Ana lo obligaba a vestirse como un profesional, pero él dejaba que los accesorios (camisa, corbata, botones) siguieran su propio camino. Tenía el arco del pie gordo e hinchado dentro del estrecho zapato que ella había elegido para él. El sombrero lo llevaba correctamente. Con respecto al resto no admitía ninguna obligación.

Ana preparaba la cena después del trabajo, y cuando llegara Philip mi padre empezaría a preguntar: «¿Dónde está Louie?». «Oh, ha ido a repartir flores», le dirían. Pero al viejo lo ponía nervioso que sus hijos estuvieran fuera después del anochecer y si llegaban tarde los esperaba levantado, paseando —no, trotando— arriba y abajo en el viejo apartamento. Cuando tratabas de colarte sin ser visto, te agarraba por el cuello y te aplastaba. Era pequeño, limpio, delgado, un caballero, pero era brusco, no es que fuera poco práctico (no desconocía los vicios: había vivido en Odessa y aún más tiempo en San Petersburgo), pero no tenía paciencia. Incluso la cosa más mínima lo enfurecía. Al verme a mí con aquel vestido perdería la cabeza inmediatamente. Yo perdí la mía cuando aquella mujer me enseñó su raja con todas aquellas capas rosadas, cuando alzó el brazo y me pidió que desconectara los cables, cuando sentí su piel y su olor que se me subía a la cabeza.

—¿Qué es tu familia, a qué se dedica tu padre? —me preguntó el camarero.

—Se dedica a proveer de combustible de leña a los hornos de panadería. Se lo envían en un vagón de carga del norte de Michigan. También de Birnamwood, Wisconsin. Tiene un almacén cerca de la calle Lake, al este de Halsted.

Me esforcé por dar todos los detalles que pude. Ahora no podía permitir que sospechara que me estaba inventando la historia.

—Yo conozco ese sitio. Pero es un barrio lleno de putas y putiferios. ¿Crees que podrás contarle a tu viejo lo que te ha pasado, que te enganchó una belleza y te robó la ropa?

El efecto de esta pregunta fue que yo tensara el rostro, que viera todo borroso. Todo el sótano se volvió pequeño y distante, como un juguete pero no para jugar.

—¿Cómo es de trato tu viejo?... ¿Duro?

—Más duro todavía —dije yo.

—¿Les pega a sus hijos? Porque esta vez te va a tocar. ¿Qué tienes debajo del vestido, un par de calzones?

Negué con la cabeza.

—¿Tienes el trasero al aire? Ahora ya sabes lo que se siente cuando se es mujer.

Los grandes músculos del griego eran del color de la masa del pan. No me habría agradado que me hiciera una llave de cabeza. Era el tipo de hombre que contrataba la Organización. Ahora mandaba la gente de Capone. Los clientes serían como muñecas de trapo para el griego. Parecía uno de aquellos canguros boxeadores de las películas, y parecía que de un momento a otro podría saltar sobre la barra, pero que le gustaba hacerse el loco. Era capaz de curvar las comisuras de su larga boca como el tonto de un dibujo animado.

—¿Qué estabas haciendo en el North Side?

—Repartiendo flores.

—De modo que andas corriendo de aquí para allá después de clase, pero tienes algo en el cerebro. Todavía te queda mucho por aprender, niño. Bueno, ya basta. Moosey, toma esta linterna y mira a ver si encuentras un jersey o algo por el estilo en el sótano de atrás, para este chico sin suerte. Me

sorprendería que el viejo conserje no se hubiera quedado con las cosas. Si han hurgado en ellas los ratones, sacude la porquería. Eso lo ayudará a volver a casa.

Seguí a Moose a la parte más caldeada de la bodega. La linterna que llevaba iluminó trozos de las lavadoras con las escurrideras manuales montadas encima, y también había cajas de madera para almacenar.

—Mira en estas cajas de cartón. La mayor parte son harapos, en mi opinión. Vuélcaslas, así será más fácil.

Vacíé un par de cajas grandes. Moose pasó la luz por encima de los montones.

—No hay gran cosa, como te dije.

—Aquí hay una camisa de cuadros —le dije.

Estaba deseando salir de allí. El olor de tela de saco caliente era difícil de soportar. Aquella era la única prenda aprovechable. Me habrían hecho falta un jersey y un par de pantalones. Volvimos a salir. Mientras me ponía la camisa, que me repugnaba (yo vengo de una familia muy refinada cuya manía es la limpieza), el camarero me dijo:

—Tengo una idea, lleva a este borracho a casa: ya va llegando su hora. ¿No es cierto, Moosey? Se emborracha aquí todas las noches. Haz que llegue a casa y te ganarás medio dólar.

—Lo haré —le dije—. Pero depende de lo lejos que viva.

Si es muy lejos, me helaré antes de llegar.

—No está lejos. Wynona, al oeste de Sheridan. Yo te daré unas indicaciones. Este tipo cobra del ayuntamiento. No tiene ningún trabajo especial, trabaja directamente para el hombre del comité electoral. Es un idiota con dos hijas pequeñas. Si está lo suficientemente, sobrio les prepara la cena. Con toda probabilidad, ellas cuidan más de él que él de ellas.

—Primero me ocuparé de su dinero —dijo el camarero—. No quiero que le robes a mi amigo. No es que crea que lo vayas a hacer, pero eso se lo debo a mi cliente.

Moose, con la cara seria, empezó a registrar los bolsillos de aquel hombre: la cartera, unas llaves, unos cigarrillos aplastados, un pañuelo rojo que parecía asqueroso, cerillas, billetes y monedas. Todo eso lo colocó sobre la barra.

Cuando recuerdo momentos pasados, llevo conmigo una masa imperceptible que madura y quizá se distorsiona, mezclando lo que es memorable con lo que posiblemente no valga la pena mencionar. Así, veo al camarero con su gran mano reuniendo todas las posesiones del borracho como si fueran sus ganancias, el bote de un juego de póquer. Y sin embargo me parece que si el canguro gigante se hubiera echado al borracho a la espalda lo podría haber llevado a casa en menos tiempo del que me habría llevado a mí tirar de él hasta la esquina. Pero lo que dijo de hecho el camarero fue:

—Te he encontrado a un buen acompañante, Jim.

Moose movió al hombre un poco para asegurarse de que le funcionaban los pies. Entonces abrió los hinchados ojos y los volvió a cerrar.

—McKern —dijo Moose, para informarme—. En la esquina suroeste entre Wynona y Sheridan, el segundo edificio del lado sur de la calle, la segunda planta.

—Te pagaremos cuando vuelvas —dijo el camarero.

Ahora hacía tanto frío que la nieve bajo mis pies sonaba a papel metálico. Aunque era posible que McKern se hubiera despabilado con el frío de la calle, no era capaz de moverse muy rápido. Como tenía que agarrarme a él, tomé prestados sus guantes. Después de todo, él tenía un abrigo con bolsillos en los que podía meter las manos. Traté de mantenerme detrás de él y protegerme un poco

del frío. Eso no funcionó. No podía caminar solo. Tenía que sostenerlo yo. En vez de una mujer deseable, lo que tenía en mis brazos era un borracho. Menuda mala suerte, ¿comprendes?, y, mientras, a mi madre se la llevaba la muerte. Sobre aquella hora los vecinos de arriba solían bajar y los parientes se acercaban a casa y llenaban la cocina y el comedor: era una especie de guardia esperando la muerte. Yo tendría que haber estado allí, no tan lejos en North Side. Cuando me hubiera ganado el dinero del tranvía, todavía me quedaría una hora de viaje con cuatro paradas por kilómetro.

Hacia el final yo ya estaba tirando de McKern. Mantuve abierta la puerta de la calle con la espalda mientras tiraba de él hacia la penumbra del vestíbulo por los brazos. Las niñas habían estado esperando y bajaron enseguida. Me sujetaron una puerta interior mientras yo llevaba a su papá arriba dando tirones de bombero y lo acostaba en su cama. Las niñas habían tenido mucha práctica en eso. Lo desvistieron hasta los calzoncillos y después se quedaron calladas a ambos lados de la habitación. Así eran las cosas para ellas. Se tomaban las cosas más raras con calma, como suelen hacer los niños. Yo le había echado el abrigo por encima. No le tenía mucha simpatía a aquel hombre, y menos en aquellas circunstancias. Me parece que puedo decirte por qué: seguro que se habría desmayado muchas veces, y le volvería a pasar docenas de veces hasta que se muriera. La borrachera era algo corriente y familiar, y por tanto aceptada, y los borrachos podían contar con la aceptación y el apoyo y depender de ellos. Mientras que si el problema era poco corriente, extraño, no podías contar con nada. Había una convención sobre la borrachera, establecida en parte por los propios borrachos. La proposición de base era que la conciencia es terrible. Sus formas más bajas y empobrecidas son quizá las peores. La carne y el hueso son pobres y débiles, susceptibles de sufrir el choque humano. Aquí mi descendiente oirá la voz del abuelo Louie dando uno de sus sermones sobre la conciencia superior e interrumpiendo la historia que había prometido contar. Querrás hacerle cumplir su palabra, como tienes todo el derecho de hacer.

Pues bien: la mayor de las niñas me habló. Me dijo:

—Un hombre llamó por teléfono y dijo que otro hombre iba a traer a papá a casa y que nos ayudaría con la cena si papá no podía cocinar.

—Sí. ¿Y...?

—Pero usted no es un hombre. Lleva puesto un vestido.

—Eso parece, ¿verdad? No te preocupes; y dime dónde está la cocina.

—¿Es usted una señora?

—¿Qué quieres decir?... ¿Qué es lo que parece? Muy bien, soy una señora.

—Puede usted comer con nosotras.

—Pues enséñame dónde está la cocina.

Las seguí por un pasillo estrechado por la cantidad de chismes que contenía: latas de comida, galletas, sardinas, botellas de soda. Cuando pasé por el baño, entré un momento a aliviarme rápidamente. La puerta no tenía ni cerrojo ni pestillo. Había saltado la tira que la sujetaba al techo. Por la ranura entraba una pequeña luz. Le di gracias a Dios de que estuviera tan oscuro y levanté la tapa mientras me subía la falda y, cuando ya había empezado, oí a una de las niñas detrás de mí. Por encima del hombro vi que se trataba de la más pequeña, y cuando me di la vuelta (aquel día me estaba pasando de todo) le dije:

—No entres aquí.

Pero pasó escurriéndose a mi lado y se sentó en el borde de la bañera. Me sonrió. Me estaba

mostrando los dientes. Aquel día todas las mujeres se estaban burlando de mí por lo sexual, e incluso las niñas tenían aspecto lascivo. Me paré, dejando caer el vestido, y le dije:

—¿De qué te ríes?

—Si fueras una niña te sentarías.

La niña quería que yo entendiera que ella sabía lo que había visto. Se llevó los dedos a la boca y yo me di la vuelta y me dirigí a la cocina.

Allí la niña mayor levantaba la sartén de hierro negro con ambas manos. Encima de un papel de estraza había unas chuletas de cerdo: por allí cerca había un bote de grasa Mason. Yo me defendí bastante bien con el hornillo, ya viejo, y brillante por la suciedad que tenía encima. Como me resistía a tocar el cerdo con los dedos, lo cogí con un tenedor y lo arrojé en medio de la grasa. Las chuletas me revolviéron el estómago. Lo único que se me ocurrió fue: «Ya estoy metido en esto hasta las orejas». El borracho en la cama, el váter secreto y oscuro, el círculo brillante de tungsteno sobre el hornillo de gas y las gotas de grasa que me manchaban las manos. La niña mayor dijo:

—Hay bastante para usted. Papá no va a cenar.

—No, yo no. No tengo hambre —respondí.

Toda mi crianza se sublevó con horror, la garganta llena, las tripas revueltas.

Las niñas se sentaron a la mesa, un rectángulo esmaltado. Unos platos y vasos gruesos, un paquete de pan blanco a rodajas, una botella de leche, un trozo de mantequilla y la grasa ardiendo que llenaba la habitación. Las niñas se sentaron detrás del humo, cortando la carne. Yo les bajé sal y pimienta de un estante. Comían sin hablar. Cuando mi trabajo (mi deber) estuvo hecho, no había nada que me retuviera. Les dije:

—Tengo que irme.

Le eché un vistazo a McKern, que había tirado el abrigo y se había quitado los calzoncillos. La cara como si estuviera perdida, la corta nariz apuntando bruscamente los signos de vida en la garganta, el aspecto roto del cuello, el pelo negro en la barriga, el corto cilindro entre las piernas terminado en una espiral de piel floja, el brillo blanco de las espinillas, la trágica expresión de los pies. En la mesilla de noche había un montón de monedas. Cogí las necesarias para pagar el tranvía, pero no tenía bolsillo para meter las monedas. Abrí el armario de la entrada para ver si a tientas encontraba rápidamente un abrigo que tomar prestado, un par de pantalones. Lo que cogiera, Philip se lo podía devolver al día siguiente al camarero griego. Saqué una trenca de una percha, y un par de pantalones. Por tercera vez aquel día me ponía la ropa de un extraño: en este momento no voy a recordar si era de rayas o de cuadros ni voy a hacer comentarios sobre la calidad del tejido. Estaba desesperado por escapar, de manera que me enfundé rápidamente los pantalones en el descansillo de la escalera, metiendo dentro el vestido, y me coloqué el abrigo mientras bajaba a saltos las escaleras, apretando el cinturón y metiéndome un puñado de monedas en el bolsillo. A pesar de todo, todavía tuve el valor de volver al callejón que había debajo de la ventana de la mujer, para ver si tenía la luz encendida y también para buscar las páginas perdidas. Quizá el ladrón o la tipa las habían tirado, o quizá se habían caído solas cuando recogió el abrigo de piel de oveja. La ventana estaba a oscuras. Tampoco encontré nada en el suelo. Puede que creas que esto era una rareza obsesiva, una dependencia loca de las palabras, de la palabra impresa. Pero recuerda que en aquella época no había redentores en las calles, ni guías espirituales ni confesores, ni nadie que te pudiera confortar, comunicarte algo o iluminarte. Había que tomar las enseñanzas de donde vinieran. Bajo la cúpula de la biblioteca del centro, en letras de mosaico, había una frase de Milton, muy conmovedora pero

quizá totalmente inútil, que podía agravar las dificultades: UN BUEN LIBRO, decía, ES LA PRECIOSA Y VIVIFICANTE SANGRE QUE ALIMENTA LOS MAYORES ESPÍRITUS.

Estos son los hechos tal como sucedieron. Es mejor que los cuente. Recuerda que estamos en el Nuevo Mundo y nosotros vivimos en una de sus misteriosas ciudades. Yo me debería haber ido corriendo directamente para pillar un tranvía. Pero en vez de eso allí estaba de pie en un callejón oscuro buscando unas páginas que de todas formas habrían volado.

Volví a Broadway —en verdad era una calle muy ancha—^[3] y esperé en una parada a que llegara el tranvía traqueteando, rojo, balanceándose en los raíles, un trozo de tecnología de la edad de hierro, con sus asientos de enea con marco de bronce. Hacía tiempo que había pasado la hora punta. Me senté junto a una ventana, en dirección a casa, y de pronto se me ocurrieron unas ideas como balas disparadas en una oscuridad lejana. Como Londres en tiempos de guerra. En casa, ¿qué historia iba a contar? No contaría ninguna. Nunca lo hacía. De todos modos, pensarían que mentía. Aunque creía en el honor, muchas veces mentía. ¿Es posible una vida sin mentira? Era más fácil mentir que explicar. Mi padre tenía una serie de ideas y yo tenía otras. No se encontraban premisas equivalentes.

A Behrens le debía cinco dólares. Pero yo sabía dónde escondía mi madre sus ahorros. Como yo miraba todos los libros, había encontrado el dinero en su *mahzov*, el libro de oraciones para las fiestas principales, para los días más señalados. Hasta entonces no había cogido nada. Hasta que contrajo esa enfermedad, ella había esperado comprar con ese dinero el pasaje para Europa, para así ver a su madre y su hermana. Cuando muriera yo le daría ese dinero a mi padre, salvo diez dólares, cinco para el florista y el resto para la *Vida eterna* y *El mundo como voluntad e idea* de Von Hügel.

Los visitantes y vecinos de la cena ya se habrían ido cuando yo llegara a casa. Mi padre me estaría esperando. Era la puerta de atrás la que se cerraba al anochecer. Generalmente la puerta de la cocina no tenía el cerrojo echado. Podía subir al pequeño muro de madera que había entre las escaleras y el poste. Muchas veces lo hacía. Una vez que ponías el pie en el pomo de la puerta podías auparte por encima del muro y dejarte caer en el porche sin hacer ruido. Entonces podría ver la cocina y deslizarme dentro tan pronto como mi padre hubiera salido de ella en su patrullar. El dormitorio que compartíamos los tres hermanos estaba justo al lado de la cocina. Mañana podría tomar prestado el abrigo desechado por mi hermano Len. Sabía en qué armario estaba colgado. Si mi padre me pillaba podía esperar que me golpeará fuerte en los hombros, en la cabeza y la cara. Pero, si mi madre acababa de morir, no me golpearía.

Aquí es donde el mesurado, confortante y adormecedor transcurrir de los días se convertía en un torbellino, un huracán que se volvía más oscuro a medida que se acercaba uno al fondo. Solo había tenido las anónimas páginas del bolsillo de mi abrigo para interpretarlas. Esas páginas me decían que la verdad del universo estaba inscrita en nuestros propios huesos. Que el mismo esqueleto humano era un jeroglífico. Que todo lo que habíamos conocido jamás en la Tierra se nos mostraba en los primeros días después de la muerte. Que nuestra experiencia del mundo era deseada por el cosmos, y que la necesitaba para su propia renovación.

No creo que aquellas páginas, si no las hubiera perdido, me hubieran persuadido por siempre, ni que hubieran hecho mi vida distinta.

Escribo este relato, o declaración, en respuesta a un raro impulso que me ha venido de la tierra misma.

¡Fallarle a mi madre! Puede que eso signifique muy poco o nada para ti, mi único hijo, que lees este documento. Yo mismo conozco el poder de la falta de sentimientos en esta época rastrera y

retorcida.

En el tranvía, de camino a casa, me preparé para el recibimiento, pero todos mis preparativos se hundieron como sobre arena. Me apeé en la parada de la avenida North, evitando mirar a mi reflejo en los escaparates. Después de una muerte se cubrían inmediatamente los espejos. No sé explicar lo que significa esta piadosa costumbre. ¿Se va a reflejar el alma del muerto en el espejo, o es simplemente una restricción a la vanidad de los vivos?

Corrí a casa, me acerqué por el callejón de atrás, no hice ruido en las escaleras de madera de atrás, alcancé la cima del muro, puse el pie en el pomo de porcelana blanca de la puerta, pasé por encima sin novedad y me dejé caer en el porche. No seguía el plan que me había hecho para eludir a mi padre. Había gente sentada a la mesa de la cocina. Entré directamente. Mi padre se levantó de la silla y vino corriendo hacia mí. Ya tenía el puño preparado. Yo me quité la gorra de lana y cuando me golpeó en la cabeza el golpe me llenó de gratitud. Si mi madre ya hubiera muerto, en vez de golpearme me habría abrazado.

Bueno, ahora ya se han marchado todos, y yo he hecho mis preparativos. No he dejado una gran hacienda y por eso es por lo que he escrito esta historia, como una especie de añadido a tu herencia.

Epílogo

Un sabio japonés (he olvidado su nombre) les dijo a sus discípulos: «Escribid con la mayor brevedad posible». Sydney Smith, clérigo inglés e ingenio del siglo XIX, también era partidario de la brevedad: «¡Opiniones cortas, por Dios, opiniones cortas!», decía. Y la señorita Ferguson, la alegre solterona que me dio clase de redacción en Chicago hace unos sesenta años, solía bailar ante la clase, dar palmadas y cantar (tomando prestada la música del coro del «Aleluya» de Handel):

*¡Sed
concre-
tos!*

La señorita Ferguson no toleraba ni la redundancia, ni la prolijidad, ni la perífrasis ni la grandilocuencia. Nos enseñó a ceñirnos a lo necesario y evitar lo superfluo. ¿Hice yo caso de sus advertencias, seguí sus enseñanzas? No del todo, me temo, porque en mis primeros años escribí más de un libro grueso. Ahora me resulta difícil leer aquellas primeras novelas, no porque carezcan de interés sino porque de pronto me encuentro editándolas, reduciendo mis frases y eliminando párrafos enteros.

Los hombres que preferían a las mujeres gruesas solían decir (¡cuánto tiempo hace de eso!): «Nunca puede haber demasiado de algo bueno». Sin embargo, todo el mundo entiende que algo bueno puede sobrar. Aquellos hombres dedicados, habría que añadir, no inventaron a las obesas señoras a las que amaban; sino que las descubrieron.

Algunas de nuestras novelas más importantes son muy gruesas. La ficción es un arte muy popular, y muchos de los novelistas clásicos obtienen sus efectos amontonando masas de palabras. Hace décadas, Somerset Maugham se sintió inspirado para publicar versiones reducidas de algunas de las mejores. El experimento no resultó. Algo salía de los libros cuando se reducía su masa. Sería una locura acortar una novela como *La pequeña Dorrit*. Ese mar de palabras es un mar, una de las fuerzas de la naturaleza. Lo queremos de esa manera, amplio y grande, capaz de dar la vida. Cuando su amplitud nos cansa estamos muy dispuestos a perdonarlo. No lo querríamos de ningún otro modo.

Y sin embargo reaccionamos favorablemente cuando Chejov nos dice: «Es extraño, ahora me ha entrado la manía de la brevedad. De todo lo que leo —obras mías y de otras personas— nada me parece ser lo suficientemente breve». Y yo estoy plenamente de acuerdo con esta afirmación. Existe un gusto moderno por la brevedad y la condensación. Kafka, Beckett y Borges escribían con brevedad. Por supuesto que sigue habiendo gente que escribe cosas largas, y no por ello tienen menos éxito, pero cada vez es mayor la porción de público que considera que escribir con brevedad es algo bueno, quizá lo mejor. Enseguida se me ocurre una multitud de razones posibles para esta sensación: estamos al final del milenio. Ya lo hemos oído todo. El tiempo escasea. Tenemos cosas más importantes que hacer. Necesitamos una mayor comprensión, términos nuevos, una penetración más profunda. Por supuesto, obtener la atención es más difícil de lo que solía serlo. Cuanto más tiempo libre tenemos, mayor es la competencia para ganar ojos y oídos y espacio en las mentes. En la portada de la edición nacional del *New York Times* de esta mañana, Michael Jackson, que tiene cientos de millones de admiradores en todo el mundo, ha firmado un nuevo contrato por mil millones con Sony Software «para crear películas, cortos teatrales, programas de televisión y una nueva firma de

discos para las filiales norteamericanas de la empresa japonesa». Los escritores no tienen esas expectativas y no les afecta directamente el mundo del espectáculo. Lo que nos interesa aquí es que se trata de hechos que afectan a multitudes, que la noticia la comenta una «analista de comunicaciones» y que el artículo prosigue en la sección de Artes Vivas del periódico, donde figura también de manera prominente el divorcio de los Trump, junto a las secciones habituales de televisión, bridge, jardinería y modas de París. La reseña de una novela nueva aparece en la página B2.

No quiero que crean que pienso que los escritores deberían preocuparse por la existencia de estos otros públicos. Existe una maravillosa caricatura que hizo Daumier de una intelectual, una dama de aspecto severo que hojea enfadada el periódico en la mesa de un café. «No hay más que deportes, caza y disparos. ¡Y nada sobre mi novela!», se queja.

Lo que quiero decir es que nosotros —me refiero a los escritores— debemos convivir con multitud de atracciones y diversiones: crisis mundiales, guerras frías y calientes, amenazas para la supervivencia, hambrunas y crímenes horribles. Sería absurdo, incluso monstruoso, considerarlos como «rivales». Lo único que digo es que estas crisis producen sensaciones y actitudes con respecto a la existencia que los artistas deben tener en cuenta.

El tema no es fácil. Podría tratar de empezar de nuevo: hace años Robert Frost y yo intercambiamos ejemplares firmados de nuestras obras. Yo le regalé una novela respetuosamente dedicada. Él me firmó un ejemplar de su colección de poemas y añadió: «Para leerlos si yo le leo a él». Era un gran bromista, Frost. No podía prometer que leería mi novela. Yo ya conocía sus poemas. No se podía conseguir el certificado de la secundaria en Chicago si no se sabía de memoria *Mending Wall*. Lo que Frost insinuaba, quizá, era que posiblemente mi novela no ocupaba un lugar muy elevado en su lista de prioridades. ¿Por qué iba a leer la mía, por qué no otra? ¿Y por qué iba yo a leer sus poemas? Podía elegir entre docenas de poetas. Está muy claro que estamos perdidos en bosques de material impreso. Los diarios son gruesos. Los quioscos, gigantes, están prácticamente cubiertos de revistas. En cuanto a los libros... Bueno, el erudito inglés F. L. Lucas escribió en los cincuenta: «Con los casi veinte mil volúmenes que se publican al año únicamente en Gran Bretaña, existe el riesgo de que los libros buenos, tanto nuevos como viejos, queden enterrados bajo los malos. Si el proceso continúa indefinidamente, al final nuestras bibliotecas nos empujarán al mar. Y sin embargo no pocos de esos libros podrían ser más breves, y mucho mejores probablemente; a la mayoría de ellos, me parece, se los podría acortar de la manera más eficaz, no cortando capítulos enteros sino purgando las frases de palabras inútiles y los párrafos de frases inútiles». Responder ante el problema de la cantidad mejorando la calidad es una idea conmovedora, pero utópica. Demasiado tarde. Treinta años antes los libros ya nos habrían empujado hacia el mar.

El lector moderno (o espectador, u oyente: incluyámoslos a todos) está peligrosamente sobrecargado. Su atención, para usar la jerga más reciente, se «amontona» en fuerzas demasiado poderosas. Podría enumerar estas fuerzas, pero supongo que convendría mencionar algunas de ellas. Muy bien, pues vamos allá: los gigantes farmacéuticos y del automóvil, la televisión por cable, los políticos, los artistas, los académicos, los hacedores de opinión, los vídeos pornográficos, las Tortugas Ninja, etcétera. La lista es tediosa porque es un inventario de lo que nos meten en la cabeza un día sí y otro no. Nuestra conciencia es un escenario, un campo de operaciones para todos los tipos de empresa, que hacen uso de ella libremente. Es cierto que somos libres de tener nuestras propias ideas, pero nuestras ideas independientes, sean cuales sean, deben convivir con miles de ideas y conceptos que nos han inculcado unos maestros influyentes o que nos ha sugerido «gente con ideas»,

publicistas, comunicadores, columnistas, presentadores, etcétera. Las mentes más reguladas (educadas) se saturan con menos facilidad con estas nubes de gas de la opinión. Pero nadie puede librarse de ellas fácilmente. En todos los campos nos vemos obligados a buscar una educación especial, una orientación experta para interpretar los hechos aparentes con que nos saturan. Esto en sí constituye una ocupación a tiempo completo. Una parte de todas las mentes, quizá la mayor, está dedicada a los asuntos públicos. Sin ser activamente conscientes de ello, seguimos de algún modo Oriente Próximo, Japón, Sudáfrica, la Alemania reunificada, el aceite, las municiones, el metro de Nueva York, los sin techo, los mercados, los bancos, las principales ligas, las noticias de Washington; y también, todo mezclado, las películas, los juicios, los grupos de rap, los choques raciales, los escándalos del Congreso, la propagación del sida, los asesinatos de niños: una legión de horrores. La vida pública de Estados Unidos siempre fue una masa de distracciones.

Algunos ven esto como un reto para su habilidad de mantener el orden interno. Otros han adquirido el gusto por la distracción y libremente aceptan ser confundidos. Incluso puede parecerles a muchos que al ser agitados satisfacen las demandas de la sociedad. La amplitud de la dolencia puede ser incluso extrañamente halagadora: «Miren, miren qué tremenda y ruidosa y frenética y monstruosa aglomeración. Nunca ha habido nada igual. ¡Y somos nosotros!».

Las enormes organizaciones que existen para atraer nuestra atención hacen unos planes maquiavélicos. Nos dan esos mordiscos de diez segundos. Nuestra conciencia es su alimento básico; viven de ella. Piensen en la conciencia como un territorio que se acaba de abrir para los colonizadores y la explotación, una especie de fiebre por la tierra de Oklahoma. Pongámosle color, música, enmarquémoslo, pero incluso así representa difícilmente la auténtica visión. Es obvio que la conciencia es infinitamente más grande que Oklahoma.

Pero ¿qué pasa con los escritores? Se materializan, de algún modo, y le piden al público (más exactamente, a un público concreto) su atención. Quizá el escritor no tiene ningún público concreto en mente. A menudo su única suposición es que participa en un estado de unidad psíquica con otros a los que no conoce por separado. La condición mental de esos otros la entiende, porque es la misma que tiene él. De un modo u otro comprende, o intuye, lo que cuesta el esfuerzo, a menudo un esfuerzo secreto y escondido, para poner en orden la confundida conciencia. Esos otros, indefinidos o parcialmente definidos, son sus lectores. Lo han estado esperando. Él debe asegurarles inmediatamente que leerlo valdrá la pena. Muchas veces los han engañado escritores que les prometieron algo bueno pero no les dieron nada. Han abusado de su atención. Y sin embargo están deseando prestarla. Kafka dice en su diario de cierta mujer: «Se contiene por la fuerza por debajo del nivel de su auténtico destino y solo necesita que alguien le abra la puerta».

El lector abrirá su corazón y su mente al escritor que haya comprendido esto: que lo haya entendido porque en su persona ya lo ha experimentado todo, ha sufrido las mismas vibraciones; quién sabe dónde están los puntos más delicados; quién ha descubierto la fuerza de la necesidad de volver al nivel del auténtico destino de cada uno. Un escritor así no molestará a nadie con sus propias vanidades, no hará gestos innecesarios, no se permitirá ningún manierismo, no perderá el tiempo del lector. Escribirá con la mayor brevedad posible. Ofrezco esto como apéndice a las historias de este volumen.

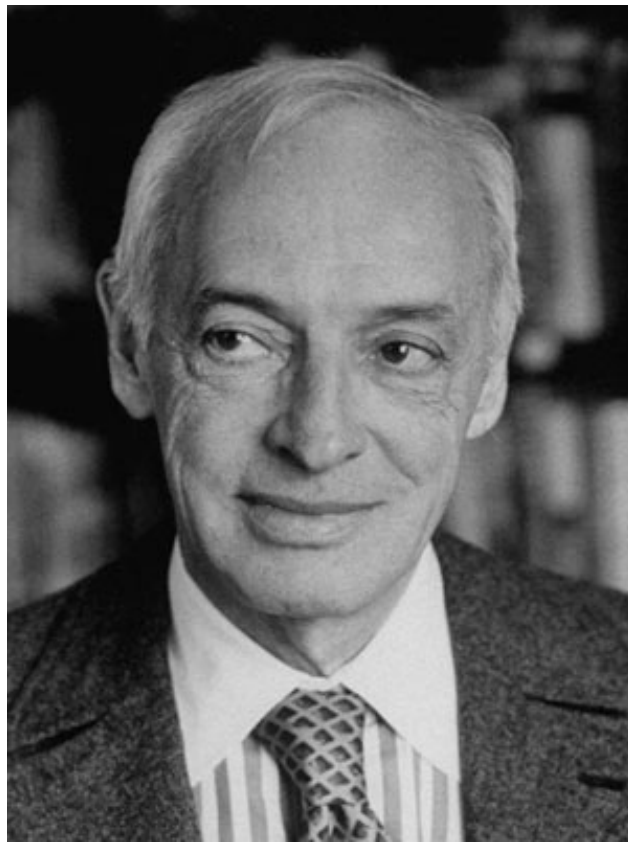
SAUL BELLOW

Procedencia de los cuentos

«A orillas del St. Lawrence» se publicó por primera vez en *Esquire*; «La bandeja de plata», en *The New Yorker*; «Zetland: impresiones de un testigo», en *Modern Occasions*; «¿Qué tal día has pasado?», en *Vanity Fair*; y «Él siempre metiendo la pata» apareció en *The Atlantic Monthly*. Estas historias, junto con «Primos», se reunieron en el volumen titulado *Him with His Foot in His Mouth and Other Stories* (1974).

«El contacto Bella Rosa» y «El robo» aparecieron en forma de libro; «Algo por lo que recordarme» fue publicado en *Esquire*. Estos tres relatos se reunieron en el volumen *Something to Remember Me By: Three Tales* (1989).

«El viejo sistema» apareció originalmente en *Playboy*; «Buscando al señor Green», en *Commentary*; «Dejando la casa amarilla», en *Esquire*; y «Memorias de Mosby» en *The New Yorker*. Estos cuentos conformaron el libro *Mosby's Memoirs and Other Stories* (1951).



SAUL BELOW (Lachine, Canada, 1915 - Brookline, Massachusetts, 2005). Novelista estadounidense galardonado con el Premio Nobel. Estudió en la Universidad de Northwestern y fue profesor de la de Chicago.

Su primera novela, *Hombre en suspenso* (1944), refleja la ansiedad y la preocupación de un joven que espera ser movilizado en tiempo de guerra. A esta primera novela le siguió *La víctima* (1947).

Tras obtener una beca de la fundación Guggenheim, Bellow vivió durante un tiempo en Europa, donde escribió la mayor parte de su novela, *Las aventuras de Augie March* (1953). Esta novela, un largo relato libremente estructurado con un héroe de corte picaresco, ofrece un vivo y humorístico retrato de la comunidad judía de Chicago a través de un joven en busca de su identidad.

La humanidad moderna, amenazada con perder su identidad pero aún no destruida espiritualmente, es el tema de sus obras posteriores, *Carpe Diem* (1956) y *Henderson, el rey de la lluvia* (1959). *Herzog* (1964) y *El planeta de Mr. Sammler* (1970), galardonadas con el National Book Award (Premio Nacional del Libro), retratan a los intelectuales judíos en su lucha contra el malestar espiritual que los rodea.

Bellow recibió el Premio Pulitzer en 1976 por *El legado de Humboldt* (1975) y tres meses más tarde fue laureado con el Premio Nobel de Literatura (1976).

El autor prosigue su análisis de la cultura contemporánea en *El diciembre del Decano* (1982). *Ida y vuelta a Jerusalén* (1976) es un estudio reflexivo de su visita a Israel, mientras que en la novela *Son más los que mueren de desamor* (1987), Bellow regresa al escenario del Medio Oeste de Estados Unidos. En 1994 publicó una colección de ensayos titulada *Suma y sigue*.

Notas

[1] La traducción literal de *gladstone* es «piedra feliz». (N. de la T.) <<

[2] En inglés, *sable* quiere decir «negro azabache». (N. de la T.) <<

[3] En inglés, *broad* significa «ancho», y *way*, «camino» o «calle». (N. de la T.) <<